

Ellen Wood
Los misterios de
East Lynne



Gracias por comprar este ebook. Esperamos que disfrute de la lectura.

Queremos invitarle a suscribirse a la newsletter de Ático de los Libros. Recibirá información sobre ofertas, promociones exclusivas y será el primero en conocer nuestras novedades. Tan solo tiene que clicar en este botón.



CONTENIDO

Portada

Newsletter

Página de créditos

Sobre este libro

PRIMERA PARTE

Capítulo 1. Lady Isabel

Capítulo 2. La cruz rota

Capítulo 3. Barbara Hare

Capítulo 4. Reunión a la luz de la luna

Capítulo 5. La oficina del señor Carlyle

Capítulo 6. Richard Hare, el joven

Capítulo 7. La señorita Carlyle en casa

Capítulo 8. El concierto del señor Kane

Capítulo 9. Los murciélagos en la ventana

Capítulo 10. Los guardianes de los muertos

Capítulo 11. El nuevo conde y el billete bancario

Capítulo 12. La vida en Castle Marling

Capítulo 13. El zarandeo del señor Dill

Capítulo 14. El asombroso del conde

Capítulo 15. Vuelta a casa

Capítulo 16. La revelación de Barbara Hare

Capítulo 17. Vida o muerte

- Capítulo 18. La lengua de Wilson
Capítulo 19. El capitán Thorn en West Lynne

SEGUNDA PARTE

- Capítulo 20. Irse de casa
Capítulo 21. Francis Levison
Capítulo 22. Abandonar el peligro
Capítulo 23. El tobillo fracturado
Capítulo 24. El sueño de la señora Hare
Capítulo 25. El capitán Thorn en apuros por una deuda
Capítulo 26. El secreto del pedazo de papel
Capítulo 27. Richard Hare en la ventana del señor Dill
Capítulo 28. Sin salvación
Capítulo 29. Unos resultados encantadores
Capítulo 30. Alabanzas mutuas
Capítulo 31. Sola para siempre
Capítulo 32. Los errores de Barbara
Capítulo 33. Un accidente
Capítulo 34. Un visitante inesperado en East Lynne
Capítulo 35. Invasión nocturna en East Lynne
Capítulo 36. El corazón de Barbara se tranquiliza
Capítulo 37. Congelado en la nieve
Capítulo 38. El señor Dill y su pechera bordada

TERCERA PARTE

- Capítulo 39. Stalkenberg
Capítulo 40. Cambio y cambio
Capítulo 41. El anhelo de un corazón roto
Capítulo 42. Entonces me recordarás
Capítulo 43. Un diputado para West Lynne
Capítulo 44. Sir Francis Levison en su casa
Capítulo 45. Un accidente con las gafas azules
Capítulo 46. Un estanque verde

- Capítulo 47. Un oso ruso en West Lynne
Capítulo 48. Un niño enfermo
Capítulo 49. Invitan al señor Carlyle a paté de foie gras
Capítulo 50. Una petición judicial
Capítulo 51. El mundo al revés
Capítulo 52. La señorita Carlyle en todo su esplendor y Afy también
Capítulo 53. El señor Jiffin
Capítulo 54. El tribunal
Capítulo 55. Fuego
Capítulo 56. Tres meses más
Capítulo 57. El juicio
Capítulo 58. La habitación de la muerte
Capítulo 59. El cortejo de lord Vane
Capítulo 60. No, Afy, no
Capítulo 61. Hasta la eternidad
Capítulo 62. I. M. V.

Notas

Sobre la autora

Sobre el traductor

LOS MISTERIOS DE EAST LYNNE

Ellen Wood

Traducción de Joan Eloi Roca



LOS MISTERIOS DE EAST LYNNE

V.1: abril de 2019

Título original: *East Lynne*

© de la traducción, Joan Eloi Roca, 2019

© de esta edición, Futurbox Project, S. L., 2019

Diseño de cubierta: Taller de los Libros

Imagen de cubierta: John Singer Sargent - *Lady Agnew of Lochnaw* (1892)

Corrección: Francisco Solano e Isabel Mestre Grau

Publicado por Ático de los Libros

C/ Aragón, n.º 287, 2º 1ª

08009 Barcelona

info@aticodeloslibros.com

www.aticodeloslibros.com

ISBN: 978-84-17743-13-0

IBIC: FC

Conversión a ebook: Taller de los Libros

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Cofinanciado por el programa Europa Creativa de la Unión Europea



El presente proyecto ha sido financiado con el apoyo de la Comisión Europea. Esta publicación (comunicación) es responsabilidad exclusiva de su autor. La Comisión no es responsable del uso que pueda hacerse de la información aquí difundida.

Los misterios de East Lynne

La novela victoriana que escandalizó a toda Europa

Archibald Carlyle se prenda de lady Isabel Vane y desea casarse con ella. Sin embargo, la joven siente una fuerte atracción hacia Francis Levison, un hombre de reputación dudosa. Isabel deberá escoger entre los dos, y esa decisión marcará su destino de por vida. Entretanto, el asesinato de George Hallijohn sacude la plácida vida en East Lynne: Richard Hare, hijo del respetado juez Hare, es acusado del crimen y se da a la fuga, y la dulce Barbara Hare, enamorada en secreto de Archibald Carlyle, tratará de demostrar su inocencia. El escándalo está servido y las vidas de los habitantes de East Lynne jamás volverán a ser las mismas.

Ellen Wood, célebre autora y editora que llegó a ser más popular en su tiempo que Charles Dickens y cuyas obras hicieron las delicias de lectores como Lev Tolstói y Joseph Conrad, ofrece al lector en *Los misterios de East Lynne* un escandaloso retrato de la sociedad victoriana y lleva a cabo un agudo análisis psicológico de las pasiones humanas.

«Una novela maravillosa.»

Lev Tolstói

«Con *Los misterios de East Lynne*, Ellen Wood se ha establecido como una autora célebre y consumada.»

The Times

«*Los misterios de East Lynne* es una novela tan rica y emocionante, y, además, está tan bien escrita, que cuesta mucho cerrar el libro hasta que uno no lo ha acabado.»

The Observer

«Una obra extraordinariamente poderosa que habla de las pasiones y expone con suma delicadeza y conocimiento la naturaleza humana.»

The Daily News

«*Los misterios de East Lynne* es un relato de suspense y melodrama con adulterio y un villano seductor.»

The Athenaeum

«Una de las mejores novelas publicadas [...]. Ellen Wood ha construido con destreza una historia con un argumento interesante y elaborado, y su pluma es delicada y natural.»

The Times

Primera parte

Capítulo 1: Lady Isabel

William, conde de Mount Severn, se encontraba sentado en un cómodo sillón de la espaciosa y elegante biblioteca de su casa en la ciudad. Su cabello era gris, su expansiva frente se veía profanada por arrugas prematuras, y lo que había sido un rostro atractivo lucía una pálida e inconfundible expresión pervertida. Tenía un pie apoyado sobre una suave otomana de terciopelo, envuelto en pliegues de tela, lo que claramente indicaba que padecía gota. Parecería, al observar al hombre allí sentado, que hubiera envejecido apresuradamente. Y así había sido. Apenas tenía cuarenta y nueve años; salvo en la edad, en lo demás era un anciano.

El conde de Mount Severn había sido un personaje notable. No fue un político célebre, un gran general o un eminente estadista; ni siquiera un miembro activo de la Cámara de los Lores: por estas distinciones su nombre no había circulado de boca en boca, sino por haber sido el más libertino de los libertinos, el más derrochador de los despilfarradores, el jugador más empedernido, el más jaranero de los hombres: por estas cualidades se conocía a lord Mount Severn. Se decía que sus defectos residían en su cabeza, pero que no había pecho con un corazón más generoso, ni cuerpo que alojara un espíritu superior, y había mucha verdad en ello. No le habría importado vivir y morir sencillamente como William Vane. Hasta los veinticinco años había sido formal y trabajador, había cenado en las ocasiones preceptivas en Temple* y estudiado tarde por la noche y temprano por la mañana. La sobria dedicación de William Vane se convirtió en la medida de los incipientes abogados; juez Vane, lo apodaban con ironía, y en vano se esforzaban en

alejarse de sus libros, tentándolo con la pereza o el placer. Pero el joven Vane era ambicioso; sabía que, para progresar en el mundo, solo contaba con su esfuerzo y su talento. Procedía de una familia excelente, pero menesterosa, que contaba entre sus parientes al viejo conde de Mount Severn. Jamás pasó por su cabeza heredar al conde, pues tres personas sanas, dos de ellas jóvenes, se interponían entre él y el título. Sin embargo, las tres murieron, de apoplejía, de fiebres en África y remando en un bote en Oxford; y así el joven estudiante de Derecho, William Vane, se encontró de súbito convertido en conde de Mount Severn, dueño legítimo de sesenta mil libras anuales.

Lo primero que pensó fue que no se veía capaz de gastar ese dinero; que tanta cantidad, entregada cada año, no podía ser dilapidada. Asombra que la adulación no le hiciera perder la cabeza, pues lo cortejaron, elogiaron y mimaron las diferentes clases sociales, de duques para abajo. Se convirtió en el hombre más atractivo de su época, en un león de la sociedad, gracias a que, independientemente de su título y riqueza, su apariencia era distinguida y sus modales, impecables. Pero, por desgracia, la prudencia que había sostenido a William Vane, el estudiante pobre de Derecho, en su solitario cuarto en el Temple, se abandonó al joven conde de Mount Severn, y su carrera fue a tal velocidad que la gente de bien decía que se dirigía de cabeza a la ruina y al infierno.

Pero un par del reino, con una renta anual de sesenta mil libras, no se arruina en un día. Por eso el conde se sentaba en su biblioteca, a sus cuarenta y nueve años, sin que la ruina hubiera llegado o, mejor dicho, sin que lo hubiera rozado todavía. Las molestias padecidas, de las que no había podido desembarazarse, habían destruido su tranquilidad y convertido en el flagelo de su existencia, ¿quién sabrá describirlas? El público las conocía bien, sus amigos mejor, y sus acreedores con mayor causa; pero nadie, excepto él mismo, sabía o podría jamás saber el calvario de su situación, que le destrozaba los nervios. Años atrás, a fuerza de enfrentarse al problema y hacer grandes economías, quizá habría podido recuperarse, pero había hecho lo que hacen los hombres atrapados: posponer *sine die* los dolorosos ajustes y, de ese modo, acrecentar su lista de deudas. Ahora se cernía sobre él la vergüenza pública y la ruina.

Quizá el conde era consciente de ello, sentado ante una enorme montaña de papeles que ocultaban la mesa de la biblioteca. Sus pensamientos iban

inevitablemente al pasado. Había sido un insensato al casarse por amor en Gretna Green,* un insensato y un imprudente, pero la condesa había sido una esposa afectuosa, había soportado sus manías y su abandono, y había sido una madre admirable para su única hija. Cuando la niña tenía trece años la condesa murió. Si hubieran sido bendecidos con un hijo —la continuada decepción aún hacía suspirar al conde— quizá habría hallado la forma de salir de las dificultades en las que se hallaba. El chico, en cuanto hubiera alcanzado la edad suficiente, le habría ayudado salir del embrollo y...

—Milord —dijo un criado que entró en la habitación e interrumpió el cuento de la lechera del conde—, un caballero desea verle.

—¿Quién? —exclamó el conde abruptamente, sin mirar la tarjeta que le traía el sirviente. Ningún desconocido, ni aun luciendo las galas de un embajador, era admitido sin más en presencia de lord Mount Severn. Años de acreedores exigiendo pagos habían enseñado a los sirvientes de la casa a ser prudentes.

—Aquí está su tarjeta, milord. Es el señor Carlyle, de West Lynne.

—El señor Carlyle, de West Lynne —gruñó el conde, quien sintió en ese momento un pinchazo de dolor en el pie—. ¿Qué quiere? Hágalo pasar.

El sirviente hizo lo que le ordenaban y llevó al señor Carlyle en presencia del conde. Fíjese bien en el visitante, lector, pues desempeñará un papel en esta historia. Era un hombre muy alto, de veintisiete años y apariencia noble. Tendía a agachar la cabeza cuando hablaba con alguien más bajo que él; un hábito peculiar, casi la costumbre de una reverencia, heredada de su padre. Cuando se lo mencionaban, se echaba a reír y decía que lo hacía sin darse cuenta. Sus facciones eran agraciadas, su tez pálida, su cabello oscuro y sus párpados caían sobre unos profundos ojos grises. En conjunto, el suyo era un rostro que gustan mirar tanto hombres como mujeres —pues era indicio de una naturaleza sincera y honorable—, un rostro, en suma, que concitaba menos el adjetivo de atractivo que los de agradable y distinguido. Aunque era hijo de un abogado rural, destinado él mismo a ser abogado, había recibido la educación de un caballero: había estudiado en Rugby y se había graduado en Oxford. Al entrar, se acercó al conde como un hombre de negocios, o un hombre que se presenta a cerrar un negocio.

—Señor Carlyle —dijo el conde, extendiendo su mano, como correspondía a un hombre considerado el par más afable de su época—, me

alegro de verlo. Ya ve que no puedo levantarme sin provocarme un gran dolor y no pocas molestias. Mi vieja enemiga, la gota, se ha apoderado otra vez de mí. Siéntese, por favor. ¿Se aloja usted en la ciudad?

—Acabo de llegar de West Lynne. El principal objeto de mi viaje es verle a usted, milord.

—¿Y en qué puedo ayudarlo? —preguntó el conde, un tanto incómodo, pues había cruzado por su mente la sospecha de que quizá el señor Carlyle hubiera sido contratado por alguno de sus irritantes acreedores.

El señor Carlyle acercó su silla a la del conde y habló en voz baja:

—Ha llegado a mis oídos, milord, el rumor de que East Lynne estaba en venta.

—Un momento, caballero —exclamó el conde, con tono reservado, por no decir altivo, ya que veía que sus sospechas se confirmaban—. ¿Estamos dos hombres de honor conversando confidencialmente o hay oculto el interés de otra parte en este asunto?

—Disculpe, no entiendo qué quiere decir —dijo el señor Carlyle.

—En pocas palabras, y disculpe que le hable con tanta claridad, pero debo saber qué terreno piso. ¿Está usted aquí en nombre de alguno de mis ladinos acreedores, para sonsacarme información que no podría obtener de otro modo?

—¡Milord! —exclamó el visitante—. Yo soy incapaz de una acción tan deshonrosa. Sé que es blasón de un abogado tener una noción laxa del honor, pero difícilmente hallará usted motivos para sospechar que yo pueda condescender a emplearme de una forma tan taimada. Nunca en mi vida he jugado sucio, hasta donde soy capaz de recordar, y no creo que vaya a hacerlo jamás.

—Le ruego me perdone, señor Carlyle. Si supiera usted los trucos y las estrategias que han empleado contra mí, no le sorprendería que sospeche de todo el mundo. Proceda a explicarme qué le ha traído aquí.

—Como le decía, he oído que East Lynne estaba en venta, pues así me lo insinuó el agente de usted en la mayor de las confianzas. Si es así, me gustaría comprarla.

—¿Para quién?

—Para mí.

—¡Para usted! —rio el conde—. ¡Cielos! ¡Si que se ha vuelto lucrativa la abogacía!

—Lo es —dijo el señor Carlyle sonriendo—, sobre todo si se tienen parientes de clase alta, como los nuestros. Debe usted recordar que mi tío me dejó una importante fortuna, y mi padre otra aún mayor.

—Lo sé. También dinero que ganó ejerciendo.

—No todo. Mi madre aportó su fortuna al matrimonio, y eso permitió a mi padre invertir con éxito. He estado buscando una propiedad adecuada para invertir mi dinero, y me parece que East Lynne se adapta a mis necesidades, si usted accede a vendérmela y podemos acordar los términos de la venta.

Lord Mount Severn meditó unos instantes antes de hablar.

—Señor Carlyle —empezó—, mis asuntos están en un pésimo estado y debo conseguir de algún modo dinero en efectivo. East Lynne no forma parte de un legado, ni está hipotecada por una cantidad remotamente cercana a su valor, aunque este último hecho, como puede imaginar, no es de dominio público. Recuerdo que, cuando la compré a un precio de ganga, hace dieciocho años, usted era el abogado de la otra parte.

—Era mi padre —dijo el señor Carlyle con una sonrisa—. Yo era un joven entonces.

—Oh, por supuesto, debería haber sabido que era su padre. Al vender East Lynne me quedarán unos cuantos miles de libras, después de saldar sus cargas. Puesto que no tengo otro modo de conseguir capital, he decidido desprenderme de ella. Pero, caballero, entiéndame, si se supiera que me estoy desprendiendo de East Lynne, un avispero de acreedores empezaría a zumbar a mi alrededor y, por ello, la venta debe realizarse de forma discreta. ¿Comprende lo que quiero decirle?

—Perfectamente —dijo el señor Carlyle.

—Usted me agrada como comprador si, como dice, podemos acordar los términos de la venta.

—¿Qué espera milord obtener por la propiedad? ¿Puede darme una cifra aproximada?

—Para los detalles, debo remitirlo a mis representantes en asuntos de negocios, Warburton & Ware. Pero, en cualquier caso, no menos de setenta mil libras.

—Es demasiado, milord —contestó el señor Carlyle con decisión.

—Vale mucho más —dijo el conde.

—Estas ventas forzadas nunca alcanzan el valor real de la propiedad —replicó con franqueza el abogado—. Hasta que Beauchamp me dio a entender lo contrario, yo había supuesto que East Lynne estaba legado a su hija.

—No tiene ningún legado —contestó el conde, frunciendo el ceño de forma evidente—. Es la consecuencia de casarse con una mujer a la que obligas a huir de su familia. Me enamoré de la hija del general Conway y ella se escapó conmigo, como una insensata; bueno, ambos fuimos necios y pagamos por ello. El general no aprobaba nuestro enlace y declaró que yo tenía que tener canas antes de que aceptara entregarme a Mary; así que me la llevé a Gretna Green y se convirtió en la condesa de Mount Severn sin el acuerdo con su familia. Todo fue muy desafortunado. Una cosa llevó a la otra. Las noticias de la huida mataron al general.

—¡Lo mataron! —prorrumpió el señor Carlyle.

—Sí, lo mataron. Padecía del corazón, y la excitación provocó la crisis. A partir de ese momento, mi esposa nunca fue feliz; se culpaba de la muerte de su padre, y eso la llevó a la tumba. Estuvo enferma durante años; los médicos decían que era tuberculosis, pero parecía más bien que se desgastaba insensiblemente; en su familia no se había dado la tuberculosis. Los matrimonios de fugados no acaban bien, lo he podido comprobar en innumerables ocasiones; algo malo acaba saliendo de ellos.

—Se puede llegar a un acuerdo después del matrimonio —observó el señor Carlyle, pues el conde se quedó silencioso, inmerso en sus pensamientos.

—Lo sé, pero en este caso no lo hubo. Mi mujer no poseía ninguna fortuna, yo ya estaba lanzado a mi carrera de extravagancias y no pensamos en proveer a nuestros futuros hijos; o, si lo pensamos, no hicimos nada. Hay un viejo refrán, señor Carlyle, que dice: «No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy».

El señor Carlyle asintió.

—Así que mi hija no es partícipe de la propiedad —resumió el conde, conteniendo con dificultad un suspiro—. Cuando me llega un pensamiento lúgubre, me cruza por la cabeza la idea de que podría quedar en una situación difícil si yo muero antes de que ella se haya establecido en la vida. Pero no me cabe duda de que se casará bien; su belleza es de un grado poco común, y

ha sido educada como corresponde a una joven inglesa, de modo que no es frívola ni afectada. Su madre la educó los primeros doce años de su vida y, excepto la locura de dejarse persuadir para casarse conmigo, fue una mujer de inmensa bondad y refinamiento, y la niña ha continuado su formación con una admirable institutriz. Sé que ella jamás huirá a Gretna Green.

—La recuerdo como una niña encantadora —observó el abogado.

—Ah, la vio usted en East Lynne en vida de su madre. Volviendo a nuestro negocio; si usted compra East Lynne, señor Carlyle, debe ser en secreto. El dinero abonado, tras pagar lo pendiente de la hipoteca, debe quedar, según le he explicado, para mi uso privado; y usted sabe que no podría tocar un penique si llegara al maldito público un indicio de la transferencia de propiedad. A ojos del mundo, el propietario de East Lynne debe seguir siendo lord Mount Severn, al menos durante cierto tiempo. ¿Está usted dispuesto a aceptar estas condiciones?

El señor Carlyle reflexionó antes de contestar, y la conversación se reemprendió cuando convino en ver a Warburton y Ware a primera hora de la mañana del día siguiente para negociar con ellos. Ya era tarde cuando se levantó para irse.

—Quédese a cenar conmigo —le dijo el conde.

El señor Carlyle dudó y miró su atuendo, un traje sencillo y elegante de diario; pero, desde luego, poco adecuado para cenar en la casa de un par del reino.

—Oh, descuide —dijo el conde—, estaremos solos con mi hija. La señora Vane, de Castle Marling, se aloja con nosotros estos días. Vino a presentar a mi hija en las debutantes en Palacio, pero creo que hoy iba a cenar fuera. Si no es así, cenará también con nosotros. Hágame el favor de tirar de la campanilla, señor Carlyle.

Entró un sirviente.

—Averigüe, por favor, si la señora Vane cena hoy en casa —dijo el conde.

—La señora Vane cena fuera, milord —respondió inmediatamente el hombre—. Un carruaje la espera en la puerta.

—Muy bien. El señor Carlyle cenará con nosotros.

A las siete en punto se anunció la cena, y el conde se trasladó a la habitación adjunta. Al tiempo que el señor Carlyle y él entraban por una

puerta, otra persona entró por otra de la pared opuesta de la sala. ¿Quién —o qué— era? El señor Carlyle se quedó mirando fijamente, pues no estaba seguro de que fuera un ser humano. A su juicio, era un ángel.

Una forma esbelta, agraciada y juvenil; un rostro de primorosa belleza, una belleza que solo se ve gracias a la imaginación de un pintor; rizos oscuros y brillantes caían sobre el cuello y los hombros, suaves como los de una niña; brazos delicados y pálidos, decorados con perlas, y un costoso vestido de encaje blanco. En conjunto, al abogado le pareció una visión procedente de un mundo mejor.

—Mi hija, señor Carlyle, lady Isabel.

Se sentaron a cenar, lord Mount Severn a la cabecera de la mesa, a pesar de su gota y su reposapiés, y la joven dama y el señor Carlyle frente a frente. El señor Carlyle no se consideraba particularmente admirador de la belleza femenina, pero la extraordinaria hermosura de la joven casi le arrebató el control de sus sentidos y le hizo perder la compostura. Sin embargo, no era tanto el contorno de los exquisitos rasgos lo que le impresionaba, ni las mejillas de delicado damasco, ni la exuberante forma en que caía su melena; no, fue la dulce expresión de sus suaves ojos negros. Jamás había visto ojos más agradables. No podía apartar la vista de ella, y se dio cuenta, al familiarizarse con su rostro, que había en su mirada algo triste, pesaroso, que emergía en ocasiones, cuando la joven permitía que sus facciones se sosegaran, y residía principalmente en los ojos que él admiraba. Ese gesto de pena inconsciente es un indicio de tristeza y sufrimiento, pero el señor Carlyle no lo sabía. ¿Quién relacionaría la pena con el brillante futuro que se presagiaba a Isabel Vane?

—Isabel —observó el conde—, ya te habías vestido para cenar.

—Sí, papá. No quería hacer esperar a la anciana señora Levison para el té. Le gusta tomarlo pronto, y la señora Vane le debe haber retrasado la cena, pues no se marchó hasta las seis y media.

—Espero que no te tengas que quedarte hasta tarde, Isabel.

—Depende de la señora Vane.

—Entonces doy por hecho que te tendrás que quedar. Cuando las jóvenes de este mundo tan a la moda convierten la noche en día, pierden el color de las mejillas. ¿Qué opina usted, señor Carlyle?

El señor Carlyle miró las sonrosadas mejillas de la joven frente a él:

parecían frescas y llenas de vida, y poco propensas a marchitarse.

Al terminar la cena, una criada entró con un mantón de cachemira que puso delicadamente sobre los hombros de la joven mientras le informaba de que el carruaje estaba esperando.

Lady Isabel se acercó al conde.

—Adiós, papá.

—Buenas noches, amor mío —contestó, la abrazó y le dio un beso en la mejilla—. Dile a la señora Vane que no te secuestre hasta entrada la madrugada. Aún no eres más que una niña. Señor Carlyle, ¿le importaría llamar al servicio? Verá, mi dolencia me impide acompañar a mi hija al carruaje.

—Por supuesto, milord. Pero si lady Isabel disculpa la compañía de alguien tan poco acostumbrado a atender jóvenes damas como yo, será un placer acompañarla hasta su carruaje —fue la confusa respuesta del señor Carlyle tirando de la campanilla.

El conde le dio las gracias, la joven le sonrió y el señor Carlyle la acompañó por la ancha e iluminada escalera; aguardó, sin cubrirse con un sombrero, junto a la puerta del lujoso coche y la ayudó a subir. Ella le ofreció su mano en un gesto franco y agradable, como era ella, y le deseó buenas noches. El carruaje emprendió su camino y el señor Carlyle regresó junto al conde.

—Bueno, ¿no le parece una muchacha preciosa? —preguntó.

—Preciosa no alcanza a una belleza como la suya —respondió el señor Carlyle con una voz suave y cálida—. Jamás vi un rostro más hermoso.

—Causó sensación en la presentación la semana pasada en la corte... según me han dicho. Esta gota interminable me tiene encerrado todo el día. Y no solo es bella, también es buena.

El conde no estaba siendo parcial. La naturaleza había sido generosa con lady Isabel, no solo en su mente y su persona, también en su corazón. Se parecía poco a las jóvenes modernas, en parte porque había vivido apartada del gran mundo y en parte por el gran cuidado puesto en su formación. En vida de su madre, había pasado temporadas en East Lynne, pero principalmente había residido en la casa mayor del conde, Mount Severn, en Gales, bajo la tutela de una juiciosa institutriz. Las servía a ambas un equipo pequeño de sirvientes y el conde las visitaba con frecuencia y sin previo aviso. Era una

joven generosa y benevolente, tímida y sensible en extremo, gentil y amable con todo el mundo. No se oponga, lector, a que reciba estos halagos... admírela y ámela mientras pueda, pues ahora lo merece, en su inocencia, y llegará el momento en que esos sentimientos estarán fuera de lugar. Si el conde hubiera sabido el destino que aguardaba a su hija, su amor la habría llevado a matarla allí mismo, antes de permitir que sufriese.

Capítulo 2: La cruz rota

El carruaje de lady Isabel la llevó a la residencia de la señora Levison. La señora Levison tenía casi ochenta años y era muy severa en su modo de hablar y comportarse o, en palabras de la señora Vane, «una cascarrabias». Ciertamente, cuando entró Isabel, la estampa de la anciana era la viva encarnación de la impaciencia, con su gorra de través y tirando de los pliegues de su vestido. La señora Vane la había hecho esperar para cenar e Isabel le hacía esperar ahora para tomar el té, cosa que desagrada a los ancianos, pues se compadece mal con su salud y temperamento.

—Me temo que llego tarde —exclamó lady Isabel avanzando hacia la señora Levison—. Un caballero ha cenado hoy con papá y se ha alargado la sobremesa.

—Llegas veinticinco minutos tarde —replicó secamente la anciana— y yo quiero mi té. Emma, que lo sirvan ya.

La señora Vane tiró de la campanilla e hizo lo que le había ordenado. Era una mujer pequeña de veintiséis años, de rostro poco agraciado, pero figura elegante, cultivada, vanidosa de la cabeza a los pies. Su madre, que había muerto hacía tiempo, era la hija de la señora Levison, y su marido, Raymond Vane, el presumible heredero del título de Mount Severn.

—¿Es que no te vas a quitar esa estola, hija? —preguntó la señora Levison, que desconocía lo relativo a los nombres modernos de tales prendas, como capa, esclavina y la serie de matices que los diferenciaban; Isabel se quitó la prenda de los hombros y se sentó a su lado.

—¡El té no está preparado aún, abuela! —exclamó la señora Vane,

acentuando su asombro, al ver llegar a la sirvienta con una bandeja y un recipiente de plata—. ¿No querrás que lo preparen en la sala?

—¿Y dónde debería querer que lo preparen? —preguntó la señora Levison.

—Es más cómodo que lo traigan ya hecho —dijo la señora Vane—. No me gusta el embarazo de tener que hacerlo yo.

—¡Desde luego! —fue la réplica de la anciana—. ¡Y que se derrame en los platillos y llegue frío como la leche! Siempre fuiste perezosa, Emma... y demasiado aficionada a las palabras francesas. En tu lugar, yo preferiría pegarme una etiqueta en la frente que dijera «hablo francés» y hacérselo saber así a todos.*

—¿Quién te hace el té, por lo general? —preguntó la señora Vane, telegrafizando una mirada de desprecio a Isabel por detrás de su madre.

Pero Isabel bajó la mirada y se sonrojó. No le gustaba llevar la contraria a la señora Vane, que era mayor que ella y huésped de su padre, y su mente se rebelaba ante la idea de mostrar ingratitud o, todavía peor, burlarse de una pariente anciana.

—Harriet viene a hacérmelo —replicó la señora Levison—. Sí, y lo toma conmigo cuando estoy sola, cosa que sucede a menudo. Emma, ¿qué dicen de eso vuestros refinamientos?

—Es a gusto de cada uno, por supuesto, abuelita.

—Y ahí tienes el tarro del té junto al codo, y la tetera enfriándose, y si esta noche queremos tomar té, hay que hacerlo ya.

—Yo no sé cuánto hay que poner —protestó la señora Vane, a la que espantaba la posibilidad de mancharse las manos o los guantes y, en resumen, sentía una particular aversión a hacer algo útil.

—¿Quiere que lo haga yo, señora Levison? —dijo Isabel, levantándose rápidamente—. En Mount Severn lo hacía al menos tantas veces como mi institutriz y se lo hago habitualmente a papá.

—Gracias, niña —dijo la anciana—. Vales tanto como diez de ella.

Isabel se rio con alegría, se quitó los guantes y se sentó a la mesa; y, en ese momento, entró en la habitación un hombre joven y elegante, con rasgos bien cincelados, ojos oscuros, pelo azabache y dientes blancos como perlas; un atento observador habría percibido en esos rasgos una expresión atractiva, pero también que los ojos oscuros tendían a no mirarte cuanto te hablaba. Se

trataba del capitán Francis Levison.

Era nieto de la anciana y primo carnal de la señora Vane. Pocos hombres mostraba unos modales tan fascinantes, y, tanto por su rostro como por su forma, pocos cautivaban como él a sus interlocutores, y pocos eran más despiadados en el fondo de su corazón. El mundo entero lo cortejaba y la sociedad lo honraba, pues, aunque era un despilfarrador, todos lo sabían, era el presunto heredero del anciano y rico sir Peter Levison.

La anciana lo presentó:

—Capitán Levison, lady Isabel Vane.

Ambos se saludaron con una leve reverencia e Isabel, que era una niña que no sabía aún cómo funcionaba el mundo, se sonrojó al sentir la mirada de admiración del joven oficial. Resulta extraño que conociera a dos jóvenes el mismo día, casi al mismo tiempo, los dos hombres que ejercerían una influencia decisiva en su vida.

—¡Qué cruz más bonita, niña! —exclamó la señora Levison cuando, acabado el té, se encontró en pie al lado de Isabel, que, junto a la señora Vane, se disponía a marcharse.

Se refería a una cruz dorada, con siete esmeraldas engarzadas, que Isabel lucía en el cuello. Era una joya de textura suave y delicada, y colgaba de una fina y corta cadena de oro.

—¿Es bonita, verdad? —respondió Isabel—. Me la regaló mi madre justo antes de morir. Espera, me la quitaré para que la veas mejor. La llevo solo en las grandes ocasiones.

Su aparición en la casa del gran duque le parecía una gran ocasión a esta inexperta, educada de forma sencilla. Abrió el broche de la cadena y la colocó con la cruz en las manos de la señora Levison.

—¡Vaya! ¡Solo te has puesto esa cruz y un par de brazaletes de perlas de dudosa calidad! —dijo la señora Vane a Isabel—. No me había fijado.

—Mamá me dio la cruz y los brazaletes, que ella solía llevar a menudo.

—¡No seas anticuada! ¿Te parece que tu madre llevara esos brazaletes hace muchísimos años es motivo para que los lleves tú ahora? —replicó la señora Vane—. ¿Por qué no te has puesto los diamantes?

—Me... me los puse... los diamantes; pero... me los quité —tartamudeó Isabel.

—¿Y por qué, si puede saberse?

—No quería llamar la atención —respondió Isabel, sonriendo y sonrojándose a la vez—. ¡Relucían tanto! Temí que se pensara que me los había puesto para que se fijaran en mí.

—¡Ah! Veo que quieres formar parte de esa clase de gente que finge despreciar los adornos —replicó la señora Vane con desprecio—. Para mí, eso es el colmo de la vanidad, lady Isabel.

Lady Isabel no se molestó por el desaire. La joven creía que, simplemente, algo había puesto de mal humor a la señora Vane. Y, desde luego, así había sido, y ese algo, que Isabel no alcanzaba a sospechar, era la evidente admiración que el capitán Levison había mostrado hacia la belleza de la joven; esa admiración lo tenía absorbido por completo, y lo había llevado a ignorar a la señora Vane.

—Ten, niña, toma tu cruz —dijo la anciana—. Es muy bonita, y luce en tu cuello más bonita que un diamante. A ti no te hace falta ningún adorno, no hagas caso a Emma.

Francis Levison tomó la cruz y la cadena de su mano y se las pasó a lady Isabel. Quizá porque él estaba azorado, o porque ella tenía las manos ocupadas con los guantes, su pañuelo, y acababa de recoger su esclavina, lo cierto es que la cruz cayó al suelo y el caballero, demasiado ansioso por recogerla, no hizo sino pisarla y partirla en dos.

—¡Válgame Dios! ¿Quién la ha dejado caer? —exclamó la señora Levison.

Isabel no contestó; estaba apesadumbrada. Tomó los fragmentos de la joya y no pudo contener las lágrimas.

—¡Pero bueno! ¡No estarás llorando por esa baratija de cruz! —dijo la señora Vane, interrumpiendo la disculpa que ya asomaba a los labios del capitán Levison.

—Seguro que puede arreglarse, querida —dijo la señora Levison.

Con esfuerzo, Isabel contuvo el llanto y se volvió hacia el capitán Levison con una sonrisa.

—Por favor, no se preocupe, no ha sido su culpa —dijo con tono amable—; yo soy tan responsable como usted y, como dice la señora Levison, puedo hacer que la reparen.

Mientras hablaba, desenganchó la parte superior de la cruz de la cadena y

se la puso en el cuello.

—¡No se te ocurrirá ir con esa cadena de oro sin nada! —exclamó la señora Vane.

—¿Por qué no? —repuso Isabel—. Si alguien se extraña, puedo explicar que se rompió la cruz accidentalmente.

La señora Vane se echó a reír con sarcasmo.

—¡Si alguien se extraña! —repitió, en un tono acorde con la risa—. No te van a decir nada a la cara, pero pensaran que la hija de lord Mount Severn no tiene joyas que ponerse.

Isabel sonrió y negó con la cabeza.

—Vieron mis diamantes en la presentación.

—Si lo que le has hecho a esta niña me lo hubieras hecho a mí, Frank Levison —estalló la anciana—, no te habría dejado entrar en mi casa en un mes. En cuanto a ti, Emma, si tienes que irte, mejor que te vayas ya, ¡a empezar la velada a las diez de la noche! En mis tiempos solíamos a las siete, pero ahora es costumbre convertir la noche en día.

—Eso debía ser cuando Jorge III cenaba a la una de la tarde carnero y nabos* —terció con poca elegancia el capitán, quien ciertamente mostraba hacia su abuela el mismo poco respeto que la señora Vane.

Se volvió hacia Isabel y le ofreció la mano para llevarla abajo. Así, por segunda vez, esa noche fue acompañada a su carruaje por un extraño. La señora Vane bajó sola como pudo, cosa que no contribuyó a mejorar su humor.

—Buenas noches —dijo Isabel al capitán.

—Aún no es momento de despedirnos. Me encontrará allí casi en cuanto llegue usted.

—¿No me había dicho que no vendría, que tenía una despedida de soltero que se lo impedía?

—Sí, pero he cambiado de idea. Por eso no es un adiós, sino un hasta luego, lady Isabel.

—¡Vaya pinta vas a tener llevando al cuello una cadena de escolar sin colgante! —dijo la señora Vane, volviendo a su crítica en cuando el carruaje inició su camino.

—Oh, señora Vane, ¿qué importa? No me puedo quitar de la cabeza mi pobre cruz rota. Estoy segura de que se trata de un mal augurio.

—Un mal... ¿qué?

—Un mal augurio. Mamá me dio esa cruz en su lecho de muerte. Me dijo que me protegería como un talismán y que debía cuidarla, y cuando estuviera angustiada, o necesitara guía, que la mirara e intentara recordar qué consejo me habría dado ella, y actuara en consecuencia. ¡Y ahora está rota! ¡Rota!

Una farola de gas iluminó el interior del carruaje, la luz sobre el rostro de Isabel.

—¡Pero si estás llorando! —exclamó la señora Vane—. De verdad te digo, Isabel, que no tengo la menor intención de acompañar a nadie con los ojos rojos ante la duquesa de Dartford; así que, si no puedes controlarte, diré al coche que te lleve a casa e iré sola a la recepción.

Isabel se secó obedientemente los ojos, entre suspiros contenidos.

—Puedo hacer que vuelvan a unir los trozos, supongo; pero, para mí, nunca será la misma cruz.

—¿Qué has hecho con los trozos? —preguntó molesta la señora Vane.

—Los he envuelto en el papel que me dio la señora Levison, y los he guardado en el mono. Aquí están —dijo, tocándose el cuerpo—. Lo he guardado allí porque no tengo bolsillos.

La señora Vane gruñó. Ella nunca había sido una niña, pues, a los diez años, ya era una mujer, y felicitó a Isabel por conducirse poco mejor que una imbécil.

—¡Que lo he metido en el mono! —repitió, con un alud de desdén—. ¡Vamos, que tienes ya dieciocho años! Me imaginaba que habías dejado de llevar monos cuando saliste de la guardería. ¡Qué vergüenza, Isabel!

—Quise decir mi vestido —se corrigió Isabel.

—¡Quisiste decir que eres una bebé idiota! —dijo para sí la señora Vane.

Al cabo de unos minutos, Isabel había olvidado completamente su pena. Las elegantes e iluminadas salas le parecían sacadas de un sueño, pues su corazón estaba henchido por la temprana frescura de la marea primaveral y la saciedad de la experiencia no había cercenado su capacidad para la maravilla. ¿Cómo iba a pensar en problemas, ni siquiera en la cruz rota, mientras se regocijaba del homenaje que recibía y bebía la miel de los elogios derramándose en sus oídos?

—¡Hola! —dijo un estudiante de Oxford con una larga cartera de

propiedades en perspectiva, que se apretaba contra la pared para no estorbar a los que bailaban el vals—. Creí que no venías a sitios como este.

—Lo mismo creía yo —replicó el elegante joven al que se había dirigido, hijo de un marqués—. Pero de nuevo estoy buscando, así que me veo obligado a venir. A mí los bailes me parecen lo más aburrido del mundo.

—¿Buscando de nuevo? ¿Qué estás buscando?

—Esposa. El viejo me ha cortado los suministros, y ha jurado por sus barbas no adelantarme un chelín ni pagar mis deudas hasta que cambie de actitud y de vida. Y como paso preliminar para ese cambio, insiste en que debo casarme; así que estoy buscando esposa, pues debo más dinero del que te puedes imaginar.

—Pues escoge a la belleza del momento.

—¿Quién es?

—Lady Isabel Vane.

—Muchas gracias por la sugerencia —replicó el conde—. Pero me gustaría tener un suegro respetable, y Mount Severn va derecho a la ruina. Él y yo parecemos cortados por el mismo patrón, y sería inevitable que, con el tiempo, acabáramos por chocar.

—No se puede tener todo. La belleza de la joven es extraordinaria. He visto al truhan de Levison rondarla. En lo relativo a mujeres, cree que no hay ninguna que no pueda conseguir.

—Y a menudo las consigue —fue su tranquila réplica.

—¡Odio a ese tipo! Muy pagado de sí mismo, con su cabello rizado, sus dientes blancos y su piel pálida. Tiene menos corazón que una lechuza. ¿Qué hay de eso que se rumoreaba sobre él y la señorita Charteris?

—¿Quién sabe? Levison se desentendió de la correría y se libró del asunto, escurridizo como una anguila, y la mujer dijo que, más que pecador, él había sido la víctima del pecado. Tres cuartos del mundo los creyeron.

—Y ella se fue al extranjero y murió. ¡Aquí viene Levison! Y la hija de Mount Severn con él.

Se acercaban en ese momento Francis Levison y lady Isabel. Él le estaba expresando su pesar por el desgraciado incidente de la cruz por décima vez.

—Siento que no me podréis perdonar nunca —susurró—; una vida de atenciones y homenaje no sería compensación suficiente.

Su tono era amable, su emoción parecía sincera, gratificante para el oído, pero peligrosa para el corazón. Lady Isabel levantó la vista y encontró los ojos del joven devolviéndole la mirada con la mayor ternura, un lenguaje de fascinación que ella no había encontrado hasta entonces. Se sonrojó una vez más, bajó la mirada y las palabras de su tímida respuesta se deshicieron en el silencio.

—¡Cuidado, joven lady Isabel! —murmuró el estudiante de Oxford entre dientes cuanto pasaron frente a él—. Ese hombre es tan atractivo como falso.

—Creo que es un canalla —terció el conde.

—Lo es, desde luego. Sé ciertas cosas de él. Es capaz de destrozarse el corazón de esa joven solo por la gesta de seducir a una mujer tan bella, y luego la arrojará a un lado sin remordimiento. No dará nada a cambio de lo que ella le entregue.

—Igual que mi nuevo caballo de carreras —concluyó el conde—. Es una belleza.

Capítulo 3: Barbara Hare

West Lynne es una ciudad de cierta importancia, particularmente a ojos de sus habitantes, aunque no posea industria ni catedral. No es la principal ciudad del condado* y sus vecinos se muestran un tanto primitivos en sus modales y costumbres. Envía dos representantes al parlamento y se jacta de tener un mercado que cubre una gran sala, conocida como «la sala del ayuntamiento», donde se reúnen los jueces de paz a dirimir los asuntos, pues aquí los magistrados del condado mantienen esa denominación casi obsoleta. Entrando en la ciudad, hacia el este, se llega a varias casas señoriales, y junto a ellas se encuentra la iglesia de San Judas, con una congregación más aristocrática que el resto de las iglesias de West Lynne. Estas casas se prolongan a lo largo de una milla, con la iglesia en su comienzo, en la parte más bulliciosa, y al cabo de otra milla se llega a la majestuosa mansión conocida como East Lynne. Si se conduce por la carretera se puede admirar su verde y ondulado parque, pero no si se llega caminado, pues un desconfiado muro, elevado hasta una altura desmedida, obstaculiza la vista. Grandes y bellos árboles, refugio de humanos y de ciervos en los cálidos días de verano, adornan el parque, al que se entra por la gran puerta, entre dos casas de guardianes, que conduce a la casa. No es una casa enorme, comparada con otras mansiones de campo, pero está construida al estilo italiano, de color blanco y notablemente alegre, y en conjunto resulta muy agradable a la vista.

Entre las mencionadas casas y East Lynne, la carretera es solitaria y umbría. Solo una casa se halla en ese tramo, a unos tres cuartos de milla antes de llegar a East Lynne y un cuarto de milla más allá después de las casas. Está a mano izquierda, una fea construcción cuadrada de ladrillo rojo con una

veleta en el tejado que se alza a cierta distancia de la carretera. Un modesto jardín se extiende ante ella, y cerca de la valla de madera que la separa de la carretera hay un bosquecillo de unas yardas de profundidad. El jardín lo divide un estrecho sendero de grava, al que se accede desde la carretera por una estrecha puerta de hierro que lleva al rústico pórtico de la casa. Desde allí se entra a un gran recibidor pavimentado, flanqueado por sendos salones de recepción y al final una ancha escalera; por el lado de la escalera se pasa a los cuartos y el área de los sirvientes. Esta casa se conoce como el Soto, y su dueño y ocupante es el señor Richard Hare, más conocido como juez Hare.

La sala de la izquierda, según se entra, es el salón general; la otra se mantiene recogida, cubierta con sábanas de lino conservadas con lavanda, y solo se abre en las grandes ocasiones. El juez y la señora Hare tenían tres hijos, un niño y dos niñas. Anne, la mayor de las niñas, se había casado muy joven; Barbara, la más joven, tenía ahora diecinueve años y Richard era el mayor de todos... Sobre él volveremos más adelante.

En el salón, una fría tarde de principios de mayo, pocos días después de la visita del señor Carlyle al conde de Mount Severn, se hallaba sentada la señora Hare, una mujer pálida y delicada, envuelta en chales y cojines, en un sillón cerca del hogar, con la chimenea sin encender, ya que el día había sido cálido. Junto a la ventana se hallaba sentada una joven muy bella, de ojos azules, pelo rubio, tez clara y facciones delicadas y aquilinas, pasando lánguidamente las hojas de un libro.

—Barbara, ya debe ser la hora del té.

—Se te hace largo el tiempo, madre. No hace un cuarto de hora que te dije que eran las seis y diez.

—Tengo tanta sed —murmuró la pobre inválida—. Por favor, Barbara, vuelve a mirar la hora.

Barbara Hare se levantó con un gesto de impaciencia, abrió la puerta de la sala y miró el gran reloj del recibidor.

—Quedan veintinueve minutos para las siete, mamá. Hay días en que me gustaría que llevaras tu reloj. Es la cuarta vez que me mandas mirar la hora.

—¡Tengo tanta sed! —repitió la señora Hare, casi en un sollozo—. ¡Si llegaran ya las siete! Me muero por el té.

Pensará el lector que una señora que se muere de ganas de tomar el té en su propia casa podría, sin duda, pedir que se lo trajeran, aunque no fuera la

hora habitual de tomarlo. Pero no sucedía así con la señora Hare. Desde que su marido la llevó a aquella casa, veinticuatro años atrás, no había osado expresar el más mínimo deseo ni, aún menos, dar una orden. El juez Hare era severo, imperioso, obstinado y engreído; ella, tímida, amable y sumisa. Amaba a su marido de corazón, de modo que su vida consistía en una larga sumisión a su marido, hasta el punto de no tener otra voluntad que la de su marido, que la dominaba por completo. Pero no sentía esa sumisión como un yugo, que algunas naturalezas perciben así y otras no, y en defensa del señor Hare hay que decir que la razón residía en su poderosa voluntad, ante la que todo debía plegarse, pero no en su bondad: nunca fue su intención tratar mal a su mujer. De sus tres hijos, solo Barbara había heredado el carácter de su padre.

—Barbara —empezó otra vez la señora Hare, cuando creyó que, como mínimo, debía haber pasado otro cuarto de hora.

—¿Sí, mamá?

—Llama y diles que se preparen para que a las siete no se retrasen.

—¡Cielos, mamá! Sabes que lo tienen siempre a punto. Y no hay ninguna prisa; es posible que papá no haya llegado todavía a casa.

De todos modos, se levantó e hizo sonar la campana con un gesto petulante y, cuando el sirviente respondió, le dijo que tuviera el té a la hora en punto.

—Si supieras, cariño, qué áspera tengo la garganta y qué seca la boca te mostrarías más paciente conmigo.

Barbara cerró el libro, abrazó a su madre con aire arrepentido y se volvió hacia la ventana. Parecía cansada, no por la fatiga, sino a causa de lo que los franceses expresan con la palabra *ennui*.

—Ya viene papá —dijo al fin.

—¡Oh, perfecto! —dijo la pobre señora Hare—. Quizá no le moleste tomar el té inmediatamente, si le digo lo sedienta que estoy.

El juez entró en la sala. Era un hombre de talla mediana y apariencia pomposa, acentuada por una peluca blanca. En la nariz aquilina, los labios prietos y el puntiagudo mentón se reconocía el parecido de su hija, aunque él no había sido la mitad de atractivo que la hermosa Barbara.

—Richard —lo llamó la señora Hare entre sus chales cuando abrió la puerta.

—¿Sí?

—¿Te apetecería tomar el té ahora? ¿Te importaría si lo tomamos un poco más temprano esta tarde? Tengo otra vez fiebre y la lengua tan seca que casi no puedo hablar.

—Bueno, son casi las siete, ya no queda mucho.

Con esta respuesta tan generosa a la petición de una inválida, el señor Hare se marchó de la sala con un portazo. No había hablado con un tono desagradable, sino, sencillamente, con indiferencia. Pero antes de extinguirse el manso suspiro de decepción de la señora Hare, la puerta volvió a abrirse y reapareció la peluca blanca.

—No me molesta tomarlo ahora. Será una noche despejada e iluminada por la luna y voy a ir con Pinner donde Beauchamp a fumar una pipa. Haz que lo traigan, Barbara.

Ya habían tomado el té cuando llegó el señor Pinner y el juez se fue con él a la casa del señor Beauchamp. El señor Beauchamp era un caballero que poseía y cultivaba una gran extensión de tierra, y era el agente o administrador de lord Mount Severn para East Lynne. Vivía más allá, en ese mismo camino, a cierta distancia de East Lynne.

—¡Tengo tanto frío, Barbara! —se estremeció la señora Hare al ver al juez alejarse por el camino de grava—. Me pregunto si tu papá pensaría que soy una insensata si pido que enciendan el fuego.

—Haz que lo enciendan, si quieres —respondió Barbara, haciendo sonar la campana—. Papá no sabrá si lo has hecho o no, pues no regresará hasta después de irnos a la cama. Jasper, mamá tiene frío y quiere que se encienda el fuego.

—Muchas ramitas, Jasper, que se avive pronto —dijo la señora Hare con tono de súplica, como si las ramitas fueran de Jasper y no suyas.

La señora Hare tenía su fuego, acercó su silla y puso los pies sobre la pequeña barandilla de la repisa del hogar para aprovechar el calor. Barbara, que seguía apática, fue al vestíbulo, tomó un chal de lana de un colgador y salió de la casa. Anduvo por el camino formal y llegó a la puerta de hierro, y allí contempló el camino público, a esa hora y en ese punto no muy público, sino muy solitario. La noche era tranquila y agradable, un poco fría para primeros de mayo, y la luna brillaba alta en el cielo.

—¿Cuándo volverá a casa? —murmuró mientras apoyaba la cabeza sobre la valla—. Oh, ¿cómo sería la vida sin él? ¡Qué desgraciados han sido estos

días! Me pregunto qué lo llevó a ir allí y qué le impide volver. Corny dijo que solo iba a estar un día fuera.

Un suave eco de pasos en la distancia llegó a sus oídos, y Barbara se apartó un poco y se ocultó entre los árboles para no ser vista por ningún transeúnte. Pero, cuando el sonido se acercó, la acometió un súbito cambio; sus ojos se iluminaron, sus mejillas se tiñeron de carmesí y sus venas vibraron rebosantes de arrobamiento, pues conocía bien esos pasos, y amaba a su dueño.

Asomó cautelosamente la cabeza por la puerta y miró camino abajo. Un hombre alto, cuya altura y fuerza conllevaban una elegancia de la que su poseedor no era consciente, se acercaba rápidamente a ella desde la dirección de West Lynne. De nuevo se encogió y ocultó; el amor verdadero es tímido; y fueran cuales fueran las cualidades de Barbara Hare, su amor era verdadero y profundo. Pero, en lugar de abrir la puerta, con el movimiento peculiar, rápido y firme de la mano, los pasos empezaron a alejarse. Barbara se entristeció, pero de nuevo se acercó a la puerta y asomó otra vez la cabeza con anhelo.

Sí, estaba claro que pasaba de largo, sin pensar en ella. No venía a verla, y, con desilusión y por el impulso del momento, se atrevió a llamarlo:

—¡Archibald!

El señor Carlyle —pues de él se trataba, no de otro— volvió sobre sus talones y se acercó a la entrada.

—¿Eres tú, Barbara? ¿Qué haces a estas horas en la verja? ¿Quieres sorprender a los ladrones? ¿Cómo estás?

—¿Cómo estás? —respondió ella, manteniendo la puerta abierta con una mano para que él entrara mientras le ofrecía la otra y trataba de contener su agitación—. ¿Cuándo has vuelto?

—Acabo de regresar, en el tren de las ocho, que ha llegado con retraso tras detenerse un tiempo imperdonable en cada estación. No tenían ni idea de que yo iba a bordo, lo vi en su mirada cuando bajé. No he ido a casa todavía.

—¡No! ¿Qué dirá Cornelia?

—He pasado cinco minutos por el despacho. Tengo que hablar un momento con Beauchamp e iré a casa directamente. Gracias, pero ahora no puedo detenerme, prometo quedarme a mi vuelta.

—Papá ha subido a ver al señor Beauchamp.

—¿El señor Hare? ¿Ah, sí?

—Él y el señor Pinner —continuó Barbara—. Han ido a fumar una pipa. Y si esperas allí con papá, cuando vuelvas será demasiado tarde, pues no volverá a casa antes de las once o las doce.

El señor Carlyle reflexionó unos instantes.

—Entonces creo que valdrá de poco que vaya —dijo—, pues el asunto que debo tratar con Beauchamp es privado. Tendré que esperar hasta mañana.

Entró, cerró la puerta tras él y colocó la mano de la joven en su brazo, para acompañarla de vuelta a la casa. Lo hizo de forma mecánica, desprovista de todo sentimiento o romance, pero Barbara Hare se sintió en el séptimo cielo.

—¿Y cómo estáis todos aquí, Barbara, estos días?

—Oh, muy bien. ¿Cómo es que te marchaste tan de repente? No nos dijiste a dónde ibas, ni te despediste.

—Lo has dicho muy bien, Barbara, «de repente». Surgió un negocio que no podía esperar, y tuve que marcharme para atenderlo.

—Cornelia dijo que ibas a estar fuera solo un día.

—¿Ah, sí? El caso es que en Londres surgen cosas y tuve que quedarme un poco más. ¿Se encuentra mejor la señora Hare?

—Igual que siempre. Creo que las dolencias de mamá son imaginarias, al menos la mitad; si se levantara un poco más, se sentiría mejor. ¿Qué llevas en ese paquete?

—No deberías preguntarlo, Barbara. No te concierne, atañe solo a la señora Hare.

—¿Es algo que has traído a mamá, Archibald?

—Por supuesto. Un hombre de provincias que va a Londres debe regresar con regalos para sus amigos o, al menos, así era antiguamente.

—Cuando la gente hacía testamento antes de partir y el viaje duraba dos semanas en carro —se rio Barbara—. El abuelito solía contarnos historias de aquellos tiempos, cuando éramos niños. Pero ¿de verdad traes algo para mamá?

—¿No te he dicho que sí? Y traigo otra cosa para ti.

—¡Oh! ¿Qué es? —dijo, sonrojándose y preguntándose si hablaba en serio o le gastaba una broma.

—¡No seas impaciente! «¿Qué es?» Espera un momento y lo verás.

Dejó el paquete o rollo sobre una silla del jardín y procedió a rebuscar en sus bolsillos. Al parecer, la búsqueda fue en vano.

—Barbara, no lo encuentro. Debo haberlo perdido.

El corazón de la joven latía con fuerza mientras miraba al hombre iluminado por la luna. ¿Se había perdido? ¿Qué había sido?

Pero, tras buscar una segunda vez, encontró algo en el bolsillo de la cola de su levita.

—Aquí esta, creo. ¿Cómo ha ido a parar ahí?

Abrió una pequeña caja y sacó de ella una larga cadena de oro que colgó a Barbara del cuello. De la cadenita estaba suspendido un medallón.

El color de las mejillas de la joven se disipó y luego regresó con más intensidad, según su corazón se aceleraba. Estaba tan emocionada que no podía articular una palabra de agradecimiento. El señor Carlyle cogió el rollo y fue a ver a la señora Hare.

Barbara lo siguió al cabo de unos minutos. Su madre seguía con los ojos los movimientos del señor Carlyle. No se había encendido ninguna vela en la habitación, pero el fuego del hogar lo iluminaba todo.

—¡No te rías de mí! —dijo él, desatando la cuerda del paquete que había traído—. No es un rollo de terciopelo para un vestido ni un rollo de pergamino que conceda veinte mil libras al año. Es, simplemente... ¡un cojín de aire!

Era exactamente lo que la pobre señora Hare, cansada de estar tumbada, había pedido tantas veces. Había oído decir que ese objeto de lujo se podía comprar en Londres, pero nunca lo había visto. La forma en que lo arrebató de las manos al señor Carlyle se habría tachado de ansiosa de no ser por la mirada de agradecimiento que le dedicó.

—¿Cómo podría darte las gracias? —murmuró con lágrimas de alegría.

—Si sientes que tienes que darme las gracias, nunca te traeré nada —protestó él—. Le venía diciendo a Barbara que una visita a Londres implica traer regalos a los amigos —continuó—. ¿Has visto lo guapa que está con su regalo?

Barbara se sacó rápidamente la cadenita y se la mostró a su madre.

—¡Qué cadena más bonita! —murmuró la señora Hare, sorprendida—. ¡Archibald, eres demasiado bueno, demasiado generoso! Debe haberte

costado una fortuna, no es una baratija.

—¡Tonterías! —rio el señor Carlyle—. Déjame que te cuente cómo la compré. Fui a un joyero por mi reloj, que ha adoptado la mala costumbre de retrasarse, y allí vi un muestrario de cadenas, algunas tan gruesas que parecían más propias de un sheriff,* otras bastante ligeras y elegantes para Barbara. No me gusta una cadena gruesa en el cuello de una dama. Me recordaron la cadena que había perdido el día que Cornelia y ella me acompañaron a Lynchborough, cuya pérdida Barbara insistía que había sido por mi culpa al arrastrarla por la ciudad haciendo turismo mientras Cornelia hacía sus compras.

—¡Pero si lo decía en broma! —le interrumpió Barbara—. Por supuesto que la habría perdido igual, aunque tú no hubieras estado conmigo: los eslabones estaban un poco sueltos.

—Bueno, en cualquier caso, esas cadenas de la tienda de Londres me hicieron pensar en la pérdida de Barbara y escogí una. Luego el dependiente me ofreció unos medallones y se extendió sobre lo prácticos que son para guardar, por ejemplo, el cabello de algún pariente muerto, por no hablar del pelo de la persona amada, y le dije que me llevaría uno. Podrías meter ese mechón de pelo que tanto valoras, Barbara —concluyó, bajando la voz.

—¿Qué mechón? —preguntó la señora Hare.

El señor Carlyle miró a un lado y otro de la habitación, como si temiera que las paredes pudieran oír su susurro.

—De Richard. Barbara me lo mostró un día cuando ordenaba su escritorio, y me dijo que se lo había cortado hacía tiempo, durante la enfermedad.

La señora Hare se hundió en su silla y se tapó el rostro con las manos temblando visiblemente. Era evidente que esas palabras habían suscitado un doloroso manantial de pesar.

—¡Oh, mi niño! ¡Mi niño! —gimió—. ¡Mi niño! ¡Mi pobre niño! El señor Hare no comprende mi mala salud, Archibald, y Barbara se burla de mí, pero ahí está la causa de mi desgracia, mental y física. ¡Oh, Richard! ¡Richard!

Se produjo un silencio incómodo, pues el tema no admitía esperanza ni consuelo.

—Ponte la cadena otra vez, Barbara —dijo el señor Carlyle, tras un momento—. Deseo que la lleves muchos años con salud. ¡Salud y vida buena,

jovencita!

Barbara sonrió y lo miró con sus bonitos ojos azules, henchida de amor.

—¿Qué has traído para Cornelia? —le preguntó.

—Algo espléndido —respondió él, con fingida solemnidad—, solo espero que no me hayan engañado. Le he comprado un chal. El vendedor me aseguró que era auténtico cachemir parisino.* Espero que no resulte tejido común de Manchester.

—Si lo fuera, Cornelia no notará la diferencia.

—Eso no lo sé. Por mi parte, no veo por qué los productos extranjeros deberían valorarse por encima de los británicos —observó el señor Carlyle con arrebatado patriótico—. Si yo llevara chal, lo preferiría de una de nuestras fábricas, de Norwich o Paisley, al mejor de toda Francia.

—Mejor espera a llevarlos, y verás que pronto cambias de opinión —dijo Barbara.

La señora Hare apartó las manos de su pálido rostro.

—¿Cuánto te ha costado? —preguntó.

—Si os lo digo, tenéis que prometerme que no se lo diréis a Cornelia. Me regañaría por mi extravagancia, lo guardaría entre varias capas de papel de envolver y no se lo pondría nunca. Pagué dieciocho guineas por él.

—Eso es mucho dinero —observó la señora Hare—. Muy bueno tendrá que ser. Yo no he pagado más de seis guineas por un chal en toda mi vida.

—Y Cornelia, me atrevo a decir, nunca ha pagado más de la mitad —rio el señor Carlyle—. En fin, debo despedirme e ir con ella, pues si se entera que me he demorado tanto aquí, me expongo a un rapapolvo.

Les dio la mano a ambas. Barbara lo acompañó hasta la puerta, y salió afuera con él.

—Vas a coger frío, Barbara. Te has dejado el chal dentro.

—Oh, no, estoy bien. Qué pronto te marchas. Apenas has estado diez minutos.

—Olvidas que no he pasado todavía por casa.

—Pero ibas camino donde Beauchamp y, en ese caso, no habrías llegado a casa en una hora o dos —dijo Barbara, en un tono que sabía a resentimiento.

—Eso era distinto; era por negocios, y por negocios Cornelia hace todas las excepciones necesarias. Pero estaría oyéndola años si algo que no sean

negocios me retrasa; puedes estar segura de que ahora tiene quinientas preguntas sobre Londres en la punta de la lengua. Pero, Barbara, me ha parecido que tu madre estaba peor.

—Ya sabes que cualquier cosa, por pequeña que sea, la altera, y anoche tuvo lo que llama «uno de sus sueños» —respondió Barbara—. Dice que es un aviso de que algo malo va a suceder, y ha pasado el día en un estado febril. A papá le irrita verla tan débil y nerviosa y ha dicho que debería contener sus «nervios». Por supuesto, a él no le hemos dicho nada del sueño.

—Tiene relación con... con el...

El señor Carlyle se detuvo; Barbara miró a su alrededor, se estremeció, se acercó a él y continuó con un susurro. En esta ocasión, él no le había ofrecido su brazo.

—Sí, con el asesinato. Sabes que mamá siempre ha sostenido que Bethel tuvo algo que ver; aunque no lo creyera, sus sueños la han convencido, pues soñó que lo vio con... con... ya sabes con quien.

—¿Hallijohn? —susurró el señor Carlyle.

—Con Hallijohn —asintió Barbara, estremeciéndose—. Parecía estar en pie con él tendido en el suelo, exactamente como acabó. Y esa maldita Afy al final de la cocina, mirando.

—Pero la señora Hare no debería permitir que los sueños le perturben la tranquilidad del día —protestó el señor Carlyle—. No me sorprende que sueñe con el asesinato; siempre está pensando en él, pero debería hacer un esfuerzo por desembarazarse de esa sensación al despertar.

—Ya sabes cómo es mamá. Por supuesto que eso tendría que hacer, pero no es capaz. Y papá se pregunta por qué se despierta por las mañanas tan enferma y temblorosa, y mamá se inventa todo tipo de excusas, porque a él no se le puede mentar el asesinato bajo ningún concepto.

El señor Carlyle asintió con la seriedad que merecía el asunto.

—Mamá no deja de hablar de Bethel. Y sé que su sueño viene de que ayer lo vio pasar frente a la entrada del jardín. No es que crea que él es el asesino; por desgracia, no hay lugar para ello, pero insiste en que, de algún modo, tuvo que ver con el asesinato, y ese pensamiento la tortura hasta en sueños.

El señor Carlyle continuó caminando en silencio, pues nada podía responder. Una desgracia había caído sobre la casa del señor Hare, y era un asunto triste. Barbara continuó:

—Pero que a mamá se le haya metido en la cabeza que va a suceder «algo malo» porque ha tenido ese sueño, y se sienta tan desdichada por eso, es tan absurdo que me ha puesto a mí de mal humor todo el día. Es una tontería tan grande, ¿sabes, Archibald?, creer que los sueños son indicios de lo que va a suceder. ¡Es tan fuera de lugar en esta época ilustrada!

—Tu mamá lo está pasando muy mal, Barbara, y no es una mujer fuerte.

—Creo que nuestros problemas se agravaron desde... desde esa noche oscura —respondió Barbara.

—¿Has sabido algo de Anne? —preguntó el señor Carlyle, que deseaba cambiar de tema.

—Sí, está muy bien. ¿Sabes cómo van a llamar al bebé? Anne, como su madre. ¡Es un nombre tan feo! ¡Anne!

—A mí no me lo parece —dijo el señor Carlyle—. Es un nombre sencillo y sin pretensiones; me gusta mucho. Fíjate en lo largos y pretenciosos que son los nombres en nuestra familia: ¡Archibald! ¡Cornelia! Y el tuyo: ¡Barbara! ¡Se te llena la boca al pronunciarlos!

Barbara frunció el ceño. Era como si hubiera dicho que no le gustaba su nombre.

—¿Trabajaron ayer los magistrados? —continuó él.

—Mucho, según creo. Pero te has quedado tan poco tiempo que no me has dado tiempo de ponerte al día.

Llegaron a la puerta y el señor Carlyle iba a salir al camino cuando Barbara lo agarró del brazo y le habló tímidamente.

—Archibald.

—¿Qué sucede?

—No te he dado las gracias por esto —dijo, tocándose la cadena y el relicario—, se me trabó la lengua. Por favor, no pienses que soy una ingrata.

—¡Chiquilla! No te apures, no merece tanto agradecimiento. Con esto me doy por pagado. Buenas noches, Barbara.

Se agachó hacia ella y la besó en la mejilla. Luego cruzó la puerta, riéndose, y echó a andar camino de su casa.

—No dirás luego que nunca te doy nada —y volvió la cabeza para añadir—: ¡Buenas noches!

La joven sintió que se le encendía la sangre en las venas. Se le disparó el

pulso y sintió la felicidad inundando su corazón. Él nunca la había besado, que ella recordara, desde que eran niños. Y al regresar a la casa estaba de tan buen humor que la señora Hare se preguntaba qué habría pasado.

—Llama para que traigan la lámpara, Barbara, y te podrás con tus labores. Pero que no cierren los postigos: me gusta mirar por la ventana en una noche tan iluminada.

Barbara, sin embargo, no se puso con sus labores; quizá a ella también le gustaba «mirar por la ventana en una noche tan iluminada», pues se sentó en el alféizar. Estaba reviviendo la última media hora. «No dirás luego que nunca te doy nada», murmuraba; «¿Se refería a la cadena o al... beso? Oh, Archibald, ¿por qué no me dices que me quieres?»

El señor Carlyle conocía a los Hare desde niño. La primera esposa de su padre —pues el difunto abogado Carlyle se casó dos veces— era prima del juez Hare, y ambas familias pasaban juntas mucho tiempo. Archibald, hijo de la segunda señora Carlyle, había alternativamente chinchado y mimado a Anne y Barbara Hare como hacen los niños. En ocasiones se peleaba con las niñas, en otras las cuidaba como si fueran sus hermanas, y no tenía el menor escrúpulo en declarar a ambas que Anne era su favorita. Y es que esta era una chica amable y sumisa, como su madre, mientras que Barbara tenía más carácter, tanto que, en ocasiones, chocaba con el joven Carlyle.

El reloj dio las diez. La señora Hare tomó su acostumbrada copa de brandy con agua en una pequeña jarrita. Estaba convencida de que, sin ella, no podría dormir y decía que le ayudaba a amortiguar los pensamientos tristes. Barbara, tras prepararla, había regresado a la ventana, pero no se había sentado. Se quedó de pie, con la frente apoyada contra el cristal. Como la lámpara que iluminaba la sala estaba a su espalda, su figura se distinguía claramente desde el jardín, si hubiera alguien allí para mirarla.

Allí continuó, perdida en sus ensoñaciones, cediendo a las más encantadoras y engañosas fantasías. Se vio a sí misma en el futuro como la esposa del señor Carlyle, la más envidiada de todas las mujeres de West Lynne, pues él no solo la amaba, sino que era el mejor partido de los alrededores. No había madre que no deseara casarlo con su hija, ni hija que no estuviera dispuesta a decir «Sí, gracias» a una propuesta del atractivo Archibald Carlyle. «No estaba segura de su amor hasta esta noche», murmuró Barbara, acariciando el relicario y llevándoselo a la mejilla: «Siempre me

pareció que quizá me amaba o yo me lo figuraba, pero ahora que me ha regalado esto —¡y me ha besado! ¡Oh, Archibald!».

Barbara seguía mirando la luz de la luna.

—¡Si dijera que me ama! ¡Eso bastaría para curar mi doliente corazón! Ese momento llegará, lo sé, y qué más da si esa vieja gruñona e irritante Corny...

Se detuvo de súbito. ¿Qué era eso, al otro lado del jardín, a la sombra de los árboles del bosquecillo? Las hojas de los árboles no se movían; era una noche sin viento. Llevaba allí unos minutos y evidentemente se trataba de una persona. ¿Quién era? ¡Claramente le estaba haciendo signos!

O eso parecía. Estaba allí, moviendo el brazo; se acercó un paso más y se quitó algo de la cabeza, un viejo sombrero de ala ancha, un chambergo como de cuáquero, adornado con una cinta de paja.

Barbara sintió que el miedo le encogía el estómago y su rostro adquirió una lividez mortecina a la luz de la luna. Lo primero que se le pasó por la cabeza fue alertar a los sirvientes; lo segundo, quedarse quieta, pues recordó la terrible y misteriosa fama que había cobrado la casa. Fue al vestíbulo, cerró la puerta de la sala en la que se había quedado su madre, salió al pórtico y escrutó atentamente el Soto. Era obvio que la persona que había allí seguía sus movimientos con la mirada y se quitaba el sombrero y lo agitaba airosamente haciéndole señas.

Barbara Hare sintió que enfermaba de puro terror; pero, al mismo tiempo, sintió que debía saber quién estaba allí, y no se atrevía a llamar a los sirvientes. Los gestos de la figura eran imperativos, no podían ignorarse, y ella tenía un coraje innato del que no todas las jóvenes pueden hacer gala.

Regresó a la sala a recoger su chal y, con un esfuerzo para no traicionar su emoción, dijo:

—Mamá, voy a la entrada a ver si viene papá.

La señora Hare no respondió. Tenía la cabeza en otras cosas, sumida en ese humor tranquilo y feliz que un poco de licor infunde en un cuerpo debilitado. Barbara cerró la puerta sin hacer ruido y regresó al pórtico. Se detuvo allí unos instantes para armarse de valor y, mientras lo hacía, la figura frente al Soto volvió a hacer señales con impaciencia.

Barbara Hare empezó a caminar hacia ella y una sensación indefinida de que algo malo iba a suceder se apoderó de su corazón. La acometió un

escalofrío de terror al recordar el sueño premonitorio de su madre.

Capítulo 4: Reunión a la luz de la luna

La vieja casa parecía fría y desolada a la luz de la luna. Era una noche tan clara que la luna iluminaba el gran jardín, la veleta del tejado, y bañaba el pórtico y a Barbara cuando ella apareció. La joven caminó sigilosamente por el jardín, mirando temerosa el Soto. ¿Quién había emergido de los árboles y hecho señas cuando se asomó a la ventana? ¿Era un ser humano, que podría traer más desgracias a la casa que ya había padecido tantas? ¿O era un visitante sobrenatural? ¿O quizá una ilusión óptica? Esto último no podía ser, desde luego, pues la figura emergía de nuevo y hacía los mismos gestos. Con el rostro blanco como la cera, temblándole brazos y piernas, Barbara se envolvió en su chal y siguió avanzando bajo el claro de luna. Al acercarse, la figura que le hacía señas se retiró a la oscuridad del bosquecillo y Barbara se detuvo.

—¿Quién anda ahí? —preguntó, casi sin aliento—. ¿Qué es lo que quiere?

—Barbara —susurró una voz anhelante—, ¿no me reconoces?

Identificó demasiado bien la voz en cuanto la oyó y no pudo sofocar un grito que delataba más pesar que alegría, y a ambas traicionaba. Entró en el Soto y se echó a llorar; un hombre, vestido con atuendo de campesino, la abrazaba. A pesar del mono de trabajo, del sombrero adornado con una paja y del falso bigote, negro como Érebo, reconoció a su hermano.

—¡Oh, Richard! ¿Dónde has estado? ¿Por qué has venido?

—¿Me has reconocido desde lejos, Barbara? —dijo él por toda respuesta.

—¿Cómo iba hacerlo, con este disfraz? Pensé que quizá fuera alguien que

tú habías enviado, y eso me hizo temblar. ¿Por qué te arriesgas a venir aquí? —añadió, nerviosa, retorciéndose las manos—. Si te descubren, será tu muerte, en... en...

—En el patíbulo —respondió Richard Hare—. Lo sé, Barbara.

—Entonces, ¿por qué te has arriesgado? Si mamá te ve, se morirá del disgusto.

—No puedo seguir viviendo así —respondió él, lúgubre—. He estado trabajando en Londres desde...

—¿En Londres! —le interrumpió Barbara.

—En Londres. No he salido del país. Pero el trabajo allí me resulta muy duro y me ha salido la oportunidad de algo mejor, si consigo un poco de dinero. Quizá me lo pueda dejar mamá. He venido a pedírselo.

—¿En qué trabajas ahora?

—Soy mozo de cuadra.

—¿Mozo de cuadra! —exclamó ella, conmovida—. ¡Richard!

—¿Acaso esperabas que fuera comerciante, o banquero, o secretario de un ministro de Su Majestad? ¿Te imaginabas que llevaba una vida lujosa viviendo de mi fortuna? —replicó Richard Hare en un tono de irritación y angustia que a su hermana le resultaba doloroso escuchar—. Gano doce chelines a la semana, Barbara, y con eso tengo que apañarme.

—¡Pobre Richard! ¡Pobre Richard! —gimió, acariciando su mano, derramando lágrimas—. ¡Qué desgraciada la noche aquella! Nuestro consuelo, Richard, es que debiste cometer el crimen en un momento de locura.

—Yo no he cometido ningún crimen —replicó.

—¿Cómo!

—Barbara, te juro que soy inocente; te juro que yo no estaba presente cuando asesinaron a ese hombre; te juro que no he visto ni sé más que tú sobre el culpable. Pero tengo mis suposiciones, y creo que son tan ciertas como que la luna está en los cielos.

Barbara sintió un escalofrío al acercarse a él, y con buen motivo: el asunto era escalofriante.

—¿No pretenderás echarle la culpa a Bethel?

—¡Bethel! —repuso Richard Hare con un suspiro—. Bethel no tuvo nada que ver con el crimen. Estaba ocupado con sus trampas y cepos esa noche; es

un cazador furtivo empedernido.

—No lo es, Richard.

—¿Que no lo es? —repuso Richard—. La verdad saldrá a la luz algún día. Y no es que yo quiera que salga; ese hombre a mí no me ha hecho nada, y en lo que me concierne puede seguir cazando impunemente hasta el día del Juicio Final. Él y Locksley...

—Richard —lo interrumpió su hermana, con un susurro—, mamá tiene una idea que no se le quita de la cabeza. Está convencida de que Bethel tuvo que ver con el asesinato.

—Pues se equivoca. ¿Por qué piensa así?

—No sé cómo ha llegado a esa conclusión; ni creo que ella lo sepa. Pero acuérdate de lo débil que está y de lo fantasiosa que es; desde aquella horrible noche tiene lo que ella llama «sueños», lo que quiere decir que sueña con el asesinato. En estos sueños aparece Bethel y ella está completamente segura de que tuvo que ver con el crimen.

—Barbara, tuvo tan poco que ver como tú.

—Y... entonces ¿tú no lo hiciste?

—Yo ni siquiera estaba en la cabaña cuando sucedió, te lo juro. Quién cometió el crimen fue Thorn.

—¿Thorn! —exclamó Barbara, levantando la mirada—. ¿Quién es Thorn?

—No sé quién es. Ojalá lo supiera: ojalá pudiera hacer que aparezca. Era amigo de Afy.

Barbara levantó el mentón como una aristócrata ofendida.

—¿Richard!

—¿Qué?

—¿Cómo te atreves a mencionar ese nombre delante de mí?

—En cualquier caso —dijo Richard—, no me he arriesgado a venir para hablar de estas cosas. Y de nada vale que defienda mi inocencia; no basta para rebatir el veredicto de «Asesinato contra Richard Hare, el joven». ¿Sigue mi padre tan enfadado conmigo como de costumbre?

—Pues sí. Nunca menciona tu nombre, ni tolera que se mencione; ordenó a los criados que no lo pronunciaran en la casa. Pero Eliza no era capaz, o no recordaba la prohibición, y siguió llamando a tu habitación la «del señor Richard». Creo que lo hacía sin mala intención, no para provocar a papá; era

una buena criada y llevaba con nosotros tres años, ¿sabes? La primera vez que te mencionó, papá la advirtió; la segunda, atronó contra ella como nadie en el mundo puede atronar; y la tercera vez la echó por la puerta sin permitirle siquiera que cogiera su sombrero; otro criado llevó el sombrero y el chal a la entrada del jardín, y el mismo día le enviaron el resto de sus cosas. Papá hizo un juramento... ¿Sabes qué juró?

—Hace tantos juramentos...

—Este fue un juramento solemne, Richard. Después del veredicto, juró en el juzgado, en presencia de sus colegas magistrados, que, si te echaba el guante, él mismo te entregaría a la justicia, y que lo haría, aunque tardaras diez años en aparecer. Ya sabes cómo es, Richard, y puedes estar seguro de que cumplirá su palabra. Es peligrosísimo para ti estar aquí.

—Jamás me trató como debía —dijo Richard con amargura—. Si mi salud era delicada y mi pobre madre me mimaba, ¿es motivo para burlarse y ridiculizarme, en público y en privado? Si mi hogar hubiera sido más feliz, no habría buscado compañía fuera. Barbara, tengo que hablar con mamá.

Barbara Hare reflexionó antes de hablar.

—No veo cómo va a ser posible.

—¿Por qué? ¿No puede salir como lo has hecho tú? ¿Está aún despierta o ya se ha ido a dormir?

—Esta noche es imposible —respondió Barbara, alarmada—. Papá puede llegar en cualquier momento; ha salido a pasar la velada en casa de Beauchamp.

—Me resulta muy duro estar separado de ella dieciocho meses y tener que irme sin verla —replicó Richard—. Y ¿qué hay del dinero? Necesito cien libras.

—Tendrás que volver mañana por la noche, Richard; el dinero no será problema, pero no estoy tan segura respecto a lo de ver a mamá. Me preocupa terriblemente tu seguridad. Pero si, como dices, eres inocente —añadió, tras una pausa—, ¿no podrías hallar el modo de demostrarlo?

—¿Y cómo voy a hacerlo? Las pruebas en mi contra son abrumadoras; y Thorn, aunque lo mencionase, les parecería una invención: nadie lo conoce ni sabe nada de él.

—Y ¿es una invención, Richard? —preguntó Barbara, en voz baja.

—¡Existe como tú y como yo! —estalló Richard—. ¡No doy crédito! ¿Es

que también tú dudas de mí?

—Richard —exclamó ella de repente—, ¿por qué no le cuentas todo a Archibald Carlyle? Si alguien puede ayudarte, o demostrar tu inocencia, es él. Y sabes bien que es un hombre de palabra.

—Es verdad, es el único al que puedo confiar el secreto de mi regreso. ¿Dónde cree la gente que estoy, Barbara?

—Algunos creen que has muerto; otros, que estás en Australia. La incertidumbre casi ha matado a mamá. Corrió la noticia de que te habían visto en Liverpool, en un barco que zarpaba hacia Australia, pero nada fundamentaba el rumor.

—No tenía fundamento. Viajé lo más discretamente que pude a Londres, y allí he estado desde entonces.

—¡Trabajando de mozo de cuadra!

—Es lo mejor que pude encontrar. No tengo formación en nada concreto; al menos sé tratar a los caballos. Y un hombre como yo, buscado por la policía, está más seguro en la oscuridad, considerando que soy un caballero que...

Barbara se giró rápido y tapó a su hermano la boca con la mano.

—¡No digas nada, te va la vida! —susurró—. Ahí viene papá.

Unas voces se aproximaban por el camino. Eran el juez Hare y el señor Pinner. Este último siguió su camino, y el primero entró en el jardín. Ambos hermanos se encogieron de miedo. Casi no se atrevían a respirar y el silencio era tal que se oía el corazón de Barbara. El señor Hare cruzó la puerta de entrada y anduvo por el sendero que llevaba a la casa.

—Debo irme, Richard —dijo Barbara con premura—. No me atrevo a quedarme un minuto más. Vuelve mañana por la noche y, mientras tanto, veré qué puedo hacer.

Hizo ademán de marcharse, pero Richard la retuvo.

—Me parece que no me crees cuando te digo que soy inocente. Barbara, estamos solos en medio de la noche, con Dios como testigo, y te digo tan seguro como que tú y yo nos encontraremos un día cara a cara ante Él, que te he dicho la verdad. Fue Thorn quien asesinó a Hallijohn, y yo no tuve nada que ver.

Barbara salió del Soto y voló hacia la casa, pero el señor Hare ya había

entrado y cerrado la puerta con llave tras él.

—Ábreme, papá —dijo.

El juez abrió la puerta, y su peluca de lino, su nariz aquilina y sus asombrados ojos contemplaron a Barbara.

—¡Hola! ¿Qué haces ahí fuera a estas horas de la noche, jovencita?

—Salí a la puerta del jardín a ver si venías —jadeó— y había... paseado hasta el otro lado del jardín. ¿Es que no me viste?

Barbara era una joven sincera por naturaleza, pero, en el brete en que se hallaba, ¿cómo evitar el disimulo?

—Gracias, papá —dijo al entrar.

—Tendrías que estar en la cama hace una hora —respondió enojado el juez Hare.

Capítulo 5: La oficina del señor Carlyle

En el centro de West Lynne había dos casas juntas. Una era grande, la otra mucho más pequeña. La grande era la residencia de los Carlyle; la pequeña, sus oficinas. El apellido Carlyle gozaba de mucho prestigio en el condado; Carlyle y Davidson no eran unos leguleyos, sino reconocidos letrados de primera clase. El despacho se había conocido como Carlyle & Davidson en otros tiempos; ahora era Archibald Carlyle. Los antiguos socios del bufete eran cuñados; la primera señora Carlyle era hermana del señor Davidson. Había muerto y dejado una hija. La segunda señora Carlyle también había muerto, durante el parto de su hijo; Archibald había sido criado, amado y gobernado por su hermanastra, y por ello tenía sobre él la autoridad de una madre, pues el chico no había conocido otra y, de hecho, de pequeño la llamaba mamá Corny. Mamá Corny había cumplido con él su deber, de eso no cabía duda; pero mamá Corny nunca había relajado su dominio, y seguía gobernándolo con mano de hierro, tanto en las cosas importantes como en las secundarias, como lo había hecho cuando era un niño. Archibald, por lo general, se sometía a ella, pues es difícil cambiar de hábito. Era una mujer práctica y con carácter, aunque en algunas cosas mostraba poco juicio. Las pasiones que gobernaban su vida era el amor a Archibald y el amor por ahorrar dinero. El señor Davidson había muerto antes que el señor Carlyle, y su fortuna —vivió y murió soltero— fue heredada a partes iguales por Cornelia y Archibald. Archibald no era pariente suyo, pero amaba a aquel hombre de buen corazón más que a su sobrina Cornelia. De las propiedades

del señor Carlyle, una pequeña parte fue legada a su hija y el resto pasó a su hijo. Quizá en ello hubo justicia, pues las veinte mil libras que su segunda esposa aportó al señor Carlyle fueron fundamentales en la acumulación de su fortuna.

La señorita Carlyle o, como se la conocía en la ciudad, la señorita Corny, nunca se había casado y era poco probable que lo hiciera; la gente creía que el intenso amor a su hermano pequeño la mantenía soltera, pues era difícil creer que la hija del rico señor Carlyle no hubiera recibido proposiciones de matrimonio. Otras doncellas tienen sueños e ilusiones; esperan que, tarde o temprano, les soliciten abandonar el apellido de su padre para convertirse en la media naranja de otro. Pero no la señorita Carlyle; a todos los que se le aproximaron con palabras de amor los obligaba a batirse en retirada. El último que se había aventurado por esa vía había sido el nuevo cura, y había ocurrido cuando ella ya tenía cuarenta años. Se había presentado en su casa temprano por la mañana, vestido con su alzacuellos blanco de los domingos y un par de guantes nuevos, de color lavanda, comprados para la ocasión. La señorita Corny, que era un ama de casa muy activa, más de lo que querrían sus criados, acababa de dar las órdenes para la comida. Había ordenado, entre otras cosas, un pudín de melaza para la cocina, y ella misma fue a la alacena con un cuenco, para servir con cucharón la melaza. La alacena se abría hacia el comedor, y mientras ella estaba allí hicieron pasar al cura. La señorita Carlyle, que no era partidaria de ceremonias, ni se había preocupado de ellas en toda su vida, salió con el cuenco de melaza en la mano, y lo dejó sobre la mesa mientras se disponía a escuchar al reverendo caballero, doce años menos que ella y muy tímido, por lo que se tomó su tiempo para abordar el asunto que le ocupaba. La señorita Corny deseaba que aquel hombre se fuera con su tartamudeo y sus rodeos a otra parte, pues era consciente de que en la cocina el pudín esperaba la melaza, de modo que intentó ayudarlo como pudo a que terminase, poniendo ella las palabras cuando él parecía incapaz de pronunciarlas. Ella suponía que querría algún donativo, y se quedó de pie, mirándolo con impaciencia desde su atalaya, pues le sacaba al menos palmo y medio. Cuando al final se descubrió el sorprendente motivo de su visita, que había venido a pedir su mano y no su dinero, la señorita Carlyle montó en cólera. Le gritó que debería avergonzarse de ser tan descarado, y le arrojó el contenido del cuenco en el immaculado pecho de su camisa. El decaído

clérigo prefirió olvidar cómo había salido de allí y cruzado West Lynne hasta su casa. Jóvenes de distintos sexos, que cuidaban bebés o llevaban paquetes, se reunieron en su estela y lo escoltaron, conjeturando en voz alta, algunos con abierta envidia, que al cura lo debían haber pillado intentando chupar del barril de melaza del tendero, y que este, al pillarlo, se había indignado y lo había regado con ella. La historia corrió de boca en boca y a la señorita Corny no volvieron a molestarle más pretendientes.

A la mañana siguiente de su regreso de Londres, el señor Carlyle estaba sentado en su despacho privado. En pie, junto a él, estaba su escribiente y empleado de confianza, que sabía de sus asuntos mejor que él. El señor Dill era un hombre de baja estatura, calvo y de aspecto tranquilo. Podía ejercer de abogado, pues se había colegiado años atrás, pero no se había establecido por su cuenta; quizá consideraba que el puesto de director de la oficina de Carlyle y Davidson, con su substancial salario, colmaba suficientemente sus ambiciones, máxime porque ya lo ocupaba cuando el actual señor Carlyle llevaba pantalón corto. Era un hombre soltero, y ocupaba un elegante apartamento cerca de la oficina; en West Lynne se creía que era un devoto admirador de la señorita Carlyle, a la que adoraba humildemente desde la distancia. Fuera así o no, lo cierto es que apreciaba mucho a su jefe, el señor Archibald, que así solía llamarlo. Ahora lo estaba poniendo al día de lo acontecido en los días que había estado fuera.

—Jones y Rushworth al fin se han peleado —anunció, ya completada su lista de novedades —y la consecuencia será un pleito en verano en los juzgados de paz.* Los dos estuvieron ayer aquí, cada uno por su lado, con la petición de que les represente, y volverán hoy en busca de respuesta.

—No representaré a ninguno —dijo Carlyle—. No quiero tener nada que ver con ellos. Son mala gente, y el negocio con el que obtuvieron el dinero es detestable. Cuando a los canallas les va mal, los hombres honrados prosperan. Me niego a intervenir; que los represente otro.

—Muy bien —dijo el señor Dill.

Un empleado les interrumpió asomando la cabeza por la puerta.

—Está aquí el coronel Bethel y desea verle —dijo el empleado, dirigiéndose al señor Carlyle—. ¿Puede usted recibirlo?

El señor Dill se volvió hacia el empleado.

—Dígale al coronel que espere —y, cuando el empleado se hubo

marchado, le dijo a su jefe—. Creo que eso era todo.

—Perfecto, Dill. Llegarán unos papeles dentro de unos días, relativos a hipotecas y cargas sobre el terreno de East Lynne. Vendrán con los títulos de propiedad. Quiero que los estudie atentamente usted en persona, sin decir nada a nadie.

El señor Dill asintió.

—East Lynne va a cambiar de manos. Al comprar la propiedad de un hombre en situación precaria, como la de Mount Severn, hay que ser cauteloso —continuó Carlyle.

—Así es, sin duda. ¿Está él al tanto?

—Me temo que, si no lo está, no anda lejos. Pero East Lynne se venderá *sub rosa*. Ni una palabra fuera, ¿entendido?

—Por supuesto, señor Archibald. ¿Quién es el comprador? Es una excelente propiedad.

El señor Carlyle sonrió.

—Lo sabrá mucho antes que el resto del mundo. Examine los títulos con ojo de judío. Y ahora, haga pasar a Bethel.

Entre el despacho del señor Carlyle y la sala de los empleados había un pequeño espacio cuadrado, o vestíbulo, al que también se podía acceder desde la casa; en este vestíbulo se abría otra habitación, que era el peculiar *sancta sanctorum* del señor Dill. Allí veía a los clientes cuando el señor Carlyle estaba fuera u ocupado, y desde allí emitía sus órdenes. Una pequeña ventana permitía observar la sala donde trabajaban los empleados; la llamaban la mirilla del viejo Dill, y no les gustaba, pues podían discernir en ella las gafas del director más a menudo de lo que resultaba agradable. El viejo caballero tenía también un escritorio en la sala general, que ocupaba con frecuencia. Estaba precisamente sentado allí esta mañana, vigilando como un halcón cuanto sucedía a su alrededor, cuando se abrió la puerta tímidamente y apareció Barbara Hare, con las sonrosadas mejillas de su hermoso rostro.

—¿Podría ver al señor Carlyle?

El señor Dill se levantó inmediatamente y la recibió ofreciéndole su mano. Ella lo acompañó al pasillo, y él cerró la puerta. Estaba sorprendido, las jóvenes damas solteras no solían ir allí a ver al señor Carlyle.

—Por supuesto, señorita Barbara. Ahora está reunido con los jueces y

tendrá que esperar un poco.

—¡Los jueces! —exclamó Barbara, preocupada—. ¿Es mi padre uno de ellos? ¿Qué puedo hacer? No debe verme aquí bajo ningún concepto, es lo último que deseo en el mundo.

Escucharon un ominoso sonido de conversación acercándose: los jueces venían hacia ellos. El señor Dill agarró a Barbara y, a través de la sala de los empleados (no se atrevió a utilizar la otra ruta por si se topaban con los jueces), la llevó a su despacho y la dejó dentro.

—¿Qué habrá traído a papá aquí precisamente hoy? —pensó Bárbara, cuyo rostro estaba carmesí.

Al cabo de unos minutos, el señor Dill abrió la puerta.

—Ya se han ido. El camino está despejado, señorita Barbara.

—No sé qué opinión se habrá formado de mí, señor Dill —susurró—, pero le diré en confianza que estoy aquí por un asunto de mi madre, que no está lo bastante bien para venir ella misma. Es un asunto privado del que no desea que mi padre se entere.

—Hija —respondió el director—, un abogado recibe visitas de gente distinta, y no les corresponde, a los que trabajan con él, «pensar» nada de ellas.

Abrió la puerta mientras lo decía, la hizo pasar y la dejó ante el señor Carlyle. Este se levantó, sorprendido.

—Debes considerarme un cliente, y perdonar mi intrusión —dijo Barbara, ocultando su agitación con una risa forzada—. Vengo de parte de mamá, casi me cruzo con papá en el pasillo, y eso me ha puesto el miedo en el cuerpo. El señor Dill me ocultó en su cuarto.

El señor Carlyle indicó a Barbara que se sentara y él se sentó tras su escritorio. Barbara reparó en los modales en su oficina y su comportamiento por las tardes cuando no trabajaba. Aquí era un hombre de negocios serio, tranquilo y formal.

—Tengo que contarte una cosa muy extraña —empezó, con un susurro—. ¿Seguro de que nadie puede oírnos? —se interrumpió y miró a un lado y otro con temor—. Sería... podría ser... la muerte.

—Es imposible que nadie nos oiga —respondió con calma el señor Carlyle—. Las puertas son de doble grosor. ¿No lo has visto al entrar?

De todos modos, ella se levantó y se acercó al señor Carlyle, apoyándose en la mesa con una mano. Él, por supuesto, se levantó.

—Richard está aquí.

—¡Richard! —exclamó el señor Carlyle—. ¡En West Lynne!

—Apareció ayer por la noche disfrazado y me hizo señales desde el bosquecillo. Puedes imaginar cómo me asusté. Ha pasado este tiempo en Londres, medio muerto de hambre, trabajando, me da vergüenza decírtelo, en un establo. Y, ¡oh, Archibald!, dice que es inocente.

El señor Carlyle no contestó nada; probablemente no creía en esa inocencia.

—Siéntate, Barbara —dijo, acercándole una silla.

Barbara se sentó, acelerada y nerviosa.

—¿Estás seguro de que nadie puede entrar? Sería muy raro que alguien me encontrara aquí. Pero mamá no estaba lo bastante bien para venir, o, más bien temía las preguntas de papá si descubría que había venido.

—Puedes estar tranquila —replicó el señor Carlyle—: este despacho está a salvo de intrusos. ¿Qué decías de Richard?

—Dice que él no estaba en la cabaña cuando se cometió el crimen. Que el asesino es un hombre llamado Thorn.

—¿Qué Thorn? —preguntó el señor Carlyle, suprimiendo cualquier atisbo de incredulidad en su tono.

—No lo sé; un amigo de Afy, dijo. Archibald, me lo juró solemnemente; y estoy convencida de que decía la verdad. Me gustaría que lo vieras, si es posible; va a venir al mismo sitio esta noche. Si conocieras la historia de sus labios, quizá puedas hallar un modo de demostrar su inocencia. Eres inteligente, no hay nada que no puedas hacer.

El señor Carlyle sonrió.

—Barbara, ¿ese era el propósito de su visita, decirte lo que te dijo?

—Oh, no. Cree que no vale de nada decirlo, pues nadie lo creerá por las pruebas acumuladas contra él. Vino a pedir cien libras; tiene la oportunidad de que las cosas le vayan mejor, si consigue esa suma. Mamá me ha enviado a verte; no tiene ese dinero a mano y no se atreve a pedírselo a papá, al ser para Richard. Me ha enviado a decirte que, si tienes la amabilidad de adelantarle el dinero hoy, acordará contigo la forma de devolvértelo.

—¿Lo quieres ahora? —preguntó el señor Carlyle—. Si es así, debo hacer que vayan al banco. Dill no guarda tanto dinero en la oficina cuando estoy fuera.

—No lo necesito hasta la noche. ¿Podrás ver a Richard?

—Es arriesgado —meditó el señor Carlyle—. Para él, quiero decir. En cualquier caso, si va a estar en el bosque esta noche, también estaré yo. ¿De qué va disfrazado?

—De campesino. Es lo mejor para pasar desapercibido. Con un gran bigote negro. Se esconde a unas tres millas de aquí, en algún rincón oscuro. Y ahora —continuó Barbara—, quiero que me aconsejes: ¿debo informar a mamá de que Richard está aquí o es mejor que no lo haga?

El señor Carlyle no entendía la situación y así lo manifestó.

—Me dejas perpleja —exclamó ella—. Debería haberte dicho que a mamá no le he dicho que Richard ha venido a pedir el dinero, sino que ha enviado a un mensajero a suplicar por él. ¿Sería aconsejable decirle la verdad?

—¿Por qué ibas a ocultársela? Creo que deberías decírselo.

—Entonces lo haré. Me parecía arriesgado, porque insistirá en verle. Richard también desea verla a ella.

—Es normal. La señora Hare debe haberse alegrado de saber que, al menos, está vivo.

—Nunca vi nada similar —contestó Barbara—; el cambio fue como por arte de magia: dice que la noticia la llenó de vida. Y, una última cosa: ¿cómo podríamos asegurarnos de que papá no esté en casa esta noche? De algún modo tenemos que conseguirlo. Ya sabes qué carácter tiene; si mamá o yo le sugiriéramos que vaya a ver a un amigo, o que pase la velada en el club, de inmediato decidiría quedarse en casa. ¿Puedes ingeniar algún plan para que se marche? Ya ves que recurro a ti en todos mis problemas —añadió—, como hacíamos Anne y yo de niñas.

Es dudoso que el señor Carlyle oyera el último comentario. Había bajado los párpados en una expresión de suma concentración.

—¿Me lo has contado todo? —preguntó, abriendo los ojos.

—Creo que sí.

—Entonces lo consideraré y...

—No puedo volver a venir aquí —le interrumpió Barbara—. Podría... levantar sospechas. Alguien podría verme y decírselo a papá. Tampoco puedes enviar un mensajero a nuestra casa.

—Está bien... Trata de estar en la calle a las cuatro esta tarde. Espera, esa es la hora de comer; mejor a las tres en punto. Yo te encontraré.

Se levantó, dio la mano a Barbara y la acompañó por el pequeño vestíbulo y el pasillo hasta la puerta, una cortesía que probablemente el señor Carlyle no había tenido con ningún cliente. La puerta se cerró tras ella y, apenas Barbara dio un paso, algo enorme se acercó a ella, como un barco con las velas desplegadas.

Debía ser la mujer más alta del mundo, con excepción de las que se integran con los feriantes. En su día había sido hermosa, e incluso ahora, que era angulosa y huesuda, la señorita Carlyle conservaba cierta majestuosidad.

—¡Anda! Qué diantre... —empezó a decir—. ¿Ha venido a ver a Archibald?

Barbara Hare tartamudeó la misma excusa que le había dado al señor Dill.

—¿Qué su madre la ha enviado para un asunto? Jamás había oído nada parecido. Dos veces he venido a ver a Archibald y en ambas ocasiones el señor Dill me ha dicho que estaba reunido y no se le podía interrumpir. Haré que el viejo Dill me explique a qué venía tanto misterio.

—No hay ningún misterio —dijo Barbara, aterrorizada ante la posibilidad de que la señorita Carlyle proclamara lo contrario a los empleados del bufete o, todavía peor, a su padre—. Mamá quería conocer la opinión del señor Carlyle sobre cierto asunto privado y, dado que no se sentía bien para acudir ella misma, me ha enviado a mí.

La señorita Carlyle no creyó una palabra de lo que le decía Barbara.

—¿Qué asunto? —preguntó con brusquedad.

—Nada que le pueda interesar. Una cuestión sin importancia, relativa a una pequeña suma de dinero. Nada importante.

—Entonces, si no es importante, ¿por qué ha estado usted tanto tiempo reunida con Archibald?

—Me ha preguntado todos los detalles —replicó Barbara, recuperando la compostura.

La señorita Carlyle resopló, como hacia siempre que no estaba de acuerdo

con algo. Estaba convencida de que había algún misterio. Se volvió y caminó por la calle con Barbara, pero no le pudo sacar nada más sobre el tema.

El señor Carlyle regresó a su despacho, reflexionó unos instantes e hizo sonar la campanilla. Un empleado acudió inmediatamente.

—Ve al Cabeza de Gamo. Si el señor Hare y los demás magistrados están allí, díles que vengan a verme.

El joven hizo lo que se le pedía y regresó con los jueces. Respondieron a la citación con celeridad, convencidos de que se habrían metido en algún embrollo judicial del que solo el señor Carlyle podría sacarlos.

—No les pediré que se sienten —empezó el señor Carlyle—, pues solo les detendré un momento. Cuanto más pienso sobre este hombre en prisión, menos me gusta; y he pensado que quizá lo mejor es que ustedes cinco vengan a fumar una pipa a mi casa esta noche, y tendremos tiempo para debatir qué hacer. Vengan a las siete, no más tarde. Encontrarán el viejo frasco de mi padre relleno con el mejor tabaco de fumar, y media docena de largas y excelentes pipas de arcilla. ¿Qué me dicen?

Los cinco aceptaron la invitación. Estaban marchándose cuando el señor Carlyle agarró suavemente del brazo al juez Hare.

—No vaya a faltar, señor Hare —le susurró—. Sin usted no podríamos llegar a ninguna conclusión. No todas las cabezas —añadió, haciendo un gesto hacia los demás magistrados que salían del despacho— tienen el buen juicio y el sentido común que tiene usted.

—Delo por hecho —respondió el satisfecho juez—: nada impedirá que vaya a su casa.

Poco después de que el señor Carlyle se quedara solo, entró otro empleado.

—La señorita Carlyle desea verle, señor, y ha vuelto el coronel Bethel.

—Haga pasar a la señorita Carlyle —fue su respuesta—. ¿Qué se te ofrece, Cornelia?

—¡Ah! ¡Haces bien en preguntarlo después de que esta mañana me dijeras que no podrías cenar a las seis, como es habitual, y luego te marcharas sin decirme a qué hora querías la cena! ¿Cómo voy a organizarme si no sé cuándo vas a llegar?

—Creía que los asuntos me obligarían a llegar muy tarde, pero las cosas se han desarrollado de otro modo. Cenaremos un poco antes, Cornelia, sobre

las seis menos cuarto. He invita...

—¡Qué está pasando aquí, Archibald! —le interrumpió la señora Carlyle.

—¿Pasando? Nada, que yo sepa. Estoy muy ocupado, Cornelia, y el coronel Bethel está esperando; hablaremos a la hora de cenar.

En respuesta a esta clara indirecta, la señorita Carlyle se sentó deliberadamente en la silla de los clientes y cruzó las piernas, dejando a la vista sus zapatos y medias blancas, pues la señorita Corny odiaba los vestidos largos tanto como despreciaba las enaguas voluminosas; o, según se llamaban entonces a esas prendas inflamatorias, los zagalejos con aros, pues los miriñaques aún estaban por venir.

—Me refiero a qué está pasando con los Hare para que Barbara haya venido a verte y se haya reunido contigo. Me dijo que era un asunto de su madre.

—En fin, ya sabes el lío en el que se han metido Hare y los demás jueces al meter a ese pobre tipo en la cárcel porque arrancaba malas hierbas en su jardín en domingo —replicó el señor Carlyle, tras una pausa casi imperceptible—. La señora Hare...

—¡Vaya montón de asnos viejos! —fue la halagüeña interrupción de la señorita Carlyle—. No junta una onza de sentido común el tribunal entero.

—La señora Hare, naturalmente, está ansiosa por conocer mi opinión, pues es probable que el asunto traiga consecuencias, pues el desventurado ha apelado al Secretario de Estado. Como estaba demasiado enferma para poder venir, ha enviado a Barbara. Cornelia, he invitado a un grupo a cenar esta noche.

—¡Un grupo! —exclamó la señorita Carlyle.

—Cuatro o cinco jueces; a fumar en pipa. Debes sacar la caja de plomo con tabaco de mi padre y...

—¡No pueden venir! —gritó la señorita Carlyle—. De ningún modo voy a acabar envenenada por el humo de una docena de pipas.

—No hace falta que estés en la habitación.

—Menos falta hace que estén ellos. Acabo de poner cortinas limpias en toda la casa y lo último que quiero es que me las ensucien de humo esas horribles pipas.

—Cornelia —respondió el señor Carlyle en el tono serio y firme que, a

pesar de su obstinación, prevalecía sobre la señorita Carlyle—, la visita es asunto de negocios; de negocios, ¿me explico?, y, por tanto, deben venir. Si no nos permites estar en la sala, nos reuniremos en mi dormitorio.

Para la señorita Carlyle la palabra «negocios» solo tenía un significado: ganar dinero. El señor Carlyle conocía ese punto débil y lo explotaba cuando no podía salirse con la suya de otro modo. A ella le apasionaba el dinero. Disfrutaba tanto ganándolo como sabiendo que alguien lo ganaba. De él no podía decirse lo mismo: gran cantidad de disputas, que le habrían granjeado pingües beneficios de haber acudido a los tribunales, acababan con los litigantes reconciliados gracias a sus claros y sinceros consejos.*

—Si las pipas te estropean las cortinas, te compro unas nuevas, Cornelia —le dijo suavemente—. Y ahora debo suplicarte que me dejes solo.

—Llegaré al fondo del asunto de Barbara Hare —contestó resueltamente la señorita Corny, abandonando el tema de las pipas—. Eres muy listo, Archie, pero no me engañas. Le pregunté a Barbara a qué había venido y me dijo que por un asunto de su madre relativo a un dinero. Y si te lo pregunto es para conocer tu opinión sobre el brete en que se han metido los jueces. Y yo te digo que ni lo uno ni lo otro, Archibald, y que me enteraré de lo que pasa. Me enteraré de qué secreto os traéis Barbara y tú.

Se sentó muy tiesa en la silla, elevando su figura en toda su magnitud y lo escrutó con la mirada. No había en ellos ningún parecido familiar, quizá alguna similitud en la anchura de la frente y en el cabello, arqueándose desde las sienes: el cabello de la señorita Carlyle encanecía y lo llevaba en bucles, no siempre bien peinado, sujetado con peinetas que no permanecían en su lugar. Tenía un rostro bien formado y de tez pálida, en el que nada destacaba, excepto una expresión dura y decidida; sus ojos, muy abiertos y de mirada penetrante, eran del color llamado «verde». Aunque no podía jactarse del atractivo aspecto de su hermano, había en West Lynne muchas mujeres más feas que Cornelia Carlyle.

El señor Carlyle estaba familiarizado con esa expresión determinada y conocía bien la obstinación de su dueña, así que decidió decirle la verdad. Era, por tomar prestada la expresión que Barbara había dedicado a su hermano, una mujer de palabra. Si se confiaba un secreto a la señorita Carlyle, lo guardaba con celo y discreción; pero, si ella sospechaba que alguien le ocultaba un secreto, hurgaba como un hurón y no paraba hasta

desenterrarlo.

El señor Carlyle se inclinó hacia ella y le susurró:

—Te lo diré, si deseas saberlo, Cornelia, pero no es agradable. Richard Hare ha vuelto.

La señorita Carlyle parecía genuinamente conmovida.

—¡Richard Hare! ¿Es que se ha vuelto loco?

—Desde luego, regresar no parece lo más cuerdo. Necesita que su madre le preste dinero y la señora Hare ha enviado a Barbara a pedirme que lo organice por ella. No es sorprendente que la pobre Barbara pareciera agitada y nerviosa, pues los peligros la acechan por todos lados.

—¿Está Richard en su casa?

—No puede estarlo si está allí su padre. Está escondido a dos o tres millas, disfrazado de campesino, y hoy estará en el Soto para recoger el dinero. He invitado a los jueces a casa para asegurarme de que el señor Hare no estará en su casa; si viera a Richard, lo entregaría a la justicia y, prescindiendo de otras consideraciones, no nos conviene a ti ni a mí. Un pariente ahorcado por homicidio sería una mancha en el blasón de los Carlyle, Cornelia.

La señorita Carlyle seguía sentada en silencio, reflexionando sobre la noticia con el ceño fruncido bajo su ancha frente.

—Ahora ya lo sabes, Cornelia, y te suplico que te marches, pues tengo mucho trabajo.

Ella se levantó sin decir palabra, salió del despacho y dejó a su hermano en paz. Él tomó una hoja de papel en la que había algo anotado, la primera que encontró a mano, la metió en un sobre, la selló y se la dirigió a sí mismo. Luego llamó al señor Dill y se la entregó. Este miró con sorpresa el destinatario.

—Dill, hoy, a las ocho en punto, entregue esta nota en mi casa. No la deje a quien abra la puerta, exija dármele en mano. ¿Comprende usted?

El viejo caballero asintió y se guardó la nota en un bolsillo.

El señor Carlyle paseaba por la calle a las tres en punto cuando se encontró con Barbara Hare.

—Está todo listo —le dijo al cruzarse con ella—. He invitado a mi casa a los jueces esta noche, Barbara, a fumar en pipa y beber algo, y me he

asegurado de que venga el señor Hare.

Ella lo miró, no del todo convencida.

—Pero, si estás con ellos, ¿podrás venir a ver a Richard?

—Confía en mí —fue su respuesta, y se alejó.

Capítulo 6: Richard Hare, el joven

Los jueces se presentaron puntuales a la cita: llegaron a las siete en punto a la casa de la señorita Carlyle, cada uno pisando los talones al anterior. Puede que el lector discrepe de la expresión «la casa de la señorita Carlyle», pero es la correcta, pues la dueña de la casa era ella, no su hermano. Aunque era su hogar, como lo había sido en tiempos de su padre, la casa constaba entre las propiedades legadas a la señorita Carlyle.

La señorita Carlyle optó por acompañar a sus huéspedes, a pesar de las pipas y del humo, y pronto se halló tan sumida en el debate como los propios jueces. En la ciudad se decía que era tan buen abogado como lo había sido su padre, y tenía buen criterio y sagacidad en lo relativo a temas legales. A las ocho en punto, un criado entró en la sala y se dirigió a su señor.

—El señor Dill desea verlo, señor.

El señor Carlyle se levantó y al rato regresó con una nota en la mano.

—Siento decirles que debo abandonarlos durante media hora. Ha surgido un asunto importante que debo atender, pero les aseguré que estaré de vuelta en cuanto pueda.

—¿A quién tienes que ir a ver? —preguntó la señorita Corny.

Él la miró con severidad, gesto que ella interpretó como una advertencia de que no debía seguir preguntando.

—El señor Dill está aquí y se unirá a ustedes para seguir estudiando el asunto —dijo a sus invitados—. Él conoce la ley mejor que yo; pero, de todos modos, estaré pronto de vuelta.

Salió de la casa y caminó a paso ligero hacia el Soto. La luna iluminaba la

oscuridad como la noche anterior. Dejó la ciudad atrás y, al pasar por las villas dispersas que hemos mencionado, miró de reojo el bosque que a su izquierda se elevaba tras ellas. Se llamaba Bosque de la Abadía, por la circunstancia de que antiguamente hubo una abadía en las cercanías, cuyo rastro, excepto la tradición de llamar así al bosque, había desaparecido hacía mucho tiempo. Había una casita o cabaña al inicio del bosque, donde se había perpetrado el asesinato por el que estaba en juego la vida de Richard Hare. Ahora estaba vacía; nadie quería alquilarla ni vivir en ella.

El señor Carlyle abrió la puerta del Soto y miró los árboles que se elevaban a ambos lados, pero no oyó nada ni vio ningún indicio de que Richard se escondiera allí. Barbara miraba por la ventana de la casa y acudió a abrir al señor Carlyle.

—Mamá está muy nerviosa —le susurró mientras le hacía pasar—. Sabía que se iba a poner así.

—¿Ha venido ya?

—No tengo la menor duda, pero no me ha hecho ninguna señal.

La señora Hare, febril y agitada, con sus delicadas mejillas enrojecidas y ardientes, estaba de pie junto a su silla. El señor Carlyle le entregó un billetero.

—Lo he traído en billetes —dijo—. Le resultará más fácil de transportar que el oro.

La señora Hare respondió con una mirada de gratitud y agarró la mano del señor Carlyle.

—Archibald, tengo que ver a mi niño, ¿cómo se las habrá apañado? Tengo que salir al jardín, ¿o puede él venir a la casa?

—Será mejor que venga él, el aire fresco de la noche no te sienta bien. ¿Están aún los sirvientes en la casa?

—En eso nos ha acompañado la suerte —dijo Barbara—. Es el cumpleaños de Anne, así que mamá me envió a la cocina con un pastel y una botella de vino para que lo celebraran. Antes de marcharme les dije que podían tomarse el resto de la noche para la fiesta y que, si los necesitábamos, los llamaríamos.

—Entonces estamos seguros —observó el señor Carlyle— y Richard puede entrar con tranquilidad.

—Salgo a confirmar que está allí —dijo Barbara.

—Alto, Barbara, mejor iré yo —se interpuso el señor Carlyle—. Cuando nos veas venir, abre la puerta de la casa y espéranos allí.

Barbara emitió un desmayado grito y, temblando, se aferró al brazo del señor Carlyle.

—¡Ahí está! Mirad: está cerca de los árboles, frente a esta ventana.

El señor Carlyle se dirigió a la señora Hare.

—No lo haré entrar inmediatamente, ya que, si debo entrevistarme con él, eso es lo primero, para poder volver con los jueces cuanto antes y asegurarme de que el señor Hare sigue allí.

Procedió como había dicho; llegó a los árboles y se adentró en el Soto; apoyado sobre un tronco, halló a Richard Hare. Aparte de su disfraz, y descartando su exagerado bigote negro, era un joven de ojos azules, agradable a la vista, delgado, de altura media, y tan maleable y tranquilo como su madre. Esa maleabilidad, que en su madre resultaba elegante, en el joven se consideraba una desdicha. En su infancia se había ganado el apoyo de Dick el Veleta, y cuando alguien preguntaba por qué, le explicaban que, igual que el viento cambia la veleta de dirección, él cambiaba de pensamiento según con quien anduviera; una voluntad débil. En breve, Richard Hare, aunque de carácter amable y cariñoso, no estaba dotado con lo que se llama cabeza. O, mejor dicho, cabeza tenía, pero no muy aguda.

—¿Saldrá a verme mi madre? —preguntó Richard tras un par de frases de cortesía.

—No. Entrarás tú. Tu padre está fuera y los criados, encerrados en la cocina, no te verán. Y aunque salieran, no te reconocerían con ese atuendo. Bonito bigote, Richard.

—Entremos, pues. Hasta que no me vaya, no estaré tranquilo. ¿Me dará el dinero?

—Sí, sí. Pero, Richard, tu hermana me dice que quieres contarme qué sucedió aquella lamentable noche. Será mejor que me lo digas ahora.

—Si es Barbara la que quiere que te lo cuente, creo que valdrá de poco. Da igual a quien se lo cuente, no servirá de nada; nadie me creerá, ni siquiera tú.

—Ya veremos, Richard. Por favor, la versión más breve posible.

—Está bien. En casa hubo una discusión sobre la frecuencia con que yo

veía a Hallijohn. Mi padre y mi madre sospechaban que le estaba haciendo la corte a Afy: quizá sí, quizá no. Hallijohn me pidió que le prestara mi escopeta y esa noche, cuando fui a ver a Af... cuando fui a ver a alguien... ¡Qué importa!

—Richard —dijo el señor Carlyle—, hay un viejo dicho que viene ahora a cuento: «Al abogado y al médico se les cuenta todo». Si quieres que juzgue qué puede hacerse en tu situación, debes decirme qué sucedió. De lo contrario, prefiero no saber nada. Entre nosotros debe haber una confianza absoluta, sagrada.

—Pues, si debo contarlo todo, lo haré —contestó el maleable Richard—. Es verdad que amaba a esa chica; mi intención era esperar a ser dueño de mi destino para hacerla mi esposa, aunque durante años no pude, por la oposición de mi padre.

—¿Tu esposa? —replicó el señor Carlyle, con cierto énfasis.

Richard pareció sorprenderse.

—¿Y? ¿Acaso crees que pretendía otra cosa? ¡Yo no soy un canalla!

—Entendido, Richard, continúa, por favor. ¿Ella también te amaba?

—No lo sé a ciencia cierta. En ocasiones, me parecía que sí, otras que no; le gustaba tenerme en ascuas, y le gustaba mucho también estar con... él. Me parecía caprichosa cuando me decía que no podía verla tal o cual tarde, pero descubrí que lo esperaba a él. Nunca estuvimos allí los dos a la vez.

—Olvidas que no me has dicho quién es «él», Richard. Estoy en desventaja.

Richard Hare se inclinó, hasta que los pelos de su negro bigote rozaron el hombro del señor Carlyle.

—Era ese maldito Thorn.

El señor Carlyle recordó el nombre que había mencionado Barbara.

—¿Quién es Thorn? No lo conozco.

—Ni lo conoce nadie, por lo que sé, al menos en West Lynne. Se cuidó muy bien de ello. Vivía a algunas millas de distancia y venía en secreto.

—¿A cortejar a Afy?

—Sí, a eso venía —replicó Richard, con ira—. La distancia no era un obstáculo. Venía al galope al anochecer, ataba su caballo a un árbol y pasaba una hora o dos con Afy. En la casa, cuando su padre no estaba, o paseando por

el bosque con ella, en caso contrario.

—Necesito que te centres en lo que pasó aquella noche, Richard.

—La escopeta de Hallijohn estaba averiada y me pidió que le prestase la mía. Yo tenía una cita con Afy para verla en su casa esa tarde; fui después de comer y llevé la escopeta conmigo. Mi padre me llamó al verme salir y me preguntó a dónde iba. Le dije que iba con el joven Beauchamp, pues no quería discutir con él, y esa mentira pesó en mi contra en la investigación. Cuando llegué a casa de Hallijohn, a la que me acerqué por la parte de atrás, por los campos y a través del bosque, que era el camino que utilizaba habitualmente, Afy salió a recibirme, muy distante, como se mostraba en ocasiones, y me dijo que no podía recibirme en ese momento, que debía volver a mi casa. Discutimos un poco y, mientras lo hacíamos, Locksley pasó por allí y me vio con la escopeta en la mano. Al final, cedí. Lo cierto es que esa mujer hacía conmigo lo que quería, y yo besaba el suelo que pisaba. Le di la escopeta, la advertí que estaba cargada; ella se la llevó dentro y cerró la puerta. Yo no me marché: sospechaba que Thorn estaba dentro, aunque ella lo había negado, y me escondí tras unos árboles cerca de la casa. De nuevo pasó por allí Locksley; me vio y me preguntó desde lejos por qué me escondía. Me alejé un poco y no le contesté (no era asunto suyo lo que yo hiciera o dejara de hacer) y también eso me perjudicó en la investigación. Poco después, quizá unos veinte minutos, oí un disparo y me pareció que procedía de la cabaña. «Alguien apurando el día para cazar perdices», pensé, ya que el sol se estaba poniendo, y en ese momento vi a Bethel salir entre los árboles y correr en dirección a la cabaña. Ese disparo mató a Hallijohn.

Hubo un momento de silencio. El señor Carlyle estudió a Richard Hare bajo la luz de la luna.

—Me pareció que, en el mismo minuto, vi a alguien que venía corriendo y jadeando desde la cabaña. Era Thorn. Su aspecto me impresionó. Jamás había visto a un hombre con tal expresión de terror. Tenía el rostro lívido, los ojos parecían querer salirse de las órbitas y los labios retraídos dejaban ver los dientes. Si yo hubiera sido más fuerte, lo habría atacado; estaba loco de celos, pues tenía claro que Afy me había rechazado para estar con él.

—¿No habías dicho que este Thorn solo venía al anochecer? —observó el señor Carlyle.

—Y así era, hasta esa tarde. Lo único que puedo decir es que estaba allí.

Pasó de largo a la carrera, y al poco oí los cascos de su caballo alejándose al galope. Me pregunté qué podría haber sucedido para asustarlo tanto y si habría discutido con Afy. Corrí hacia la casa, subí de un salto los escalones de la entrada y, Carlyle, ¡caí sobre el cuerpo inerte de Hallijohn! Estaba en el suelo de la cocina, en la entrada, muerto. Había mucha sangre y mi escopeta, recién utilizada, estaba tirada cerca: le habían disparado en un costado.

Richard hizo una pausa para recuperar el aliento. El señor Carlyle no dijo nada.

—Llamé a Afy. Nadie respondió. No había nadie en las habitaciones de abajo y me pareció que tampoco en las de arriba. Fui presa del pánico. Me entró miedo. Ya sabes que en casa siempre han dicho que soy un cobarde: no podía quedarme un segundo con ese cadáver, aunque me fuera la vida en ello. Cogí la escopeta y me estaba yendo cuando...

—¿Por qué cogiste la escopeta? —lo interrumpió el señor Carlyle.

—En momentos así, las ideas cruzan la mente tan rápidas que no se pueden verbalizar —fue la respuesta de Richard Hare—. Me pasó por la cabeza la vaga noción de que no debían encontrar mi escopeta al lado del cuerpo de Hallijohn, que claramente había sido asesinado. Yo estaba saliendo por la puerta cuando, como decía, Locksley apareció entre los árboles, dirigiéndose hacia mí, y no puedo explicar que me poseyó para hacer lo que hice, pero tomé la peor decisión: tiré la escopeta dentro de la cabaña, y salí corriendo, aunque Locksley me llamaba para que me detuviera.

—Nada te ha perjudicado más que eso —observó el señor Carlyle—. Locksley testificó que te vio salir de la cabaña, con la escopeta en la mano, muy nervioso, y que, en cuanto lo viste, dudaste, como si tuvieras miedo, y tiraste la escopeta y escapaste.

Richard dio una patada en el suelo.

—Sí, y todo por mi maldita cobardía. Mejor habría sido nacer mujer y crecer llevando faldas. Pero déjame que te lo cuente todo. Me encontré con Bethel: estaba en ese claro en semicírculo donde se han talado los árboles. Yo sabía que Bethel, si había ido directamente hacia la cabaña, tenía por fuerza que haberse cruzado con Thorn cuando salía de ella. «¿Te has cruzado con ese perro?», le pregunté. «¿Qué perro?», me preguntó. «Ese tipo, ese Thorn, el que viene a ver a Afy», le respondí, pues en mi agitación no me importó pronunciar el nombre de ella. «No conozco a ningún Thorn — me dijo Bethel

—, y no sabía que alguien más viniera a ver a Afy». «¿Has oído un disparo?», seguí preguntándole. «Sí, lo he oído —me dijo— supongo que será Locksley, que estaba en el bosque esta tarde». «Y yo te he visto —continué—, cuando sonó el disparo, doblar la esquina en dirección a la casa de Hallijohn». «Cierto —dijo— pero me metí en el bosque a los pocos pasos. ¿A dónde quieres ir a parar?». «¿Te encontraste a Thorn huyendo de la cabaña?», insistí. «No me he cruzado con nadie —dijo— y no creo que haya nadie por aquí, excepto nosotros y Locksley». Desistí y me marché —continuó Richard Hare—. Era evidente que no había visto a Thorn y que no sabía nada.

—Y te marchaste de la ciudad esa misma noche, Richard. Fue un error fatal.

—Sí, fui un imbécil. Pensé que sería mejor esperar en algún lugar tranquilo a ver cómo se desarrollaban las cosas. No obstante, todavía no lo sabes todo. Tres o cuatro horas después, volví a la cabaña y vi a Afy. Nunca lo olvidaré. Antes de que yo pudiera abrir la boca, se lanzó sobre mí, acusándome de haber matado a su padre, y continuó acusándome en el jardín como una histérica. Los gritos atrajeron a gente de la casa, pues había mucha gente dentro, y yo me retiré. «Si ella cree que soy culpable, todo el mundo lo creerá», fue mi razonamiento; y por eso me marché esa noche, con la idea de ocultarme un par de días hasta que las cosas se aclarasen. Pero no se aclararon: la justicia investigó y sus conclusiones me hundieron, al negar que nadie había estado allí esa noche. Ella se encontraba sola en casa, dijo, y había salido por la puerta de atrás a pasear por el camino de West Lynne, y allí estaba cuando oyó un disparo. Cinco minutos después regresó a la casa y encontró a Locksley de pie sobre el cuerpo sin vida de su padre.

El señor Carlyle permaneció en silencio, repasando mentalmente los principales puntos de la historia de Richard Hare.

—Había cuatro personas, si lo entiendo bien, en las proximidades de la cabaña esa noche, y una de ellas fue la que disparó. Dices que tú estabas a cierta distancia, Bethel también pudo estar...

—Bethel no lo hizo —interrumpió Richard—, es imposible. Ya te he dicho que lo tenía a la vista cuando se oyó el disparo.

—Pero ¿dónde estaba Locksley?

—También es imposible que fuera Locksley. Estaba en mi campo de visión, perpendicular a mí, dentro del bosque y lejos de los caminos. Fue

Thorn quien lo hizo, no me cabe la menor duda; él debería estar condenado por asesinato. Carlyle, veo que no me crees.

—Lo que me has contado es una sorpresa y necesito tiempo para reflexionar si lo creo o no —respondió con franqueza el señor Carlyle—. Lo que más me preocupa es que, si realmente viste a Thorn huyendo de la cabaña en el estado que lo describes, ¿por qué no te quedaste y lo denunciaste?

—Fui un estúpido, cobarde y débil, como he sido toda mi vida —respondió Richard—. No puedo evitarlo: así nací y así moriré. ¿De qué habría valido mi palabra de que había sido Thorn, si nadie lo corroboraba? Y la escopeta era mía; el arma del crimen me condenaba.

—Hay otra cosa que me parece curiosa —dijo el señor Carlyle—. Si este hombre, Thorn, acostumbraba a venir a West Lynne noche tras noche, ¿cómo es que nadie lo vio nunca? Hasta ahora no había oído nada de un extraño en relación con este asunto, ni, de hecho, tampoco en relación con Afy.

—Thorn venía por caminos secundarios, y, excepto esa vez, en el ocaso o ya oscurecido. Me parecía evidente que cortejaba a Afy, y así se lo dije a ella, y la advertí de que eso daba muy mala imagen. No crees una palabra de lo que te estoy diciendo, lo sabía. Sin embargo, te juro que todo lo que te he dicho es verdad. Te juro que es tan cierto como que todos (Thorn, Afy, Hallijohn y yo) nos encontraremos un día con nuestro Creador.

Richard hablaba con solemnidad y sus palabras sonaban sinceras. El señor Carlyle permaneció en silencio, reflexionando.

—¿Por qué, si no, te contaría esto? —continuó Richard—. No me sirve de nada: todo lo que puedo declarar no contribuiría un ápice a demostrar mi inocencia.

—No, desde luego —confirmó el señor Carlyle—. Si alguna vez se demuestra tu inocencia, será con pruebas. Pero déjame que piense más sobre este asunto y, si se me ocurre algo... ¿Qué tipo de hombre es este Thorn?

—Yo le supongo unos veintitrés o veinticuatro años, alto y esbelto, y aristócrata por los cuatro costados.

—¿Parientes o conocidos? ¿Dónde vivía?

—Nunca lo supe. Afy, para jactarse, decía que venía de Swainson y hacía diez millas a caballo para verla.

—¡De Swainson! —interrumpió rápidamente el señor Carlyle—. ¿Es posible que sea uno de los Thorn de Swainson?

—Ninguno de los que yo conozco. Era un hombre completamente diferente. Llevaba guantes a la moda, se perfumaba las manos y se adornaba con anillos. Estoy convencido de que era un noble, pero con mal gusto y poco elegante, de esos a los que les gustan llevar muchas joyas.

Una media sonrisa asomó al rostro del señor Carlyle.

—Esta persona de la que hablamos, ¿estás seguro de que es real, Richard?

—¡Claro que sí! Llevaba camisas con diamantes tachonados, anillos de diamante, alfileres de diamantes; brillantes de gran transparencia y calidad. Yo creía que se los ponía para impresionar a Afy. Ella me dijo en una ocasión que, si quisiera, podría ser una dama más importante de lo que yo nunca podría hacerla. Una gran dama en los cruces de caminos, repuse yo, que no en la plaza mayor. Thorn no era el tipo de hombre de intenciones honestas con alguien en la situación de Afy Hallijohn. Pero las jóvenes son tan insensatas...

—Por lo que cuentas, podría ser uno de los Thorn de Swainson. Son comerciantes ricos, todos casados jóvenes y con familia. Son hombres bajos, fornidos y gordos como holandeses. Gente seria y formal, muy respetable. Me parecen que son los últimos que imaginaría en una expedición como la que describes.

—¿Qué expedición? —preguntó Richard—. ¿El asesinato?

—No, Richard, perseguir y hacer la corte a Afy. Por cierto, ¿dónde está Afy?

Richard Hare levantó la mirada, sorprendido.

—¿Cómo iba yo a saberlo? Te lo iba a preguntar a ti.

El señor Carlyle hizo una pausa. La respuesta de Richard le parecía evasiva.

—Desapareció después del funeral y se creyó que... en breve, Richard, en el vecindario se cree que huyó para reunirse contigo.

—¡No! ¿Eso creen? ¡Vaya panda de idiotas! Carlyle, no he vuelto a oír ni saber de ella desde aquella desgraciada noche. Si fue a reunirse con alguien, sería con Thorn.

—¿Era un hombre apuesto?

—Supongo que podría decirse que sí. Desde luego, a Afy le parecía un Adonis sacado de una fábula. Tenía el cabello y el bigote negros y brillantes, ojos oscuros y facciones atractivas. Pero su dandismo lo convertía en un

hombre vacuo.

Esta es la información que pudo obtener el señor Carlyle. Era hora de que Richard entrara en la casa. Recorrieron juntos el camino.

—Qué suerte que las ventanas de los criados no den a esta parte —dijo Richard, estremeciéndose, mientras caminaba detrás del señor Carlyle—. ¡No quiero ni pensar qué pasaría si me vieran desde las ventanas de arriba!

Sus temores no se materializaron y ambos entraron sin ser vistos. Concluido su papel, el señor Carlyle dejó que el pobre exiliado se entrevistara con su histérica y llorosa madre —Richard estaba igual de histérico y lloroso que ella— y volvió a su casa, reflexionando sobre lo que había escuchado.

No había tenido ni tenía la menor duda de que George Hallijohn había muerto a manos de Richard Hare. Pero, a diferencia de lo dictaminado por el jurado de la investigación y de lo que creía todo el mundo, él no creía que el asesinato había sido voluntario. Richard era un hombre manso, amable, inofensivo, incapaz de ninguna crueldad, y menos de un crimen deliberado; el señor Carlyle había creído que, si al final salía a la luz la verdad, se demostraría que el disparo fatal fue consecuencia de algún accidente o, en el peor de los casos, de un forcejeo. Se rumoreaba que Hallijohn se oponía a las visitas de Richard a su hija, y la situación llegó esa noche a un punto de ebullición.

¿Quién era ese Thorn? Ciertamente, no era una creación de la imaginación de Richard; pero, aun así, era extraño que su nombre no se hubiera mencionado nunca y que nadie en el vecindario supiera de él ni de sus visitas. ¿Era un aristócrata, como había dicho Richard, frívolo y despreciable, con el pelo reluciente de aceite y dedos enjorrocados? ¿O era uno de esos farsantes que se visten como un noble para robar y delinquir sin levantar sospechas? Y ¿era el auténtico asesino? En cualquier caso, el señor Carlyle había recibido más que suficiente información para ejercitar su nada desdeñable intelecto.

Los magistrados pasaron una excelente velada en la cual el señor Carlyle les ofreció una cena de costillas de carnero y pan con queso. Cogieron las pipas para fumar un poco más después de haber comido, y la señorita Carlyle se retiró a dormir: el humo, al que no estaba acostumbrada desde la muerte de su padre, le había provocado dolor de cabeza y le había irritado los ojos. Eran ya las once cuando los invitados se despidieron del señor Carlyle, pero

el señor Dill, obedeciendo a un gesto de su superior, se quedó.

—Síntese un momento, Dill, me gustaría hacerle una pregunta. Usted es amigo de los Thorn de Swainson: ¿tienen por casualidad algún pariente, un sobrino, o quizá un primo que sea un jovencito dandi?

—Precisamente fui el domingo, hace dos semanas, a pasar el día con el joven Jacob —respondió el señor Dill, extendiéndose más de lo que solía. El señor Carlyle sonrió.

—¡El joven Jacob! Debe tener ya al menos cuarenta años, supongo.

—Más o menos. Pero usted y yo estimamos la edad de forma distinta, señor Archibald. No tienen ningún sobrino: el anciano no tuvo más hijos que Jacob y Edward. Y tampoco tienen ningún primo. Les ha ido bien y son hombres ricos: Jacob tiene ahora carruaje propio.

El señor Carlyle caviló sobre la respuesta, pero era la que esperaba, pues no había oído que los hermanos Thorn, curtidores, escurridores y fabricantes de artículos de piel, tuvieran ningún pariente.

—Dill —dijo—, tengo motivos para dudar de la culpabilidad de Richard Hare. Me pregunto si de verdad estuvo involucrado en el asesinato.

El señor Dill lo miró con los ojos como platos.

—Pero ¿su huida, señor Archibald? ¿Y su ausencia desde el crimen?

—Son circunstancias sospechosas, lo admito; sin embargo, tengo buenos motivos para dudar. Cuando sucedió, un dandi cuya identidad desconozco visitaba en secreto a Afy Hallijohn para hacerle la corte. Un hombre delgado, según me lo han descrito, que se hacía llamar Thorn y decía vivir en Swainson. ¿Es posible que fuera uno de los Thorn?

—¡Señor Archibald! —protestó el anciano empleado—. ¿Cómo iban esos dos respetables caballeros, con esposa y niños pequeños, a perder la cabeza por una mujer como Afy?

—No me refiero a ellos —contestó el señor Carlyle—. Se trata de un hombre joven, de veintitrés o veinticuatro años, que les saca una cabeza. Pensé que quizá fuera un pariente.

—Los he oído decir muchas veces que están solos en el mundo; que son los últimos de su apellido. Puede estar seguro de que no fue ningún pariente suyo. Pero ¿quién dice que alguien iba detrás de Afy, señor Archibald? Que yo sepa, solo la cortejaba una persona, y era precisamente Richard Hare.

El señor Carlyle no podía confesar que se lo había dicho Richard, y dejó la pregunta sin respuesta.

—Me han presentado elementos suficientes para poner en duda la culpabilidad de Richard Hare y considerar que el asesino pueda ser ese Thorn —observó—. Tengo intención de poner en marcha una investigación privada, en el más completo secreto, para ver si puedo hacer aflorar nuevas pruebas. ¿Puedo contar con su ayuda?

—De todo corazón —respondió el señor Dill—. Pero sepa que no veo que el asesino pueda ser otro que Richard.

—La próxima vez que vaya usted a Swainson, trate de descubrir si un joven llamado Thorn (pariente o no de los Thorn que conocemos) vivía allí en aquellos momentos. Se trata de un hombre atractivo, de cabello, bigote y ojos negros, y propenso a engalanarse con alfileres, tachones y anillos de diamantes. Me lo han definido como un aristócrata, pero creo que es probable que se trate de un farsante, pues cuando un truhan imita a un caballero, yerra por exceso. Mire usted si puede averiguar algo.

—Lo haré —dijo el señor Dill, y se despidió del señor Carlyle dándole las buenas noches.

El criado entró en la sala para retirar los vasos vacíos y las hediondas pipas, que la señorita Carlyle había ordenado que se sacaran al exterior en el instante en que los invitados dejaran de usarlas. El señor Carlyle estaba absorto en sus pensamientos. Al final, se volvió hacia el hombre.

—¿Se ha ido Joyce a la cama?

—No, señor. Estaba a punto de hacerlo.

—Cuando hayas guardado estas cosas, hazla venir.

Joyce era el ama de llaves de la señorita Carlyle. Era de mediana estatura y había dejado atrás los treinta y cinco años. Tenía la frente ancha, los ojos hundidos y la tez pálida. Aunque no era guapa, su aspecto inspiraba confianza. Era, además, hermanastra de Afy Hallijohn.

—Cierra la puerta, Joyce.

Joyce hizo lo que se le ordenaba, se acercó y se quedó en pie junto a la mesa.

—¿Has sabido algo de tu hermana, Joyce? —le preguntó el señor Carlyle, un tanto abruptamente.

—No, señor —contestó la criada—. Ni lo espero.

—¿Por qué?

—Si ha sido capaz de irse con Richard Hare, que mandó a la tumba a su padre, me parece lógico que se esconda y oculte sus acciones en lugar de decírmelas a mí.

—¿Quién era ese elegante caballero que venía a verla?

Las mejillas de Joyce cobraron súbitamente color y la mujer habló con voz más baja.

—¿Sabéis de él?

—No lo sabía entonces. Ahora sí. Venía de Swainson, ¿no es así?

—Eso creo, señor. Afy nunca me habló mucho de él. No estábamos de acuerdo; le dije que una persona de su rango no le haría ningún bien, y Afy se enfurecía cuando me oía criticarlo.

El señor Carlyle la interrumpió.

—¿Su rango? ¿Y qué rango era ese?

—Afy se jactaba de que era vecino de un lord y, desde luego, lo parecía. Yo solo lo vi una vez. Había vuelto a casa temprano y lo encontré sentado con Afy. Llevaba las manos llenas de anillos que brillaban mucho y tenía piedras preciosas incrustadas en la camisa, donde debían ir los botones.

—¿Lo has vuelto a ver desde entonces?

—No, solo lo vi en esa ocasión, y no creo que pudiera reconocerlo si me lo cruzara por la calle. En cuanto entré en el salón se levantó, le dio la mano a Afy y se marchó. Era un muchacho bien alto, casi tan alto como usted, señor, pero muy delgado. E iba muy recto. Los soldados siempre tienen ese aspecto gallardo.

—¿Cómo sabes que era un soldado? —preguntó inmediatamente el señor Carlyle.

—Me lo dijo Afy. «El capitán», solía llamarlo ella; pero me dijo que no era todavía capitán, sino que estaba un grado por debajo. Era... era...

—¿Teniente? —sugirió el señor Carlyle.

—Sí, señor, exacto: el teniente Thorn. Al pasar por la cocina se le cayó el pañuelo, un pañuelo precioso. Yo lo recogí, pero Afy me lo arrebató de un tirón, corrió hacia la puerta y desde allí lo llamó: «¡Capitán Thorn, se le ha caído el pañuelo!» y él se volvió y lo cogió. Y cuando se hubo marchado, Afy

se volvió contra mí y empezó a abroncarme por haber llegado a casa y haberle aguado la fiesta, y nos peleamos. Yo había visto al joven Hare esa misma tarde en el bosque, deambulando como si esperara a que el otro se marchara. «Esto no va a acabar bien entre esos dos», pensé, y así se lo dije a ella, y vaya si se enfadó. Y no pasó una semana después de eso cuando... le pasó lo que le pasó a su pobre padre.

—Joyce —dijo el señor Carlyle—. ¿No has pensado que es más probable que Afy se fuera con ese teniente Thorn que con Richard Hare?

—No, señor —respondió Joyce—. Estoy segura de que se fue con Richard Hare, y nada me hará cambiar de opinión. Todo West Lynne está seguro de ello.

El señor Carlyle no intentó hacerla «cambiar de opinión». Le dijo que podía retirarse y se quedó sentado en el salón reflexionando sobre todos los aspectos del caso.

La reunión de Richard Hare con su madre terminó pronto. No duró más de un cuarto de hora, pues ambos temían que los sirvientes los descubrieran. Y con las cien libras en el bolsillo y angustia en el corazón, el desventurado joven se marchó de la casa en la que había crecido. La señora Hare y Barbara lo vieron escabullirse por el camino bajo la delatora luz de la luna y llegar a la carretera, y ambas sintieron que los besos de despedida tardarían años en repetirse, si es que llegaba a besarlas de nuevo.

Capítulo 7: La señorita Carlyle en casa

Los relojes de las iglesias de West Lynne dieron las ocho de una despejada mañana de julio y las campanadas se añadieron anunciando el domingo. Con el tañido de las campanas, la señorita Carlyle salió de su dormitorio con un atuendo de diario, no con el que solía lucir los domingos. Llevaba una bata de lino casi hasta los tobillos y una chaqueta de cama lavanda, ceñida con un cordón de borlas decorado con un volante. Así vestía su madre en los viejos tiempos, y la señorita Carlyle, que despreciaba la moda, no iba a vestir de modo distinto. Las damas modernas pueden denostar su estilo, pero nada podrían oponer a la calidad y frescura de los materiales, pues, en ese aspecto, la señorita Carlyle era muy escrupulosa. Su predisposición era presentarse, los domingos por la mañana, ataviada para pasar el día; no haberlo hecho era señal inequívoca de tener pendiente algún trabajo doméstico. Sería embarazoso describir su tocado, pues no evocaba ninguna ilustración de moda ni de otro tipo; algunos lo llamarían turbante; otros, gorra de dormir, y alguien podría pensar que parecía la gorra de asno con cascabeles que ponen a los malos estudiantes en la escuela. En cualquier caso, era una estructura alta y grande, blanca y rígida, impresionante.

La señorita Carlyle cruzó el pasillo hasta la puerta enfrente de la suya y llamó lo bastante fuerte como para despertar a los siete durmientes de Éfeso.*

—¡Levántate, Archibald!

—¡Levantarme! —respondió una soñolienta voz en el interior—. ¿Para qué? Son las ocho de la mañana.

—Aunque fueran las seis, tendrías que levantarte —insistió la señorita Carlyle en tono perentorio—. El desayuno está servido y tiene que retirarse pronto; hoy esto es un caos.

La señora Carlyle bajó las escaleras y entró en la sala del desayuno, donde todo estaba preparado. Cuando era necesario, tenía la lengua ligera, y a su ojo, que todo lo veía, no se le escapaba nada. La sala daba a la calle, con las ventanas abiertas; las elegantes cortinas blancas, tan inmaculadas como el tocado de la señorita Carlyle, oscilaban gentilmente con la brisa veraniega. La señorita Carlyle repasó la sala con la mirada y reparó en un poco de polvo. Se acercó rápidamente a la cocina a informar a Joyce del descubrimiento. Joyce, frente al fuego de la cocina, vigilaba la panceta.

—¿Cómo puedes ser tan poco cuidadosa, Joyce? No has limpiado el polvo de la sala del desayuno.

—¿Por qué lo dice? —replicó Joyce—. No habrá visto una mota que le haga pensar eso.

—Pues he visto polvo —respondió la señorita Carlyle—. Coge el plumero y ve a verlo tú misma. No puedo sentarme a desayunar en una habitación sucia. No te hagas la apática porque esta mañana tengas un poco más de trabajo.

—No, señora —contestó Joyce, molesta, presumiendo que la acusación era infundada—. Esta mañana he trabajado mucho y me he esforzado en todo. Me he levantado a las cinco para que me diera tiempo a acabar el trabajo extra y que usted no tuviera motivos de queja, y he repasado cuidadosamente la sala del desayuno, como hago siempre. Pero usted insiste en que se abran las ventanas y, claro, si se abren las ventanas, entra polvo.

Joyce se retiró con su plumero al oírse una campanilla y entró en la cocina un sirviente de mediana edad, rollizo, de tez pálida y cabello ralo que se estaba volviendo gris.

—¿Se te ofrece algo, Peter? —preguntó la señorita Carlyle.

—El agua para afeitarse del señor, señora. El señor la ha pedido.

—Pues el señor tendrá que pasar sin ella —fue la respuesta de la señorita Carlyle—. Ve a decírselo. Dile que el desayuno está servido y le estamos esperando, que ya se afeitará después.

Peter se retiró a comunicar el mensaje, probablemente suavizándolo un poco, y la señorita Carlyle, volviendo a la sala del desayuno, se sentó en la

mesa a esperar a su hermano.

La noche anterior se había enzarzado en una discusión con su cocinera. Esta, que tenía mucho genio, le respondió con insolencia y su señora la avisó de que no toleraba la insolencia y que no era habitual de los sirvientes mostrarse insolentes. La joven, en el arrebato del enfado, dijo que no se molestara en advertirla, porque pensaba marcharse de inmediato, y así lo hizo. La señorita Carlyle declaró que la casa estaba mejor sin ella. La señorita Carlyle, después de todo, era inflexible en un punto: en domingo se debía trabajar lo menos posible y, por ello, si la comida del domingo se podía preparar el sábado, así debía hacerse. Sobre esta doctrina se habían enfrentado la señorita Carlyle y la cocinera. Y, para colmo, la asistenta en su casa, de vacaciones.

El señor Carlyle entró en la sala del desayuno completamente vestido. Le disgustaba tanto parecer desarreglado que se había afeitado con agua fría.

—¿Por qué desayunamos a las ocho esta mañana? —preguntó.

—Porque tengo muchas cosas que hacer. Y si no desayuno pronto no podré hacerla antes de ir a misa —contestó la señorita Carlyle—. La cocinera se marchó ayer.

—¡Cómo! —se sorprendió el señor Carlyle.

—Sucedió después de empezar la velada y no quise molestarte con ello. Hoy comeremos pato, y ella sabía que el relleno debía prepararse ayer, así como la salsa, y también había que preparar y hornear el pastel de menudillos; en breve, había que dejarlo todo listo para meterlo en el horno. Anoche le pregunté si lo tenía todo preparado. «Oh, sí, todo está hecho», me dijo, y le pedí que me enseñara el pastel de menudillos para inspeccionarlo, porque tiene tendencia a quemar la envoltura de los pasteles. Pues bien, no me lo pudo enseñar; me había mentido, Archibald. No solo no había hecho el pastel, sino que los patos estaban intactos, tal y como habían entrado en la casa; lo había pospuesto todo para hoy, pensando que yo no me enteraría, pero al pedirle que me enseñara el pastel descubrí el cotarro. Me habló con insolencia, y por ello y por la mentira le advertí de que eran motivos de despido, pero ella se adelantó y se marchó anoche. Así que esta mañana yo lo tengo que hacer todo.

—¿No puede hacerlo Joyce? —preguntó el señor Carlyle.

—¡Joyce! Apañados estamos si dependemos de que Joyce cocine. Yo no

puedo servir en mi mesa platos hechos por ella, y menos hoy, que pasará el día con nosotros Barbara Hare.

—Así es.

—Barbara llamó anoche, muy preocupada. Parece que ha discutido con el juez y me dijo que me agradecería que la invitara a pasar el día. Por lo visto, Barbara ha estado vistiéndose y adornándose mucho, y el juez, al verla llegar a casa, la reprendió. Le está bien empleado, por vanidosa y fresca. ¡Hay que ver con qué energía suenan las campanas!

El señor Carlyle levantó la cabeza. Ciertamente las campanas de la iglesia de Saint Jude repicaban como si hubiera boda u otra celebración.

—¿Por qué suenan así? —se preguntó.

—Archibald, no eres ni la mitad de espabilado que yo era a tu edad. ¿Por qué crees que tocan así, sino para celebrar la llegada de lord Mount Severn?

—Ah, claro. El banco de East Lynne está en la iglesia de Saint Jude.

East Lynne había cambiado de dueño y ahora era propiedad del señor Carlyle. La había comprado en su estado actual, con muebles y todo, pero la transferencia de la propiedad se llevó con el mayor secreto y no había despertado sospechas. Lord Mount Severn, quizá por despistar a quien pudiera olerse algo, o porque quería despedirse de una propiedad a la que tenía cariño, había expresado su deseo de visitarla durante una o dos semanas. El señor Carlyle había accedido de buen grado, y el conde, su hija y sus criados habían llegado ayer a la propiedad.

West Lynne estaba en éxtasis. Se consideraba una villa aristocrática y tenía la esperanza de que el conde se convirtiera en una presencia habitual y fijara su residencia de nuevo en East Lynne. Los vestidos que las damas exhibieron para recibirlo eran prodigiosos, y Barbara Hare no había sido la única joven que se había enfrentado por ello a la censura paterna.

La señorita Carlyle completó los preparativos para la comida, encargándose personalmente de todo de lo que no se fiaba de Joyce, y estuvo lista para ir a misa a la hora habitual, vestida elegantemente, pero con sencillez. Cuando ella y Archibald salían de su casa, vieron algo acercándose por la calle, reluciendo al sol. Distinguieron un parasol rosa; detrás, un sombrero rosa con una pluma y, debajo, un vestido de brocado gris y guantes blancos.

—Pero ¡qué vanidosa es esa idiota! —exclamó la señorita Carlyle.

Barbara, que no sabía cómo había sido juzgada, se acercó a ellos sonriente.

—¡Qué deslumbrante, Barbara! —dijo la señora Carlyle a modo de saludo—. Hace bien el juez en llamarte la atención. Eres como un rayo de sol.

—No me he arreglado ni la mitad que otras que van a ir a la iglesia —respondió Barbara, levantando tímidamente su rostro de ojos azules y sonrojadas mejillas para responder al saludo—. Parece que todo West Lynne está decidido a superar el vestido de lady Isabel. Debería haber visto cómo estaba ayer la sombrerería, señorita Carlyle.

—¿Y todo el mundo se va hoy a poner sus mejores galas? —preguntó muy serio el señor Carlyle, echando a andar con su hermana a un lado y Barbara al otro, sin darles el brazo, pues le desagradaba como a un francés llevar del brazo a dos damas.*

—Por supuesto —contestó Barbara—. El conde y su hija van a estar en la misa.

—Imagina que ella no se viste como un pavo real —dijo la señorita Carlyle con rostro imperturbable.

—Oh, seguro que lo hace... si con eso quiere decir que se vestirá muy elegante —dijo Barbara de inmediato.

—Pero imagina que no viene a misa —dijo riéndose el señor Carlyle—. ¡Qué decepción se llevarían los sombreros y las plumas!

—Después de todo, Barbara, ¿qué les importamos nosotros a ellos, o ellos a nosotros? —continuó la señorita Carlyle—. Lo más probable es que nunca nos los presenten. Nosotros, los insignificantes burgueses de West Lynne, no debemos entrometernos en East Lynne. Ni sería adecuado ni le parecería bien al conde ni a lady Isabel.

—Eso exactamente dijo papá —refunfuñó Barbara—. Ayer vio este sombrero, y cuando le dije que lo había comprado para visitar al conde, me preguntó si me parecía lógico que familias normales y corrientes de West Lynne fueran a llamar a la puerta de lord Mount Severn como si pertenecieran a la aristocracia. Creo que fue la pluma lo que le enfadó.

—Es una pluma muy larga, desde luego —apuntó la señorita Carlyle, estudiándola con desdén.

Barbara se iba a sentar ese domingo en el banco de los Carlyle, pues consideraba que, cuanto más lejos del juez, mejor; no había forma de saber si

no intentaría cortar subrepticamente la pluma durante la misa, perjudicando así su belleza. En cuanto se sentaron, unos extraños avanzaron lentamente por el pasillo, entre los bancos; un caballero que cojeaba, de ceño fruncido y cabello canoso, acompañado de una joven dama. Barbara los miró con ilusión, pero pronto apartó los ojos; no podían ser los desconocidos que todos esperaban: el vestido de la joven era demasiado feo. Un simple vestido de muselina clara con pequeños ramitos de lilas bordados, y un sombrero de paja; la señorita Corny podría haber llevado ese atuendo un día laborable y no lo habría considerado elegante, pero era un vestido agradable para un día caluroso de verano. El viejo bedel de la iglesia caminaba al lado de la pareja con el bastón, distintivo de su cargo, y los conducía hacia el banco de East Lynne que durante tantos años había estado vacío.

—¿Quién son esos dos? —susurró Barbara a la señorita Carlyle.

—El conde y lady Isabel.

A Barbara le desapareció el color de la cara y se quedó mirando a la señorita Corny con incredulidad.

—¡Cómo! ¡Pero si ella no viste seda ni plumas ni nada! —exclamó Barbara—. ¡Si es el vestido más feo de toda la iglesia!

—Más feo que estos tan elegantes... más que el tuyo, por ejemplo. El conde ha cambiado mucho, pero reconocería a ambos en cualquier parte. A ella debería haberla conocido de inmediato por lo mucho que se parece a su pobre madre; tiene los mismos ojos y la misma expresión dulce.

Ay, esos ojos color café, rebosantes de ternura y melancolía; pocos podían confundirlos con otros u olvidarlos, y Barbara Hare, haciendo caso omiso del lugar en que se hallaba, se hartó ese día de mirarlos. «Es muy guapa —pensó Barbara— y su vestido sin duda es de una lady. Ojalá no me hubiera puesto esta pluma rosa tan chillona. ¡Le debemos haber parecido unos pueblerinos!»

El carruaje del conde, una calesa abierta de cuatro ruedas, esperaba en la puerta de la iglesia al terminar la misa. El conde ayudó a subir a su hija y, cuando ya había puesto su gotoso pie en el escalón, reparó en el señor Carlyle. El conde se volvió hacia él y le extendió la mano. Un hombre capaz de comprar East Lynne era digno de ser recibido como un igual, aunque solo fuera un abogado de provincias.

El señor Carlyle estrechó la mano del conde, se acercó al carruaje y se levantó el sombrero para saludar a lady Isabel. Ella se inclinó, mostrando su

agradable sonrisa, y puso su mano sobre las de él.

—Tengo muchas cosas que decirle —dijo el conde—. Quizá podría usted acompañarnos a casa. Si no tiene otro plan, venga a East Lynne y sea nuestro invitado durante el resto del día.

Sonreía de forma peculiar al hablar, y el señor Carlyle respondió con una sonrisa cómplice. ¡Invitado en East Lynne! Esa era precisamente la condición del conde. El señor Carlyle se volvió a hablar con su hermana.

—Cornelia, no iré a comer hoy, voy con lord Mount Severn. Buenos días, Barbara.

El señor Carlyle subió a la calesa, seguido por el conde, y el carruaje se alejó. El sol seguía brillando, pero para Barbara Hare el día había perdido su brillo.

—¿Cómo es que conoce tan bien al conde? ¿De qué conoce a lady Isabel? —se preguntó en voz alta, atónita.

—Archibald tiene trato con casi todo el mundo —replicó la señorita Corny—. Se reunió con frecuencia con el conde cuando este pasó una temporada en la ciudad en primavera, y vio a lady Isabel una o dos veces. Es una joven muy guapa.

Barbara no dijo nada. Regresó con la señorita Carlyle a disfrutar de los patos y del pastel de menudillos, pero estuvo ausente, pues su corazón no estaba en lo que hacía; escapaba hacia East Lynne.

¡Oh, qué decir del refinamiento de la vida cortesana, de la innecesaria profusión de esplendor que lo envuelve!, pensó el señor Carlyle al sentarse a comer ese día. El despliegue de cubertería de plata, el exquisito cristal y la lujosa porcelana, impresionaban; los diferentes vinos y las ricas viandas, demasiado variados y abundantes para la gota que padecía el conde; los criados, con sus elegantes libreas, omnipresentes; el anfitrión, encantador, y la joven señora, muy refinada. A pesar del terrible predicamento económico en que se encontraba el conde, no escatimaba gastos en estos lujos; cómo podía mantenerse era un misterio, y cuánto tiempo, otro. Ese esplendor era innecesario e injustificable, dadas las circunstancias, pero tenía su atractivo. Muy grandes eran las atracciones de ese día, teniendo esto en cuenta. Deleite sus sentidos, señor Carlyle.

Isabel los dejó tras la comida y se sentó a solas, dejando vagar sus pensamientos. Pensó en su madre, con quien había estado por última vez en

East Lynne, en la problemática gota que no dejaba tranquilo a su padre, y en lo que, recientemente, le había sucedido en Londres. Se había encontrado allí con tanta frecuencia a una persona que casi se había convertido en un peligro para su paz interior o, mejor dicho, se habría convertido en un peligro de haber permanecido en la ciudad más tiempo; incluso ahora, al pensar en él, la emoción recorría sus venas. Se trataba de Francis Levison. La señora Vane había pecado de algo peor que inocencia al juntarlos tan a menudo. La señora Vane era una mujer fría, egoísta y mala; mala en tanto que, con excepción de ella misma, no se preocupaba de lo que le pasara a otra persona en toda la faz de la tierra.

Con un suspiro, Isabel se levantó y expulsó esas reflexiones de su mente. Su padre y su invitado no parecían tener prisa en tomar el té, y se sentó frente al piano.

El conde, ciertamente, no tenía prisa; nunca tenía prisa por abandonar el vino. En el estado en que se encontraba, cada vaso de ese líquido era veneno para él, pero, aun así, se negaba a dejarlo. Estaban embarcados en una conversación cuando el señor Carlyle, que era quien hablaba en ese instante, se detuvo en medio de una frase y se dispuso a escuchar.

Una melodía de dulcísima música impregnaba el aire, le parecía que sonaba en su oído, pero desconocía su origen; una voz, grave, clara y dulce, la acompañaba tan bien que el señor Carlyle, sin darse cuenta, contuvo la respiración. Era el *Benedictus*, con la música de Mornington.*

—«Bendito el señor Dios de Israel, que ha visitado y redimido a su pueblo. Y levantó un poderoso Salvador en la casa de David, su siervo».

El conde y el señor Carlyle habían hablado del ajetreo del mundo, de conseguir dinero y gastarlo, de poseerlo y sufragarlo, y ese canto sagrado contrastaba con sus palabras; la música que acariciaba el oído no ocultaba la reprobación que transmitía al corazón.

—Es Isabel —explicó el conde—. Su música tiene un encanto singular. Creo que su atractivo radica en su estilo tranquilo y comedido: odio las estridencias. Su música carece de ellas. ¿Le gusta a usted la música?

—Algunos artistas me han reprendido por carecer tanto de oído como de gusto por lo que ellos consideran buena música —sonrió el señor Carlyle—, pero esta me gusta.

—El piano está situado contra la pared y el tabique es muy fino —apuntó

el conde—. No imagina Isabel que no solo se entretiene ella, sino que también nos entretiene a nosotros.

Y en verdad no lo imaginaba. Cantó un himno tras himno, un salmo tras otro, y ellos la escucharon. Luego tocó la colecta para el séptimo domingo tras el Domingo de Trinidad.* y volvió de nuevo a los himnos. El señor Carlyle permaneció sentado, disfrutando de aquella música deliciosa, sin percibir que la tarde daba paso a la noche.

Capítulo 8: El concierto del señor Kane

Antes de que lord Mount Severn completara las dos semanas de estancia que se había propuesto, sufrió un grave ataque de gota. Le resultaba de todo punto imposible abandonar East Lynne. El señor Carlyle le aseguró que podía quedarse tanto como fuera necesario y el conde le expresó su gratitud y que tenía la esperanza de verse pronto recuperado.

Pero no fue así. La gota se fue y volvió, sin postrarlo definitivamente en la cama, pero impidiéndole abandonar su aposento, y así continuó hasta octubre, cuando al fin la enfermedad remitió. Las familias del condado habían mostrado su respeto visitando al conde inválido y, en ocasiones, invitando a lady Isabel; el más frecuente y constante visitante había sido el señor Carlyle. El conde acabó por tenerle un aprecio fuera de lo común, hasta el punto de que le contrariaba que pasara una tarde lejos de él, de modo que el abogado casi formaba parte de la casa, con el conde e Isabel.

—No estoy habituado a las visitas —observó el conde a su hija—, y Carlyle es muy amable al venir a aliviar mi soledad.

—Extremadamente amable —dijo Isabel—. Me gusta mucho, papá.

—A mí no se me ocurre nadie que me guste ni la mitad que él —repuso el conde.

El señor Carlyle los visitó esa tarde a la hora habitual y, en el transcurso de la velada, el conde pidió a Isabel que cantara.

—Lo haré si lo deseas, papá —contestó ella—, pero el piano está tan desafinado que no es agradable tocarlo. ¿Hay alguien en West Lynne que

pueda afinarlo, señor Carlyle? —preguntó, volviéndose hacia él.

—Por supuesto que sí. Kane, se llama. ¿Quiere que le avise para que venga mañana?

—Se lo agradecería mucho, si no es demasiada molestia. Tampoco es que con afinarlo se vayan a hacer milagros, pues es un piano muy viejo. Si nos quedáramos más tiempo en East Lynne, tendría que convencer a papá de que lo cambiara por uno nuevo.

Nada sabía lady Isabel de que ese piano era del señor Carlyle y no de su padre. El conde tosió e intercambió una mirada y una sonrisa con su invitado.

El señor Kane era el organista de la iglesia de Saint Jude, un hombre apagado y triste, al que hacía tiempo que la vida se le antojaba una porfía cuesta arriba con el mundo. Cuando, al día siguiente, llegó a East Lynne, lady Isabel tocaba el piano y se dispuso a afinarlo. Fue cortés y afable, pues lo era con todo el mundo, y quizá por eso el pobre músico reunió el valor suficiente para hablar de sus asuntos y hacer una humilde petición: que lord Mount Severn y ella patrocinaran un concierto que iba a dar la semana siguiente y lo honraran con su presencia. Se le tiñeron las mejillas de escarlata al confesar que era muy pobre, que apenas tenía para vivir y ofrecía ese concierto acuciado por la necesidad. Si tenía éxito... bueno, podría continuar con su vida; si fracasaba, lo echarían de su casa y venderían sus muebles para cubrir los dos años de alquiler que debía... y tenía siete hijos.

Isabel, movida a la compasión por el pobre hombre, buscó a su padre.

—¡Oh, papá, tengo que pedirte un gran favor! ¿Me lo concederás?

—Ay, niña, pocas veces me pides algo. ¿De qué se trata?

—Quiero que me lleves a un concierto en West Lynne.

La petición sorprendió al conde.

—¡Un concierto en West Lynne! —dijo riendo—. Pero bueno, mi querida Isabel, no querrás que vayamos a oír a esos rústicos torturar sus violines...

Le transmitió lo que el afinador le había contado, condimentándolo con añadidos de su cosecha.

—¡Siete hijos, papá! Y si el concierto no es un éxito, perderá la casa y acabará en la calle... Es, ya lo ves, una cuestión de vida o muerte. Es muy pobre.

—¡Yo también soy pobre! —protestó el conde.

—Me dio tanta pena cuando me lo contó. Se ponía rojo y luego blanco y le faltaba el aliento de nervioso que estaba; le resultó muy doloroso contarme sus miserias. Estoy segura de que es un buen hombre.

—En ese caso, compra entradas por valor de una libra, Isabel, y dáselas a los principales criados. ¡Un concierto de pueblo!

—Oh, papá, no es eso, ¿no ves que no es eso? Si tú y yo nos comprometemos a acudir, todas las familias de West Lynne y alrededores también acudirán y agotarán las localidades. Irán porque vamos nosotros; si acuden nuestros sirvientes, se quedarán en casa. ¡Papá, piensa cómo te sentirías si te arrebataran todos estos muebles! Si el concierto se llena, podrá evitar esa desgracia. Te pido un pequeño sacrificio por una vez, papá, y que vayas, aunque sea solo una hora; yo lo disfrutaré, aunque solo haya un violín y una pandereta.

—¡Oh, te has vuelto una diablilla! Eres peor que una mendiga profesional. Venga, dile a ese buen hombre que iremos, aunque sea media hora.

Ella salió corriendo hacia el señor Kane, con los ojos echando chispas de alegría. Se dirigió a él con calma, como solía, pero la satisfacción era evidente en su voz.

—Me alegra comunicarle que papá ha aceptado. Comprará cuatro entradas y asistiremos al concierto.

Unas lágrimas asomaron a los ojos del señor Kane, y la propia Isabel no estaba segura de que también rondaran los suyos. Él era un hombre alto, delgado y de aspecto delicado, con largos dedos pálidos y un cuello igualmente largo. Apenas encontró palabras para dar las gracias y preguntar si podía hacer público que acudirían al concierto.

—Dígaselo a todo el mundo —le dijo ella con entusiasmo—, a cualquiera que se encuentre, si con ello induce a más gente a asistir. Yo se lo diré a todos los amigos que vengán de visita, y les pediré que también vayan.

Cuando llegó el señor Carlyle aquella tarde, el conde no estaba aún en el salón. Isabel le habló del concierto.

—Es un negocio arriesgado para Kane —observó el señor Carlyle—. Me temo que conseguirá perder dinero y empeorar su situación.

—¿Por qué teme usted eso? —preguntó ella.

—Porque, lady Isabel, a nadie le interesa aquí nada que venga de West Lynne, nada nativo, por así decirlo. Y hace tanto que la gente sabe de la

apurada situación económica del pobre Kane que ni piensan en ello. Si algún artista extranjero, de nombre impronunciable, viniera a la ciudad a dar un concierto, West Lynne entera acudiría a escucharlo.

—¿De verdad es tan, tan pobre?

—Sí. Pasa hambre.

—¡Hambre! —repitió Isabel y, mirando al señor Carlyle, se apoderó de su rostro una expresión de perplejidad, pues apenas alcanzaba a entenderle—. ¿Quiere usted decir que realmente no tiene qué comer?

—Puede que pan sí, pero no alimentos más nutritivos. Su salario, como organista, es de treinta libras, y saca un poco más dando clases. Pero tiene que mantener a su esposa e hijos, y él es el último en servirse. Me atrevería a decir que ya no recuerda el sabor de la carne.

Esas palabras conmocionaron a lady Isabel. ¡No tenía qué comer! ¡Nunca probaba la carne! ¡Y ella, por descuido, por ignorancia, por indiferencia —no encontraba el término adecuado para reprocharse su conducta—, no lo había invitado a su casa, donde abundaba la comida! El hombre había acudido andando desde West Lynne, había trabajado una hora en su piano y había vuelto sobre sus pasos peleándose con el hambre. Habría bastado unas palabras de ella para que le hubieran preparado un ágape con lo que a ellos les sobraba, habría podido comer como ya no comía; y ella no había acertado a pronunciar esas palabras.

—Está muy seria, lady Isabel.

—Estoy contrita. Ahora ya no se puede hacer nada, será una mácula en mi memoria.

—¿A qué se refiere?

Levantó la mirada para encontrar la del señor Carlyle y sonrió.

—Ya no importa, señor Carlyle, agua pasada no mueve molino. Parece un caballero.

—¿Quién? ¿Kane? Fue educado como un caballero: su padre era clérigo. Lo que arruinó a Kane fue su amor por la música, que le impidió dedicarse a otra profesión mejor pagada. Se casó muy joven, además, y ese lastre no le dejó levantar cabeza. De hecho, es joven todavía.

—Señor Carlyle, no querría ser uno de sus vecinos de West Lynne por todo el oro del mundo. Aquí hay un pobre hombre que trata de salir adelante en circunstancias adversas ¡y no mueven un dedo para ayudarle!

Él sonrió ante su bondad.

—Compraremos entradas para el concierto. Yo, por ejemplo, pero no sé si asistiré. Me temo que muy pocos lo harán.

—¡Pero eso es lo que hay que hacer para ayudarlo! Si van ciertas personas, otras las imitarán. Pues bien, voy a mostrar a West Lynne que en esto no nos parecemos. Estaré allí antes de que empiece el concierto, y no me marcharé hasta la última canción. Aunque West Lynne se considere demasiado importante para acudir, desde luego yo no faltaré.

—¿De verdad va a ir?

—Por supuesto que sí. Y papá acudirá conmigo, ya lo he persuadido. Y así se lo he prometido al señor Kane.

—Me alegro —dijo el señor Carlyle tras una pausa—. Será magnífico para Kane. Una vez se sepa que lord Mount Severn y lady Isabel honrarán el acto con su presencia, no quedará sitio para oír el concierto ni de pie.

Ella se levantó y la felicidad le hizo dar unos pasos de baile.

—¡Qué importantes personajes parecen lord Mount Severn y lady Isabel! Si tiene en su corazón un huequecito para el amor al prójimo, señor Carlyle, también usted se añadirá a la causa.

—Creo que lo haré —dijo él con una sonrisa.

—Papá dice que tiene usted mucha influencia en West Lynne. Si dice que va a ir, otros le seguirán.

—Diré a todo el mundo que ustedes van a ir —respondió él—. Con eso será más que suficiente. Pero, lady Isabel, no debe esperar gran cosa de las interpretaciones.

—Me contentaré con una pandereta; así se lo dije a papá. No tendré en cuenta la música, pensaré en el pobre señor Kane. Señor Carlyle, sé que usted puede ser bondadoso, que prefiere ser bondadoso que lo contrario, lo leo en su cara, así que, por favor, haga lo que pueda por ayudar a ese buen hombre.

—Cuenta conmigo —respondió el abogado con sinceridad.

El señor Carlyle vendió muchas entradas para el concierto el día siguiente; o, mejor dicho, provocó que se vendieran. Alabó el concierto a lo largo y ancho de la ciudad, y proclamó que lord Mount Severn y su hija no querían perderselo. La casa del señor Kane se vio asediada por una multitud que quería entradas y las compraba más rápidamente de lo que él podía

firmarlas en una esquina; y cuando el señor Carlyle regresó ese mediodía a su casa a comer, cosa que no hacía muy a menudo, le mostró dos entradas a la señorita Corny.

—¿Qué es esto? ¡Entradas de concierto! Archibald, ¡si tú nunca compras entradas para conciertos!

¡Qué habría dicho de haber sabido que esas entradas eran una pequeña parte de lo que había invertido en promocionar el concierto!

—¡Diez chelines por dos ridículos pedacitos de cartón! —se quejó la señorita Carlyle—. Siempre has tenido poco seso en cuestiones de dinero, Archibald, y nunca aprenderás. ¡Ojalá pudiera controlar yo tu monedero!

—Lo que he pagado no lo echaremos de menos, Cornelia. Y Kane está muy mal. Piensa en su ejército de hijos.

—Oh, querido —dijo la señorita Corny—. Supongo que debemos pensar en ellos. Pero ¿de quién es la culpa de que estén ahí, sino de él? Siempre es lo mismo: los pobres tienen montones de hijos y luego piden caridad. Mejor les iría preguntándose qué parte de culpa tienen ellos de la situación en la que están.

—En cualquier caso, las entradas ya están pagadas, así que más vale usarlas. Ven conmigo al concierto, Cornelia.

—¿Y pasar la velada sentados entre bancos vacíos como dos gallinas, contando las velas hasta que se acabe? ¡Qué bien nos lo vamos a pasar!

—No temas, no habrá bancos vacíos. Los Mount Severn van a asistir y hay fiebre en West Lynne por conseguir entradas. Supongo que tendrás un... un... sombrero —dijo, mirando el indescriptible tocado que decoraba su cabeza— adecuado para el acto, Cornelia. Si no, será mejor que encargues uno.

Esta sugerencia irritó a la señorita Carlyle.

—¿Por qué no vas tú a que te ricen el pelo, cambias el forro del faldón de tu levita por uno de raso blanco y te compras unos prismáticos de oro de ópera y un bicornio? —estalló—. ¡Madre mía! ¡Que me compre un sombrero para ese concierto de pacotilla, después de pagar diez chelines por las entradas! Desde luego, a dónde hemos llegado.

El señor Carlyle dejó a Cornelia refunfuñando y fue a su despacho. El carruaje de lord Mount Severn pasaba en ese momento por la calle e Isabel, que viajaba en él, lo hizo detener cuando vio al señor Carlyle, que se acercó a la puerta del coche.

—He ido a casa del señor Kane a por las entradas —dijo ella, radiante de felicidad— y he cruzado todo West Lynne a propósito. Le he dicho al cochero que averiguara donde vivía Kane preguntando a la gente y así lo ha hecho. He pensado que, si la gente me veía allí, a mí y al carruaje, podrían imaginar el motivo de mi visita. Espero de todo corazón que el concierto se llene.

—Estoy seguro de que así será —contestó el señor Carlyle, liberando la mano que ella le había ofrecido.

Y lady Isabel indicó al cochero que reemprendiera la marcha.

En cuanto el señor Carlyle se dio la vuelta, se topó con Otway Bethel, un sobrino del coronel Bethel, tolerado en la casa del coronel, porque no tenía casa y parecía incapaz de procurarse una por sus propios medios. Había quien insistía en tratarlo de caballero —lo era por nacimiento—, pero otros lo consideraban un *mauvais sujet*. * En ocasiones, ambas cualidades se dan simultáneamente. Vestía un traje de terciopelo* y llevaba una escopeta en la mano; de hecho, rara vez se le veía sin escopeta, pues amaba la caza de forma desmedida; pero, si los rumores que corrían por la ciudad eran ciertos, cazaba sus presas por medios distintos de las armas de fuego y luego las vendía a mercaderes de Londres. Los últimos seis meses había estado fuera de West Lynne.

—¡Hombre! ¿Dónde se escondía? —exclamó el señor Carlyle—. El coronel lo ha echado a usted mucho de menos.

—Vamos, no me tome el pelo, Carlyle. He estado de viaje por Francia y Alemania. Uno necesita cambiar de aires de vez en cuando. En cuanto a mi reverenciado coronel, no me echaría de menos ni si me viera dentro de una caja de madera de dos metros y me sacarán de su casa con los pies por delante.

—Bethel, ahora que lo tengo aquí, hay una pregunta que querría hacerle —continuó el señor Carlyle, cuya voz abandonó el tono ligero con que se había iniciado la conversación—. Quiero que vuelva a recordar la noche del asesinato de Hallijohn.

—No me complace hacerlo —protestó el señor Bethel—. No es un recuerdo agradable.

—Lo sé, pero debe hacerlo —dijo con severidad el señor Carlyle—. Me han dicho, aunque no se vio durante la investigación, que Richard Hare habló con usted en el bosque pocos minutos después de que se perpetrara el crimen.

Lo que...

—¿Quién le ha dicho eso? —lo interrumpió Bethel.

—Esa no es la cuestión. Mi fuente es totalmente fiable.

—Es cierto que hablé con él. No dije nada porque no quería que las cosas se pusieran peor para Dick Hare de lo que ya estaban. Es verdad que se acercó a mí con el aspecto de un hombre casi al borde de un colapso nervioso.

—Le preguntó si había visto a cierto amante de Afy huir de la cabaña, a un tal Thorn.

—Así fue más o menos. ¿Thorn? ¿Thorn?... Sí, creo que Thorn fue el apellido que mencionó. En mi opinión, o bien Dick estaba fuera de sí o representaba un papel.

—Bien, Bethel, quiero que me responda con sinceridad. La cuestión no le afecta a usted, sea cual sea la respuesta, pero debo saber si vio usted a este Thorn salir de la cabaña.

Bethel negó con la cabeza.

—No sé nada de ningún Thorn y no vi allí a nadie más que al propio Dick Hare. Y no era posible que nadie saliera de la cabaña sin que yo lo viera.

—¿Oyó usted el disparo?

—Sí, pero ni se me pasó por la cabeza que pudiera haber pasado nada malo. Locksley estaba en el bosque y supuse que había disparado él. Corrí por el camino hacia la cabaña, y entré al bosque por el otro lado. Y allí me topé con Dick Hare, que parecía que acabara de ver un fantasma, y me preguntó si había visto a Thorn salir de la cabaña. Thorn... sí, ese era el apellido que me dijo.

—¿Y no lo vio?

—No vi a nadie más que a Dick. Bueno, con excepción de Locksley. Me pareció que no había nadie más por allí, y todavía creo que no había nadie más.

—Pero Richard...

—No, mire, señor Carlyle, no pienso decir una palabra que pueda perjudicar a Dick Hare, si puedo evitarlo. Y no le valdrá de nada tratar de empujarme a ello.

—Seré el último en empujarle a perjudicar a nadie, y menos a Richard

Hare —protestó el señor Carlyle—, y mi intención es ayudar a Richard, no perjudicarlo. Tengo motivos para sospechar, no importa por qué, que no fue Richard Hare quien cometió el asesinato, sino otra persona. ¿Puede decirme algo que pueda ayudarme?

—No, lo lamento. Siempre he pensado que el pobre y vacilante Dick era incapaz de hacer daño a nadie, excepto a sí mismo; pero, en cuanto a aportar algo que pueda iluminar los hechos de aquella noche, no tengo nada que decir. Ni a rastras habrían podido llevarme a prestar testimonio contra Dick en la investigación, y por eso me alegré de que Locksley no dijera que también yo estaba allí. Cómo se ha sabido después que estuve allí, no lo sé; pero no importa. Mi declaración no habría sido relevante para el veredicto. Y, hablando de eso, Carlyle, ¿cómo se ha enterado usted de que Richard Hare se topó conmigo? Yo no he dicho una palabra de ello a ningún mortal.

—Eso no tiene importancia —repitió el señor Carlyle—. Lo sé, y con eso basta. Tenía la esperanza de que usted hubiera visto a ese Thorn salir de la cabaña.

Otway Bethel negó con la cabeza.

—Yo que usted no pondría demasiadas esperanzas en que hubiera por allí ningún Thorn, Carlyle. Dick Hare aquella noche parecía haber perdido la razón, y puede que viera formas y siluetas donde no había nada.

Capítulo 9: Los murciélagos en la ventana

El concierto debía celebrarse un jueves, y el sábado siguiente lord Mount Severn tenía intención de marcharse definitivamente de East Lynne. Estaba todo disponible para la partida, pero en la mañana del jueves parecía que el propósito de marcharse quedaría en nada. Hubo movimiento en la casa muy temprano y se llamó al señor Wainwright, el médico de West Lynne, para que acudiera a la cabecera del lecho del conde, que había sufrido otro violento ataque. El noble estaba tremendamente irritado y molesto por ello, y de muy mal humor.

—¡Voy a tener que quedarme aquí una semana, o quizá dos, o un mes más!
—dijo con fastidio a Isabel.

—Lo siento mucho, papá. Desde luego, no sabía que East Lynne te resultaba tan aburrido.

—¿Aburrido? No es eso: tengo otros motivos para querer que nos vayamos de East Lynne. Y ahora no podrás ir a ese dichoso concierto.

Isabel se sonrojó.

—¿Por qué no, papá?

—¿Quién te va a acompañar? Yo ni siquiera puedo salir de la cama.

—Oh, papá, tengo que ir. De otro modo parecerá que anunciamos algo que no teníamos intención de cumplir. Ya sabes que está dispuesto que vayamos con los Ducie; su carruaje me acercará a la sala, y ellos pueden acompañarme en el concierto.

—Como quieras. Pensaba que agarrarías al vuelo la oportunidad de

saltártelo.

—Ni mucho menos —rió Isabel—. Quiero que West Lynne compruebe lo mucho que me importan el señor Kane y su música.

Más tarde, ese mismo día, el estado del conde empeoró de forma alarmante y sufrió estremecedores y dolorosos paroxismos. Isabel, a quien no le permitían entrar en la habitación, y a cuyos oídos no llegaron los gritos de dolor del conde, desconocía la gravedad del estado de su padre. Por ello, se vistió de muy buen humor, llena de risueña determinación, mientras Marvel, su doncella, la supervisaba con desagrado, pues el vestido que la joven había escogido no era de su gusto. Cuando estuvo lista, fue a ver a su padre.

—¿Qué tal estoy, papá?

Lord Mount Severn levantó sus hinchados párpados y se apartó la ropa de su enfebrecido rostro. Isabel parecía una imagen celestial, una radiante reina, un hada salida de un encantamiento. El conde no supo qué decir durante unos instantes. Su hija se había puesto un vestido de encaje blanco y sus diamantes; el vestido era muy elegante y las joyas brillaban en su cabello, en su cuello y en sus delicados brazos. Su rostro resplandecía, enmarcado por su bella melena rizada.

El conde la contempló atónito.

—¿Cómo te vistes así para un concierto? ¿Acaso te has vuelto loca, Isabel?

—Marvel también lo cree —fue la alegre respuesta—. Lleva frunciendo el ceño desde que le dije lo que quería ponerme. Pero lo he hecho a propósito, papá. Quiero demostrar a la gente de West Lynne que es un concierto al que vale la pena ir, y por el que vale la pena vestirse.

—Te va a estar mirando todo el mundo.

—No me importa. Que miren. Ya te lo contaré cuando vuelva.

—¡Espera un momento! ¡Te has vestido así por vanidad! Pero, Isabel, tú... oooooh.

El quejido de dolor del conde fue espantoso e Isabel se sobresaltó.

—Una punzada terrible, hija. Mejor déjame solo; hablar hace que me duela más.

—Papá, ¿quieres que me quede en casa contigo? —preguntó ella, muy seria—. No hay nada más importante que la salud. Si quieres que me quede o,

si estando aquí, puedo ayudarte a sobrellevar mejor la enfermedad, te ruego que me permitas quedarme a tu lado.

—No, no, al contrario. Prefiero que vayas al concierto. Aquí no nada puedes hacer, y prefiero que no estés en la habitación si estoy así. Adiós, cariño. Si ves a Carlyle, dile que espero verlo mañana.

Marvel le puso una capa sobre los hombros e Isabel fue hacia el carruaje, que la estaba esperando en la entrada.

El concierto se celebró en el gran salón de los juzgados que ya conocemos, sobre el mercado, cedido amablemente por el ayuntamiento. Era un espacio grande, amplio y con buena acústica; ciudades más grandes no pueden jactarse de disponer de un auditorio tan excelente. En cuanto a los músicos, el pobre señor Kane había hecho lo que había podido; había contratado a una dama, de cuarta categoría, que había venido desde Londres, y el resto eran artistas locales.

Barbara Hare no se habría perdido el concierto por nada del mundo, pero la señora Hare no gozaba de salud ni de humor para ir. Se había acordado que el juez y Barbara acompañaran a los Carlyle, y estos procedieron a ir a la casa de la señorita Carlyle con tiempo para tomar un café. Se dijo algo sobre solicitar un coche de alquiler, pero la señorita Carlyle no quiso ni oír hablar de ello y les preguntó si les pasaba algo en las piernas, pues era una noche estupenda y la distancia, corta. Barbara no puso objeción en caminar con el señor Carlyle.

—¿Cómo es que te veo tan poco últimamente? —le preguntó ella mientras caminaban, con el juez Hare y la señorita Carlyle delante de ellos.

—He estado muy ocupado en East Lynne: el conde encuentra sus veladas aburridas. Se van el sábado y, a partir de entonces, seré dueño de mi tiempo.

—Ayer te esperaban en la casa parroquial; te echamos de menos toda la noche.

—No creo que el señor y la señora Little me esperasen. Les dije que tenía comprometida la cena en East Lynne.

—Algunos dicen que más te valdría mudarte a vivir a East Lynne, y se preguntaban qué te atraía tanto de allí. Decían —Barbara hizo un soberano esfuerzo para que su voz permaneciera en calma— que si Isabel Vane no fuera lady Isabel, pensarían que le estás haciendo la corte.

—Agradezco el interés que se toman por mí —respondió ecuánime el

señor Carlyle—, probablemente más de lo que lo agradecerá lady Vane. Me sorprende que participes en esas tonterías.

—Lo dijeron ellos, no yo —respondió Barbara, con el corazón en un puño—. ¿Es verdad que lady Isabel canta muy bien? Dicen que su voz es divina.

—Será mejor que Cornelia no te oiga decir eso, o te regañará —se rio el señor Carlyle—, como me reprendió cuando le comenté que lady Isabel tenía el rostro de un ángel.

Barbara volvió la cabeza hasta encararse por completo con él; a la luz de las farolas de gas, parecía que el color se le había ido del rostro.

—¿Dijiste que tenía el rostro de un ángel? ¿De verdad lo crees?

—Creo que lo dije, aunque no estoy seguro, ya que Cornelia me cortó de inmediato —respondió, riendo—. Barbara —añadió, bajando la voz—, no hemos sabido nada de Richard.

—No. Mamá y tú creéis que deberíamos haber oído algo, pero no; estoy segura de que tendrá miedo de escribir. Sé que nos lo prometió, pero nunca he creído que fuera a cumplir esa promesa.

—No correría ningún riesgo si me enviara a mí las cartas de forma anónima y para la señora Hare sería un gran consuelo.

—Ya sabes lo timorato que es Richard. Otway Bethel ha vuelto a su casa —continuó—. Dijiste que lo sondearías cuando volviera, Archibald.

—Ya lo he hecho, pero parece que no sabe nada. Da la impresión de estar bien dispuesto hacia Richard, pero duda de que Thorn, o ningún extraño, estuviera en el bosque esa noche.

—Es muy raro, me pregunto quién podrá ser ese Thorn.

—Muy raro —asintió el señor Carlyle—. No he averiguado nada de él en Swainson. Nadie con el apellido Thorn que responda a su descripción vivía allí en esa época. Lo único que podemos hacer es esperar a ver si con el tiempo se aclaran un poco las cosas.

Llegaron al ayuntamiento mientras decían estas palabras. Una bulliciosa multitud se había reunido en la entrada; gente que asistía al concierto y gente que venía a ver a los que asistían al concierto. Aparcado un poco más allá, para no obstruir el paso de otros vehículos, estaba el aristocrático carruaje de lord Mount Severn; el cochero estaba en su puesto, sentado sobre su manta, y junto a él aguardaban dos criados con el rostro empolvado.

—Lady Isabel Vane está dentro —exclamó Barbara al pasar por delante.

Aquello sorprendió al señor Carlyle. ¿Por qué aguardaba dentro del coche? ¿Dónde estaba el conde? Sin que supiera por qué, le invadió la sensación de que algo no iba bien.

—¿Me perdonarás si te abandono un instante, Barbara, y hablo un momento con lady Isabel?

No esperó la respuesta de Barbara. La dejó y se acercó a Isabel. Los diamantes resplandecían entre sus bellos rizos cuando se inclinó hacia él.

—Estoy esperando a la señora Ducie, señor Carlyle. No quiero esperar sola en la antesala, así que he preferido quedarme aquí. Saldré cuando llegue el carruaje de la señora Ducie. Ella me acompañará al concierto.

—¿Y el conde?

—Oh, ¿no se ha enterado? Papá está enfermo otra vez.

—¡Enfermo! —repitió el señor Carlyle.

—Muy enfermo. Mandamos llamar al señor Wainwright a las cinco de la mañana, y ha estado con él la mayor parte del día. Papá me dijo que le dijera que espera verle mañana.

El señor Carlyle regresó con Barbara; entraron en la sala y subieron las escaleras justo cuanto se acercó otro aristocrático carruaje. La admirada masa se apartó para dejarlo pasar. Era el coche de la honorable señora Ducie.

Para entonces la sala estaba ya bastante llena. El señor Kane condujo a la señora Ducie, a sus dos hijas e Isabel, a sus localidades, reservadas para ellas en primera fila, cerca de la orquesta. La misma asombrosa aparición que había anonadado a lord Mount Severn se presentó ahora ante el público del concierto, que contempló a lady Isabel con su vestido blanco, sus relucientes diamantes, sus ondulantes rizos y su gloriosa belleza. Las jóvenes Ducie, que no eran muy agraciadas y llevaban vestidos de seda marrón, arrugaron la nariz más de lo que la naturaleza se la había arrugado de nacimiento, y la señora Ducie dejó escapar un sonoro suspiro.

—Hay que apiadarse de la pobrecilla, queridas, que no tiene madre —susurró—, y por ello no tiene a nadie que le recomiende el atuendo adecuado para cada ocasión; ese vestido ridículo debe haber sido idea de Marvel.

Pero fuera el vestido ridículo o no, lo cierto es que parecía un lirio entre girasoles y amapolas. ¿Había acertado lord Mount Severn al acusarla de vestirse de ese modo por vanidad? Es muy probable que sí. Después de todo,

¿no dijo el gran predicador que la adolescencia y la juventud son vanidad?*

La señorita Carlyle, el juez y Barbara también tenían localidades cerca de la orquesta, pues la señorita Carlyle era en West Lynne una persona importante que no cabía situar en segunda fila. El señor Carlyle, en cambio, optó por unirse a los caballeros que se habían congregado junto a la puerta, tanto dentro como fuera. En la sala apenas había nadie más, ni siquiera de pie; el señor Kane había conseguido, como era de esperar, llenarla hasta los topes, y el pobre hombre tenía por ello a lady Isabel en un pedestal; sabía que se lo debía a ella.

Duró mucho, como sucede en los conciertos de provincias, y llevaba más o menos tres cuartas partes cuando una cabeza empolvada, mayor que la coliflor más grande nunca cultivada, se vio ascendiendo las escaleras tras el grupo de caballeros. En cuanto se vio el cuerpo que la acompañaba, se determinó que esa cabeza pertenecía a uno de los criados de lord Mount Severn. Hasta sus pantorrillas, envueltas en medias de seda, eran un espectáculo; y estas pantorrillas entraron en el auditorio, con una despectiva reverencia hacia los caballeros entre los que se abrió paso, hasta llegar a un punto en que no podían avanzar más y la coliflor se estiró hacia adelante y miró a izquierda y derecha.

—¡Que me aspen! —exclamó atónito un viejo cazador de zorros a quien el criado, en su esfuerzo por avanzar, había propinado un codazo—. ¡Qué cara más dura tienen estos tipos!

El tipo en cuestión no parecía, sin embargo, disfrutar en absoluto de su caradura, pues parecía perplejo, humilde e incómodo. De súbito, reparó en el señor Carlyle y se le iluminó el rostro.

—Discúlpeme, señor, ¿podría usted indicarme en qué lugar se halla sentada mi joven señora?

—Al otro lado de la sala, junto a la orquesta.

—Va a ser imposible llegar hasta ella, entonces —repuso el hombre, hablando más consigo mismo que con el señor Carlyle—. La sala está completamente llena y no veo cómo abrirme paso si no es empujando y pisando a todo el mundo. El conde ha empeorado mucho, señor —explicó, con la conmoción patente en su voz—. Se teme por su vida.

La noticia preocupó sobremanera al señor Carlyle.

—Sus gritos de dolor son espantosos, señor. El señor Wainwright y otro

médico de West Lynne están con él, y ha salido un mensajero urgente hacia Lynneborough para traer más doctores. La señora Mason dijo que teníamos que llevar a la joven señora a casa cuanto antes, y hemos traído el carruaje, señor; Wells ha hecho venir a los caballos al galope.

—Yo iré a buscar a lady Isabel —dijo el señor Carlyle.

—Le estaré eternamente agradecido si me hace ese favor, señor —le dijo el hombre.

El señor Carlyle se abrió paso por el abarrotado auditorio. Aunque era alto y esbelto, en su trayecto recibió abundantes miradas de reproche, pues en ese preciso momento la cantante de Londres interpretaba una canción triste. Él los ignoró a todos y llegó hasta Isabel.

—Creía que no ibas a venir a hablar conmigo esta noche. ¿No te parece que es un lleno memorable? Estoy muy contenta.

—Más que memorable, lady Isabel. Pero —continuó con tono grave— lord Mount Severn no se encuentra muy bien y ha enviado el carruaje a buscarla.

—¡Papá no se encuentra muy bien! —exclamó ella.

—No. En cualquier caso, desea que vuelva usted a casa. ¿Me permitirá que la acompañe por la sala?

—Tengo el padre más bueno y considerado del mundo —se echó a reír—. Teme que el concierto me esté resultando muy aburrido y me ofrece la oportunidad de escapar antes del final. Gracias, señor Carlyle, pero esperaré a que termine.

—No, no, lady Isabel, no es eso. Lord Mount Severn está de verdad peor.

La sonrisa desapareció del rostro de la joven, pero no pareció alarmada.

—Está bien. Nos marcharemos cuando acabe esta canción, para no molestar al público.

—Creo que será mejor que no pierda tiempo —la apremió—. No se preocupe de la canción ni del público.

Ella se levantó de inmediato y cogió el brazo que le ofrecía el señor Carlyle. Tras una rápida explicación a la señora Ducie, se dejó conducir fuera de la sala, cuyo público, sorprendido por la partida de lady Isabel, se apartó como pudo para dejarlos pasar. Muchos los siguieron con la mirada, llenos de curiosidad, pero nadie con mayor intensidad y curiosidad que Barbara Hare.

—¿A dónde la llevará? —dijo Barbara en voz alta sin darse cuenta.

—¿Cómo voy a saberlo? —contestó la señorita Corny—. Barbara, llevas toda la noche inquieta, ¿qué te pasa? A un concierto se viene a escuchar, no a hablar ni a estar en otras cosas.

En la antesala trajeron a Isabel su capa y bajó las escaleras con el señor Carlyle. El carruaje aguardaba frente a la puerta del ayuntamiento y el cochero tenía las riendas en la mano, listo para partir. Un criado diferente del que había subido a la sala del concierto abrió la puerta del coche en cuanto vio a su joven señora. Era nuevo en el servicio, un sencillito lugareño que acababan de contratar. Ella dejó el brazo del señor Carlyle y se detuvo frente al sirviente un momento antes de subir al coche.

—¿Está papá mucho peor?

—Oh, sí, milady: grita como un poseso. Pero creo que vivirá hasta mañana.

Isabel gritó y agarró de nuevo el brazo del señor Carlyle para no caer al suelo de la conmoción. El señor Carlyle apartó de un empujón a aquel hombre con tan poco tacto y se contuvo para no arrojarlo al otro lado de la calle.

—Oh, señor Carlyle, ¿por qué no me lo dijo usted? —se estremeció Isabel.

—Mi querida lady Isabel, siento mucho que se haya tenido que enterar así. Pero no desespere, piense en las veces que ha estado enfermo y se ha recuperado. Puede que este no sea sino un ataque más. Suba al coche. Estoy seguro de que no será nada.

—¿Me acompañará usted a casa?

—Por supuesto. No permitiré que vaya usted sola.

Ella se movió al otro lado del carruaje y le hizo sitio.

—Es usted muy amable, pero iré fuera.

—Es una noche muy fría.

—Oh, no tanto.

Cerró la puerta y se sentó en el pescante junto al cochero. Los criados subieron atrás y el carruaje se puso en marcha. Isabel se hizo un ovillo en su rincón. El suspense y la impotencia la llevaron a gemir lastimosamente.

—Apriete al máximo a los caballos —le dijo el señor Carlyle a Wells—. La ansiedad está torturando a lady Isabel.

—Peor estará por la mañana, pobrecilla —repuso el cochero—. Llevo ya cinco lustros al servicio de la familia, señor, y la he visto crecer desde que era una cosa diminuta —se apresuró a añadir, a modo de disculpa por la familiaridad que había mostrado.

—¿De verdad corre peligro de muerte el conde?

—Oh, sí, sí, señor. Yo solo he visto en mi vida dos casos de gota de estómago, y en pocas horas los dos acabaron en el hoyo. Y oí que el señor Wainwright decía que se le estaba extendiendo al corazón.

—Pero los ataques anteriores del conde también han sido alarmantes y dolorosos —subrayó el señor Carlyle, aferrándose a esa esperanza.

—Sí, señor, lo sé muy bien, pero este es distinto. Además —prosiguió Wells como quien cuenta un secreto—, han venido los murciélagos.

—¿Murciélagos? —se extrañó el señor Carlyle.

—Sí, señor, los murciélagos. Son una señal infalible de que la muerte viene a la casa y no falta mucho para que llegue.

—Wells, ¿lo dice usted en serio?

—Los murciélagos han estado volando sobre la casa esta noche, señor. ¡Horribles ratas con alas! Odio a esos murciélagos con toda mi alma.

—Los murciélagos vuelan por la noche —apuntó el señor Carlyle, mirando de reojo al viejo cochero para disipar la sospecha de que el hombre no estuviera tan sobrio como de costumbre—. Es su naturaleza.

—Pero no en masa, señor, y no dando vueltas alrededor de la casa ni posándose en las ventanas. Esta noche, cuando regresamos después de dejar a la joven señora en el concierto, le dije a Joe que desenganchara los caballos y dejara el carruaje fuera, pues lo íbamos a volver a utilizar pronto. Entré en la casa y allí me dijeron que la señora Mason quería verme en la biblioteca. Estaba allí, señor, dispuesta, ¿sabe?, por si se necesitaba algo en el cuarto de milord. Así que me limpié los zapatos y fui a la biblioteca y llamé a la puerta. «Adelante», me dijo, y entré, y allí estaba, sola, frente a la ventana abierta. «Está usted muy aireada esta noche, señora —dije yo—, y no me parece que esté el tiempo para tener abiertas las ventanas», porque, como puede comprobar, señor, está helando.

El señor Carlyle miró el camino y los setos.

—«Pase, Wells —ordenó la señora Mason—, entre y mire ahí fuera.» Entré y fui a su lado, señor, y vi algo que no había visto en mi vida. Los

murciélagos volaban en bandadas de docenas, de cientos, formaban una auténtica nube oscura y se lanzaban contra la ventana agitando las alas. Parecía que iban a entrar en tromba y creo que nos habrían golpeado en la cara de no habernos apartados. De dónde salieron, no sé decirlo, porque no hacía un minuto que yo había entrado en la casa y no había visto ni uno. «¿Qué significa esto, Wells? —exclamó la señora Mason—. Los murciélagos deben haberse vuelto locos esta noche. Abrí la ventana porque me sorprendió verlos así. ¿Alguna vez vio usted juntos tantos murciélagos?». «No, señora, no tan de cerca —le respondí—. Y no me place verlos, pues no son buen augurio, sino mal presagio». Pues bien, señor, al oírme decir eso, se echó a reír —continuó Wells—, pues ella es de esas personas que se ríen de los presagios y los sueños premonitorios. Es una mujer con estudios, como usted debe saber, señor. Hace años fue la institutriz de lady Isabel, y a la gente con estudios le cuesta mucho creer en estas cosas.

El señor Carlyle asintió.

—«¿Y qué anuncia este mal presagio, señor Wells?», me dijo la señora Mason, en tono de mofa. «Señora Mason —dije yo—, no puedo decir que haya visto a los murciélagos fundidos en una sola tribu y haciendo una visita así, pero he oído de innumerables, y es una señal segura de que la muerte está a las mismas puertas de la casa». «Espero que la muerte no esté a las puertas de esta casa», suspiró la señora Mason, que pensaba, sin duda, en milord, y cerró la ventana mientras lo decía. Las malditas ratas aladas golpearon el cristal con sus alas. La señora Mason me dijo entonces el asunto para el que me había llamado; habló conmigo quizá tres minutos y, cuando terminó, me volví a mirar por la ventana. Pero no había un solo murciélago a la vista; todos se habían marchado, habían desaparecido en minutos. «¿Qué ha sido de ellos?», se preguntó la señora Mason, y yo abrí la ventana y miré arriba y abajo, pero no vi ninguno, y encontré el aire y el cielo tan despejados como lo están ahora.

—Quizá se fueron a aletear junto a la ventana de otro —apuntó el señor Carlyle con una sonrisa incrédula.

—Al poco, la casa entera estaba en alerta. Milord sufría agónicos dolores y el señor Wainwright dijo (o al menos ese rumor corrió en el comedor de los sirvientes) que la gota le había llegado al estómago y avanzaba hacia el corazón. Denis salió al galope hacia Lynneborough a buscar a más médicos y

nosotros enganchamos los caballos y vinimos a toda velocidad a buscar a nuestra joven señora.

—Bueno, Wells, espero que se recupere del ataque, a pesar de la gota y de los murciélagos.

El cochero negó con la cabeza y, con un hábil movimiento, hizo girar los caballos para que embocaran la entrada de East Lynne.

El ama de llaves, la señora Mason, esperaba en la puerta del vestíbulo para recibir a lady Isabel. El señor Carlyle la ayudó a bajar del carruaje y le ofreció su brazo para subir los escalones de entrada. La joven casi no se atrevía a formular la pregunta.

—¿Está mejor? ¿Puedo ir a verlo? —jadeó.

Sí, el conde estaba mejor; mejor en tanto que estaba tranquilo; había perdido el conocimiento. La joven corrió a la habitación de su padre. El señor Carlyle se llevó al ama de llaves a un lado.

—¿Hay esperanza?

—Ninguna, señor. Se muere.

El conde no reconocía a nadie; el dolor había pasado por el momento y estaba tendido en la cama, en aparente calma, pero en su rostro la muerte se adivinaba tan claramente que sobresaltó a Isabel. No gritó ni se echó a llorar, sino que se quedó quieta, excepto por un ataque de temblor.

—¿Va a mejorar pronto? —susurró al señor Wainwright, que estaba junto a su paciente.

El médico tosió.

—Bueno, él... él... No debemos perder la esperanza, milady.

—Pero ¿por qué su rostro tiene ese aspecto? Está pálido, gris; nunca he visto a nadie con ese aspecto.

—Ha sufrido graves dolores, y lo que ve en su rostro, milady, es la huella del sufrimiento.

El señor Carlyle, que había llegado a la habitación del enfermo y estaba al lado del médico, le tocó el brazo para indicarle que saliera de la habitación. Había visto el aspecto del conde y estaba preocupado. Quería hablar con el médico. Lady Isabel vio que el señor Carlyle salía del cuarto y le hizo un gesto.

—No se marche de la casa, señor Carlyle. Cuando se despierte, le

alegrará verlo. Le tiene a usted un gran aprecio.

—No me iré, lady Isabel. Jamás me pasaría por la cabeza irme.

Al cabo de un tiempo, que pareció una eternidad, llegaron los médicos de Lynneborough, tres de ellos, pues el criado creyó que era mejor que sobrasen. Los galenos se encontraron con una escena extraña: el desmejorado conde, que ahora se agitaba de nuevo y batallaba con el espíritu que lo abandonaba, contrastaba con el elegante vestido de gala y las relucientes joyas que adornaban a la joven que guardaba la cabecera de la cama. Comprendieron lo que había sucedido: la joven había tenido que volver súbitamente de alguna reunión o evento.

Se inclinaron sobre el conde para examinarlo. Le tomaron el pulso, palparon el pecho e intercambiaron palabras en voz baja con el señor Wainwright. Isabel se apartó para dejarlos trabajar, pero seguía con preocupación sus movimientos. Los doctores no parecían reparar en ella, así que, finalmente, dio un paso adelante y se dirigió a ellos:

—¿Pueden hacer algo por él? ¿Se recuperará?

Todos se volvieron al verse así interpelados, y se quedaron mirándola. Al fin, uno de ellos habló, pero su respuesta fue evasiva.

—Dígame la verdad —imploró con febril impaciencia—, no deben jugar conmigo. ¿No saben quién soy? Soy su única hija, y la única familia que tiene.

Era necesario hacerla salir de la habitación, pues el momento final se acercaba, y el combate entre el cuerpo y el alma, al separarse, iba a ser demasiado duro para que ella lo contemplase. Pero, cuando se le sugirió que no estuviera presente, ella apoyó la cabeza en la almohada junto a la de su padre y gimió de dolor.

—No debe estar aquí —dijo uno de los médicos, casi enfadado—. Señora —añadió, y se volvió de repente hacia la señora Mason—, ¿no hay en esta casa algún pariente que pueda persuadir a la joven dama?

—Apenas tiene familia —contestó el ama de llaves—, y ningún pariente cerca. Ahora estamos solos en casa.

El señor Carlyle, que vio lo urgente del caso, pues el conde se agitaba con más fuerza a cada minuto, se acercó a ella y le susurró:

—Todos deseamos que su padre se recupere tanto como usted.

—¡Tanto como yo! —repitió ella, como un reproche.

—Sabe usted lo que quiero decir. Por supuesto que nuestra preocupación no se puede comparar con la que usted siente.

—No se puede comparar. No se puede. Siento como si se me fuera a romper el corazón.

—En ese caso, si me permite decírselo, no debería oponerse a los deseos de los médicos de su padre. Desean estar a solas con él, y les estamos robando tiempo.

Ella se levantó, se llevó las manos a la frente, como si quisiera concentrarse para reunir las palabras que necesitaba, y se dirigió a los doctores:

—¿Es realmente necesario que salga de la habitación? ¿Lo ayudará a él?

—Es necesario, milady. Absolutamente esencial.

Salió de la habitación sin añadir nada y fue a la biblioteca, que era otra sala en la misma ala de la casa, la que los murciélagos habían visitado. Se acercó al hogar, donde ardía un gran fuego, y apoyó la mano y la frente en la repisa de la chimenea.

—Señor Carlyle —dijo, sin cambiar de postura.

—Aquí estoy —respondió él, que la había seguido—. ¿En qué puedo ayudarla?

—He salido de la habitación, como puede ver. Hasta que pueda volver a entrar, ¿puede usted tenerme continuamente informada de cómo se encuentra?

—Por supuesto.

En cuanto él salió de la biblioteca, entró Marvel, que era una criada ejemplar.

—¿Desea milady cambiarse de vestido?

No, milady no lo deseaba.

—Podrían llamarme para estar con papá cuando me estuviera cambiando.

—Pero, milady, un vestido tan elegante para una noche como esta..., es poco adecuado.

—¡Poco adecuado! ¿Qué quiere decir eso? ¿A quién se le ocurre pensar en mi vestido en un momento como este?

Pero, poco a poco, la señora Mason le quitó con calma los diamantes y le puso un cálido chal sobre los hombros, pues la joven seguía temblando.

Algunos facultativos se marcharon, pero el señor Wainwright se quedó.

No se podía hacer nada por lord Mount Severn, y el trance fue largo y terrible. El conde sentía de nuevo dolor, los médicos no sabían si físico o mental. ¡Dolor! Una agonía mortal, entre gritos y estertores. ¿Es cierto, o no, que una vida malgastada conlleva una muerte horrible?

A pesar de que el señor Carlyle la había tenido constantemente al corriente de lo que sucedía en la habitación del enfermo, aunque había suavizado los aspectos más duros, Isabel estaba cada vez más rebelde e inquieta a medida que se acercaba la mañana. No podía entender por qué tenía que estar lejos de su padre, y casi se peleó con el señor Carlyle.

—¡Es una crueldad tratarme así! —exclamó mientras contenía el llanto gracias a su orgullo—. Encerrada aquí, una noche se me ha hecho tan larga como diez. Cuando murió su padre, ¿estuvo usted apartado de él?

—Milady, hay cosas que son demasiado duras para que usted las contemple; un hombre es más insensible y frío...

—Usted no es insensible y frío.

—Me refería a la naturaleza de los hombres en general.

—Entonces actuaré bajo mi propia responsabilidad. Le agradezco toda la amabilidad que me ha mostrado, señor Carlyle —añadió rápidamente—, pero no tiene ningún derecho a impedirme estar con mi padre. Voy a reunirme con él.

El señor Carlyle se colocó frente a ella, con la espalda contra la puerta. Su rostro era serio, pero amable, y la miraba con la mayor simpatía y ternura.

—Perdóneme, querida lady Isabel, no puedo dejarla entrar.

Ella rompió a llorar con profusión de lágrimas y gemidos mientras él la acompañaba de vuelta junto a la chimenea y se sentaba allí con ella.

—Es mi padre, mi querido padre. No tengo a nadie más en el mundo.

—Lo sé, lo sé. Comprendo lo que está usted sintiendo y lo comparto. Veinte veces esta noche he deseado, perdóneme usted la idea, que fuera usted mi hermana, para poderle expresar mi simpatía más libremente y poder ser un mayor consuelo.

—Dígame la verdad, entonces, ¿por qué no me dejan verlo? Si me convence usted, seré razonable y obedeceré. Pero no me vuelva a decir que estorbaría o le perjudicaría que yo esté ahí, porque sé que no es cierto.

—Está demasiado enfermo para que usted lo vea, los síntomas son

demasiado dolorosos; si pasara usted a verlo, en contra de lo que le aconsejo, se arrepentiría el resto de su vida.

—¿Se muere?

El señor Carlyle vaciló. ¿Debía ocultárselo, como habían hecho los médicos? Algo le decía que no debía hacerlo.

—Confío en que no me engañará usted —dijo ella con sencillez.

—Me temo que sí. Creo que se muere.

Ella se levantó y le agarró el brazo, presa de un súbito temor.

—¡Me engaña usted y ya ha muerto!

—No la engañó, lady Isabel. No está muerto, pero... le queda poco tiempo.

Ella se arrojó al sofá y hundió el rostro en un cojín.

—¡Se irá para siempre! ¡Para siempre! ¡Oh, señor Carlyle, déjeme verlo, aunque sea un minuto! ¡Solo para despedirme! Solo le pido eso.

Él sabía que era inútil, pero, aun así, se dirigió hacia la puerta.

—Iré a ver. Pero usted debe quedarse aquí en calma y no ir al cuarto del enfermo.

Ella asintió y él cerró la puerta. Si hubiera sido de verdad su hermana, habría cerrado esa puerta con llave. Entró en el dormitorio del conde, pero apenas permaneció allí unos segundos.

—Ha fallecido —susurró a la señora Mason, con quien se cruzó en el pasillo—. El señor Wainwright pregunta por usted.

—Has vuelto muy rápido —dijo Isabel, que levantó la cabeza—. ¿Puedo ir?

Él se sentó y le tomó la mano mientras reunía fuerzas para darle la mala noticia.

—Ojalá pudiera consolarla —exclamó, con un tono de profunda emoción.

El rostro de la joven se volvió horriblemente pálido, tan pálido como otro rostro no lejos de donde estaban.

—Dígame lo peor.

—No tengo otra cosa que decirle que lo peor. ¡Que Dios la ayude, querida lady Isabel!

Ella se volvió para ocultar el rostro y que no viera su desolación y emitió un suave gemido de pena que traicionaba la desesperación que sentía.

Un gris amanecer anunciaba la llegada de otro ajetreado día en el mundo que el alma de William Vane, conde de Mount Severn, había abandonado para siempre.

Capítulo 10: Los guardianes de los muertos

Entre la muerte de lord Mount Severn y su entierro, los acontecimientos ocurrieron con rapidez; sobre alguno de ellos, difícil de asimilar en el mundo real, el lector acaso pueda poner reparos. No podría equivocarse más; ocurrió como se cuenta.

El conde murió la mañana del viernes, al alba. La noticia se propagó con celeridad, como es habitual cuando muere un noble, sin importar si es célebre o infame. En Londres se conoció el fallecimiento antes del final del día, con la inevitable consecuencia de que, temprano en la mañana del sábado, una bandada de lo que el difunto habría llamado harpías llegó a East Lynne y puso asedio a la casa. Eran acreedores a los que se debían pequeñas y grandes sumas, desde cinco o diez libras hasta cinco o diez mil. Algunos eran educados; otros, impacientes; otros, groseros y furiosos; unos venían a embargar los bienes acompañados del alguacil, otros con la intención de arrestar al cadáver.*

Esto último se logró con astucia. Dos hombres, ambos con nariz aguileña, se apartaron del tumulto de acreedores y, husmeando arteramente, dieron con una entrada de servicio. Una cocinera respondió cuando llamaron suavemente a la puerta.

—¿Ha llegado ya el ataúd? —preguntaron.

—¿Ataúd? No, todavía no —repuso la chica—. La caja no ha llegado todavía. El señor Jones dijo que la tendría a las nueve, y aún no son ni las ocho.

—Ya no tardará mucho —le dijeron—. Está en camino. Subiremos al dormitorio de milord e iremos preparando el cuerpo.

La chica llamó al mayordomo.

—Han llegado dos hombres de Jones, el enterrador —anunció—. La caja viene de camino y quieren subir y preparar al difunto.

El mayordomo los acompañó al piso de arriba y los condujo al dormitorio.

—Desde aquí ya nos apañamos —dijeron al criado, que iba a entrar con ellos—; no se moleste en esperar a que acabemos.

Cuando el mayordomo, sin sospechar nada, se marchó, cerraron la puerta y se sentaron cada uno a un lado del muerto, como silenciosos pájaros de mal agüero. Habían arrestado al cadáver, era suyo, hasta que pagara lo que les debía, y se dispusieron a aguardar para cobrar. ¡Placentero oficio el suyo!

Al cabo de una hora, lady Isabel salió de su habitación y entró silenciosamente en la habitación de su difunto padre. Había estado allí varias veces el día anterior; al principio acompañada del ama de llaves y luego, cuando la indescriptible pena remitió, sola. Esa mañana se sentía nerviosa y llegó a la cama del difunto antes de levantar la vista y descubrir el panorama. Se sobresaltó al ver a aquellos dos hombres de aspecto extraño y siniestro.

Le pasó por la cabeza que quizá fueran gente del vecindario que saciaba su ociosa e imperdonable curiosidad; su primer impulso fue llamar al mayordomo; el segundo, hablar con ellos.

—¿Desean ustedes alguna cosa? —dijo con sosiego.

—Gracias por preguntar, señorita. Pero no necesitamos nada.

Las palabras y el tono le resultaron extremadamente singulares, y ambos hombres permanecieron sentados al lado del cadáver, como si tuvieran derecho a estar allí.

—Pero ¿a qué han venido ustedes? —repitió ella—. ¿Qué están haciendo?

—Verá, señorita, no está de más decírselo, porque supongo que será usted su hija —dijo uno mientras señalaba con el pulgar de la mano izquierda por encima de su hombro al difunto conde—, y hemos oído que no tiene ningún pariente cercano. Nos hemos visto obligados, señorita, a cumplir con nuestro deber y prenderlo.

Las palabras de aquel hombre le sonaban a chino y los hombres vieron

que no comprendía nada.

—Por desgracia, señorita, el difunto debía un montón de dinero, como quizá sepa usted, y al que nos ha contratado se le debe una buena porción de ese dinero. Así que, en cuanto llegó la noticia de lo que había pasado, nos enviaron a arrestar al cadáver, y por eso estamos aquí.

En la mente de lady Isabel combatían por abrirse paso el horror, el miedo y la conmoción. ¡Arrestar al cadáver! Nunca había oído una calamidad así ni podía creer que existiera. ¿Arrestarlo para qué? ¿Para hacer con él qué? ¿Para desfigurarlo? ¿Para venderlo? Salió de la habitación con el corazón en un puño y los labios grises como la ceniza. La señora Mason pasaba por casualidad cerca de las escaleras e Isabel corrió hacia ella, cogió sus manos y, conmocionada y aterrorizada, estalló en lágrimas.

—¡Esos hombres... en el dormitorio! —dijo, entrecortadamente.

—¿Qué hombres, milady? —preguntó la señora Mason, sorprendida.

—No lo sé, no lo sé. Dicen que se van a quedar ahí. Que han tomado preso a papá.

En primera instancia el ama de llaves se quedó atónita, pero, en cuanto se repuso, dejó a Isabel donde estaba y fue derecha a la habitación del conde para resolver el misterio que entrañaban esas palabras. Isabel se apoyó sobre la barandilla, en parte para sostenerse, en parte porque temía apartarse de ella, y el ominoso tumulto de abajo llegó a sus oídos. El vestíbulo estaba lleno de extraños y entrometidos que hablaban con vehemencia y se quejaban agresivamente. Cada vez más aterrorizada, contuvo la respiración y escuchó.

—¿Y de qué les va a servir a ustedes ver a la joven señora? —reprendía el mayordomo a los visitantes—. Ella no sabe nada de los asuntos del conde, y ahora está de duelo; lo único que tiene en la cabeza es llorar la pérdida de su padre.

—Yo debo verla —respondió una voz obstinada—. Si es demasiado altiva para bajar y responder a una o dos preguntas, me las ingeniaré para subir. Desde luego, es una vergüenza; nos han robado lo que era nuestro y ahora nos dice que no hay nadie con quien hablar, que no hay nadie más que la señorita y que no se la puede molestar. ¡No le resultó ninguna molestia gastarse nuestro dinero! Si no baja a hablar con nosotros, no tiene el honor ni los sentimientos de una dama.

Recuperando su actitud rebelde, lady Isabel bajó un tramo de la escalera y

llamó discretamente al mayordomo:

—¿Qué significa esto? —le preguntó—. Debo saberlo.

—¡Oh, milady, no baje con estos maleducados! Nada bueno saldrá de ello. Le ruego que vuelva arriba antes de que la vean. He hecho llamar al señor Carlyle y espero que llegue de un momento a otro.

—¿Debía papá dinero a esta gente? —se estremeció.

—Me temo que sí, milady.

Bajó el resto de las escaleras con discreción y se cruzó en el vestíbulo sin llamar la atención con algunos rezagados, y entró en el comedor, donde se habían congregado los acreedores y el tumulto era mayor. Toda la ira, o la apariencia de ira, se evaporó en ellos cuando la vieron. Parecía tan joven, tan inocente, tan niña, con su bonito vestido de muselina color melocotón, su pálido rostro enmarcado por la caída de sus rizos, tan mal pertrechada para oponerse a ellos o siquiera comprender los asuntos que los traían allí que, en lugar de inundarla de quejas, se callaron y guardaron un respetuoso silencio.

—He oído que alguien decía que debía verlos —empezó, y se trabó con las palabras por los nervios—. Aquí estoy. ¿Qué desean ustedes?

Le plantearon sus reclamaciones, sin agresividad ni desagrado, y ella los escuchó hasta que no pudo más. Las sumas eran astronómicas; había notas de pagos y pagarés, créditos vencidos y por vencer, enormes deudas de todo tipo y minucias (en comparación) que se debían al servicio doméstico por el pago de las libreas de los sirvientes y sueldos atrasados de criados que trabajaban fuera de la casa, y coste de pan y viandas.

¿Qué podía decir Isabel Vane? ¿Qué excusa podía ofrecer? ¿Qué promesa podía hacerles? Se quedó paralizada, anonadada, incapaz de hablar, se volvió a uno u otro y los contempló con piedad y contrición.

—El hecho es, joven —dijo uno que tenía aspecto de ser un caballero—, que no hemos venido a incomodarla o, al menos, no es nuestra intención, pero los hombres que llevan los negocios del conde, Warburton y Ware, a los que muchos acudimos a ver anoche, nos dijeron que no había un penique para nadie, excepto lo que pudiera obtenerse de los muebles. Y, en ese punto, el primero en llegar es el primero en ser atendido, de modo que me levanté al alba e incauté los bienes.

—Que ya estaban incautados antes de que usted apareciera —terció otro hombre, que, a juzgar por la nariz, podría ser hermano de los que estaban

arriba con el cadáver—. Pero ¿a cuánto ascenderán todos los muebles, en comparación con la totalidad de las deudas? Será un cubo de agua comparado con el Támesis.

—¿Y qué puedo hacer? —se estremeció lady Isabel—. ¿Qué desean ustedes que haga? No tengo dinero. Yo...

—No, señorita —intervino un hombre tranquilo, muy pálido—, si la información que me ha llegado es cierta, usted tiene más motivos de queja que nosotros, pues no tendrá ni una guinea propia ni un techo sobre su cabeza.

—Se ha comportado como un bribón —interrumpió una voz destemplada—. Ha arruinado a miles.

Lo hicieron callar con abucheos; ni siquiera esos hombres podían tolerar que se insultara gratuitamente a una delicada joven.

—Quizá pueda responder a una sencilla pregunta, señorita —insistió la voz, a pesar de los abucheos—. ¿Hay algún dinero líquido que podamos...?

Entonces entró en la sala el señor Carlyle. Vio el rostro blanco como la cera y las temblorosas manos de Isabel e interrumpió de inmediato al hombre que estaba hablando.

—¿Qué significa esto? —exigió saber, en tono imperioso—. ¿Qué hacen ustedes aquí?

—Si es usted amigo del difunto conde, debe saber lo que queremos —fue la respuesta—. Queremos que se nos pague lo que se nos debe.

—En ese caso, se equivocan ustedes de lugar —repuso el señor Carlyle—. No les valdrá de nada congregarse aquí de esta manera. Deben ir a ver a Warburton y Ware.

—Hemos ido a verlos... y recibido su respuesta. Nos han dicho fríamente que nadie cobrará nada.

—Sea como fuere, aquí no obtendrán nada —anunció el señor Carlyle a la asamblea—. Permítanme que los invite a salir de esta casa de inmediato.

Era difícil que accedieran a su petición y, en efecto, no lo hicieron.

—Les advierto de las consecuencias de su negativa —dijo con tranquilidad el señor Carlyle—. Están allanando una morada particular. Esta casa no pertenecía a lord Mount Severn: la vendió hace tiempo.

No los iba a engañar tan fácilmente. Algunos se echaron a reír y dijeron que ese era un truco muy viejo.

—Escúchenme, caballeros —prosiguió el señor Carlyle, con un tono llano y directo que rezumaba credibilidad—, no haría una afirmación así, que, de ser mentira, sería fácilmente descubierta cuando se investigara la herencia del conde. Sería insensato por mi parte. Les doy mi palabra de honor de caballero que esta finca, con la casa y cuanto contiene, pasaron legalmente, hace ya meses, de manos de lord Mount Severn a las de un nuevo propietario, y les aseguro que en su última visita a esta casa el conde era meramente un huésped. Pregunten a sus administradores.

—¿Y quién la compró? —preguntó uno.

—El señor Carlyle, de West Lynne. Quizá algunos de ustedes conozcan su reputación.

Algunos de ellos, en efecto, la conocían.

—Un abogado joven —observó uno—, muy listo, como su padre.

—Yo soy Carlyle —dijo el señor Carlyle—. Y, puesto que soy un abogado «muy listo», como ha hecho el favor de calificarme, se imaginarán que no arriesgué mi dinero en una venta que no fuera segura, acabada y legal. Y no fui un agente en este asunto, sino que me serví de agentes, ya que invertí mi dinero en la compra, y East Lynne es, en consecuencia, mía.

—¿Se ha abonado el dinero de esa compraventa? —preguntaron varios a la vez.

—Se pagó en su momento, en junio pasado.

—¿Qué hizo lord Mount Severn con el dinero?

—No lo sé —contestó el señor Carlyle—. No me incumben los asuntos privados de lord Mount Severn.

Los murmullos subieron de tono.

—Es extraño que pasara dos o tres meses en una casa que no era suya.

—Puede que lo parezca, pero permítanme que lo explique —dijo el señor Carlyle—. El conde expresó su deseo de visitar unos días East Lynne, a modo de despedida, y yo accedí. Antes de que transcurrieran esos días, cayó enfermo, y su estado le impidió abandonar la casa. Hasta el día en que dejó para siempre este mundo.

—¿Y nos dirá que también compró usted los muebles!

—La propiedad y todo lo que contiene. No hace falta que confíen en mi palabra; pronto verán las pruebas. Me llegó la noticia de que East Lynne

estaba en venta y la compré, como podría haber comprado una propiedad a cualquiera de ustedes. Y ahora, puesto que esta es mi casa y a ustedes yo no les debo nada, les agradecería que se marcharan.

—Quizá nos dirá a continuación que los caballos y carruajes también son suyos, señor —gritó el hombre de la nariz aguileña.

El señor Carlyle levantó el mentón con altivez.

—Lo que es mío es mío; lo he comprado legalmente y pagado por ello un precio justo. Con los coches y los carruajes no tengo nada que ver: lord Mount Severn los trajo consigo.

—Y yo tengo a un hombre vigilándolos en el jardín, para asegurarme de que no se escapan —asintió el hombre, complacido—, y, si no me equivoco, hay dos guardianes más vigilando algo en el piso de arriba.

—¡Qué maldito estafador era Mount Severn!

—Fuera lo que fuera, no le da derecho a herir los sentimientos de su hija —terció el señor Carlyle—, y me gustaría que ingleses que se consideran a sí mismos caballeros mostraran más tacto al hablar. Permítame, lady Isabel —añadió mientras la tomaba de la mano para conducirla fuera de la sala—. Yo me quedaré aquí y me ocuparé de estos señores.

Pero ella dudó y se detuvo. Su padre había agraviado a esos hombres y eso ofendía su sentido de la justicia. Intentó pronunciar unas palabras de disculpa y pesar; pensó que eso debía hacer, pues no quería que pensarán que no tenía corazón. Pero le resultaba muy doloroso hacerlo y el color se le iba y venía del rostro, y la respiración era laboriosa debido a sus muchas tribulaciones.

—Lo siento mucho —tartamudeó y, debido al esfuerzo de decir esas palabras, la emoción la desbordó y se echó a llorar—. No sé nada de todo esto: mi padre jamás hablaba de sus asuntos conmigo. Creo que no tengo nada que sea mío; si lo tuviera, lo dividiría entre ustedes tan equitativamente como pudiera. Pero, si alguna vez tengo los medios para hacerlo, si dispongo de dinero, pagaré con gusto todo lo que se les debe.

¡Todo lo que se les debe! Lady Isabel no era consciente de cuánto era ese «todo». Sin embargo, tales promesas, hechas en un momento así, rara vez son exigidas. Difícilmente ninguno de los presentes sintió hacia ella otra cosa que no fuera simpatía y compasión. El señor Carlyle la acompañó finalmente fuera de la sala y cerró la puerta para separarla de la ruidosa multitud. Entonces,

como si se hubiera roto el dique que los contenía, los sollozos se hicieron incontrolables.

—¡Lamento todo esto, lady Isabel, y comparto su pena! Si hubiera podido prever estas molestias, me habría asegurado de ahorrárselas. ¿Puede subir sola al piso de arriba o prefiere que llame a la señora Mason?

—Oh, sí, puedo ir sola; no estoy enferma, solo asustada y mareada. Esto no es lo peor. —Se estremeció—. Arriba hay dos hombres... con papá.

¡Arriba con lord Mount Severn! El señor Carlyle se preguntó qué querría decir. Vio que temblaba de pies a cabeza.

—No lo entiendo, y me aterroriza —continuó, e intentó explicarse—. Están sentados en el dormitorio, cerca de él; dicen que lo han arrestado.

Se produjo un conmocionado silencio. El señor Carlyle la miró, sin hablar, y luego se volvió hacia el mayordomo, que estaba cerca de ellos. El hombre asintió levemente con la cabeza, de forma ominosa y confirmó lo que decía la joven.

—Despejaré la casa —dijo a lady Isabel mientras señalaba el comedor—, y luego me reuniré con usted arriba.

—Dos rufianes, señor, y se han apoderado del cuerpo —susurró el mayordomo al oído del señor Carlyle en cuanto se marchó lady Isabel—. Consiguieron entrar mediante una treta diciendo que trabajaban para el enterrador, y ahora dicen que no puede enterrarse el cuerpo a menos que se pague lo que se les debe, así tengan que esperar un mes. Nos ha revuelto el estómago, señor; la señora Mason, cuando me lo explicaba, pues ella fue la primera en enterarse, estaba horrorizada.

Inmediatamente el señor Carlyle regresó al comedor y se enfrentó a la ira de aquellos hombres salvajes y, debe decirse, agraviados. No dirigían contra él sus comentarios, sino a la memoria del desventurado conde, que yacía en el piso de arriba. Unos pocos habían sido precavidos y habían incluido, en sus tratos con lord Mount Severn, un seguro de vida para el conde, y por ello su situación era mejor. Tanto ellos como los demás acreedores se marcharon al poco tiempo, pues la declaración del señor Carlyle era indiscutible y conocían la ley lo bastante bien como para permanecer sin permiso en una casa ajena.

Pero los guardianes del muerto no resultaron tan fáciles de desalojar. El señor Carlyle fue a la habitación, convertida en cámara mortuoria, e inquirió

bajo qué autoridad actuaban. Jamás se había encontrado con un caso así, aunque sí le había sucedido a su padre, y recordaba haber oído hablar al respecto. El cuerpo de un dignatario de la Iglesia, fallecido con muchas deudas, fue arrestado cuando era transportado por el claustro hasta su tumba en la catedral.* Los hombres que guardaban a lord Mount Severn reclamaban una gran suma, y allí pensaban quedarse hasta que llegara un tal señor Vane, de Castle Marling, que ahora era el conde de Mount Severn.

A la mañana siguiente, domingo, el señor Carlyle regresó a East Lynne y descubrió, para su sorpresa, que nadie había llegado a la casa. Isabel estaba en la sala del desayuno, sola. No había tocado la comida de la mesa, y estaba temblando en una otomana frente a la chimenea. Parecía tan enferma que el señor Carlyle no pudo evitar preguntarle cómo estaba.

—No he dormido y tengo mucho frío —respondió—. No he pegado ojo en toda la noche; tenía demasiado miedo.

—¿Miedo de qué?

—De esos hombres —susurró—. Es extraño que el señor Vane no haya venido.

—¿Ha llegado el correo?

—No lo sé —respondió ella con apatía—. No he recibido nada.

Apenas había terminado la frase cuando entró el mayordomo con una bandeja llena de cartas, la mayoría de condolencias para lady Isabel. Ella escogió una y se apresuró a abrirla, sellada en Castle Marling.

—Es la letra de la señora Vane —le dijo al señor Carlyle.

Castle Marling, sábado.

Mi querida Isabel:

He recibido con tristeza y conmoción la noticia que traía la carta del señor Carlyle a mi esposo, carta que he abierto porque él ha ido a navegar en su yate. Dios sabe dónde estará, en algún punto indeterminado de la costa, pero dijo que regresaría el domingo y, como suele cumplir su palabra, lo espero entonces. Puedes estar segura de que, en cuanto regrese, no perderá un momento en partir hacia East Lynne.

Me faltan palabras para decirte cuánto lamento lo sucedido, y estoy demasiado *bouleversée* * para escribir más. Intenta mantener el ánimo y ten la seguridad, querida Isabel, de mi simpatía y compasión, y de que sigo siendo tu segura servidora,

Emma Mount Severn

El color regresó a las pálidas mejillas de lady Isabel cuando leyó la firma. Pensó que, de haber escrito ella la carta, no habría firmado, en esa primera misiva, como Isabel Vane. Isabel entregó la nota al señor Carlyle.

—Es muy desafortunado —suspiró.

El señor Carlyle leyó la carta tan rápido como pudo descifrar la casi ilegible caligrafía de la señora Vane, y recogió los labios de una manera peculiar cuando llegó a la firma. Quizá cruzó por su mente la misma noción que había asaltado a Isabel.

—Si la señora Vane tuviera un poco más de clase, habría venido en persona, máxime sabiendo que está usted sola —dijo, sin poder contenerse.

Isabel apoyó la cabeza en la mano. Todas las dificultades de su posición se apelotonaron en su mente. No se habían dado instrucciones para preparar el funeral, y sentía que no tenía derecho a darlas. Los condes de Mount Severn eran enterrados en Mount Severn, pero llevar a su padre allí costaría mucho dinero. ¿Aceptaría el actual conde correr con ese gasto? Desde la mañana anterior, parecía haber acumulado una vida de experiencias; sus ideas habían cambiado y sus pensamientos, desviados violentamente de su curso habitual. En lugar de una joven dama de la aristocracia, con los privilegios de clase y riqueza que ello comportaba, le parecía que ahora era más bien desgraciada y pobre, una mera intrusa en la casa en la que habitaba. En las novelas es costumbre que las jóvenes, especialmente si son atractivas, sean por completo ajenas a las necesidades y cuidados prácticos, y supremamente indiferentes a la posibilidad de verse, en el futuro, en la pobreza, que conlleva hambre y sed y frío y privación; pero el lector puede estar seguro de que esta apatía no existe en la vida real. El dolor de Isabel Vane por la pérdida de su padre —a quien ella había reverenciado y amado de todo corazón, por mucho que otros conocieran otra cara del conde— era agudo y punzante; pero, en medio de ese dolor, y de los singulares problemas que su fallecimiento había traído

consigo, no podía cerrar los ojos ante el futuro que la aguardaba. La incertidumbre y las aún veladas penalidades que iba a sufrir eran difíciles de ignorar, y las palabras que le había dirigido aquel franco acreedor seguían retumbando en sus oídos: «No tendrá ni una guinea propia ni un techo sobre su cabeza». ¿A dónde iba a ir? ¿Dónde iba a vivir? Ahora estaba en la casa del señor Carlyle. Y ¿cómo iba a pagar a sus sirvientes? Les debía dinero a todos.

—Señor Carlyle, ¿cuánto hace que esta casa es suya? —preguntó, rompiendo el silencio.

—La compra se completó en junio. ¿No le dijo lord Mount Severn que me la había vendido?

—No, nunca. ¿Son suyas todas estas cosas? —dijo mientras paseaba la mirada por la sala.

—La casa se vendió con los muebles, no con este tipo de cosas —añadió, y miró la cubertería de plata sobre la mesa—, no con la cubertería o el ajuar doméstico.

—¡El ajuar doméstico! Entonces esos pobres hombres que vinieron ayer tienen derecho a quedárselo —exclamó ella.

—No estoy seguro. Supongo que la cubertería pasará a los herederos, así como las joyas. Los manteles o la ropa de cama no tienen mucho valor y es casi indiferente que vayan a unos u otros.

—¿Es mía mi ropa?

Él rio ante su sencillez y le aseguró que era toda suya, de nadie más.

—No lo sabía —suspiró—. Hay tanto que no comprendo. Han pasado muchas cosas extrañas en los últimos dos días, y me parece que no comprendo casi nada de lo que está sucediendo.

Y era cierto que no lo comprendía. No tenía ninguna idea definida sobre la venta de East Lynne al señor Carlyle, y tenía muchas nociones indefinidas que la torturaban sin cesar. Temores de deberle dinero, de que la casa y su contenido se le entregaran a él como liquidación, quizá solo parcial, la acuciaban.

—¿Le debía a usted dinero mi padre? —se atrevió finalmente a preguntar, en un susurro.

—No —contestó él—. Lord Mount Severn nunca me debió nada en toda su vida.

—Pero ¿usted compró East Lynne!

—Como podría haberlo hecho cualquiera —respondió, pues comprendía lo que ella insinuaba—. Yo buscaba una propiedad adecuada en la que invertir dinero, y East Lynne me convenció.

—Me temo, señor Carlyle —continuó ella, mientras derramaba alguna lágrima rebelde—, que, en ese caso, estoy obligándolo a acogerme. Y no puedo evitarlo.

—Puede evitar sentir que me impone una obligación —respondió él gentilmente—; no es así. Soy yo quien se siente obligado hacia usted, lady Isabel, y si expreso la esperanza de que siga residiendo en East Lynne mientras desee, no importa cuánto tiempo, espero que esté segura de que hablo con sinceridad.

—Es usted muy amable —respondió ella con esfuerzo—. Durante unos días, hasta que pueda pensar un poco, hasta... Oh, señor Carlyle, ¿están realmente tan mal los asuntos financieros de papá como se dijo ayer? —Se interrumpió ella misma, incapaz de sacudirse la perplejidad ante lo sucedido—. ¿No queda nada?

En ese momento el señor Carlyle podría haberle asegurado que, desde luego, quedaría bastante, y habría evadido de ese modo la cuestión, para tranquilizarla. Pero mentirle iba contra su naturaleza, más aún al ver cuánto confiaba ella en que él le diría la verdad.

—Me temo que la cosa tiene mal aspecto —respondió—. Es decir, al menos por lo que sabemos hasta ahora. Pero puede que exista algún legado para usted del que aún no sabemos nada. Warburton y Ware...

—No —le interrumpió ella—. Jamás oí nada de ningún legado, y estoy segura de que no existe. Veo con diáfana claridad que mi situación no puede ser peor: no tengo casa y no tengo dinero. Esta casa es suya, la casa de Londres y Mount Severn serán para el señor Vane. Yo no tengo nada.

—Pero sin duda el señor Vane estará encantado de acogerla en su antiguo hogar. Él heredará las casas, pero parece que usted tuviera mayor derecho sobre ellas que él o la señora Vane.

—¡Vivir yo con ellos! —repuso ella, como si la idea la ofendiera—. ¿Cómo se atreve, señor Carlyle?

—Le pido perdón, lady Isabel. No debería haberme entrometido en esa cuestión, pero...

—No, más bien yo debería pedirle perdón a usted —le interrumpió ella, más calmada—. Solo puedo agradecerle el interés que se toma por mis asuntos y la bondad que ha mostrado conmigo. Pero no podría vivir con la señora Vane.

El señor Carlyle se levantó. Quedarse allí no llevaría a nada bueno y no le parecía bien entrometerse más. Sugirió que quizá Isabel pasaría mejor ese trance si la acompañaba alguna amiga: la señora Ducie, sin duda, estaría dispuesta a venir, y era una mujer amable y maternal.

Isabel negó con la cabeza y se estremeció.

—¡Tener extraños en la casa con... lo que está pasando en el dormitorio de papá! —dijo—. La señora Ducie se acercó ayer, quizá con intención de quedarse y hacerme compañía; no lo sé. Pero temía las preguntas que pudiera hacerme y no quise verla. Cuando pienso en... eso..., doy gracias por estar sola.

El ama de llaves detuvo al señor Carlyle cuando salía.

—Señor, ¿qué noticias hay de Castle Marling? Pound dijo que ha llegado una carta. ¿Está de camino el señor Vane?

—Está navegando en su yate. La señora Vane lo esperaba de regreso ayer, de modo que llegará aquí a lo largo del día de hoy.

—¿Qué se hará, si no viene? —susurró ella—. Habría que soldar el ataúd de plomo, por..., ya sabe..., por el estado en que se hallaba cuando murió.

—Puede soldarse sin que esté el señor Vane.

—Por supuesto, puede hacerse sin el señor Vane... No es eso, señor. ¿Permitirán esos hombres que se haga? Los enterradores vinieron esta mañana al despuntar el día y esos hombres insinuaron que no iban a *perder de vista* al muerto. Esas palabras nos parecieron muy significativas, señor, pero no les pedimos que las aclararan. ¿Tienen derecho a impedir que se sulte el ataúd, señor?

—Lo cierto es que no lo sé —contestó el señor Carlyle—. El procedimiento es tan poco habitual que sé muy poco qué derechos legales tienen o dejan de tener. No mencione su temor a lady Isabel. Y cuando llegue el señor Va..., cuando llegue lord Mount Severn, envíe de inmediato a alguien a avisarme.

Capítulo 11: El nuevo conde y el billete bancario

Un coche de posta pasó a toda velocidad por la avenida la tarde del domingo. En él viajaba el nuevo conde, lord Mount Severn. Había tomado el ferrocarril en Castle Marling, que lo había dejado a cinco millas de West Lynne, y desde allí había completado el viaje en diligencia. El señor Carlyle acudió a reunirse con él y, prácticamente a la vez, llegó el señor Warburton de Londres. Warburton había estado fuera de Londres cuando llegó la noticia de la muerte del conde, y por eso no había acudido antes. Los tres hombres fueron inmediatamente al grano.

El actual conde sabía que su predecesor tenía problemas financieros, pero no era consciente de la gravedad de la situación; el difunto conde y él habían mantenido poco contacto. Cuando le contaron las noticias —la fortuna dilapidada, la desastrosa ruina, la ausencia total de estipulaciones para proveer a Isabel—, se quedó petrificado y horrorizado. Era un hombre alto y fornido, de cuarenta y tres años, de naturaleza honorable, modales fríos y rostro severo.

—Nunca me había encontrado con nada parecido, ni he oído una iniquidad como esta —respondió a los dos abogados—. ¡Mount Severn debió ser el más insensato de los hombres!

—Es imperdonable que dejara desamparada a su hija —fue la respuesta.

—¡Imperdonable! ¡Pura locura! —respondió el conde—. Nadie en su sano juicio deja a un hijo a merced del mundo como él la ha dejado a ella. No tiene un chelín, literalmente ni un chelín que pueda llamar suyo. Le pregunté cuánto

dinero había en la casa cuando murió el conde. Me dijo que veinte o veinticinco libras, que para colmo entregó a Mason, que se las había pedido para gastos domésticos. ¡La chica no tiene ni un penique con el que pagar un metro de cinta para hacerse un lazo! ¿Cómo puede nadie permitir que se llegue a este extremo? —continuó el alterado conde—. Jamás en mi vida habría esperado algo así.

—¡No tiene dinero ni para las mínimas necesidades personales! —exclamó el señor Carlyle.

—Ni medio penique en todo el mundo. Y no hay fondos, ni los habrá, por lo que veo, a los que pueda acceder.

—Eso es correcto, milord —asintió el señor Warburton—. Las tierras que acompañan al título pasan a la posesión de usted, y cualquier pequeña propiedad personal que quedara sería para los acreedores.

—Entiendo que East Lynne es suyo —dijo el conde, que se volvió de súbito hacia el señor Carlyle—, según me acaba de decir Isabel.

—Así es —respondió—. Adquirí la propiedad el pasado junio. Creo que el conde mantuvo la venta en el más estricto secreto.

—Tenía que mantenerla en secreto por fuerza —intervino el señor Warburton, que se dirigió a lord Mount Severn—, pues no habría podido disfrutar ni siquiera de una moneda del dinero de la compra si la noticia hubiera circulado. Excepto nosotros y los agentes del señor Carlyle, nadie estaba informado de la operación.

—Es extraño, señor, que no pudiera usted apremiar al difunto conde a pensar en las necesidades de su hija —espetó el nuevo conde al señor Warburton con tono de áspero reproche—. Usted era su hombre de confianza y conocía mejor que nadie el estado de sus finanzas; era su deber recordarle que procurara para su hija.

—Precisamente porque conocíamos bien su situación, milord, sabíamos lo inútil que resultaría esa sugerencia —replicó el señor Warburton—. El conde dejó pasar el tiempo; podría haber tomado la determinación de proteger a su hija, pero hace años que dejó de tener la posibilidad práctica de hacerlo. En una o dos ocasiones le llamé la atención sobre ello, pero el asunto le resultaba doloroso y no quería hablar de ello. En mi opinión, no estaba preocupado por ella; confiaba en que conseguiría un buen marido mientras él viviera, pues no esperaba morir tan joven.

—¡Que no tuvo la posibilidad práctica! —repitió el conde, que había estado caminando por la habitación, y se detuvo frente al señor Warburton—. ¡No me venga usted con esas! Debería haber hecho algo. Como mínimo, haber contraído un seguro de vida por unos pocos miles de libras. Su hija se queda sin nada; ni siquiera tiene dinero para subsistir. ¿Entiende usted?

—Por desgracia, lo entiendo demasiado bien —repuso el abogado—. Pero milord tiene una idea somera de las cargas económicas que soportaba lord Mount Severn. Solo los intereses de sus deudas eran espantosos, y era un trabajo endiablado encontrar dinero para pagarlos. Por no hablar de los cheques sin fondos que firmaba sobre cuentas que había trasladado a otro banco y que había que cubrir.

—Oh, conozco el método —contestó el conde con un gesto de desprecio—. Tomar más prestado para pagar préstamos anteriores: ese era su sistema.

—¡Tomar prestado! —exclamó el señor Warburton—. ¡El difunto conde habría pedido prestado dinero hasta a los bancos del parque! Para él era una adicción.

—Apremiado por sus necesidades, estoy seguro —terció el señor Carlyle.

—No tenía ningún motivo para tener tales necesidades, señor —restalló el conde—. Pero vayamos a lo que nos atañe. ¿Qué dinero queda en los bancos, señor Warburton, lo sabe usted?

—Nada —fue la contundente respuesta—. Nosotros mismos sacamos los fondos de la cuenta hace dos semanas para cubrir sus deudas más urgentes. De esperar un poco, si hubiera vivido una o dos semanas, habrían entrado los alquileres de otoño..., aunque habría habido que utilizar el dinero para cubrir pagos.

—Me alegro de que haya algo. ¿A cuánto ascienden?

—Milord —contestó Warburton mientras negaba con la cabeza a modo de condolencia—. Lamento decirle que lo que hay no basta ni para cubrir el dinero que nos debe a nosotros; hemos tenido que adelantar dinero de nuestro bolsillo.

—Entonces, ¿de dónde diantres saldrá el dinero, señor? ¿El dinero para el funeral, para los sirvientes, en suma, para todo?

—No hay dinero en ninguna parte —fue la respuesta del señor Warburton.

Lord Mount Severn reanudó su paseo sobre la alfombra, pisando aún con más fuerza.

—¡Malvada dejación! ¡Despilfarro vergonzoso! ¡Hombre sin corazón! ¡Vivió como un bellaco y murió como un mendigo, y dejó a su hija a merced de la caridad de los extraños!

—Su caso es el peor aspecto de esta situación —subrayó el señor Carlyle—. ¿A dónde irá a vivir?

—Vendrá conmigo, por supuesto —replicó el conde—. Encontrará en mi casa un hogar, espero que mejor que el que ha tenido hasta ahora. Con todas estas deudas y acreedores a las puertas, la casa de Mount Severn no debió ser precisamente un lugar agradable.

—Creo que ella no sabía nada del estado de las finanzas de su padre y había visto poco, si es que había visto algo, de los problemas que ello comportaba —explicó el señor Carlyle.

—¡Imposible! —dijo el conde.

—El señor Carlyle está en lo cierto, milord —observó el señor Warburton, que miraba por encima de sus anteojos—. Lady Isabel residió en la seguridad de Mount Severn hasta la primavera, y el dinero de la venta de East Lynne sirvió para tapar muchos agujeros y hacer que, por el momento, las cosas siguieran adelante. En cualquier caso, las imprudencias del difunto conde han tocado ya a su fin.

—No, todavía no —dijo lord Mount Severn—, pues dejan secuelas tras ellas. Me dicen que hubo una escena complicada ayer por la mañana: algunos de los desventurados a los que estafó se presentaron aquí desde Londres.

—Oh, la mitad de ellos eran judíos —dijo con desdén el señor Warburton—. Perder un poco de dinero les resultará una novedad agradable.

—Oiga usted, los judíos tienen tanto derecho como nosotros a defender lo que es suyo, señor Warburton —le reprendió enfadado el conde—. Y si fueran turcos e infieles no sería excusa para el comportamiento de Mount Severn. Isabel dice que fue usted, Carlyle, quien logró librarse de ellos.

—Les convencí de que East Lynne y sus muebles me pertenecían. Pero quedan esos dos hombres arriba, en posesión del... del difunto. No conseguí que se marcharan.

El conde se quedó mirándole, confuso.

—No le entiendo.

—¿No sabe que han arrestado al cadáver? —preguntó el señor Carlyle, que bajó la voz—. Hay dos hombres apostados junto a él, como centinelas,

desde ayer por la mañana. Y un tercero en la casa los releva por turnos para que puedan bajar al salón y comer.

El conde detuvo de nuevo su incesante caminar y se acercó al señor Carlyle, con la boca abierta y la cara distorsionada por una mueca de asombro.

—¡Santo cielo! —fue lo único que acertó a decir el señor Warburton mientras se quitaba con gesto enérgico los anteojos.

—Señor Carlyle, no sé si entiendo bien lo que dice. ¿El cuerpo del difunto conde ha sido arrestado por deudas? —quería saber solemnemente el noble—. ¡Arrestar a un cadáver! No sé si estoy despierto o soñando.

—Es lo que han hecho. Lograron entrar en el dormitorio con una triquiñuela.

—¿Es posible que la ley permita una transacción tan infame? —exclamó el conde—. ¡Arrestar a un muerto! Jamás oí nada semejante; es un auténtico escándalo. Isabel dijo algo sobre dos hombres, lo recuerdo, pero estaba tan triste y nerviosa que no comprendí siquiera a medias lo que me dijo. ¿Qué se puede hacer? ¿No podemos enterrarlo?

—Me temo que no. El ama de llaves me dijo esta mañana que temía que no iban a permitir que se cerrara el ataúd. Y es necesario que se cierre cuanto antes.

—Qué situación más espantosa —dijo el conde.

—¿En nombre de quién actúan? ¿Lo saben ustedes? —preguntó el señor Warburton.

—Un tal Anstey —contestó el señor Carlyle—. En ausencia de familiares, consideré que debía visitar el dormitorio y averiguar bajo qué autoridad decían actuar esos hombres. La deuda es de unas tres mil libras.

—Si es Anstey quien los ha mandado, se trata de una deuda personal del conde, y realmente debe hasta la última libra de esa cantidad —observó el señor Warburton—. Muy listo ha sido ese Anstey, al dar con esa artimaña.

—Será listo, pero también un sinvergüenza y un desgraciado —añadió lord Mount Severn—. En suma, en bonita situación nos hallamos. ¿Qué se puede hacer?

Mientras debaten, vayamos un momento con lady Isabel. Estaba sentada, sola,

todavía perpleja y sumida en una profunda pena. Lord Mount Severn le había avanzado, con amabilidad y afecto, que en adelante debería vivir con él y su esposa. Isabel le dio las gracias, pero, en cuanto él se marchó, estalló en un paroxismo de lágrimas de frustración. «¡Vivir en la casa de la señora Vane! — dijo, con su corazón como único interlocutor —. ¡No! ¡Nunca! ¡Antes prefiero morir, antes prefiero trabajar para ganarme el sustento, prefiero alimentarme de pan y agua!». Y así siguió. Las jóvenes damas son propensas a dejarse llevar por la imaginación, pero los caminos por los que lleva la imaginación suelen ser, en la mayoría de los casos, impracticables o insensatos, y lo eran especialmente en el caso de lady Isabel Vane. ¡Trabajar para vivir! Podría parecer factible en teoría, pero la teoría y la práctica son tan diferentes como el día y la noche. La verdad era que Isabel no tenía ninguna alternativa; tenía que aceptar el hogar que le ofrecía lady Mount Severn, y la convicción de que así debía ser le cortó las alas a su ánimo mientras sus impetuosos labios protestaban que jamás se plegaría a ello. Lord Mount Severn quería enviarla a Castle Marling de inmediato; a eso sí pudo oponerse con éxito, y se decidió que viajaría el día siguiente del funeral.

El señor Warburton, autorizado por el conde, libró del dormitorio del difunto a los dos intrusos al asegurar que recibirían su pago, aunque, para sorpresa de todos, aquellos hombres horribles no se marcharon de la casa. El señor Warburton sin duda tenía sus razones; era un letrado sumamente cuidadoso, y los hombres continuaron de forma ostensible custodiando el cuerpo hasta que el conde fue enterrado. Algunos dijeron que, si el abogado los hubiera liberado, podría haberse producido un nuevo arresto por alguna otra deuda.

El viernes por la mañana tuvo lugar el entierro, en el cementerio de la iglesia de Saint Jude, en West Lynne. El corazón de Isabel rezumó de nuevo frustración e impotencia; creía que el entierro iba a ser en Mount Severn. El conde comentó, pero no cuando ella podía oírlo, que habría sido un gasto demasiado grande el traslado del cuerpo y el funeral. Desde luego, el nuevo conde cumplió honorablemente con sus obligaciones. Pagó las deudas de los comerciantes y los sirvientes, y a estos últimos les dio el sueldo y las dietas de un mes en lugar del acostumbrado aviso de despido, y les pagó para que acompañaran el funeral como dolientes. A Pound, el mayordomo, lo tomó a su servicio. En cuanto al luto de Isabel, procuró que tuviera todo lo adecuado a

su situación. Los carruajes y caballos, incautados en prenda por los deudores, los compró para su propio uso: estaban en excelente estado.

Solo dos personas asistieron al funeral: el conde y el señor Carlyle; este no era pariente del difunto, sino amigo reciente, pero el conde lo había invitado, probablemente para no tener que desfilar como único doliente. Algunos aristócratas locales hicieron de portadores del féretro, y muchos carruajes privados los siguieron.

A la mañana siguiente todo fue bullicio. El conde iba a marcharse e Isabel también, pero no juntos. A lo largo del día, los criados de la casa se dispersarían. El conde tenía prisa por viajar a Londres y el coche que lo iba a llevar a la estación de ferrocarril en West Lynne ya estaba en la puerta cuando llegó el señor Carlyle.

—Empezaba a temer que no le vería; me marché en apenas cinco minutos —observó el conde mientras le estrechaba la mano—. ¿Tiene usted claras mis instrucciones sobre la lápida?

—Muy claras —contestó el señor Carlyle—. ¿Cómo está lady Isabel?

—Muy desanimada, me temo, pobre muchacha. No ha desayunado conmigo —dijo el conde—. Mason me contó que estaba doblada por el dolor. Un hombre malo. Mount Severn era un hombre verdaderamente malo —añadió con énfasis mientras se levantaba y hacía sonar la campana.

—Haga saber a lady Isabel que estoy listo para partir y que espero verla —dijo al criado que acudió a su llamada—. Y, mientras viene, señor Carlyle —añadió—, permítame que le exprese mi agradecimiento. No sé cómo podría haber navegado por esta preocupante situación sin su ayuda. Recuerde que me ha prometido visitarme, y espero que no se demore.

—Lo prometí, pero recuerde que solo si mis negocios me llevan cerca —sonrió el señor Carlyle—. Yo...

En ese instante entró en la sala Isabel, también vestida, pues estaba lista para partir inmediatamente después del conde. Llevaba el rostro cubierto por un velo de crepé, pero se lo apartó.

—Ha llegado la hora, Isabel, y tengo que marcharme. ¿Hay algo que quieras decirme?

Abrió los labios para hablar, pero miró al señor Carlyle y vaciló. Él estaba en pie frente a la ventana y les daba la espalda.

—Supongo que no —dijo el conde y contestó él mismo su pregunta, pues tenía prisa por partir, como les pasa a muchos que emprenden un viaje—. Todo irá bien, querida; Pound se encargará de todo, tan solo asegúrate de comer algo durante el día, pues no llegarás a Castle Marling antes de la cena. Dígale a la señora Va..., dígale a lady Mount Severn que no he tenido tiempo de escribir, pero que lo haré desde Londres.

Pero Isabel estaba frente a él como si no supiera qué hacer, casi podría decirse como si esperara que algo sucediera, con la tensión reflejada en el cambiante color de su rostro.

—¿Qué sucede? ¿Deseas decirme algo?

Ciertamente quería decir algo, pero no sabía cómo. Fue un momento vergonzoso para ella, intensamente doloroso, y la presencia del señor Carlyle lo hacía más bochornoso. Y no tenía la menor idea de que la joven deseaba que se ausentase.

—Yo... yo... no me gusta tener que pedírselo, pero... no... no tengo dinero —tartamudeó, y se sonrojó hasta que sus delicadas facciones se volvieron púrpuras.

—¡Mi querida Isabel! ¡Me olvidé por completo! —exclamó el conde, enojado—. No estoy acostumbrado a..., este aspecto del asunto es tan nuevo para mí que...

Abandonó su intento de formar descoyuntadas frases, se desabrochó el abrigo, sacó su monedero y repasó su contenido.

—Isabel, ahora llevo encima poco dinero, lo justo para los gastos del viaje a la ciudad. Por el momento deberán bastarte tres libras, querida. Pound tiene el dinero para el viaje. Una vez en Castle Marling, lady Mount Severn te proveerá de lo necesario, pero debes pedírselo, pues de lo contrario no sabrá que te hace falta.

Sacó unas monedas de oro de su monedero mientras hablaba y dejó dos soberanos y dos medios soberanos sobre la mesa.

—Adiós, querida; estarás muy bien en Castle Marling. Pronto nos veremos allí.

Salió de la sala con el señor Carlyle, habló con él un minuto, con un pie ya en el coche, y al minuto siguiente ya estaba en camino. El señor Carlyle regresó a la sala del desayuno, donde aún estaba Isabel, cuyas mejillas habían pasado de púrpura a un blanco ceniciento, recogiendo las monedas de oro.

—¿Me hará usted un favor, señor Carlyle?

—Cuenta con cuanto esté en mi mano.

Empujó un soberano y medio hacia él.

—Es para el señor Kane. Le dije a Marvel que le pagara, pero parece que se olvidó de hacerlo, o lo dejó para después, y el caso es que no se le ha pagado. Las entradas valían un soberano; el resto es por afinar el piano. ¿Sería tan amable de hacérselo llegar? Temo que, si se lo confío a uno de los sirvientes, lo olvide con las prisas de la partida.

—La tarifa de Kane por afinar un piano es de cinco chelines —comentó el señor Carlyle.

—Pero le llevó mucho tiempo y además arregló los cueros de los martillos. No es mucho; además, no le trajeron nada de comer. Necesita el dinero todavía más que yo —añadió, e intentó sonreír—. De no ser por él, no habría reunido el valor para mendigar a lord Mount Severn, como me ha oído hacer. En ese caso, ¿sabe qué habría hecho?

—¿Qué habría hecho? —sonrió él.

—Le habría pedido a usted que pagara por mí y le habría devuelto a usted el dinero tan pronto como hubiera podido. Estaba decidida a pedirselo a usted, ¿sabe?; me parecía menos doloroso que verme obligada a mendigar a lord Mount Severn.

—Me alegro de que le pareciera menos doloroso —respondió en un tono sincero y grave—. ¿Qué más puedo hacer por usted?

Ella estaba a punto de responder «Nada, ya hecho usted mucho», cuando distrajo la atención de ambos un ruido fuera y ambos se acercaron a la ventana.

Era el carruaje que debía recoger a lady Isabel. El carruaje del difunto conde, que debía llevarla a la estación de tren, a seis o siete millas de distancia. Tenía cuatro caballos de posta enganchados, el número designado por lord Mount Severn, que parecía desear que Isabel abandonara el lugar con tanta pompa como había llegado a él. El carruaje ya estaba cargado, y Marvel colgado afuera.

—Todo está listo —dijo—, y ha llegado el momento de que me marche. Señor Carlyle, me gustaría regalarle algo a usted: aquellos bonitos peces dorados y plateados que compré hace unas semanas.

—Pero ¿por qué no se los lleva consigo?

—¡Y llevárselos a lady Mount Severn! No, prefiero que se queden con usted. Écheles unas pocas migas en la pecera de vez en cuando.

Tenía las mejillas bañadas en lágrimas, y él sabía que hablaba apresuradamente para ocultar su emoción.

—Siéntese unos pocos minutos —dijo.

—No, no. Será mejor que me vaya ya.

Él la tomó de la mano y la acompañó al carruaje. Los sirvientes se habían reunido en el vestíbulo y la esperaban; algunos tenían canas del tiempo al servicio de su padre. Ella les dio la mano y consiguió decir unas palabras de agradecimiento y despedida, aunque le pareció que se ahogaba por el esfuerzo de contener los sollozos. Al final todo pasó. Una mirada nostálgica alrededor, un sentido adiós con la mano y salió de la casa acompañada del señor Carlyle.

Pound ya había subido al coche junto a Marvel y los cocheros esperaban una señal para azuzar a los caballos. El señor Carlyle sostuvo la puerta del carruaje y la ayudó a sentarse sosteniéndole la mano.

—No le he dado las gracias por su amabilidad, señor Carlyle —dijo ella, con la respiración entrecortada por la emoción—. Por favor, comprenda que en la situación...

—Ojalá pudiera haber hecho más. ¡Ojalá pudiera haberle evitado las molestias que se ha visto obligada a soportar! —respondió él—. Si nos volvemos a ver...

—No diga eso, nos volveremos a ver —le interrumpió ella—. Se lo prometió usted a lord Mount Severn.

—Cierto; es muy posible que nos veamos, por casualidad, de vez en cuando, pero el camino normal de nuestras vidas se separa. ¡Que Dios la bendiga, lady Isabel!

Los cocheros azuzaron a los caballos y el carruaje se alejó. Ella bajó las cortinas y se hundió en el asiento con los ojos inundados de lágrimas: lágrimas por el hogar que dejaba atrás y por el padre que había perdido. Sus últimos pensamientos habían sido de gratitud hacia el señor Carlyle, pero tenía más motivos para estarle agradecida de los que sabía. La emoción pasó pronto y, con los ojos despejados, descubrió en su regazo un trozo de papel arrugado que se le habría caído a ella de la mano. Mecánicamente, lo recogió y lo desplegó: era un billete de banco de cien libras.

¡Ah! Dirá el lector que esto es una licencia de la ficción, y que resulta poco creíble, pero es total y absolutamente cierto. El señor Carlyle había llevado consigo el billete a East Lynne esa mañana precisamente con ese propósito.

Lady Isabel miró con incredulidad el billete: lo escrutó y revisó de nuevo. ¿De dónde había salido? ¿Cómo había acabado allí? De repente, la verdad se le presentó con innegable fuerza: el señor Carlyle lo había depositado en su mano.

Le ardieron las mejillas, le temblaron los dedos y su airado espíritu se alzó en armas. En ese momento, tras descubrir el billete, estaba dispuesta a considerarlo un insulto, pero, cuando recordó los humillantes hechos de los últimos días, su ira remitió y se transmutó en admiración hacia la maravillosa bondad de aquel hombre. Él sabía que no tenía un hogar que pudiera considerar suyo, ni nada de dinero, absolutamente nada, excepto lo que recibiera como caridad.

¿Qué podía hacer ella ahora? Por supuesto, no podía gastar el billete, eso resultaba inaceptable, pero, si se lo devolvía por correo, seguramente le causaría a él un disgusto, pues sentía que una naturaleza capaz de una generosidad tan refinada se sentiría herida al ver que esa generosidad era rechazada. ¿Tenía ella derecho a causarle ese dolor? ¿Se merecía él que se lo causara? No. Guardaría el billete hasta que tuviera ocasión de devolvérselo personalmente.

Apoyada en la entrada del jardín de su casa, entre el soto de árboles oscuros, estaba Barbara Hare. Había oído mencionar la hora de la partida de lady Isabel y, como mujer y rival —pues de ese modo el caprichoso y celoso corazón de Barbara había acabado por considerar a lady Isabel—, se apostó allí para verla. Poco de ella pudo ver. Nada, excepto el carruaje, los caballos y los criados, pues las cortinas de las ventanillas estaban bajadas.

Se quedó allí un buen rato después de que pasara el carruaje y, al final, su padre llegó caminando desde la dirección de West Lynne.

—Barbara, ¿has visto a Carlyle?

—No, papá.

—Vengo de su oficina, pero creen que ha ido a East Lynne. Quizá pase por aquí. Necesito hablar un momento con él.

El señor Hare se quedó allí y apoyó un codo sobre la puerta de la entrada. Barbara se quedó dentro. Es probable que ella tuviera tantas ganas como él de encontrarse con el señor Carlyle.

—¿Te has enterado de la noticia? —exclamó, de súbito, el juez—. Todo el mundo habla de ello. Carlyle ha...

El juez Hare dio un paso hacia el centro del camino para ver mejor en la dirección de East Lynne. El rostro de Barbara se sonrojó por el suspense de esa frase sin terminar.

—¿Qué es lo que ha hecho el señor Carlyle, papá? —preguntó cuando él regresó junto a la entrada.

—Ese que viene es Carlyle —observó el juez—. Me parece que reconozco esas largas piernas. Lo que ha hecho, Barbara, es comprar East Lynne.

—¡Oh, papá! ¿Es posible? ¿Puede realmente haberla comprado?

—Es tan posible que lo haya hecho como que no. La señorita Corny y él tienen, entre ambos, una pequeña fortuna. Le he preguntado a Dill hoy mismo, pero fue tan opaco como siempre, y no me dio ninguna pista, ni en un sentido ni en otro. ¡Buenos días! —dijo el juez al acercarse el señor Carlyle—. En el tribunal estamos en ascuas por saber si tiene usted novedades de la unión de Ipsley, porque nuestra unión dice que no atenderá a esos pobres hoy.*

—Sí —respondió el señor Carlyle—, admiten que deben hacerlo ellos, así que los puede enviar allí de inmediato. ¿Cómo estás, Barbara?

—Está bien, así lo haré —repuso el señor Hare—. Carlyle, la gente dice que has comprado East Lynne.

—¿Eso dicen? En ese caso, no se equivocan. East Lynne es mía, por lo que yo sé.

—Desde luego, ¡que les echen un galgo a los abogados cuando se tienen a sí mismos por clientes! He aquí que el conde no lleva muerto una semana y usted ya está en posesión de East Lynne.

—No es exactamente así, juez. East Lynne lleva siendo mía desde meses antes de la muerte del conde.

—¡Cómo! ¿Incluso estos últimos meses, cuando el conde vivía allí? ¡Quién lo habría dicho! Le debió cobrar usted un alquiler de órdago, supongo.

—No le cobré nada —respondió el señor Carlyle con una sonrisa—. Por

el momento, era un inquilino honorario.

—Entonces ha sido usted muy inocente —observó el juez—. Permítame que se lo diga, Carlyle, ya que es usted un hombre joven y yo un anciano, o lo seré pronto. Peor me parece el conde: solo un insensato acumula deudas hasta llegar a su situación.

—Una situación muy triste —intervino Barbara—. Me dijeron anoche que no quedó absolutamente nada para lady Isabel; que no tenía siquiera dinero para comprar ropa de luto. Los Smith se lo dijeron a los Herbert, y los Herbert a mí. ¿Crees que es cierto, Archibald?

El señor Carlyle parecía muy divertido.

—Me maravilla que no dijeran que lady Isabel no solo no tenía ropa de luto, sino ninguna ropa en absoluto, y solo habrían exagerado un poco. ¿Qué hará East Lynne sin sus celebridades?

—Ah, sí, desde luego —dijo el juez Hare—. Me he cruzado con su carruaje, que corría llevado por cuatro caballos, con su doncella y un criado fuera. Una joven que viaja de esa guisa no carece de dinero para ropa de luto, Barbara.

—A la gente le gusta cotillear, ya sabe —dijo el señor Carlyle—. Antes de que termine el día, exagerarán mi compra de East Lynne hasta que parezca que he comprado también todo West Lynne. Buenos días. Buenos días, Barbara.

Cuando lord Mount Severn llegó a Londres, al hotel en el que habitualmente se alojaban los Vane, la primera cosa en que se fijaron sus ojos fue en su mujer, que él creía en Castle Marling. Le preguntó los motivos de su visita.

Lady Mount Severn no tuvo problemas en explicarse. Hacía un par de días que había venido a la ciudad, pues le resultaba más fácil y conveniente comprar su ropa de luto en persona y, como parecía que William no se encontraba muy bien, lo había traído consigo para que cambiara de aires.

—Es poco afortunado que hayas venido a Londres, Emma —subrayó el conde tras escucharla—. Isabel llega hoy a Castle Marling.

Lady Mount Severn levantó inmediatamente la cabeza y miró a su esposo.

—¿Y se puede saber a qué viene?

—Se trata de una situación muy desafortunada —repuso el conde, sin responder directamente a la pregunta—. Mount Severn ha muerto más pobre

que un mendigo y no queda ni un chelín para Isabel.

—No esperaba que le quedara mucho.

—Pero no queda nada, ni un penique. Nada, ni siquiera para sus gastos personales. Hoy le he dado una o dos libras, pues estaba completamente sin blanca.

La condesa puso ojos como platos.

—¿Y dónde va a vivir? ¿Qué será de ella?

—Tiene que vivir con nosotros. Ella...

—¡Con nosotros! —le cortó lady Mount Severn, casi gritando—. ¡Jamás!

—Tiene que ser, Emma. No tiene otro sitio donde ir. Me he visto en la obligación de acogerla y así lo he hecho. Y, como te decía, llega a Castle Marling hoy.

Lady Mount Severn se puso pálida de furia. Se levantó de la silla y se enfrentó a su marido, con la mesa entre ambos.

—Escúchame, Raymond. *No voy a tolerar* que Isabel Vane viva bajo mi techo. Odio a esa mujer. ¿Cómo te han podido convencer de aceptar algo así?

—No me convencieron ni tuve que aceptarlo —replicó él con frialdad—. Yo lo propuse. ¿A dónde quieres que vaya, si no?

—¡Me importa un comino —fue la obstinada réplica—, mientras no sea con nosotros!

—Considera la situación racionalmente —repuso el conde—. No tiene parientes ni nadie que pueda acogerla. Yo soy el heredero del conde, y quizá habría tardado veinte años más en heredar sus tierras y su título si el conde hubiera llevado una buena vida. La buena voluntad, la cortesía y el sentido común me obligan a ofrecerle un techo a su hija. ¿Es que no lo ves?

—No, no lo veo —le espetó la condesa—. Y no la aceptaré en casa.

—Ahora está en Castle Marling, y ha ido a vivir allí —continuó el conde—, y ni siquiera tú, cuando regreses, te atreverás a echarla a la calle, o enviarla a la casa de caridad, o a pedir a los ministros de Su Majestad que le concedan una pensión,* pues sabes que con ello concitarías la censura del mundo entero. Creo que deberías mostrar mejor disposición y más generosidad, Emma.

Lady Mount Severn no contestó directamente. Poseía un módico sentido común y era consciente de que el argumento del conde era difícil de rebatir,

pues ¿dónde iba a vivir Isabel, si no era con ellos? Pero siguió murmurando entre dientes y parecía a punto de escupir fuego.

—No te molestará mucho tiempo —apuntó el conde, con poco tacto—. Una chica tan adorable como Isabel seguro que se casa pronto. Parece, además, una joven dulce y de buen carácter, así que no acierto a entender por qué le tienes tanta ojeriza. Tiene una cara que hará que muchos estén dispuestos a olvidar que no tiene dinero.

—Se casará con el primero que se lo pida —restalló la enojada dama—. Y ya me encargaré yo de ello.

Capítulo 12: La vida en Castle Marling

Isabel llevaba en su nuevo hogar unos diez días cuando lord y lady Mount Severn llegaron a Castle Marling, que no era, vale la pena comentarlo, un castillo, sino el nombre de una ciudad, casi contigua a la pequeña casa de campo en la que residían. Lord Mount Severn dio la bienvenida a Isabel; también lo hizo lady Mount Severn, a su manera, pues su conducta fue tan repulsiva, insolente y condescendiente que provocó que Isabel enrojeciera de indignación. Y si así se comportaba en su primer encuentro, ¿cómo supone el lector que se comportaría con el tiempo? Isabel tuvo que soportar mortificantes desaires, mezquinas vejaciones y molestias escalofriantes que llevaron su capacidad de resistencia al límite. Cuando estaba sola se retorció las manos y deseaba con todas sus fuerzas encontrar otro refugio.

Lady Mount Severn tenía la constante necesidad de ser admirada y reunía a su alrededor a aquellos dispuestos a ofrecerle incienso. Llevaba sus coqueteos al linde de lo decente, pero no más allá, pues no había mujer menos dada a perder la cabeza que Emma, condesa de Mount Severn, ni mujer que despreciase más a quienes la disminuían. Era la esencia misma de la envidia y del egoísmo; no había invitado nunca a su casa a una joven atractiva, antes prefería invitar a una leprosa, así que puede comprenderse su ira al enterarse de que Isabel Vane iba a convertirse en residente permanente: Isabel, con sus encantos, juventud y belleza poco común. En Navidad acudieron algunos visitantes, en su mayoría hombres, que no fueron lo bastante sagaces para disimular que la joven belleza era una atracción mucho mayor que la exigente

condesa. Entonces se desató, sin límites, la pasión de Emma y, en cierta memorable escena privada, en la que se olvidó de todo, menos de la pasión, y donde perdió el decoro, le *dijo* a Isabel que era una intrusa odiada y que toleraba su presencia solo porque no podía evitar que viviera allí.

El conde y la condesa tenían dos hijos, ambos varones; en febrero murió el más joven, cuya salud siempre había sido delicada. Esto alteró sus planes. En lugar de ir a Londres después de Pascua, como habían decidido, pospusieron el viaje hasta mayo. El conde había pasado parte del invierno en Mount Severn, supervisando las reparaciones y renovaciones que se estaban llevando a cabo. En marzo fue a París, todavía embargado por el dolor de la pérdida de su hijo, un dolor mucho mayor que el que experimentó lady Mount Severn.

Se acercaba abril y, con él, la Pascua. Para desgracia de lady Mount Severn, que no hizo ningún esfuerzo por ocultar su contrariedad, su abuela, la señora Levison, le escribió diciéndole que necesitaba un cambio de aires y había decidido pasar la Pascua con ella, en Castle Marling. Lady Mount Severn habría dado todos sus diamantes por librarse de esa visita (diamantes que habían sido de Isabel o que, al menos, Isabel había lucido antes que ella), pero no había escapatoria. El lunes de Semana Santa llegó la anciana dama y, con ella, Francis Levison. No había otro invitado en la casa.

Las cosas fueron bastante bien hasta Viernes Santo, pero era una calma engañosa: los celos de milady ardían como brasas, pues las atenciones que el capitán Levison dedicaba a Isabel la volvían loca. En Navidad, su admiración había sido manifiesta, pero ahora lo era todavía más. Lady Mount Severn habría tolerado mejor esta afrenta si hubiera procedido de cualquiera, excepto de Francis Levison; había permitido al joven soldado, a pesar de ser su primo, una gran intimidad, una intimidad peligrosa de haberse tratado de una mujer menos cautelosa que Emma. Por eso le habría molestado menos que fuera otro quien brindara su admiración a Isabel. Se preguntará el lector: ¿por qué, entonces, lo tenía allí, arrojándolo prácticamente en brazos de Isabel, como había hecho el año anterior en Londres? No tengo respuesta. ¿Por qué la gente hace cosas insensatas?

El Viernes Santo por la tarde, Isabel salió a pasear con el pequeño William Vane; el capitán Levison se unió a ellos y no regresaron hasta casi la hora de cenar, cuando entraron los tres en la casa. Lady Mount Severn,

mientras tanto, estaba mortificada porque la presencia de la señora Levison la obligaba a permanecer en la casa y no había minuto en que no aumentara la ira contra Isabel. Como tenía poco tiempo para vestirse para cenar, Isabel fue directamente a su habitación. Se había quitado el vestido de calle y puesto otro más cómodo, Marvel la peinaba y William parloteaba a su lado. La puerta se abrió de golpe y entró la condesa.

—¿Se puede saber dónde has estado? —exigió, tan enfadada que le temblaba todo el cuerpo. Isabel sabía bien qué significaba aquello.

—Paseando por los jardines y el campo —respondió Isabel.

—¿Cómo te atreves a deshonorarte de esa manera?

—No entiendo qué quieres decir —dijo Isabel, cuyo corazón empezó a acelerarse desagradablemente—. Marvel, me estás tirando del pelo.

Cuando las mujeres, propensas a dejarse llevar por la pasión, se entregan a ella sin freno, ni saben ni les preocupa lo que dicen. Lady Mount Severn desencadenó un torrente de reproches e insultos tan degradantes como injustificados.

—¿No te basta con que te hayamos acogido en mi casa, tienes que deshonorarla? ¡Tres horas has pasado escondida con Francis Levison! Desde que llegó no has hecho otra cosa que flirtear con él. Empezaste en Navidad y no has parado.

La filípica se prolongó un buen rato, pero esto es la sustancia de lo que dijo la condesa. Isabel tuvo que recurrir a todas sus fuerzas para resistir, pues su enfado no era menor que el de la condesa. ¡Hablarle así a ella! ¡Y delante del servicio! ¡Ella, que era hija de conde y, por tanto, de mejor familia que Emma Mount Severn, tener que verse llamada sinvergüenza por culpa de los insensatos celos de aquella mujer! Isabel apartó el pelo de las manos a Marvel, se levantó, se encaró con la condesa y le habló sin levantar la voz.

—Yo no flirteo —dijo—. Yo nunca he flirteado. Eso lo dejo —y no consiguió suprimir del todo en su tono el desdén que sentía— a las mujeres casadas, a pesar de que en ellas sea una falta menos venial que en las solteras. Solo hay en esta casa una mujer que flirtea, por lo que he visto desde que vivo aquí, y no soy yo: es usted, lady Mount Severn.

Ver señalado así su defecto enfureció a la condesa. Se puso blanca de rabia, olvidó sus modales, levantó la mano derecha y le dio a Isabel una bofetada en la mejilla izquierda. Conmocionada y aterrorizada, Isabel no supo

cómo reaccionar y, antes de que pudiera hacerlo, la condesa le dio otra bofetada en la otra mejilla. Lady Isabel se estremeció, embargada por un súbito escalofrío, emitió un gritito corto y agudo, se cubrió la cara con las manos y se dejó caer en la silla. Marvel levantó los brazos al cielo y William Vane rompió a llorar con tanta fuerza que se diría que le habían pegado a él. El niño era de naturaleza sensible, y estaba asustado.

Lady Mount Severn terminó la escena encarándose con William, al que abroncó por hacer tanto ruido, y luego se lo llevó a rastras de la habitación y lo calificó de mono.

Isabel Vane se tendió en la cama y no dejó de llorar en toda la noche, llena de angustia e indignación. No podía permanecer en Castle Marling: ¿acaso alguien podría, después de haber sido insultado de esa forma? Sin embargo, ¿a dónde iría? Más de cincuenta veces a lo largo de la noche deseó yacer en la tumba junto a su padre, pues sus sentimientos se habían hecho con el mando y destronado a la razón; de haber estado en calma, no habría considerado la muerte como una opción, que no es natural en una persona joven y sana. Varios planes pasaron por su cabeza: huir a Francia y explicar lo sucedido a Mount Severn, suplicar asilo a la anciana señora Levison, encontrar a Mason y vivir con ella. Al día siguiente los rechazó todos. No había flirteado con el capitán Levison, pero sí había recibido sus atenciones y su admiración: una mujer no flirtea con la persona que ama, y lo que sentía por el capitán era amor, o algo muy parecido.

Se levantó la mañana del sábado débil y lánguida a causa de la noche que había pasado, y Marvel le subió el desayuno a la habitación. William Vane entró en su dormitorio poco después: el niño se había encariñado mucho con ella.

—Mamá está saliendo de casa —exclamó en un momento de la mañana—. Mira, Isabel.

Isabel se acercó a la ventana. Lady Mount Severn estaba en el carruaje del poni que conducía Francis Levison.

—Podemos bajar, Isabel. No habrá nadie.

Ella asintió y bajó con William. Pero, en cuanto llegaron a la sala de estar, entró un criado con una tarjeta en una bandejita de plata.

—Milady, un caballero desea verla.

—¿A mí? —repuso Isabel, sorprendida—. ¿No será a lady Mount Severn?

—Preguntó por usted, milady.

Recogió la tarjeta y la leyó: «Señor Carlyle».

—¡Oh! —dijo, con un tono que demostraba que la sorpresa la complacía—. Hágallo pasar.

Es curioso, no, espantoso, seguir el hilo de una vida humana: cómo los sucesos más triviales llevan a grandes acontecimientos de la existencia, trayendo felicidad o tristeza, bienestar o aflicción. Un cliente del señor Carlyle que viajaba de un lado a otro de Inglaterra había enfermado precisamente en Castle Marling, y parecía que la enfermedad era grave y hacía temer por su vida. No había, por usar la expresión popular, dejado en orden sus asuntos, así que hizo telegrafiar al señor Carlyle para que acudiera de inmediato a redactar su testamento y otra serie de gestiones privadas. Para el señor Carlyle este viaje era un suceso sin importancia y, sin embargo, estaba destinado a tener unas consecuencias que le afectarían toda su vida.

El señor Carlyle entró con el mismo aire varonil y educado de siempre e Isabel observó su noble constitución, su atractivo rostro y sus párpados caídos. Se acercó a saludarlo y le extendió la mano, con el rostro rebosante de alegría.

—¡Qué agradable e inesperada sorpresa! —exclamó—. Estoy muy contenta de verlo.

—Ayer un asunto de trabajo me trajo a Castle Marling. No podía marcharme sin visitarla. He oído que lord Mount Severn está ausente.

—Está en Francia —le dijo ella—. Le dije que seguramente volveríamos a vernos, ¿lo recuerda, señor Carlyle? Usted...

Isabel se detuvo de repente al pronunciar la palabra «recuerda», porque ella también recordó algo: el billete de cien libras, y con ello lo que iba a decir se le trabó en la lengua. No sabía qué hacer porque, ¡ay!, lo había cambiado y gastado en parte. ¿Cómo iba a pedirle a lady Mount Severn dinero? Y el conde casi siempre estaba fuera. El señor Carlyle notó su embarazo, aunque no alcanzó a imaginar la causa.

—¡Qué niño más guapo! —exclamó él, que miraba a William.

—Es el joven lord Vane —dijo Isabel.

—Pues estoy seguro de que será un espíritu honesto y sincero —continuó, mientras miraba el rostro bondadoso del pequeño—. ¿Cuántos años tienes, pequeño?

—Seis años, señor, y mi hermano tenía cuatro.

Isabel se inclinó sobre el niño, lo que le brindó una excusa perfecta para ocultar lo azorada que estaba.

—No conoces a este caballero, William. Es el señor Carlyle, y ha sido muy bueno conmigo.

El pequeño lord miró con pensativos ojos al señor Carlyle, al parecer, estudiaba su cara.

—Si es usted bueno con Isabel, señor, será usted mi amigo. ¿Es verdad que es bueno con ella?

—Muy muy bueno —murmuró Isabel, que dejó a William y se volvió hacia el señor Carlyle, pero sin mirarlo—. No sé qué decir; debería darle las gracias. No tenía intención de usar el..., de gastarlo..., pero... pero...

—¡Ni una palabra! —la interrumpió él, que rio ante la turbación de la joven—. No sé de qué está usted hablando. Tengo que darle muy malas noticias, lady Isabel.

Ella levantó la mirada, con las mejillas todavía púrpuras, pero ya no pensando en su apuro, sino en qué habría sucedido.

—Dos de sus peces han muerto. Los dorados.

—¿Han muerto?

—Creo que ha sido la helada. No sé qué otra cosa puede haberlos matado. ¿Recuerda aquellos días de enero en que hizo tanto frío? Murieron justo entonces.

—Es usted muy amable por haberlos cuidado todo este tiempo. ¿Cómo está East Lynne? ¡Mi querida East Lynne! ¿Está ya viviendo allí?

—No, todavía no. He gastado un poco de dinero en ella y, de momento, estoy recuperando la inversión.

La sorpresa de la visita fue pasando y la joven recuperó su apariencia anterior, pálida y triste; él no pudo evitar darse cuenta del cambio y comentarlo.

—Es imposible que me vea en Castle Marling tan bien como me veía en East Lynne —respondió.

—¿Acaso no es usted feliz en su nuevo hogar? —dijo el señor Carlyle, que dio voz a su intuición.

Ella lo miró directamente a los ojos, una mirada que él nunca olvidaría:

una mirada de desesperación.

—No —dijo ella, y negó con la cabeza—, soy muy desgraciada aquí y no puedo permanecer en esta casa. He estado despierta toda la noche pensando a dónde podría ir, pero no se me ocurre ningún sitio. No tengo un solo amigo en el mundo.

La gente haría bien en no divulgar sus secretos delante de los niños, pues puede estar seguro el lector de que comprenden mucho más de lo que parece. Si las paredes tienen oídos, mejores los tienen los niños. Lord Vane levantó la cabeza hacia el señor Carlyle y dijo:

—Isabel me dijo esta mañana que se tenía que ir de esta casa. ¿Quiere que le diga por qué? Mamá se enfadó con ella ayer y le pegó.

—¡Calla, William! —le interrumpió lady Isabel, roja de vergüenza.

—Le dio dos bofetones muy fuertes —continuó el joven vizconde—, e Isabel gritó, así que yo grité también, y entonces mamá me pegó a mí. Pero a los niños es normal pegarles, o al menos eso dice mi niñera. Marvel vino al cuarto de juegos cuando tomábamos el té y se lo contó a mi niñera. Dice que Isabel es demasiado guapa, y que por eso mamá...

Isabel hizo callar al niño, tiró de la campanilla con energía para llamar al servicio y despachó a William al cuarto de juegos con el primer criado que llegó.

La expresión del señor Carlyle era de indignación y de simpatía.

—Casi no puedo creerlo —dijo, en voz baja, cuando ella volvió a su lado—. Ciertamente necesita usted un amigo.

—Debo soportar mi destino —contestó ella, que cedió al impulso de dar al señor Carlyle su confianza—. Al menos hasta que regrese lord Mount Severn.

—¿Y luego?

—La verdad, no lo sé —dijo, incapaz de contener las lágrimas de frustración—. No tiene otro hogar que pueda ofrecerme, pero con lady Mount Severn ni puedo ni quiero permanecer. Me destrozaría el corazón, igual que ya casi ha destruido mi espíritu. No he hecho nada que justifique la forma en que me ha tratado, señor Carlyle.

—No, por supuesto que no —respondió él con comprensión—. Me gustaría ayudarla, ¿qué puedo hacer?

—No puede usted hacer nada —dijo—. Me temo que nadie puede hacer nada.

—¡Ojalá, ojalá pudiera ayudarla! —repitió—. East Lynne no fue un sitio agradable para usted, con todo lo que allí sucedió, pero parece que la mudanza ha sido a peor.

—¡Que no fue un sitio agradable! —repitió ella, a quien en esos momentos East Lynne le parecía un lugar delicioso, pues debe comprenderse que las cosas se estiman en comparación con otras—. ¡Claro que lo fue! ¡Ojalá volviera a tener alguna vez un hogar tan agradable! ¡Oh, señor Carlyle, no hable usted mal de East Lynne delante de mí! ¡Desearía poder despertar y descubrir que estos últimos meses han sido solo una horrible pesadilla! ¡Que mi querido padre aún viviera! ¡Que estuviéramos ambos viviendo tranquilamente en East Lynne! Para mí sería como vivir en el jardín del Edén.

¿Qué podía decir ante tales sentimientos el señor Carlyle? ¿Qué emoción agitaba sus facciones, le hacía contener la respiración y ponía su faz de un rojo intenso? Sin duda no era la parte más racional la que estaba al timón en esos instantes, pues de lo contrario no habría pronunciado las palabras que dijo a continuación:

—Hay una solución —empezó mientras tomaba la mano de la joven y jugando con ella, probablemente con inconsciencia—. Hay una forma en que puede usted regresar a East Lynne. Y esa forma... No sé si me atrevo a señalarla.

Ella se lo quedó mirando; esperaba una explicación.

—Si mis palabras la ofenden, lady Isabel, le ruego que me interrumpa y perdone mi presunción. ¿Me permite..., aceptaría... que le ofreciera volver a East Lynne como señora de la casa?

Ella no comprendía lo que le quería decir.

—¿Regresar a East Lynne como señora de la casa? —repitió, anonadada.

—Como mi esposa.

No quedaba ya ninguna posibilidad de malentendido, y la conmoción y la sorpresa fueron colosales. Había estado al lado del señor Carlyle, conversado con él en confianza; lo tenía en gran estima y sentía que era el mejor amigo que tenía en el mundo, de modo que se aferraba a su corazón como un puerto seguro en la tormenta; lo amaba como amaría a un hermano, permitía que le cogiera de la mano. Pero *¡casarse con él!* La idea no se le

había pasado por la cabeza de ningún modo hasta ese momento; su reacción fue de completo rechazo y su primer movimiento así lo dio a entender, pues intentó retirar la mano de las suyas y apartarse de él.

Pero el señor Carlyle no le permitió soltarse. No solo retuvo su mano, sino que tomó también la otra y pronunció, ahora que se había roto el hielo, elocuentes palabras de amor. No me refiero a frases manidas sin contenido sobre corazones y flechazos y morir por ella, como podría haber dicho cualquier otro, sino palabras inspiradas por una profunda ternura, pensadas para impresionar al espíritu y al sentido común, apelar a la cabeza y también al corazón. Y podría haber sucedido que, de no haber estado la imaginación de ella ocupada por otro, allí mismo hubiera dicho que sí.

Los interrumpió de súbito la aparición de lady Mount Severn, que al entrar comprendió inmediatamente la escena que estaba desarrollándose al ver la postura del señor Carlyle, devotamente inclinado sobre Isabel, cuyas manos retenía, y la expresión perpleja y ruborizada de ella. Levantó el mentón y su pequeña e inquisitiva nariz y se detuvo sobre la alfombra. Todo en su actitud exigía una explicación. El señor Carlyle se volvió hacia ella y, para dar tiempo a Isabel a recuperarse, se presentó:

—Lamento que lord Mount Severn esté ausente. ¿Con quién tengo el gusto de hablar? —preguntó—. Soy el señor Carlyle.

—He oído hablar de usted —contestó la condesa mientras repasaba su apuesta figura y vagamente irritada porque aquel hombre dedicara sus atenciones a quien había visto que se las dedicaba—, pero lo que *no* había oído es que usted y lady Isabel Vane tuvieran una relación tan extraordinariamente íntima como...

—Señora —la interrumpió mientras acercaba una silla para la condesa y traía otra para él—, nuestra relación no ha sido hasta ahora extraordinariamente íntima. Estaba suplicándole a lady Isabel que me concediera que pudiera serlo en el futuro: le estaba pidiendo que se casara conmigo.

Esta declaración fue para la condesa como una aromática ducha de incienso que hizo que su mal humor se transformara en alegría. He ahí una solución a la gran dificultad con la que se enfrentaba, una vía por la que podría librarse de la odiada Isabel, su bestia negra. La feliz perspectiva hizo que una sonrisa le iluminara el rostro y se mostrara amablemente con el señor

Carlyle.

—Isabel debe de estarle muy agradecida —dijo—. Le hablo con franqueza, señor Carlyle, porque sé que usted es consciente del estado de desprotección en el que quedó por la falta de previsión del conde, que motivó que el matrimonio para ella o, en cualquier caso, un buen matrimonio resultara casi imposible. East Lynne es un lugar precioso, según he oído.

—Para su tamaño, no es muy grande —replicó el señor Carlyle, que se levantó, pues Isabel también se había levantado y se acercaba.

—¿Podría saber la respuesta de lady Isabel? —preguntó rápidamente la condesa mientras se volvía hacia ella.

Isabel no se dignó a contestarle, sino que se acercó al señor Carlyle y habló en voz baja.

—¿Puede darme unas horas para considerar su propuesta?

—Por supuesto, me hace feliz que piense que debe considerarla, pues eso me da esperanza —le respondió mientras le abría la puerta para salir de la estancia—. Regresaré por la tarde.

Fue un debate sorprendente el que lady Isabel sostuvo consigo misma en la soledad de su habitación, mientras el señor Carlyle trataba sobre sus medios con lady Mount Severn. Isabel era poco más que una niña, y de una niña era su razonamiento, carente de profundidad y sin ver a largo plazo. Reparaba solo en los aspectos más superficiales y palpables de la situación. No reparaba en que el señor Carlyle era de un rango inferior al suyo; East Lynne parecía un buen lugar para vivir y, en cuanto a tamaño, belleza e importancia, superior a la casa en la que se hallaba ahora. Olvidó que su posición en East Lynne como esposa del señor Carlyle no sería como la que había tenido como hija de lord Mount Severn; olvidó que se vería atada a una casa tranquila, lejos del gran mundo, de la pompa y la vanidad en que había nacido. Le gustaba mucho el señor Carlyle, le gustaba estar con él, le resultaba placentero conversar con él; en breve, de no ser por ese otro desventurado encaprichamiento que se había apoderado de ella, habría corrido el riesgo de enamorarse del señor Carlyle. Y, ¡oh, alejarse para siempre de lady Mount Severn, dejar de depender de ella! East Lynne parecería, como había dicho, el auténtico jardín del Edén.

—Por el momento, todo parece inclinarse hacia el sí —se dijo a sí misma la pobre Isabel—, pero la cuestión tiene otra cara. No es solo que no ame al

señor Carlyle, sino que me temo que estoy enamorada, o casi enamorada, de Francis Levison. ¡Ojalá él me pidiera que fuera su esposa u ojalá no lo hubiera conocido nunca!

La entrada de la señora Levison y la condesa interrumpió el monólogo mental de Isabel. Lo que lady Mount Severn había dicho a la anciana para ganarla para su causa solo ella lo sabía, pero debía haber sido muy elocuente. Ambas utilizaron todos los argumentos imaginables para inducirla a aceptar la proposición del señor Carlyle, hasta el punto de que la anciana declaró que valía más que una docena de esos cabezas huecas que eran los hombres del gran mundo.

Isabel las escuchó, a veces se inclinaba hacia el sí, a veces al no, y cuando llegó la tarde, le dolía la cabeza y seguía sin saber qué hacer. El obstáculo que no conseguía superar era Francis Levison. Vio desde la ventana acercarse al señor Carlyle y bajó a la sala de estar sin saber todavía qué respuesta iba a darle y con la vaga idea de pedirle más tiempo y enviársela por escrito.

En la sala de estar se encontraba Francis Levison y, al verlo, el corazón empezó a latirle con tanta fuerza que podría convencerla de no casarse con otro que no fuera él.

—¿Dónde se había escondido? —le preguntó él—. ¿Se ha enterado del pequeño accidente que hemos tenido con el carruaje del poni?

—No —respondió ella.

—Estaba llevando a Emma a la ciudad. El poni se asustó, coceó, cabeceó y se echó al suelo. Ella se asustó tanto que se bajó y volvió aquí andando. Castigué a la bestia por su comportamiento y la llevé de vuelta a los establos, y llegué a casa a tiempo de ser presentado al señor Carlyle. Parece un hombre encantador, Isabel, permíteme que sea el primero en felicitarte.

Ella se lo quedó mirando fijamente.

—No se sorprenda. Aquí estamos en familia, y milady me lo ha contado: no se lo diré a nadie. Dice que East Lynne es un lugar muy agradable. Le deseo que sea muy feliz, Isabel.

—Gracias —contestó ella en tono sarcástico, aunque sentía el corazón en la garganta y le temblaban los labios—, pero sus felicitaciones son prematuras, capitán Levison.

—¿Lo son? Entonces le ruego que conserve mis buenos deseos hasta que

llegue el hombre adecuado. En cuanto a mí, no tengo ninguna posibilidad de hallarme en la felicidad del matrimonio —añadió, con mordacidad—. He soñado con ello, desde luego, como hacen otros, pero no puedo permitirme considerar esas fantasías en serio: un hombre pobre como yo, cuyas perspectivas en la vida son inciertas, no puede ser sino una mariposa, quizá hasta el fin de sus días.

Salió de la sala mientras terminaba de pronunciar estas palabras. Era imposible para Isabel no comprender lo que le decía, pero, por primera vez, le pasó por la cabeza la idea de que era un hombre falso y sin corazón. Apareció uno de los sirvientes, que hizo pasar al señor Carlyle: a él nadie podía acusarlo de falso o de no tener corazón. Carlyle cerró la puerta a sus espaldas y se acercó a ella. Ella no dijo nada. Los labios le temblaban y estaban muy blancos. El señor Carlyle esperó.

—¿Y bien? —dijo él, con suavidad—. ¿Ha decidido concederme el favor que le pedí?

—Sí. Pero... —No pudo continuar. Con todo lo que le había sucedido, tenía dificultades para controlar sus emociones—. Pero... quería decirle...

—No te apures —susurró él, mientras la llevaba hacia el sofá—. Tenemos todo el tiempo del mundo. Isabel, ¡me has hecho el hombre más feliz del mundo!

—Pero tengo que decirte una cosa, debo decírtela —continuó ella, entre lágrimas histéricas—. A pesar de que he accedido a tu propuesta, no..., todavía no... Me ha cogido por sorpresa —tartamudeó—. Me gustas mucho, te aprecio y te respeto..., pero todavía no te amo.

—Me sorprendería que lo hicieras. Pero, Isabel, permíteme que me gane tu amor.

—Oh, sí —respondió ella con franqueza—. Eso espero, de todo corazón.

Él la acercó, le inclinó la cabeza y tomó de sus labios el primer beso. Isabel creyó que estaba en su derecho de besarla y lo permitió, pero de forma pasiva.

—¡Querida mía! ¡No te pido nada más que eso!

El señor Carlyle se quedó hasta el día siguiente, y antes de partir por la tarde se debatieron los detalles del enlace. El matrimonio tendría lugar de inmediato: todos los implicados tenían motivos para apresurarlo. El señor Carlyle quería que aquella bella joven fuera suya cuanto antes, Isabel estaba

harta de Castle Marling y de la gente de la casa y la condesa estaba harta de Isabel. La ceremonia se celebraría en menos de un mes, y Francis Levison comentó con desdén la «prisa indecente» que tenía todo el mundo en aquel asunto. El señor Carlyle escribió al conde. Lady Mount Severn anunció que le regalaría a Isabel el ajuar, y escribió a Londres para encargarlo. Un buen augurio para la pareja fue que, cuando el señor Carlyle estaba a punto de marcharse, Isabel se aferró a él.

—¡Ojalá pudiera llevarte conmigo ahora mismo, querida! —dijo él—. No soporto la idea de tener que dejarte aquí.

—¡Ojalá fuera posible! —suspiró ella—. Tú solo has visto el lado bueno de lady Mount Severn.

Capítulo 13: El zarandeo del señor Dill

Las sensaciones del señor Carlyle cuando llegó a West Lynne fueron similares a las de un estudiante de Eton que sabe que ha hecho una travesura y teme que lo descubran. Siempre franco con sus asuntos, pues no tenía nada que ocultar, consideró, sin embargo, que en esta ocasión lo más adecuado era ser discreto. Presentía que su hermana no aprobaba que se casara, algo que le decía su instinto desde hacía años, y creía, además, que, de todas las mujeres del mundo, la que menos le gustaría sería lady Isabel, pues la señorita Carlyle siempre atendía a lo útil y no sentía la menor simpatía ni admiración por lo bello. No estaba seguro de cómo, pero no descartaba que pudiera frustrar el matrimonio si le llegaba noticia del enlace; cosas más difíciles habían caído ante el empuje de su indómita voluntad. Por todo ello, no se puede culpar al señor Carlyle por guardar silencio respecto a sus futuros planes.

Una familia, los Carew, habían hablado de quedarse con East Lynne: proponían alquilarlo, amueblado, durante tres años. Disentían del señor Carlyle sobre algunos asuntos menores y este se negó a ceder. Durante su ausencia en Castle Marling, le llegó la noticia de que habían accedido a sus exigencias y que deseaban instalarse en East Lynne tan pronto fuera posible. La señorita Carlyle estaba muy satisfecha; al menos se lo habían quitado de encima, dijo, pero la carta que recibió del señor Carlyle contenía instrucciones de que se rechazara a los inquilinos. No se lo dijo a la señorita Carlyle. Se dieron los toques finales a la casa, los preparativos necesarios para recibir a sus habitantes. Se contrató a tres doncellas y dos criados y los

envió a la casa, con manutención y alojamiento, pero sin sueldo, hasta que llegase la familia.

Una tarde, tres semanas después de la visita del señor Carlyle a Castle Marling, Barbara Hare visitó a la señorita Carlyle y la encontró tomando el té mucho antes de lo habitual.

—Hemos comido temprano —dijo la señorita Corny—, y pedí el té en cuanto se llevaron los platos. Si no, Archibald ni lo habría probado.

—No pasa nada si no tomo té —dijo él—. Todavía tengo muchas cosas que hacer esta tarde.

—Claro que pasa —dijo la señorita Corny—, y no voy a permitir que te vayas sin haberlo tomado. Quítate el sombrero, Barbara. Este hombre me volverá loca; sale mañana para Castle Marling y no me lo ha dicho hasta ahora.

—¿Está el pobre inválido, Brewster o como se llame, todavía varado en Castle Marling? —preguntó Barbara.

—Allí sigue —dijo el señor Carlyle.

Barbara se sentó a tomar el té, aunque protestando de que no debía quedarse mucho, pues le había prometido a su madre estar en casa para preparar el té. La señorita Carlyle la interrumpió para decirle a su hermano que iba a subir a prepararle el equipaje.

—Oh, no —repuso él, con preocupante rapidez—. Ya lo haré yo mañana, gracias. Peter, puedes dejarme la maleta de viaje en mi dormitorio. La grande, por favor.

—¡La grande! —exclamó la señorita Corny, incapaz de dejar pasar nada sin entrometerse—. Pero, bueno, ¡si en la grande cabe la casa entera! ¿Para qué quieres ir arrastrando esa monstruosidad de un lado a otro?

—Tengo que llevar documentos y algunas cosas más, además de la ropa.

—Estoy segura de que podrías meterlo todo en la pequeña —insistió la señorita Corny—. Probaré, al menos. Solo dime qué quieres llevarte. Lleva la maleta pequeña al dormitorio del señor, Peter.

El señor Carlyle miró a Peter, y Peter le devolvió la mirada y asintió de forma casi imperceptible.

—Prefiero hacer la maleta yo mismo, Cornelia. ¿Qué te has hecho ahora?

—Una tontería —respondió, ya que, al jugar con un cuchillo, la

señorita Corny se había cortado un dedo—. ¿Tienes una venda adhesiva, Archibald?

Él abrió su libreta, la dejó abierta sobre la mesa y sacó de ella un trozo de venda negra. La siempre inquisitiva señorita Carlyle atisbó una carta allí dentro y, *sans cérémonie*, alargó la mano, la cogió y la abrió.

—¿De quién es esto? Es la letra de una mujer.

El señor Carlyle puso la mano abierta sobre el texto, para ocultárselo.

—Discúlpame, Cornelia, pero es una carta privada.

—¿Cómo que privada? ¡Tonterías! —repuso la señorita Corny—. Estoy segura de que no recibes ninguna carta que yo no pueda leer. El matasellos es de ayer.

—Te ruego que me la devuelvas —dijo él, y la señorita Carlyle, atónita por la forma tranquila y autoritaria con que lo decía, cedió.

—Archibald, ¿se puede saber qué te pasa?

—Nada —respondió él mientras guardaba la carta en su libreta y la libreta en el bolsillo. Dejó sobre la mesa la venda para la señorita Corny—. No está bien leer la correspondencia privada de un hombre, ¿no te parece, Barbara?

Él se rio con buen humor y miró a Barbara, pero a ella le había sorprendido ver la profunda emoción que reflejó su rostro cuando su hermana cogió la carta: ¡él, un hombre tan sosegado! La señorita Carlyle no se dejaba descorazonar fácilmente, así que volvió a la carga.

—Archibald, o mucho me equivoco o esa carta estaba sellada con el escudo de los Vane.

—Esté o no el escudo en el sello, eso no quita que esta carta fue escrita para que la leyera yo —repuso. Y, por algún motivo, a la señorita Carlyle no le gustó la contundencia de su tono. Barbara rompió el incómodo silencio.

—¿Visitarás también en esta ocasión a los Mount Severn?

—Sí —respondió él.

—¿Se habla de con quién se casará lady Isabel? —continuó Barbara—. ¿Has oído algo sobre eso?

—No puedo ocupar mi memoria con todo lo que escucho o dejo de escuchar, Barbara. Te gusta el té con más azúcar, ¿verdad?

—Un poco más, sí —respondió ella, y el señor Carlyle acercó el

azucarero a su taza y le puso cuatro o cinco grandes terrones en el té antes de que nadie pudiera impedirlo.

—¡Pero bueno! —exclamó la señorita Corny—. ¿Se puede saber dónde tienes la cabeza?

Él se echó a reír a carcajadas.

—Está claro que no la tenía en lo que estaba haciendo. De verdad, Barbara, presento mis excusas a tu té. Cornelia te pondrá otra taza.

—Pero eso es gastar otra taza de té y, para colmo, después de haber desperdiciado tanto azúcar bueno —respondió con aspereza la señorita Corny.

Barbara se levantó en cuanto acabó el té.

—¡No sé qué me va a decir mamá! ¡Se me ha hecho tardísimo, ya anochece! Me dirá que es demasiado tarde para que esté fuera sola.

—Archibald puede acompañarte —dijo la señorita Carlyle.

—No sé qué decirte —dijo él, con su habitual franqueza—. Dill me espera en la oficina y me quedan unas horas de trabajo. Pero, en fin, supongo que no querrás que te acompañe Peter, Barbara, así que ponte el sombrero y salgamos rápido.

No hizo falta insistir a Barbara, dado que la elección entre Peter y él dependía de su rapidez. Se despidió de la señorita Carlyle y salió con él, que le cogió el parasol para que no tuviera que llevarlo ella. Era una tarde bonita y tranquila, muy suave, así que escogieron el camino que cruzaba los campos.

Barbara no olvidaba a Isabel Vane. Nunca la había olvidado, ni tampoco los celos que despertaban en su corazón las constantes visitas del señor Carlyle a East Lynne cuando ella residía allí. Ahora volvió a abordar el tema.

—Te pregunté antes, Archibald, si habías oído algo de si lady Isabel iba a casarse.

—Ya te contesté, Barbara: no puedo acordarme de todo lo que dice la gente.

—Pero ¿has oído algo?

—Eres perseverante —sonrió—. Creo que sí, que es muy posible que lady Isabel se case pronto.

Barbara suspiró, aliviada.

—¿Con quién?

En los labios de él se dibujó una sonrisa.

—¿Acaso crees que puedo hacer ese tipo de preguntas? Quizá te pueda decir más a la vuelta de mi viaje a Castle Marling.

—Trata de enterarte con quién —dijo ella—. Quizá sea con lord Vane. ¿Quién dice que hay más matrimonios por la convivencia habitual que por...?

Se detuvo, pues el señor Carlyle la miraba y se reía.

—Es una suposición astuta, Barbara. Pero lord Vane es un muchachito que tendrá cinco o seis años.

—Oh —dijo Barbara, considerablemente desconcertada.

—Es, además, un chico encantador —continuó él, animado—, de buen carácter, corazón generoso y espíritu elevado. Si alguna vez tuviera yo hijos —añadió mientras golpeaba el seto con el parasol y hablaba de forma abstracta, como si hubiera olvidado quién lo acompañaba—, me gustaría que fueran como William Vane.

—Una confesión muy importante —repuso, feliz, Barbara—, sobre todo después de que convencieras a todo West Lynne de que ibas a ser un solterón toda la vida.

—No recuerdo que hiciera semejante promesa a West Lynne —protestó el señor Carlyle.

Ahora era Barbara quien se reía.

—Supongo que West Lynne juzga por las apariencias. Cuando un hombre llega a los treinta años...

—Que yo aún no tengo —interrumpió el señor Carlyle, que a estas alturas infligía considerables daños al seto con el parasol—. Puede que esté casado antes de los treinta; de hecho, lo más probable es que así sea.

—Entonces debes haber determinado ya quién será tu esposa —dijo ella, al quite.

—No te diré que no, Barbara. Pero lo haré público a su debido tiempo.

Barbara le retiró el brazo al señor Carlyle con el pretexto de arreglarse el chal. El corazón le latía desbocado, le temblaba todo su cuerpo y temía que él se diera cuenta de la emoción que sentía. ¡Pobre Barbara! No se le ocurrió por un instante que pudiera referirse a otra que no fuera ella.

—¡Parece que te falta el aliento, Barbara! —exclamó—. ¿Ando demasiado deprisa?

Ella no pareció oírlo, concentrada en su chal. Le volvió a coger del brazo y siguieron caminando, con el señor Carlyle golpeando el seto y la hierba con más diligencia que antes. Al cabo de un minuto de varazos, el parasol se partió por el puño.

—Me parecía que iba a acabar así —dijo Barbara, que miraba el parasol con absurda consternación—. No importa, era viejo.

—Te traeré uno nuevo. ¿De qué color es? Marrón. No lo olvidaré. Sostén los restos un momento, Barbara.

Le dejó los trozos del parasol en la mano, sacó la libreta y escribió un recordatorio a lápiz.

—¿Para qué es eso? —preguntó ella.

Él le acercó la nota a los ojos para que pudiera ver lo que había escrito: «Parasol marrón, B. H.».

—Es un recordatorio para mí, para no olvidarme.

Barbara alcanzó a ver un par de cosas más apuntadas en la libreta: «Piano», «Cubertería».

—Apunto las cosas que necesito conseguir en Londres en el momento en que se me ocurren —explicó—. De lo contrario, olvidaría la mitad.

—¡En Londres! Pensaba que ibas en dirección opuesta, a Castle Marling. Había sido un desliz, pero el señor Carlyle lo reparó enseguida.

—Puede que tenga que visitar Londres, además de Castle Marling. ¡Es increíble cómo brilla hoy la luna, Barbara!

—Brilla tanto, o está el cielo tan claro, que he podido leer tus secretos —contestó ella—. ¡Piano! ¡Cubertería! ¿Para qué necesitas esas cosas, Archibald?

—Son para East Lynne —contestó él con tranquilidad.

—Oh, para los Carew.

Y con eso se esfumó el interés de Barbara por el tema.

Llegaron al camino justo debajo del soto, y enseguida llegaron a él. El señor Carlyle le abrió la puerta del jardín a Barbara.

—Entra a darle las buenas noches a mamá. Hoy mismo comentaba lo poco que te vemos últimamente.

—He estado ocupado. Lo siento, pero esta noche no tengo tiempo, de verdad. Dale recuerdos de mi parte.

Cerró la puerta, pero Barbara se inclinó sobre ella; no quería dejarlo marchar.

—¿Estarás fuera una semana?

—Puede, más o menos. Ten los trozos del parasol, Barbara, casi me los llevo de vuelta conmigo. Te compraré uno nuevo, pero no necesito llevarme el viejo.

—Archibald, hace tiempo que quiero preguntarte algo —dijo ella, y contuvo a duras penas su agitación mientras recogía los fragmentos que él le entregaba y los arrojaba al sendero que se abría entre la densa arboleda—. ¿No te pareceré una insensata si lo hago?

—¿De qué se trata?

—Cuando me regalaste el relicario hace un año..., ¿te acuerdas?

—Sí.

—Puse en él un mechón de pelo de Richard, y otro de Anne, y también de mamá. Un poco de cada uno. Y queda sitio para más, ¿sabes?

Se lo mostró mientras hablaba, pues siempre lo llevaba colgado del cuello con su cadenita.

—No veo bien con esta luz, Barbara. Pero ¿y qué si queda aún espacio?

—Me gustaría tener un recuerdo de mis mejores amigos y de aquellos a los que quiero. Me gustaría que me dieras un poco de tu pelo para guardarlo con el resto... Después de todo, fuiste tú quien me regaló el relicario.

—¡Un poco de pelo! —exclamó el señor Carlyle, tan sorprendido como si le hubiera pedido la cabeza—. Pero ¿de qué te iba a servir a ti, o al relicario, un mechón de mi pelo?

Ella se ruborizó dolorosamente: el corazón le latía con fuerza.

—Me gustaría tener un recuerdo de los amigos que me importan —tartamudeó—. Nada más, Archibald.

Él no detectó la emoción que ella sentía ni percibió la profundidad de sus sentimientos, ni siquiera la *clase* de sentimiento que había impulsado esa petición, y la recibió con un poco de bienintencionado humor.

—¡Qué pena que no me lo dijeras ayer, Barbara! Me corté el pelo y te podía haber traído todo lo que quisieras. Pero no seas tan pánfila, niña, que yo no soy ningún Wellington ni merezco ir dando mechones y autógrafos. Ahora tengo que marcharme. Buenas noches.

Se alejó a grandes zancadas y Barbara se cubrió el rostro con las manos.

—¿Qué he hecho? ¿Qué he hecho? —se preguntó en voz alta—. ¿Es que él es por naturaleza así de frío? ¿Es que no tiene sentimientos? Pero ya llegarán. ¡Oh, qué gran alegría ha traído esta noche! En el tono de chanza con el que hablaba de haber elegido esposa, había una vena de verdad. No tengo que ir muy lejos para adivinar quién es; no se lo ha dicho a nadie y solo me presta atención a mí. Archibald, cuando sea tu esposa sabrás lo mucho que te amo, pero no diré nada hasta entonces.

Levantó su joven rostro, radiante de belleza, y miró un rato la brillante luna; luego dio media vuelta y recorrió el camino que llevaba a la puerta de su casa a través del jardín sin darse cuenta de que alguien asomaba una cabeza cubierta con un gorro entre los árboles para verla mejor. Barbara habría hablado menos de haber sabido que había un tercero presenciándolo todo.

Tres mañanas después de la partida del señor Carlyle, el señor Dill se presentó a la señorita Carlyle con una carta. Ella estaba atareada contemplando el efecto de las nuevas cortinas de muselina que acababa de colgar y no le prestó atención.

—Por favor, coja la carta, señorita Cornelia. El cartero la ha dejado en nuestra oficina. Es del señor Archibald.

—¿Cómo? ¿Y de qué tiene que escribirme? —se extrañó la señorita Corny—. ¿Dice cuándo piensa volver?

—Será mejor que la lea, señorita Cornelia. En la mía no dice nada de cuándo piensa volver.

Ella abrió la carta, le echó un vistazo y se dejó caer inmediatamente sobre una silla; estaba más superada, más estupefacta, de lo que lo había estado en su vida.

Castle Marling, 1 de mayo

Querida Cornelia:

Me he casado esta mañana con lady Isabel Vane y me apresuro a informarte de ello. Te escribiré con más detalles mañana o pasado, y te lo explicaré todo.

Con afecto, tu hermano,

ARCHIBALD CARLYLE

—Es una broma —fueron las guturales sílabas que emergieron de la garganta de la señorita Carlyle cuando recuperó el habla.

El señor Dill permanecía mudo como una estatua.

—Es una broma, tiene que serlo —continuó despotricando la señorita Carlyle—. ¿Qué haces ahí callado y quieto como un pasmarote? —continuó, y dirigió su ira contra aquel hombre que en nada la había ofendido—. ¿Es una broma o no?

—Estoy sobrecogido y asombrado, señorita Corny. No es una broma; yo también he recibido una carta.

—No puede ser; es imposible. Hace tres días, cuando salió de aquí, tenía menos intenciones de casarse que yo.

—¿Cómo podríamos saberlo, señorita Corny? ¿Cómo sabemos que no salió de viaje justo para casarse? Imagino que debió ser así.

—¡Para casarse! —gritó la señorita Corny, en un arrebató—. ¡No sería tan idiota! ¡Y con esa aristócrata mimada! ¡No! ¡No!

—Ha enviado esto para que se publique en las gacetas del condado —dijo el señor Dill, y le mostró un trozo de papel—. Desde luego, se han casado.

La señorita Carlyle tomó el papel y lo sostuvo ante sus ojos. Tenía las manos frías y le temblaban como si tuviera parálisis.

Matrimonio. El 1 de este mes, en Castle Marling, Archibald Carlyle, abogado, *de East Lynne*, contrajo matrimonio con lady Isabel Mary Vane, hija única de William, difunto conde de Mount Severn. Ofició la ceremonia el capellán del conde de Mount Severn.

La señorita Carlyle rompió el papel en mil pedazos que esparció por los aires. El señor Dill haría luego copias de la nota de memoria y las enviaría a las oficinas de las gacetas. Pero ahora dejemos eso aparte.

—¡Jamás le perdonaré! —dijo ella con la voz preñada de ira—. ¡Y jamás la perdonaré a ella, ni la toleraré! ¡Qué hermano más idiota tengo! ¡Ir a

casarse con la carísima hija de Mount Severn! ¡Una individua que va al ayuntamiento con plumas y un vestido de cola que arrastra tres metros de tela por el suelo!

—Él no es idiota, señorita Cornelia.

—Es más que idiota: es malvado y se ha vuelto loco —restalló ella, en ese estado intermedio entre la furia y las lágrimas—. Tiene que haber estado loco de atar para hacer lo que ha hecho; ¡si yo me hubiera oído lo más mínimo este despropósito lo habría hecho ingresar en un manicomio!* Y sí, ya puedes mirarme como quieras, viejo Dill, pero lo habría hecho, tan cierto como que espero que en el Día del Juicio me perdonen todos mis pecados. ¿Y dónde se supone que van a vivir?

—Supongo que vivirán en East Lynne.

—¡Cómo! —gritó la señorita Corny—. ¡Cómo van a vivir en East Lynne con los Carew! ¿Es que tú también te has vuelto loco?

—La negociación con los Carew se abandonó, señorita Cornelia. Cuando el señor Archibald regresó de Castle Marling, después de Semana Santa, les escribió para decirles que no alquilaba la propiedad. Vi la copia de la carta en el libro de copias. Lo lógico es pensar que ya debía haber acordado el matrimonio con lady Isabel y que decidió quedarse East Lynne para sí mismo.

La consternación dejó boquiabierto a la señorita Carlyle. Se recuperó parcialmente al cabo de unos instantes, lo bastante para levantarse de la silla y alzarse en toda su majestuosa altura. Avanzó entonces hacia el anonadado mensajero que había traído aquellas malas noticias, lo agarró por el cuello del abrigo con ambas manos y lo zarandeó varios minutos. El pobre Dill, bajo y enclenque, era como una marioneta en sus manos y creyó que se iba a quedar sin aire que respirar.

—¡Y a ti también te habría ingresado en el manicomio, ladino villano! ¡Tú estás en el ajo! ¡Has estado encubriéndole y ayudándole: sabías lo que estaba haciendo!

—Por el creador que me hizo declaro solemnemente que no es así —jadeó el maltratado caballero cuando consiguió hablar—. Soy tan inocente como un bebé, señorita Corny. Cuando recibí la carta en la oficina, hace unos momentos, me quedé tan pasmado que de un soplido me podrían haber tumbado al suelo.

—Pero ¿cómo se le ha ocurrido hacer esta barbaridad? ¡Una chica cara y

sin un penique! Y a ti, ¿cómo se te ocurre no decirme que había dicho que no a los Carew? Sí que le has ayudado. Pero ¿no puede ser tan insensato como para pensar en vivir allí!

—No supe nada, señorita Corny, hasta que estuvo hecho. Y, aunque lo hubiera sabido, soy un empleado del señor Archibald. Si no pensara en fijar su residencia en East Lynne, no habría escrito su nombre en el enlace como Archibald Carlyle, de East Lynne. Y sabe usted que se lo puede permitir, señorita Corny, lo sabe perfectamente; al vivir allí no hace sino ocupar la posición que le corresponde —añadió el fiel oficinista, en tono conciliador—, y ella es una criatura dulce, bonita y encantadora, aunque sea una aristócrata.

—¡Espero que se arrepienta de su locura! —replicó enfadada.

—¡Dios no lo quiera! —dijo el viejo Dill.

—¡Idiota! ¡Idiota! Pero ¿en qué estaría pensando? —gritó exasperada la señorita Corny.

—Señorita Corny, debo regresar cuanto antes al despacho —dijo el señor Dill para poner fin a la conversación—. Y lamento mucho, señorita, que haya dudado usted de mí.

—Más dudaré si antes de que acabe el día te cruzas otra vez en mi camino —respondió furiosa la señorita Corny.

Se sentó de nuevo en cuanto estuvo sola y su rostro asumió una expresión pétrea. Dejó las manos sobre las rodillas y la carta del señor Carlyle se le cayó al suelo. Al cabo de un rato sus facciones recuperaron el movimiento, asintió con la cabeza y levantó una mano y luego la otra, mientras aparentemente tenía lugar en su cabeza un intenso debate. Al final se levantó, se puso el sombrero y el chal y caminó hacia la casa del juez Hare. Había decidido que las noticias de la boda de su hermano, que serían de dominio público en West Lynne antes de terminar el día, podían considerarse un desaire personal a ella; después de todo, su queridísimo hermano la había abandonado por otra, a la que quería más, y lo había hecho amparándose en el secreto y el disimulo; por tanto, si quería evitar las habladurías, tenía que ser ella misma quien lo anunciara a lo largo y ancho del condado.

Barbara estaba sentada en el alféizar de la ventana de la sala de estar, como hacía habitualmente, cuando la señorita Corny entró en el soto. A pesar de lo ultrajada que se sentía, una sombría sonrisa asomó a sus labios cuando

pensó en el demoledor mazazo que estaba a punto de propinar a Barbara. Desde hacía tiempo era consciente del amor que sentía esa jovencita por Archibald y de sus esperanzas de convertirse en su esposa.

«¿Qué traerá a Cornelia por aquí?», pensó Barbara, que estaba muy guapa con el vestido de verano que se había puesto porque el tiempo era inusualmente cálido.

—¿Cómo está usted? —dijo, y se inclinó para asomarse por la ventana—. No se lo creerá, pero precisamente hoy hacía tan buen día que mamá se ha animado a salir; papá la ha acompañado en coche a Lynneborough. Entre, la puerta está abierta.

La señorita Carlyle entró, sin responder nada, se sentó en una silla y, a modo de preliminares, emitió una serie de lúgubres quejidos entre dientes.

Barbara se volvió rápidamente hacia ella.

—¿Está usted enferma? ¿Ha pasado algo?

—¡Que si ha pasado algo! Pues sí, bien puedes decir que ha pasado algo —prorrumpió la señorita Corny, que dio rienda suelta a su ira—. Ha pasado algo que me ha destrozado el corazón y los nervios. ¿Qué dices? ¿Un vaso de vino? ¡Ni vaso ni vasa! ¡No me hables de vino! Ha sucedido una terrible desgracia, Barbara. Archibald...

—¡A Archibald! —la interrumpió Barbara, alarmada—. ¡Oh, espero que no haya tenido ningún accidente en el tren! ¿Qué le ha pasado? ¿Se ha roto las piernas?

—¡Ojalá se las hubiera roto! —repuso con acidez la señorita Corny—. Tanto él como sus piernas están maravillosamente, por desgracia. Es mucho peor que eso, Barbara.

Barbara repasó mentalmente una lista de posibles desastres y, puesto que conocía las inclinaciones y el carácter de la señorita Carlyle, supuso que quizá se había producido alguna pérdida pecuniaria.

—Quizá ha pasado algo con East Lynne —aventuró—. Quizá los Carew al final no lo alquilen.

—No, no lo alquilan —fue la mordaz respuesta—. Otro se muda allí, nada menos que mi sabio hermano. Archibald se ha portado como un idiota, Barbara, y ahora se va a mudar a East Lynne.

Aunque mucho de lo que sucedía le resultaba incomprensible a Barbara, no pudo evitar sentirse gratificada al pensar que su amado estaba preparando

la casa para ella, y el color subió a sus mejillas. «Te voy a bajar esos humos, jovencita», pensó la perspicaz señorita Carlyle.

—Esta mañana me he enterado de la noticia y me he sentido como si me partiera un rayo —dijo, en voz alta—. El viejo Dill fue quien me lo dijo. Y lo zarandé bien zarandeado por ello.

—¡Zarandé usted al viejo Dill! —exclamó la asombrada e intrigada Barbara.

—Lo zarandé hasta que me dolieron los brazos de agitarlo tanto; no se le olvidará en mucho tiempo. Y lo merece, porque ha estado ayudando a Archibald con sus martingalas, y me ha escondido cosas que tenía que haber venido corriendo a decirme. No descarto llevarlos a los dos a juicio por conspiración.

Barbara permaneció sentada, estupefacta y sin la menor idea de a dónde quería llegar la señorita Corny.

—¿Te acuerdas de aquella joven, la hija de Mount Severn? Yo es como si la viera ahora, entrando en la sala del concierto con su vestido blanco y sus joyas y su larga melena, como si fuera una princesa de cuento..., todo muy bien y muy bonito para ella, por ser quien es, pero no para nosotros.

—Pero ¿qué tiene que ver ella con nada?

—Archibald se ha casado con ella.

A pesar de que Barbara era perfectamente consciente de que estaba bajo la penetrante mirada de la señorita Corny, y a pesar de sus denodados esfuerzos por mantener la calma, su rostro se vació de color y quedó de un blanco espectral. Pero, como había hecho antes la señorita Carlyle, intentó buscar refugio en la negación.

—No es cierto, Cornelia.

—Es totalmente cierto. Se casaron ayer en Castle Marling, los casó el capellán de lord Mount Severn. Si me hubiera enterado antes y hubiera podido llegar a tiempo, quizá habría podido separarlos. Y lo habría intentado, aunque hubiera llegado terminada la ceremonia, pero —añadió con hiriente franqueza— ayer era una cosa y hoy es otra muy distinta, y, por supuesto, ahora ya no se puede hacer nada.

—Perdóneme un instante —dijo Barbara con un hilo de voz—. Olvidé darles a los sirvientes una orden que me dijo mamá.

¡Una orden para los sirvientes! Subió rápidamente a su dormitorio, cerró

la puerta tras ella y se arrojó al suelo doblada por la más profunda tristeza. La niebla se había despejado, se habían caído las escamas que cubrían sus ojos. Ahora veía con claridad que había alimentado falsas e ilusorias esperanzas en su pasión casi idólatra por Archibald Carlyle, quien jamás había sentido nada hacia ella. La noche anterior, parte de cuyas horas ella había pasado despierta sumida en sus dulces fantasías, ¡había sido la noche en que él se había casado! La desesperación le arrancó un gemido largo y agudo. Barbara levantó los brazos al cielo y cerró sus doloridos ojos; sabía que desde ese momento la alegría había desaparecido de su vida.

Su grito fue más fuerte de lo que había creído y una de las doncellas, que pasó frente a la puerta, la abrió con cuidado y miró dentro de la habitación. Vio a Barbara en el suelo, claramente angustiada y sufriendo un dolor que, no por ser mental, era menos intenso. La criada juzgó que era inoportuno interrumpirla en ese momento y rápidamente volvió a cerrar la puerta.

El clic del cerrojo hizo que Barbara volviera en sí; la trajo de vuelta a la realidad, a la necesidad de sobreponerse, al menos en apariencia, al dolor que sentía. Se levantó del suelo, bebió un vaso de agua, se arregló mecánicamente el cabello y se esforzó por destensar el ceño, contraído por el dolor. Se obligó, en suma, a recuperar la compostura y simular calma.

—¡Se ha casado con otra! ¡Se ha casado con otra! —gimió entre dientes mientras bajaba las escaleras—. Y esa otra es ¡ella! ¡Oh, sé fuerte, Barbara! ¡Oh, disimula al menos frente a su hermana!

Cuando entró de nuevo en la sala de estar tenía incluso una sonrisa en los labios. La señorita Carlyle reemprendió su retahíla de quejas sin demora, como si quisiera compensar los pocos minutos pasados en obligado silencio.

—Como que estoy aquí hablando contigo que habría intentado que lo declararan loco y lo ingresaran en un manicomio, si hubiera sabido lo que tramaba. Y se lo he dicho tal cual a Dill. Mejor que esté encerrado con los dementes un par de años, sin hacer daño a nadie, que verlo libre y dedicado a su aventura insensata. Siempre creí que no se casaría nunca; le he prevenido contra ello desde antes de que aprendiera a caminar.

—No hacen buena pareja —dijo Barbara.

—Hacen tan buena pareja como la Bella y la Bestia del cuento infantil. Ella es una belleza de la aristocracia, criada para vivir con muchos gastos, entre joyas, banquetes y espectáculos, y él, un... un... un... abogado feo como

un oso, como la bestia del cuento.

Si Barbara se hubiera sentido menos desgraciada, se habría echado a reír. La señorita Carlyle continuó:

—Ya he tomado una determinación. Voy a ir a East Lynne mañana mismo y despedir a esos cinco criados dandis. Estuve allí el sábado y vi a tres doncellas, muy arregladas, con vestidos de carísima muselina de lana* y lazos de color melocotón en los sombreros, y los hombres iban vestidos con chaquetas a rayas y jugaban a ser mayordomos. ¡Ay, si hubiera sabido que eran los sirvientes de Archibald, que no habían sido contratados por los Carew!

Barbara no dijo nada.

—Iré y los despediré a todos, y yo me mudaré con mis criados a East Lynne, y pondré mi casa en alquiler completamente amueblada. Habrá muchos gastos por los extravagantes hábitos de esa mujer, demasiados para mantener dos casas. Y, además, ¿qué casa va a tener Archibald en East Lynne si dejo que la lleve esa niña ignorante, tonta, enojada y con ricitos?

—Pero ¿qué dirá ella?

—Si no le gusta, que se aguante —contestó la señorita Carlyle—. Y ahora que ya te he contado las nuevas, Barbara, me vuelvo a casa. Casi habría preferido decirte que lo habíamos tenido que meter en el ataúd.

—¿Está usted segura de que no está celosa? —preguntó Barbara, que cedió a un impulso incontrolable.

—Quizá lo esté —contestó la señorita Carlyle con aspereza—. Quizá, cuando hayas criado a un muchacho como yo he criado a Archibald, y no hayas amado a nadie más en el mundo, ni cerca ni lejos, también tú estarás celosa al descubrir que te descarta con despreciable indiferencia y toma una joven esposa que es más para él de lo que tú jamás has sido.

Capítulo 14: El asombro del conde

El anuncio del matrimonio en los periódicos fue la primera noticia que lord Mount Severn tuvo del enlace. Se quedó menos conmovido que la señorita Corny, pero regresó inmediatamente a Inglaterra en el primer vapor que zarpó ese día y, por tanto, no recibió la carta de su esposa en la que ella le daba su versión de lo sucedido. Se encontró con el señor Carlyle y lady Isabel en Londres, donde estaban pasando un par de días en un hotel del West End. Isabel estaba sola cuando anunciaron la llegada del conde.

—¿Qué significa esto, Isabel? —espetó él, sin perder tiempo en saludos—. ¡Te has casado!

—Sí —respondió con un sonrojo encantador e inocente—. Hace unos días.

—¡Y con Carlyle, el abogado! ¿Cómo ha podido pasar?

Isabel empezó a pensar en cómo había sucedido, para poder dar una respuesta razonablemente clara.

—Me lo pidió —dijo—. Y yo dije que sí. Vino a Castle Marling durante Semana Santa y me pidió que me casara con él. Fue una sorpresa para mí.

El conde la escrutó atentamente.

—¿Por qué me has mantenido a oscuras sobre esto, Isabel?

—No sabía que le había mantenido a usted a oscuras. El señor Carlyle le escribió a usted, y también lady Mount Severn.

Lord Mount Severn, sin embargo, claramente parecía no haber sabido nada del matrimonio.

—Supongo que esto viene —reflexionó en voz alta— de que tu padre

dejara que el caballero viniera a diario a East Lynne. Así te debiste enamorar de él.

—No, ni mucho menos —respondió ella, divertida—. Enamorarme del señor Carlyle era una idea que no se me pasó por la cabeza.

—Entonces, ¿no le amas? —preguntó abruptamente el conde.

—No —susurró ella, tímidamente—. Pero me gusta mucho, de verdad, mucho. ¡Y es tan bueno conmigo!

El conde se acarició el mentón y meditó. Isabel había destruido la única conclusión a la que había podido llegar durante el trayecto en cuanto a los motivos de aquel matrimonio.

—Si no amas al señor Carlyle, ¿cómo tienes la capacidad de distinguir tan claramente entre «gustar» y «amar»? ¡No me dirás que amas a otro!

La pregunta acertó en el centro de la diana, e Isabel se ruborizó.

—Con el tiempo, amaré a mi marido —fue lo que pudo responder; luego bajó la cabeza y jugueteó nerviosamente con la leontina de su reloj.

—¡Pobrecita niña! —exclamó involuntariamente el conde. Pero era un hombre a quien le gustaba llegar al fondo de las cosas—. ¿Quién ha estado en Castle Marling desde que me marché? —preguntó abruptamente.

—La señora Levison.

—Me refería a caballeros. A hombres jóvenes.

—Solo Francis Levison —respondió ella.

—¡Francis Levison! ¡No habrás sido tan insensata como para enamorarte de él!

La pregunta fue tan incisiva, tan abrupta, y la incomodidad de Isabel tan grande, que no pudo ocultar su confusión y el conde no tuvo necesidad de que contestara. La piedad se abrió paso en su dura mirada al contemplar el rostro confundido de aquella bella joven.

—Isabel —empezó a decir, muy serio—, el capitán Levison no es un buen hombre. Si has tenido alguna la tentación de pensar que lo era, expulsa esa idea y mantenlo siempre a cierta distancia. Deja de verlo y no lo animes a acercarse a ti.

—Ya he dejado de verlo —dijo Isabel—, y no lo volveré a ver. Pero lady Mount Severn debe tenerle en buena consideración o no lo habría invitado.

—No, ella tampoco tiene buen concepto de él. Nadie tiene un buen

concepto de Francis Levison —fue la significativa respuesta del conde—. Es su primo y uno de esos aduladores sin nada en la cabeza, de los que ella gusta tanto en rodearse. Sé inteligente, Isabel, y hazme caso. Pero, sea como sea, esto no resuelve el enigma de tu matrimonio con Carlyle. Al contrario: lo hace todavía más inexplicable. Debe de haberte obligado a casarte con él.

Antes de que Isabel pudiera contestar, el señor Carlyle entró en la habitación. Ofreció su mano al conde, que pareció no verla.

—Isabel —dijo él—, lamento tener que pedirte que te ausentes, pues supongo que solo tienes esta sala de estar, pero tengo que hablar con el señor Carlyle.

Cuando ella hubo salido, el conde dio media vuelta y se encaró con el señor Carlyle. Le habló en un tono severo y altivo.

—¿Cómo explica usted este matrimonio, caballero? ¿Acaso desconoce lo que es el honor hasta tal punto que considera correcto entrometerse de esta manera en mi familia y casarse clandestinamente con lady Isabel Vane aprovechando que yo estoy ausente?

El señor Carlyle se quedó perplejo, pero no confundido. Se irguió hasta desplegar toda su estatura y parecía tan indómito, y mucho más noble, que el aristócrata.

—Milord, no entiendo qué quiere decir.

—He hablado muy claro. No es otra cosa que un matrimonio clandestino aquel en el que un hombre se aprovecha de la ausencia del guardián de la muchacha para engañarla y seducirla de modo que acepte un enlace por debajo de su condición.

—No ha habido nada clandestino en mi conducta hacia lady Isabel Vane y en mi conducta hacia lady Isabel Carlyle no habrá jamás nada deshonroso. Milord, alguien le ha informado mal.

—Nadie me ha informado de nada —restalló el conde—. Lo que he sabido, lo he sabido por los periódicos; yo, el único pariente de lady Isabel.

—Cuando le propuse matrimonio a lady Isabel...

—Hace solo un mes —interrumpió sarcásticamente el conde.

—Hace solo un mes —repitió con calma el señor Carlyle—, lo primero que hice, después de que aceptara mi propuesta, fue escribirle a usted. Imagino que no debió recibir mi carta, si la primera noticia de nuestro matrimonio le ha llegado por los periódicos, lo que supongo que le exime de

la descortesía de no haberme contestado.

—¿Qué decía esa carta?

—Le explicaba lo que había ocurrido, le explicaba lo que yo podía aportar al matrimonio y le comunicaba que tanto Isabel como yo deseábamos que la ceremonia tuviera lugar lo antes posible.

—Le ruego que me diga a qué dirección envió la carta.

—Lady Mount Severn no me dio la dirección. Me dijo que, si le entregaba a ella la carta, ella se encargaría de enviársela a usted, pues recibía noticias de usted a menudo. Le entregué la carta y no volví a saber nada más del tema hasta que la condesa me envió un mensaje, en una de las cartas de Isabel, en el que me decía que, como no había usted contestado, significaba que aprobaba la boda.

—¿De verdad espera usted que me crea eso?

—¡Milord! —replicó con frialdad el señor Carlyle—. Sean cuales sean los defectos que usted considere que tengo, nadie puede discutir que soy un hombre sincero. Hasta este momento jamás se me ocurrió pensar que usted ignorase que nos íbamos a casar.

—En ese caso, le pido disculpas, señor Carlyle. Pero sigo sin entender cómo se ha llegado a este matrimonio. ¿Por qué ha ido todo con una prisa tan indecorosa? Usted le propuso matrimonio en Semana Santa, me dice Isabel, y se casó con ella tres semanas después.

—Y me habría casado con ella y me la habría llevado conmigo el mismo día en que aceptó mi propuesta, si hubiera sido factible —repuso el señor Carlyle—. He actuado en todo momento poniendo por delante su comodidad y felicidad.

—¡No me diga! —repuso el conde, que regresó a su tono desagradable—. Pues póngame usted al día de los hechos y de los motivos que le impulsaron.

—Le advierto que los hechos no le resultarán agradables, lord Mount Severn.

—Permítame que sea yo quien lo juzgue.

—Asuntos de trabajo me llevaron a Castle Marling el Viernes Santo. Al día siguiente pasé a visitar su casa, como era natural, dado que tanto usted como Isabel me habían invitado a hacerlo. De hecho, habría sido de mala educación no hacerlo. Al llegar, me encontré con que Isabel había sido maltratada y era infeliz. Lejos de disfrutar de un hogar feliz en su casa...

—¡Cómo se atreve, señor! —interrumpió el conde—. ¡Maltratada e infeliz, en mi casa!

—Maltratada, incluso agredida, milord.

El conde se quedó petrificado mirando al señor Carlyle.

—Me enteré, no por boca de ella, sino conversando con su hijo pequeño; Isabel, por supuesto, jamás lo habría dicho, pero, cuando el niño lo reveló, no pudo negarlo. En breve, estaba demasiado dolida, demasiado desmoralizada, para negarlo. Me indigné. Surgió en mí un deseo irrefrenable de liberarla de esa vida tan cruel y llevarla a donde pudiera encontrar afecto y, según espero, felicidad. Solo había una forma de hacerlo, así que me arriesgué. Le pedí que se convirtiera en mi esposa y que volviera conmigo a East Lynne.

El conde se recuperó lentamente de su estupefacción.

—Entonces... ¿Trata usted de decirme que, cuando fue a visitar aquel día mi casa, no tenía la menor intención de proponerle matrimonio a Isabel?

—Ni la más mínima. Fue un acto repentino provocado por las circunstancias en que la encontré.

El conde empezó a caminar por la habitación, todavía perplejo y obviamente alterado.

—¿Me permite preguntarle si la ama? —dijo abruptamente.

El señor Carlyle hizo una pausa antes de hablar y se ruborizó.

—Esos son sentimientos que en rara ocasión un hombre reconoce frente a otro, lord Mount Severn, pero le contestaré. Sí, la amo, apasionada y sinceramente. Aprendí a amarla en East Lynne, pero habría llevado mi amor en silencio el resto de mi vida, sin hablar jamás de él, de no haber sido por aquella inesperada visita a Castle Marling. Si antes la idea de hacerla mi esposa se me antojaba imposible era porque consideraba que su rango era incompatible con el mío.

—Y lo era —dijo el conde.

—Abogados de provincias se han casado antes con aristócratas —apuntó el señor Carlyle—. Yo solo añado otro más a la lista.

—Pero supongo que no podrá mantenerla como merece la hija de un conde.

—East Lynne será su casa. Nuestro hogar será pequeño y tranquilo, comparado con el de su padre. Le expliqué a Isabel lo tranquilo que sería

desde el principio y podría haberse retractado entonces, de haberlo deseado; también se lo expliqué con detalle a lady Mount Severn. East Lynne pasará a nuestro hijo mayor, si tenemos hijos. Mi profesión es muy lucrativa y mis ingresos son buenos; si yo muriera mañana, Isabel disfrutaría de East Lynne y de unas tres mil libras anuales. Estos detalles figuraban en la carta que parece que se ha perdido por el camino.

El conde no contestó de inmediato; estaba absorto en sus pensamientos.

—Espero que milord tenga claro ahora que no ha habido nada «clandestino» en mi trato con lady Isabel.

Lord Mount Severn le extendió la mano.

—No le estreché la mano cuando entré, señor Carlyle, como bien debió notar. Quizá ahora no quiera ofrecérmela, pero, si lo hace, me sentiré orgulloso de estrechársela. Cuando me equivoco, soy el primero en reconocerlo. Por lo tanto, déjeme que le diga que, en mi opinión, se ha comportado usted bondadosa y honorablemente.

El señor Carlyle sonrió y estrechó la mano que le tendía el conde. Este prolongó el apretón y le dijo, en un susurro:

—Por supuesto, me resulta imposible ignorar que, al hablar del maltrato a Isabel, ha aludido usted a mi esposa. ¿Lo sabe alguien más?

—Puede estar usted seguro de que ni Isabel ni yo lo mencionaremos nunca: lo desterraremos de nuestra memoria. Haga como si no lo hubiera oído; es agua pasada.

—Isabel —dijo el conde, al marcharse esa noche, pues se quedó a pasar el resto del día con ellos—. Llegué esta mañana preparado para enfrentarme a tu marido y me marché prodigándole elogios. Sé una esposa buena y fiel, pues lo merece.

—Por supuesto que lo seré —respondió ella, sorprendida por la admonición.

Lord Mount Severn continuó su viaje hasta Castle Marling y allí tuvo una tormentosa conversación con su esposa, tan tormentosa que el estruendo llegó a oídos del servicio. Se marchó de nuevo ese mismo día, enfadado, en dirección a Mount Severn.

—Tiene tiempo de sobra para tranquilizarse antes de que nos veamos en Londres —fue el comentario de milady.

Capítulo 15: Vuelta a casa

La señorita Carlyle hizo exactamente lo que anunció que iba a hacer. Se mudó de su casa a East Lynne con Peter y dos de sus criadas. A pesar de las protestas del señor Dill, despidió a los sirvientes contratados por el señor Carlyle, excepto a un criado. Podría haber mantenido a una de las doncellas de no haber sido por el episodio de la muselina de lana y los sombreros con cintas color melocotón, pues al final, a pesar de sus prejuicios, se impuso el sentido común y comprendió que llevar East Lynne iba a requerir más criados que los que había tenido en casa.

Un viernes por la noche, más o menos un mes después de la boda, el señor Carlyle y su esposa llegaron a casa. Se los esperaba; la señorita Carlyle salió a recibirlos y aguardó en la cima de las escaleras, entre las columnas del pórtico. Un elegante carruaje tirado por cuatro caballos se acercó por el camino de entrada y la señorita Carlyle se mordió los labios al verlo. Se había puesto un elegante vestido de seda oscura y un sombrero nuevo. Había tenido tiempo suficiente para disipar su ira durante el mes pasado y decidido que lo más sensato sería sacar el máximo partido a la nueva situación. El señor Carlyle subió los escalones con Isabel.

—Cornelia, ¡qué amable venir a recibirnos! ¿Cómo estás? Isabel, te presento a mi hermana.

Lady Isabel le ofreció la mano y la señorita Carlyle aceptó tocarle las yemas de los dedos.

—Espero que esté bien, señora —dijo, un poco abruptamente.

El señor Carlyle las dejó y volvió a por unas cosas del carruaje. La

señorita Carlyle llevó a Isabel a una sala en la que todo estaba dispuesto para servir la cena.

—¿Quiere subir y cambiarse antes de cenar, señora? —dijo a lady Isabel con el mismo tono abrupto con que la había recibido.

—Sí, gracias. Iré a mi habitación, pero no será necesaria la cena. Ya hemos cenado.

—Entonces, ¿qué le apetece tomar? —preguntó la señorita Corny.

—Un poco de té, por favor. Tengo mucha sed.

—¡Té! —exclamó la señorita Corny—. ¡Té, a estas horas! No creo que haya agua hirviendo y, además, no pegará ojo en toda la noche, señora, si bebe té a las once.

—Oh, pues entonces nada —dijo lady Isabel—. No importa. No quiero ser una molestia.

La señorita Carlyle salió de la sala, sin que nadie supiera por qué, y en el vestíbulo se cruzó con Marvel. No se dijeron nada, pero cruzaron una mirada sombría. Marvel era elegante y llevaba un vestido de cinco volantes, velo y parasol. Mientras tanto, Isabel se sentó y se puso a sollozar. Sentía un gran disgusto: no tenía la sensación de volver a casa al entrar en East Lynne. El señor Carlyle se acercó a ella y la vio de esa guisa.

—¡Isabel! —dijo, asombrado, mientras se acercaba a ella—. Querida, ¿qué te pasa?

—Solo estoy cansada, creo —respondió gentilmente—, y volver me ha hecho pensar en papá. Me gustaría ir a mi habitación, Archibald, pero no sé cuál es.

Tampoco lo sabía el señor Carlyle, pero la señorita Carlyle apareció de nuevo y dijo:

—La mejor habitación, la que está junto a la biblioteca. ¿Acompaño a milady?

El señor Carlyle quería acompañarla y ofreció el brazo a Isabel. Ella se puso el velo sobre la cara al pasar frente a la señorita Carlyle.

Los candelabros no estaban encendidos y la habitación parecía fría e incómoda.

—Parece que reina el caos en esta casa —dijo el señor Carlyle—. Supongo que los criados no entendieron mi carta y no nos esperaban hasta

mañana por la noche.

—Archibald —dijo ella, mientras se quitaba el tocado—. Estoy muy cansada y... y... baja de moral, ¿puedo desvestirme y quedarme en el dormitorio esta noche?

Él la miró y sonrió.

—¿Que si puedes quedarte? Por supuesto que sí. ¿Te has olvidado de que esta es tu casa? Espero que sea un hogar feliz para ti, sé que lo será, querida: me esforzaré en que así sea.

Ella se inclinó sobre él y sollozó. Él sobrellevó tiernamente el ataque de tristeza de su esposa y la calmó con suaves besos en las mejillas para que recuperara la compostura. Oh, sus palabras eran sinceras; deseaba fervientemente hacer feliz a esa bella flor que había ganado, pero, ¡ay!, podría no conseguirlo si no se emancipaba del dominio de su hermana. Isabel no lo amaba, eso lo sabía bien, pero la joven albergaba día y noche la sincera esperanza de aprender a amarlo; sabía que él lo merecía.

Oyeron la voz de Marvel e Isabel se volvió; vertió un poco de agua en el lavamanos y se limpió la cara y los ojos. No quería que Marvel, que en esos momentos estaba ocupada dando enérgicas órdenes sobre cierto baúl, viera lo triste que estaba.

—¿Qué querrás tomar, Isabel? —preguntó el señor Carlyle—. ¿Un poco de té?

—No, gracias —contestó ella al recordar la respuesta de la señorita Carlyle.

—Pero debes beber algo. En el carruaje dijiste que tenías mucha sed.

—Con agua bastará..., será lo mejor, quiero decir. Marvel me la traerá.

El señor Carlyle salió del dormitorio y la doncella desvistió a su señora en un silencio total, pues la criada estaba secretamente furiosa y se sentía agraviada. Marvel se consideraba la criada peor tratada. Desde la boda había empezado a crecer su ira, pues nadie la había tenido en cuenta en el viaje de bodas. Eso ya era malo de por sí, pero ahora, al llegar a casa, había descubierto que no había servicio ni criados de rango superior: ni ama de llaves ni mayordomo; como bien decía, no había nadie. Peor todavía, ya había tenido con la señorita Carlyle un encontronazo. En el vestíbulo Marvel llamaba para que alguien viniera a llevar un pequeño bulto que contenía, de hecho, el tocador de su señora, y la señorita Carlyle le dijo que lo subiera

ella misma. De no haber sabido quién era aquella mujer, la indignación habría hecho que Marvel le tirara el tocador a la cabeza.

—¿Desea alguna cosa más la señora?

—No —dijo lady Isabel—. Puedes retirarte.

Isabel, vestida con su traje de estar por casa y los pies dentro de cálidas zapatillas, se sentó a leer un libro y Marvel le deseó buenas noches y se retiró. El señor Carlyle, mientras tanto, buscó a su hermana, quien, al ver que era la única que iba a cenar, se servía un ala de pollo. Ese día había elegido cenar tarde.

—Cornelia —empezó él—, no entiendo nada. No encuentro por ninguna parte a mis sirvientes y, sin embargo, están aquí los tuyos. ¿Dónde están los míos?

—Los eché —dijo la señorita Carlyle con su estilo rotundo y descortés.

—¡Que los echaste! —exclamó el señor Carlyle—. ¿Y por qué, si puede saberse? Tengo por cierto que eran criados excelentes.

—¡Excelentísimos! ¡Vamos, como que ellas iban vestidas con trajecitos monísimos de muselina de lana un sábado por la mañana, y sombreros con lazos melocotón, para colmo! No te vuelvas a meter en asuntos domésticos, Archibald, porque te toman el pelo. Córdame un trozo de lengua.

—Pero ¿qué han hecho mal? —insistió él, mientras le cortaba la carne.

—Archibald Carlyle, ¿cómo has sido tan incauto de ponerte en evidencia como lo has hecho? Si te tenías que casar, ¿no había jovencitas de sobra en tu esfera social...?

—Para —la interrumpió—. Te escribí una explicación detallada de mi proceder, Cornelia; no te oculté nada que necesitaras conocer. No estoy dispuesto a debatir sobre el tema y, perdóname, pero debes comprenderlo. Volvamos al asunto de mis criados. ¿Dónde están?

—Hice que se marcharan porque no eran más que cargas superfluas —añadió ella apresuradamente, para evitar que la interrumpiera—. Tenemos cuatro en la casa, y milady ha traído a una doncella más, según veo, con lo que ya hay cinco. Me he mudado a vivir aquí.

El señor Carlyle se sintió acorralado. Siempre se había doblegado a la voluntad de la señorita Corny, pero tenía el convencimiento de que tanto él como su esposa estarían mejor sin ella.

—¿Y tu casa? —exclamó.

—La he alquilado amueblada: los nuevos inquilinos entraron hoy mismo. No puedes echarme de East Lynne a la calle, Archibald, ni a otra casa amueblada, pues habría gastos de más de vivir en casas separadas. Además, la mayoría de la gente estaría encantada con la perspectiva de que yo viva aquí. Tu esposa será la señora, no pretendo quitarle ese honor, pero le ahorraré un montón de problemas en la gestión doméstica y le seré extremadamente útil como ama de llaves. Ella no tiene ninguna experiencia y lo agradecerá; me atrevo a decir que no ha dado una orden doméstica en su vida.

El señor Carlyle no había considerado ese punto de vista y, al planteárselo su hermana de forma tan razonada, empezó a pensar si realmente lo mejor no sería que todos convivieran en la casa. Sentía una gran reverencia por el juicio de su hermana, pues la fuerza del hábito es muy fuerte en todos nosotros. Sin embargo..., algo le hacía seguir indeciso.

—Ciertamente hay sitio para ti en East Lynne, Cornelia, pero...

—Demasiado —terció la señorita Corny—. Creo que con una casa la mitad de grande que esta estaríamos todos contestos y aún sería bastante grande y elegante para lady Isabel.

—East Lynne es mía —dijo el señor Carlyle.

—Y tuya tu locura —repuso la señorita Cornelia.

—Y, respecto a los sirvientes —prosiguió el señor Carlyle, que ignoró el último comentario—, ciertamente tendré tantos como considere necesarios. No puedo ofrecerle a mi mujer una vida de esplendor, pero tengo intención de darle una vida cómoda. Los caballos y carruajes necesitarán un hombre...

La señorita Corny sintió que le venía un vahído.

—¿De qué diantres hablas?

—He comprado un bonito carruaje en Londres y un par de ponis para tirar de él. El carruaje en el que llegamos es un regalo de lord Mount Severn. De momento, valdrá con caballos de posta, pero...

—¡Oh, Archibald! ¡Qué pecado!

—¡Pecado! —repitió el señor Carlyle.

—El despilfarro es el padre de la pobreza. Te lo enseñé cuando eras niño. Ser ahorrativo es una virtud y dilapidar el dinero es un pecado.

—Será un pecado gastar lo que no te puedes permitir. Pero gastar sensatamente no es dilapidar, y no es pecado. No temas, Cornelia, que vaya a vivir por encima de mis posibilidades.

—Solo te falta decir que es mejor el bolsillo vacío que lleno —contestó enfadada la señorita Carlyle—. ¿Compraste tú ese piano que ha llegado?

—Fue mi regalo a Isabel.

La señorita Corny emitió un quejido.

—¿Cuánto ha costado?

—El precio no tiene importancia. El piano viejo que había aquí era malo y he comprado uno mejor.

—¿Cuánto ha costado? —repitió la señorita Carlyle.

—Ciento veinte guineas —respondió él. La obediencia a la voluntad de su hermana seguía muy arraigada en él.

La señorita Corny levantó las manos y la mirada al cielo. En ese momento Peter entró con el agua caliente que había pedido su señor. El señor Carlyle se levantó y miró el aparador.

—¿Dónde está el vino, Peter?

El sirviente sacó jerez y oporto. El señor Carlyle bebió un vaso y procedió a mezclar vino y agua.

—¿Quieres que te mezcle un poco, Cornelia? —preguntó.

—Ya me lo mezclaré yo, si me apetece. ¿Para quién es eso?

—Para Isabel.

Se marchó de la sala con el vino aguado y fue al dormitorio de su esposa. Ella parecía medio enterrada en el sillón, con el rostro escondido entre los cojines. Cuando emergió, se dio cuenta de que estaba nerviosa y preocupada. Le brillaban los ojos y su cuerpo temblaba.

—¿Qué sucede? ¿Estás bien? —se apresuró a preguntar.

—Me he puesto nerviosa después de que Marvel se marchara —susurró, y se aferró a él como para protegerse del miedo—. No he encontrado la campana y eso me ha puesto peor, así que he vuelto a la silla y me he tapado la cabeza con cojines, con la esperanza de que alguien subiera.

—Yo estaba hablando con Cornelia. Pero ¿qué te ha puesto tan nerviosa?

—¡Oh! Una tontería. Me venían pensamientos espantosos, sin poder evitarlo. Lo siento, Archibald. Esta es la habitación en la que murió papá.

—¡No tienes nada que sentir, querida! —dijo él, con profundo sentimiento.

—Recordé una historia horrible sobre murciélagos que me contaron los sirvientes..., no sabrás de qué te hablo; y me dije: «Imagina que estuvieran en las ventanas ahora, tras los postigos». Y luego me dio miedo mirar la cama: temí ver allí... ¡Te estás riendo!

Sí, sonreía; sabía bien que el mejor modo de enfrentar estos momentos de miedo y nervios es con humor. Le hizo beber el vino aguado, le mostró dónde estaba la campanilla y la hizo sonar para que viera que funcionaba. La habían movido de sitio durante las reformas de la casa.

—Mañana cambiaremos de habitación, Isabel.

—No, quedémonos en esta. Me gusta pensar que fue la de papá. No volveré a tener miedo.

Pero, mientras hablaba, sus actos traicionaban sus palabras. El señor Carlyle había ido a la puerta y la había abierto, y ella se lanzó hacia él y se encogió de miedo a su lado.

—¿Tardarás mucho en volver, Archibald? —susurró.

—Una hora como máximo —respondió él. Se giró hacia ella un poco y la acogió en un protector abrazo. Marvel venía por el pasillo en respuesta a la llamada.

—Por favor, ten la bondad de decirle a la señorita Carlyle que esta noche no volveré a bajar.

—Sí, señor.

El señor Carlyle cerró la puerta, miró a su mujer y se echó a reír. «Es muy bueno conmigo», pensó Isabel.

Con la mañana empezaron las perplejidades de lady Isabel Carlyle. Pero, en primer lugar, imagine el lector al grupo desayunando. La señorita Carlyle bajó con la sorprendente pinta que el lector conoce, se sentó y permaneció muy tiesa en su silla. El señor Carlyle fue el siguiente en bajar, y, por último, entró lady Isabel con un elegante vestido de medio luto* adornado con ligeros lazos negros.

—Buenos días, señora. Espero que haya dormido bien —fue el saludo de la señorita Carlyle.

—Muy bien, gracias —respondió ella, y se sentó frente a la señorita

Carlyle, quien le señaló la cabecera de la mesa.

—Ese es su sitio, señora. Si le parece bien, sirvo el café.

—Sí, muchas gracias —respondió lady Isabel.

Así que la señorita Carlyle procedió a cumplir con su deber, pero con austeridad y sin alegría. Casi había acabado el desayuno cuando entró Peter y dijo que había venido el carnicero y necesitaba saber el encargo de carne. La señorita Carlyle miró a lady Isabel, esperando, por supuesto, que decidiera qué carne pedir. Isabel estaba muda y confusa: nunca había hecho un pedido en su vida. Ignoraba por completo qué requería el mantenimiento de una casa y no sabía si sugerir que trajeran unas cuantas libras de carne o una vaca entera. La intranquilizadora presencia de la sombría señorita Corny la intimidaba. Si hubiera estado sola con su marido, habría dicho: «¿Qué debo pedir, Archibald, dime?». Peter esperaba respuesta.

—Un... Algo para asar y algo para hervir, si es tan amable —tartamudeó lady Isabel.

Había hablado en voz muy baja; la vergüenza y el ridículo hacen cobardes a los mejores de nosotros. El señor Carlyle repitió lo que había dicho su esposa. Él sabía tan poco de llevar una casa como ella.

—Algo para asar y algo para hervir, díselo al caballero, Peter.

La señorita Corny no pudo contenerse.

—¿Es usted consciente, lady Isabel, de que un encargo como ese confundirá al carnicero? ¿Quiere que haga los pedidos necesarios para hoy? El pescadero no tardará en llegar.

—¡Oh, sí, por favor! —dijo aliviada lady Isabel—. No estoy acostumbrada a encargarme de estas cosas, pero debo aprender. No sé nada de cómo llevar una casa.

La respuesta de la señorita Corny fue salir de la habitación. Isabel se levantó y, como un pájaro liberado de su jaula, se acercó a su marido.

—¿Has terminado, Archibald?

—Creo que sí, querida. ¡Oh! Me queda un poco de café. Ya está, ahora sí que he acabado.

—Vamos a dar un paseo por el jardín.

Él se levantó, la sujetó juguetonamente por su esbelta cadera y se quedó mirándola.

—Es como si me pidieras que viajara a la luna. Son más de las nueve y hace más de un mes que no paso por el despacho.

A ella se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¡Ojalá pudieras quedarte conmigo! ¡Ojalá pudieras estar siempre conmigo! East Lynne no será East Lynne sin ti.

—Estaré contigo tanto como humanamente pueda, querida —susurró—. Vamos, acompáñame por el parque hasta el camino.

Ella corrió a por su tocado, sus guantes y un parasol. El señor Carlyle la esperó en el vestíbulo y salieron juntos.

Le parecía que era un buen momento para hablar de su hermana:

—Desea vivir con nosotros —dijo—. No sé qué hacer. Por un lado, creo que te ahorraría el trabajo de llevar la casa; por otro, seríamos más felices solos.

El corazón de Isabel se encogió al pensar en la severa señorita Corny viviendo en su casa como una guardiana permanente, pero, refinada y sensible, considerada con los sentimientos de los otros hasta el exceso, no puso ninguna objeción. Lo que él y la señorita Carlyle decidieran le parecería bien, respondió.

—Isabel —dijo él, con la mayor sinceridad—, me gustaría que las cosas quedaran como tú prefirieras; es decir, deseo que todo se disponga como más te plazca y me encargaré de que así sea. Mi principal objetivo en la vida es tu felicidad.

Lo decía con total honestidad, Isabel lo sabía, y pensó que, con él a su lado, como amoroso protector, la señorita Carlyle no podría enturbiar la tranquilidad de su vida.

—Deja que se quede, Archibald, no nos molestará.

—En cualquier caso, podemos probar un mes o dos y ver qué tal va —comentó él, pensativo.

Llegaron a las puertas del parque.

—Me gustaría poder ir contigo y ser tu empleada —dijo ella, que no quería soltarle la mano—. Así no tendría que recorrer sola el trayecto de vuelta.

Él se rio y negó con la cabeza. Le dijo que intentaba sobornarlo para que la acompañara de vuelta, pero que no podía ser. Y, tras despedirse, se alejó

por el camino.

Isabel paseó de vuelta a la casa y, una vez allí, vagó por las habitaciones: parecían solitarias, su aspecto era muy distinto del que habían tenido en tiempos de su padre. En su vestidor encontró a Marvel, que deshacía el equipaje. La criada se levantó en cuanto vio a lady Isabel.

—¿Puedo hablar con usted un momento, por favor, milady?

—¿Qué sucede?

Marvel contó todo lo que hasta entonces había callado. Que se temía que una casa con tan poco servicio no era adecuada para ella, y que, si milady no tenía inconveniente, querría marcharse cuanto antes, a ser posible ese mismo día. Anticipándose a la respuesta, no había aún deshecho su equipaje.

—Ha habido una confusión con los sirvientes, Marvel, pero se remediará lo antes posible. Y ya te dije, antes de casarme, que el servicio que tendría el señor Carlyle sería limitado.

—Milady, quizá pudiera acostumbrarme a eso, pero no veo cómo puedo quedarme en la casa con... —Marvel había estado a punto de decir «con esa tipa», pero recordó a tiempo con quién estaba hablando— con la señorita Carlyle. Me temo, milady, que nuestros caracteres son incompatibles, ambas tenemos mucho temperamento y no haríamos más que pelearnos. No me quedaría, señora, ni por todo el oro del mundo. Y si tengo que quedarme sin el salario del trimestre, pues que así sea. Así que espero que, cuando haya acabado de colocar las cosas de milady, me permita marcharme.

Lady Isabel no estaba dispuesta a rebajarse pidiéndole que se quedara, pero se preguntó cómo iba a arreglarse sin doncella de cámara. Se acercó al escritorio y lo abrió.

—¿Cuánto se te debe? —preguntó.

—¿Hasta el final del trimestre, milady? —dijo Marvel, en tono brusco.

—No —contestó fríamente lady Isabel—. Hasta hoy.

—No he tenido tiempo de pensarlo, milady.

Lady Isabel tomó papel y lápiz, hizo las cuentas y dejó el dinero en oro y plata sobre la mesa.

—Es más de lo que mereces, Marvel —dijo—, y más de lo que te habrían dado en la mayoría de las casas. Deberías haberme avisado con el tiempo acostumbrado.

Marvel se echó a llorar y empezó a encadenar una retahíla de excusas. Nunca habría dejado a la buena señora de no ser por las circunstancias tan nefastas, y esperaba que la señora no se negara a atestiguar su carácter en futuras referencias. Lady Isabel se marchó de la habitación y la dejó con la palabra en la boca y, al cabo de unas horas, ese mismo día, Marvel se marchó, vituperada por Joyce, que le preguntó si no le daba vergüenza marcharse así.

—No he podido hacer otra cosa —repuso Marvel—. Siento tener que dejarla; es una joven agradable a la que servir.

—Pues en tu lugar yo lo habría tenido más en cuenta —restalló Joyce—, y no me habría ido de mala manera del servicio de una buena señora.

—Quizá tú no lo habrías hecho —repuso Marvel, altiva—, pero mis sentimientos son más delicados que los tuyos y soportan mal los abusos. No hay forma de que vivamos en la misma casa esa mujer, que parece un palo de quitar telarañas, y yo. Vamos, ¡si hay en las casetas de feria mujeres más normales que ella!

Y así se fue Marvel. Y, cuando lady Isabel fue a su habitación a vestirse para la comida, Joyce entró a ayudarla.

—No estoy acostumbrada a los deberes de una doncella de cámara —dijo—, pero la señorita Carlyle me ha enviado, milady, para que la ayude en cuanto pueda, si usted me lo permite.

Isabel pensó que era un detalle por parte de la señorita Carlyle.

—Y, si me confía las llaves de sus cosas, también me encargaré de ellas, milady, hasta que tenga una criada personal —continuó Joyce.

—No sé dónde están las llaves —respondió Isabel—. Nunca las he guardado yo.

Joyce hizo lo que pudo y lady Isabel bajó. Eran casi las seis de la tarde, hora de cenar, y paseó hasta las puertas del jardín con la esperanza de encontrar allí al señor Carlyle. Salió un momento al camino y miró en dirección a West Lynne, pero no lo vio venir, así que dio media vuelta y se sentó bajo un frondoso árbol con vistas al camino. Hacía muy buen tiempo para ser finales de mayo.

Al cabo de media hora, el señor Carlyle llegó a la puerta, la cruzó y, al caminar por el gran jardín, se topó con su mujer, dormida, con la cabeza apoyada en la corteza del árbol. Su tocado y su parasol estaban a sus pies, se le había caído el pañuelo y parecía una adorable niña, con la boca

entreabierta, las mejillas arreboladas y su preciosa melena suelta. Era una imagen preciosa, y su corazón se aceleró al sentir que era suya. Una sonrisa asomó a sus labios mientras la miraba y, durante unos instantes, se olvidó de dónde estaba. Entonces, ella se despertó.

—¡Oh, Archibald! ¿Me he dormido?

—Sí, y te podrían haber secuestrado y apartado de mi lado. Y eso no podría soportarlo.

—No sé cómo me he podido dormir. Estaba esperándote.

—¿Qué has estado haciendo hoy? —le preguntó él.

Ella tomó el brazo que él le ofrecía y empezaron a caminar.

—Oh, no lo sé —suspiró—. He probado el piano nuevo y he estado mirando el reloj, deseaba que el tiempo pasara más rápido y tú llegaras a casa. Ya han llegado los ponis y el carruaje, Archibald.

—Lo sé, querida. ¿Has pasado mucho tiempo al aire libre?

—No, solo un rato, mientras te esperaba.

Y le contó lo que había pasado con Marvel. Él lo lamentó profundamente y le dijo que debía reemplazarla de inmediato. Isabel le dijo que conocía a una joven que había dejado el servicio de lady Mount Severn mientras ella estaba en Castle Marling; su salud era delicada y la casa de lady Mount Severn, un lugar demasiado duro para ella.

—Escríbele —dijo el señor Carlyle.

—Llegas más de media hora tarde a la cena —le espetó la señorita Corny a su hermano a modo de saludo nada más verlo entrar en el vestíbulo—. Y usted, señora, pensé que se había perdido en el jardín —añadió, dirigiéndose a Isabel.

¿Por qué diablos añadía ese cuestionable «señora» en las frases que le dirigía? Estaba fuera de lugar en todos los aspectos, teniendo en cuenta la edad y la juventud de Isabel. El señor Carlyle fruncía el ceño cada vez que lo oía, y Joyce estaba segura de que la señorita Corny lo hacía «con retintín». Él se apresuró a responder que no había podido salir antes de la oficina y fue a cambiarse. Isabel se apresuró a seguirlo, probablemente temiendo, si se quedaba, ser el objetivo de otra diatriba de la señorita Carlyle; pero, cuando llegó al vestidor de su marido, la puerta estaba cerrada y, no segura de sí misma como esposa, no se atrevió a abrirla. Cuando él regresó se la encontró apoyada contra la jamba de la puerta.

—¡Isabel! ¿Qué haces aquí?

—Te esperaba. ¿Estás listo?

—Casi. —La llevó hacia dentro, la acercó a él y la abrazó contra su pecho.

A la mañana siguiente hubo una explosión. El señor Carlyle ordenó que se preparara el carruaje de los ponis para ir a la iglesia, pero su hermana lo interrumpió.

—¡Archibald! ¿Cómo se te ocurre? No lo permitiré.

—¿Qué es lo que no vas a permitir? —preguntó el señor Carlyle.

—Que se saque a los animales un domingo. Yo soy una mujer religiosa, señora —añadió, y se volvió significativamente hacia Isabel—, y no puedo tolerar que se viaje en carruaje en domingo. A mí me enseñaron bien los mandamientos en la catequesis, lady Isabel.

Isabel no se sentía cómoda. Sabía que caminar hasta la iglesia de Saint Jude y volver del mismo modo con el calor la agotaría y no le permitiría hacer nada el resto del día, pero no se atrevió a ofender las creencias de la señorita Carlyle. Estaba de pie en la ventana con su marido y la señorita Carlyle, sentada a una mesa lejana, con la Biblia ante ella.

—Archibald, quizá si caminamos despacio no me hará daño —susurró suavemente.

Él sonrió y asintió y le susurró:

—Saldremos a las diez y media, estate preparada.

En cuanto Isabel salió de la sala, la señorita Corny espetó:

—Bien, ¿va a caminar o no?

—No. Es demasiado trecho y hace demasiado calor. No lo soportaría y, ciertamente, yo no voy a permitir que lo haga. Saldremos temprano. John enganchará los caballos y estaremos en la iglesia antes de que empiece la misa.

—¿Es que está hecha de cristal? ¿O de hielo y se puede derretir? —se mofó la señorita Corny.

—Es una flor tierna y gentil que he tomado en mi corazón y he jurado amar y proteger ante el Creador y, con su ayuda, eso exactamente haré.

Habló con un tono firme, casi tan duro como el de la señorita Corny, y se marchó de la estancia. La señorita Carlyle levantó la mano y se la llevó a la

sien, como si le doliera.

El bonito pequeño carruaje llegó ante la puerta e Isabel estaba lista. El señor Carlyle conducía lentamente por el polvoriento camino y se cruzaron con la señorita Corny, que caminaba protegiéndose del sol con un gran parasol. No se dignó a volverse a mirarlos.

De nuevo, como el año anterior, entre los congregados en la iglesia de Saint Jude la expectación era máxima. Esperaban ver la más lujosa elegancia en la nueva esposa, pero de nuevo se sintieron decepcionados, pues Isabel no había abandonado el luto por su padre. Lucía un vestido de fina gasa negra y su tocado tenía pequeñas flores negras por dentro y por fuera. El señor Carlyle tomó posesión por primera vez del banco de East Lynne y se sentó en el lugar que solía ocupar el conde. La señorita Corny no siguió su ejemplo y prefirió sentarse en su propio banco.

Allí estaba Barbara con el juez y la señora Hare. El rostro de la joven estaba gris y sombrío, algo de lo que ella era perfectamente consciente, pero que no podía controlar. Sus codiciosos ojos se escapaban hacia aquel rostro de singular belleza y adorable mirada sincera, ahora cobijado bajo la protección de aquel cuya protección ella había ansiado tanto tiempo. A la pobre Barbara no le aprovechó mucho la misa de ese domingo.

Acabado el servicio, salieron al patio de la iglesia y fueron a la esquina oeste, donde estaba la tumba de lord Mount Severn. Isabel, que tenía la cara cubierta por un velo, miró la inscripción de la lápida.

—Aquí no, querida, no es el momento —susurró el señor Carlyle, que la apretaba contra él al notar sus silenciosos sollozos—. Trata de calmarte.

—Parece que fue ayer cuando vino a la iglesia conmigo, y ahora... está...

El señor Carlyle la movió suavemente de modo que quedaron con las espaldas hacia el seto y hacia cualquier parroquiano rezagado que siguiera en el camino.

—Debería haber una barandilla que rodeaba la tumba —dijo ella al fin, tras imponerse a sus emociones.

—Yo pensé lo mismo, y se lo dije a lord Mount Severn, pero él era de otra opinión. Haré que la instalen.

—Costará mucho dinero —dijo ella.

El señor Carlyle volvió la mirada hacia ella, pues le sobresaltó el vago temor de haber escuchado las palabras de su hermana en boca de su esposa.

—Es un gasto que no dejaría de hacer por nada del mundo. Lo sabes bien, Isabel.

Él parecía muy alegre y, al mirarle a la cara, la expresión de sus ojos la hizo sonreír.

—Aquí viene John con el carruaje —dijo ella—. Vamos, Archibald.

Frente a las puertas del patio de la iglesia, hablando con la familia del rector, había varias damas, una de ellas, Barbara Hare. Vio cómo el señor Carlyle subía a su mujer al carruaje y vio que se alejaban. Al pasar a su lado, respondió a su saludo con una inclinación de cabeza, pero sus labios estaban blancos como la nieve.

—Hace tanto calor... —murmuró Barbara cuando quienes la rodeaban percibieron su palidez.

—¡Ah! Deberías haber vuelto a casa en el faetón con el señor y la señora Hare, como ellos te pidieron.

—Me apetecía caminar —repuso la desgraciada Barbara.

—¡Qué chica tan guapa! —dijo lady Isabel a su marido—. ¿Cómo se llama?

—Barbara Hare.

Capítulo 16: La revelación de Barbara Hare

Los carruajes con los notables del condado empezaron a llegar a East Lynne para visitar a los recién casados. Algunos aparecían con toda la pompa de tiaras y elegantes telas adornando el pescante de sus coches y criados con peluca y bastones con puño de oro; otros venían con cuatro caballos e incluso con escolta de jinetes. Es costumbre en algunas localidades ir precedido por jinetes cuando se realiza una visita ceremonial, y hay gente a quien le agrada la ostentación. El señor Carlyle podría haberse instalado en East Lynne sin necesidad de que se le prestaran estos honores, pero su matrimonio con lady Isabel lo había hecho ascender en la estima del condado. Entre los visitantes estaban el juez Hare con su esposa y su hija Barbara. Habían sacado el gran carruaje amarillo y uncido a él los caballos de cola larga; un carruaje que solo se sacaba en las ocasiones de Estado.

Isabel hablaba en ese momento con Joyce. Había desarrollado un gran afecto hacia aquella sencilla criada y le preguntaba si le gustaría continuar sirviéndola como doncella de cámara, pues la criada a la que había escrito no estaba bien de salud para trabajar.

El rostro de Joyce se iluminó de alegría al oír la propuesta.

—¡Oh, señora, es usted muy amable! Claro que me gustaría. La serviré fielmente lo mejor que pueda, y podría peinarla muy bien, si me dejara intentarlo. He estado practicando con mi pelo día y noche.

Isabel se echó a reír.

—Pero quizá la señorita Carlyle no esté de acuerdo en transferirte.

—Creo que lo estará, milady. Dijo ayer, o anteayer, que parecía que yo le gustaba a usted, y que bien podría quedarme con usted por completo mientras le siga cosiendo a ella sus vestidos. Lo que puedo hacer perfectamente, señora, porque servirla a usted es sencillo. Le hago los vestidos porque a ella le gustan, ¿sabe, milady?

—¿También los sombreros? —preguntó recatadamente lady Isabel.

Joyce sonrió.

—Sí, señora, siguiendo su patrón.

—Joyce, si vas a ser mi doncella de cámara, tendrás que llevar mejores sombreros.

—Lo sé, señora..., al menos tendrán que ser diferentes. Pero la señorita Carlyle es muy particular y solo permite que sus criados lleven cofias de muselina. Yo preferiría llevarlas de encaje blanco, milady; elegantes y pequeñas, quizá con un pequeño lazo blanco tejido.

—Son las mejores. No me gustaría que te volvieras fina como Marvel.

—¡Oh, señora! ¡Yo nunca seré fina! —se estremeció Joyce.

Joyce se disponía a exponer argumentos contra la finura cuando la interrumpieron los golpes en la puerta del vestidor. Joyce fue a abrir y vio a una de las criadas, una joven de West Lynne a la que habían contratado hacía poco. Isabel oyó su conversación:

—¿Está milady aquí?

—Sí.

—Hay unas visitas. Peter me ha dicho que venga a decírtelo. De verdad, Joyce, son los Hare, y ella ha venido. Lleva flores azules dentro del sombrero y una pluma blanca por fuera, tan larga como el deshollinador de Martha. La he visto al bajar del carruaje.

—Pero ¿quién?

—¿Cómo que quién? Pues la señorita Barbara. Imagínate venir aquí a visitar a los recién casados. Milady tiene que andarse con cuidado no sea que le acaben dando un tazón de veneno. El señor está fuera, de lo contrario, habría con gusto pagado un chelín por ver la reunión de los tres.

Joyce le dijo a la joven que se podía marchar, cerró la puerta y se volvió hacia su señora, sin ser consciente de que lo había oído todo.

—Dice Susan que hay unas visitas en la sala de estar, señora. El juez Hare

con su esposa y su hija, la señorita Barbara.

Isabel bajó mientras daba vueltas a las misteriosas palabras de Susan. El juez llevaba una peluca color paja que le confería un aspecto obstinado y pomposo; lady Hare parecía pálida, delicada y señorial; Barbara, muy bella, lo que confirmaba la impresión que la primera vez le había causado a Isabel.

La visita fue bastante larga. Isabel congenió con la gentil y sufridora señora Hare, que ya se había levantado para irse cuando el señor Carlyle entró en la estancia. La señorita Carlyle les dijo que se quedaran un poco más, pues tenía algo, afirmó, que mostrar a Barbara. El juez se negó; uno de sus colegas iba a ir a cenar con él a las cinco y ya eran las cuatro y cuarto. Barbara podía quedarse, sin embargo, si así lo deseaba.

El rostro de Barbara se tornó de color púrpura, pero aun así aceptó la invitación de la señorita Carlyle de quedarse en East Lynne el resto del día.

Se acercaba la hora de la cena e Isabel subió a cambiarse. Joyce la estaba esperando y la puso al día sobre la cuestión del servicio.

—Señora, he hablado con la señorita Carlyle y acepta transferirme a su servicio, pero dice que tengo que ponerla a usted al corriente de algunos aspectos poco agradables de mi vida, y lo cierto es que había pensado en hacerlo. La señorita Carlyle no es demasiado agradable en el trato, señora, pero es una mujer justa y recta.

—¿A qué aspectos te refieres? —preguntó lady Isabel mientras se sentaba para que la peinara.

—Señora, lo explicaré tan breve como pueda. Mi padre era un empleado en la oficina del señor Carlyle..., me refiero, por supuesto, al difunto señor Carlyle. Mi madre murió cuando yo tenía ocho años y mi padre se casó de nuevo, con una hermana de la esposa del señor Kane...

—¿Kane, el músico?

—Sí, señora. Ella era gobernanta; tanto ella como la señora Kane habían sido gobernantas y eran unas damas, en cuanto a educación y modales se refiere, y en West Lynne se dijo que, al casarse con mi padre, se había rebajado horriblemente. Pero él era muy atractivo, y muy listo, aunque autodidacta. Bueno, el caso es que se casaron y, al cabo de un año, nació Afy...

—¿Quién? —la interrumpió lady Isabel.

—Mi hermanastra, Afy. Al cabo de otro año murió su madre y una tía de

su madre vino a buscar a la niña y dijo que ella la criaría. Yo me quedé en casa con mi padre. Por la mañana iba a la escuela y, cuando crecí, aprendí a hacer sombreros y vestidos. Vivíamos en una casita preciosa, señora, una cabañita en el bosque, que era de mi padre. Cuando terminaba el trabajo en casa, iba a las casas de distintas señoras a trabajar y cuidaba de mi padre día y noche, pues la mujer que nos hacía las tareas de la casa venía solo unas horas al día. Así seguí durante años, y luego Afy volvió a casa. Su tía había muerto y con ella desapareció su dinero, así que, aunque crio bien a Afy, no le pudo dejar nada. Afy nos intimidaba. Tenía muchas nociones refinadas y sus vestidos eran muy elegantes; alegre y atolondrada y muy bonita, y no hacía otra cosa que leer libros de la biblioteca de West Lynne. A mi padre aquello no le gustaba ni pizca; éramos gente humilde y trabajadora, y ella se daba aires de gran dama, consecuencia de haberla criado por encima de su clase. Más de una vez las tuvimos ella y yo, sobre todo por cómo se vestía. Al poco se hizo amiga del joven Richard Hare.

Lady Isabel levantó la mirada.

—Era el hijo del juez Hare, hermano de la señorita Barbara —continuó Joyce, que bajó la voz, como si Barbara pudiera oírla en la sala de estar—. Oh, era muy coqueta. Animó al señor Richard y este se enamoró de ella con un amor salvaje; él era un poco cándido y Afy se reía de él a sus espaldas. También animó a otros, y los traía a casa por la noche, si no había nadie. Mi padre era secretario de la institución literaria,* y tenía que ir allí dos noches cada semana, cuando terminaba el trabajo con el señor Carlyle; también le gustaba la caza y, si llegaba a casa a tiempo, salía con su escopeta y, como yo rara vez volvía antes de las nueve, Afy con frecuencia estaba sola y aprovechaba para traer a uno u otro de sus admiradores.

—Pero ¿cuántos admiradores tenía? —preguntó lady Isabel, que parecía inclinada a tomarse aquella historia con humor.

—El principal, señora, era Richard Hare. Pero conoció a otro, un forastero, que venía desde lejos a verla, aunque creo que no había nada en esa relación; el señor Richard era su mayor admirador. Y la cosa continuó y continuó hasta... hasta... que mató a su padre.

—¿Cómo? —preguntó la sorprendida lady Isabel.

—Richard Hare, señora. Mi padre le había dicho a Afy que el señor Richard no debía venir más, pues, si los caballeros se ven en secreto con

chicas pobres, es bien sabido que no tienen el matrimonio en mente; mi padre habría intervenido antes y con más contundencia, pero tenía buen concepto del señor Richard y no creía que le fuera a hacer daño a Afy..., pero él no se hacía la idea de lo provocadora que era. Sin embargo, un día escuchó a gente que hablaba de ello en West Lynne, y que juntaba ofensivamente el nombre de ella y el del señor Richard, y por la noche le dijo a Afy, estando yo presente, que aquello no podía continuar y que no debía animar al joven. Señora, al día siguiente Richard Hare mató a mi padre de un tiro.

—¡Qué horror!

—No sé si lo hizo a propósito o si se le disparó la escopeta; la gente cree que lo mató a sabiendas. Jamás olvidaré la escena que encontré cuando llegué a casa aquella noche. Yo había estado en casa del juez Hare trabajando. Mi padre estaba tendido en el suelo, muerto, y la casa, llena de gente. Afy no pudo dar ningún detalle; había salido al sendero del bosque de detrás de la casa y no vio ni oyó nada; cuando volvió adentro, encontró a su padre exánime. El señor Locksley estaba inclinado sobre él; le dijo a Afy que había escuchado el disparo y llegado a tiempo de ver a Richard Hare arrojar la escopeta al suelo y huir de la casa con los zapatos manchados de sangre.

—¡Oh, Joyce! Cuánto me gustaría que no tuvieras que contarme algo así. ¿Qué se hizo con Richard Hare?

—Escapó, milady. Se fue esa misma noche y no se ha vuelto a saber de él. En el juicio lo condenaron por asesinato y su propio padre dijo que sería el primero en entregarlo a la justicia. Es horrible que le haya pasado algo así a la familia Hare, que son gente honesta y respetable; el disgusto está matando poco a poco a la pobre señora Hare. Afy...

—Joyce, ¿de dónde viene ese nombre, Afy?

—Señora, la bautizaron con un nombre muy elegante: Afrodita, pero mi padre y yo siempre la llamamos Afy. Aún tengo que contarle lo peor, milady..., lo peor en cuanto a ella. Tan pronto acabó el juicio, ella se marchó con Richard Hare.

Lady Isabel dejó escapar una exclamación.

—Eso hizo, milady —continuó Joyce, que apartó la cara para esconder a su señora las lágrimas en sus pestañas y la vergüenza que coloreaba sus mejillas—. No se ha vuelto a saber nada de ninguno de los dos, y lo más probable es que se hayan marchado de Inglaterra, quizá a Australia, quizá a

Estados Unidos, nadie lo sabe. Con la vergüenza de lo que había pasado y la conmoción del asesinato de mi padre, caí enferma. Sufrí unas fiebres nerviosas que me duraron mucho tiempo; la señorita Carlyle me acogió en su casa y ella y sus criados me cuidaron hasta que me repuse. Tiene buen corazón, milady, la señorita Carlyle, solo que su carácter y sus modales juegan en su contra y se cree mejor que los demás. Después de la enfermedad, me quedé como primera criada y ya no tuve que trabajar en otra parte.

—¿Y cuánto hace que pasó todo esto?

—Hará cuatro años el próximo septiembre, milady. La casita en el bosque ha estado vacía desde entonces, pues nadie quiere vivir en ella; dicen que huele a asesinato. Y yo no puedo venderla, aunque quisiera, pues parte es de Afy. A veces voy a abrir las ventanas y ventilarla un poco. Y esto es lo que tenía que decirle, señora, antes de que decidiera tomarme a su servicio; hay señoras que no querrían ningún trato con una criada cuya hermana ha salido tan mal.

A lady Isabel no le pareció que aquella historia tuviera que modificar su parecer. Así lo dijo y se reclinó en su silla y se quedó pensativa.

—¿Qué vestido se pondrá hoy, señora?

—Joyce, ¿qué es eso que os he oído comentar a Susan y a ti en la puerta? —preguntó de súbito lady Isabel—. Sobre que la señorita Hare me diera un tazón de veneno. Deberías prevenir a Susan de que no susurre tan alto.

Joyce sonrió, aunque la pregunta claramente le incomodaba.

—Son tonterías, señora, puede estar segura. El caso es que la gente cree que la señorita Barbara estaba muy encariñada con el señor Carlyle, vamos, enamoradísima de él, y muchos creían que acabarían casándose. Pero no me parece a mí que fuera el tipo de mujer que lo iba a hacer feliz, por mucho que lo amase.

Un repentino sentimiento enturbió el ceño de lady Isabel: una sensación similar a los celos se apoderó de su corazón. A ninguna mujer le gusta oír que otra siente o sintió algo por su marido, pues es inevitable la duda de si esos sentimientos eran recíprocos.

Lady Isabel bajó a recibir a los invitados. Se había puesto un caro vestido de encaje cuya parte inferior y cuyas mangas estaban ribeteadas también con un caro encaje blanco. Estaba verdaderamente bella y Barbara se apartó un poco de ella, abrumada por los celos; celos de su belleza, de su vestido, celos

incluso del elegante y suave pañuelo que mostraba la insignia de su rango: la corona condal, que lucía por ser hija de conde. Barbara también estaba preciosa: llevaba un vestido de seda azul y sus bonitas mejillas estaban levísimamente coloreadas por las emociones que agitaban su mente. Al cuello llevaba la cadenita que le había regalado el señor Carlyle, de la que no se había desprendido.

Ambas permanecieron en pie ante la ventana, mirando cómo el señor Carlyle se acercaba por la avenida de entrada. Él las vio y las saludó. Lady Isabel se dio cuenta de que las mejillas de la otra joven se volvían púrpura al verlo.

—¿Cómo estás, Barbara? —saludó él mientras le daba la mano—. ¡Por fin vienes a visitarnos! Has tardado mucho. ¿Cómo estás, querida? —susurró mientras se inclinaba ante su esposa, y ella echó de menos el beso de bienvenida. ¿Querría que se lo diera en público? No, pero por el humor que tenía notó la omisión.

Terminada la cena, la señorita Carlyle convenció a Barbara para dar un paseo. Para contemplar las bellezas del jardín de East Lynne o las raras especies del invernadero, pensará el lector. En absoluto; lo que quería enseñarle eran las verduras del huerto, los espárragos y el bancal de pepinos, que para la señorita Carlyle valían más que cuarenta hectáreas de flores. Barbara la acompañó a regañadientes; prefería estar con él, y no podía evitar sentirse así, aunque fuera el marido de otra. Isabel se quedó dentro; Barbara era la invitada de la señorita Carlyle.

—¿Qué le parece? —preguntó abruptamente Barbara, que se refería a lady Isabel.

—Es mejor de lo que esperaba —reconoció la señorita Carlyle—. Había esperado que se diera aires de grandeza y, la verdad, no se los da. Parece absorta con Archibald y no hace más que esperar que vuelva a casa como un gato que aparezca un ratón. Sin él, se apaga.

Barbara cogió una flor de un rosal por el que pasaron y empezó a arrancarle los pétalos, uno a uno.

—¡Se apaga! ¿Y en qué ocupa el tiempo?

—No hace nada —dijo con desaprobación la señorita Carlyle—. Canta un poco y juega un poco y lee un poco y recibe las visitas, y así pasa ociosamente los días. Retiene a Archibald tanto tiempo como puede después

del desayuno, cosa que él no debería permitir, pues llega tarde al despacho, y luego lo acompaña hasta la puerta del jardín, lo que lo retrasa aún más; si fuera solo, haría el trayecto en la mitad de tiempo. Una mañana estaba diluviando. Oh, eso no es nada, dijo ella, y Archibald le puso un chal sobre los hombros y salió con ella. ¡Claro, a ella qué más le da estropear vestidos! Y por la tarde sale a recibirlo; hoy también lo habría hecho, de no estar vosotros de visita. Ella ahora es lo primero para él, y después viene el trabajo.

Barbara se obligó a manifestar indiferencia.

—Supongo que es natural.

—A mí me parece absurdo —fue la réplica de la señorita Carlyle—. Yo estoy con ellos muy poco, especialmente por las tardes. Salen a pasear juntos o ella le canta algo y él la cuida como si estuviera hecha de oro; por lo que parece, para él vale más que todas las monedas acuñadas en la historia del mundo. Te contaré lo que vi anoche. Hicieron enganchar caballos al carruaje cubierto y salieron a devolver algunas visitas. Estuvieron fuera más allá de las siete y me hicieron esperar para la cena. A Archibald le dolía mucho la cabeza, algo que no le suele pasar, y se fue a la habitación de al lado después de cenar a echarse en el sofá. Ella le llevó una taza de té y no regresó, y dejó su propio té en la mesa hasta que se enfrió. Abrí la puerta para decírselo. Y me encontré que había empapado en colonia su elegante pañuelo blanco y se lo había puesto sobre la frente y ella estaba arrodillada a su lado y lo miraba, y él la rodeaba con el brazo para mantenerla allí. Y yo te pregunto, Barbara, ¿tiene sentido hacerse acariciar de ese modo por un hombre? Cuando, antes de casarse, le dolía la cabeza, yo mezclaba una dosis de sales y sal de Epsom y le decía que se fuera a la cama temprano para que se le pasara el dolor durmiendo.

Barbara no contestó nada, pero apartó la mirada del rostro de la señorita Carlyle.

Se encontraron con el jardinero, y la señorita Carlyle se embarcó en una discusión con él, un tanto acalorada, en la que ella insistía en que se hiciera cierta cosa de determinada manera y él le decía que el señor Carlyle había ordenado que se hiciera de otra. Barbara se cansó de oírlos y regresó a la casa.

Isabel y su marido estaban en la sala adjunta, en el piano, y Barbara tuvo

ocasión de escuchar aquella afamada voz melodiosa. Como había hecho la señorita Carlyle, abrió la puerta que separaba las dos estancias y miró el interior. Era difícil ver claramente a la luz del crepúsculo, pero distinguió a Isabel sentada al piano y al señor Carlyle en pie tras ella. Ella cantaba una de las baladas de la ópera *The Bohemian Girl*, * titulada «Cuando otros labios».

—¿Por qué te gusta tanto esta canción, Archibald? —le preguntó Isabel cuando terminó de cantar.

—No lo sé. Nunca me había gustado tanto hasta que te la he oído cantar.

—Me pregunto si habrán vuelto. ¿Deberíamos ir a ver?

—Solo una más, esta traducción del alemán: «En vano te diría todo lo que siento». La música de la canción es excelente.

—Sí, lo es. ¿Sabes, Archibald? Tu gusto es idéntico al de papá. A él también le gustaban esas canciones tranquilas e imaginativas. Y a mí también me gustan —añadió, riendo—. La señora Vane solía taparse los oídos y hacer muecas cuando las cantaba a petición de papá. Papá, por su parte, le devolvía el cumplido con creces, pues se marchaba de la habitación en cuanto ella empezaba sus ruidosas canciones italianas. Hablo de cuando ella estuvo con nosotros en Londres.

Dejó de hablar y empezó a tocar la canción, la cantaba de forma exquisita con un tono suave, dulce y cálido, hasta que los acordes del acompañamiento, al final, se apagaron gradualmente y regresó el silencio.

—¡Ya está, Archibald! Como mínimo te habré cantado diez canciones —dijo, y echó la cabeza atrás para mirarlo—. ¡Ahora tienes que pagarme!

Y, como pago, acercó su amado rostro y le dio unos apasionados besos. Barbara se apartó hacia la ventana y se le escapó un suave gemido de dolor mientras apretaba la frente contra el cristal y miraba la noche oscura. Isabel entró en la habitación del brazo de su marido.

—¿Está sola, señorita Hare? Le suplico que me disculpe. Creía que la acompañaba la señorita Carlyle.

—¿Dónde está Cornelia, Barbara?

—Acabo de entrar —dijo Barbara—. Supongo que ella está al caer.

Y así fue, pues llegó mientras hablaban y se lanzó a una airada invectiva nada más entrar en la habitación.

—¡Archibald! ¿Qué le has estado diciendo a Blair sobre el lecho de

geranios? Me dice que le has ordenado que lo haga ovalado. ¡Resolvimos que sería rectangular!

—Isabel lo prefiere ovalado —contestó él.

—Pero ¡si es mejor cuadrado! —repitió la señorita Carlyle.

—Está bien, Cornelia; Blair tiene sus instrucciones. Yo quiero que sea ovalado.

—Vaya pedazo de alcornoque es ese Blair, y obstinado como una mula —dijo la señorita Carlyle.

—Desde luego, Cornelia, a mí me parece un sirviente educado y capaz.

—Oh, claro —restalló la señorita Carlyle—. Tú nunca ves los defectos de nadie. ¡Siempre has sido muy bobo para ciertas cosas Archibald!

El señor Carlyle se rio; tenía un carácter centrado y tranquilo y llevaba toda la vida acostumbrado a los torticeros cumplidos de su hermana. A Isabel, en cambio, estas diatribas le molestaban, pues cada día se sentía más ligada a su marido.

—Es un consuelo que no todo el mundo esté de acuerdo contigo —dijo él, y miró a su mujer y a Barbara mientras se sentaban a tomar el té.

La velada continuó hasta las diez. Cuando en el reloj sonó esa hora, Barbara se levantó de la silla sorprendida.

—No me había dado cuenta de que era tan tarde. Sin duda, alguien habrá venido a por mí.

—Lo preguntaré —dijo lady Isabel, y el señor Carlyle tocó la campanilla. Nadie había venido a buscar a la señorita Hare.

—Entonces me temo que tendré que molestar a Peter —dijo Barbara—. Mamá debe haberse ido a la cama, agotada por el día, y papá debe de haberse olvidado de mí. ¡Me voy a quedar encerrada fuera! —bromeó.

—Como te quedaste aquella noche —dijo el señor Carlyle, significativamente.

Aludía a la noche en la que Barbara estuvo en el bosquecillo con su desventurado hermano y el señor Hare a punto, sin saberlo, de dejarla fuera. Ella misma se lo había contado al señor Carlyle; el recuerdo de aquella noche le reavivó el dolor, y su rostro mudó de expresión.

—¡Oh! ¡No, Archibald! —dijo, dejándose llevar por la emoción del momento—. ¡No me recuerdes esa noche!

Isabel no sabía de qué hablaban y se preguntaba qué habría detrás de aquello.

—¿Puede llevarme Peter? —continuó Barbara.

—Será mejor que te lleve yo —dijo el señor Carlyle—. Es muy tarde.

El corazón de Barbara pendía de esas palabras; se aceleró mientras se ponía sus cosas y se despedía de lady Isabel y de la señorita Carlyle; se desbocó cuando salió con él de la casa y lo cogió del brazo. Todo igual que antes..., solo que ahora era el marido de otra. ¡Solo!

Era una noche cálida y despejada de junio y, aunque no brillaba la luna, aún iluminaban los últimos brillos del crepúsculo. Cruzaron el jardín hasta el camino, que atravesaron, y llegaron a un estrecho pasaje con una cerca. Desde el pasaje salía un sendero que recorría los campos y pasaba detrás de la casa del juez Hare. Barbara se detuvo.

—¿De verdad prefieres ir por el campo esta noche, Barbara? Piensa que la hierba estará húmeda. Y es el camino más largo.

—Pero nos libraremos del polvo del camino.

—Muy bien, si lo prefieres, no nos tomará más que tres minutos.

«¡Está ansioso por volver con ella! —exclamó mentalmente Barbara—. Tengo que decírselo o me va a estallar el corazón».

El señor Carlyle pasó por la abertura, ayudó a cruzar a Barbara y le ofreció de nuevo el brazo. Él le había cogido el parasol, como la última noche que habían paseado juntos; era un parasol pequeño y elegante, de seda azul y encaje blanco, y con este no iba dando golpes a los setos. Barbara tenía muy presente aquella noche, y todo lo que hablaron, y las ilusorias esperanzas que alentó en ella, esperanzas cuyo horrible fin tenía aún más presente.

Hay momentos en la vida de una mujer en que se ve empujada a olvidar las reglas de comportamiento y del decoro, en los que no puede evitar montar una escena. Puede que no ocurra a menudo; puede, incluso, que no ocurra nunca a las mujeres de naturaleza fría y reservada, con sus impulsos, sentimientos y temperamento bajo estricto control. El temperamento de Barbara Hare no estaba bajo estricto control. Su amor, sus celos y el perenne dolor instalado en su corazón tras enterarse de su matrimonio, sumados a la sensación de haber sido humillada, hervían con una fuerza terrible en su interior. La velada que acaba de pasar en su compañía, la evidente felicidad de la pareja, los detalles de cariño que había observado que él prodigaba a su

esposa, la habían llevado a ese punto de excitación nerviosa en el que el temperamento, la lengua y la imaginación salen volando y escapan por la tangente. Se sentía como si fuera a estar aislada para siempre, apartada de todo lo que hace que valga la pena vivir; ellos eran el mundo, y ella estaba fuera. ¿Qué le importaba a él su existencia? Con un poco más de autocontrol, Barbara no habría pronunciado las palabras que luego permanecerían en su mente como un ícubo, y que teñirían sus mejillas de rojo cuando las recordara. Debe tenerse en cuenta, además (si es que hay que admitir alguna excusa), que tenía una relación muy estrecha con el señor Carlyle. Independientemente de sus sentimientos por él, habían crecido juntos, casi como hermanos. El señor Carlyle siguió caminando, perfectamente ignorante de la tormenta que se agitaba en el interior de ella; más aún, totalmente inconsciente de haber dado motivo para que tal tormenta existiera, y por ello iba hablando de temas cotidianos y normales, lo que para ella resultaba una provocación.

—¿Cuándo empezará a cosechar el heno el juez, Barbara?

No hubo respuesta; Barbara estaba intentando reprimir sus emociones. El señor Carlyle repitió la pregunta.

—Barbara, te preguntaba que cuándo empezará a cosechar el heno tu padre.

Ella siguió sin contestar. Barbara literalmente no podía responder. Su garganta funcionaba perfectamente, los músculos de su boca empezaron a moverse y emitió un sollozo convulsivo, o algo parecido. El señor Carlyle se volvió inmediatamente hacia ella.

—¡Barbara! ¿Te encuentras bien? ¿Qué te sucede?

La pasión, el carácter, los agravios y los nervios llegaron a un punto de crisis. Barbara sufrió un ataque de histeria. El señor Carlyle medio la llevó, medio la arrastró por un estrecho pasaje del sendero, hasta una verja, y la apoyó contra ella, y la sostuvo para que no se cayera. Una vieja vaca y dos terneros pasaron junto a ellos preguntándose a qué venía aquello a esas horas de la noche y se los quedaron mirando.

Barbara se debatía presa de sus emociones, pero las combatió valientemente, y los suspiros y los síntomas histéricos pasaron, pero no la excitación ni la pasión. Le apartó el brazo y se quedó con la espalda contra la verja, apoyada en ella. El señor Carlyle fue al estanque a por un poco de

agua, que tuvo que traer, a falta de otra cosa, en su sombrero.

—¿Estás mejor, Barbara? ¿Qué puede haber causado esto?

—¿Que qué puede haberlo causado? —estalló ella, incapaz de controlarse—. ¿Y me lo preguntas tú?

En un primer momento el señor Carlyle se quedó pasmado, pero, por alguna inexplicable ley de la empatía, una borrosa y desagradable conciencia de lo que sucedía empezó a abrirse paso en su mente.

—No lo entiendo, Barbara. Si te he ofendido de algún modo, lo siento de veras.

—¡Lo sientes de veras, claro! ¿Qué te importo yo? Si me muero mañana —dijo, y dio una patada al suelo—, tú tienes a tu esposa. ¿Y yo qué soy?

—¡Basta! —dijo, mientras miraba en derredor, más consciente del daño que podía hacerle, si alguien lo oía, que ella misma.

—¡Basta, sí! ¿Qué te importa que yo sea desgraciada? Preferiría estar muerta, Archibald Carlyle, que soportar vivir así. No puedo soportar tanto dolor.

—No puedo fingir que no te entiendo —dijo; se sentía extremadamente molesto—. Pero, querida Barbara, nunca te he dado motivos para creer que yo... que yo... quería algo más de ti.

—¡Que nunca me diste motivos! —jadeó ella—. Pero ¡si has estado viniendo a nuestra casa constantemente, como si fueras mi sombra; si me diste esto —y se abrió el chal para mostrarle el relicario—, y tienes conmigo más intimidad que mi hermano!

—Detente, Barbara. Tú lo has dicho: hermano. Nunca he sido otra cosa y nunca se me ha ocurrido serlo —añadió, y decía la verdad.

—¡Sí, un hermano, nada más! —Ella subió más la voz por la excitación; parecía que volvía a perder el control—. ¿Qué te importan mis sentimientos? ¿Cómo es posible que no vieras que te amaba?

—¡Barbara, contente! —le imploró—. Cálmate y sé razonable. Si alguna vez te he dado motivos para pensar que albergaba algún sentimiento más profundo, solo puedo expresarte mi profundo arrepentimiento y asegurarte que no fui consciente de ello.

Ella empezó a serenarse. La pasión estaba apagándose, y dejaba su rostro inexpresivo y pálido. Miró al señor Carlyle.

—Si ella no se hubiera interpuesto entre nosotros, ¿me habrías amado?

—No lo sé. ¿Cómo podría saberlo? ¿No te digo, Barbara, que solo pensaba en ti como una amiga, como una hermana? No puedo saber qué habría sucedido.

—Lo podría soportar mejor si no fuera porque todos lo saben —murmuró—. Todo West Lynne nos había emparejado con rumores y cotilleos y ahora me miran con pena. Habría preferido que me mataras, Archibald.

—Lo único que puedo hacer es decirte que lo siento muchísimo —repitió—. Espero que puedas olvidarlo pronto. Que el recuerdo de esta conversación se vaya con la noche y sigamos siendo amigos, como hermano y hermana. Créeme —concluyó, en un tono más serio— cuando te digo que tu confesión no ha hecho descender un ápice la estima que te tengo.

Hizo un movimiento, como si quiera pasar la abertura de la verja, pero Barbara no se movió: estaba llorando en silencio. En ese momento, alguien los interrumpió.

—¿Es usted, señorita Barbara?

Barbara se sobresaltó como si le hubieran disparado. Al otro lado de la abertura estaba Wilson, su criada principal. ¿Cuánto tiempo llevaría allí? Empezó a explicar que el señor Hare había enviado a Jasper a otro recado y que la señora Hare había pensado que era mejor no esperar su regreso y la había enviado a ella a buscar a la señorita Barbara. El señor Carlyle pasó la abertura y entregó a Barbara.

—No hace falta que me acompañes el resto del camino —dijo ella, en voz baja.

—Te acompañaré hasta tu casa —contestó él, y le ofreció su brazo. Barbara lo tomó.

Caminaron en silencio. Llegaron a la puerta trasera del soto, que daba entrada al pequeño jardín frente a la cocina. Wilson se adelantó. El señor Carlyle tomó las manos de Barbara entre las suyas.

—Buenas noches, Barbara. Que Dios te bendiga.

Ella había tenido tiempo de reflexionar y, pasado el calor del momento, veía su estallido como una insensatez y una vergüenza. El señor Carlyle reparó en lo silenciosa y pálida que estaba.

—Creo que he debido volverme loca —se lamentó—. Ha tenido que ser un ataque de locura lo que me ha impulsado a decir lo que dije. Olvídalo, por

favor.

—Ya te he dicho que lo haré.

—¿No se lo dirás a... a tu esposa? —suspiró.

—¡Barbara, por supuesto que no!

—Gracias. Buenas noches.

Pero él retuvo sus manos.

—Estoy convencido, Barbara, de que no pasará mucho tiempo antes de que encuentres a alguien más digno de recibir tu amor de lo que yo lo he sido.

—Nunca —respondió ella, impulsivamente—. Yo no amo ni olvido a la ligera. En los años que me queden, por muchos que viva, no seré otra cosa que Barbara Hare.*

El señor Carlyle se alejó sumido en sus pensamientos. La revelación le había causado dolor (y quizá se había sentido un poco halagado), pues sentía cariño por la bonita Barbara. Cariño a su manera, no a la de ella, no el amor que sentía por su esposa. Se preguntó si su conducta con ella en el pasado había sido más cálida de lo que debería con una hermana, y decidió que quizá lo había sido, pero que nunca había tenido la mínima sospecha del daño que estaba causando.

«Espero sinceramente que encuentre pronto a alguien de su agrado y me olvide —fue la conclusión de sus pensamientos—. En cuanto a vivir y morir Barbara Hare, eso no son más que bobadas, las típicas sensiblerías sentimentales que las jóvenes...».

—¡Archibald!

Estaba pasando el último árbol del jardín, el más cercano a su casa, cuando le interpeló de este modo una silueta oscura junto al tronco.

—¿Eres tú, querida?

—He salido a recibirte. ¿No has estado fuera mucho tiempo?

—Creo que sí —respondió, y atrajo a su lado a su esposa y caminó con ella—. Nos encontramos con una de las criadas del juez en el segundo pasaje, pero, aun así, la acompañé todo el trayecto.

—¿Tienes mucha relación con los Hare?

—Sí. Cornelia es pariente suya.

—Y Barbara, ¿te parece guapa?

—Mucho.

—Entonces, teniendo tanta relación, me pregunto si no te enamorarías nunca de ella.

El señor Carlyle se echó a reír. Una risa muy consciente, teniendo en cuenta la reciente entrevista.

—¿Te enamoraste de ella, Archibald?

Hizo la pregunta en voz baja, con un tono casi emotivo o, al menos, así le pareció a él, que la miró sorprendido.

—¿Cómo, Isabel?

—¿Nunca has amado a Barbara Hare?

—¡Amado a Barbara! Pero ¿se puede saber cómo has llegado a esa conclusión, Isabel? Solo he amado a una mujer en toda mi vida, y me casé con ella.

Capítulo 17: Vida o muerte

L legó un nuevo año. Isabel habría sido feliz de no ser por la señorita Carlyle; aquella mujer seguía imponiendo su presencia en East Lynne y se había convertido en su cruz. En apariencia, cedía la preeminencia a lady Isabel como señora de la casa, pero la auténtica señora era ella, e Isabel poco más que una marioneta controlada por ella. La imperiosa voluntad de la señorita Carlyle ponía coto a sus impulsos, frustraba sus deseos y condenaba tácitamente sus actos; la pobre Isabel, de modales refinados y temperamento tímido y sensible, no tenía la menor oportunidad contra esa terca mujer, y se hallaba, por tanto, en un estado de humillante sometimiento en su propia casa. El señor Carlyle no sospechaba nada. Apenas estaba en casa y, en general, a solas con su esposa, y cada día más absorto en sus negocios, que le tomaban mucho tiempo, no percibía nada fuera de lo normal. En una ocasión, las órdenes de las dos mujeres habían entrado en conflicto y causado cierta conmoción en la casa; la señorita Carlyle retiró de inmediato las suyas, pero, al hacerlo, sus modales, habitualmente poco gentiles, se volvieron aún menos gentiles. Isabel sugirió a su esposo que serían más felices si vivían solos, una sugerencia que hizo no sin ruborizarse y con aprensión, como si con ella agraviara a la señorita Carlyle. Él propuso a su hermana que regresara a su propia casa, y ella se revolvió acusándolo de hablar por boca de Isabel. Con su honestidad habitual, él reconoció que así era, pues no había por qué guardarlo en secreto. La señorita Carlyle se marchó y se plantó ante lady Isabel, y exigió saber en qué la había ofendido y por qué la casa no era lo bastante grande para que ella pudiera vivir en un rincón. Isabel, incapaz de herir los sentimientos de nadie, ni siquiera de un enemigo, presentó una

especie de disculpa y suplicó a su marido que olvidara lo que le había dicho. Pero él no lo olvidó; era un hombre tranquilo y nada suspicaz, pero había entrevisto un atisbo de la verdad y no quería perder un instante en emancipar a su mujer del dominio de la señorita Corny.

No pasaba un día sin que la señorita Carlyle, mediante indirectas e insinuaciones, recordara a lady Isabel el tremendo perjuicio que había supuesto el matrimonio para los intereses de su hermano, y los ruinosos gastos que había comportado para la familia. Las palabras de la señorita Carlyle helaban el corazón de Isabel a medida que comprendía hasta qué punto el señor Carlyle debía considerarla poco menos que un súcubo respecto a su bolsillo. Lord Mount Severn, con su hijo pequeño, los había visitado durante la Navidad, e Isabel le preguntó con aparente distracción si el señor Carlyle se había tomado muchas molestias para casarse con ella; esto es, si le había comportado algún gasto o estilo de vida cuyo coste, de otro modo, no se habría visto justificado. La respuesta de lord Mount Severn no fue muy gratificante. Dijo que, en su opinión, así era, y que Isabel debía sentirse muy agradecida por la generosidad que había mostrado con ella. La joven suspiró al escucharlo, y desde ese momento decidió soportar a la señorita Carlyle. La dama contribuía en buena medida al mantenimiento económico de la casa, y seguiría haciéndolo, en la misma proporción que si se hubiera quedado en su casa. No residía en East Lynne para ahorrar gastos, y ahí radicaba el motivo más difícil de deshacerse de ella. Tanto si gastaba su dinero en East Lynne como si no, terminaría en el mismo sitio, porque era bien sabido que su fortuna iría a parar a Archibald.

Isabel era más tímida y sensible por naturaleza de lo que muchos creían o imaginaban, al haber sido educada en solitario, con simplicidad y sin extravagancias, lo que no suele suceder con las hijas de los aristócratas, y, como no tenía la menor experiencia, no disponía de armas suficientes para luchar con el mundo, y menos con la señorita Carlyle. La lamentable posición económica en que la había dejado la muerte de su padre, la falta de un hogar, excepto el que tuvo en Castle Marling, incluso el billete de cien libras entregado por el señor Carlyle, todo la empujaba a sentirse profundamente humillada, y, lejos de rebelarse o despreciar la pequeña casa (en comparación) donde el señor Carlyle la había instalado, se sentía agradecida por ello. Pero que lo repitieran continuamente era más de lo que podía

soportar, y que se insistiera, además, en que era un obstáculo para su carrera, bastaba para que su corazón se tiñera de amargura. ¡Oh, si hubiera tenido el valor de hablar abiertamente con su marido! Con una palabra de amor y consuelo, habría podido quitarse el peso que oprimía su corazón, e Isabel habría gozado de la verdad: que las miserables quejas eran fantasmas en la estrecha mente de su hermana. Pero Isabel no lo hizo. Cada vez que la señorita Corny volvía con su letanía contrariada, la escuchaba en silencio o, apaciblemente, reclinaba la cabeza en las manos, porque le dolía, sin replicar jamás.

Un día, en febrero, después de una larga explosión de reproches de la señorita Corny, que en ese caso no iba contra Isabel, sino por un error de los criados, se produjo un largo silencio. Isabel, sentada sin ánimo y alicaída, de repente rompió el silencio y habló en voz alta, aunque no se dirigía particularmente a la señorita Carlyle.

—¡Ojalá fuera ya de noche!

—¿Por qué dice eso?

—Porque entonces Archibald ya estaría en casa.

La señorita Carlyle profirió un gruñido insatisfecho.

—Parece cansada, lady Isabel.

—Lo estoy, mucho.

—No me extraña. Yo también estaría agotada, si me quedara sentada todo el día sin hacer nada. Vaya, estaría dispuesta a arrojarme a la tumba.

—No hay nada que hacer —dijo lady Isabel.

—Siempre hay algo que hacer, basta con buscarlo. Podría ayudarme con estas servilletas, en lugar de no hacer nada.

—¡Coser servilletas! —exclamó lady Isabel.

—Podría ser peor, señora —replicó la señorita Corny.

—No se me da bien ese tipo de labor —dijo Isabel, amable.

—A nadie se le da bien hasta que lo intenta. Por mi parte, preferiría coser, o incluso remendar zapatos, en lugar de sentarme mano sobre mano. Es una pérdida de tiempo pecaminosa.

—Últimamente no me encuentro demasiado bien —dijo la pobre Isabel, en tono de disculpa—. No me siento con fuerzas para eso.

—Entonces salga a pasear en calesa, para que le dé el aire. A los

inválidos no les hace ningún bien pasarse el día encerrado, lloriqueando.

—Pero es que Archibald no me deja salir fuera, si no conduce él; la semana pasada los ponis se encabritaron y me asusté mucho.

—John conduce perfectamente bien —respondió la señorita Corny, con su habitual espíritu contradictorio—. Y, en lo que respecta a su experiencia conduciendo, diría que es más amplia que la de su marido, señora.

—John conducía los ponis cuando se asustaron.

—Si los ponis se asustan una vez, no tiene por qué volver a pasar. Llame a la criada, y pida que preparen la calesa, y que venga John. Ese es mi consejo.

Isabel movió la cabeza, decidida.

—No. Archibald me pidió que no saliera si no era con él, a menos que fuera en el carruaje cerrado. En estos momentos, me cuida mucho, y sabe que, si los ponis vuelven a encabritarse y estoy con él, no me alarmaría tanto como si estuviera con un criado.

—Me parece que se ha vuelto usted un poco caprichosa, lady Isabel.

—Supongo que sí —fue la dócil respuesta—. Estaré mejor cuando nazca el bebé, y ya no me sentiré tan inútil, pues tendré mucho que hacer.

—Igual que todas nosotras, supongo —bufó la señorita Corny—. Vaya, pero... ¡No puedo creerlo! ¡Si es Archibald! ¿Qué te trae por casa a esta hora?

—¡Archibald! —Isabel se levantó rápidamente, muy alegre, para ir a recibirlo al vestíbulo, y lo abrazó encantada—. ¡Oh, Archibald, querido mío! Es como si hubiera salido el sol. ¿Qué haces en casa?

—Para acompañarte a pasear, amor mío —susurró, y la llevó con él a tocar la campana.

—Esta mañana no me has dicho nada.

—Porque no estaba seguro de poder venir. Peter, prepara la calesa con los ponis sin perder tiempo. Estoy esperando para salir a dar una vuelta.

—Pero, ¿cómo?, ¿vas a ir con la calesa? —exclamó la señorita Carlyle, mientras Isabel salía a cambiarse.

—Solo a dar un paseo.

—¡Un paseo! —repitió la señorita Corny, que lo miraba asombrada.

—Voy a acompañar a Isabel. No confío en John, de momento.

—Menuda manera de llevar tu negocio —replicó la señorita Corny

cuando recuperó el aliento—. ¡Irte de la oficina en pleno día!

—La salud de Isabel es más importante que los negocios, como te imaginarás —dijo él, bienhumorado—. Cornelia, hablas como si Dill no pudiera reemplazarme o como si no tuviera un buen número de empleados.

—John sabe conducir mejor que tú.

—Es muy buen conductor, pero esa no es la cuestión.

Isabel bajó, con aspecto radiante; su desánimo se había esfumado. El señor Carlyle la ayudó a subir a la calesa y se alejaron. La señorita Corny los contempló con una expresión que habría bastado para agriar la leche de toda una granja.

Hubo muchos episodios como este, así que no era de extrañar que Isabel no fuera completamente feliz. Pero el mal humor de su hermana no se desplegaba contra Isabel frente al señor Carlyle. Muchas veces, la primera aprovechaba los momentos de soledad con su hermano para quejarse, y, como estaba acostumbrado a esa actitud por haberla vivido toda su vida, no le causaba el menor efecto, y no imaginaba que Isabel soportaba su porción.

Era primera hora de la mañana, en abril. Joyce estaba sentada, con su bata gris, frente a un enorme fuego en el salón de lady Isabel Carlyle, con las manos retorcidas de dolor y con lágrimas que caían por sus mejillas. Estaba asustada; había tenido otras experiencias con la enfermedad, pero nunca había sido testigo de algo así, y esperaba fervientemente no volver a experimentarlo. En la habitación adyacente, lady Isabel se debatía entre la vida y la muerte.

La puerta del pasillo se abrió sigilosamente, y la señorita Carlyle entró. Probablemente nunca había caminado con pasos tan silenciosos, y llevaba una gruesa túnica enrollada en la cabeza y las orejas, a modo de turbante. Se sentó en un sillón suavemente, y Joyce vio que su rostro tenía el color gris del amanecer.

—Joyce —susurró—, ¿hay peligro?

—Oh, señorita, espero que no. Pero es duro de ver, y debe ser muy difícil de soportar.

—Es la maldición que nos une a todas, Joyce. Tú y yo podemos alegrarnos de haber decidido evitarlo. Joyce —añadió, al cabo de una pausa—, espero que no haya peligro. No me gustaría que muriera.

La señorita Carlyle lo dijo en voz baja, como si temiera algo. ¿Acaso, si

su cuñada moría, cargaría con la conciencia de cómo la había tratado? ¿El susurro sempiterno de que, de haberse esforzado, su año de casada habría sido más feliz? ¿Que no había querido, y había endurecido cada rincón de su corazón, como si fuera de hierro, contra la pobre Isabel? Era probable que así fuera; su expresión estaba llena de ansiedad e inquietud a la oscura luz crepuscular.

—Si hubiera peligro, Joyce...

—¿Cree que lo hay, señorita? —interrumpió Joyce—. ¿Es que las demás no pasan por cosas así?

—Espero que no —replicó la señorita Carlyle—. ¿Por qué han mandado a un jinete a por el doctor Martin, en Lynneborough?

Fue el turno de que Joyce se sorprendiera.

—¡Un jinete a por el doctor Martin! ¡Oh, señora! ¿Quién lo mandó, y cuándo salió?

—Solo sé que ha salido. El señor Wainwright fue a ver al señor Carlyle, salió de la habitación y mandó a John a galope a la oficina del telégrafo en West Lynne. ¿No has oído salir el caballo a toda velocidad? Yo lo oí, lo sé muy bien, porque me asustó horrores. Fui a la habitación del señor Carlyle a preguntar qué pasaba, y me dijo que no lo sabía que esperaba que no fuera nada. Y cerró la puerta y me dejó fuera, en lugar de permitir que nuestra conversación terminara de manera normal y cristiana.

Joyce no contestó, estaba muy angustiada por la incertidumbre; hubo un silencio, solo roto por los ruidos que procedían de la otra habitación. La señorita Carlyle se levantó, y una persona fantasiosa habría imaginado que temblaba.

—No puedo soportarlo, Joyce. Tengo que irme. Si quieren café o algo, pueden mandarlo de la cocina, basta con pedirlo.

—Eso haré, en unos minutos —respondió Joyce, que temblaba de verdad—. ¿No piensa entrar, señorita? —susurró, atemorizada, cuando la señorita Carlyle empezó a desplazarse sin hacer ruido hasta la puerta que comunicaba ambas habitaciones; Joyce tuvo el presentimiento de que su presencia no le resultaría agradable a lady Isabel—. No quieren que nadie entre, me han pedido que saliera.

—No —dijo la señorita Corny—, seguro que no es bueno, y, si no es para ayudar, mejor que nadie entre.

—Es lo que dijo el señor Wainwright cuando me pidió que saliera de la habitación —murmuró Joyce. Por fin la señorita Carlyle salió al pasillo y se fue.

Joyce permaneció sentada. El tiempo se le antojaba interminable. Oyó la llegada del doctor Martin y luego le oyó entrar en la habitación de al lado.

Por fin salió el señor Wainwright, y se metió en donde Joyce esperaba. La criada tenía la lengua pegada al paladar y, antes de que pudiera formular las ominosas palabras: «¿Hay peligro?», ya se había ido.

El señor Wainwright iba de camino al ala de la casa donde esperaba encontrar al señor Carlyle. Este no hacía más que dar vueltas arriba y abajo, y lo llevaba haciendo toda la noche. Su rostro empalideció al ver entrar al médico.

—No se apiada mucho de mi sufrimiento, Wainwright. El doctor Martin lleva aquí veinte minutos. ¿Qué dice?

—Bueno, no puede decir más de lo que ya le he dicho yo. Los síntomas son graves, pero espera que salga bien. Hay que tener paciencia y esperar.

El señor Carlyle volvió a su jadeante caminar.

—Vengo a sugerirle que mande llamar a Little. En estos casos en que hay retraso...

La conversación se interrumpió por un grito del señor Carlyle, entre el horror y la desesperación. El reverendo Little era el párroco de Saint Jude, y su temor se había desatado, pues imaginaba lo peor.

—No para su esposa —aclaró rápidamente el médico—, para el bebé, si no viviera. A usted y a lady Isabel les tranquilizaría saber que ha sido bautizado.

—Gracias, gracias —dijo el señor Carlyle mientras agarraba la mano del médico con agradecimiento indescriptible—. Mandaré a por Little.

—Ha dado por sentado que el alma de su esposa ya no estaba con nosotros. Le ruego a Dios que, si este bebé muere, pueda vivir para darle otro.

«¡Así sea!», dijo para sus adentros el señor Carlyle.

—Carlyle —añadió el médico en tono reflexivo, mientras ponía la mano en su hombro, al que apenas alcanzaba—. A veces me hallo en el lecho de muerte de un paciente, traen a un clérigo para rogar por el alma que ha de

partir, y siento la tentación de preguntarme qué puede hacer un hombre bueno, aunque sea un hombre de Dios, si el alma no ha rendido sus cuentas.

Era ya mediodía. El reverendo Little, el señor Carlyle y la señorita Carlyle estaban reunidos en el vestidor, alrededor de una mesa en la que se erguía una hermosa vasija de porcelana con el agua para el bautismo. Joyce, con el rostro blanco de la emoción, entró con lo que parecía un montón de ropa enrollada. Al señor Carlyle poco le importaba aquel objeto en comparación con el afecto que sentía por su esposa.

—Joyce —susurró—, ¿va todo bien?

—Eso creo, señor.

Empezó la ceremonia. El clérigo tomó al bebé en brazos.

—¿Qué nombre? —preguntó.

El señor Carlyle no había pensado en el nombre, pero respondió rápidamente:

—William.

Sabía que ese nombre le gustaba a lady Isabel.

El ministro sumergió los dedos en el agua. Joyce los interrumpió, azorada, y miró a su dueño.

—Es una niña, señor. Lo siento, pensaba que se lo había dicho, pero estoy muy nerviosa.

Hubo una pausa y el ministro volvió a hablar.

—Denle un nombre a esta criatura.

—Isabel Lucy —dijo el señor Carlyle. Se oyó un raro bufido procedente de la señorita Corny. Probablemente había creído que le daría el suyo; Carlyle había bautizado a la niña con el nombre de su esposa y de su madre.

No permitieron al señor Carlyle ver a su mujer hasta la noche. Tenía las pestañas húmedas de la emoción al inclinarse a mirarla. Isabel reparó en ello, y una leve sonrisa entreabrió sus labios.

—Creo que no he sido muy fuerte, Archibald, pero demos gracias de que haya terminado. Nadie puede saberlo, excepto los que lo han sufrido.

—Sí que pueden —murmuró él—. Nunca conocí el verdadero agradecimiento hasta el día de hoy.

—¿Porque el bebé está a salvo?

—Porque tú estás a salvo, amor mío; sana y salva y a mi lado. Isabel —

susurró, y ocultó su rostro en el pecho de ella—, hasta hoy no he sabido lo que es rezar, rezar de corazón, en la hora de mayor dolor y necesidad.

—¿Le has escrito a lord Mount Severn? —preguntó ella, al cabo de un rato.

—Esta tarde —replicó.

—¿Por qué le pusiste al bebé mi nombre?

—¿Hay otro más bonito? Yo no lo conozco.

—¿Por qué no acercas una silla y te sientas a mi lado?

Sonrió y movió la cabeza.

—Ojalá pudiera, pero solo me dejan quedarme contigo dos minutos, y Wainwright está apostado en la puerta reloj en mano, cronometrándome.

Y así era. La breve entrevista terminó casi tan pronto como había empezado.

Capítulo 18: La lengua de Wilson

El bebé sobrevivió, y parecía con intención de seguir haciéndolo, así que el siguiente paso, por supuesto, era buscar una niñera. Isabel no se recuperó rápidamente: la fiebre y la debilidad se peleaban por su cuerpo. Un día, estando ella vestida, sentada en un sillón, entró la señorita Carlyle.

—De todas las criadas del vecindario, ¿quién te imaginas que se ha presentado al puesto de niñera? —le dijo a lady Isabel.

—No lo sé, la verdad.

—Pues Wilson, la criada de la señora Hare. Lleva con ellos tres años y cinco meses, y ahora se va por una disputa con Barbara. ¿Quieres verla?

—¿Crees que lo haría bien? ¿Es buena criada?

—Tal como está hoy el servicio, no es mala criada —respondió la señorita Carlyle—. Es consistente y respetable, pero tiene una lengua tan larga como de aquí a Lynneborough.

—Eso no es problema para el bebé —dijo lady Isabel—. Pero, si ha sido la doncella de una dama, probablemente no sepa cómo cuidar una niña.

—Sí que sabe. Fue la niñera principal en casa del señor Pinner, antes de servir con la señora Hare. Estuvo allí cinco años.

—La veré —dijo lady Isabel.

La señorita Carlyle salió para buscar a la criada, pero regresó enseguida.

—Espere, lady Isabel, no debe contratarla ahora. Si cree que podría encajar, deje que vuelva a venir, y, mientras, iré a ver a la señora Hare, a enterarme de las circunstancias de su marcha. Ella dice que es culpa de Barbara, pero es una versión del asunto. Antes de contratarla, vale la pena

escuchar qué tiene que decir la otra parte.

Por supuesto, tenía razón. Isabel asintió, y la criada se presentó. Era una mujer alta, de aspecto agradable y ojos negros. Lady Isabel le preguntó por qué dejaba el servicio en casa de la señora Hare.

—Es por el genio de la señorita Barbara, señora. Desde hace un año, no está contenta con nada. Se ha vuelto tan rígida como la justicia. Muchas veces he amenazado con irme, y la noche pasada tuvimos otro estallido. Por eso me he ido esta mañana.

—¿Definitivamente?

—Sí, señora. La señorita Barbara me provocó tanto que ayer noche le dije que me iría después del desayuno. Y eso he hecho. Me gustaría mucho entrar a trabajar en esta casa, señora, si usted quiere darme la oportunidad.

—¿Ha sido la doncella principal en casa de la señora Hare?

—Sí, señora.

—Entonces es posible que el puesto no le encaje tan bien como piensa. Ya tenemos una criada principal en esta casa, Joyce, y usted estaría por debajo. Confío mucho en ella; en caso de que esté ausente, o enferma, Joyce supervisaría la guardería.

—No me importa, señora —dijo la criada—. A todos nos gusta Joyce, señora.

Le hizo unas cuantas preguntas más y le dijo que regresara por la noche; entonces tendría la respuesta. La señorita Carlyle fue a Grove, a enterarse de los «detalles» del asunto. Allí la señora Hare le dijo con franqueza que no tenía nada malo que decir de Wilson, excepto quizá la manera abrupta en que se había ido, pero creía que la culpa era de Barbara. Por tanto, contrataron a Wilson, que debía entrar a servir la mañana siguiente.

La tarde de ese día, Isabel estaba tendida en el sofá de su dormitorio, al parecer dormida. En realidad, se encontraba en la duermevela habitual de los aquejados de fiebre y debilidad. De repente, se despertó al oír su nombre en la habitación adyacente, donde Joyce y Wilson estaban sentadas, la segunda con el bebé dormido en el regazo y la primera cosiendo. La puerta de las dos habitaciones estaba entreabierta.

—Tiene mal aspecto —dijo Wilson.

—¿Quién? —preguntó Joyce.

—La señora. Parece que nunca vaya a recuperarse.

—Al contrario, se está recuperando rápidamente —dijo Joyce—. Si la hubieras visto hace una semana, no dirías que ahora tiene mal aspecto, en comparación.

—¡Madre mía! Sé de alguien que se pondría muy contenta si pasara lo peor.

—¡No digas tonterías! —replicó Joyce, enfadada.

—Puedes decir que son tonterías, Joyce, pero la cosa es así —dijo Wilson—. Y esta vez sí lo cazaría, seguro que sí; no lo dejaría escapar por segunda vez. Está tan enamorada de él como siempre.

—Todo eran rumores y estupideces —dijo Joyce—. West Lynne debe estar poco entretenido para perder el tiempo con eso. Al señor Carlyle nunca le importó.

—Estás muy segura y dices lo que no sabes. Yo he visto cosas, en cambio: vi cómo la besaba.

—¡Mentiras! —exclamó Joyce—. Eso no quiere decir nada.

—No digo nada más que lo que es: le regaló ese colgante y la cadena que lleva puesta.

—¿Quién la lleva puesta? —replicó Joyce, decidida a no dejar pasar una sin contradecirla—. No quiero saber nada del tema.

—¿Que quién? Pues quién va a ser: la señorita Barbara. Apenas se lo ha quitado desde entonces. Hasta creo que lo lleva cuando se va a dormir.

—¡Pues bien tonta será si lo hace! —exclamó Joyce.

—La noche antes de que se fuera de West Lynne para casarse con lady Isabel, ¡y menudo trueno fue la noticia!, la señorita Barbara había visitado a la señorita Carlyle, y él la acompañó de vuelta a casa. Era una noche preciosa, con la luna creciente que lo iluminaba todo como si fuera de día. De alguna manera, él le rompió la sombrilla al entrar en la casa, y cuando llegaron a la puerta hubo una escena de amor.

—¿Eras la tercera en discordia? —preguntó Joyce, sarcástica.

—Sí, sin querer. Esa vieja tacaña no permite que los admiradores vengan a visitar a las criadas dentro de la casa, y no hay manera de ver a alguien discretamente en el jardín trasero de la cocina, donde la planta más alta es una coliflor, así que la única ocasión que tenemos es charlar media hora entre los

árboles del jardín delantero si algún amigo viene a vernos. Esa noche yo esperaba a uno, que resultó ser un mentiroso de marca mayor; al cabo de tres meses se casó con la criada de la taberna Buck's Head, y yo lo esperaba entre los árboles. Llegaron el señor Carlyle y la señorita Barbara. Ella quería que entrara, pero él no quiso, y allí se quedaron. Dijeron algo acerca del colgante, y que él le daría un bucle de su pelo para que lo guardara, pero no oía bien lo que decían, y tenía miedo de acercarme más por si me oían o veían. Pero era una escena de amor de las de siempre, a juzgar por lo que llegué a oír. Si alguien pensó alguna vez en convertirse en la señora Carlyle, te aseguro que fue Barbara Hare esa noche.

—¡Pedazo de tontuela! Pero ¡si acabas de decir que fue la noche antes de que se fuera para casarse!

—No me importa, fue así. Cuando se fue, vi que levantaba las manos y la cara como si estuviera en éxtasis, y murmuró que él nunca sabría cuánto lo amaba hasta que fuera su esposa. Te lo aseguro, Joyce, entre esos dos hubo más que una caricia, pero supongo que, cuando se cruzó con la señora, no pudo resistirse a su rango y belleza y se olvidó del antiguo amor. El hombre es voluble por naturaleza, especialmente los que son guapos, como el señor Carlyle.

—El señor Carlyle no es voluble.

—Y puedo contarte algo más. Dos o tres días después, la señorita Corny vino a la casa con la noticia del matrimonio. Yo estaba en el dormitorio de la señora, y ellas en la habitación de abajo, con las ventanas abiertas, y oí que la señorita Corny informaba de la noticia, porque me incliné por la ventana. Entonces la señorita Barbara se inventó una excusa y subió corriendo a su habitación, y yo salí al pasillo. Al cabo de unos momentos, oí un ruido; era una especie de gemido, o lamento, y abrí la puerta en silencio, pues temía que fuera a desmayarse. Joyce, si nunca mi corazón había sentido pena por nadie, entonces la sintió, y de qué manera. Estaba tirada en el suelo y se retorció las manos, con el rostro blanco como una sábana; parecía que estuviera agonizando. Habría dado una cuarta parte de mi sueldo por decirle una palabra de consuelo, pero no me atreví a intervenir ante una tristeza tan grande. Volví a salir y cerré la puerta sin que me viera.

—¡Qué estúpida debe ser! —murmuró Joyce—. Enamorarse de alguien que no sentía nada por ella.

—Te digo, Joyce, que eso no lo sabes. ¡Eres tan obstinada! Ojalá no me interrumpieras. El señor, la señora y la señorita vinieron aquí para felicitar a los recién casados; con un gran carruaje, con el cochero y con Jasper. Si tienes memoria, seguro que lo recuerdas. La señorita Barbara se quedó en East Lynne a pasar el resto del día.

—Lo recuerdo.

—A mí me enviaron para atenderla por la noche, porque Jasper no estaba. Fui por el sendero de los campos, porque en el camino principal había tanto polvo que uno casi se ahogaba. ¿A que no imaginas qué me encontré en la penúltima valla?

Joyce puso los ojos en blanco.

—¿Con una serpiente, quizá?

—Vi a la señorita Barbara y al señor Carlyle. Solo ellos saben lo que pasó. Ella estaba reclinada contra la valla y lloraba, con los sollozos que se oyen de un corazón roto. Parecía que le hubiera estado reprochando algo, como si tuviera derecho a exigirle una explicación. Oí que él le decía que, en adelante, solo podían ser hermano y hermana. Enseguida hice ruido, para que no pensarán que les espiaba, y el señor Carlyle abrió la valla. La señorita Barbara le dijo que no hacía falta que fuera más lejos, pero él estiró el brazo para ayudarla a pasar y la acompañó hasta la puerta de atrás. Yo fui a abrir la puerta, y vi que él tenía la cabeza inclinada hacia ella, y que tenía las manos de la joven entre las suyas. Ya te digo que no sabemos lo que ha pasado entre esos dos.

—En cualquier caso, ¡es una tonta si aún está enamorada! —exclamó Joyce, indignada.

—Sí lo es, porque sigue enamorada. A menudo va a la verja, cuando sabe que él va a pasar, y allí se oculta para que no la vea y poder observarlo en secreto. Es su infelicidad, y los celos que tiene de lady Isabel, lo que le hace portarse tan mal; te aseguro, Joyce, que ha cambiado tanto este último año que no es la misma persona. Si el señor Carlyle se cansara de mi señora alguna vez...

—¡Wilson! —interrumpió Joyce—. Ten la bondad de contener tu lengua.

—¿Qué he dicho? Es la verdad. Los hombres son unos veletas desvergonzados, y los maridos, peores que los novios, y no digo nada que no sea cierto. Pero, volviendo a lo que decíamos al comienzo: si algo le pasara a

la señora, estoy segura de que la señorita Barbara en un santiamén se pondría en su lugar, tan seguro como que Dios está en el cielo.

—No le pasará nada —dijo Joyce, con compostura.

—Espero que no, ni ahora ni más tarde, por el bien de esta inocente que salta en mi regazo —siguió impertérrita Wilson—. No sería buena madrastra; si se odia a la primera mujer, no se quiere a sus hijos. Seguro que pondría al señor Carlyle en contra de ellos...

—Wilson, te lo diré una vez y nunca más —interrumpió Joyce en un tono firme e inequívoco—. Si sigues diciendo estas cosas en East Lynne, informaré a mi señora de que debe despedirte.

—¡Pero bueno!

—Y sabes que, cuando me decido a hacer algo, lo hago —prosiguió Joyce—. La señorita Carlyle tiene razón al decir que tienes la lengua más larga de West Lynne, y deberías tener el sentido común y la gentileza de evitar aquí ciertos temas, ya trabajes para el señor Hare o si el pan te lo paga el señor Carlyle. Y otra cosa, Wilson: me parece que en la casa de la señora Hare debías tener la costumbre de charlar por los codos de cosas que no te competían. Te advierto de que no debes hacer lo mismo aquí.

—Siempre has sido de las formales, Joyce —exclamó Wilson, que se echó a reír de buena gana—. Pero, ahora que me he desahogado, me callaré; y no te preocupes, no soy tan tonta como para ir hablando de estas cosas con los demás criados.

¡Imaginemos el impacto de esa conversación en lady Isabel! Pues lo oyó todo, hasta la última palabra. Y está muy bien decir que «no debe prestarse atención a los cotilleos de los criados», pero se presta atención dependiendo de lo que verse el cotilleo. Si hubiera gozado de buena salud, quizá no le habría causado una impresión tan profunda, pero estaba débil, con fiebre y en estado de delirio parcial. Por eso se convenció de que Archibald Carlyle jamás la había amado, que la admiraba y la había convertido en su esposa por ambición, pero que su corazón pertenecía a Barbara Hare.

Mientras yacía allí, su excitación creció, fruto de la mezcla de celos, fiebre y amor, que también jugaba con su cerebro agotado. Cuando el señor Carlyle entró, cerca de la hora de comer, se sorprendió al verla: sus pálidas mejillas ardían con un matiz rosado, y le brillaban los ojos por la fiebre.

—¡Isabel! Pero ¡si estás peor! —murmuró mientras se acercaba

rápidamente.

Ella se levantó a medias del sofá y se aferró a él con emoción.

—¡Oh, Archibald, Archibald! —dijo— ¡No te cases con ella! ¡No podría descansar en la tumba si lo haces!

El señor Carlyle, asombrado y sin entender, creyó que su esposa estaba bajo el influjo de una alucinación, resultado de su debilidad. Procuró calmarla, pero no lo conseguía. Estalló en lágrimas, y volvió a suplicar, con palabras salvajes y desesperadas:

—Trataré mal a mi hija, te obligaré a dejar de quererla y a olvidarme. Archibald, no debes casarte con ella.

—Debes estar soñando, Isabel —le dijo él, con voz suave—. Estabas dormida, y aún no te has despertado del todo. Cálmate, y sabrás dónde estás. Aquí, amor mío, descansa en mí.

—Solo de pensar en ella como tu esposa me dan deseos de morirme —insistió ella—. Prométeme que no te casarás con ella, Archibald, ¡prométemelo!

—Te prometeré todo lo que quieras, dentro de lo que sea razonable —replicó él, sorprendido ante su vehemencia—, pero no te entiendo. No hay ninguna posibilidad de que me case con nadie, Isabel: tú eres mi mujer.

—Pero ¿y si muero? Es posible, sabes que es posible que suceda. Hay gente que piensa que voy a morir..., y, si es así, no permitas que usurpe mi lugar.

—Por supuesto que no, sea quien sea la persona en quien piensas. ¿Qué has soñado, amor mío? ¿Quién te atormenta así?

—Archibald, ¿tienes que preguntármelo? ¿No amaste a nadie antes de casarte conmigo? Quizá la has amado desde entonces, quizá la amas aún.

El señor Carlyle empezó a comprender el «método de su locura». Cambió su tono animado y se dirigió a ella con preocupación sincera.

—¿De quién hablas, Isabel?

—De Barbara Hare.

Carlyle frunció el ceño; estaba preocupado y molesto. ¿Quién habría puesto esas sandeces en la cabeza de su mujer? Dejó el sofá, donde la había abrazado, y se puso en pie delante de ella: tranquilo, digno, casi solemne en su seriedad.

—Isabel, no tengo ni idea de lo que crees que hay entre Barbara Hare y yo. Nunca he amado a Barbara Hare, jamás he sentido el mínimo amor por ella, ni antes de mi matrimonio ni después. Debes decirme por qué se te ha ocurrido algo así.

—Pero ella sí te amaba.

Hubo un instante de vacilación, porque, por supuesto, el señor Carlyle sabía que así era. Pero, teniendo en cuenta las circunstancias, y especialmente cómo lo había descubierto, no podía confesar ese conocimiento a su mujer.

—Si así fuera, Isabel, es más ingenua y reprehensible de lo que yo pensaba de Barbara; una mujer puede perderse, y caer en el sufrimiento del amor cuando no es correspondido. Si efectivamente depositó su afecto en mí, puedo decirte que no fui consciente de ello. Créeme, tienes tantos motivos para estar celosa de mi hermana Cornelia como los tienes de Barbara Hare.

Isabel suspiró: era de alivio, y su respiración se calmó. Se sintió indeciblemente más tranquila. El señor Carlyle inclinó la cabeza y siguió hablando con ternura, aunque había pena en su voz.

—No pensaba que todo un año pudiera perderse así. ¿Qué prueba puede darte un hombre de amor profundo y verdadero que no te haya dado yo?

Ella lo miró, con los ojos anegados en lágrimas, y tomó su mano entre las suyas.

—No te enfades conmigo, Archibald: no habría dudado, ni me habría dolido tanto, si no me importaras como me importas.

Carlyle volvió a sonreír, con su habitual expresión de afecto, y se inclinó aún más sobre ella.

—Y ahora, dime, ¿qué te llevó a pensar algo así?

Isabel sintió el impulso de decírselo todo: las palabras de Susan y de Joyce doce meses antes, la conversación que acababa de oír, pero, en ese momento de confianza renovada, le pareció que era ridículo haberle dado tanta importancia, y, además, sentía una ligera humillación porque todo era fruto de una conversación entre criadas. Por eso, guardó silencio.

—¿Alguien te ha predispuesto contra mí? —preguntó él.

—¡Archibald! No, nadie se atrevería.

—Entonces, ¿era un sueño? ¿Y no podías olvidarlo al despertarte?

—Es verdad que a veces tengo extraños sueños, especialmente por la

tarde, y con la fiebre. Y en ocasiones deliro, Archibald, y no distingo la realidad de la fantasía.

La respuesta, si bien expresaba correctamente su estado físico, era evasiva, pero no se lo pareció al señor Carlyle. Le ofrecía una solución probable al enigma, y no la cuestionó.

—Si puedes evitarlo, no vuelvas a soñar estas cosas —dijo—. Tienes que reconocerlas como lo que son: ilusiones, desagradables para ti e injustas para mí. Recuerda, Isabel, que me unen a ti lazos de amor, además de lazos legales, y Barbara Hare no tiene ningún poder para interponerse entre tú y yo.

Nunca ha habido ni habrá en este mundo una pasión tan fantástica, engañosa y poderosa como los celos. El señor Carlyle olvidó el episodio; creyó que la agitación de su esposa se debía a un sueño febril, y supuso que, igual que el sueño, el recuerdo del incidente se borraría de su mente. No fue así. Si bien confió en la palabra de su marido en ese momento, avergonzada de sus sospechas, más adelante el infeliz temor cobró nueva influencia en lady Isabel: las revelaciones desafortunadas de Wilson volvieron a arraigar en su espíritu y superaron la negativa del señor Carlyle. Shakespeare dice que los celos son amarillos y verdes. También podrían ser blancos y negros, porque así ven el mundo: en blanco o en negro. Las conjeturas más increíbles se visten de verdad, las improbabilidades más grandes desfilan como realidades consistentes. Isabel no volvió a mencionar el asunto a su marido, y, si el lector ha sido lo bastante ingenuo para bañarse en las delicias de ese sentimiento, comprenderá que Isabel se aferrara aún más a su esposo y deseara más fervorosamente su amor. Pues lo cierto es que el recuerdo de Barbara Hare se hincó en su corazón como un súcubo.

Capítulo 19: El capitán Thorn en West Lynne

—¡B arbara, qué día más espléndido!

—Hace un día muy bonito, mamá.

—Creo que si saliera a dar un paseo me encontraría mejor.

—Seguro que sí, mamá —fue la respuesta de Barbara—. Si salieras más, seguro que te encontrarías mejor; deberías hacerlo los días de sol.

—Pero no me siento con fuerzas —suspiró la señora Hare—. Los primeros días de primavera, con su resplandor y la calidez incipiente del primer verano, ejercen un efecto vigorizante sobre mí. Creo que hoy sí debo salir. Ahí está tu padre, en el jardín. Pregúntale si le parece bien.

Barbara iba a salir, pero se detuvo un momento.

—Mamá, llevas tres semanas hablando de ir a comprar vestidos y otras cosas que nos hacen falta. ¿Por qué no lo hacemos hoy?

—Bueno... No lo sé —dijo dubitativa la señora Hare, con su habitual incapacidad para decidir.

—Sí, sí. No habrá mejor ocasión. —Y Barbara salió.

El juez Hare estaba en el jardín delantero y señalaba imperiosamente a su criado Benjamin una tarea que no se había hecho según sus indicaciones. Benjamin hacía las veces de cochero y de criado en Grove, y el tiempo que le quedaba lo dedicaba a cuidar del jardín. Era un hombre casado y dormía en su casa, aunque comía en la residencia; llegaba a primera hora y se iba al final el día. El juez llevaba toga y peluca, y hablaba agitadamente cuando Barbara se

acercó. Era la única de los tres hijos que no temía a su padre; Barbara lo respetaba, pero no la impresionaba como a los demás.

—Papá.

—¿Qué quieres? —dijo el juez, que giró su corpulenta figura.

—Mamá piensa que le sentaría bien salir hoy, porque hace muy buen día. ¿Nos podemos llevar el carruaje?

El juez dudó un instante antes de hablar, y miró al cielo.

—¿Dónde quiere ir?

—Queremos hacer algunas compras, papá, por favor. En West Lynne —añadió Barbara rápidamente, al detectar una nube de irritación en la expresión paterna—. No en Lynneborough.

—¡Y tu madre piensa que voy a llevarla! —exclamó el juez Hare—. Antes prefiero que ardan las tiendas. La última vez que fuisteis de compras tuve que esperar hora y media.

—Nos puede acompañar Benjamin, papá.

El señor Hare se paseó pomposamente por la hierba al pie de los ventanales del comedor, los abrió, entró en la casa y fue donde su mujer. Barbara le siguió y se quedó discretamente a su lado.

—¿Quieres ir de compras hoy, Anne?

—No especialmente hoy —fue la respuesta de la voz dócil de la señora Hare—. Cualquiera día estará bien. ¿Pensabas utilizar el carruaje?

—No lo sé —respondió el juez.

El hecho es que no se le había ocurrido, pero le gustaba que cualquier plan o cualquier movimiento procediera de él, y que su voluntad regulase toda decisión.

—Hace tan buen día que creo que me gustaría aprovecharlo —dijo la señora Hare—. Y tenemos que comprar los vestidos de verano de Barbara.

—Siempre estás comprándole vestidos a Barbara —gruñó el juez.

—¡Oh, papá!

—Silencio, jovencita. Tienes el doble de los que necesitas.

—Quizá, Richard, pueda ir y volver andando, sin cansarme demasiado, si no puedes dejarme el carruaje —dijo la señora Hare, amablemente.

El carruaje, o faetón, como también se solía llamar, era un vehículo más bien anticuado, como es costumbre en el campo. Una pequeña plancha de

madera delante hacía las veces de asiento para el conductor, y había otro asiento más ancho, atrás, cubierto con capota, en el que Barbara cabía entre el señor y la señora Hare cuando ambos iban en él. Sin embargo, el señor Hare solía conducirlo él mismo, sin criado. Hoy la capota estaba bajada, pero era muy útil cuando el tiempo estaba lluvioso; y había dos juegos de varas, de manera que podía instalarse un caballo o dos, según quisieran. Solían alternar los caballos negros de larga cola, porque el juez tenía dos, y se reservaba una montura para él.

Benjamin colocó con cuidado la manta sobre las rodillas de la señora; los criados no soportaban al señor Hare, pero habrían dado la vida por su esposa; subió a la caja y las condujo a su destino, la tienda de telas. Era una tienda excelente, situada un poco más allá de la oficina del señor Carlyle, y pronto la señora Hare y Barbara se volcaron en esa ocupación, fascinante para las mujeres, según se dice. Llevaban una hora seleccionando tejidos cuando la señora Hare se dio cuenta de que no llevaba el bolso.

—Debo haberlo olvidado en el carruaje, Barbara. Ve y tráemelo, por favor, querida. Allí tengo el retal de seda que necesito.

Barbara salió a la calle. El carruaje, Benjamin y el elegante y viejo caballo esperaban, adormilados. Barbara no vio el bolso, y le pidió ayuda al criado.

—Ayúdame a encontrar el bolso de mamá, Benjamin. Tiene que estar aquí, en el carruaje.

Benjamin se bajó del asiento y empezó a buscar. Barbara esperó mientras miraba distraída la calle. El sol brillaba con fuerza, y sus rayos caían sobre la larga cadena del reloj de un caballero que paseaba plácidamente por la calle; a cada paso, los eslabones dorados, la llave y la esfera relucían, cruzados sobre su chaleco. Brillaban también los botones de oro y el esmalte de su camisa, y de repente levantó una mano sin guante, una mano blanca, para atusarse el bigote, gesto con el que se reconoce a un hombre vanidoso; en dicha mano resplandecía un anillo de diamantes con una luz deslumbrante. Involuntariamente, Barbara pensó en la descripción que su hermano Richard había dado de ciertas joyas espléndidas que llevaba otro hombre.

Lo observó avanzar. Era un caballero atractivo, de unos veintisiete o veintiocho años, alto, esbelto, bien formado; tenía los ojos y el cabello negros. La expresión de su rostro era agradable; en la mano izquierda llevaba

un guante de cabritilla reluciente, y lo balanceaba con los dedos, al parecer sumido en profundas reflexiones mientras silbaba en un tono bajo. Si no fuera por el sol, Barbara no habría reparado en las joyas ni se le habría ocurrido relacionarlas con las otras joyas del infeliz secreto.

—¡Vaya! Thorn, ¿es usted? ¡Venga, venga aquí!

El que había hablado era Otway Bethel, desde el otro lado de la calle, y se había dirigido al ornamentado caballero. Pero este no le había oído, de concentrado que estaba. Bethel volvió a llamarlo con voz más alta.

—¡Capitán Thorn!

Ahora sí que lo oyó. El capitán Thorn asintió, y cruzó la calle al momento. Barbara se quedó como en mitad de un sueño; su cerebro, su mente y su imaginación estaban sumidas en la confusión.

—Aquí está el bolso, señorita Barbara. Estaba entre los pliegues de la manta.

Benjamin le tendía el objeto, pero ella no reparó en él; no era consciente de nada excepto de una cosa. Que tenía frente a sí al verdadero asesino de Hallijohn; no le cabía la menor duda. Encajaba con la descripción que le había dado Richard en todos los extremos: alto, moreno, vanidoso, atractivo, de manos delicadas, cargado de joyas, ¡y le llamaban capitán! Barbara palideció y su corazón se encogió.

—El bolso, señorita Barbara.

Pero Barbara ya se había ido, y dejado atrás a Benjamin y al bolso. Acababa de ver al señor Wainwright, el médico, y caminó apresuradamente hacia él.

—Señor Wainwright —dijo abruptamente, y prescindió de toda cortesía en su estado de agitación—. ¿Ve a aquel caballero, el que habla con Otway Bethel? ¿Quién es?

El señor Wainwright tuvo que ponerse las gafas sobre el puente de la nariz antes de dar su respuesta, pues era miope.

—¿Ese? Oh, es un tal capitán Thorn. Está visitando a los Herbert, según creo.

—¿De dónde procede? ¿Dónde vive? —insistió Barbara, ávida de información.

—No sé nada de él. Le vi esta mañana con el joven Smith, y me dijo que

era un amigo de los Herbert. Parece usted un poco alterada, señorita Barbara.

La joven no respondió. El capitán Thorn y el señor Bethel se acercaban por la calle, y este la saludó, pero ella estaba demasiado confundida para responder. El señor Wainwright se despidió de ella, y Barbara regresó lentamente. La señora Hare asomaba por la puerta de la tienda.

—¡Querida, qué cara más larga! ¿No has encontrado el bolso?

—Fui a hablar con el señor Wainwright —dijo Barbara, mecánicamente. Aceptó el bolso que Benjamin le ofrecía y se lo tendió a su madre; su corazón y su mente seguían absortas en la persona que acababa de ver, que ahora se alejaba en la distancia.

—Estás pálida, hija mía. ¿Te encuentras bien?

—Oh, sí. Vamos, terminemos con las compras, mamá.

Volvió al mostrador mientras así hablaba, ansiosa por «terminar» y volver a casa, donde tendría tiempo de reflexionar. La señora Hare se preguntó qué le había pasado; el tranquilo interés que desplegabá en la selección de telas hacía unos minutos brillaba por su ausencia; se había quedado sentada, distraída y ensimismada.

—Vamos, querida, solo tienes que escoger una. ¿Cuál de las dos sedas prefieres?

—Cualquiera de las dos. La que más te guste, mamá.

—Barbara, pero ¿qué te ha pasado?

—Debo estar cansada —dijo Barbara, que se obligó a sonreír y a fingir que prestaba atención a su alrededor—. No me gusta la verde, prefiero la otra.

Por fin llegaron a casa. Barbara se quedó unos minutos sola en su habitación antes de que sirvieran la comida. La única conclusión a la que podía llegar, por desgracia, era que no había nada que hacer, excepto contárselo a Archibald Carlyle.

¿Cómo podría verlo? No podía demorarse un minuto. Suponía que iría a East Lynne por la tarde, pero ¿qué excusa daría en casa? Reflexionando sobre ello, bajó a comer. En la comida, la señora Hare habló de las sedas que había comprado para un cobertor. Le gustaría que lo hicieran igual que el de la señora Carlyle; cuando la señorita Carlyle fue a Grove el otro día, para dar su opinión sobre el carácter de Wilson, esta le habría ofrecido el diseño, y a la señora Hare se le había ocurrido que podría mandar una criada a buscarlo

después de comer.

—¡Oh, mamá! ¡Déjame ir a mí! —dijo de repente Barbara. Habló con tanta vehemencia que el juez dejó de cortar su carne y preguntó qué le pasaba. Barbara profirió una débil excusa.

—Es natural —sonrió la señora Hare—. Barbara tiene ganas de ver al bebé, me imagino. A las jovencitas les gustan los niños.

El rostro de Barbara se puso rojo como la grana, pero no contradijo a su madre. No pudo terminar su comida, porque no hacía más que pensar en el pobre Richard. Jugaba con la comida, la movía en el plato, pero no la tocaba.

—Es por esa ropa fina que ha comprado —decidió el juez Hare—. Tiene la cabeza llena de frivolidades.

Pero no hubo oposición a la propuesta de que Barbara fuera a East Lynne. Allí llegó poco después de terminar de comer. Preguntó por la señorita Carlyle.

—La señorita Carlyle no está en casa, señorita. Ha ido a pasar el día fuera, y la señora aún no recibe.

Era una especie de jaque mate. Barbara se vio obligada a decir que entonces vería al señor Carlyle. Peter la hizo pasar al salón, y el señor Carlyle llegó al cabo de unos momentos.

—Siento mucho venir a molestarte; me he visto obligada a preguntar por ti —empezó, con el rostro sonrojado, pues recordaba la conversación que habían mantenido una tarde, doce meses antes. Desde ese momento de agitación, Barbara no se había permitido traicionar sus emociones frente al señor Carlyle. Se había comportado cortésmente, con indiferencia y distancia. Y ahora le llamaba más a menudo «señor Carlyle» que «Archibald».

—Siéntate, Barbara.

—Pregunté por la señorita Carlyle —continuó—, porque mamá quiere un diseño que ella le había prometido, pero, de hecho, quería verte a ti. ¿Recuerdas al teniente Thorn, de quien Richard dice que es el verdadero asesino?

—Sí.

—Creo que está en West Lynne.

El señor Carlyle levantó la mirada, vivamente interesado.

—¿Cómo? ¿El mismo Thorn?

—No puede ser otro. Mamá y yo estábamos de compras, y salí a por su bolso, que había olvidado en el carruaje. Mientras Benjamin lo buscaba, vi a un forastero por la calle: un hombre alto, atractivo, de pelo moreno, con un reloj de cadena de oro y botones también de oro, muy sospechosos. El sol caía sobre él, y sus joyas resplandecían, especialmente un anillo de diamantes que llevaba en el dedo y que vi al llevarse la mano a la cabeza. De repente pensé que se parecía mucho a la descripción que Richard había dado de Thorn. No sé por qué se me ocurrió conectar las dos cosas, pero así fue; aunque, en ese momento, no pensaba que fuera el mismo hombre. Justo entonces oí que lo llamaban del otro lado de la calle: era Otway Bethel, y lo llamó «capitán Thorn».

—Es de lo más significativo, Barbara. No sabía que hubiera un forastero en West Lynne.

—Vi al señor Wainwright, y le pregunté si sabía quién era. Me dijo que se trataba del capitán Thorn, un amigo de los Herbert. Alguien que fuera teniente hace cuatro o cinco años hoy sería capitán.

El señor Carlyle asintió, y hubo una pausa.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Barbara.

El señor Carlyle se pasaba la mano por la frente, una costumbre cuando reflexionaba.

—Es difícil decirlo, Barbara. La descripción de ese hombre sin duda encaja con lo que contaba Richard. ¿Tenía aspecto de caballero?

—Sí, mucho. Parecía incluso un aristócrata.

El señor Carlyle asintió. Recordaba las palabras exactas de Richard al describir al hombre: «Un aristócrata de pies a cabeza».

—Está claro que lo primero que debemos hacer es asegurarnos de que sea el mismo hombre —dijo por fin—. Si así fuera, tenemos que reflexionar sobre las medidas apropiadas. Veré qué puedo descubrir, y te lo haré saber.

Barbara se levantó. El señor Carlyle la acompañó por el vestíbulo y luego caminó un rato a su lado por el parque, sumido en reflexión, ajeno a los celosos ojos de lady Isabel, que los observaban sin perder detalle desde la ventana de su vestidor.

—¿Decías que era amigo de Otway Bethel?

—No sé si amigos, pero Otway Bethel hablaba con él como si se conocieran.

—Debe haber alterado a la señora Hare.

—Olvidas que mamá no sabe nada de Thorn —dijo Barbara—. La incertidumbre la habría preocupado en exceso. Todo lo que Richard le dijo fue que era inocente del crimen, que había sido obra de un forastero, y ella no le preguntó más; tiene fe en que Richard dice la verdad.

—Es cierto, lo olvidaba —replicó el señor Carlyle—. Ojalá descubriéramos a alguien que conociera al otro Thorn; así comprobaríamos si son la misma persona, y eso nos daría una gran ventaja.

Acompañó a Barbara hasta la verja del parque, estrechó su mano y le deseó buenas tardes. Apenas se había ido la joven el señor Carlyle vio a dos caballeros que avanzaban desde la dirección opuesta; reconoció a Tom Herbert y del otro supo, instintivamente, que era el capitán Thorn. Esperó a que llegaran a su altura.

—¡Qué suerte encontrarle! —exclamó el señor Tom Herbert, un caballero de talante fácil y agradable, segundo hijo de un juez, hermano del señor Hare—. Le ruego que nos ofrezca un trago de sidra, Carlyle. Hemos ido a lo de Beauchamp a pasear, pero todos estaban fuera, y estoy muerto de sed. Le presento al capitán Thorn. Señor Carlyle.

El señor Carlyle los invitó a la casa, y pidió que trajeran bebidas. El joven Herbert se dejó caer tranquilamente en un sillón y encendió un cigarro.

—¡Venga, Thorn! —exclamó—. Aquí tiene uno para usted.

El capitán Thorn miró discretamente al señor Carlyle; parecía más caballeroso que el joven Tom Herbert.

—Y para usted también, Carlyle —dijo Herbert mientras tendía su cigarrera—. Oh, lo olvidaba, es usted un aguafiestas; no fuma. Bueno, ¿cómo está lady Isabel?

—Aún no se encuentra demasiado bien.

—Vaya por Dios. Dígale que lo siento mucho, Carlyle, dígaselo, ¿eh? Pero, ¡vaya! ¿Cree que pueda molestarla el humo? —preguntó, con una mezcla de alarma y preocupación.

El señor Carlyle le aseguró que no, y se volvió al capitán Thorn.

—¿Conoce usted este lugar?

El capitán Thorn sonrió.

—Llegué a West Lynne ayer.

—Entonces, ¿nunca había estado en esta parte del país? —insistió el señor Carlyle, pues le pareció que la respuesta de Thorn había sido evasiva.

—No.

—Él y mi hermano Jack, usted lo conoce, están en el mismo regimiento —intervino Tom Herbert, sin preocuparse por las formas—. Jack le ha invitado a pescar, y por eso está aquí. Pero Thorn no le había avisado de que vendría, y Jack está en una expedición en Irlanda, Dios sabe dónde. Bastante desafortunado, ¿eh? Así que Thorn dice que no se quedará tanto tiempo como había pensado, y volverá en otra ocasión.

La conversación se centró en la pesca, y, mientras hablaban, el desconocido mencionó cierta laguna y sus famosas anguilas, la «Laguna baja». El señor Carlyle lo miró y, con aire distraído, dijo:

—¿A cuál se refiere? Tenemos dos lagunas no muy separadas, y a las dos las llaman «Laguna baja».

—Me refiero a la que está en una propiedad a tres millas de aquí: la del señor Thorpe, a menos que me equivoque.

El señor Carlyle sonrió.

—Sí que debe haber venido antes por esta zona, capitán Thorn. El señor Thorpe murió, y la finca es ahora propiedad del marido de su hija. Esa laguna se cubrió hace tres años.

—Debo haberla oído mencionar a algún amigo —se limitó a decir el capitán Thorn con indiferencia, aunque evidentemente no deseaba seguir hablando del tema.

El señor Carlyle, gradualmente, condujo la conversación hacia Swainson, el lugar de donde Richard Hare sospechaba que procedía Thorn. El actual Thorn dijo que lo conocía «un poco» y que se había alojado allí «brevemente». El señor Carlyle se convenció de que las sospechas de Barbara eran correctas. Las descripciones de ambos hombres encajaban hasta el mínimo detalle, por lo que él sabía. El hombre que tenía delante llevaba dos anillos: uno de diamante en una mano, con una piedra extremadamente hermosa, y un sello en la otra. Sus manos eran delicadas, y llevaba un pañuelo perfumado de textura inusualmente fina, una señal de dandismo que en el otro Thorn molestaba considerablemente a Richard. El señor Carlyle abandonó la estancia un momento, e hizo llamar a Joyce.

—La señora pregunta por usted, señor —dijo Joyce.

—Dile que tardaré un momento, hasta que se vayan los dos caballeros. Joyce —añadió—, busca una excusa para entrar en la sala: trae algo o pregunta si quieren más bebidas. Quiero que mires bien al señor que está con el joven señor Herbert. Fíjate bien en él, porque es posible que lo hayas visto antes.

El señor Carlyle regresó al salón después de dejar a Joyce más que sorprendida. Sin embargo, hizo lo que le pedía; llevó un poco de agua y se quedó unos instantes, recolocando las cosas de la mesa.

Cuando los dos hombres se fueron, el señor Carlyle llamó a Joyce antes de ir a ver a su esposa.

—¿Y bien? ¿Reconociste al hombre?

—No, señor, en absoluto. Nunca le había visto.

—Haz un esfuerzo por recordar, Joyce. ¿Seguro que no le viste nunca, hace años?

Joyce le miró sin comprender, y siguió negando.

—¿Puede ser el hombre que solía venir desde Swainson a ver a Afy?

Joyce se puso roja como la grana.

—¡Oh, señor! —murmuró.

—Se llama igual: Thorn. Pensé que podría ser el mismo hombre —dijo el señor Carlyle.

—Señor, no lo sé. Yo solo vi al teniente Thorn una vez, y no sé..., no sé... —Joyce hablaba lentamente, como si reflexionara con cuidado— si le reconocería. No pensé en él al ver a este caballero, pero, en cualquier caso, no recuerdo a ningún señor como el que acabo de ver.

Así que no obtuvo ninguna pista de Joyce. Al día siguiente, fue a ver a Otway Bethel.

—¿Conoce al capitán Thorn, el que se aloja con los Herbert? —le preguntó sin rodeos.

—Sí, si conocer es pasar un par de horas con él —dijo Bethel, burlón—. Es todo el rato que le he visto.

—¿Está seguro? —insistió el señor Carlyle.

—¡Seguro! —replicó Bethel—. ¿Por qué? ¿A qué viene esto? Pasé por casa de Herbert anteayer, y Tom me pidió que me quedara a pasar la velada. Thorn acababa de llegar. Lo pasamos bien; fumamos y bebimos *punch* .

—Bethel —dijo el señor Carlyle, que fue al grano—, ¿es el mismo Thorn que solía ir a ver a Afy Hallijohn? Vamos, puede decírmelo.

Bethel se quedó sin saber qué decir, al parecer asombrado.

—Pero ¡qué redomada mentira! —dijo por fin—. ¡No es el mismo Thorn que...! Espere, ¿a qué Thorn se refiere? —terminó, abruptamente.

—Está esquivando la pregunta, Bethel. El Thorn que estuvo implicado, o eso se dijo, en el asunto Hallijohn. ¿Es el mismo hombre?

—Es usted un imbécil, Carlyle, y jamás pensé que lo fuera —fue la respuesta del señor Bethel, en tono salvaje—. Le he dicho que no sabía que ningún Thorn estuviera mezclado en lo de Afy, y me gustaría saber por qué no cree en mi palabra. No he visto jamás a Thorn en mi vida, hasta que me lo encontré ayer por la noche en casa de los Herbert. Y, si tengo que jurarlo por mi honor, lo haré.

Bethel se fue y dejó al señor Carlyle con la palabra en la boca. Este se quedó mirando cómo se alejaba mientras le daba vueltas al enigma. La mención del nombre de Thorn (el hombre al que se refería Richard Hare) parecía desatar la animadversión de Bethel e irritarlo. El señor Carlyle recordaba que ya había sido así anteriormente, y volvía a suceder; sin embargo, Bethel era un hombre afable en general, de humor más plácido que la media. Estaba claro que había un secreto, algún misterio que conectaba con lo sucedido. El señor Carlyle estaba seguro de eso, pero no atinaba a desentrañar de qué se trataba. La entrevista con Bethel no le había ayudado a dilucidar si este Thorn era el mismo hombre de hacía unos años. Al regresar a su despacho, se encontró con Tom Herbert.

—¿El capitán Thorn tiene intención de quedarse mucho tiempo con usted? —le preguntó.

—Se ha ido; vengo de acompañarlo a la estación de tren —dijo Tom Herbert—. Parecía que se aburría sin Jack, así que acortó la visita, y dice que volverá cuando Jack esté aquí.

Cuando el señor Carlyle fue a comer a casa, entró en el Grove, ostensiblemente para una breve visita a la señora Hare. Barbara, que ardía de impaciencia, le acompañó fuera de la casa cuando se fue, y caminaron juntos por el sendero.

—¿Qué has descubierto? —preguntó, ávidamente.

—Nada satisfactorio —dijo el señor Carlyle—. Se ha ido ya.

—¿Que se ha ido, dices! —exclamó Barbara.

El señor Carlyle le explicó lo sucedido: que habían ido a su casa la tarde anterior, después de que Barbara se despidiera de él, y su encuentro con Tom Herbert esa mañana; también mencionó su entrevista con Bethel.

—¿Crees que se ha ido a propósito, por temor a las consecuencias? —preguntó Barbara.

—No lo creo, porque de otro modo no se le habría ocurrido venir.

—¿Quizá sospechó de algo que dijiste, y le hizo creer que estás investigándolo?

—En absoluto. Serías muy mala abogada, Barbara.

—¿Quién o qué es?

—Un oficial al servicio de Su Majestad, en el regimiento de John Herbert. No pude averiguar más. Tom dijo que procedía de buena familia. Sin embargo..., no puedo evitar creer que se trata del mismo hombre.

—¿No podemos hacer nada?

—Ahora mismo, no —concluyó el señor Carlyle mientras cruzaba la verja para seguir hacia su casa—. Solo podemos esperar, con la toda la paciencia del mundo, que el tiempo nos traiga la respuesta.

Barbara puso su frente sobre el frío hierro de la verja mientras oía alejarse sus pasos.

—Esperar, sí, esperar consumida por el dolor más abyecto —murmuró—. Esperar quizá años, o para siempre. ¡Y el pobre Richard, pasando sus días exiliado y en la pobreza!

Lady Isabel se recuperó de su convalecencia. Y pasaron años sin que se produjera ningún hecho notable.

Segunda parte

Capítulo 20: Irse de casa

Pasaron unos años.

—Le recomiendo un cambio de escenario, señor Carlyle. Algún lugar en la costa francesa o en Bélgica, por ejemplo. La cercanía del mar hace milagros.

—¿Cree que es prudente que viaje tan lejos de su casa?

—Así es. Con una enfermedad crónica confirmada que podemos tratar, el cambio de aires no es una solución, pues el paciente se encontrará igual esté donde esté, ya sea en una montaña de Suiza o en un valle de Devonshire. Pero, en los casos de debilidad prolongada, cuando no se puede hacer nada, excepto esperar que se recuperen las fuerzas, el cambio de aire y de escenario es de una ayuda inmensa.

—Se lo propondré —dijo el señor Carlyle.

—Acabo de hacerlo —dijo el doctor Martin, que era su interlocutor—. Se ha opuesto, y no esperaba otra cosa, pues los inválidos a menudo son reticentes a desplazarse de sus hogares. Pero es necesario que lo haga.

El objeto de la conversación era lady Isabel. Había tres niños ahora en East Lynne: Isabel, William y Archibald; el pequeño tenía un año. Lady Isabel había caído enferma hacía un mes, y se había recuperado, pero el trastorno la había dejado en un alarmante estado de debilidad. El señor Wainwright trató en vano de curarla, pero parecía empeorar en lugar de mejorar, y llamaron al doctor Martin de Lynneborough. Lo que recomendó, como se ha visto, fue un cambio de aires y de escenario.

Lady Isabel no estaba dispuesta a aceptar el consejo, y menos ir tan lejos

como se le sugería, a la «costa francesa». Si no fuera por un hecho que se produjo como para convencerla, probablemente nunca habría ido. La señora Ducie, a la que el lector quizá no haya olvidado, junto con su marido, el honorable Augusto, se había excedido con los gastos, y ahora le convenía llevar una vida más frugal en el continente. Llevaba dieciocho meses en París, con la excusa de que sus jóvenes hijas recibían una educación durante su estancia, y no era mala excusa, pues cientos de personas la utilizan. Isabel había recibido varias cartas de ella durante su ausencia, y ahora le llegó otra en la que decía que iban a pasar un mes o dos en Bolougne-sur-Mer. El doctor Martin y el señor Wainwright declararon que eso debía vencer los reparos de lady Isabel, pues con la compañía de la señora Ducie no se sentiría sola, que era su principal objeción.

—¡Boulogne-sur-Mer, de todos los lugares del mundo! —se quejaba Isabel—. Dicen que está abarrotado de gente y que es muy vulgar.

Al señor Carlyle tampoco le gustaba la ciudad, a la que no tenía en alta estima. No era un lugar al que le complaciera enviar a su esposa, tanto más cuanto que él no podía acompañarla. Había escogido Trouville, un lugar apacible y discreto, con baños y lugares de reposo, cerca de Harfleur, poco conocido. A lady Isabel, probablemente, le habría parecido aburrido.

El doctor Martin le animó a que cambiara Trouville por Boulogne. «¿Qué importaba que fuera un lugar lleno de gente y vulgar? Así tendría más entretenimiento. Dudaba de que Trouville, debido a su tranquilidad, fuera un lugar adecuado; era mejor Boulogne con la señora Ducie».

El señor Carlyle cedió y terminó por aprobar el cambio de destino. Lady Isabel no pudo oponerse a la insistencia de todos y consintió en ir; así pues, se organizó el viaje rápidamente.

Era cierto que parecía muy enferma; tenía la piel blanca y había perdido peso, y sus dulces y tristes ojos parecían más grandes. Las manos le sudaban, febriles. Cuando hacía buen tiempo, generalmente se sentaba con un chal en los hombros, durante horas, sin moverse, como hacen los que sufren gran debilidad. Se quedaba contemplando el tranquilo paisaje o miraba jugar a sus hijos. Un día salió en el carruaje cerrado y no hizo más; no se la podía obligar a ningún esfuerzo.

Durante su enfermedad, la antigua angustia había vuelto a brotar: la amargura que le producía la relación entre su marido y, según ella

sospechaba, Barbara Hare. En los últimos años no había sucedido nada para excitar sus ánimos y, por tanto, había permanecido latente. Pero cuando, como ahora, se quedaba postrada por la debilidad, los agravios viejos arraigan de nuevo en la mente ociosa. Volvía a preguntarse si el señor Carlyle la había amado alguna vez, y la respuesta no era satisfactoria, o si, atraído por su belleza y categoría social, se había casado con ella pese a amar a Barbara. El afecto que el señor Carlyle le había mostrado con tanta exuberancia los primeros doce meses de matrimonio seguía siendo el mismo, si bien más calmado. ¿Acaso no sucede lo mismo con cualquier marido que la Iglesia concede a la mujer? Su amor no se había apagado; el tiempo y la costumbre habían ejercido sus efectos naturales. Como un niño con su juguete: ¿acaso no abrazan, besan y se aferran al objeto que tanto placer les proporciona, sin dejarlo en ningún momento? ¿No los aman más allá de su naturaleza? Abandonan todo lo demás o se dedican a otras cosas con reticencias: las lecciones, los deportes, las tareas cotidianas, hasta el pastel de los postres queda relegado, y el juguete llena su horizonte. Pero solo hay que esperar. Pasa el tiempo y el tambor (si ha logrado sobrevivir de una pieza) está condenado en un rincón del armario; la muñeca se queda en la cuna y no merece una mirada. Si les decimos a los niños que vayan a rescatar sus antaño adorados juguetes para entretenerse, lo hacen a regañadientes (si no se rebelan abiertamente), porque se han cansado de ellos. No sirve de nada reñir a los niños por ser volubles: es su naturaleza, son humanos. ¿Y son distintos cuando crecen? ¿No acabamos todos, hombres y mujeres, por sentir indiferencia hacia nuestros juguetes cuando los tenemos sin riesgo de perderlos? Las jóvenes damas deben saber que, cuando el hombre que será su marido declara que siempre la amará con el mismo ardor, pueden creerle, si así lo prefieren, pero no deben formular ningún reproche si llega la inevitable decepción. No es un engaño voluntario; se olvida que el cambio está en el interior del ser humano, es la mismísima esencia de su naturaleza. Llegará un tiempo en que su actitud será más tranquila, y si la dama es exigente, puede parecer indiferencia o frialdad; pero hará bien en soportarlo, porque ya no será de otra manera. Nunca: la cúspide del primer amor, de la juventud, de la novedad ya han pasado.

Lady Isabel no entendía la manifestación tranquila y calmada en que se había transformado el amor antaño apasionado de su marido, y en sus celos

fantasiosos lo atribuía al peso de Barbara en su memoria. Buscaba los episodios de ternura en su vida cotidiana; de buen grado habría querido que se inclinara más cerca de ella cuando cantaba, y que acercara más su rostro al suyo, y que la besara como cuando entró por primera vez como su esposa en East Lynne. Ya se ha visto que lady Isabel no amaba al señor Carlyle, pero su ternura y preocupación por ella los primeros días de su matrimonio despertó en su corazón una marea de gratitud, y se esforzó honestamente en amarlo. Pero ¿esforzarse en amar? Qué vano intento, pues el amor no viene con el esfuerzo; es una pasión caprichosa y surge sin nuestra voluntad, y a veces en contra de la voluntad. Es posible que creyera que había tenido éxito, pues su estima, respeto y admiración pertenecían por completo al señor Carlyle. Cuando lo comparaba con otros hombres, comprendía su superioridad en todos los aspectos, su nobleza y bondad, y lo poco que a su lado parecían los demás, y su corazón se henchía de orgullo al saberse su esposa; habría sido un honor para una princesa ser la elegida de un hombre como Archibald Carlyle. ¡Y pensar que tal vez un rincón de su corazón estaba reservado a Barbara Hare! No, en absoluto. Isabel no podía permitirlo.

El día en que se decidió a hacer el viaje, lady Isabel se encontraba en el salón con sus tres hijos; hasta el bebé estaba en la alfombra. Isabel era una bonita niña, delicada, de cinco años; William era la viva imagen de su madre y Archibald se parecía al señor Carlyle.

—Venid aquí, queridos —exclamó.

Isabel y William corrieron hacia ella, y los abrazó a los dos. El pequeño Archie daba patadas en la alfombra, a distancia. Los dos niños miraron a su madre.

—¿Os gustaría venir conmigo en un largo viaje? ¿En un barco, por el mar?

Isabel, que había heredado los sentimientos refinados y la sensibilidad de su madre, se limitó a replicar con una sonrisa, y se sonrojó. William aplaudió y dijo:

—¡Oh, sí, en un barco! ¿Arty también viene, mamá?

—Archie y todos —contestó lady Isabel—, y Joyce, y Wilson, y...

La señorita Carlyle, que estaba sentada cerca de las ventanas, cosiendo, se giró bruscamente para poner fin a la exhibición de alegría. Aunque no disentía abiertamente sobre el viaje, en su fuero interno no le parecía bien. ¿Qué se busca cambiando de aires? A ella no le hacía ninguna falta. ¡Los

médicos hoy en día recomendaban un cambio de aires para todo, soltaban una sarta de tonterías y tenían teorías nuevas y estúpidas! Lo próximo sería cortarse un dedo por indicación médica. Si lady Isabel quisiera, se repondría igual de rápido en su casa.

—Los niños no van a ir —dijo—. A ellos no les han ordenado que vayan por su salud.

—Pero tienen que venir conmigo —respondió lady Isabel—. Claro que el médico no ha ordenado expresamente que vayan, pero ¿por qué no iban a venir?

—¿Cómo que por qué? —replicó la señorita Corny—. Pues por los gastos, para empezar. Lady Isabel, entre una cosa y otra, su marido acabará arruinado. El viaje con Joyce y Peter será bastante caro, señora, y solo falta que sea un desfile de carruajes llenos de niños, y con criadas y niñeras.

El corazón de lady Isabel dio un vuelco.

—Además, se supone que el objetivo del viaje es recuperar su salud, ¿y cómo la va a recuperar rodeada de niños, preocupada por ellos? —prosiguió la señorita Corny—. La gente que viaja por placer o los inválidos que van en busca de tranquilidad no la encontrarán si acarrear con ellos sus preocupaciones.

Lady Isabel se levantó y, con dificultad, cogió a Archibald en brazos. Lo sentó en su regazo y puso su mejilla contra la carita del niño.

—¿Verdad que a mi bebé no le gustaría que mamá se fuera lejos y lo dejara? —dijo, y las lágrimas rodaban sobre los claros rizados del niño—. ¡Oh, no puedo dejarlos atrás! —añadió, y miró suplicante a la señorita Carlyle—. No mejoraré en absoluto si me envían lejos, sola. Estaría pensando en ellos y echándolos de menos.

—¡Sola! ¡Lady Isabel, por favor! ¿Es que su marido no es nada para usted?

—Pero solo me acompañará allí, no se quedará conmigo.

—Bueno, es que tiene que cuidar su negocio, ¡no querrá que termine como un pordiosero! —replicó la señorita Corny—. ¿Cómo va a estar lejos de su trabajo? Con todos esos gastos, es más imperativo que nunca que esté pendiente de todo. Y, antes de que los niños pierdan el norte con la idea de ir al mar, sería prudente sentarse y calcular los costes. Por supuesto, lady Isabel, es mi opinión; ¡es usted la esposa de Archibald, y la dueña de sus actos, y

puede hacer lo que le venga en gana!

¡Hacer lo que le viniera en gana! La pobre lady Isabel se limitó a bajar la cabeza y besar a sus hijos, incapaz de decir nada, mientras su corazón se rompía de tristeza. Joyce, que estaba en la sala, oyó la conversación y adivinó lo que sucedía.

Por la noche, el señor Carlyle llevó a la pequeña Isabel a la habitación de los niños subida a hombros. Joyce estaba allí, y vio que era una buena ocasión para hablarle.

—La señora desea llevarse los niños con ella a Francia, señor.

—¿De veras? —dijo el señor Carlyle.

—Y me temo que si no pueden ir con ella será muy infeliz, señor.

—¿Por qué no iban a poder acompañarla? —preguntó el señor Carlyle.

Volvió al salón, donde estaba su esposa, sola.

—Isabel, ¿deseas llevarte a los niños a Francia?

—Oh, ¡sí, sí! Me gustaría mucho —dijo, y la luz de la esperanza iluminaba sus pálidas mejillas—. Deja que vengan conmigo, Archibald, ¡te lo ruego!

—Por supuesto que pueden ir contigo. Será un cambio agradable para ellos, y también para ti. ¿Por qué lo dudabas?

—Por el gasto que representa —dijo tímidamente, mientras su agitación crecía.

Carlyle la miró y sonrió agradablemente.

—Los gastos son asunto mío, Isabel. No dejes que te preocupen hasta que yo diga lo contrario.

—No subiré tanto, te lo prometo —respondió, con los ojos inundados de felicidad—. Y me repondré más rápidamente si están conmigo.

—Y para lograr ese fin tienes que llevártelos, aunque fuera al fin del mundo. ¿Por qué tendrías que pensar en otra cosa que no sea tu comodidad?

Isabel tomó su mano, llena de amor y gratitud, pues la voz de Carlyle transmitía ternura y preocupación por ella. Sus fantasías celosas quedaron ignoradas en ese momento, y olvidó que su actitud era más tranquila que la de antaño.

—¡Archibald! Creo que me quieres tanto como antes.

Su marido no comprendió el sentido de sus palabras, pero la abrazó con

mucha fuerza y la besó con ternura.

—¡Eres máspreciada para mí hoy que antes, Isabel!

La señorita Carlyle se enfadó mucho al enterarse, y asustó hasta tal punto a su hermano al asegurarle que, si enviaba a los niños con su esposa, retrasaría la posibilidad de recuperación que lo llevó a arrepentirse de su decisión. El señor Carlyle estaba dividido entre los deseos de Isabel y su bienestar; si podía, respetaría ambos, pero si uno iba en contra del otro... Como no estaba seguro de su propio juicio, y tampoco del juicio de su mujer, fue a buscar el consejo de los médicos. Pero aquí la señorita Corny se le había adelantado; había convencido a los caballeros de que los niños preocuparían incesantemente a lady Isabel e impedirían su recuperación. Así pues, decretaron un veto tajante y prohibieron el viaje a los vástagos. Y lady Isabel tuvo que resignarse.

—Joyce —le dijo a su doncella—, tendré que dejarte en casa, y me llevaré a Wilson.

—¡Oh, señora! Pero ¿qué he hecho?

—Has hecho lo que tenías que hacer, Joyce, pero debes quedarte con los niños. Si no puedo llevármelos, lo mejor es que te quedes tú con ellos. Tú te ocuparás de que estén bien, y no la señorita Carlyle —dijo bajando la voz—. Si Wilson se quedara, no podría confiar en ella.

—Señora, debe hacer lo que le parezca mejor. Ojalá pudiera cuidar de usted y de ellos también, pero está claro que las dos cosas no pueden ser.

—Me mandan lejos para recuperar la fuerza y la salud, pero también podría morir, Joyce. Si no vuelvo, prométeme que te quedarás con mis hijos.

Joyce sintió que una sensación desagradable se infiltraba en sus venas; los sollozos ascendían por su garganta, pero se contuvo y se obligó a decir, con calma:

—Señora, espero que regrese con nosotros igual de sana que estaba antes. Y espero que usted también lo piense, y no se deje llevar por el desánimo.

—Eso espero, sinceramente, y así haré —repuso lady Isabel fervientemente—. Pero no sabemos lo que sucederá, porque estoy muy enferma. Joyce, dame tu palabra de que, en el peor de los casos, te quedarás con mis hijos.

—Lo haré, señora, mientras me lo permitan.

—Y que serás amable con ellos, y los amarás, y los protegerás de... De

cualquier persona desagradable que puedan encontrarse —añadió, y pensaba en la señorita Carlyle—. Y que les hablarás de vez en cuando de su madre, que ya no estará con ellos.

—Lo haré, señora, lo haré. ¡Oh, señora! —Y Joyce se sentó en la mecedora en cuanto lady Isabel la dejó sola y se echó a llorar.

Capítulo 21: Francis Levison

El señor Carlyle y lady Isabel, junto con Wilson y Peter, llegaron a Boulogne y se dirigieron al Hôtel des Bains. Quizá valga la pena mencionar que Peter anteriormente servía a la señorita Carlyle cuando ella se instaló en East Lynne. En el hotel preguntaron por la señora Ducie, y tuvieron la primera decepción: una carta, que había llegado esa mañana, de la señora Ducie en la que les decía que lo sentía mucho, pero que ciertas gestiones familiares le habían impedido visitar Boulogne. En lugar de eso, iba a recorrer las poblaciones con balnearios de Alemania.

—Debería haberlo adivinado —dijo Isabel—. Siempre fue una mujer muy cambiante.

El señor Carlyle le propuso que fueran, después de todo, a Trouville, pero Isabel dijo que, ya que estaba allí, allí se quedaría. Carlyle fue en busca de alojamiento, pues Isabel no quería hospedarse en el ruidoso hotel. Encontró otro más apacible, situado en la rue de l'Ecu, cerca del puerto, y allí se instalaron. Carlyle vio que el viaje le había sentado bien a su esposa; tenía buen aspecto y se sentía más fuerte. Se quedó con ella tres días; le había prometido solo uno, pero le complacía ver que Isabel recuperaba la salud y se divertía en la ajetreada localidad.

—No voy a conocer a nadie aquí —le dijo Isabel, sentada en la primera división del embarcadero, al que había llegado sin agotarse demasiado, mientras ambos contemplaban a los alegres y ociosos paseantes a su alrededor.

—No sería aconsejable que lo hicieras de modo indiscriminado, por supuesto —dijo él—, pero quizá tengas la ocasión de coincidir con algún

conocido. Aquí viene todo tipo de gente, algunos respetables y por motivos respetables; otros, por lo contrario. Algunos de estos hombres que pasean están aquí acusados de emitir cheques sin fondos.

—¡Dios mío! —exclamó lady Isabel.

—Por no pagar facturas o no satisfacer pagarés —añadió el señor Carlyle—. Y me alegro si están aquí por otros motivos. Cuanto peor se comporta un hombre en su país, más espléndidamente se pasea por el extranjero, y es el primero en acudir al Consulado a informar de su presencia. A juzgar por cómo alardean, uno pensaría que en Inglaterra todos eran millonarios y llevaban vidas de santos.

—Tú no has vivido en el continente, Archibald, ¿cómo sabes esto?

—Conozco a muchos que han viajado. ¡Mira, allí va Buxton! —exclamó repentinamente—. También él me ha visto. Fíjate, Isabel. No sabe si acercarse o girarse y disimular.

—¿Cómo? ¿Quién? —inquirió Isabel, confundida por el gran número de viandantes.

—Ese hombre corpulento y bien vestido con pelo claro y cierres colgando de su reloj. Se lo piensa mejor, y no disimula. Aquí no pasa nada, querido señor, está a salvo en este lado del embarcadero de Boulogne, pero si le cazan al otro lado del agua... Y aquí viene su mujer, seguida de varias damas. Mira qué satén, qué collares y qué pulseras; lo ha sacado todo de comerciantes crédulos, sin pagarles. Aquí se hacen pasar por gente de categoría. Es tan divertido como el teatro; se ven las bambalinas de este pueblo anglofrancés y se pueden observar los aires que se dan. ¿Estás cansada, Isabel?

—Un poco. Me gustaría volver.

El señor Carlyle se levantó, ofreció el brazo a su esposa y se alejaron lentamente del embarcadero. Muchos se volvían a mirarlos; no eran como los visitantes habituales de Boulogne-sur-Mer: él, alto y noble, y ella una joven belleza, con un inconfundible aire de distinción que los apartaba de la gente común.

Con la marea de las ocho de la mañana del día siguiente, el señor Carlyle zarpó en el barco de Folkestone. Wilson le preparó el desayuno y, tras tomarlo deprisa, volvió a la habitación de su esposa a despedirse.

—Adiós, amor mío —dijo mientras se inclinaba para besarla—. Cuídate.

—Da muchos besos a mis hijos de mi parte, Archibald. Y...

—¿Y qué? —preguntó—. No tengo mucho tiempo.

—No flirtees con Barbara Hare mientras yo estoy lejos.

Lo dijo medio en serio medio en broma, pero ¡si él hubiera podido ver cómo latía su corazón, ansioso por la perspectiva! El señor Carlyle se lo tomó como una broma, y salió riendo. Si hubiera creído que lo decía en serio, tal vez le habría sorprendido más que le pidiera que no recorriera Inglaterra en dromedario.

Isabel se levantó más tarde, y, sin energía, tardó un buen rato en desayunar. Se preguntaba cómo se entretendría las próximas semanas y qué haría con tanto tiempo libre. Desde su llegada se había bañado dos veces en el mar, pero no le había sentado bien; se había quedado débil y temblorosa, así que no le parecía aconsejable repetir la experiencia. Era una mañana de lo más agradable, y decidió aventurarse al embarcadero, donde habían estado la tarde anterior. Hoy no tenía el apoyo del brazo del señor Carlyle, pero no estaba lejos, y al llegar podría descansar un buen rato.

Allí fue, ayudada por Peter, y se sentó. Le dijo que volviera al cabo de una hora. Observó a los paseantes en el muelle, que hoy no eran tantos, y llegaban en oleadas. Había un hombre con gota, con zapatos de tela; pasaban tres muchachas y su institutriz; más allá dos jóvenes atildados, con chaqueta de caza y quevedos, se quedaron un buen rato mirando a lady Isabel, pero algo en la actitud de la dama los impulsó a contenerse. Al cabo de un rato apareció un alto y atractivo caballero. Isabel lo miró. ¿Por qué vibró cada nervio de su ser y se aceleró su pulso? ¿De quién era la figura que avanzaba y alteraba la monotonía de su mente? Pronto descubriría que era un hombre al que no había olvidado del todo.

El capitán Levison se acercó lentamente a la zona del embarcadero donde estaba Isabel. La miró, no con la insolencia de los dos jóvenes, sino con evidente admiración.

«¡Qué muchacha más guapa! —se dijo—. ¿Quién será, y qué hace sentada, sola?». De repente, un recuerdo acudió a su mente; levantó su sombrero, extendió la mano y desplegó su sonrisa más fascinante.

—No puede ser un error. ¿Tengo el honor de encontrarme con lady Isabel Vane?

Ella le permitió que tomara su mano, y respondió algunas palabras

incoherentes, pues su capacidad de raciocinio parecía haberse esfumado.

—Le ruego que me perdone, debería haber dicho lady Isabel Carlyle. Ha pasado mucho tiempo desde que nos despedimos; el placer de verla tan inesperadamente me ha hecho pensar en usted como la conocí.

Isabel volvió a sentarse y sus mejillas recuperaron su color habitual. Era la cara más bonita que Francis Levison había visto desde última vez que la vio; eso pensaba al contemplarla.

—¿Qué motivo la trae a este lugar? —preguntó mientras se sentaba a su lado.

—Estoy delicada de salud —explicó—, y me recetaron unos días cerca del mar. No habríamos venido aquí de no ser por la señora Ducie; esperábamos reunirnos con ella. El señor Carlyle se ha ido esta misma mañana.

—La señora Ducie está camino de Ems. Los veo de vez en cuando, porque llevan tiempo instalados en París. ¡Sí que tiene usted aspecto de estar enferma! —añadió abruptamente, en tono afable—. Es muy alarmante. ¿Puedo hacer algo por usted?

Isabel era consciente de su aspecto inusualmente agitado, pues la sorpresa de verlo ya se había difuminado y solo quedaba el color, como la ceniza, de su piel. Estaba enfadada consigo misma por el mero hecho de que volver a verlo la conmoviera tanto. Hasta ese momento no había sido consciente de que seguía albergando sentimientos por el capitán Levison.

—Quizá me he aventurado a salir demasiado pronto —dijo, en un tono que parecía disculpar su semblante—. Creo que regresaré. Iré en busca de mi criado. Buenos días, capitán Levison.

—Pero no parece que pueda andar sola, señora —le reprochó él—. Permítame que la acompañe a su casa.

Tomó su mano y la colocó sobre su brazo como si nada, como había hecho tantas veces en el pasado, y procedió a acompañarla por el embarcadero. Lady Isabel, consciente de sus propios sentimientos, pensó que no era apropiado caminar con él tan familiarmente, pero, al fin y al cabo, era como un pariente, o en todo caso un conocido, y no se le ocurrió ninguna excusa para declinar su ofrecimiento.

—¿Ha visto últimamente a lady Mount Severn? —preguntó él.

—La vi cuando estuve en Londres la pasada primavera, con el señor

Carlyle. La primera vez desde que me casé, porque no nos escribimos. Lord Mount Severn ha venido alguna vez a East Lynne. Aún están allí, creo.

—Sí, hasta donde yo sé. No los he visto en más de diez meses, ni aquí ni en Inglaterra. He estado en París, y llegué aquí ayer por la noche.

—Una larga excedencia —observó ella.

—Oh, he dejado el ejército. He vendido mi comisión. La verdad, lady Isabel, no me importa decirle que mis circunstancias son bastante lamentables. Mi viejo tío ha vuelto a comportarse con una desvergüenza inaudita: se ha casado de nuevo.

—Había oído que sir Peter se había vuelto a casar.

—Tiene setenta y tres años, ¡viejo loco! Por supuesto, eso altera sustancialmente mis perspectivas económicas, pues es posible que pueda concebir y tener un hijo; al saberse, mis acreedores me reclamaron el pago de las cuentas pendientes. No les importaba que me endeudara a manos llenas cuando era el heredero del título y de las tierras de sir Peter; pero, en cuanto se supo la noticia de su matrimonio, mi valor cayó en picado. Dejaron de darme crédito, y solo querían que les pagara. Así que vendí la comisión y me vine aquí.

—¿Y dejó a sus acreedores sin pagar?

—¿Qué otra cosa podía hacer? Mi tío se negaba a pagar las deudas, o a aumentar mi paga.

—Entonces, ¿qué piensa hacer? ¿Cuáles son sus perspectivas de futuro? —preguntó lady Isabel.

—¿Futuro? ¿Ve a ese muchacho andrajoso, que arroja piedras al muelle? Tendrá suerte si la policía no le detiene. Pregúntele a él sobre su futuro, y le responderá mirándola de hito en hito que no tiene futuro. Mi respuesta es la misma.

—Aún cabe la posibilidad de que herede de sir Peter.

—Quizá sí y quizá no. Cuando esos viejos idiotas se casan con una mujer joven...

—¿Se ha peleado con sir Peter? —interrumpió lady Isabel.

—Debería hacerlo, desde luego. Es lo que se merece, pero no serviría de nada y hasta podría suspender mi paga. Ya ve, lady Isabel, el egoísmo interesado es lo que dicta nuestras acciones, al menos a la mayoría.

—¿Piensa quedarse mucho tiempo en Boulogne?

—No lo sé. Según si me entretengo o no. París es una capital llena de vida, con salones deslumbrantes y veladas tardías, y he venido a disfrutar de reposo y baños en el mar. ¿Camino demasiado deprisa para usted?

—Confieso que aceleró usted el paso de manera alarmante cuando hablaba del matrimonio de sir Peter. No lo lamento —añadió ella, de buen humor—, pues me confirma que estoy recuperándome a buen ritmo. Una semana antes, no podría haber caminado tan deprisa.

El caballero se detuvo y se disculpó profusamente, y llegaron a casa de lady Isabel. El capitán Levison entró con ella, pese a no haber sido invitado. Probablemente pensó que, entre conocidos, no era necesario observar las reglas de cortesía, y allí se quedó un cuarto de hora, charlando para entretenerla. Cuando se levantó, le preguntó por sus planes para la tarde.

—Me echaré —dijo lady Isabel—. Aún no estoy bastante fuerte para estar levantada todo el día.

—Si volviera a salir por la tarde, debe permitirme que me ocupe de usted —dijo él—. Me alegro de estar aquí, porque veo que no se encuentra usted lo bastante bien para salir únicamente con un criado. Cuando el señor Carlyle regrese, seguro que me lo agradecerá.

¿Qué podía objetar ella? Nada. El capitán Levison hablaba, sin duda, impulsado por el genuino deseo de ayudarla, en un tono llano y sincero, como haría cualquier conocido. Lady Isabel se dijo a sí misma, severamente, que, si los viejos sentimientos que albergaba hacia el capitán no habían muerto, tendría que contenerlos; el mero hecho de reconocerlos en su corazón hizo que se avergonzara. Se reuniría con el capitán Levison y soportaría su compañía como un desconocido que le resultara indiferente.

Era una manera equivocada de abordar la cuestión.

A medida que pasaban los días, lady Isabel mejoraba a ojos vista. Pronto pudo ir a la playa a primera hora de la mañana y disfrutar de la brisa marina mientras contemplaba el ir y venir de la marea. No conocía a nadie, y la única compañía que tenía era el capitán Levison. A menudo se sentaba con ella, y la mayoría de las veces la acompañaba a su casa. No le gustaba tener que depender de él, y tener que poner la mano en su brazo; su conciencia le susurraba que era mejor no hacerlo. Un día dijo, bromeando —no se hubiera atrevido a decirlo de otra manera—, que ya estaba bien, que no le hacía falta

su brazo ni su compañía. Él preguntó, evidentemente asombrado, qué había pasado, y por qué no podía seguir prestándole ese servicio mientras su esposo no estuviera allí para apoyarla. No supo qué decirle ni se le ocurrió ninguna excusa y, con esa falta de respuesta, aceptó su brazo como de costumbre. Él siempre estaba dispuesto por la tarde a acompañarla al embarcadero, y se sentaban apartados, lejos del gentío; él se brindaba a conversar con ella y le señalaba lo que pudiera resultar fascinante, y lo que era fascinante en Francis Levison resultaba peligroso para su interlocutora, a la dulce luz del crepúsculo. Al terminar el paseo, la dejaba en su puerta, y por la tarde lady Isabel no le permitía subir, ni él se invitaba, como sucedía a veces por las mañanas.

¿Cómo remediar la situación? El lector podría decir que lady Isabel debía continuar encerrada, y así evitar la compañía del capitán. Pero, al hacerlo, no habría podido recuperar su salud, y esa era la razón que la llevó a Boulogne; cuanto antes se encontrara mejor, antes regresaría a su casa, cosa que le complacía, porque quería volver cuanto antes con su marido y sus hijos.

Al cabo de unos quince días de su marcha, el señor Carlyle volvió a Boulogne. ¡Qué cambio tan maravilloso se había operado en lady Isabel en esas dos semanas! No se atrevía a analizar sus sentimientos, pero era consciente de que las emociones frescas de su juventud volvían a emerger en su interior. El cielo azul le parecía del más dulce zafiro; los campos verdes y los árboles que se mecían, de un esmeralda brillante; el perfume de las flores, de una increíble fragancia. Sabía que el cielo, la hierba de los prados, los árboles y las flores eran las mismas de siempre; sabía que la atmósfera soleada era igual de bonita, o capaz de deleitar, como siempre, y lady Isabel sabía que la sensación de éxtasis que experimentaba residía en su corazón. No era, pues, sorprendente que prefiriera no explorar el verdadero motivo.

El cambio de falta de energía a su actual estado hizo que su rostro volviera a adquirir color y forma, antes que otra señal de recuperación. Bajó con el capitán Levison a buscar al señor Carlyle la tarde en que volvía, y, cuando el señor Carlyle la vio tras las cuerdas, mientras iba a la caseta de aduanas, apenas la reconoció. Sus rasgos ya no eran afilados, sus mejillas estaban coloreadas de rosa y la luz de la alegría que sentía al verlo se reflejaba en sus ojos.

—¿Qué has estado haciendo, querida? —profirió encantado mientras salía

de aduanas y tomaba sus manos entre las suyas—. Pareces totalmente recuperada.

—Sí, me encuentro mucho mejor, Archibald, pero ahora tengo calor y estoy cansada. Llevamos un buen rato esperando aquí, y nos ha dado el sol. El barco ha tardado en llegar.

—Teníamos el viento en contra —dijo el señor Carlyle, que se preguntaba quién era el elegante caballero que estaba al lado de su esposa. Su rostro le resultaba familiar.

—El capitán Levison —dijo lady Isabel—. Te escribí y te conté en una de mis cartas que estaba aquí. ¿Te has olvidado?

En efecto, se le había pasado.

—Y me alegro mucho de que fuera así —dijo el caballero—, pues me ha permitido atender a lady Isabel en sus paseos. Ahora está mejor, pero al principio no podía aventurarse a salir sola de casa.

—Estoy en deuda con usted —dijo el señor Carlyle, agradecido.

Lady Isabel había tomado el brazo de su marido, y Francis Levison se puso al lado del señor Carlyle.

—Para ser sinceros —dijo en voz tan baja que solo lo oyó el señor Carlyle—, cuando me encontré con lady Isabel me quedé asombrado. Pensaba que no le quedaba mucho tiempo de vida. Por eso consideré que era mi deber rendirle cualquier servicio a mi alcance.

—Estoy seguro de que ella se lo agradece —respondió el señor Carlyle—. En cuanto a su mejoría, me parece poco menos que un milagro. A juzgar por las cartas que recibía de lady Isabel, esperaba encontrarla mejorada, por supuesto, pero esto es mucho más: parece totalmente recuperada. ¿Oyes, querida? Decía que es un milagro que hayas mejorado tantísimo en apenas quince días. ¡Qué color tienen tus mejillas! Debe ser el famoso aire marino que tan bien sienta a los enfermos.

El color al que el señor Carlyle se refería se volvió de un rojo más acentuado al escuchar su esposa esas palabras. Sabía perfectamente, y no podía negarlo, por mucho que quisiera, que no era el lugar ni la brisa marina lo que habían insuflado energía a su corazón y su semblante. Pero se limitó a aferrarse con fuerza al brazo de su marido, y en su fuero interno rezó para tener la fortaleza de rechazar el peligroso enemigo que se alimentaba en su alma de modo tan insidioso.

—No me has dicho una palabra de los niños —exclamó lady Isabel cuando llegaron a la casa. No habían invitado a Francis Levison a entrar—. ¿Me mandan besos? ¿Y Archie?

El señor Carlyle se echó a reír; no era una madre, era un padre. Archie, mandar besos, ¡con un año!

—Si tú hubieras estado lejos, como yo, te los habría mandado —murmuró lady Isabel—. Habría aceptado mil de su parte y le habría dicho que eran para su papá.

—Eso haré, pues. Le llevaré mil besos de vuelta —respondió el señor Carlyle mientras abrazaba a su esposa—. Querida, no sabes cuánto me alegra verte así de bien.

El día siguiente era domingo, e invitaron a Francis Levison a comer: era la primera vez que lo invitaban a comer a la casa. Después, cuando lady Isabel los hubo dejado, intercambió confidencias con el señor Carlyle; le explicó el estado de su economía y sus problemas.

—Este exilio obligatorio se ha vuelto intolerable —concluyó—, y una vida en París no es la mejor manera de centrar mi vida. ¿Le parece que tengo alguna posibilidad de volver a Inglaterra?

—En absoluto —fue la honesta respuesta—, a menos que pague la totalidad de las deudas de las que me ha hablado, o una parte. ¿Seguro que sir Peter no le ayudará?

—Creo que sí, si pudiera explicarle la situación. Pero ¿cómo hacerlo? Le he escrito varias cartas últimamente, y durante un tiempo no he obtenido respuesta. Luego llegó una misiva de lady Levison, breve, cargada de amargura y reproches. Decía que sir Peter estaba enfermo, y que no debía molestarlo con asuntos de negocios.

—No puede estar muy enfermo —señaló el señor Carlyle—, pues la semana pasada cruzaba West Lynne con su carruaje abierto.

—Debería ayudarme —gruñó el capitán Levison—. Soy su heredero, mientras lady Levison no le dé descendencia. Y no he oído que esté en estado de buena esperanza.

—Debería intentar verlo.

—Lo sé, pero en las actuales circunstancias no es posible. Con esas nubes que penden sobre mí, no me atrevo a poner pie en Inglaterra, por temor a que me detengan por las deudas. Puedo soportar muchas cosas, pero me

estremezco ante la mera idea de acabar en prisión. Debe ser por mi carácter; quienes han pasado por la experiencia dicen que no es para tanto.

—Alguien podría ir a verlo e interceder por usted.

—¡Alguien! ¿Quién? Me he peleado con mis abogados, Sharp y Steel, de Lincoln's Inn.

—Son abogados muy astutos —intervino el señor Carlyle.

—Demasiado para mi gusto. Si por mí fuera, los mandaría a las colonias. Me han tratado lamentablemente desde la boda de mi tío. Si alguna vez heredo las tierras y la fortuna de los Levison, se sacarán los ojos para quedarse con una parte del pastel.

—¿Quiere que vaya a ver a sir Peter Levison de su parte?

—¿Lo haría? —respondió el capitán Levison, con la mirada iluminada.

—Si quiere, sí. En tanto que amigo, claro está, no como su abogado. Conozco ligeramente a sir Peter; mi padre tenía buenas relaciones con él, y si puedo prestarle ayuda, me alegraré de hacerlo, a cambio de la atenta manera en que ha cuidado de mi esposa. No puedo prometerle verlo antes de dos o tres semanas —prosiguió el señor Carlyle—, pues tengo muchísimo trabajo. De otro modo, me habría quedado aquí, con mi esposa.

Francis Levison le dio las gracias, y la perspectiva de volver a Inglaterra, por remota que fuera, le animó hasta sentirse exultante. Mientras conversaban, lady Isabel se sentó a mirar por la ventana en la habitación de al lado y contempló sin ver el gentío de franceses engalanados de domingo que paseaban por el puerto. Los miraba, pero no los veía; sus sentidos estaban pendientes de su estado de ánimo, y el resultado no era satisfactorio. Era consciente de la cálida sensación que la invadía, y de que la atracción que sentía por Francis Levison crecía en su corazón; no era voluntaria, no podía evitarla ni reprimirla, como no podía reprimir su propio ser. Además, la voz adusta de su conciencia la llenaba de un vívido terror. Habría dado cuanto poseía por poder vencerla, la mitad de los años que le quedaban por vivir por separarse para siempre de ese hombre.

Pero no suponga el lector que la palabra «terror» se aplica aquí a lady Isabel Carlyle en el sentido vulgar del término. No temía por sí misma, pues nadie podía estar más tranquila respecto a la rectitud de su conducta y sus principios; le parecía imposible traicionar su deber de esposa, de dama y cristiana, tanto como que el sol girara de oeste a este. No era ese el temor que

la invadía, y nunca se le habría ocurrido. Lo que temía era que, si seguía disfrutando de la compañía de Francis Levison, especialmente a solas, los sentimientos que despertaba en ella seguirían creciendo hasta el punto de que su vida, en los años venideros, se convertiría en un desfile de desgracia y mentira. Más que nada, temía la conciencia de la amarga traición que esos sentimientos reflejarían en su marido.

—Archibald, tengo que pedirte un favor —empezó tímidamente, cuando ya se había ido el capitán Levison y ambos se sentaron en el salón—. Debes prometérmelo.

—¿El qué?

—Eso no es una promesa.

—Te lo prometeré, Isabel, si está en mi mano.

—Quiero que te quedes conmigo el resto del tiempo que tenga que quedarme aquí.

El señor Carlyle la miró, sorprendido.

—Querida, ¿cómo se te ocurre pedirme algo así? Es un momento de mucho trabajo.

—¡Oh, Archibald! Tienes que quedarte.

—Ojalá pudiera, querida, pero es imposible, y sabes que es así, Isabel. Tan solo unas semanas más tarde podría quedarme contigo todo el tiempo que hiciera falta. Pero, ahora..., ni siquiera sabía si podría escaparme estos días.

—¡Y ya te vuelves mañana!

—La necesidad de mis negocios no conoce ley, querida.

—Pues llévame contigo.

El señor Carlyle sonrió.

—No, Isabel, no mientras este cambio de aires te haga tanto bien. Además, alquilamos esta casa seis semanas, y debes quedarte ese tiempo, si no más.

Isabel enrojeció, apenada.

—No puedo quedarme aquí sin ti, Archibald.

—Dime por qué —dijo el señor Carlyle, sonriendo.

¡Decirle por qué!

—Me aburro mucho sin ti —fue lo mejor que se le ocurrió, pero su voz temblaba, pues sabía que no le convencería.

Y así era. El señor Carlyle se fue al día siguiente; antes de irse, le dijo a su mujer que no dudara en recurrir al capitán Levison. No tenía la menor sospecha de lo imprudente que era su recomendación. ¿Cómo iba a saberlo? Puesto que era correcto y honorable, al señor Carlyle no se le ocurrió que el capitán Levison no lo fuera. Y, en cuanto a su mujer, sin dudarlo la habría dejado sola con el capitán, o con cualquier otro, en una isla desierta, tanta era su confianza en ella.

Capítulo 22: Abandonar el peligro

Lady Isabel estaba sentada en un banco del Petit Camp, como se llamaba la zona bajo las murallas de la parte alta de la ciudad. Había transcurrido una semana o diez días desde que el señor Carlyle se había ido, y la salud de la dama había mejorado visiblemente. La conversión de sus fuerzas era inaudita. Había andado de su casa al cementerio, y contemplado la iglesia y las tumbas, y leído las inscripciones de nombres ingleses en las lápidas, y, antes de regresar, se sentó a descansar. Ciertamente estaba cansada, pero no más que cualquier dama con buena salud. El capitán Levison la acompañaba, como solía hacer en gran parte de sus paseos; no podía deshacerse de él. Había intentado algunas estratagemas, como salir a horas poco habituales o escoger caminos menos transitados, pero él adivinaba por dónde iba y la encontraba. Isabel pensó que la vigilaba, y era probable que así fuera. No quería tomar medidas drásticas, como prohibirle que le acompañara en sus paseos. En ese caso le habría preguntado por qué, y, consciente de sus sentimientos, Isabel quería evitarlo por encima de todo. Sería poco tiempo, se decía; pronto se iría y lo dejaría atrás, esperaba que para siempre. Pero, mientras tanto, sentía que el prolongado contacto con el capitán Levison daba sus frutos: sus mejillas se coloreaban cuando se acercaba y su corazón se agitaba deliciosamente. Trataba de no darle importancia, pero era como intentar que la brisa se detuviera ante las velas de los barcos. Una tarea igual de fútil.

Era una tarde tranquila, fresca para el mes de julio, y no se oía nada, excepto el zumbido de los insectos de verano, y lady Isabel estaba sentada en silencio al lado de su acompañante; su corazón rebelde latía con su propio sentido de la felicidad. Si no fuera por la voz de su conciencia, que era fuerte;

por su noción del bien y del mal; porque era una esposa fiel, habría sido feliz allí sentada, sin moverse, sin desear nada, sin romper el silencio. ¿Era Levison consciente de sus sentimientos? Meses después, él le dijo que sí, pero quizá fuera una afirmación vanidosa.

—¿Recuerda aquella tarde en Richmond, lady Isabel, tan parecida a esta? —preguntó repentinamente—. Estaban su padre, la señora Vane, usted y los demás.

—Sí, la recuerdo. Habíamos pasado un día muy agradable: las dos señoritas Challoner estaban con nosotros. Usted acompañó al señor Vane a casa, y yo me fui con papá. Recuerdo que conducía usted de manera imprudente, y la señora Vane dijo, cuando llegamos a casa, que no volvería a subirse en un carruaje con usted.

—Lo que quería decir es que no volvería a hacerlo... hasta la próxima vez. De todas las mujeres caprichosas, vanas y severas, Emma Vane era la peor, y Emma Mount Severn no ha mejorado en absoluto. Es una coqueta que flirtea por sistema, nada más y nada menos. Conduje el carruaje a toda velocidad a propósito, para asustarla y darle una lección.

—¿Qué le había hecho?

—Me había puesto furioso. Se me había pegado, cuando lo que yo quería era estar con otra persona.

—Blanche Challoner.

—¡Blanche Challoner! —repitió incrédulo el capitán Levison, burlón—. ¿Qué me importaba a mí Blanche Challoner?

Isabel recordaba que, en esa época, se suponía que Blanche Challoner le importaba mucho; era una bonita muchacha de diecisiete años.

—La señora Vane le acusó de que le importaba demasiado —dijo.

—Me acusó de que me importaba otra persona más que Blanche Challoner —respondió significativamente—, y, por una vez, sus conjeturas celosas no estaban equivocadas. No, lady Isabel, no era Blanche Challoner a quien yo deseaba acompañar a casa. ¿No se le ocurre una candidata mejor? —dijo y se volvió hacia ella.

No cabía duda, por el tono de su voz y su mirada, del sentido de sus palabras. Lady Isabel sintió que se ponía roja y apartó el rostro.

—El pasado, pasado está, y no puede cambiarse —continuó él—, pero los dos jugamos nuestras cartas como tontos. Si alguna vez dos personas nacieron

para amarse, éramos usted y yo. A veces pienso que puede leer mis sentimientos...

La sorpresa le había impedido hablar, pero quería interrumpirle con altivez. Él insistió:

—Debo hablar, lady Isabel: unas pocas palabras, y luego callaré para siempre. Si me hubiera atrevido entonces, me habría declarado, pero mi posición incierta, mis deudas, la imposibilidad de mantener debidamente a una esposa, me lo impidieron; en lugar de apelar a sir Peter, como podría haber hecho, y pedirle apoyo económico para pedir la mano de la hija de lord Mount Severn, aplasté la esperanza que anidaba en mi corazón, y permití que usted se escapara...

—No pienso oír una palabra más, capitán Levison —exclamó ella, y se levantó, furiosa.

Levison puso la mano en su brazo.

—Solo un momento más, se lo ruego. Durante años he deseado que supiera por qué la perdí, una pérdida que sigue abrumándome. Con amargura he comprendido lo estúpido que fui. No sabía lo apasionadamente que la amaba hasta que se convirtió en la esposa de otro. Isabel, todavía la amo con la misma pasión.

—¿Cómo se atreve a hablarme así?

Le habló con frialdad, con un tono de desprecio, como correspondía a su deber. Sin embargo, era consciente de los sentimientos que se agitaban en sus venas, que le susurraban que, en otras circunstancias, la confesión habría llenado su corazón de la más intensa felicidad.

—Lo que acabo de decirle no puede ahora causar ningún daño —prosiguió el capitán Levison—, pues el momento ya ha pasado; ni usted ni yo vamos a olvidar que está casada. Los dos hemos elegido nuestro camino, y debemos atenernos a él; entre nosotros hay un abismo infranqueable, pero la culpa es mía. Debería haberle confesado mi afecto, y no permitirle que se arrojara en los brazos del señor Carlyle.

—¡Que me arrojara! —replicó indignada—. El señor Carlyle es mi marido, mi esposo amado. Lo respeto, lo adoro, lo tengo en la más alta estima. Me casé con él por propia voluntad, y jamás me he arrepentido; cada día lo amo más. Mire su naturaleza, su nobleza: ¿qué es *usted*, a su lado? Su comportamiento es imperdonable, Francis Levison.

Él se mordió el labio.

—No, no lo es.

—No tiene derecho a hablarme así —exclamó Isabel, agitada—. ¿Quién me insultaría de esta manera, o se aprovecharía de mi momentánea situación desprotegida? ¿Se atrevería a decirme lo mismo si estuviera aquí el señor Carlyle? Le deseo buenas tardes, señor.

Se alejó tan rápidamente como el cansancio se lo permitía. El capitán Levison la siguió. Tomó la mano de Isabel a la fuerza, y la colocó sobre su brazo.

—Le ruego que me perdone y olvide las palabras que acabo de decirle, lady Isabel. Por favor, permítame seguir a su lado como antes, como el amigo amable, el hermano preocupado, que quiere ayudarla en ausencia del señor Carlyle.

—Así le he considerado hasta ahora, pensando en usted como un pariente —replicó ella con frialdad, y apartó su mano—. De ninguna otra manera habría consentido su incesante compañía. ¡Y así me lo ha pagado! Mi marido le dio las gracias por su servicial atención a mi persona; si hubiera leído en su falso corazón le habría ofrecido algo muy distinto, como puede imaginar.

—Le pido perdón, lady Isabel. He reconocido mi error, y no puedo hacer más. No volveré a ofenderla; pero hay momentos en que nuestros sentimientos más íntimos rompen las barreras y las reglas de la vida, y nos traicionan a pesar de nuestro juicio más recto. Por favor, permítame que la ayude a bajar esta inclinada colina —añadió, pues se adentraban por las empinadas piedras de la Grande Rue—. No está lo bastante recuperada para seguir sola, después del largo paseo de esta tarde.

—Debería haberlo pensado antes —dijo ella, con sarcasmo—. No, ya le he dicho que no.

Así que Levison retiró el brazo que le tendía, y ella siguió caminando sin apoyo, con las fuerzas que le quedaban, si bien él seguía a su lado. Cuando llegaron a la puerta de su alojamiento, le deseó buenas tardes con gélida entonación, y él se alejó en dirección a su hotel.

Lady Isabel dejó atrás a Peter y subió deprisa al piso de arriba, lo que alarmó a Wilson, instalada en el salón para airear sus gorritos en las ventanas mientras su señora estaba ausente.

—Voy a mi escritorio, Wilson —exclamó mientras se arrancaba los

guantes, el sombrero y el chal—. Dile a Peter que esté listo para llevar una carta a correos, y que debe apresurarse para que salga en la saca de hoy.

Los síntomas de la pecaminosa felicidad que alimentaban su corazón cuando Francis Levison le hablaba de su amor le indicaban a lady Isabel sin ambages que no podía esperar más para alejarse de allí, de su compañía y de sus peligrosos sofismas. Tenía que poner un mar entre él y ella. Así que se apresuró a escribir una carta a su marido para suplicarle con urgencia que viniera a buscarla sin dilación, pues *no quería* quedarse allí ni un día más. Probablemente se habría ido sola, sin esperar al señor Carlyle, si temiera no disponer de dinero suficiente para el viaje tras abonar el alquiler y otras cosas.

El señor Carlyle, al recibir la carta y apreciar su tono, se preguntó cuál sería el motivo. En su respuesta, le decía que llegaría el sábado siguiente, y entonces podrían hablar de si ella volvía con él o no. Decidida a no coincidir con el capitán Levison, en los días siguientes Isabel salió a pasear en carruaje. Una vez fue a verla, y lo dejaron entrar al salón, para que la esperara allí; lady Isabel se encontraba en su habitación y mandó recado, por medio de Peter, que le dijo: «Mi señora lo lamenta, pero hoy no recibe».

El domingo por la mañana, pues le resultó imposible salir antes, llegó el señor Carlyle. Se opuso con firmeza al deseo de lady Isabel de regresar a casa antes de que terminaran las seis semanas, y dijo que se negaría a llevarla. Isabel se puso muy nerviosa, casi hasta el desmayo.

—Isabel —dijo—, dime qué razón hay para querer irte, porque me parece que debe haber un motivo de fuerza mayor. Tu estancia aquí evidentemente te está yendo bien; te has repuesto de manera casi milagrosa, y eso de que «te aburres» me parece una tontería. Así que dime qué sucede.

Un repentino impulso la llevó a desear decírselo todo: la verdad. No que había amado a Francis Levison o que él se había dirigido a ella como lo había hecho, pues valoraba demasiado a su marido para arrastrarle a una situación desagradable, de final impredecible. Pero sí confesarle que, en el pasado, Francis Levison le había gustado y ahora prefería no estar sometida a su compañía. ¡Oh, si lo hubiera hecho! ¡Su amable, noble y juicioso marido! ¿Por qué no lo hizo? Quizá no decirle toda la verdad, especialmente sus sentimientos actuales, pero podría haber confiado más en él. Carlyle la habría adorado aún más, y la habría protegido de todo mal.

¿Por qué no lo hizo? En el instante en que iba a hacerlo, el señor Carlyle sacó una carta de su libreta que puso en su mano. ¡En qué tenues hilos descansan los giros de la fortuna! Isabel se distrajo, y permaneció en silencio mientras abría la carta. Era de la señorita Carlyle, que la había entregado a su hermano en el instante en que partía, para llevársela a lady Isabel y así ahorrarse los sellos. El señor Carlyle habría optado por depositarla en la oficina de correos de Folkestone.

Era una carta tan rígida como la señorita Corny. Los niños estaban bien, la casa iba bien y esperaba que lady Isabel estuviera mejor. Llenaba tres hojas de papel, pero eso era lo que decía, y terminaba con la frase siguiente: «Seguiría escribiendo esta carta, pero Barbara Hare ha venido a pasar el día con nosotros, y acaba de llegar».

¡Barbara Hare pasando el día en East Lynne! Eso fue suficiente para lady Isabel: su corazón y la confianza en su marido se cerraron en banda. Debía regresar a casa con sus hijos, suplicaba; no podía permanecer más tiempo alejada de ellos, y acompañaba sus ruegos con lágrimas.

—Claro, Isabel —dijo el señor Carlyle—, si realmente te angustia tanto estar lejos de ellos volverás conmigo a casa.

Entonces, como si lady Isabel fuera una niña y le hubieran dado fiesta en la escuela, se rio, saltó de contento, regaló una lluvia de besos a su marido, y le agradecía con animada devoción su generosidad. El señor Carlyle lo atribuyó al amor que sentía por él, y llegó a la conclusión de que, al repetir que no soportaba estar lejos de él, decía la pura verdad.

—Isabel —dijo mientras le sonreía tiernamente—, ¿recuerdas los primeros días de nuestro matrimonio, cuando me dijiste que no me amabas, pero que el amor llegaría? Creo que aquí está.

Isabel enrojeció hasta el punto de verter lágrimas; su tez brillaba y resplandecía, consciente de la verdad. El señor Carlyle interpretó erróneamente su origen, y la abrazó.

Un día más y, por fin, ¡el mar la separaría de aquel hombre! La idea inundaba su corazón de gratitud. Sabía que dejarle atrás sería dejar atrás el sol, y que el otro lado durante un tiempo parecería un lugar oscuro, pero, de todos modos, daba las gracias al cielo. ¡Lector, no dude de los principios de lady Isabel! Ni de su recto pensamiento, de su deseo y propósito de portarse bien, de su aborrecimiento de la maldad; su espíritu era honesto y sincero, y

sus intenciones, puras.

El capitán Levison visitó al señor Carlyle y le preguntó si había tenido tiempo de ver a sir Peter. Aún no; el señor Carlyle había estado muy ocupado, pero pronto tendría tiempo, e iría sin falta. Era la respuesta de un hombre honorable a un hombre sin honor, pero el señor Carlyle nada sospechaba. Es una lástima la capacidad de los hombres falsos para fingir ser lo contrario, pues si los hombres de honor los vieran como son podrían ponerse en guardia.

Por la tarde subió la marea, y el barco de Folkestone debía salir a la una. Los Carlyle y sus criados subieron con tiempo a bordo, y el capitán Levison fue a despedirlos. Lady Isabel se sentó en cubierta, con su esposo al lado; soltaron los cabos y el barco se deslizó lentamente por el puerto. En la orilla del embarcadero, Francis Levison observaba el desplazamiento de la nave, pero la contemplaba a ella. Era un hombre atrevido y sin escrúpulos, pues no había duda de que utilizaba los sentimientos confesados a lady Isabel, tanto del pasado como del presente, para un propósito. Sin embargo, se había encontrado con un jaque mate.

A medida que desaparecía de la vista de Isabel, una inmensa sensación de alivio se apoderó de ella, y la dama se estremeció; involuntariamente, apretó con fuerza la mano del señor Carlyle.

—¿Tienes frío, Isabel? —le dijo mientras se inclinaba sobre ella, solícito.

—Oh, no. Estoy muy cómoda, muy feliz.

—Pero ¿temblabas?

—Porque pensaba en lo que podría haberme sucedido si te hubieras ido dejándome allí. Archibald —continuó, con un susurro apasionado—, no vuelvas a separarte de mí; quédate siempre a mi lado.

Sonrió al mirar sus ojos suplicantes, y en el tono de la réplica honesta del señor Carlyle había un mundo de amor y de ternura.

—Siempre, Isabel. Sabes que me duele más a mí que a ti tenerte lejos.

¿Cómo podía dudar de él?

Capítulo 23: El tobillo fracturado

Lady Isabel regresó a casa con buena salud, y fue una alegría para ella volver a ver a sus hijos y gozar de la feliz sensación de seguridad. Pero, a medida que pasaban los días, un sentimiento de apatía hizo mella en su ánimo; como si todo lo que había amado hubiera muerto, y la hubiera dejado sola. Era una depresión dolorosa, un vacío en su corazón que sentía con profunda intensidad. Trató de olvidar al malvado de sus pensamientos, pero si lo intentaba volvía a recordarlo. Con demasiada frecuencia daba en pensar que, si pudiera verle una vez, un instante, una hora, un día, su espíritu se repondría, y podría seguir adelante. No se deleitaba en esas reflexiones, pues, por lo que sabemos de lady Isabel, podemos confiar en ella, pero continuamente surgían en su mente. Francis Levison estaba siempre presente en sus pensamientos, y no pasaba un minuto sin que adornara de alegría sus recuerdos; de noche, se convertía en el objeto de sus sueños. ¡Qué sueños! Era doloroso despertarse y recordarlos, por contraste con la realidad; y su conciencia no cesaba de recordarle lo que estaba bien y lo que no. Lo habría dado todo para no soñar con él, para no verlo en sueños. Pero ¿cómo remediarlo? No había manera; cuando la mente (o la imaginación, si el lector prefiere esta palabra) está imbuida de un asunto de esa naturaleza, especialmente si la infelicidad va de la mano, los sueños por fuerza siguen a los pensamientos. Lady Isabel se despertaba llena de reproches, agitada y febril, y deseaba expulsar de raíz la terrible enfermedad; pero era necesario que transcurriera el tiempo, que todo lo cura, antes de concederle su deseo.

Un día el señor Carlyle subió a su caballo y fue a Levison Park. Preguntó por sir Peter, y le llevaron en presencia de lady Levison, una mujer joven y

bonita que vestía de modo llamativo. Le preguntó qué quería.

—Quería ver a sir Peter, señora, por una cuestión de negocios.

—Pero sir Peter no está lo bastante bien para hablar de negocios. Le pone de mal humor y le preocupa.

—Sin embargo, tengo una cita con él. Me dijo que viniera a las doce, y acaban de sonar las campanadas.

Lady Levison se mordió el labio y ejecutó una fría inclinación de cabeza. En ese momento apareció un criado que acompañó al señor Carlyle a ver a sir Peter. Enseguida le planteó el asunto que lo había traído allí: Francis Levison, sus deudas y desgraciada situación. Sir Peter, un anciano con la cabeza cubierta con un gorrito de terciopelo rojo, no tuvo inconveniente en supeditarse al tema.

—Pagaría sus deudas hoy mismo para que se recuperara económicamente, si no fuera porque tendría que hacer lo mismo otra vez, como he hecho tantas veces —exclamó sir Peter—. Su abuelo era mi único hermano, su padre, un sobrino amado y entregado, pero él es tan malo como ellos eran buenos. Es un tipo que no merece la pena, señor Carlyle.

—Le aseguro que lo que me contó me llevó a compadecerme de él, y le prometí venir a verlo para apoyar su causa —respondió el señor Carlyle—. No sé nada de los vicios o virtudes personales del capitán Levison, lo reconozco.

—Y cuanto menos sepa, mejor —gruñó sir Peter—. Supongo que quiere que pague sus deudas para empezar de nuevo.

—Algo así, imagino.

—Pero ¿cómo? Yo estoy en mi casa y él en el extranjero. Sus asuntos son un galimatías, y nadie puede aclarar cuánto debe exactamente sin que él esté presente y lo explique. Hay algunas deudas, para las que entregué dinero, cuyos acreedores sostienen que no se han pagado. Así que debe regresar a Inglaterra si quiere solucionarlo.

—Pero ¿dónde? A Inglaterra solo puede volver con la máxima confidencialidad.

—No puede instalarse aquí —replicó rápidamente sir Peter—. Lady Levison no le permitiría quedarse ni un día.

—Podría alojarse en East Lynne —ofreció el señor Carlyle, de buena fe—. A nadie se le ocurriría buscarlo allí. Me parece una lástima que ustedes

no se encuentren, si siente el impulso de ayudarlo.

—Es usted más considerado con él de lo que se merece, señor Carlyle. ¿Me permite preguntarle si va a actuar como su abogado?

—No, no es mi intención.

Intercambiaron algunas palabras, y decidieron mandar aviso al capitán Levison de inmediato. Cuando el señor Carlyle abandonó la presencia de sir Peter, volvió a encontrarse con lady Levison.

—Sé que su reunión con mi marido se refería a su sobrino nieto — declaró.

—Así es —dijo el señor Carlyle.

—Tengo muy mala opinión de él, señor Carlyle, y, al mismo tiempo, no quiero que se lleve una mala impresión de mí. Francis Levison es el sobrino nieto de mi marido y su futuro heredero; quizá por eso le resulte extraño que me oponga con tanta determinación a su persona. Dos o tres años antes de mi matrimonio con sir Peter, antes de conocerlo, entré en contacto con Francis Levison. Conocía a algunos amigos míos, y en la casa de ellos lo vi. Se comportó de manera abyecta; pagó *su* hospitalidad con una flagrante ingratitud, y tuve conocimiento de otros hechos relacionados con su conducta. En suma, estoy convencida de que es un hombre despreciable y vil, tanto por naturaleza como por inclinación, y seguirá siéndolo hasta el fin de sus días.

—No le conozco demasiado —dijo el señor Carlyle—. ¿Podría detallarme la naturaleza de su mala conducta, tal y como le consta a usted?

—Los arruinó, señor Carlyle. Los arruinó. Eran gente de campo, sencilla y confiada, y no concebían el fraude ni la crueldad del mundo. Francis Levison les convenció para poner sus gastos a su nombre, «solo nominalmente, por un par de meses o así», les dijo, y ellos le creyeron. No eran ricos; vivían de las modestas rentas de su propiedad, cómodamente, pero sin dinero para gastar; cuando llegó el momento de pagar, que tenía que llegar, los arruinó y tuvieron que abandonar su hogar. Lo hizo deliberadamente; estoy segura de que Francis Levison sabía el resultado de su engaño. Y podría contarle más cosas. Sir Peter quizá le haya informado de que me niego a recibirlo. Así es: desaprubo a ese hombre y su carácter, y no porque tenga celos por ser el heredero de sir Peter, como he oído decir por ahí. Antes perderé mi dignidad que permitir que Francis Levison pise mi casa. Sir Peter puede ayudarlo, darle la bienvenida en su corazón, pagar sus deudas y solucionar sus enredos tantas veces como le

plazca, pero yo no pienso tolerar su presencia.

—Sir Peter me advirtió de que usted no quiere que se quede. Pero debe regresar a Inglaterra, si quiere arreglar sus asuntos, y también debe ver a sir Peter.

—¿Regresar a Inglaterra? —interrumpió lady Levison—. ¿Cómo va a volver, en las circunstancias actuales? A menos, claro está, que venga de incógnito.

—Así es —dijo el señor Carlyle—. No hay otra manera. Le he ofrecido a sir Peter que se quede en East Lynne; como sabe, es un conocido de lady Isabel.

—Cuídese entonces de que no pague su hospitalidad con ingratitud —replicó con intención lady Levison—. Sería muy típico de él.

El señor Carlyle se rio.

—No veo cómo podría perjudicarme, suponiendo que tenga esa inclinación que dice usted. No podría quitarme mis clientes, ni pegar a mis hijos, y puedo cuidar de mis finanzas. No creo que se quede más que unos días.

Lady Levison también sonrió y estrechó la mano del señor Carlyle.

—Quizá en su casa no encuentre campo para sembrar su cizaña, pero le aseguro que, si lo encuentra, causará desgracia.

La visita del señor Carlyle a Levison Park tuvo lugar un viernes por la mañana, y de regreso a la oficina por la tarde mandó una nota al capitán Levison en Boulogne para contárselo todo y proponerle que viniera. Pero el señor Carlyle, como muchos hombres que dedican gran parte de su tiempo al trabajo, era olvidadizo en algunos detalles, y se olvidó de mencionar en su casa la llegada del capitán Levison. La noche siguiente, sábado, él y lady Isabel cenaban fuera cuando la conversación se centró en los Ducie y la vergonzosa situación que pasaban. La asociación de ideas le recordó al señor Carlyle la ciudad de Boulogne, el capitán Levison y la situación vergonzosa del caballero, e inmediatamente cayó en la cuenta de no haber contado a su esposa que iba a visitarlos. Procuró recordarlo, y en el carruaje de regreso a casa lo mencionó:

—Isabel —dijo—. Supongo que tenemos habitaciones listas para invitados, ¿verdad? Porque estoy esperando uno.

—Oh, sí. Y, si no, se pueden preparar enseguida.

—Mañana es domingo, y no me cabe duda de que aprovechará el día para venir. Siento no habértelo dicho antes.

—¿A quién has invitado?

—Al capitán Levison.

—¿Cómo? —dijo lady Isabel, consternada.

—Al capitán Levison. Sir Peter consiente en verlo, para aclarar su situación económica, pero lady Levison no quiere que se aloje en su casa. Así que le ofrecí una habitación en East Lynne por unos días.

Hay un viejo dicho que habla del corazón en la boca, y eso le sucedió a lady Isabel. Su corazón saltó hasta la boca. Se mareó al oír las palabras de su marido, y por un instante parecía que iba a perder el sentido; sintió que la tierra gris se abría bajo sus pies y le mostraba un paraíso; enseguida cayó en la cuenta de que no podría soportar ver al capitán Levison. El señor Carlyle seguía hablando de sus problemas, de la conversación mantenida con sir Peter y lady Levison, pero Isabel ya no oía nada. Reflexionaba sobre cómo evitar la visita.

—Archibald —dijo por fin—, no deseo que Francis Levison se quede en East Lynne.

—Solo serán unos días, apenas uno o dos. Sir Peter está dispuesto a pagar sus deudas y, en cuanto lo sepan los acreedores, el excapitán podrá volver a Inglaterra sin peligro de que lo detengan, libre de ir donde quiera.

—Puede ser —interrumpió lady Isabel, impaciente—, pero ¿por qué tiene que alojarse en nuestra casa?

—Se lo propuse yo. No sabía que no te gustaría. ¿Te molesta?

—No me gusta Francis Levison —murmuró—. Es decir, no me apetece tenerlo en East Lynne.

—Querida, me temo que no hay más remedio, pues lo más probable es que ya esté en camino y llegue mañana. No puedo impedirle que se quede, pues la invitación ha partido de mí. Si hubiera sabido lo desagradable que te resulta la idea, por supuesto que no le habría invitado.

—¡Mañana! —exclamó ella, la única palabra que le llegó al corazón—. ¿Viene mañana?

—Como es domingo, imagino que lo aprovechará para viajar. ¿Qué ha hecho para que te opongas a su presencia? En Boulogne no me dijiste que te

resultaba tan insoportable.

—No ha hecho nada —dijo ella, vacilante, pues notó que las razones para su oposición se deshacían, una por una, bajo sus pies.

—Lady Levison parece tener muy mala opinión de él —prosiguió el señor Carlyle—. Dice que le conoció hace tiempo y mencionó una o dos cosas que, de ser ciertas, en verdad son preocupantes, pero es posible que esté enemistada con él.

—Lo está —dijo Isabel—, o al menos eso me dijo Francis Levison en Boulogne. Parece que no se llevan muy bien.

—En cualquier caso, lo que haga con sus asuntos, sea correcto o no, no puede afectarnos en el breve espacio de tiempo que se quedará en nuestra casa. Supongo que tú también has desarrollado algún prejuicio contra él, Isabel.

Lady Isabel guardó silencio y permitió que el señor Carlyle así lo creyera. Se quedó sentada, con las manos entrelazadas y el espíritu desesperado; sentía que el destino conspiraba contra ella. ¿Cómo iba a olvidar a ese hombre, si lo tendría bajo su techo, en contacto diario con él? De repente se volvió hacia su marido y puso la mejilla contra su hombro.

El señor Carlyle pensó que estaba cansada y deslizó su brazo por la cintura de lady Isabel, la colocó de la manera más cómoda posible para ella, y se inclinó con cariño. A ella se le ocurrió, mientras estaban así, contarle una parte de la verdad, como había pensado hacer anteriormente. El brazo que la rodeaba era fuerte y la protegería; reposaba en un pilar de protección poderosa. ¿Por qué no confiaba en él, como una niña? Simplemente, le faltó valor. Una o dos veces abrió la boca para decírselo todo, pero las palabras, en la punta de la lengua, no emergían. El carruaje llegó a East Lynne, y la oportunidad pasó. ¡Cuántas veces, en los años venideros, recordó ese paseo a medianoche con su marido y deseó, en un vano arrepentimiento, haberle abierto los ojos sobre la amenaza de ese hombre!

La mañana siguiente amaneció lluviosa, pero a mediodía el tiempo se despejó. Por la tarde, cuando estaban en la iglesia, volvió a llover.

—Cornelia —susurró el señor Carlyle, que se acercó a su hermana cuando la misa concluyó—. Lluve mucho, más vale que regreséis en la calesa con la capota subida. John puede volver andando.

No quería. Aunque cayeran chuzos de punta, la señorita Carlyle no habría

ido o venido de la iglesia de otro modo que andando, y así iba a hacerlo, armada con su gran paraguas. Pronto el señor Carlyle e Isabel la dejaron atrás, caminando por el sendero con algunos criados detrás. No es que estuvieran pendientes de la señorita Carlyle, por supuesto; ella lo habría despreciado, como despreciaba la calesa. No importaba qué tiempo hiciera; la aguerrida dama siempre caminaba, con el calor del verano o la nieve de invierno, entre suaves lluvias o impetuosas tempestades, acompañada de su gran paraguas que podía cubrir un pajar de tamaño moderado. La señorita Corny era uno de esos espíritus prudentes que están preparados para las eventualidades, por si acaso, y se rigen por la máxima: «Cuando hace buen tiempo, lleva paraguas; y si llueve, haz lo que te parezca». Así, si hacía buen tiempo, optaba por el sendero a través del campo, pero lo evitaba si llovía, pues la hierba mojada no se entendía con sus enaguas.

El señor Carlyle había entrado por la verja del parque y remontaba la avenida. Oyó una voz de angustia, y vieron a la pequeña Isabel corriendo hacia ellos desde la colina, llorando agitadamente. El señor Carlyle saltó del carruaje y abrazó a la niña.

—¡Oh, papá, papá! Ven, ven, por favor. Creo que está muerta.

Trató de tranquilizar a su hija:

—Calma, pequeña, calma o alarmaremos a mamá. No tiembles, dime qué ha pasado.

Isabel se lo dijo. Se había portado mal, lo confesaba, y había salido a correr bajo la lluvia, aunque Joyce se lo había prohibido. Había corrido alegremente por la hierba mojada del parque, por las colinas, mientras Joyce la perseguía. Y la criada había resbalado y estaba al pie de la colina, con el rostro blanco y no se movía.

—Cuida de ella, Isabel —dijo el señor Carlyle mientras colocaba a la niña arrepentida y nerviosa al lado de su esposa, en el carruaje—. Dice que Joyce se ha caído. No, no vengas conmigo. Iré yo a ver qué ha pasado.

Efectivamente, Joyce estaba donde decía la niña que se había caído, al pie de la colina. Pero tenía los ojos abiertos, y si se había desmayado, cosa probable, según las palabras de la niña, ya había recobrado la conciencia.

—Oh, señor, no trate de moverme. Creo que me he roto una pierna.

Sin embargo, intentó moverla suavemente, pero se detuvo ante los gritos de dolor de la mujer. Tenía que esperar a que vinieran a ayudarlo.

—Espero que no le duela mucho —dijo amablemente—. ¿Cómo ha sucedido?

—La señorita Isabel salió corriendo, señor, con la lluvia y la hierba mojada, y me preocupaba que se hiciera daño. Salí tras ella para llevarla de vuelta a la casa y, como el suelo resbalaba, me caí. Al principio no recordaba nada.

El señor Carlyle mandó a John con la calesa en busca del señor Wainwright, y con la ayuda de los criados que regresaban de la iglesia llevaron a Joyce a la casa y la tendieron en su cama, vestida como estaba. El señor Carlyle y lady Isabel se quedaron con ella. La señorita Carlyle también estaba allí, armaba revuelto, preparaba las cosas que imaginaba que harían falta y le ofrecía licor a Joyce para calmar sus nervios, que la criada rechazaba. El estado de ánimo de la señorita Carlyle, entre la compasión y el enfado, era bastante volátil; en conjunto, hizo más mal que bien. La pequeña Isabel se deslizó dentro y alejó a su madre de la cama.

—Mamá —susurró—, hay un señor extraño abajo. Vino en un carruaje, dice que tiene equipaje y pregunta por ti y por papá.

Lady Isabel casi se mareó de los nervios. ¿Ya había llegado?

—¿Quién es, Isabel? —dijo, por contestar algo, pero lo sabía muy bien.

—No lo sé. No me gusta, mamá. Me cogió y me abrazó, y me miró raro.

—Ve a la cama y dile a tu padre que hay un señor esperando abajo —dijo lady Isabel.

—Mamá —preguntó la niña, antes de obedecer—, ¿Joyce se va a morir?

—No, querida, espero que no.

—Porque, si se muere, será culpa mía. ¡Oh, mamá, lo siento mucho! ¿Qué puedo hacer?

—Cálmate, pequeña. Si lloras, Joyce se sentirá peor. Ve a decirle a tu padre lo del caballero que está esperando.

—Pero ¿crees que Joyce me perdonará?

—Seguro que ya te ha perdonado, querida. Pero tienes que ser más obediente de ahora en adelante. Ve a darle el recado a tu padre, como te pido.

El extraño, por supuesto, era el capitán Levison. El señor Carlyle fue a recibirlo y darle la bienvenida. Lady Isabel no lo hizo, pues el accidente de la doncella era una excelente excusa.

El señor Wainwright declaró que se trataba de una simple fractura en el tobillo. Dijo que podría haber sido peor, y que debería permanecer en cama unas tres o cuatro semanas.

—Joyce —susurró Isabel—, vendré a leerte la Biblia, siempre siempre siempre. Sé que mamá me dejará, y así no te aburrirás. Y tengo un libro nuevo, muy bonito, de cuentos de hadas, con dibujos. Seguro que te gusta; trata de una princesa encerrada en un castillo que no tenía nada para comer.

Joyce esbozó una débil sonrisa y tomó la manita de la niña entre las suyas.

Más tarde, Isabel y William estaban en el salón con el señor Carlyle.

—Qué niños más bien educados —observó Francis Levison—. ¡Y qué hermosos!

—Se parecen mucho a su madre, a mi juicio —respondió el señor Carlyle—. De niña era muy bonita.

—¿Conoció a lady Isabel de niña? —preguntó Francis Levison, con sorpresa.

—La veía con frecuencia. Solía alojarse aquí con lady Mount Severn.

—Ah, claro. Este lugar entonces era de Mount Severn. ¡Qué hombre más temerario! Jovencita, voy a secuestrarla —continuó el capitán Levison mientras tendía la mano y atraía a Isabel hacia él—. Se escapó la primera vez, y no quiso decirme su nombre.

—Me fui corriendo a decirle a mamá que había venido usted. Estaba con Joyce.

—¡Joyce! ¿Quién es Joyce?

—Es la doncella de lady Isabel —intervino el señor Carlyle—. La que ha tenido el accidente que le he referido. Una criada especialmente valorada en nuestra familia.

—Es un nombre curioso —observó el capitán Levison—. ¡Joyce! ¡Joyce! No lo había oído nunca. ¿Es su nombre de pila o un apodo?

—La bautizaron Joyce. Es poco habitual. Se apellida Hallijohn, y lleva con nosotros varios años.

En ese momento, Isabel, que llevaba un buen rato tratando de escapar del capitán Levison, se echó a llorar. El señor Carlyle le preguntó qué pasaba.

—No me gusta que me abrace —fue la respuesta de la pequeña Isabel, incómoda.

El capitán Levison se rio y la abrazó aún más. Pero el señor Carlyle se levantó, y con callada autoridad apartó a la niña y la colocó en sus rodillas. Isabel ocultó la carita en su pecho y puso la mano alrededor de su cuello.

—Papá, no me gusta —dijo en voz baja—. Me da miedo. No dejes que vuelva a cogirme nunca más.

Por toda respuesta, el señor Carlyle la atrajo hacia así.

—No está acostumbrado a los niños, capitán Levison —dijo—. Son como plantas delicadas, caprichosas y sensibles.

—Deben ser muy difíciles de cuidar —replicó el otro—. Ese accidente de su criada debe ser serio. Supongo que deberá guardar cama un tiempo, ¿cierto?

—El médico ha dicho que cuatro semanas, y sin posibilidad de levantarse.

El capitán Levison se levantó y cogió al pequeño William para jugar. Lo hizo voltear en el aire, y el niño, a diferencia de su hermana, parecía disfrutar de la diversión.

Capítulo 24: El sueño de la señora Hare

El día siguiente amaneció resplandeciente, cálido y sin nubes, y el sol de la mañana entró en la habitación de la señora Hare. La dama estaba en la cama, con las mejillas sonrosadas y los ojos brillantes, como si tuviera una ligera fiebre. El juez, con un gorrito de algodón con una coqueta borla, estaba sentado en un sillón y se abrochaba la ropa interior a la altura de la rodilla, antes de introducir las piernas en los pantalones;* disculpen las jóvenes damas que lean este fragmento las revelaciones de las misteriosas prendas interiores de los caballeros. Una vez abrochada la ropa, el juez arrojó la gorra de dormir a la cama y se acercó al lavamanos, donde realizó las abluciones de la mañana, pero nunca se afeitaba hasta después de desayunar. El señor y la señora Hare pertenecían a la clase de gente pasada de moda que no sabía nada de vestidores: su dormitorio era bastante grande, y nunca lo habían tenido ni lo habían echado en falta. El juez se frotó la cara hasta hacerla relucir, se colocó la peluca de la mañana, se puso la bata y volvió a la cama.

—¿Qué quieres para desayunar?

—Gracias, Richard, pero no creo que pueda comer nada. Me tomaré un té y nada más; tengo mucha sed.

—Tonterías —respondió el juez, ante la sugerencia de que su esposa no pensaba comer—. Tómame un huevo escalfado.

La señora Hare sonrió y movió la cabeza suavemente.

—Eres muy amable, Richard, pero no puedo comer esta mañana. Barbara

puede subirme una tostada, si quieres.

—Creo que estás *cediendo* ante la idea de que estás enferma, Anne — exclamó el juez—. Son imaginaciones tuyas, ya lo sabes. Si te levantas, espabilaras y bajaras a desayunar, disfrutarías de la comida y te encontrarías mejor el resto del día. Pero, si te quedas en la cama, y no comes y solo bebes té, te levantarás débil, temblando, y no servirás para nada.

—Tampoco hace tantas semanas, Richard, que no he bajado a desayunar —le reprochó la señora Hare—. Creo que, desde la primavera, no ha pasado una sola vez.

—Y lo bien que te has encontrado, ¿verdad?

—Pero es verdad que hoy no me siento con fuerzas para levantarme. ¿Te importaría abrir la ventana de par en par antes de bajar? Me gustaría algo de aire fresco en la habitación.

—Tan cerca de esta ventana tendrás frío —dijo el juez, que abrió la ventana más alejada. Si su esposa le hubiera pedido que abriera esa, se habría decantado por la otra: su opinión y su voluntad eran lo primero. Bajó a desayunar.

Minutos después subió Barbara, tan alegre y bella como la mañana, con su vestido de muselina rosa y lazos y las mangas blancas bordadas, tan lindas como ella. Se inclinó para besar a su madre.

Barbara se había vuelto más amable y tierna con los años; la amargura de su dolor había pasado, y había permitido que lo que había de bueno en su amor suavizara y alimentara su naturaleza. Así, la pena había mejorado notablemente su carácter.

—Mamá, ¿estás enferma? Qué lástima, te encontrabas tan bien últimamente... ¡Te fuiste a la cama tan animada! Papá dice...

—Barbara, querida —interrumpió la señora Hare, que miraba a su alrededor temerosa, y susurraba—. He tenido otro de esos terribles sueños.

—Oh, mamá, ¡cómo puedes...! —exclamó Barbara, en tono irritado—. ¿Cómo puedes permitir que esos sueños tontos te impresionen tanto como para enfermarte? Tienes mucha sensatez para otras cosas, pero en este tema parece que no te quedara un ápice.

—Pero, querida niña, ¿cómo voy a evitarlo? —replicó la señora Hare, que tomó las manos de Barbara entre las suyas y la atrajo hacia sí—. No permito que los sueños vengan, pero no puedo impedir que causen fiebre, me

enfermen y derrotan. Ayer me encontraba tan bien como era posible, y me fui a la cama tranquila, de excelente humor; no pensé en el pobre Richard una sola vez durante el día. Y, sin embargo, el sueño llegó. Nada me inducía a ello, ni mis pensamientos ni lo que sucedió a lo largo del día. ¿Cómo voy a evitar que pase, dime?

—¿Y hacía tanto tiempo que no tenías uno de esos sueños tan desagradables! ¿Cuánto hacía, mamá?

—Tanto, Barbara, que ya no temía volver a soñarlos. No había vuelto a tenerlos desde la visita en secreto de Richard hace años.

—¿Era una pesadilla muy terrible, mamá?

—Oh, sí, pequeña, sí. Soñé que el verdadero asesino venía a West Lynne, que estaba con nosotros, y que...

En ese momento se abrió la puerta de la habitación y apareció el rostro del juez, especialmente serio y adusto. La señora Hare se asustó tanto que se puso a temblar y, con ella, las almohadas, y Barbara se puso en pie de un salto. ¡No podía ser que hubiera oído su conversación!

—Barbara, ¿vas a bajar a preparar el desayuno? ¿O tengo que hacerlo yo?

—Ahora mismo baja, Richard —dijo la señora Hare, con la voz más tenue de lo habitual. Y el juez se giró y volvió a bajar, furioso.

—Barbara, ¿crees que tu padre nos ha oído hablar de Richard?

—No, no, mamá, es imposible. La puerta estaba cerrada. Te subiré el desayuno, y entonces me lo podrás contar con detalle.

Barbara fue volando tras el señor Hare, le sirvió el café y estuvo pendiente de que le trajeran el desayuno, un poco de pastel de carne, y volvió a subir, con el té y las tostadas de su madre.

—Sigue contándome tu sueño, mamá.

—Pero se te va a enfriar el desayuno a ti, querida.

—No me importa. ¿Soñaste con Richard?

—No, no mucho; excepto que el problema permanente, que haya tenido que huir y no pueda volver, parecía impregnarlo todo. ¿Recuerdas, Barbara, cómo nos decía Richard, en esa breve visita en secreto, que él no era culpable del asesinato y que otro lo había cometido?

—Sí, me acuerdo —dijo Barbara.

—Hija, estoy convencida de que decía la verdad; confío en él.

—Yo también estoy segura, mamá.

—Quizá te acuerdes de que le pregunté si el culpable era Otway Bethel, porque siempre he sospechado de él de manera vaga e indefinida; Richard me contestó que no, que lo había hecho un forastero. Pues bien, Barbara, en mi sueño ese forastero venía a West Lynne, a esta misma casa, y hablábamos con él, conversando como si fuera un visitante más. En el sueño se supone que *sabíamos* que era el culpable, pero él lo negaba y cargaba la culpa a Richard. Y yo le veía, oh, sí, Barbara, veía murmurando a Otway Bethel. No puedo decirte el horror que se apoderaba de mí, y también de ti en el sueño, cuando se proponía demostrar su supuesta inocencia y aplastar de una vez a Richard, que era su víctima. Ha sido el terror lo que me ha despertado.

—¿Cómo era ese forastero? —preguntó Barbara, en un tono de voz singular.

—Bueno, no puedo decírtelo de un modo concreto; no recuerdo qué aspecto tenía. Vestía como un caballero y le tratábamos como tal.

Barbara pensó de inmediato en el capitán Thorn, pero, como no le había mencionado ese nombre a la señora Hare, no pensó que debiera hacerlo. Se quedó reflexionando en silencio, y la señora Hare se dirigió dos veces a ella para sacarla de su ensimismamiento.

—Barbara, ¿no te parece que este sueño anuncia alguna desgracia? Estoy segura de que algo relacionado con ese terrible asesinato volverá a salir a la superficie.

—Sabes que no creo en los sueños ni en las premoniciones, mamá —fue la respuesta de Barbara—. Creo que cuando la gente dice «este sueño es señal de esto o de lo otro» es absurdo. Ojalá pudieras recordar el aspecto del hombre de tu sueño.

—Sí, ojalá —suspiró la señora Hare mientras partía un pedazo de tostada—. Solo recuerdo que tenía aspecto de caballero.

—¿Era alto? ¿Tenía el pelo negro?

La señora Hare movió la cabeza.

—Ya te he dicho que no me acuerdo, querida. No sé decirte si tenía el pelo oscuro o claro. Creo que era alto, pero estaba sentado, y Otway Bethel de pie, detrás de su silla. Yo tenía la sensación de que Richard se encontraba al otro lado de la puerta, escondido y temblando por si salía el hombre y lo delataba, y por eso yo tenía miedo. ¡Oh, Barbara, qué sueño más angustioso!

—Ojalá pudieras evitar tener esos sueños, mamá. Parece que te inquietan muchísimo.

—¿Por qué me preguntas si el hombre era alto y tenía el pelo negro?

Barbara le dio una evasiva. No podía decirle a la señora Hare que sus sospechas apuntaban a un hombre en concreto, pues se habría puesto muy nerviosa.

—De hecho, el sueño era tan vívido, tan real, que después de despertarme, durante unos minutos, seguía convencida de que el asesino estaba en West Lynne —prosiguió la señora Hare—. Sigo teniendo la impresión de que está aquí o a punto de llegar; es como una corriente que palpita en mi interior, Barbara, ¿entiendes? Por supuesto que el sentido común me dice que no hay fundamento para pensar así. ¡Oh, Barbara, Barbara! —añadió con voz lastimera, y dejó caer la cabeza dolorida hasta descansarla sobre el brazo de su hija—. ¿Cuándo terminará esta situación tan desgraciada? Pasan los años, uno tras otro, ¡y Richard condenado al exilio!

Barbara no dijo nada. ¿Qué consuelo podía ofrecerle con palabras? La realidad no admitía ninguno; se limitó a dar un beso en la frente pálida de su madre.

—Querida niña, estoy enferma, ansiosa por saber de Richard. Mi corazón se muere por verlo —siguió diciendo la pobre mujer—. Hará siete años en la primavera, siete años desde que se fue. Siete años sin verlo, sin saber si está vivo o muerto. No hay madre que haya sufrido lo que yo sufro.

—¡Mamá, no te tortures así! Te pondrás peor.

—Ya estoy enferma, Barbara.

—Sí, pero los nervios y la emoción agravarán tu estado. La gente dice que el séptimo año trae buena suerte, y quizá suceda eso con Richard. Quizá incluso se descubra su inocencia, mamá. No desesperes.

—No desespero, Barbara. El desaliento no lo puedo evitar, pero sí la desesperación. Estoy verdaderamente convencida de que Dios arrojará luz en esta injusticia. ¿Cómo voy a desesperar, pues, si confío en él?

Hubo una pausa y Barbara dijo:

—¿Quieres que te suba más té, mamá?

—No, querida. Manda a alguien con el té, sí, porque tengo sed, pero tú debes ir abajo y desayunar. ¿Crees que tu padre sospecha algo? Vigila tu expresión y lo que dices. Tengo miedo de que, si estamos tristes, piense que

nos acordamos de Richard.

—¿Y qué, si así fuera? Supongo que somos libres, ¿no?

—¡Oh, Barbara, calla, calla! —repitió la señora Hare, en un susurro de advertencia—. Sabes que ha jurado llevar a Richard a la justicia, y lo determinado que es; está convencido de la culpabilidad de Richard. Si descubriera que creemos en su inocencia, sería capaz de mover cielo y tierra para encontrarlo y entregarlo a las fuerzas del orden. Tu padre es tan...

—Tozudo —dijo Barbara, insolente, pues no era precisamente una palabra propia de una señorita, y frunció los labios rojos después de decirla.

—¡Barbara! —la riñó la señora Hare—. Iba a decir que es un hombre muy justo.

—Entonces yo digo que sería cruel, y antinatural, en lugar de justo, si lo buscara por todo el país para entregarlo a la justicia; sería condenar a su hijo a muerte —replicó Barbara, deslenguada, pero con los ojos anegados en lágrimas. Cuidadosamente se los secó antes de entrar en la sala para desayunar.

Los Hare, cuando estaban solos, solían comer alrededor de las cuatro, y ese día, como de costumbre, se sentaron a la mesa a esa hora. La señora Hare se encontraba mejor; el sol y la vida diaria habían borrado en cierta medida las visiones espantosas de la noche y le habían devuelto a su ánimo habitual. El juez mencionó el accidente de Joyce, del que nada sabían, y era lógico, pues no habían salido en todo el día ni recibido visitas. La señora Hare se preocupó mucho, pues tenía a Joyce en gran estima.

Retiraron los platos y el juez apenas se quedó a tomar un poco de oporto, pues había quedado con un colega, el señor Herbert, para compartir la sobremesa y fumar una pipa.

—¿Vendrás a tomar el té, papá? —preguntó Barbara.

—¿Acaso es asunto tuyo, jovencita?

—Oh, no, en absoluto —respondió la señorita Barbara—. Lo decía porque, si vienes a tomar el té, te esperaremos, claro está.

—Me había parecido entender por lo que has dicho que vas a quedarte a pasar la velada con el señor Herbert, Richard —dijo la señora Hare.

—Así es, pero, al parecer, a tu hija le gusta el sonido de su propia voz —dijo el juez.

Cuando desapareció, caminando pomposamente a grandes zancadas por el camino de gravilla, Barbara se paseó por la gran sala tarareando una alegre melodía, como si su ausencia fuera un alivio. Y quizá lo fuera.

—Puedes tomarte el té cuando te apetezca, mamá —dijo—, si tienes sed, sin esperar a las siete.

—Sí, querida. Barbara...

—¿Qué pasa, mamá?

—Me ha apenado mucho lo de Joyce. Me gustaría acercarme a East Lynne esta tarde y preguntar por ella, y verla si es posible. Sería lo más adecuado, entre vecinos.

El corazón de Barbara latió un poco más rápido. Su amor era en verdad eterno, y había desafiado al tiempo y a los cambios. El hecho de que tuviera que enterrarlo en lo más profundo de su corazón lo había hecho crecer con más fuerza. ¿Quién podía sospechar, al ver el exterior a veces frío y otras coqueto de Barbara, que escondía a *alguien* dentro de sí que llenaba el último recoveco de su corazón? Alguien que no tenía derecho a estar allí. Que pronto, posiblemente, volvería a ver, lo que aceleró su pulso.

—¿Quieres ir andando, mamá? ¿Te parece prudente?

—Me siento con fuerzas. Además, desde que me he acostumbrado al ejercicio de un paseo diario, me siento mejor cuanto más ando, y hoy no hemos salido. ¡Pobrecita Joyce! ¿A qué hora quieres salir, Barbara?

—Si llegáramos allí hacia las siete, digamos, creo que habrán terminado de comer.

—Sí, tienes razón —dijo la señora Hare, pues le complacía que alguien decidiera por ella—. Antes de irnos me gustaría tomar un poco de té, Barbara.

Así lo hicieron, y al terminar emprendieron el camino a East Lynne. La tarde era preciosa, el aire, cálido, y el zumbido de los jejenes las acompañaba, como si también los animales quisieran aprovechar al máximo el verano que estaba terminando. Al principio la señora Hare lo disfrutaba, pero, a medida que se acercaban a East Lynne, el paseo se le hacía demasiado largo. No solía aventurarse fuera tanto tiempo, y probablemente la fiebre y la agitación de la mañana habían mermado sus fuerzas. Puso la mano, al entrar, sobre la verja de hierro del parque y se detuvo.

—No he hecho bien en venir, Barbara.

—Apóyate en mí, mamá. Cuando alcancemos aquellos bancos, podrás

descansar antes de seguir hasta la casa. Hace mucho calor, y quizá eso te ha cansado más.

Llegaron a los bancos, colocados bajo unos árboles oscuros que daban a la verja y al camino, que no se veían desde la casa, y la señora Hare se sentó. Al cabo de un minuto, estaban rodeadas. El señor Carlyle, su esposa y su hermana daban un paseo después de comer con su invitado, Francis Levison, y al verlas se acercaron. Los niños, excepto el bebé, también iban con ellos. Lady Isabel le dio una cálida bienvenida a la señora Hare; le tenía mucho cariño a la delicada enferma.

—Vaya desastre, Archibald: he venido a preguntar por la inválida, cuando yo también lo estoy, y me he tomado a medio camino una pausa para descansar —exclamó la señora Hare, mientras el señor Carlyle estrechaba su mano—. Estoy preocupada por la salud de Joyce.

—Debe quedarse a pasar la tarde con nosotros, ya que está aquí —dijo lady Isabel—. Así podrá descansar y reponer fuerzas con un té.

—Oh, gracias, pero ya hemos tomado té en casa —dijo la señora Hare.

—Eso no es motivo para no tomar más —se rio lady Isabel—. Parece usted demasiado cansada; debe quedarse y ser nuestra prisionera una hora o dos.

—Me temo que así será —dijo la señora Hare.

El capitán Levison, que había permanecido alejado, se decía: «¿Quiénes serán? La muchacha es redomadamente bonita, sea quien sea. Creo que me acercaré, pues no parecen peligrosas».

Así lo hizo, y lo presentaron.

—Capitán Levison, le presento a la señora Hare y a la señorita Hare.

Intercambiaron algunas formalidades, y el capitán Levison volvió a desaparecer para retar al pequeño William Carlyle a una carrera.

—¡Qué enferma parece su madre! —le dijo el señor Carlyle a Barbara cuando estaban bastante lejos de la señora Hare, que hablaba con lady Isabel y la señorita Carlyle—. Últimamente parecía estar mejor.

—El paseo hasta aquí la ha dejado agotada. Me temía que sería demasiado largo, y por eso está tan pálida —dijo Barbara—. Pero ¿a qué no adivina lo que la ha alterado?

El señor Carlyle guardó un silencio inquisitivo y esperó la respuesta de

Barbara.

—Esta mañana, papá ha bajado diciendo que mi madre estaba enferma, que había tenido uno de sus antiguos ataques de angustia y fiebre. He pensado que debía haber tenido uno de sus estúpidos sueños, porque ya sabe que luego se despertaba muy alterada. Corrí arriba, y me dice que ha tenido una pesadilla.

—Creía que ya no tenía, que su sentido común la había ayudado y le había mostrado la futilidad de esos sueños, que no tienen sentido, aunque giren alrededor de ese misterio desgraciado aún no resuelto.

—Puede intentar razonar con mi madre, le deseo suerte, tanta como necesitaría para razonar con un poste, cuando está bajo la influencia de sus pesadillas —dijo Barbara—. Yo lo intenté esta mañana. Le pedí que recurriera a su sentido común, como bien observa usted, para recuperar la calma. Por toda respuesta, me dijo que no podía evitarlo. Que no deseaba soñar esas cosas, ni pensaba en Richard, y, sin embargo, termina soñando eso, y la deja destrozada. Por supuesto, en eso tiene razón: no se puede evitar soñar lo que sueña.

El señor Carlyle no formuló ninguna respuesta. Tomó una pelota de uno de los niños que estaba en el camino y jugueteó con ella.

—Es bastante singular —dijo— que no sepamos nada de Richard.

—Oh, sí que lo es. Y sé que mamá se angustia por ello. Esta mañana me lo ha confesado, casi sin querer. Yo no creo en sueños —prosiguió Barbara—, pero no puede negar que los que sueña mi madre se relacionan con el caso de una manera bastante curiosa. El que tuvo ayer por la noche, especialmente.

—¿Qué soñó? —preguntó Carlyle.

—Que el verdadero asesino estaba en West Lynne. Pensaba que estaba en nuestra casa, como visitante, como si viniera a vernos por la mañana, y ella hablaba con él sobre el asesinato. Él lo negaba, acusaba a Richard, y se giraba y le murmuraba cosas a Otway Bethel, de pie detrás de una silla. Y eso es extraño —añadió Barbara, que miraba con sus profundos ojos azules al señor Carlyle.

—¿El qué? Habla como un enigma, Barbara.

—Me refiero al hecho de que Otway Bethel aparezca invariablemente en sus sueños. Hasta la visita en secreto que nos hizo Richard, no teníamos ni idea de que Otway hubiera estado cerca del lugar del crimen esa noche, y, sin

embargo, había aparecido en los sueños de mi madre. Richard le aseguró a mamá que Bethel no tuvo nada que ver con el asesinato, que era imposible, pero no creo que convenciera a mi madre, que en su fuero interno cree que está conectado con el misterio, si bien no es el asesino. Pues bien, Archibald, mamá no había soñado con él desde la visita de Richard, y de nuevo Bethel vuelve a estar en su sueño. Es algo sin duda singular.

Barbara, al reflexionar arduamente sobre el misterio, se había olvidado de sí misma y lo había llamado «Archibald»; si era dueña de sí misma y controlaba sus emociones, se dirigía a él como «señor Carlyle».

—Y en el sueño de tu madre, ¿quién es el asesino? —le preguntó el señor Carlyle, con la seriedad con que se considera un asunto de máxima importancia.

—No se acuerda, excepto que parecía un caballero, y que lo tratábamos como tal. Y es notable, pues no le contamos nuestra sospecha sobre el capitán Thorn. Richard dijo que lo había hecho «otro hombre», pero no le dio a mi madre la menor pista de quién pudiera ser, o a qué clase social pertenecía. Me parecería más natural que mamá hubiera deducido que era un hombre de clase baja, un maleante, pues no se suele creer que un caballero pueda ser un asesino, pero es lo que veía en su sueño.

—Creo que estás siendo seducida por la teoría de los sueños, Barbara; pareces muy convencida —sonrió el señor Carlyle.

—No, no. Pero sí preocupada por mi hermano Richard. Si estuviera en mi poder hacer algo por dilucidar el misterio, no perdería una brizna de energía, y me dedicaría a ello todo el día. Caminaría descalza hasta los confines de la tierra para desentrañar lo sucedido. Y si ese Thorn vuelve a West Lynne, deseo, rezo y espero acusarle como el asesino.

—Es improbable que Thorn aparezca, que vuelva a West Lynne...

El señor Carlyle se calló de repente, pues Barbara había puesto apresuradamente la mano en su brazo, en señal de advertencia. Paseaban por los parterres del parque, por un sendero discreto, protegido a ambos lados por una cadena de rocas de jardín. Sentado en lo alto de esas rocas, por encima de donde se hallaban el señor Carlyle y Barbara, se encontraba Francis Levison. Tenía la cabeza inclinada, y parecía concentrado en enrollar un látigo de juguete de los niños. Si había oído sus pasos, no se había girado. Reemprendieron la marcha, con brío, y abandonaron el sendero, para dirigirse

hacia el grupo de damas.

—¿Crees que nos habrá oído? —dijo Barbara, en voz baja.

El señor Carlyle miró sus mejillas arreboladas con una sonrisa. Era evidente que Barbara estaba alterada. Si no fuera por cierto episodio del pasado, sucedido hacía años, la habría tranquilizado.

—Debe de haber oído algo, Barbara, a menos que sea más tonto de lo que parece o estuviera distraído. ¿Y qué más da si nos ha oído? No importa.

—Estaba hablando del capitán Thorn, y decía que era el asesino.

—Pero no hablabas de Richard, así que no te preocupes. Levison es un forastero, no sabe nada del asunto, ni le importa. Si ha oído el nombre de Thorn, y entendiera de qué hablabas, no le interesaría lo más mínimo. Como suele decirse, le entraría por una oreja y le saldría por otra. Tranquila, Barbara.

La miró con cierta ternura al hablar así, y estaban bastante cerca de lady Isabel para que esta lo observara. No tenía por qué estar celosa, no era ninguna traición, pero los observó de todos modos. También había reparado en el paseo que los había alejado, y llegó a la conclusión de que era premeditado, que se habían escapado para disfrutar de unos preciosos momentos de compañía. Esa tarde Barbara estaba maravillosamente atractiva, y no era de extrañar que el señor Carlyle o cualquiera quisiera llevarla a un lugar discreto. Su ropa de verano, elegante y fresca, sus ojos azules brillantes, su encantador rostro y el bonito color de su tez eran una invitación. Se había despojado del lindo sombrero, y no dejaba de jugar con las cintas que pendían de él, distraídamente.

—Barbara, querida, ¿cómo vamos a volver a casa? —dijo la señora Hare—. Me temo que no me siento con fuerzas para caminar. Ojalá le hubiera dicho a Benjamin que trajera el faetón.

—Puedo mandar que le avisen —se ofreció el señor Carlyle.

—Es muy desconsiderado por mi parte, Archibald, venir sin avisar y además dar trabajo a vuestros criados.

—¡Es muy grave! —dijo el señor Carlyle, burlón—. En cuanto a los criados, el que tenga que ir sin duda no se recuperará de la tremenda tarea. Se preocupa más por los demás que por usted, querida señora Hare.

—Usted siempre ha sido muy amable, allana las dificultades a todo el mundo y soluciona problemas. Ah, lady Isabel, si fuera joven le envidiaría el

magnífico esposo que tiene; ya no quedan hombres como él.

Posiblemente la frase le recordó a lady Isabel a la otra joven que quizá la envidiaba, y por eso se puso colorada. El señor Carlyle le ofreció el brazo a la señora Hare.

—Si ha descansado lo suficiente, creo que estaría más cómoda en el sofá dentro de casa. Permítame que la acompañe; apóyese en mi brazo.

—Y tome el mío, del otro lado —exclamó la señorita Carlyle mientras se colocaba al lado de la señora Hare—. Entre los dos la ayudaremos, no se preocupe. ¡No necesita ni pisar el suelo!

La señora Hare se rio, pero dijo que con el brazo del señor Carlyle era suficiente. Lo tomó, y se disponían a subir a la casa cuando se fijó en un caballero que pasaba al lado de la verja del parque.

—Barbara, corre —exclamó—. Ahí está Tom Herbert, que se dirige a nuestra casa. Que diga él a los criados que manden el faetón aquí, y así los criados del señor Carlyle se ahorrarán tener que ir. Date prisa, querida, en un minuto lo alcanzas.

Barbara salió corriendo hacia las puertas del parque antes de que el resto del grupo se diera cuenta. Era demasiado tarde para que el señor Carlyle la detuviera y le dijera que los criados podían ocuparse de eso, porque Barbara ya había alcanzado a Tom Herbert. Este la había visto venir corriendo hacia él, y la esperaba en la puerta.

—¿Se dirige a nuestra casa? —preguntó Barbara, y se dio cuenta de que Otway Bethel también estaba allí, aunque más alejado, en un recodo de la avenida.

—Sí, ¿por qué? —dijo Tom Herbert, que no era precisamente famoso por su cortesía, pues era directo por naturaleza y «rápido» por costumbre.

—Mamá le quedaría muy agradecida si pudiera avisar a Benjamin para que viniera aquí con el faetón. Vinimos andando, con intención de regresar igual, pero mamá está demasiado cansada para hacerlo.

—Está bien, lo haré. ¿A qué hora le digo que pase?

La señora Hare no le había dicho nada a Barbara sobre eso, así que lo decidió ella.

—A las diez. Así llegaremos a casa antes que papá.

—Seguro que sí —respondió Tom Herbert—. Él y el gobernador y dos o

tres viejales más están fumando como chimeneas, no se puede ver nada en el salón, y después de cenar se quedarán hasta más tarde. Diga, señorita Barbara, ¿le apetece un pícnic?

—Claro que sí —repuso Barbara.

—Nuestras chicas quieren organizar una excursión en las próximas semanas. Jack está en casa, no sé si lo sabía.

—¿Ah, sí? —dijo Barbara, sorprendida.

—Nos llegó una carta ayer, y vino hoy, acompañado con un oficial amigo suyo. Jack dice que, si las chicas no le entretienen como es debido, no volverá a hacerles el honor de pasar su permiso en casa nunca más; así que esté lista para pasarlo bien. Buenas tardes.

—Buenas tardes, señorita Hare —se despidió Otway Bethel. Al devolverle el saludo, Barbara reparó en otros pasos que llegaban de la misma dirección de la que habían venido los dos caballeros, y giró la cabeza rápidamente. Dos caballeros con los brazos entrelazados se acercaban. Uno de ellos era Jack, es decir, el mayor Herbert. Se detuvo y le tendió la mano.

—Hace años que no nos veíamos, pero no he olvidado el bonito rostro de la señorita Barbara —exclamó el joven—. Era usted una muchacha entonces, pero hoy se ha convertido en toda una dama.

Barbara se echó a reír.

—Su hermano me ha contado que acaba de llegar a West Lynne, pero no sabía que estaba tan cerca. Me ha preguntado si estaría dispuesta a ir de excursión...

Se quedó sin habla, y la emoción tiñó su piel de color rojo. ¿A quién pertenecía el rostro del que estaba frente a ella, al lado de John Herbert? Lo había visto solo una vez, pero se había grabado en su memoria con líneas de fuego. El mayor Herbert siguió hablando, pero, por una vez, Barbara perdió la compostura; no podía escuchar o responder, solo miraba la cara del extraño como si le fascinara; probablemente parecía atontada, con los ojos azules brillantes y ansiosos y los labios que perdían el color. Una increíble sensación de asombro y superstición se abría paso en la mente de Barbara. ¿Era posible que aquel hombre fuera de carne y hueso, verdadera realidad? ¿O era un fantasma que venía a atormentarla por el sueño de su madre o por la conversación mantenida con el señor Carlyle?

El mayor Herbert debió pensar que Barbara, que no le prestaba atención,

sino que miraba de hito en hito a su acompañante, deseaba ser presentada, y así lo hizo:

—Capitán Thorn, la señorita Hare.

Barbara se rehízo y recuperó el control de sus sentidos; se dio cuenta de que su comportamiento era cuando menos poco ortodoxo para una joven dama, y profirió:

—Estoy mirándole, capitán Thorn, porque creía que recordaba su rostro.

—Estuve en West Lynne un día o dos hará unos cinco años —dijo él.

—Ah, sí —respondió Barbara—. ¿Y piensa quedarse mucho tiempo con nosotros esta vez?

—Tenemos un permiso de varias semanas. Veremos si nos quedamos aquí todo ese tiempo; aún no lo sé.

Barbara se separó de los dos caballeros. Corrió hacia East Lynne y su cerebro no dejaba de pensar. Subió los peldaños de la casa a toda velocidad y se deslizó hacia el grupo que estaba cerca del edificio: su madre, la señorita Carlyle, el señor Carlyle y la pequeña Isabel. No vio a lady Isabel. La señora Hare se disponía a subir a ver a Joyce. En la agitación del momento, tocó el brazo del señor Carlyle, y este se apartó de los demás para hablar con ella. Se dirigieron a una de las salas de la entrada, y Barbara dijo:

—Oh, Archibald, ¿puedo hablar contigo a solas? ¿Podrías darme unos minutos?

Él asintió y salió con ella al jardín, a la vista de todos. ¿Por qué no? Nada tenía que ocultar. Pero, desafortunadamente, lady Isabel acababa de entrar en esa misma sala hacía unos minutos y salía para unirse a la señora Hare. Vio el gesto de Barbara, notó la agitación de la joven, oyó lo que le decía a su marido. Se deslizó discretamente hacia uno de los ventanales de la casa y los observó alejarse por el parque, y vio cómo su marido le decía a la pequeña Isabel, que los había seguido, que volviera a la casa. Lady Isabel nunca había estado tan celosa en su matrimonio.

—Siento... No sé si estoy despierta o dormida —farfulló Barbara, que se llevó la mano a la frente y hablaba como si se hallara en un sueño—. Discúlpame por sacarte de tu casa de esta manera tan abrupta.

—¿Qué secretos de Estado quieres revelarme? —dijo el señor Carlyle, bromeando.

—Estábamos hablando del sueño de mi madre. Decía lo mucho que la

había impresionado..., que el asesino estaba en West Lynne, y que la sensación era tan vívida que no podía convencerse de lo contrario, ¿recuerdas? Pues bien, ahora...

—Barbara, ¿qué sucede? —dijo el señor Carlyle, que percibió que los nervios la impedían hablar.

—*Acabo de verlo ahora mismo* —declaró.

—¿Verlo? —repitió el señor Carlyle mientras la miraba fijamente. Por un breve instante dudó si la mente de Barbara estaba tan alterada como su actitud.

—¿Qué acababa de decirte? Que si Thorn volvía a West Lynne, removería cielo y tierra para entregarlo a la justicia. Pues está aquí, Archibald. Cuando fui a la verja para hablar con Tom Herbert, su hermano, el mayor Herbert, estaba allí, y con él estaba el capitán Thorn. Y Bethel también. ¿Entiendes ahora por qué digo que no sé si estoy despierta o dormida? Dicen que tiene un permiso, y va a pasar aquí algunos días.

—Es una coincidencia singular —dijo el señor Carlyle.

—Si tenía alguna duda de que Thorn es el culpable, esto me ha convencido —prosiguió Barbara, alterada—. El sueño de mamá, con la terrible impronta que ha dejado en ella, convencida de que el asesino de Hallijohn se encuentra en West Lynne...

Al girar la esquina del sendero que recorrían, se toparon con el capitán Levison, que estaba de pie o perdiendo el tiempo allí, con las manos en los bolsillos. De nuevo Barbara sospechó de él y se preguntó qué habría oído. Aquel hombre no le gustaba. Se acercó a ellos con familiaridad, y parecía dispuesto a pasear al lado de la pareja, pero nadie sabía poner fin a una situación indeseada con más elegancia y firmeza que el señor Carlyle. Con calma y caballerosidad, dijo:

—Me reuniré con usted en unos minutos, capitán Levison —dijo mientras agitaba la mano. Se giró hacia Barbara y reemprendieron el camino hacia la zona abierta del parque.

—¿Te gusta ese capitán Levison? —preguntó Barbara bruscamente, cuando él no podía oírlos.

—No puedo decir tanto —dijo el señor Carlyle—. No mejora, cuando se le conoce más a fondo.

—Me da la sensación de que nos ha estado siguiendo para averiguar de

qué hablábamos.

—No, no, Barbara. ¿Qué puede importarle a él lo que hablemos?

Barbara no podía objetar nada a eso, así que volvió a insistir en lo que más le preocupaba.

—¿Qué debemos hacer respecto a Thorn?

—No lo sé, francamente —dijo el señor Carlyle—. Dificilmente puedo acercarme a él y acusarle a bocajarro de ser el asesino de Hallijohn. En primer lugar, Barbara, porque no estamos seguros de que sea el mismo hombre del que Richard hablaba.

—Oh, Archibald, ¿cómo puedes dudarlo? La manera extraordinaria en que ha aparecido en este momento y el sueño de mi madre son la prueba definitiva.

—No exactamente —dijo el señor Carlyle, sonriendo—. Solo podemos hacer pesquisas para asegurarnos de que realmente lo sea.

—¡Y eso solo puedes hacerlo tú! —se lamentó Barbara—. ¡Qué vana y estúpida he sido al decir que no cesaría hasta entregarlo a la justicia si volvía a West Lynne! Y ahora que está aquí, cuando apenas han salido esas palabras de mi boca, ¿qué puedo hacer? Nada.

Siguieron andando hacia la casa, pues no había más que debatir. El capitán Levison había llegado antes que ellos, y vio a lady Isabel de pie frente a los ventanales. Sí, estaba de pie, esperando a la pareja, fruncía el ceño y se imaginaba la traición.

—¿Quién es esa señorita Hare? —le preguntó, cínico—. Parece que se entienden muy bien; esta tarde los he visto dos veces conferenciando en privado.

—¿Hablaban conmigo, señor? —dijo altiva y fríamente lady Isabel.

—No pretendía ofenderla. Me refería al señor Carlyle y la señorita Hare —respondió, con voz suave.

Sabía que lo había entendido a la perfección, a pesar de la pregunta.

Capítulo 25: El capitán Thorn en apuros por una deuda

A veces, al recordar una desgracia, o cuando alguien explica la suya, se dice: «Las circunstancias estaban en contra». Tal o cual cosa habría sido de distinta manera, sostenemos, si las circunstancias hubieran sido favorables, pero no fue así: estaban acérrimamente en contra. Pues bien, de lady Isabel Carlyle se podía afirmar que las circunstancias ejercían un efecto perjudicial.

A la vez que el excapitán Levison había llegado a East Lynne, los celos por Barbara Hare volvieron a brotar, con más fuerza que nunca. Barbara, ansiosa por sacar a la luz cualquier indicio que exonerara a su hermano del terrible crimen, y convencida de que Frederick Thorn, capitán al servicio de Su Majestad, era el culpable del crimen, como Richard afirmaba, se encontraba en un estado de agitación permanente. A menudo era consciente de la verdad de sus propias palabras: que no podía hacer nada, condenada a la impotencia. Por la mañana, tras una noche agitada en la que apenas había dormido, pensaba: «¡Oh, si hoy pudiera descubrir algo!». Pasaba mucho tiempo en casa de los Herbert, invitada con frecuencia, aunque también sin invitación. Ella y las señoritas Herbert eran íntimas y la solicitaban en todas las fiestas y encuentros informales que organizaban ahora que su hermano estaba en casa. Allí, por supuesto, veía al capitán Thorn, y, de vez en cuando, se enteraba de fragmentos de su pasado. Rápidamente se los transmitía al señor Carlyle, pero no en su oficina, pues Barbara no iba allí. Temía que, si se enteraba el capitán Thorn, podría sospechar del motivo de su agitación. Pues ¿quién mejor que él sabía la culpa que Richard cargaba en su lugar?

Prefería ir a East Lynne, o coincidir con el señor Carlyle en su camino al trabajo, o de regreso. No tenía mucha información: una tarde se reunió con él para decirle que había confirmado que Thorn ya había estado en West Lynne, aunque no sabía la fecha exacta. En otra ocasión, apareció muy agitada, ostensiblemente para visitar a lady Isabel, muy nerviosa, y logró comunicar al señor Carlyle que deseaba verlo a solas. Al despedirse, la acompañó hasta la verja, y se los veía evidentemente absortos en una larga conversación, detalle que advirtieron los celosos ojos de lady Isabel. Lo que Barbara tenía que decir era que el capitán Thorn había confesado que una vez estuvo «en apuros», aunque no explicó la naturaleza del problema. Otro día se presentó para avisar a Carlyle de que había descubierto que Thorn conocía bien Swainson. Buena parte de lo que Barbara descubriría, si no todo, ya lo sabía el señor Carlyle; sin embargo, recibía a Barbara con interés. Richard Hare estaba emparentado con la señorita Carlyle, y si se demostraba su inocencia le resultaría tanto o más gratificante que a los Hare. El señor Carlyle no albergaba ninguna duda sobre la inocencia de Richard, y cada día se convencía más de la culpabilidad del capitán Thorn. Este hablaba misteriosamente de una etapa de su pasado, cuando lo convencían de que se refiriera a ella, y era evidente que ocultaba un secreto que no deseaba revelar.

Pero ¡qué traición la de Francis Levison! Los encuentros que lady Isabel presenció entre su marido y Barbara eran suficientes para atizar su furia y sus celos, y atormentarla, pero, además, Francis Levison se preocupaba de contarle todo lo que no veía. Le gustaba, por sus propios y ocultos motivos, vigilar al señor Carlyle y a Barbara. En el campo había un sendero entre setos, al otro lado del camino hacia la residencia del juez Hare, y cuando el señor Carlyle se dirigía por esa vía a su negocio, sin sospecharlo (pues casi nunca iba a caballo o en carruaje, decía que caminar era más saludable), el capitán Levison se deslizaba como una serpiente tras el seto y observaba sus movimientos, atento a las entrevistas con Barbara que allí tenían lugar, vigilando al señor Carlyle dirigirse a la arboleda, como a veces hacía, cuando Barbara salía de la casa para ir a su encuentro. Y se lo contaba a lady Isabel con miserable exageración, y los celos atormentados, en consecuencia, se volvían aún más febriles.

Huelga decir que Barbara no sabía nada de los celos de lady Isabel; no sospechaba que la señora Carlyle estuviera celosa de ella. Si le hubieran

dicho que así era, se habría reído en la cara del informante. La feliz esposa del señor Carlyle, segura de su posición y de su afecto, ¡celosa de ella!, a quien el señor Carlyle no otorgaba una mirada o una palabra de cariño. Habría sido muy difícil convencer a Barbara de eso.

Qué distinta era la realidad. Los encuentros entre el señor Carlyle y Barbara no eran episodios amorosos, en los que se intercambiaban palabras tiernas, sino muy dolorosos para Barbara, por la desgraciada naturaleza del tema que trataban. En lugar de sentir un placer culpable al apremiar al señor Carlyle, Barbara hubiera preferido no verlo, pero la impulsaba la más perentoria necesidad de defender el honor de Richard, aunque, si por ella fuera, los habría evitado. Pues Barbara, a pesar de la explosión sentimental que se apoderó de ella hacía años, era una dama, y se comportaba como tal; consciente de esa explosión, a su orgullo le costaba practicar lo que se podría entender como encuentros secretos con Archibald Carlyle. Era el amor por su hermano lo que le hacía prescindir de su bienestar, lo que la empujaba a perseverar, por el bien de Richard.

El señor Carlyle se encontraba una mañana en su despacho cuando entró su secretario principal, el señor Dill.

—Un caballero pregunta por usted, señor Archibald.

—Estoy demasiado ocupado para ver a nadie; tengo trabajo para una hora, al menos. Ya lo sabe, Dill.

—Y se lo dije al caballero, señor, pero dice que esperará. Es ese capitán Thorn, el que se aloja en la residencia de John Herbert.

El señor Carlyle enarcó las cejas y miró al anciano; los dos se entendieron con una peculiar mirada. El señor Carlyle estudió los documentos que tenía delante, como si calculara el tiempo de que disponía. Luego volvió a mirarlo y dijo:

—Le veré, Dill. Dígale que pase.

La cuestión que había traído al capitán Thorn al despacho del señor Carlyle era muy sencilla. Tenía problemas relacionados con unas «deudas», como les pasa a los capitanes con frecuencia, y venía a pedir consejo al señor Carlyle.

Este dudó si dárselo o no. El capitán Thorn era un hombre agradable y atractivo, que ganaba con el trato; un hombre, en definitiva, a quien al señor Carlyle le habría complacido ayudar en un momento de dificultad, como un

amigo, dejando a un lado los intereses profesionales, pero, si de veras era el villano que sospechaban, responsable de un crimen, el señor Carlyle le habría mostrado la puerta sin dudarle un segundo.

—¿Puede aconsejarme qué debo hacer? —inquirió el capitán, que detectó la vacilación del señor Carlyle.

—Sí que podría, claro está. Pero, disculpe que sea tan directo, capitán Thorn, me gusta conocer a mis clientes antes de aceptarlos o gestionar sus asuntos.

—Tengo dinero para pagarle —dijo el capitán Thorn—. No es que no tenga fondos, solo que esta deuda en concreto...

El señor Carlyle se rio, tras morderse el labio con algo de enojo.

—Es natural que piense que eso me preocupa —dijo—, pero le aseguro que no pensaba en mi retribución. Mi padre se propuso no aceptar nunca la representación de un extraño, y yo he seguido su principio. Así hemos llegado a tener el negocio que tenemos, con una posición y reputación envidiables. Entiéndame bien, capitán Thorn: al decir que usted es un extraño, no pretendo ofenderle. Simplemente me atengo a mi hábito profesional.

—Mi familia tiene una buena posición social —dijo el capitán Thorn.

—Disculpe, no se trata de las conexiones familiares que pueda tener. Si el obrero más pobre, si un desgraciado recién salido de la prisión donde encierran a los endeudados, me pidiera consejo, no dudaría en dárselo si fuera honesto. Le repito que no debe ofenderse por lo que le digo, pues no es una oposición a su carácter: solo digo que usted es un desconocido para mí.

Eran curiosas palabras de un abogado a su cliente potencial, y así se lo parecieron al capitán Thorn. Pero el tono del señor Carlyle era tan cortés, su actitud, tan afable y, en general, su comportamiento tan correcto que era imposible tomárselo mal.

—Bueno, ¿cómo puedo convencerlo de que soy respetable? He servido a mi país desde que me alisté a los dieciséis años, y mis oficiales no tienen queja de mí. Mi posición como oficial y caballero debería ser suficiente garantía. Pregunte a John Herbert; los Herbert también son amigos suyos, y no han tenido inconveniente en acogerme como a uno más de la familia, en su propia casa.

—Cierto —dijo el señor Carlyle, que sintió que nada podía objetar, y también que todos los hombres son inocentes hasta que se demuestre lo

contrario—. En cualquier caso, le aconsejaré sobre lo que puede hacer, si bien debo advertirle que, si la situación se complica o precisa de más servicios, no podré atenderle, pues tengo muchos clientes.

El capitán Thorn le explicó el problema, y el señor Carlyle le indicó lo que debía hacer. Al término de la conversación, le preguntó abruptamente:

—¿No estuvo usted en West Lynne hará unos diez años? Una vez, en mi casa, lo negó, pero llegué a la conclusión, por algo que dijo usted, que había visitado antes la región.

—Así es —dijo el capitán Thorn en tono confidencial—. No me importa confesárselo en privado, pero no quiero que se sepa. No fue en West Lynne, sino cerca de allí. El hecho es que, cuando era un joven despreocupado, me detuve a unas pocas millas de allí y me metí en un asunto complicado... Un asunto de mujeres. No salí airoso de aquello, y no me gustaría que se supiera que he vuelto.

El pulso del señor Carlyle se aceleró al pensar en el destino de Richard Hare. La confesión de que se trataba de «un asunto de mujeres» era prácticamente una confirmación de su sospecha.

—Sí —dijo—. La chica era Afy Hallijohn.

—¿Afy? ¿Quién? —repitió el capitán Thorn, que abrió los ojos y los fijó en el señor Carlyle.

—Afy Hallijohn.

El capitán Thorn seguía mirando al señor Carlyle con expresión divertida.

—Se equivoca usted —dijo—. ¿Afy Hallijohn? Jamás oí ese nombre en mi vida.

—¿No se enteró de la terrible tragedia que tuvo lugar en esa zona? —replicó el señor Carlyle, en un tono más bajo y con intención—: Que el padre de Afy Hallijohn...

—Oh, sí, espere —le interrumpió rápidamente el capitán Thorn—. Miento al decirle que no había oído ese nombre. Afy Hallijohn, ¿eh? Es la chica de la que Tom Herbert me habló. ¿Qué le pasó? Ah, sí... Que desapareció, después de que asesinaran a su padre.

—Mataron a su padre en su casa, prácticamente en presencia de Afy. Lo asesinó... —El señor Carlyle se controló, pues había hablado de más y terminó más calmado—. Hallijohn había sido el secretario de mi padre muchos años.

—Y el culpable del crimen fue el joven Hare, el hijo del juez, hermano de esa atractiva muchacha, Barbara. Al mencionar el nombre me ha hecho recordar lo que me han contado. Una noche yo estaba en casa de los Herbert, con el juez Hare y otros, fumando; más de media docena de caballeros. Y esa tarde vi también a la señorita Barbara frente a la verja de su casa, y Tom me habló de lo sucedido. Una terrible desgracia para los Hare. Supongo que, por eso, la señorita Hare no se ha casado; con su dote y su belleza, ya debería tener otro apellido.

—No, no es esa la razón —replicó el señor Carlyle.

—¿Cuál es, entonces?

El señor Carlyle frunció el ceño, molesto.

—Conozco a más de uno que se sentiría muy honrado de desposar a Barbara, a pesar del escándalo del asesinato. No desprecie a la señorita Hare.

—No, por supuesto que no. Me parece una muchacha de lo más agradable —dijo el capitán Thorn—. ¿Se ha sabido algo de la hija, Afy, desde entonces?

—No, no se la ha vuelto a ver —dijo el señor Carlyle, y añadió—: ¿La conoció bien?

—No, si se refiere a Afy Hallijohn, no la conocía en absoluto. ¿Qué le lleva a pensar que la conocía? Jamás oí hablar de ella hasta que Tom Herbert me contó la historia, para entretenerme.

El señor Carlyle deseaba fervientemente poder desentrañar si el hombre mentía o decía la verdad. Prosiguió:

—Afy repartía sus sonrisas y su compañía con bastante libertad, era muy imprudente y vanidosa. Entre otros que tuvieron la oportunidad de gozar de sus favores, se encontraba un caballero de apellido Thorn. ¿No era usted?

El capitán Thorn se atildó el bigote como queriendo dar a entender que podría haber sido uno de ellos, y como si fuera a admitirlo.

—Por mi honor —dijo en cambio, quejumbroso—, me adjudica usted una notable reputación: no puedo confesar haber sido uno de esos caballeros.

—Entonces, ¿no era ella la damisela a la que se refería usted que le impulsó, si lo he entendido bien, a abandonar esta localidad? —continuó el señor Carlyle, que clavó sus pupilas en Thorn para no perder un detalle de su actitud.

—No, claro que no. Era una dama casada, lo cual es muy desafortunado: joven, bonita, vana e imprudente, como usted acaba de calificar a esta otra joven. Las cosas se calmaron al cabo de un tiempo, y ella y su marido, un estúpido propietario rural, se reconciliaron; desde entonces, me siento doblemente avergonzado. Primero, he aprendido la lección, y segundo, no me gustaría que me identificaran como a uno de los actores de la farsa ni que la utilicen contra mí.

El capitán Thorn se levantó y se fue con cierta prisa. ¿Era él o no el hombre en cuestión? El señor Carlyle no podía salir de dudas.

El señor Dill entró en cuanto Thorn se marchó, cerró la puerta y se acercó a su amo, hablando en voz baja.

—Señor Archibald, ¿no se le ha ocurrido que ese caballero que acaba de irse podría ser el teniente Thorn del que me habló una vez? ¿El que galopaba desde Swainson para cortejar a Afy Hallijohn?

—Sí que se me ha ocurrido —replicó el señor Carlyle—. Dill, ahora pagaría quinientas libras de mi bolsillo para asegurarme de que es el mismo hombre.

—Le he visto varias veces desde que se aloja con los Herbert —prosiguió el secretario—, y naturalmente que he tenido dudas al respecto. Lo más curioso es que ayer estaba allí el médico, Bezant, que había venido de Swainson. Entramos juntos y nos encontramos con el capitán Thorn. Se reconocieron y se saludaron, pero no solo como meros conocidos. «¿Sabe quién es ese caballero?», le pregunté a Bezant. «Sí —respondió—. Es el señor Frederick.» «El señor Frederick y algo más, ¿no? —dije yo—, porque su apellido es Thorn.» «Ya lo sé —replicó Bezant—, pero cuando estaba en Swainson, hace años, no utilizaba el apellido, y todo el mundo le conocía como señor Frederick.» «¿Y qué hacía allí, Bezant?», pregunté. «Se divertía y se metía en líos —respondió—. Nada grave, lo normal en los jóvenes.» «¿Solía ir a caballo por la región?», le pregunté entonces. «Pues sí —me dijo Bezant—, era muy aficionado, y yo solía bromear con él diciéndole que gastaría la cola de su caballo si seguía así.» ¿Qué piensa de todo esto, señor Archibald? —concluyó el anciano secretario—. Esto fue más o menos por la época de la tragedia de Hallijohn.

—¿Que qué pienso? —dijo el señor Carlyle—. No puedo pensar sino que es el mismo hombre. Estoy convencido.

Y, reclinándose en su sillón, se sumió en profundas y largas reflexiones, y dejó de prestar atención a los documentos que tenía delante.

Capítulo 26: El secreto del pedazo de papel

T ranscurrían las semanas, y las cosas parecían ir hacia atrás, si no fuera, como se dice de los irlandeses, una contradicción en los términos. Los asuntos de Francis Levison, es decir, su esfuerzo por arreglarlos, no avanzaron en absoluto: los acreedores eran obstinados. Había ido tres veces a Levison Park, en secreto, protegido en el carruaje cerrado del señor Carlyle de los ojos curiosos de los paseantes, pero sir Peter era tan tozudo como los acreedores. El capitán Levison, según él, le había engañado, pues cierta cantidad de dinero entregado a su sobrino nieto para saldar deudas había sido destinada por el caballero a otros propósitos. Sir Peter no parecía inclinado a perdonar el engaño y decidió que, por el momento, no movería un dedo. Así que el capitán Levison le dijo que no le quedaba más remedio que volver al continente. Sir Peter le replicó que era lo mejor para él, pues allí se congregaban no pocos bribones. Al parecer lo había dicho con intención, pues, cuando Francis Levison se levantó para irse, sir Peter sacó de su bolsillo billetes por la cantidad de cien libras y le dijo que eso sufragaría los gastos en que había incurrido al venir, y que su paga seguiría siendo la misma.

—¿Cómo le ha ido hoy con sir Peter? —preguntó el señor Carlyle ese día a la hora de comer, cuando su invitado regresó a East Lynne.

—Igual que siempre —dijo Francis Levison—. No avancé demasiado. A la gente mayor le gusta tomarse su tiempo.

Era una respuesta tan falsa como él. No le convenía irse de East Lynne; si hubiera revelado la verdad, no habría tenido motivos para quedarse.

Otra de las cosas que iba de mal en peor, en lugar de mejorar, eran los celos de lady Isabel. ¿Cómo podía ser de otro modo? Sus celos se nutrían de los frecuentes encuentros que Barbara mantenía con el señor Carlyle, y de los comentarios y falsas insinuaciones que el capitán Levison dejaba caer sobre ambos. Descontenta consigo misma y con lo que la rodeaba, Isabel vivía en un estado de agitación permanente y alimentaba un peligroso resentimiento en su corazón hacia su marido. El día en que el capitán Levison visitaba Levison Park, al conducir la calesa por West Lynne vio al señor Carlyle hablando con Barbara Hare en actitud confidencial. Estaban tan absortos en su conversación que no le vieron, aunque la calesa pasó muy cerca de la acera por la que paseaban.

A la mañana siguiente, cuando la familia Hare desayunaba, vieron al cartero que se acercaba a la casa. Barbara se puso en pie de un salto, abrió los ventanales y el hombre se acercó a ella.

—Solo hay una carta, señorita. Y es para usted.

—¿De quién es? —preguntó el juez cuando Barbara regresó a la silla. Como en tantas cosas, también quería saber la procedencia de las cartas que recibían los miembros de su familia.

—Es de Anne, papá —replicó Barbara mientras depositaba el sobre a un lado.

—¿Por qué no la abres y nos la lees?

—Lo haré enseguida. Antes voy a servirle té a mamá.

Barbara así lo hizo y luego tomó la carta. Cuando la abrió, un pedacito de papel doblado cayó en su regazo. Por fortuna, por gran fortuna, el juez Hare bebía su café en ese momento y no reparó en el detalle, pero la señora Hare sí.

—Barbara, se te ha caído algo.

Barbara también lo había visto y se aferraba desesperadamente a ese «algo» con un movimiento casi culpable. No respondió al instante, se limitó a bajar la vista hacia la carta y la señora Hare volvió a hablar.

—Querida, tienes algo en el regazo.

—¿No oyes a tu madre, jovencita? —dijo el juez—. ¿Qué se te ha caído?

Barbara, con el rostro como la grana, se levantó de la silla y sacudió su bonito vestido de muselina; todos los vestidos de Barbara eran bonitos.

—No hay nada, papá, que yo vea. —Al sentarse, dirigió a su madre una mirada de advertencia que hizo callar a la señora Hare. Barbara procedió a leer la carta de su hermana y la dejó encima de la mesa, a la vista de todos, para que, quien quisiera, pudiera leerla.

El juez la tomó rápidamente y la miró como siempre. Luego la arrojó en la mesa gruñendo:

—No dice gran cosa. En las cartas de Anne nunca hay nada interesante: no se lucirá como corresponsal. ¡Como si importara que el crío ya no lleve pañales! Creo que me tomaré otra taza de café, Barbara.

Por fin el juez terminó su desayuno y salió al jardín a grandes zancadas. La señora Hare se volvió a Barbara y dijo:

—Querida, ¿por qué me has mirado así? ¿Y qué es ese papel que se te ha caído en el regazo? Parecía que salía de la carta de Anne.

—Pues sí, mamá, salía de la carta de Anne. Ya sabes cómo es papá, quiere saberlo todo y estar al tanto de todo. Así que, cuando Anne quiere contarme algo que no quiere que él sepa, lo escribe en un pedazo de papel separado, y lo pone en la carta. Lo que se ha caído ha sido uno de esos pedazos de papel.

—Hija mía, ¿no insinuarás que tu padre no tiene derecho a leer tus cartas?

—Claro que no, mamá —replicó la señorita Barbara—. Pero, si tuviera un ápice de sentido común, comprendería que, a veces, Anne y yo queremos hablar de nuestras cosas sin que él tenga que saberlas.

Barbara había sacado el pedazo de papel mientras hablaba, y lo estaba abriendo. La señora Hare la observó mientras lo leía. Vio que se ponía pálida de repente y que aplastaba la nota en su mano tras leerla.

—¡Oh, mamá! —exclamó.

—¡Barbara! ¿Son malas noticias?

—Mamá, habla... ¡habla de Richard! —susurró, y miró hacia la puerta y la ventana, por si alguien pudiera oírlas—. No se me ocurrió que pudiera hablar de eso, solo me imaginaba que Anne quería contarme algo de sus asuntos privados. ¡Dios bendito! Qué suerte, qué providencial que papá no viera el papel, y que tú no siguieras preguntando por él. Si hubiera llegado a verlo...

—Barbara, me tienes en ascuas —interrumpió la señora Hare, que también palidecía—. ¿Qué sabe Anne de Richard?

Barbara alisó la nota y se la tendió a su madre. Rezaba así:

«Me ha llegado una curiosa nota de R. No tenía fecha ni firma, pero reconocí su letra. Me dice que os avise de la manera más segura y discreta que pronto irá a veros, como la otra vez. Debéis vigilar la arboleda cada noche, cuando la luna brille».

La señora Hare se cubrió la cara con las manos.

—¡Gracias a Dios por su misericordia!

—¡Oh, mamá, es muy arriesgado para él!

—Pero... saber que está vivo, ¡que está sano y salvo! En cuanto al riesgo, Barbara, no lo temo. El mismo Dios que lo protegió en la última visita lo protegerá esta vez. No abandonará a sus hijos oprimidos e inocentes. Destruye esa nota, hija.

—Tengo que enseñársela a Archibald Carlyle, mamá. Luego la destruiré.

—Entonces ve a buscarlo hoy mismo y muéstrasela. No me quedaré tranquila hasta que esa nota se destruya, Barbara.

Así pues, desafiando los comentarios de quien pudiera verla y con la esperanza de que su visita no llegara a oídos del juez, Barbara fue ese día a la oficina del señor Carlyle. No estaba allí, ni en West Lynne: había ido a Lynneborough por negocios, y el señor Dill no sabía si regresaría a su despacho a lo largo del día. Si lo hacía, sería bien entrada la tarde. Barbara, tan pronto terminó de comer, se armó de paciencia y se instaló en la puerta, pues esperaba verlo. Pero el tiempo pasaba y Carlyle no llegaba. Al cabo de buen rato no tuvo dudas de que había regresado a casa sin pasar por West Lynne.

¿Qué hacer? Su conciencia la empujaba a ir a East Lynne. La mente de Barbara estaba en un estado de extraña excitación. Le parecía que la Providencia habría organizado la anunciada visita de Richard, pues les brindaba la oportunidad de confrontarlo con Thorn. Estaba claro que debían enfrentarse, o, mejor dicho, que Richard tenía que contar con la oportunidad de ver a Thorn, aunque a Barbara no se le ocurría cómo podrían hacerlo. Sus acciones dependían del señor Carlyle, y era imperativo que le informara de la noticia, pues la luna llevaba tres o cuatro noches brillando con fuerza, y Richard podía llegar en cualquier momento.

—Mamá —dijo cuando regresó a la casa, después de despedir al juez, que se dirigía al Buck's Head, a reunirse allí con varios caballeros y otros

jueces, donde solían pasar la tarde y charlar—. Voy a ir a East Lynne si no te parece mal. Debo ver al señor Carlyle.

—¿Por qué iba a parecerme mal, querida? Estoy deseando que puedas verlo. Ha sido una lástima que estuviera fuera cuando has ido a su despacho. Cuéntaselo todo y pregúntale qué cree que debemos hacer.

Barbara se fue y llegó a East Lynne a las siete.

—¿Está el señor Carlyle?

—Aún no ha llegado, señorita. La señora Carlyle y la señorita Carlyle le están esperando para cenar.

No podía quedarse. El criado le ofreció esperarlo en un saloncito, pero Barbara declinó y se fue. No podía perder tiempo con visitas de cortesía.

Lady Isabel estaba en el ventanal, a la espera de la llegada de su marido y se preguntaba por qué tardaba tanto; vio a Barbara acercándose a la casa y vio que se iba. El criado que había atendido a la visitante entró en el salón.

—¿No era la señorita Hare?

—Sí, señora —replicó el criado—. Quería ver al señor. Le dije que usted estaba en casa, pero me dijo que no podía quedarse.

Isabel no dijo nada. Los ojos de Francis Levison la miraban con intención y un aire de compasión, y no pudo soportarlo. Se aferró las manos como si le dolieran y se volvió de nuevo hacia el ventanal.

Barbara descendía para acercarse al camino, y el señor Carlyle apareció, caminando rápidamente. Lady Isabel vio que se daban la mano y se saludaban.

—¡Oh, me alegro tanto de verlo! —exclamó Barbara impulsivamente—. De hecho, he ido a su despacho y acabo de venir de su casa. ¡Hay grandes noticias!

—¿Cómo! ¿Acerca de Thorn?

—No, de Richard —replicó Barbara mientras sacaba el pedazo de papel de los pliegues de su vestido—. He recibido esta nota esta mañana, de Anne.

El señor Carlyle tomó el papel y Barbara lo miró mientras lo leía, los dos ajenos a la celosa mirada de lady Isabel y a los ojos malvados del capitán Levison; ambos los vigilaban desde los lejanos ventanales de la casa. Y también la señorita Carlyle.

—Archibald, me parece que la Providencia ha dirigido sus pasos hacia aquí, precisamente en este momento. Ahora podemos aclarar nuestra sospecha

respecto a Thorn de una vez por todas. Hay que organizarlo para que Richard lo vea y pueda identificarlo. ¿Por qué crees que habrá vuelto?

El señor Carlyle pensaba que sería para conseguir dinero. Preguntó:

—¿Lo sabe la señora Hare?

—Por desgracia, sí. Recibí la nota delante de ella, y tuve que abrirla, sin imaginar que estuviera relacionada con Richard. Ojalá hubiera podido ocultárselo, hasta que él hubiera llegado, porque me temo que la inquietud y el suspense la pondrán más nerviosa. Me aterroriza, no sé qué hacer —continuó—. No tendré un momento de descanso hasta que sepa que ha venido y que ha vuelto a irse. ¡Pobre y desgraciado Richard, condenado a vagar por el mundo! ¡Siendo inocente!

—Pero actuó como si fuera culpable, Barbara. Y esa línea de conducta a menudo causa los mismos problemas que la verdadera culpabilidad.

—¿No pretenderás decirme que crees que es culpable? —exclamó ella, indignada.

—En absoluto. No me cabe duda de que Thorn es el culpable.

—Oh, ¡si pudiéramos demostrarlo! —reiteró Barbara—. Así Richard podría volver a estar entre la gente, a plena luz del día. ¿Cómo lo organizaremos, para que pueda identificar a Thorn?

—No lo sé. Debo pensarlo. Pero avísame en cuanto llegue, Barbara.

—Por supuesto que lo haré. Quizá no quiera dinero, solamente ver a mamá. Siempre la quiso muchísimo.

—Debo irme —dijo el señor Carlyle que tomó su mano para despedirse. De repente se le ocurrió algo más, y siguió andando con ella, con la mano de Barbara entre la suya, sin soltarla. Probablemente no se dio cuenta; ella sí.

—Barbara, si quiere dinero y la señora Hare no dispone de la cantidad para dársela con tan poca antelación, yo puedo hacerme cargo, como ya hice en su momento.

—¡Gracias, Archibald, muchas gracias! Mamá estaba segura de que te ofrecerías.

Levantó los ojos en señal de gratitud, pero, a pesar de lo mucho que controlaba sus reacciones con el señor Carlyle, posiblemente lo miró con una calidez que iba más allá de la amistad. El señor Carlyle no se dio cuenta, asintió tranquilamente y se dirigió a su casa a toda velocidad.

Se cambió rápidamente en el vestidor y se presentó en el salón disculpándose por haberlos hecho esperar, explicó que había tenido que pasar por su despacho después de su viaje a Lynneborough para solucionar algunos temas pendientes. Lady Isabel tenía los labios apretados en una línea fina y guardaba un obstinado silencio. El señor Carlyle, que nada tenía que ocultar, no se fijó en ello.

—¿Qué quería Barbara Hare? —le preguntó la señorita Carlyle durante la comida.

—Quería preguntarme algo relacionado con negocios —replicó él, y dio a entender que no deseaba hablar del tema—. ¿Quieres más pescado, Isabel?

—Te dio un papel para que lo leyeras. ¿Qué era? —insistió la infatigable señorita Corny—. Parecía una nota.

—Eso no estaría bien.—dijo el señor Carlyle, en tono de broma, para poner fin a la conversación—. Si las jóvenes optan por compartir sus cartas de amor conmigo, no puedo traicionar su confianza.

—¡Qué tontería, Archibald! —replicó ella—. Como si no pudieras decirnos claramente qué quería Barbara sin hacerte el misterioso. Últimamente viene a verte con frecuencia.

El señor Carlyle miró a su hermana brevemente con una expresión peculiar; como si la advirtiera de que se trataba de un asunto serio y que no siguiera por ese camino. Involuntariamente, la mente de la señorita Carlyle, y sus temores, se remontaron a tiempo atrás.

—¡Archibald! ¡Archibald! —susurró y repitió el nombre de su hermano como si no pudiera, por miedo, decir nada más—. No... ¿no será ese antiguo asunto, que no termina de cerrarse?

El «antiguo asunto» al que se refería la señorita Carlyle era Richard Hare, y así lo entendió el señor Carlyle. Sin embargo, lady Isabel pensó que el «antiguo asunto» al que se refería era el antiguo amor entre su marido y Barbara.

—Te agradeceré que sigas comiendo, Cornelia —respondió con gravedad el señor Carlyle. Y prosiguió, en un tono más afable—: Ya te he dicho que no es razonable esperar que traicione los secretos de una joven dama, aunque ella opte por confiar profesionalmente en mí. ¿Qué le parece, capitán Levison?

El capitán Levison se inclinó, con una sonrisa burlona que lady Isabel

notó claramente. La señorita Carlyle obedeció a su hermano y siguió comiendo, dócil como un cordero.

En esa misma velada, el corazón furioso e indignado de lady Isabel condescendió a hablar a solas con su marido.

—¿Qué viene a buscar Barbara Hare?

—Es un asunto privado, Isabel. Viene a traerme mensajes de su madre.

—¿Y el asunto es privado para mí?

Carlyle permaneció en silencio durante un momento, reflexionaba sobre si debía compartir lo que sabía con su esposa. Pero era imposible, no podía divulgarlo, ni siquiera a su esposa, debido a la sospecha que albergaban sobre el capitán Thorn; habría sido injusto, y un error, y no podían revelar que esperaban una visita de Richard. No podía decírselo a nadie, excepto a su hermana, si la señorita Corny persistía en interrogarle: sabía que ella guardaría silencio.

—No te hará más feliz saberlo, Isabel. Hay un oscuro secreto, ya lo sabes, en la familia de los Hare: está relacionado con eso, y es todo cuanto puedo decirte.

No creyó a su marido. Pensaba que no podía decírselo porque, si lo hacía, sus sentimientos de esposa se sentirían ofendidos por la confesión, lo que hizo que su furia se convirtiera en desesperación. Por su parte, al señor Carlyle no se le ocurrió que su mujer pudiera estar celosa, creía que esas tonterías habían terminado hacía años. Era un hombre honorable y sincero, y no le había dado motivo para dudar de él; al ser de talante práctico y directo, no se le ocurría que Isabel pudiera pensar esas cosas.

A la mañana siguiente, lady Isabel estaba en el salón, de mal humor y nerviosa. El capitán Levison había acompañado al señor Carlyle, de la manera más amistosa que cabe imaginar, hasta la verja del parque, para despedirlo, y luego se había ido paseando por el sendero de los setos. Regresó donde lady Isabel con la noticia de una nueva y «ardiente» entrevista entre su marido y Barbara, que esperaba al señor Carlyle en la puerta del parque. Lady Isabel estaba sentada, digiriendo la noticia con expresión adusta, cuando le trajeron un mensaje. Era una invitación para cenar el martes siguiente en casa de la señora Jeafferson, para el señor y lady Isabel Carlyle y la señorita Carlyle.

Se levantó y fue hacia su escritorio con petulancia, para contestarla al

momento. Primero le mostró la nota a la señorita Carlyle.

—¿Irás? —preguntó esta.

—Sí —replicó lady Isabel—. El señor Carlyle y yo necesitamos un cambio, por así decirlo —añadió, burlona—, al menos durante una noche.

En verdad, los celos infelices y la desconfianza hacia su marido parecían haber alterado el carácter de lady Isabel.

—¿Y dejar al capitán Levison solo? —dijo la señorita Carlyle.

Lady Isabel se inclinó sobre el escritorio, sin responder.

—¿Qué piensa hacer con él? —insistió la señorita Carlyle.

—Puede quedarse aquí y cenar solo. ¿Quiere que acepte la invitación en su nombre?

—No, yo no iré —dijo la señorita Carlyle.

—Entonces, en ese caso, no hay problema respecto al capitán Levison —dijo fríamente lady Isabel.

—No quiero su compañía; no me gusta —exclamó la señorita Carlyle—. No me importaría ir a cenar con la señora Jeafferson, pero tendría que hacerme un vestido nuevo.

—Eso no es problema —dijo lady Isabel—. Yo también necesito uno.

—*¡Usted* quiere un vestido nuevo! —profirió la señorita Carlyle—. Pero ¡si tiene docenas!

—No sé si suman una docena exactamente —replicó Isabel, molesta por el comentario y por la continua molestia que la señorita Carlyle le ocasionaba, que últimamente se le hacía más difícil de soportar. Los pequeños inconvenientes son más arduos de sobrellevar que los grandes.

Lady Isabel terminó de redactar la respuesta, la dobló, la selló y llamó al criado. Cuando salía, le pidió que avisaran a Wilson.

—¿Viene esta mañana la modista para probar el vestido de la señorita Isabel? —preguntó.

Wilson vaciló, tartamudeó, miró a su señora y luego a la señorita Carlyle. Esta levantó la vista de su labor.

—La modista no viene —dijo secamente—. Di órdenes de que no encargaran el vestido, porque a Isabel no le hace falta.

—Sí que le hace falta —dijo lady Isabel, quizá en el tono más desagradable que había utilizado nunca con la señorita Carlyle—. Soy una

juez competente de lo que necesitan mis hijos.

—Le hace tanta falta un vestido nuevo como a esa mesa de ahí, o como el que dice que necesita usted —persistió estoicamente la señorita Carlyle—. Tiene muchos que no se pone, y, si le damos la vuelta al de seda, quedará como si fuera nuevo.

Wilson salió discretamente del salón y cerró la puerta, pero su ama reparó en la mirada de compasión con que se despidió de ella. El corazón de lady Isabel rebotaba de indignación y desesperación: no podía refugiarse en ninguna parte, al parecer. ¡Hasta sus criados tenían piedad de ella!

Volvió a abrir su escritorio y redactó una nota perentoria y altiva para que se la mandaran a la modista de East Lynne en la que ordenaba que saliera de inmediato.

La señorita Corny gruñó, también enfadada.

—Lamentará no prestarme atención, señora, cuando su marido se arruine por su culpa. Trabaja como un burro de carga, y, a pesar de eso, apenas puede hacer frente a los gastos.

Lady Isabel, siempre sensible, se preguntó si realmente gastaban más de lo que el señor Carlyle se podía permitir; no llevaban una vida frugal. Su cuñada siempre se lo había dicho, desde el primer día de casada. En aquel momento, sin decirlo, abandonó el propósito de hacerse un vestido nuevo y también el de su hija, pero su espíritu, profundamente infeliz, se vino abajo en su fuero interno.

Mientras, Wilson había ido a la habitación de Joyce, y allí ejercitaba su bien conocida lengua para contarle, exagerando, el incidente: cómo la señorita Carlyle no cesaba de atormentar a la señora, y le había prohibido que hicieran un nuevo vestido a la señorita Isabel y a la dueña de la casa.

Joyce, que se incorporaba por primera vez desde su accidente, miraba por la ventana mientras Wilson hablaba, y vio al capitán Levison.

—Es un caballero atractivo, al menos desde aquí —observó.

Y pasaron unos cuantos días más.

Capítulo 27: Richard Hare en la ventana del señor Dill

La luna brillaba ese magnífico lunes, igual que Venus en el cielo nocturno, e iluminaba el camino del solitario viandante que avanzaba por la zona más oscura de la vía, con la cabeza baja, como si quisiera evitar ser motivo de curiosidad. Al parecer era un obrero; llevaba un blusón y clavos en los zapatos, con un bigote amplio y negro, tanto que le ocultaba la parte inferior del rostro, y su sombrero de ala ancha le cubría más allá de las cejas. Se acercó a la casa del juez Richard Hare, y, tras mirar con cuidado a derecha e izquierda, se metió entre los arbustos, cruzó un campo y llegó al muro lateral del jardín del señor Hare, donde permaneció oculto en la espesa arboleda.

Esa noche, por un redomado espíritu de intuición o contrariedad, el juez Hare había decidido quedarse en casa, algo que no había hecho en los últimos seis meses, a menos que recibiera a sus amigos para cenar. En la vida real las cosas suelen regirse por la regla de los contrarios, como dicen los niños cuando juegan a sostener los extremos de un pañuelo: «Aquí vamos, una y otra vez, con las reglas contrarias; si te digo que lo agarres, debes soltarlo, y si te digo que lo sueltes, debes agarrarlo». Pues lo mismo en el juego de la vida. Cuando queremos que la gente «se agarre», ellos se sueltan, y si pretendemos lo contrario, se agarran.

Barbara estaba ansiosa, preocupada y agotada de tanto esperar a su hermano, y habría dado un brazo porque su padre hubiera pasado la velada fuera, pero eso no iba a suceder, porque todo seguía la ley de lo contrario. Así, el severo juez se instaló en el sillón que daba precisamente al jardín,

desde donde se veía claramente el bosquecillo. Y allí se sentó, con la peluca ladeada y una larga pipa en la boca.

—¿No vas a salir hoy, Richard? —aventuró la señora Hare.

—No.

—Mamá, ¿llamo para cerrar los postigos? Ya es de noche —sugirió Barbara.

—¡Cerrar los postigos! —exclamó el juez—. Pero ¿cómo se te ocurre, con esta luna tan brillante? Si prefieres la luz artificial, jovencita, tienes la lámpara en el otro lado de la habitación, y puedes ponerte allí.

Barbara recitó en su fuero interno una plegaria para tener paciencia, pues la seguridad de Richard, si finalmente venía, dependía de que pudieran observar el bosquecillo a distancia y con libertad. Por fin llegó la señal, y la percibió al momento: un movimiento entre los árboles, como si algo hubiera salido y vuelto a entrar de su cobijo. Barbara se puso blanca y sus labios se secaron.

—¡Tengo mucho calor! —dijo, buscando desesperadamente una excusa—. Voy a dar una vuelta por el jardín.

Y salió sin pensarlo dos veces, después de ponerse un chal alrededor de los hombros para disimular y no despertar las sospechas del juez. Esa noche llevaba un vestido de seda oscura. No se atrevió a pararse cuando alcanzó los árboles, ni a entrar en el bosque, pero vio el rostro de Richard, y su corazón se hundió al verlo tan cambiado. Estaba muy pálido, delgado y lleno de arrugas; y más tarde le dijo que le habían salido canas.

—Oh, Richard, querido, ¡no puedo detenerme a hablar contigo! —dijo, susurrando furiosamente—. ¡Papá está en casa esta noche, precisamente!

—¿No puedo ver a mamá?

—Tendrás que esperar a mañana por la noche, no hay más remedio.

—No quiero esperar una segunda noche, Barbara. Hay peligro en cada pulgada de terreno que piso para venir aquí.

—Pero... no hay otra solución. Y hay más motivos para quedarte. El hombre que es el culpable de todo, Thorn...

—¡Maldito sea! —interrumpió Richard.

—Está en West Lynne. Hay un Thorn aquí del que tanto el señor Carlyle como yo sospechamos que es la misma persona, y queremos que lo

identifiques.

—Déjame verlo —ordenó Richard, a quien la noticia alteraba—. ¡Tengo que verlo, Barbara!

Barbara volvía a dar la vuelta en el fingido paseo alrededor de la arboleda.

—Tengo que seguir caminando, Richard, porque papá puede verme desde la casa. El Thorn que se aloja estos días en West Lynne es un hombre alto, muy atractivo y elegante, y le gustan los diamantes especialmente.

—¡Debe ser él! —dijo Richard, esperanzado.

—El señor Carlyle se ocupará de que puedas verlo —continuó ella, que se acuclilló, como si fuera a atarse el zapato—. Si fuera el mismo hombre, quizá no podamos hacer nada de inmediato para limpiar tu nombre, pero sería muy importante y revelador. ¿Estás seguro de reconocerlo?

—¡Que si estoy seguro! —murmuró Richard Hare—. ¿Reconocería a mi propio padre? ¿A ti? Y tú no estás grabada en mi corazón con letras de sangre, como él. ¿Cuándo y cómo puedo verlo, Barbara?

—No puedo decirte nada hasta que haya hablado con el señor Carlyle. Espérame aquí mañana tan pronto se ponga el sol; quizá el señor Carlyle logre traerlo aquí, y entonces...

Las puertas del ventanal se abrieron de par en par y se oyó la voz estentórea del juez Hare:

—¡Barbara! ¿Qué haces vagando ahí fuera? Vas a enfriarte, jovencita. Entra de una vez.

—Lo siento mucho, Richard —susurró, mientras se iba—. Papá seguro que pasará la noche de mañana fuera; no se quedará en casa dos días seguidos. Buenas noches, querido.

No había tiempo que perder, y al día siguiente Barbara, a pesar del riesgo de los comentarios sobre sus repetidas visitas al señor Carlyle, volvió a presentarse en su oficina. Las reglas del contrario volvieron a actuar ese día: el señor Carlyle no había venido, y los empleados no sabían cuándo llegaría. Había salido por unas horas.

—Señor Dill —suplicó Barbara, al ver al anciano secretario que salió a saludarla—. *Debo* ver al señor Carlyle.

—No volverá hasta última hora de la tarde, señorita Barbara. ¿Puedo

hacer algo por usted?

—No, no —suspiró Barbara.

En ese momento, lady Isabel y su hija pequeña pasaban en carruaje. Vio a Barbara en la puerta de la oficina de su marido. ¿Qué iba a hacer allí, a menos que estuviera de visita? Inclino la cabeza ligeramente hacia Barbara, sonrió al señor Dill y siguieron adelante.

Barbara no pudo ver al señor Carlyle hasta las cuatro de la tarde, y le comunicó la noticia de que Richard estaba allí.

El señor Carlyle aborrecía especialmente cualquier forma de ocultación y mentira, pero consideraba que actuaba correctamente, dadas las circunstancias, al permitir que Richard Hare viera en secreto al capitán Thorn. A toda velocidad hizo las gestiones necesarias. Era la noche de la cena en casa de la señora Jeafferson, pero, si quería ayudar a Barbara, tenía que romper el compromiso de asistir. Le dijo a Barbara que le dijera a Richard que fuera a su despacho tan pronto le fuera posible, y que lo hiciera de manera que nadie lo descubriera, y procedió a escribir una nota apresurada a Thorn, para solicitarle que pasara por su oficina a las ocho de ese mismo día, pues quería comunicarle algo. Esto último no era mentira, pues había recibido una noticia importante esa mañana con relación al asunto que el capitán Thorn le había planteado y, al no haber estado en su oficina, le había impedido avisarle antes.

El señor Carlyle se dedicó a otros asuntos hasta que dieron las cinco y fue a East Lynne; no habría ido tan temprano, pero debía avisar a su esposa de que no podía acudir a la velada. El señor Carlyle no dudaba en sacrificar su gratificación personal por el trabajo o por un amigo.

El carruaje estaba listo en la puerta, y lady Isabel le esperaba en el vestidor, ya vestida.

—¿Te habías olvidado de que la cena con los Jeafferson es a las seis? —dijo ella, por todo saludo.

—No, Isabel, pero no he podido venir antes. Y no habría venido tan temprano si no fuera porque quería avisarte de que no puedo acompañarte. Preséntale mis excusas a la señora Jeafferson, por favor.

Una pausa. Por la mente de lady Isabel pasaron ideas estrambóticas.

—¿Cómo es eso?

—Han surgido algunos asuntos que tengo que atender y no pueden esperar.

Tan pronto haya cenado, tengo que volver a la oficina.

¿Era una excusa para pasar un rato con Barbara Hare, en su ausencia? Eso pensó lady Isabel, y se quedó convencida de que esa era la verdad. Por su rostro desfilaron una serie de expresiones, y la más destacada era el resentimiento. El señor Carlyle se dio cuenta.

—No te enfades, Isabel. Te aseguro que no es culpa mía. Es un asunto privado y muy importante que no puedo postergar, y no puedo encargárselo a Dill. Siento no haber podido organizarlo de otra manera.

—Nunca vas a la oficina por la noche —dijo Isabel, con los labios apretados y pálidos.

—No; si pasa algo a última hora, Dill se encarga de ello. Pero de lo de hoy tengo que encargarme personalmente.

Hubo otra pausa, y lady Isabel la rompió, taciturna:

—¿Vendrás a recogerme más tarde, cuando hayas terminado?

—No creo que pueda.

Isabel se colocó el ligero chal sobre los hombros y bajó las escaleras. El señor Carlyle la acompañó para ayudarla a subir al carruaje. Cuando se despidió, su esposa no contestó, sino que se quedó mirando fijamente delante de él con expresión pétrea.

—¿A qué hora volvemos a buscarla, señora? —preguntó el criado cuando la dejó en casa de la señora Jeafferson.

—Temprano. A las nueve y media.

Un poco antes de las ocho, Richard Hare llegó con su blusón, su sombrero de ala ancha y sus falsos mostachos y llamó a la puerta de la oficina del señor Carlyle. Este la abrió al momento. Estaba solo.

—Entre, Richard —dijo mientras le estrechaba la mano—. ¿Ha visto a algún conocido, de camino?

—No levanto la mirada —dijo el otro—. Me figuro que, si miro a la gente, estos me mirarán a mí, así que vine con la cabeza agachada y mirando el suelo. ¡Cuánto ha cambiado este lugar! Hay una nueva casa de ladrillo en la esquina donde estaba la tienda del viejo Morgan.

—Es la nueva comisaría de policía. Se están construyendo muchos edificios públicos de importancia en West Lynne. ¿Cómo está, Richard?

—Mal y desesperado, señor —respondió Richard Hare—. ¿Cómo puedo

estar, señor Carlyle, con una falsa acusación que pesa sobre mi nombre y trabajando como un esclavo, pues eso me veo obligado a hacer para subsistir?

—Puede quitarse el sombrero, Richard. Estamos solos en la oficina.

Lentamente, Richard se descubrió, y su rostro quedó expuesto por completo. En el mismo instante, se apartó temeroso de la puerta de entrada.

—¡Si viniera alguien ahora!

—Es imposible —replicó el señor Carlyle—. La puerta de delante está cerrada, y la oficina está vacía a esta hora.

—Si alguien me viera y me reconociera, ¡me juego el cuello, ya lo sabe, señor! Barbara me dijo que está esperando al maldito Thorn aquí.

—Exacto —dijo el señor Carlyle, a quien no le pasó por alto que Richard se dirigía a él como «señor». Eso denotaba la escala social en la que Richard se debía mover, con gente que hablaba así habitualmente, y se había acostumbrado a usar esa expresión, olvidando sus orígenes—. Creemos, por su descripción del teniente Thorn que mató a Hallijohn, que este capitán Thorn pueda ser el mismo hombre. Parece encajar a la perfección con los rasgos que usted describe, y he sabido que hace unos años frecuentaba Swainson y se metió en algún lío. Está en el regimiento de John Herbert, y está aquí de visita, en su casa.

—Pero qué idiota es por aventurarse por estos lares —dijo Richard—. ¡Aquí, precisamente, entre todos los lugares del mundo!

—Sin duda cuenta con que nadie lo reconocerá. Hasta donde yo sé, Richard, nadie de nuestro entorno lo ha visto nunca, excepto usted y Afy. Póngase en la salita del señor Dill, que recordará que tiene una pequeña ventana, y desde allí podrá ver a Thorn con claridad cuando yo lo reciba en el despacho. ¿Está seguro de que lo reconocerá a pesar del tiempo transcurrido?

—Lo reconocería, aunque hubieran pasado cincuenta años y estuviera disfrazado como yo tengo que disfrazarme. ¿Cómo olvidar a un hombre que es el objeto de mis celos y mi frenesí? —terminó, en voz baja.

—¿Por qué ha venido de nuevo a West Lynne, Richard? ¿Ha sucedido algo? ¿Qué ha venido a buscar?

—Fue un impulso que no pude contener —confesó Richard—. Además de poder ver a mi hermana y a mi madre, aunque he deseado verlas desde que estuve enfermo, sentía que debía hacerlo, y esa sensación no me dejaba en paz. Así que decidí arriesgarme, aunque solo fuera por un día.

—Pensé que necesitaba dinero, como antes.

—Eso también —dijo Richard—. Aunque no mucho; a causa de mi enfermedad me he endeudado, y si mi madre me da un poco de dinero le estaré agradecido.

—Seguro que sí —dijo el señor Carlyle—. Yo se lo adelantaré esta noche. ¿Qué le pasa, exactamente?

—Al principio un caballo me golpeó, señor. Eso fue el pasado invierno, y me tuvo en cama seis semanas. Luego, en primavera, después de recuperarme y trabajar de nuevo, pillé algún tipo de fiebre, y volví a caer seis semanas más. No he estado bien del todo desde entonces.

—¿Por qué no me ha escrito, o me ha hecho llegar su dirección, para que pudiera ayudarlo?

—Porque no me atrevía —replicó Richard, timorato—. Siempre tendré miedo; no de usted, señor Carlyle, de que se sepa dónde estoy, de un modo u otro. El tiempo corre, señor. ¿Seguro que vendrá Thorn?

—Me mandó una nota para avisarme de que vendría. ¡Allí está! —exclamó el señor Carlyle al oír que llamaban a la puerta—. Vamos, Richard, venga. Llévase su sombrero.

Richard se lo puso de nuevo, y lo bajó tanto que casi le tocaba la nariz. Se sentía más seguro con el sombrero puesto. El señor Carlyle lo llevó al despachito del señor Dill y lo encerró allí, y se guardó la llave. Si lo hizo para impedir que el capitán Thorn entrara en el despacho o para evitar que Richard saliera, solo él lo sabía.

El señor Carlyle fue a la puerta delantera y la abrió para dejar entrar al capitán Thorn. Lo acompañó al despacho de los administrativos, donde había luz de gas, y charló con él unos minutos de pie. Luego le ofreció una silla, todo ello delante del pequeño ventanal del despacho del señor Dill.

—Lamento haberme retrasado —dijo el capitán Thorn—. Llego media hora tarde; los Herbert habían invitado a dos o tres amigos a cenar, y no pude escabullirme antes. Espero que no haya venido a la oficina esta noche solo por mi causa.

—Siempre hay trabajo que atender —dijo evasivamente el señor Carlyle—. Yo mismo he tenido que pasar el día fuera de la oficina. Nos ha llegado una comunicación de Londres esta mañana, relacionada con su asunto, y lamento decir que no es satisfactoria en absoluto. No quieren esperar.

—Pero yo no soy responsable, señor Carlyle. ¿No se puede llevar ante la justicia?

—No, si lo que me dice es correcto. Pero, a veces, la ley y la justicia no van de la mano, capitán Thorn, sino más bien al contrario.

El capitán Thorn dijo, perplejo:

—Entonces, ¿cree que me mandarán arrestar?

—Esa era su intención, pero he mandado escribir una carta para que la reciban antes de que se decanten por medidas tan violentas. Espero su respuesta pasado mañana por la mañana.

—¿Y después?

—Creo que es probable que encontremos una manera de evitar la persecución. Pero no estoy seguro, capitán Thorn, de poder dedicarme plenamente a este asunto, como ya le advertí.

—Espero y confío en que sí lo haga —respondió el capitán.

—Supongo que no habrá olvidado lo que le dije cuando hablamos por primera vez: que no podía comprometerme a hacerlo —replicó el señor Carlyle—. Le daré nuevas noticias mañana. Si sigo llevando este asunto en su nombre, fijaremos una hora para que venga pasado mañana y examinemos las opciones que tenemos; si no, estoy seguro de que podrá encontrar a un abogado que pueda ayudarlo, igual que yo.

—Pero, entonces, ¿por qué no iba a hacerlo usted? ¿Cuál es el impedimento?

—No siempre doy razón de mis decisiones, capitán Thorn —dijo Carlyle—. Mañana tendrá mi respuesta.

Se levantó al decir esto, y el capitán Thorn también. El señor Carlyle y él departieron unos minutos más, y luego el primero lo acompañó a la puerta delantera y, tras despedirlo, la cerró.

Volvió al despacho del señor Dill y abrió la puerta. Richard se quitó el sombrero y avanzó bajo el haz de luz.

—¿Es el mismo hombre?

—No, señor. No lo es en absoluto.

El señor Carlyle sintió un extraño alivio por el capitán Thorn. Raramente había visto a una persona con menos aspecto de ser un asesino que el capitán Thorn, y este se había ganado notablemente su aprecio. Ahora podía ayudarlo

sin cargo de conciencia.

—Excepto en el hecho de que ambos son altos y tienen el pelo del mismo color, no hay ningún parecido entre ambos —prosiguió Richard—. Su cara y su figura son opuestas como la luz del día lo es de la noche a las del asesino. El otro, a pesar de sus rasgos atractivos, tiene la expresión de un demonio, mientras que en esta su cara es agradable y afable. El asesino de Hallijohn tenía un aspecto curioso.

—¿En qué sentido? —preguntó el señor Carlyle, pues Richard había hecho un ademán general abarcando el rostro.

—Bueno, no puedo decir precisamente cómo: no sé si eran las cejas o los ojos, pero había algo distinto en ellos. Ah, señor Carlyle, cuando Barbara me dijo que Thorn estaba aquí, pensé que era demasiado bueno para ser verdad; tiene sentido que no se haya arriesgado a volver a West Lynne de nuevo. Ese hombre que ha venido no es más malvado que usted o que yo.

—Entonces, puesto que ya está aclarado, debemos irnos. Richard, debe ir a ver a su madre, que estará esperando ansiosamente. ¿Cuánto dinero necesita?

—Con veinticinco libras tendré suficiente, pero... —Richard se calló de repente, vacilando.

—Pero ¿qué? —dijo el señor Carlyle—. Hable, Richard.

—Treinta me irían mejor, y me dejarían más tranquilo.

—Le daré treinta —dijo el señor Carlyle mientras contaba los billetes—. Ahora, ¿quiere que lo acompañe hasta la puerta de la casa de su madre o prefiere ir por su cuenta? Me preocupa que llegue allí sano y salvo.

Richard dijo que prefería volver caminando solo, porque todos los conocidos comunes que vieran al señor Carlyle se detendrían a saludarlo y, al verlo a él, quizá lo reconocieran. Este le preguntó por qué escogía las noches en que la luna brillaba más.

—Es más agradable, cuando uno viaja de noche. Y, además, si hubiera escogido noches más oscuras, Barbara no habría visto mi señal de los árboles —dijo Richard.

Salieron y llegaron sin ser interrumpidos hasta la verja de la casa del juez Hare. Eran las nueve pasadas.

—Le quedo muy agradecido, señor Carlyle —susurró Richard mientras ascendía el sendero.

—Ojalá pudiera ayudarlo de manera más efectiva, Richard, y aclarar el misterio del crimen que pesa sobre su persona. ¿Está pendiente Barbara de su llegada? Sí, veo que la puerta se abre lentamente.

Richard se deslizó por el vestíbulo hasta el saloncito privado de su madre. Barbara se acercó y le susurró al señor Carlyle, con voz baja, temblorosa, por saber la respuesta:

—¿Es el mismo hombre? ¿El mismo Thorn?

—No. Richard dice que no tiene ningún parecido con el verdadero culpable.

—¡Oh! —exclamó Barbara, sorprendida y decepcionada—. ¡No es el mismo hombre! Y pensar que Richard ha tenido que pasar toda la noche pendiente de eso, para nada, mientras podríamos haber hablado con él...

—No ha sido para nada —dijo el señor Carlyle—, pues hemos aclarado la duda.

—¡Aclarado la duda! —dijo Barbara—. Hay más incertidumbre que nunca.

—Me refiero en cuanto al capitán Thorn. Y mientras nuestra sospecha se concentraba en él, no hemos investigado otras opciones.

Cuando entraron en el saloncito, la señora Hare lloraba abrazada a Richard, y él sollozaba, pero la dama alcanzó a tomar la mano del señor Carlyle.

—Es usted muy bueno, y no sé qué haríamos sin su ayuda. Y quiero pedirle un favor más, si me lo permite. ¿Se lo ha dicho ya Barbara?

—No pude hablar con él en el vestíbulo, mamá, por si los criados nos oían.

—El señor Hare no está bien, y me temo que volverá a casa antes de lo previsto; de otro modo, habríamos tenido tiempo hasta las diez, por lo menos; cuando va a Buck's Head, ya sabe que se van temprano. Si entrara y viera a Richard..., la mera idea hace que me estremezca. Barbara y yo hemos hablado toda la tarde, y solo se nos ocurre un plan. Esto es, que se quede usted en el jardín cerca de la verja, y si mi esposo llegara, que lo detenga y le dé conversación para que ganemos tiempo. Así, Richard podría ocultarse en el armario del vestíbulo hasta que el señor Hare vaya a su dormitorio, y entonces podría huir sin peligro. ¿Le importaría hacerlo, Archibald?

—Claro que lo haré.

—No puedo separarme de él antes de las diez, a menos que me obliguen las circunstancias —murmuró, y apretó la mano del señor Carlyle con gratitud—. No sabe lo que es tener una hora cada siete años para ver a un hijo perdido. A las diez me separaré de él, no antes.

El señor Carlyle y Barbara recorrieron el sendero, según la voluntad de la señora Hare, y permanecieron cerca de la puerta de la verja de entrada. Cuando giraban por segunda vez, el señor Carlyle le ofreció su brazo, en un gesto de cortesía. Barbara lo aceptó, y allí esperaron, pero el juez no llegaba.

Puntualmente, a las nueve y media, el carruaje de lady Isabel llegó a casa de la señora Jeafferson, y la dama salió al momento; adujo que le dolía la cabeza para poder retirarse más temprano. East Lynne quedaba muy cerca, apenas a dos millas, y el trayecto fue placentero por los caminos secundarios. Habrían podido seguir la carretera principal, pero era más complicado. De repente, un caballero se acercó al carruaje y le hizo señas al cochero de que se detuviera. A pesar de la luna resplandeciente, lady Isabel no lo reconoció; llevaba un sombrero que ocultaba su rostro. Era Francis Levison. Bajó la ventanilla.

—Ya me parecía que era su carruaje. ¡Vuelve usted muy pronto! ¿Se ha cansado de la velada?

«Pero si sabía la hora a la que volvería mi señora —se dijo John, el criado—, porque me lo ha preguntado. Qué tipo más falso».

—Salí a dar una vuelta y me he cansado —siguió diciendo Levison—. ¿Se apiadará de mí y me permitirá regresar con usted a la casa?

Lady Isabel aceptó, pues difícilmente podía negarse. El criado saltó desde atrás para abrir la puerta, y Francis Levison se sentó al lado de lady Isabel.

—Siga por el camino principal —ordenó mientras sacaba la cabeza por la ventana, y el cochero asintió y se tocó el sombrero. Por allí pasarían indefectiblemente frente a la casa de los Hare.

—No le he reconocido —empezó lady Isabel, que se recogió en el rincón del carruaje opuesto al del capitán Levison—. ¡Qué ropas más horribles lleva! Parece un disfraz.

Mientras así hablaba, Levison se quitó el sombrero y le daba vueltas entre las manos.

—¿Disfraz? No, no. No tengo acreedores en las cercanías de East Lynne.

Mentira, como siempre. Era, en efecto, un disfraz.

—¿Está en casa el señor Carlyle? —preguntó ella.

—No —dijo Levison, y al cabo de una pausa imperceptible, añadió—: Supongo que tiene quehaceres más agradables que reclaman su atención.

El tono hizo que las mejillas de lady Isabel se colorearan. Trató de preservar un silencio digno, y lo logró unos momentos, pero al cabo de un rato los celos la impulsaron a hablar.

—¿Quehaceres de qué tipo?

—Justo cuando pasaba delante de la casa de los Hare, vi a dos personas, un caballero y una joven dama, paseando felizmente y disfrutando de un *tête-à-tête* a la luz de la luna. Eran su marido y la señorita Hare.

Lady Isabel casi se mordió los labios; las dudas que la habían atormentado durante la velada se confirmaban. Que el hombre que odiaba, pues en su furia ciega en ese momento lo odiaba, la obligara a ir sola a una cena, y le mintiera con mentiras bajas y viles, para pasar un rato a solas con Barbara Hare hacía que le hirviera la sangre. Si hubiera estado sola en el carruaje, habría dado rienda suelta a su ira.

En lugar de eso, se reclinó hacia atrás y respiró agitadamente, pero logró ocultarle al capitán Levison su verdadero estado de ánimo. Cuando pasaron frente a la casa del juez Hare, se acercó a la ventana y observó el jardín con ojos ansiosos.

Allí, a la brillante luz de la luna, dibujados con fría claridad, caminaban lentamente, entrelazados, su marido y Barbara Hare. Con un sollozo que no pudo contener, lady Isabel se echó hacia atrás.

Y allí estaba él, el desvergonzado y atrevido capitán, que rodeó a lady Isabel con sus brazos y la acercó hacia sí mientras le susurraba que *su* amor *sí* seguía con ella, aunque otro la hubiera abandonado. Esa noche los sentidos de la dama estaban alterados, o no le habría prestado la menor atención.

Una mujer celosa enloquece de dolor; una mujer ofendida, por partida doble, y la desgraciada lady Isabel creía, de verdad, que el señor Carlyle había traicionado los sagrados sentimientos de lealtad y respeto que deben existir entre marido y mujer.

—Véngate de ese perro traidor, Isabel. Jamás fue digno de ti. Abandona tu vida triste y ven hacia la felicidad.

Hundida en un pozo de angustia, amargura y dolor, lady Isabel se echó a

llorar y sollozó como si se abrieran los cielos. ¿Era porque odiaba a su marido o porque acababa de escuchar esas atrevidas y desvergonzadas palabras? ¡Qué noche tan desgraciada! Francis Levison la consoló con las malas artes, dulces y peligrosas, de su naturaleza artera.

Capítulo 28: Sin salvación

Los minutos volaron. Las diez menos cuarto, las diez, las diez y cuarto; Richard Hare permanecía al lado de su madre, y el señor Carlyle y Barbara paseaban por el sendero del jardín. A las diez y media salió Richard, que ya se había despedido de su madre. Llegó la hora de la lacrimosa despedida de Barbara, que el señor Carlyle presenció; los dos hombres se estrecharon la mano, y Richard desapareció entre los árboles para regresar por donde había venido.

—Buenas noches, Barbara —dijo el señor Carlyle.

—¿No quiere entrar y despedirse de mamá?

—No puedo, es muy tarde. Dígale que me alegro de que las cosas hayan salido bien.

Caminó rápidamente hacia su casa, y Barbara se inclinó sobre la verja y lloró en silencio. No pasó un alma que la interrumpiera, y tampoco llegó el juez. ¿Qué podía haber sucedido? ¿Por qué retenían en Buck's Head a un respetable juez en lugar de permitirle retirarse y mostrar así un buen ejemplo a la parroquia? Barbara lo sabría al día siguiente: el juez Hare, con otros caballeros, había aceptado una invitación de un amigo para trasladar la velada de la taberna a su casa, y allí cenaron, cantaron y jugaron a las cartas, y hasta las doce o la una estuvieron divirtiéndose. Como hemos visto, para fortuna de los hijos del juez.

Barbara no sabía cuánto tiempo había permanecido en la puerta, si diez minutos o más. Nadie fue a buscarla; la señora Hare lloraba en la casa a su hijo, sin pensar en Barbara, y el juez no aparecía. Barbara se sorprendió al

oír pasos, y aún más al descubrir que se trataba del señor Carlyle.

—Cuanto más rápido quiere uno ir, menos avanza, Barbara —exclamó mientras se acercaba—. Estaba a medio camino cuando me he acordado de que, al entrar en el saloncito, llevaba un pequeño paquete que tenía un documento. Lo dejé en la mesita auxiliar. ¿Le importaría ir a buscarlo y traérmelo?

Barbara corrió a la casa e hizo lo que le pedía, y el señor Carlyle, tras despedirse brevemente, se alejó.

Barbara volvió a reclinarsse contra la verja, y volvieron a manar las lágrimas: su corazón lloraba por Richard y por la decepción que la noche había traído respecto al capitán Thorn. No venía nadie, no se oían los pasos de su padre, y Barbara se quedó allí. Pero ¿de quién era la figura oculta tras la sombra de los lejanos arbustos que parecía observarla? Barbara aguzó la vista, y su corazón latía como si fuera a salir de su pecho. ¡Sí, sí, era su hermano! ¿Qué lo había traído de vuelta?

En efecto, era Richard Hare. Cuando se aseguró de que Barbara era la mujer de la verja, y dedujo que el juez no había vuelto a la casa, se atrevió a salir. Parecía alterado, respiraba agitadamente y todo su ser temblaba.

—¡Barbara, Barbara! —exclamó Richard—. ¡He visto a Thorn!

Barbara pensó que estaba loco.

—Sé que lo has visto, querido —dijo lentamente—, pero no era el verdadero Thorn.

—No, no me refiero a ese —dijo Richard—, no al caballero que vi en la oficina de Carlyle. Acabo de ver al mismísimo Thorn. ¿Por qué me miras así, Barbara?

Barbara, en verdad, lo miraba fijamente, como si le estuviera diciendo algo muy extraño.

—Cuando me fui, corté por el campo hasta el camino de Bean, más discreto que esta carretera —explicó Richard—. Cuando me metía en esos árboles, ya sabes los que digo, Barbara, vi a alguien andando hacia mí desde lejos. Me oculté tras los troncos, a la sombra de los arbustos; quería evitar cualquier encuentro, aunque vaya disfrazado. Siguió avanzando en medio del camino, hacia West Lynne, y lo miré. Lo reconocí antes de que se acercara: era Thorn.

Barbara no dijo nada; aún trataba de comprender lo que decía su hermano.

—Empezó a hervirme la sangre, y sentí ganas de abalanzarme sobre él y acusarlo del asesinato de Hallijohn —prosiguió Richard, excitado—. Pero me contuve, o, mejor dicho, me faltó valor. Ya sabes que solían tildarme de cobarde, físicamente hablando, Barbara —dijo en tono amargo—, y no había duda de que, si entabláramos una pelea, Thorn me ganaría, pues es más alto y corpulento; me habría apaleado hasta matarme. Un hombre que ha cometido un asesinato no duda en matar otra vez.

—Richard, ¿no puedes haberte equivocado? —preguntó Barbara—. Habíamos hablado de Thorn, llevabas toda la tarde pendiente de verlo, y es natural que lo tuvieras en la cabeza. La imaginación...

—¡No digas más, Barbara! —la interrumpió, angustiado—. ¡Imaginación! ¿No te digo que lo tengo grabado en mi mente y en mi corazón? —Y esto lo dijo golpeándose el pecho con fuerza—. ¿Me tomas por un niño, o por un imbécil, para que me imagine que veo a Thorn en cada sombra, o que no distingo su rostro? Se había quitado el sombrero, tenía calor por haber apretado el paso, pues avanzaba muy deprisa; llevaba el sombrero en una mano, y en la otra un pequeño paquete. Se apartó el pelo con un gesto particular, propio de él, que jamás olvidaré —dijo Richard, y lo imitó—. Solo por ese gesto le hubiera reconocido, lo hacía siempre de la misma manera. Y luego, su mano blanca, ¡adornada con el mismo anillo de diamantes! Barbara, el diamante resplandecía a la luz de la luna.

La voz y la actitud de Richard eran tan sinceras que la convicción de que decía la verdad se apoderó de su hermana.

—Vi su rostro claramente: cada rasgo, cada detalle. Apenas ha cambiado, excepto que sus mejillas ahora están más chupadas. Barbara, no puedes dudar de mí. Te juro que era Thorn.

Ahora que estaba convencida, la actitud de Barbara se alteró: la razón no dejó lugar a la reflexión, y el impulso se adueñó de ella. No se detuvo a pensar en lo que hacía.

—Richard, debemos decírselo al señor Carlyle. Acaba de irse, pero creo que podremos alcanzarlo si nos damos prisa.

Olvidando lo extraño que sería, a esa hora de la noche, si algún conocido se cruzaba con ella, y olvidando la posibilidad de que el juez Hare regresara y no la encontrara en casa, Barbara se apresuró; Richard la siguió con igual decisión mientras miraba en todas direcciones, temeroso. Afortunadamente,

Barbara llevaba sombrero y la capa que se había puesto al salir con el señor Carlyle; afortunadamente, no se cruzaron con nadie. Alcanzaron al señor Carlyle antes de que entrara por la verja del jardín de East Lynne.

—¡Barbara! —exclamó, sorprendido.

—¡Archibald, Archibald! —dijo ella, casi sin aliento—. No estoy loca, pero tienes que hablar con Richard. Acaba de ver al verdadero Thorn.

El señor Carlyle, presa del asombro, se acercó con ella a los peldaños que daban al campo frente a la verja y se metió detrás del seto, donde le esperaba Richard para contárselo todo. El señor Carlyle no dudó de él, como había hecho Barbara; quizá no se atrevió, al ver la agitación de Richard y la sinceridad con que se expresaba.

—Estoy seguro de que no hay nadie llamado Thorn en el vecindario, excepto el hombre que vio esta noche en mi oficina, Richard —dijo el señor Carlyle, después de reflexionar—. Es muy extraño.

—Quizá utilice otro nombre —sugirió Richard—. No me cabe ninguna duda de que es el Thorn que conocí.

—¿Cómo vestía? ¿Como un caballero?

—Es imposible que vaya vestido de otro modo —dijo Richard—. Llevaba un traje de noche negro, con una especie de abrigo fino encima, echado hacia atrás, sobre los hombros, y así pude ver su traje. Parecía alpaca gris. Ya se lo he dicho a Barbara: solo por el gesto de la mano al apartarse el pelo de la frente —dijo, y lo imitó— lo habría reconocido. Era la misma mano blanca y delicada de siempre, señor Carlyle, y llevaba el anillo de diamantes.

El señor Carlyle no decía nada, y Barbara tampoco, pero ambos pensaban furiosamente.

—Richard —dijo él por fin—, le aconsejo que se quede por aquí un día o dos más, y que busquemos a ese hombre. Tal vez pueda verlo otra vez, y seguirlo hasta su alojamiento. Es imperativo que descubramos quién es, si es posible.

—Pero ¿y el peligro que correré? —dijo Richard, aterrado.

—Tiene usted miedo, y es lógico, pero no pierda de vista la magnitud del riesgo, que es menor. Estoy seguro de que, tal como va vestido, nadie lo reconocería a plena luz del día. Han pasado muchos años, y la mayoría de la gente le ha olvidado, Richard. Me apena decirlo, pero así es.

Pero Richard tenía mucho miedo, y no pudieron convencerlo. Describió una vez más al extraño con tanta concreción como pudo y dijo al señor Carlyle y a Barbara que lo buscaran ellos. Con mucha dificultad, el señor Carlyle logró que les diera una dirección en Londres donde podían escribirle en caso de que hubiera novedades y requirieran su presencia. Una vez más, Richard se despidió de ambos y los dejó solos y siguió su camino más allá de East Lynne.

—Te acompaño de vuelta, Barbara —dijo el señor Carlyle.

—No, no. Es muy tarde y debes estar muy cansado. Vine sola, además. Richard no podía seguirme, y llegó un poco después. Estaré bien.

—No puedo evitar que haya venido sola, pero desde luego no regresará de la misma manera. ¡Qué tonterías, Barbara! ¿Cree que voy a permitir que vaya sola por la carretera a las once de la noche? ¿Cómo se le ocurre?

Le ofreció su brazo a Barbara y empezaron a andar.

—¡Lady Isabel pensará que llega usted muy tarde! —dijo Barbara.

—Aún no sé si ha vuelto a casa. Así que el hecho de que, por un día, yo llegue tarde no tiene importancia.

No volvió a decir nada, y Barbara preguntó en voz alta:

—¿Qué le diré a papá, si ha llegado a casa antes que yo?

Los dos se sumieron en su propia reflexión. Cuando llegaron a la verja de la casa de los Hare, Barbara dijo:

—Muchísimas gracias.

Finalmente, el señor Carlyle se fue. Barbara se deslizó dentro de la casa, sin moros en la costa: su padre aún no había llegado.

Lady Isabel se encontraba en su vestidor cuando entró el señor Carlyle; estaba sentada en el escritorio y redactaba una nota. El señor Carlyle le hizo algunas preguntas sobre la velada, que ella contestó del modo más breve posible, y luego él le dijo si no iba a retirarse a la cama.

—Aún no. No tengo sueño.

—Yo me iré a dormir, Isabel, estoy muerto de cansancio.

—Está bien, vete —dijo ella.

Se inclinó para besarla, pero ella apartó hábilmente su mejilla. El señor Carlyle supuso que se sentía herida por no haberla acompañado a la cena y puso su mano en su hombro con una sonrisa amable.

—Querida niña, ¡no te enfades por una tontería! No fue culpa mía, Isabel, no podía ir a la cena contigo. Hablaremos por la mañana, esta noche estoy demasiado cansado. Supongo que no tardarás.

La cabeza de ella estaba inclinada sobre el escritorio, y no contestó. El señor Carlyle se fue a la cama y cerró la puerta. Al cabo de un rato, lady Isabel subió sigilosamente al piso de arriba, a la habitación de Joyce. Esta, que aún se hallaba en la primera duermevela, se despertó repentinamente. Allí estaba su ama, con una vela en la mano. Joyce se frotó los ojos, se desperezó y finalmente se incorporó en la cama.

—¡Señora! ¿Se encuentra bien? ¿Está enferma?

—¿Enferma? Sí, y desgraciada —respondió lady Isabel, y en verdad parecía enferma, pues estaba muy pálida—. Joyce, quiero que me prometas que, si me pasase algo, te quedarás en East Lynne con mis hijos.

Joyce la miró asombrada, incapaz de contestarle.

—Joyce, una vez me lo prometiste; ahora quiero que me lo prometas de nuevo. Pase lo que pase, quédate con mis hijos cuando yo no esté.

—Lo haré, señora. Pero ¿qué pasa? ¿Está usted enferma otra vez?

—Adiós, Joyce —murmuró lady Isabel, y se deslizó y salió de la habitación tan silenciosamente como había entrado. Y, al cabo de una hora de perplejidad, Joyce volvió a quedarse dormida.

Joyce no fue la única cuyo descanso fue interrumpido esa noche azarosa. El señor Carlyle también se despertó, y, para su sorpresa, descubrió que su esposa no había ido a la cama. Se preguntó qué hora era y comprobó su reloj: ¡las tres y cuarto!

Se levantó y se dirigió a la puerta del vestidor de su mujer. Estaba a oscuras, y hasta donde podía distinguir por el silencio, vacío.

—Isabel.

No obtuvo respuesta. Nada, excepto el eco de su voz en el silencio de la noche.

Encendió una cerilla y con ella una vela, se puso una bata y salió en su busca. Temía que se encontrara mal o que se hubiera quedado dormida en otra habitación. Pero no la encontraba por ningún sitio; fue a la habitación de su hermana y llamó.

La señorita Carlyle tenía el sueño ligero y se levantó al momento.

—¿Quién es? —dijo.

—Soy yo, Cornelia —dijo el señor Carlyle.

—¡Tú! —exclamó la señorita Corny—. ¿Qué quieres a estas horas? Pasa, pasa.

El señor Carlyle abrió la puerta y se encontró con su hermana, sentada en la cama. Llevaba un enorme gorro de noche de más de tres centímetros de altura.

—¿Pasa algo? ¿Alguien se encuentra mal? —preguntó ella.

—Creo que sí: Isabel. No la encuentro por ninguna parte.

—¡Que no la encuentras! —repitió la señorita Corny—. Pero ¿qué hora es? ¿No está en la cama?

—Son las tres, y aún no ha venido a dormir. No la encuentro por ningún sitio, ni en los salones ni en las habitaciones. Tampoco está en la habitación de los niños.

—Seguro que ha ido a ver a Joyce, Archibald; debe estar preocupada por ella. Quizá la criada esté pasando mala noche.

El señor Carlyle se dirigía a la habitación de Joyce cuando su hermana le detuvo y le dijo:

—Si Joyce está mal, ven y avísame, Archibald, y me levantaré para verla. La chica fue criada mía antes de serlo de tu mujer.

Carlyle llegó a la habitación de Joyce y abrió la puerta sin hacer ruido, esperaba encontrar la luz encendida y a su esposa al lado de la criada. Pero no fue así: la única luz procedía de la vela que él sostenía, y no había rastro de su mujer. ¿*Dónde* estaba? ¿Joyce podía decírselo? Entró en la habitación y despertó a la criada.

Joyce abrió los ojos muy asustada y se quedó asombrada al ver a su amo. Este le preguntó si lady Isabel había estado allí, y por unos instantes Joyce no supo qué decir. Había soñado con lady Isabel, y le costaba distinguir sus sueños, sin duda provocados por la verdadera visita.

—¿Qué ha pasado, señor? ¿Se encuentra peor la señora?

—Te preguntaba si ha venido a verte. No la encuentro.

—Pues sí —dijo Joyce mientras se enderezaba ya despierta—. Vino por la noche, y me despertó. Un poco antes de las doce, porque oí que daban las campanadas. No se quedó ni un minuto, señor.

—¡Te despertó! —repitió el señor Carlyle—. ¿Qué quería? ¿Por qué subió a verte?

Los pensamientos son rápidos, y la imaginación aún más. Joyce los dejó correr. En su mente, las palabras tristes y ambiguas de su dueña adquirirían un nuevo sentido. ¡Las tres de la madrugada! ¡No había ido a la cama ni la encontraban en la casa! Un horror sin nombre se pintó en el rostro de Joyce, y abrió mucho los ojos; se puso una bata de franela que había sobre una silla cerca de la cama, y, olvidándose de su pie dolorido, y del señor Carlyle, que seguía delante de ella, salió de la habitación. Cualquier consideración de otro orden era insignificante frente al terrible miedo que se había apoderado de ella. Apretándose la bata con fuerza, puso la otra mano en el brazo del señor Carlyle para tenerse en pie.

—¡Oh, señor! ¡Señor! ¡Se ha malogrado! Ahora lo entiendo todo.

—¡Joyce! —la interrumpió severamente el señor Carlyle.

—Señor, así es, se ha malogrado, ha tirado su vida por la borda, tan cierto como que estamos aquí —insistió Joyce, con el rostro lívido de emoción—. Ahora entiendo lo que me ha dicho, porque antes no lo entendía. Vino aquí, y su rostro era blanco como el de un cadáver, y dijo que quería que le prometiera que me quedaría con los niños cuando ella no estuviera. Le pregunté si estaba enferma, y me respondió que sí, que estaba enferma y que era muy desgraciada. ¡Oh, Dios mío, que el Cielo le ayude en esta terrible desgracia que se cierne sobre nosotros!

El señor Carlyle estaba asombrado y perplejo. No creía una palabra de lo que decía Joyce. No estaba enfadado con ella; creía que se había desquiciado.

—Así es, señor, por increíble que le parezca —repitió Joyce, que se retorció las manos—. Mi señora era terriblemente infeliz, y por eso lo ha hecho.

—Joyce, ¿estás loca? —preguntó el señor Carlyle, con más gravedad de lo que pretendía—. Tu señora, ¿terriblemente infeliz? ¿Qué quieres decir?

Antes de que Joyce pudiera contestar, apareció la señorita Carlyle, con medias negras, un chal, el gorrito de noche y la bata. Al escuchar las voces en la habitación de Joyce, que estaba encima de la suya, la curiosidad pudo más que el sueño, y subió para no quedar excluida de las noticias.

—¿Qué ha pasado? —exclamó—. ¿Habéis encontrado a lady Isabel?

—No, y nadie la encontrará jamás, excepto el día en que la entierren —

dijo Joyce, cuyo estado de agitación, lamentable y desnortado, se imponía a su habitual sentido común—. Señora, me alegro de que haya subido, porque lo que iba a decir a mi señor preferiría decirlo también en presencia de usted. Cuando traigan a mi señora a esta casa para enterrarla, muerta, ¿qué pensará usted? ¿Cómo se sentirá? Porque el señor ha cumplido con su deber, y la ha respetado y amado, pero usted, usted ha convertido su vida en una desgracia sin fin. Sí, señora, ¡así es!

—¡Desvergonzada! —exclamó la señorita Carlyle, que miraba consternada a Joyce—. ¿Qué quieres decir? ¿Dónde está lady Isabel?

—Se ha ido, su vida ha terminado —sollozó Joyce—, y usted ha sido quien la ha empujado. La pobre no ha podido disfrutar de nada desde que llegó a East Lynne, y no la ha dejado ser la dueña de su propia casa. Desde el primer día la ha obligado a hacer lo que usted quería, señora, y le ha hablado como si fuera un perro; le hizo sentir que era una esclava y que debía acomodarse a sus caprichos y temperamento. Todos estos años ha vivido sojuzgada y oprimida, señora, ¡y usted le ha hecho de todo, menos pegarla! ¡Y lo sabe perfectamente! Y ella lo aguantaba en silencio, con paciencia, como un ángel, y ni una vez se quejó al señor, y él lo corroborará. Todos la queríamos, la estimábamos, y el corazón de mi señor habría sangrado de saber cómo la trataba y lo que ha tenido que aguantar, año tras año.

La lengua de la señorita Carlyle estaba pegada a su paladar. Su hermano, confundido por el torrente de palabras, apenas podía entender lo que Joyce decía.

—¿A qué te refieres, Joyce? —preguntó, en un tono bajo y enfadado—. No entiendo lo que dices.

—He deseado confesárselo una y mil veces, señor, y ha llegado el momento de la verdad, ahora que las cosas han terminado de manera tan terrible. Desde la primera noche en que lady Isabel llegó a esta casa, su esposa ha vivido oprimida por la acusación de que su presencia en East Lynne generaba gastos insoportables para usted y la propiedad. Si quería algo, la mayor nimiedad, se lo negaban, le decían que causaría la ruina de su marido y que acabarían en la pobreza. Para la mismísima cena de esta noche, lady Isabel quería hacerse un vestido nuevo, y fue usted, señora, con sus crueles palabras, quien le prohibió que lo hiciera. Le dijo que el amo trabajaba como un perro para pagar sus extravagancias, cuando sabe perfectamente cómo era

mi ama; nadie se inclinaba menos al despilfarro que mi pobre señora. La he visto salir del salón con lágrimas en los ojos, después de oír una lluvia de reproches de usted, con las manos se aferraba el pecho, como si la vida fuera insoportable a su lado. Era una joven dulce, amable, de buena familia, y usted la ha empujado a la desesperación y la desgracia. ¡Es la verdad!

El señor Carlyle se volvió a su hermana.

—¿Qué dices a esto? —inquirió, alterado.

Ella no respondió. Ya fuera la sombra de la vela o el color de su gorro, su piel parecía de un verde pálido, y, probablemente por primera vez, la señorita Carlyle no sabía qué decir.

—¡Que Dios te perdone, Cornelia! —murmuró él, y salió de la habitación.

Bajó a la suya. Su cerebro se negaba a aceptar la idea de que su mujer se hubiera matado, pues no la imaginaba capaz de cometer tan gran pecado. Pero sí creía que, sumida en la desesperación, habría salido a vagar por el jardín, y que se encontraba allí. A esas horas los criados ya estaban despiertos, enterados de la ausencia de su ama. Joyce, gracias a una fuerza sobrenatural (pues no había intentado andar, había permanecido de pie), se deslizó por las escaleras y fue al vestidor de lady Isabel. Allí el señor Carlyle terminaba de vestirse para salir y organizar la búsqueda de su mujer cuando Joyce entró cojeando y con una nota en la mano. Esa noche, Joyce no respetó el protocolo.

—He encontrado esto en el cajón de la cómoda de la señora. Es su letra.

La tomó y vio que estaba dirigida a él. Aunque era un hombre tranquilo, que controlaba sus emociones, no era ningún estoico: sus dedos temblaban cuando rompió el sello.

Cuando pasen los años, y mis hijos pregunten dónde está su madre, y por qué los abandonó, díles que fuiste tú, su padre, quien la empujó a ello. Si preguntan *qué* es, díselo también, si así lo deseas, pero díles a la vez cómo la traicionaste y te burlaste de mí, y cómo me empujaste a un abismo de desesperación y me obligaste a dejarlos solos.

La letra de su esposa flotó frente a los ojos del señor Carlyle. No entendía nada, excepto el desgraciado hecho de que se había *fugado*, y una terrible sospecha de con quién había huido empezó a crecer en su interior. ¿Cómo se había burlado de ella? ¿De qué manera la había empujado a huir? Los

disgustos que había desgranado Joyce, de los que su hermana era responsable, evidentemente no tenían nada que ver. Pero, él, ¿qué había hecho? Leyó la carta de nuevo, más lentamente. No la entendía. No la entendía en absoluto.

En ese momento oyó las voces de los criados en el pasillo, entre ellas la voz de Wilson, que destacaba de las demás; por supuesto, buscaban por la casa y decían que el capitán Levison no estaba en su habitación, que no había dormido en su cama.

Joyce se apoyó en una silla, pues no podía permanecer de pie, y observó el rostro blanco de su señor; nunca lo había visto revelar las emociones que sentía tan claramente. La criada no sospechaba la terrible verdad. El señor Carlyle caminó hasta la puerta, con la nota en la mano, y luego se giró y vaciló; como si no supiera lo que hacía. Y probablemente así era. Sacó su libreta de notas, puso el papel dentro y la colocó en el bolsillo, con manos temblorosas.

—No hables de esa nota —le dijo a Joyce—; solo yo debo conocer su contenido.

—¿Dice si está muerta, señor?

—¿Muerta? —preguntó él.

«No, peor que eso», pensó Carlyle.

—¿Quién es? —exclamó Joyce, al oír un ruido en la habitación.

Era la pequeña Isabel, con su camisón blanco y la carita asustada. La conmoción la había despertado.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Dónde está mamá?

—Niña, vas a resfriarte —dijo Joyce—. Vuelve a la cama.

—Pero quiero ver a mi mamá.

—Por la mañana, querida —dijo Joyce, evasiva—. Señor, ¿verdad que la señorita Isabel debe volver a la cama?

El señor Carlyle no dijo nada, ni siquiera reparó en ello. Pero tocó el hombro de Isabel y le dijo a Joyce:

—De ahora en adelante, la llamaremos señorita Lucy.

Salió de la habitación, y Joyce se quedó helada, sin decir palabra. Oyó que salía de la casa con un portazo. Isabel... Pero no, a partir de ahora será Lucy: la pequeña salió y se quedó frente a la puerta de la habitación. Los criados, en un corrillo, no se fijaron en ella. Regresó corriendo y sacudió a

Joyce de su ensimismamiento.

—Joyce, ¿es cierto?

—¿El qué, querida?

—Dicen que el capitán Levison se ha llevado a mamá.

Joyce se dejó caer en la silla, con un grito que se transformó en un largo gemido de angustia.

—¿Por qué se la ha llevado? ¿Para... hacerle daño? La gente que se lleva a las personas es para hacerles daño.

—¡Niña, niña, vete a la cama!

—¡Oh, Joyce! ¡Quiero a mamá! ¿Cuándo volverá?

Joyce se llevó las manos al rostro para ocultar su emoción de la niña sin madre. Entonces la señorita Carlyle entró sin hacer ruido y se sentó humildemente en un sillón, con el rostro maltrecho por el dolor, el remordimiento y el horror de esa noche, tan negra como sus medias.

Soltó un terrible sollozo.

—¡Que Dios se apiade de esta casa deshonrada!

El juez Hare regresó a su casa entre las doce y la una, con aire alegre, pues había ganado cincuenta y un peniques y la cerveza de la casa de su amigo era inusualmente buena. En su habitación le contó a la señora Hare que había visto un carruaje tirado por cuatro caballos pasando a toda velocidad justo cuando él cerraba la verja del parque, y venía de East Lynne. Se preguntó adónde iba a esa hora y quién iría en el vehículo.

Capítulo 29: Unos resultados encantadores

Transcurrió un año.

Lady Isabel Carlyle lo pasó en el continente, refugio para los fugitivos como ella; a veces se trasladaba a una ciudad con su acompañante o se quedaba sola en una residencia. El capitán Levison la dejaba sola la mayoría del tiempo, para ir a París, sobre todo, donde daba rienda suelta a sus apetitos y llevaba la vida que le placía.

¿Como le había ido a lady Isabel? Pues como le va a una dama que cae de su pedestal. No tuvo un momento de calma, de paz o felicidad, desde la noche fatal en que abandonó su casa. En un momento de pasión salvaje, dio un paso a ciegas, y, en lugar del jardín de rosas que su seductor le había prometido (al que, en verdad, ella apenas había prestado atención, pues no era la razón que la impulsaba), se encontró hundida en un abismo de horror del que no podría escapar, nunca más, nunca más, como dice el poeta. En el instante de su huida lo comprendió: la culpa que, al hacer lo que hizo, no se había manifestado asumió su terrible y cruda realidad, el negro color de la oscuridad, y un arrepentimiento de angustia eterna se apoderó de su alma. ¡Así fue! Era una dama, una esposa y una madre. Las damas que sienten la tentación de abandonar el hogar despiertan del sueño. Sean cuales sean las desgracias o tribulaciones de un matrimonio, aunque magnificadas por el desaliento del espíritu que las hace imposible de soportar, hay, no obstante, que soportarlas, tener paciencia y fortaleza y resistir el demonio que incita a huir; soportar hasta la muerte, antes que sacrificar reputación y conciencia. Pues la

alternativa es peor que la muerte.

¡Pobre mujer! ¡Pobre lady Isabel! Había sacrificado marido, hijos, reputación, un hogar y todo lo que tiene valor para una dama; había olvidado su deber con Dios y roto uno de los diez mandamientos por la satisfacción de huir con Francis Levison. En el instante en que la decisión se hizo irrevocable, cuando dejó la verja de East Lynne a sus espaldas, se arrepintió. Incluso en los primeros días de su partida, en los fugaces momentos de abandono, cuando se supone que la culpable olvida su conciencia, el remordimiento la hería con puñales amargos y sabía que su futuro, lo viviera con ese hombre o sin él, sería una oscura travesía de castigo.

Es posible que el arrepentimiento no llegue tan pronto a las esposas que abandonan su hogar como le sucedió a lady Isabel Carlyle; no hace falta recordar que hablamos de mujeres que gozan de la mejor posición.

Lady Isabel estaba dotada de una delicada y refinada sensibilidad, y con una conciencia innata y vívida del bien y del mal. De una naturaleza como la suya no podía esperarse que cayera en el abismo del pecado; de no ser por la fatal convicción sobre su marido, que él y Barbara Hare estaban enamorados, convicción alentada por el capitán Levison, y que ambos la engañaban, no se habría olvidado de sí misma. Así, el fantasma del remordimiento se había introducido en su alma; un fantasma de fuego viviente, que torturaba su corazón. El mundo la despreciaba, cada desdén se convertía en alimento diario, pues se lo había ganado, y eso también oprimía su espíritu doblegado.

Transcurrió, pues, un año; faltaban seis u ocho semanas para el aniversario. Una mañana de julio, lady Isabel entró en la sala de desayuno. Vivían en Grenoble. Pasaron por allí camino de Suiza, a través de la Saboya, y al capitán Levison le había apetecido quedarse. Alquiló una residencia amueblada cerca de place Grenette: una casa grande, con corrientes de aire, puertas y ventanas, chimeneas y armarios, y dijo que allí se quedaría. Lady Isabel se opuso, quería seguir a una ciudad más grande, donde fuera más fácil recibir noticias de Inglaterra. Pero ahora su voluntad no contaba para nada. Era la sombra de su antiguo yo; si cuando emprendió el viaje por el canal con el señor Carlyle quienes la veían decían que estaba enferma, al verla ahora no darían crédito. La tristeza deja huellas en el rostro y el espíritu peores que la enfermedad. Tenía la piel pálida y ajada, las manos delgadas, los ojos hundidos, rodeados de profundas ojeras, como si la angustia le excavara la

cara. Un desconocido habría prescrito un problema de salud, pero ella sabía la verdad: era el efecto del dolor en su mente y su corazón.

Era ya tarde para desayunar, pero ¿para qué levantarse temprano si no tenía nada que hacer durante el día? Lánguidamente tomó asiento en la mesa, justo cuando el criado del capitán Levison, un francés que había contratado en París, entró en la sala con dos cartas.

—¿No hay periódico hoy, Pierre? —preguntó ella.

—*Non*, milady.

¡Y el astuto zorro tenía *The Times* en el bolsillo de la chaqueta! Seguía las órdenes de su amo. El capitán Levison no quería que lady Isabel leyera los periódicos hasta que no los hubiera visto él, y enseguida se verá por qué.

Pierre fue a la habitación del capitán Levison; lady Isabel tomó las cartas y observó la dirección con interés. Sabía que el señor Carlyle no había perdido un instante en solicitar el divorcio, y cualquier día llegaría la noticia de que se lo habían concedido. Lo esperaba con ansiedad, pues quería que el capitán Levison reparara de la única manera posible a su alcance lo que había hecho antes del nacimiento de su hijo; no sospechaba que no tenía la menor intención de cumplir con su honor, como tampoco lo había hecho con otras mujeres a las que había deshonrado. Era dolorosamente consciente de que el hombre por el que se había sacrificado era malvado, pero aún no sabía hasta qué punto.

El capitán Levison, sin afeitarse ni haberse lavado, bajó con una bata descuidada a desayunar; los atildados caballeros presumidos frecuentemente son los más perezosos en el cuidado de su aspecto en privado. Le deseó buenos días en un tono apático y despreocupado, y ella respondió igual.

—Pierre dice que han llegado unas cartas —empezó él—. ¡Qué calor hace hoy!

—Dos —replicó brevemente ella, con un tono igual de descontento.

Si el lector cree que las ardientes expresiones de pasión que caracterizan una prometedor unión duran más de diez meses, está en un error. Los cumplidos, que son lo opuesto a la dulzura, desaparecen antes. Si hay la menor duda, basta comprobarlo.

—Dos cartas —repitió ella—, y las dos con la misma letra. De tu abogado, creo.

Levison levantó la cabeza y agarró las cartas rápidamente. Se alejó hasta

la ventana más distante y allí abrió una y echó un vistazo a su contenido.

Señor Levison:

Le informamos que la demanda de Carlyle vs. Carlyle ha finalizado y se ha concedido el divorcio sin oposición. Según su petición, le informamos de ello.

Saludos,
Moss & Grab

Así pues, todo había terminado. Lady Isabel había perdido toda relación con el apellido Carlyle. El capitán Levison dobló la carta y la guardó en su bolsillo interior.

—¿Noticias? —preguntó ella.

—¡Noticias!

—Del divorcio, quiero decir.

—¡Bah! —replicó el capitán Levison, como queriendo decir que para eso faltaba mucho tiempo. Y procedió a abrir la segunda carta.

Señor Levison:

Tras enviar nuestra anterior carta, recibimos la noticia del fallecimiento de sir Peter Levison, su tío abuelo. Murió esta tarde en la ciudad; había ido al médico para curarse de sus aflicciones. Nos alegra felicitarlo por la herencia del título y de las propiedades, y, si ahora no le resultara conveniente viajar a Inglaterra, nos ofrecemos a realizar cualquier gestión necesaria, siguiendo sus instrucciones.

Saludos,
Moss & Grab
Sir Francis Levison, baronet.

En el exterior de la carta se había sobrescrito, igual que en la otra, «F. Levison, señor», sin duda para que la entrega fuera segura.

—¡Por fin! ¡Maldita sea! —fue la eufónica expresión del caballero, que

arrojó la carta a la mesa del desayuno.

—¿Es el divorcio? —susurró febrilmente lady Isabel.

Levison no contestó y se sentó a desayunar.

—¿Puedo leerla?

—¿Para qué, si no, la he puesto en la mesa?

—Hace unos días hiciste lo mismo y pensé que querías que la leyera, pero, cuando la tomé, te enfadaste y te pusiste a jurar como un verdulero. ¿Lo recuerda, capitán Levison?

—Ya puedes dejar de llamarme así, Isabel. Ese título lo he llevado demasiado tiempo. Ahora tengo uno mejor.

—¿Cuál?

—Léelo tú misma.

Lady Isabel tomó la carta y la leyó. Sir Francis se tomó el café y llamó al criado. Pierre vino.

—Prepárame una muda —dijo, en francés—. Me voy a Inglaterra en una hora.

—Muy bien —dijo Pierre, y fue a cumplir la orden. Lady Isabel esperó a que se fuera, y entonces habló, con las mejillas ligeramente arreboladas.

—¿Lo dices en serio? ¿Vas a irte otra vez?

—No puedo hacer otra cosa —respondió él—. Hay un montón de gestiones que debo hacer ahora que voy a heredar.

—Moss y Grab se ofrecen a hacerlas en tu nombre. Si fuera necesario que fueras a Inglaterra, te lo habrían dicho expresamente.

—Sí, claro, lo dicen para llenarse el bolsillo. Tengo que ir, es esencial. Además, no quiero que entierren al viejo sin mí.

—Entonces debo acompañarte —dijo ella.

—No digas tonterías, Isabel. ¿Acaso no sabes que por tu estado no puedes viajar? Inglaterra, además, ahora no es el lugar más adecuado para ti.

Lady Isabel comprendió que sus objeciones eran sólidas. Al cabo de una pausa, dijo:

—Si vas a Inglaterra, quizá no vuelvas a tiempo.

—¿A tiempo de qué?

—Pero ¿cómo puedes preguntar eso? —exclamó ella, con reproche—. Lo sabes muy bien. A tiempo de casarte conmigo cuando llegue el divorcio.

—Me arriesgaré —dijo fríamente sir Francis.

—¿Te arriesgarás! ¿Arriesgarás la legitimidad de tu hijo? Debes asegurar eso, antes que nada. Sería lo más terrible del mundo para mí, mucho más que...

—Vamos, vamos, no te alteres, Isabel. ¿Cuántas veces debo pedirte que te tranquilices? No te hace bien. ¿Es culpa mía que deba ir a Inglaterra de repente?

—¿Es que no sientes nada por tu futuro hijo? —dijo ella, agitada—. Nada podrá repararlo si dejas que nazca sin apellido. Será siempre un paria, toda su vida.

—Más vale que escribas a los lores para que se den prisa con el divorcio —replicó él—. No puedo hacer nada si se retrasan.

—No ha habido ningún retraso, al contrario. De hecho, el anuncio llegará en cualquier momento.

—Te preocupas por nada, Isabel. Volveré a tiempo.

Se fue mientras así hablaba, y lady Isabel permaneció en la sala, la viva estampa de la desesperación. Pasó una hora, se acordó del desayuno y llamó para que lo retiraran. Entró una doncella, que vio que milady parecía muy nerviosa.

—¿Dónde está Pierre? —preguntó milady.

—Se está preparando para acompañar al señor a Inglaterra.

Apenas había cerrado la puerta y se había llevado la bandeja cuando apareció sir Francis Levison con su maleta, listo para irse.

—Adiós, Isabel —dijo, sin más circunloquios o ceremonia.

Lady Isabel, alterada, fuera de control, puso el pestillo en la puerta para impedirle salir y se interpuso entre él y la puerta. Arrodillada, levantó las manos en señal de súplica.

—Francis, ¿no sientes la menor consideración por mí?

—¿Cómo puedes decir cosas tan absurdas, Isabel? Por supuesto que sí —continuó, en un tono irritado pero paciente, mientras tomaba sus manos y la levantaba.

—No, no, aún no. Me quedaré aquí hasta que me digas que esperarás uno o dos días. Sabes que el pastor protestante francés está listo para casarnos en cuanto llegue la noticia del divorcio; si aún te importo, esperarás.

—No puedo esperar —replicó, con determinación—. Es inútil que me lo pidas.

—Dime que no te irás.

—Puedo decírtelo, si eso te place, y haré lo que sea por contentarte. Isabel, eres como una niña; regresaré a tiempo.

—No creas que te lo pido por mí —dijo ella, casi sin aliento, más nerviosa a cada minuto que pasaba—. Sabes que no es así. No me importa lo que me pase a mí. No, no te irás antes de escucharme. Oh, Francis, lo he dejado todo por ti...

—Levántate, Isabel —ordenó él.

—¡Es por el bien del niño! ¡Por el bien de nuestro hijo! Tiene una larga vida por delante, y si no nos casamos no podrá levantar la cabeza con honor; siempre le reprocharán que nació en pecado. ¡Francis, Francis! Si no tienes piedad de mí, ten piedad al menos de tu hijo.

—Estás perdiendo la razón, Isabel. Falta un mes, y te prometo que volveré antes de que nazca. No, antes de que pasen quince días, porque en una semana habré hecho todo lo que debo hacer en Londres. Déjame pasar. Te lo prometo, y cumpliré mi palabra.

Isabel no se movió: se quedó quieta, y suplicó aún con más energía. Levison se impacientó y, con una combinación de habilidad y fuerza, logró abrir la puerta. Ella lo agarró del brazo.

—No es por mí —repetía, los labios blancos y lívidos.

—No digas más tonterías. Claro que cumpliré mi promesa «por ti». Ahora tengo que irme. Vamos, vamos. Adiós, Isabel. Cuídate.

Se separó de ella, y en un minuto se fue, con Pierre detrás de él. La desgraciada dama tuvo la férrea convicción de que lo veía por última vez, y que sería demasiado tarde.

Y así fue: pasaron meses.

Capítulo 30: Alabanzas mutuas

Llegó el mes de diciembre. Los Alpes estaban cubiertos de nieve; Grenoble les robaba la sombra, y estaba fría, blanca, gélida y resbaladiza. Las anchas cloacas que recorrían la mitad de las calles estaban negras, y la gente se arrastraba al caminar, con expresión deprimente. Cerca del fuego, en una habitación francesa llena de ventanas, puertas y corrientes de aire, con un enorme hogar y una enorme chimenea, en la que cabrían cuatro o cinco chimeneas inglesas, lady Isabel Vane temblaba. Llevaba un gorro de enferma y un grueso chal de lana, pero temblaba y se estremecía sin fin; estaba tan cerca del fuego que corría el riesgo de quemar sus enaguas, y la criada se levantaba cada dos por tres para interponerse entre la ropa y la madera que crepitaba. A lady Isabel parecía importarle poco: permanecía inmóvil y su expresión era la viva imagen de la pétrea desesperación.

Se encontraba así desde que había empezado a sentirse mejor. Había sufrido una larga enfermedad que aún coleaba con fiebre persistente, pero las criadas susurraban que milady pronto mejoraría si se esforzaba en levantarse de la cama. Había conseguido sentarse en una silla, en la habitación de corrientes de aire, pero parecía que le resultaba indiferente salir con vida de allí.

Ese día había cenado pronto, pero había ingerido poco, pues su apetito era escaso. Adormilada en el sillón, oyó un ruido en la planta de abajo, como si un carruaje entrara al patio de vehículos. De repente, se despertó. ¿Sería él?

—¿Quién es? —preguntó a la enfermera.

—Milady, es monsieur, y Pierre está con él. Le he rogado a milady una y otra vez que no se preocupara, que monsieur regresaría, y ahora ya ve que

tenía razón.

Una expresión extrañamente firme, que denotaba una severa resolución, se pintó en el rostro de lady Isabel. Como si dijera que no se «preocupaba» del hombre que acababa de llegar, o que, en cualquier caso, ahora no se preocupaba.

—¡Calma y paciencia! —se dijo en voz baja—. ¡Que no me abandonen, ahora que ha llegado el momento!

—¡Monsieur tiene muy buen aspecto! —exclamó la doncella, asomada a la ventana—. Acaba de bajarse del carruaje, se sacude el abrigo y golpea el suelo para sacudirse el frío.

—Puedes irte, Susanne —dijo lady Isabel.

—Pero ¿y si se despierta el niño, milady?

—Ya te llamaré.

La chica se fue y cerró la puerta, y lady Isabel se quedó mirándola, paciente. Al cabo de un instante, la puerta se abrió.

Sir Francis Levison se acercó a saludarla. Ella lo apartó y le suplicó, con calma, que no se acercara, pues cualquier excitación podía causarle un desmayo. Él se instaló en una silla frente a ella y recolocó con la bota la madera que ardía en la chimenea mientras explicaba que no había podido abandonar antes Inglaterra.

—¿Para qué has venido? —dijo ella.

—¿Que para qué he venido? —repitió él—. ¿Ese es el agradecimiento que recibo, después de viajar con este tiempo tan horrible? Pensé que, al menos, te alegrarías de verme, Isabel.

—Sir Francis —le interrumpió, hablando con esa calma casi sobrenatural, si bien los cambios frecuentes en su expresión y los movimientos de sus manos, que llevaba al pecho para aplacar su corazón, indicaban el gran esfuerzo que le costaba—, Francis, me alegro de verte por una razón: debemos llegar a un acuerdo, y en ese sentido me complace que estés aquí. Mi intención era comunicarme contigo por carta, en cuanto tuviera fuerzas, pero tu visita lo hace ahora innecesario. Quiero que hablemos con franqueza, sin mentiras ni ocultación. Espero que hagas lo mismo.

—¿Qué quieres decir con un «acuerdo»? —dijo él mientras acababa de colocar los troncos a su gusto.

—Me refiero a que debemos ser sinceros el uno con el otro, aunque nunca haya habido honestidad entre nosotros.

—No te entiendo, Isabel.

—La verdad, pura y dura, sin adornos ni disimulos —insistió ella, sin dejar de mirarlo—. Así ha de ser.

—Por supuesto que sí, de todo corazón —respondió sir Francis—. Eres tú quien ha empezado con exigencias, sin embargo.

—Cuando te fuiste, el pasado mes de julio, me prometiste, por lo más sagrado, que volverías a tiempo para casarte conmigo; y sabes perfectamente a qué me refiero con eso. Pero...

—Por supuesto que, cuando me comprometí, tenía intención de hacerlo —interrumpió él—. Pero, cuando llegué a Londres, la cantidad de gestiones que tuve que afrontar era abrumadora, y no podía irme de ninguna manera. Incluso ahora no puedo quedarme más que un par de días, pues me veo obligado a volver a la ciudad.

—Ya has roto tu promesa —dijo ella, después de escucharlo tranquilamente—. Tus palabras no dicen la verdad, mienten. No tenías intención de regresar a tiempo para casarte, o de otro modo te habrías preocupado de hacerlo antes de irte.

—¡Qué imaginación! —dijo Francis Levison despectivamente.

—Un tiempo después de que te fueras —prosiguió Isabel, sin alterarse—, una criada, después de ordenar la ropa en tu armario, me trajo una carta que encontró en un bolsillo de tu traje. Por la fecha, vi que era una de las dos cartas que recibiste la mañana de tu viaje. En ella tus abogados te anunciaban que el divorcio estaba confirmado.

Hablaba tan calmada, sin un ápice de pasión o reproche, que sir Francis se quedó agradablemente sorprendido. Así, quizá, no le resultaría tan difícil quitarse la máscara, pero, al oír que conocían la carta, y que la falsedad de sus promesas quedaba terriblemente a la vista, se puso de mal humor, y eso que, de por sí, era un hombre de temperamento irritable. Lady Isabel continuó:

—Habría sido mejor que me hubieras desilusionado entonces: que me hubieras dicho que la esperanza que yo abrigaba por el bien de nuestro hijo aún no nacido estaba destinada a la decepción más absoluta.

—No me pareció aconsejable —dijo él—. Estabas en un estado muy excitable, y pensé que te habría impedido prestar atención a ningún

razonamiento lógico.

Su corazón latió más rápido, pero se obligó a calmarse:

—¿Crees que no hubiera sido razonable que aspirara a ser la esposa de sir Francis Levison?

Él se levantó y atizó los leños del fuego, con el tacón de la bota, esta vez.

—Bueno, Isabel, deberías saber que para un hombre de mi posición sería un enorme sacrificio casarme con una mujer divorciada.

Las mejillas de lady Isabel se tiñeron de rojo, pero siguió hablando con voz tranquila:

—El «sacrificio» que esperaba, o deseaba, no era para mí, ya te lo dije en su momento. Pero no lo hiciste, y ahora el futuro que le dejas a tu hijo es de vergüenza y de pecado. Ahí lo tienes.

Sir Francis se giró a medias hacia el rincón que lady Isabel señalaba, y vio la cuna del bebé al lado de la cama. No se molestó en ir a verlo.

—Ahora soy el representante de un título noble y respetado —prosiguió, casi excusándose por sus duras palabras— y convertirte en mi esposa sería una ofensa para toda mi familia, que...

—Calla —dijo lady Isabel— no hace falta que te esfuerces en darme excusas innecesarias. Si hubieras venido a casarte conmigo hoy, si me lo hubieras propuesto hoy mismo y venido con un cura para que oficiara la ceremonia, no serviría de nada. El daño que has causado a tu hijo jamás podrá repararse, y en cuanto mí no puedo imaginar un destino más cruel en la vida que verme obligada a vivirla contigo.

—No puedo remediar que me odies tanto —dijo él, tranquilamente, y en secreto felicitándose por ahorrarse el problema que tanto temía—. Ya organizaste un escándalo antes, acerca de la supuesta «reparación» que te debía.

Lady Isabel sacudió la cabeza.

—Todas las reparaciones que estén en tu mano hacer, todo lo que el mundo entero pueda inventar, no podría borrar mi pecado. Las consecuencias pesarán sobre mi espíritu para siempre.

—¡Pecado! —Esa fue la desdeñosa exclamación—. Las damas deberíais pensarlo antes.

—Sí —dijo ella, tristemente—. Que el cielo nos perdone y ayude a quien

sienta la tentación en la que yo caí.

—Si es un reproche, no me lo merezco —replicó sir Francis, que no solía controlar sus ataques y al que le importaba un ardite ofender los sentimientos de su interlocutora bajo los efectos de su mal humor—. La tentación de pecar, como tú dices, no solo se debió a mi capacidad de persuasión, sino al convencimiento de que te estaba engañando, y a tus celos.

—Es cierto —dijo ella.

—Y, por lo que creo, te equivocabas, Isabel: tal vez te satisfaga saberlo. Puesto que es hora de ser sinceros, más vale no suavizar las cosas.

—No te entiendo —dijo ella mientras se envolvía en el chal, pues empezaba a temblar—. ¿Qué quieres decir con que me equivocaba?

—Me refiero a tus celos de la muchacha de los Hare. Celos terribles, ofendida porque tu esposo se hubiera fijado en ella.

—Sigue.

—Solo digo que creo que te equivocabas. Carlyle jamás pensó en esa muchacha de esa manera.

—¿Cómo? —exclamó ella.

—Tenían un secreto, sí, pero no era de amor. Era un asunto privado, algo relacionado con ellos, pero nada más. Las entrevistas que mantenían, cuando ella iba a verlo, tenían que ver con ese asunto, y solo con eso.

El rostro de lady Isabel estaba arrebolado, más que al principio de la conversación. Levison hablaba con calma, como si debatiera algo razonable; actuaba así cuando su temperamento amenazaba con hacerle perder los estribos. Cuanto más tranquilo, más herían sus palabras. No tenía necesidad de decírselo, pero lo dijo de todos modos.

—¿De qué secreto se trataba? —preguntó ella, en voz baja.

—No lo sé. No me contaron tanto, y ni a ti te lo dijeron. Pensándolo bien, si lo hubieran hecho, quizá las cosas no habrían terminado así... Hay un secreto vergonzoso que amenaza la reputación de la familia Hare, y Carlyle estaba averiguando cosas sobre eso para la señora Hare. Como ella no podía ir a ver a Carlyle, mandaba a la joven. Es todo lo que sé.

—¿Cómo lo sabías?

—Tenía motivos para saberlo.

—¿Qué motivos? Dímelos.

—De vez en cuando oía fragmentos de sus conversaciones, y saqué mis conclusiones.

—A mí me dijiste algo muy distinto —dijo ella que lo miraba indignada. Sir Francis se echó a reír.

—Todo vale en el amor y en la guerra.

Lady Isabel no se atrevió a contestar, por si perdía el control, y hubo un silencio. Sir Francis lo rompió al señalar la cuna con el pulgar izquierdo.

—¿Qué nombre le has puesto?

—El que debería haber sido el suyo: «Francis Levison» —fue la gélida respuesta.

—Veamos, ¿cuántos meses tiene?

—Nació el último día de agosto.

Sir Francis levantó los brazos y se estiró, como si de repente le hubiera entrado mucha pereza; luego se acercó a la cuna y movió un poco las sábanas, para verlo.

—¿A quién se parece, Isabel? ¿Es guapo, como yo?

—Si se pareciera a ti en espíritu, rezaría para que muriera antes de que pudiera hablar o pensar —exclamó ella. Y luego, al recordar la resolución que había adoptado, volvió a concentrarse en mantener la calma.

—¿Qué más? —replicó sir Francis—. A estas alturas, ya sabes cómo soy, Isabel, así que si empiezas con mezquindades te las haré pagar con intereses.

Isabel no respondió. Sir Francis volvió a colocar las sábanas sobre el niño dormido, volvió a la chimenea y se quedó de pie, dándole la espalda.

—¿Sabes si han preparado mi dormitorio? —preguntó.

—No —respondió ella—. Esta casa ahora es mía: la he transferido a mi nombre, y no volverás a alojarte aquí. ¿Te importaría acercarme ese maletín? Yo aún no tengo fuerzas para levantarme.

Sir Francis fue hacia la mesa que indicaba, al otro extremo de la gran habitación, tomó el maletín y se lo entregó.

Lady Isabel alcanzó las llaves que había en su mesita de noche, abrió el maletín y sacó algunos billetes.

—Recibí lo que me enviaste hace un mes —dijo—. Por correo.

—Y no tuviste la amabilidad de darme las gracias —replicó él, medio burlón.

—Cuarenta libras. Esa era la cantidad, ¿no es cierto?

—Eso creo.

—Permíteme que te las devuelva. Cuéntalas.

—¿Por qué me las quieres devolver? —preguntó sir Francis, asombrado.

—Porque no quiero tener nada más que ver contigo, de ninguna manera. No me hagas esperar, me duele el brazo si tengo que tenderlo tanto rato. Tómalas.

Sir Francis tomó los billetes y los puso sobre la mesita, a su lado.

—Si deseas poner fin a nuestra relación, que así sea —dijo él—. Confieso que me parece lo más inteligente, tal y como ha ido todo, porque esta vida de peleas constantes no me parece nada agradable. Recuerda que es porque tú quieres, no porque yo te haya pedido nada. Pero no pienses que voy a permitir que te mueras de hambre, Isabel. Te haré llegar una cantidad cada seis meses, una suma que acordemos los dos amigablemente, y...

—¿Por favor, no digas más! —le interrumpió ella, vehemente—. ¿Por quién me tomas?

—¿Que por quién te tomo? Pero ¿cómo vas a vivir? No tienes dote, ni dinero. Alguien tendrá que ayudarte.

—Quizá, pero no aceptaré tu ayuda. Si el mundo me da la espalda, y ni extraños ni amigos me apoyan, y no tengo manera de ganarme el pan y debo seguir viviendo, antes le pediría un favor a mi marido que a ti. Eso debería convencerte para que no vuelvas a hacerme esa oferta.

—¿Tu marido? —replicó sarcásticamente el generoso sir Francis.

Isabel enrojeció de vergüenza.

—Debería haber dicho mi exmarido. No hace falta que me recuerdes mi error.

—Si no quieres nada para ti, me parece bien. Pero tienes que aceptar mi ayuda para el niño. Él, al menos, en parte es responsabilidad mía. Te daré unos cientos de libras al año para su educación.

Isabel agitó las manos frente a ella, como si quisiera transmitir el rechazo que sentía por el hombre que tenía delante y por sus palabras.

—Ni un penique, ni ahora ni nunca. Si tratas de enviarme dinero para él, lo arrojaré al río más cercano. ¿Por quién me tomas? ¿Qué has pensado que soy? —repitió, y recobró fuerzas en medio de su amarga mortificación—.

Aunque me hayas arrastrado a lo más bajo, sigo siendo la hija de lord Mount Severn.

—Tú también pusiste de tu parte para arrastrarte, y...

—¿Acaso crees que no lo sé? ¿No te lo he dicho ya? —lo interrumpió duramente. Y se sentó, trató de calmarse y se aferró las manos temblorosas.

—Bueno, si persistes en esta absurda decisión, no puedo evitarlo —dijo sir Francis—. Dentro de algún tiempo probablemente te arrepientas, y en ese caso solo tienes que mandar una nota a mis banqueros y...

Lady Isabel se enderezó.

—Por favor, llévate esos billetes —le interrumpió sin dejarle terminar la frase.

Sir Francis sacó su billetera, tomó los billetes y los introdujo en ella.

—Tu ropa, la que dejaste aquí cuando te fuiste a Inglaterra. ¿Te importaría decirle a Pierre que se la lleve esta tarde? Y creo que eso es todo, sir Francis. Ahora nos separaremos.

—¿Para siempre? ¿Seremos enemigos a partir de ahora? —preguntó él—. ¿Así serán las cosas?

—Seremos extraños —replicó ella, para corregirlo—. Te deseo que pases un buen día.

—¿Cómo! ¿Ni siquiera me estrecharás la mano, Isabel?

—Preferiría no hacerlo.

Y así se despidieron. Sir Francis salió de la habitación, pero no abandonó la casa. Fue a una sala e hizo llamar a los criados. Solo había dos, le dio a cada uno un año de salario por adelantado, «para que no molestaran a milady pidiéndoselo». Luego fue a ver al propietario del alojamiento y dejó pagado un año de renta anticipada, y le dijo lo mismo. Después, se fue a un hotel y cenó, y esa misma noche él y Pierre regresaron a Inglaterra. Sir Francis dio las gracias a su buena fortuna por haberse deshecho tan fácilmente de una situación de lo más engorrosa.

¿Y lady Isabel? Pasó la velada sola, sentada en el mismo lugar, cerca del fuego y de las chispas. La criada le dijo que milady se quedaba despierta hasta muy tarde, y que eso era malo para su salud, pero milady le pidió que saliera de la habitación, y se llevara con ella su regañina.

Jamás había experimentado un arrepentimiento tan vívidamente como

aquella noche, nunca su posición actual y futura se le representaba con colores tan negros. Los hechos se erigían frente a ella, desnudos y sin adornos. Había abandonado a su marido, a sus hijos y su hogar; había arrojado su reputación y su vida por la borda, había ofendido deliberadamente a Dios. ¿Qué había ganado a cambio? ¿Qué era? Una pobre paria, una de esas mujeres que dan pena a los hombres y de las que se apartan las mujeres; una criatura miserable y sin amigos, que en adelante se vería obligada a ganarse el pan que ella, y los que de ella dependían, pudiera comer, la ropa que tenía que ponerse, el techo sobre sus cabezas, el carbón para calentarse. Poseía unas pocas joyas de valor, regalos de su padre y de su madre, que se había llevado de East Lynne; no tenía nada más, pues había dejado allí las joyas que el señor Carlyle le había regalado. Su intención era revenderlas para vivir de ellas. Calculaba que, llevando una vida frugal, le durarían unos doce o dieciocho meses; después, debía encontrar una fuente de ingresos. Dejaría que alguien cuidara al niño, se cambiaría el nombre y buscaría trabajo en una familia francesa o alemana como institutriz: eso pensaba hacer.

Antes, la noche en que se había ido de casa, una confusa idea de venganza animaba su espíritu y la empujaba a la desesperación. Su intención era vengarse del señor Carlyle por su supuesto comportamiento. Pero ¿qué venganza había traído esa decisión? Cuando abrió los ojos a la locura que acababa de cometer, y a la verdadera naturaleza de Francis Levison, se apagó en proporción a la falta con que su marido la había ofendido. La veía menos grave, con colores más suavizados; sospechaba, no, sabía, que sus sentimientos excitados la habían magnificado en longitud, tamaño y altura. Había convertido un guijarro en una montaña, y antes de que el escándalo de sus actos hubiera abandonado la lengua de los hombres, y de que el señor Carlyle hubiera separado su nombre del de ella, ya se había arrepentido del paso que había dado, y ansiaba, aunque era imposible, volver a su lado y ser de nuevo su mujer. Recordaba sus cualidades más nobles, por partida doble, pues ya no podía considerarlas suyas; recordaba lo felices que habían sido, a excepción del tormento que ella se había infligido respecto a Barbara Hare, y, lo peor de todo, recordaba cómo su estima, su admiración y afecto por él, el señor Carlyle los había devuelto multiplicados por cuatro. No sabemos el verdadero valor de las cosas hasta que las perdemos. Salud, prosperidad, felicidad, una conciencia feliz y tranquila: ¿prestamos atención a estas

bendiciones cuando las tenemos? Pero, ¡ay, cuando las perdemos! Entonces miramos atrás sorprendidos de nuestra apatía desagradecida. Apreciamos al amigo, pero no sabemos cuánto hasta que desaparece; si es para siempre, el dolor es mayor de lo que podemos soportar. *Ella* había perdido al señor Carlyle, y de eso era la única culpable; lo había apartado de sí, y ahora debía hacer frente a su situación de la mejor manera posible, aunque probablemente pasaría la vida añorándolo a él y a sus hijos. La insinuación que sir Francis había dejado caer malévolamente, que sus sospechas eran infundadas, que sus celos no tenían razón de ser, no mitigaron su arrepentimiento. No sabía si tenía razón o no, pero reflexionó sobre ello largo rato. Era posible que sir Francis lo hubiera dicho para molestarla, pues conocía su temperamento, y él era capaz de eso y más. Pero si tenía razón... ¡qué increíblemente estúpida había sido!

Su reciente enfermedad, la convicción de que sir Francis era un ser prescindible, la terrible posición en la que se encontraba; todo confluía en lady Isabel para pensar con gravedad en su vida. No es el tipo de reflexión al que apelamos cuando vivimos en el mundo, sino más bien la que, casi por necesidad, hace aquel cuya vida en el mundo ha terminado y ya no siente interés por este mundo o el otro. La convicción de su pecado le oprimía el alma; no solo le oprimía el mero acto, obvio a ojos de los que la criticaban, sino la larga y pecaminosa vida que había llevado desde su infancia. Pecaminosa porque había sido despreocupada e indiferente. Al pensar en el futuro, en la necesidad de prepararse para ello, le asaltaban esos momentos extraños que alcanzan a los peores de nosotros, y se habría contentado con dejarlo en un futuro indefinido, hasta que, en el lecho de muerte, llegara el momento de arrepentirse. Pero ahora le acometía la verdad, cada vez más lúcida y clara día a día.

Se reclinó sobre el cojín y siguió pensando. Estiró su mano cansada hacia la Biblia, que raras veces leía, excepto cuando lo marcaba el calendario, y más por obligación y deber que por piedad y consuelo. La abrió en un capítulo determinado y leyó algunas líneas; las había leído y releído, pues esperaba que la misericordia se derramara sobre su espíritu atormentado: «No te condeno; ve y no peques más».

Había mucho por lo que pedir perdón: una vida de apatía, errores y pecado. ¿Podría el futuro compensar su arrepentimiento con un pasado como

el suyo? Buscó algunas palabras más, que no sabía dónde estarían: «Si un hombre viene conmigo, que soporte su cruz diariamente, y me siga». ¡Qué cruz debía soportar ella! Pero debía hacerlo, y lo haría, con la bendición de Dios. ¡Ah! ¿Había llegado tan lejos para poder pedir tanto? A partir de ahora, cada día y cada hora aceptaría esa cruz, la soportaría lo mejor que pudiera. Se había ganado su peso y su dolor, y no debía apartarse de su condena. Esa noche, por primera vez, una visión flotó en su mente: una visión muy lejana y difusa de la vergüenza, el arrepentimiento y el dolor de su maltrecho corazón, que dejó lugar a algo parecido a la paz.

Por fin llamó a Susanne, que estaba adormilada y enfurruñada. Milady no sabía que en el reloj de Notre-Dame había dado la medianoche. ¡Y la infusión de milady estaba fría como el hielo! Estaba claro que milady quería irse a la tumba.

Milady le replicó que, por el momento, quería retirarse a dormir, si Susanne le hacía el favor de ayudarla a desvestirse. Así lo hizo la doncella, y no dejó de ofrecerle algún que otro jugoso cotilleo; era comprensible, pues ese día la curiosidad de Susanne y de la otra criada se había excitado sobremanera.

Debía ser por un asunto grave que monsieur tuviera que regresar tan pronto como había llegado. ¡Tantas millas, tantas carreteras frías y largas, y luego subirse a ese abominable artefacto de hierro y vapor, y cruzar el mar terrible! Una vez, cuando vivía con una familia en París, Susanne fue un domingo de excursión de placer a Dieppe, una excursión por mar, y las malvadas harpías le impulsaron a decir sí. ¡Ah, su pobre corazón! ¡Ah, señora! Jamás lo olvidaría. Había tomado la mejor cena de su vida, y no pudo retenerla en su estómago. Lo pensaba, ¡y se ponía de los nervios! ¡Ya podían servirle fromage de *cochon* y una copa de vino de Burdeos, los bocados más apetitosos que milady podía imaginar! Cada vez que recordaba esas tres terribles horas en el mar se le iba el apetito. Aún podía oír sus propios gemidos, y ver el estado en el que quedó su precioso vestido verde cuando bajó a tierra. ¡Y su gorrito! Y pensar que monsieur había aguantado todo eso, además del viaje, solo para una hora. Pauline creía que debía haber recibido alguna mala noticia que le exigía regresar, y sin duda pronto volvería. ¿Cuándo pensaba milady que iba a volver monsieur?

Milady le dijo que, por favor, no hablara tanto ni tan rápido, y Susanne se

encogió de hombros, en un éxtasis de decepción. Le había dicho a Pauline, alardeando, que se enteraría de todo, aunque Pauline, sepultada en la cocina y la despensa, entre cacerolas y marmitas, no tenía más remedio que creerla, pues ¿de qué otra manera, si no era de segunda mano, averiguaría lo que había pasado?

Cuando lady Isabel se echó a descansar, se sumió en un sueño más tranquilo del que últimamente había disfrutado. También soñó: que volvía a East Lynne, no como si hubiera *vuelto*, esto es, sino como si nunca se hubiera ido. Paseaba por el jardín con el señor Carlyle, y sus tres hijos jugaban en la pradera. Entrelazaba su brazo al de su marido, y este le contaba algo. No recordaba qué, excepto que se relacionaba con la oficina y el señor Dill, y el señor Carlyle se reía al contarlo. Les interrumpía el llanto de Archibald, y, al volverse hacia el niño para preguntarle qué pasaba, se despertó. El llanto de su propio hijo la había despertado, el último recién llegado, la pobre criatura que dormía en la cunita a su lado. Durante un instante, sin embargo, había olvidado su vida actual, y creía haber estado en su feliz hogar en East Lynne, y era una madre orgullosa y una esposa honrada. Cuando la memoria del sueño recorrió su mente con sus puñales, no pudo evitar emitir un agudo grito de agonía y desesperación.

Capítulo 31: Sola para siempre

Una sorpresa esperaba a lady Isabel Vane. Sucedió un día de viento, el mes de marzo siguiente, cuando un viajero llegó a Grenoble y preguntó a su porteador por el mejor hotel de la ciudad. Su dominio de la lengua francesa delataba que era inglés.

—¿Hotel? Vamos a ver —dijo el porteador, con educación, pero con indiferencia nativa—. Hay dos buenos hoteles cerca el uno del otro, y monsieur estaría cómodo en cualquiera de ellos. Uno se llama Trois Dauphins, y el otro Hôtel des Ambassadeurs.

Monsieur escogió el Hôtel des Ambassadeurs, y allí lo llevaron. A su llegada, preguntó por la place Grenette, y le ofrecieron un guía para que lo acompañara, pero prefirió ir solo. Encontró el lugar, y se dirigió al apartamento donde se alojaba lady Isabel Vane.

La dama estaba sentada como el pasado mes de diciembre, en el mismo lugar, buscando el calor del fuego, y, al parecer, también las chispas que saltaban, porque parecían desearla tanto como ella a las llamas. Era sorprendente que escapase a la combustión. Al mirar la habitación, se pensaría que había transcurrido un día; tenía el mismo aspecto. Todo estaba igual, con la cunita del bebé en el rincón, parcialmente oculta por las cortinas, con el niño dormido. El progreso de recuperación de lady Isabel había sido desigual, como sucede cuando sufre tanto el cuerpo como el alma. Estaba sentada en un sillón cuando entró Susanne y anunció que un *monsieur anglais* había llegado a la ciudad para verla y esperaba abajo, en el salón.

Lady Isabel se sorprendió. ¡Un caballero inglés venía a verla! ¡A ella!

Era inglés, le aseguró Susanne, porque no se le entendía bien cuando hablaba francés.

¿Quién podría querer verla? ¡Si estaba sola en el mundo, olvidada!

—¡Susanne! —exclamó, pues se le ocurrió de repente—: ¿Es sir Francis? ¿Es monsieur?

Susanne le respondió complaciente que no era monsieur en absoluto. Era un señor inglés alto y amable, orgulloso y noble, que parecía un príncipe.

Cada latido en el cuerpo de lady Isabel saltaba rebelde, y su corazón quería escapar de su pecho. Estaba alterada. «Alto y amable, orgulloso y noble». ¿Acaso esa no era la descripción del señor Carlyle? Qué idea más extraña y antinatural: no podía habersele ocurrido en un momento de mayor calma. Se levantó, avanzó tambaleándose por la habitación y se dispuso a bajar. Susanne, al verla, se puso a hablar sin rodeos.

¿Milady ha perdido el sentido? ¿Cómo se le ocurre bajar las escaleras! Seguro que se cae, y eso sería el final. Milady sabe que el último peldaño es de plomo y, si se golpea allí la cabeza, terminará sin cabeza. Milady tiene que quedarse sentada, y Susanne traerá al caballero a la habitación. ¿Qué importa que entre en su dormitorio? No es ningún jovencito, sino un respetable señor de cincuenta años, por lo menos, y peina canas.

Eso aclaraba la cuestión: el caballero no era el señor Carlyle, y el corazón de lady Isabel se calmó. Al instante, se reía en su fuero interno, con una burla amarga por su locura momentánea. ¡Pensar que el señor Carlyle viniera a verla a ella! ¡A ella! Francis Levison habría mandado a un encargado, quizá, para insistir sobre la cuestión del dinero; de ser así, no quería verlo.

—Baja y que el caballero te diga su nombre, Susanne, y de dónde viene.

Susanne desapareció y regresó con el caballero. Si le había indicado que podía seguirla o se había tomado esa libertad, poco importaba: allí estaba. Lady Isabel lo vio y se tapó la cara con las manos. Era lord Mount Severn.

—¿Cómo has sabido dónde estaba? —preguntó, después de saludarse dolorosamente.

—Fui a ver a sir Francis Levison y le pedí tu dirección. Algunos hechos recientes me hicieron pensar que os habíais separado, y, por tanto, pensé que era el momento de interesarme por lo que había hecho contigo.

—Desde el pasado mes de julio —dijo mientras levantaba su pálido

rostro—. No pienses lo peor de mí. Estuvo aquí en diciembre una hora, una entrevista en la que hubo mutuos reproches, y desde entonces nos hemos separado.

—¿Qué has sabido de él últimamente?

—Nada. No sé lo que pasa en el mundo que he dejado atrás. No recibo periódicos ni correspondencia, y él no sería tan atrevido para escribirme.

—Entonces no te entristecerán las noticias que traigo —repuso lord Mount Severn.

—Lo que más me entristecería es tener que volver a verlo —respondió lady Isabel.

—Se ha casado.

—¡Que Dios se apiade de su pobre esposa! —dijo lady Isabel.

—Se ha casado con Alice Challoner.

Levantó la cabeza, sorprendida.

—¿Con Alice? ¿No con Blanche?

—Dicen que se ha portado muy mal con Blanche. Que la había frecuentado, y dado motivos para pensar que la pediría en matrimonio; repentinamente, pidió la mano de su hermana menor. No sé los detalles. No sabía nada hasta que un día, en el club, vi que se anunciaba el matrimonio para el día siguiente, en la iglesia de Saint George. Fui allí por la mañana, antes que él.

—¡No irías para detener el matrimonio! —dijo sin aliento lady Isabel.

—Por supuesto que no. No podía impedirlo. Simplemente fui a que me respondiera qué había hecho contigo y dónde estabas. Me dio esta dirección, pero me dijo que, desde el mes de diciembre, no sabía nada de ti.

Hubo un largo silencio. El caballero parecía reflexionar al tiempo que contemplaba la habitación. Isabel estaba sentada, con la cabeza hundida sobre el pecho.

—¿Por qué has venido? —dijo de repente—. No me lo merezco. Ya he atraído suficiente desgracia y vergüenza a tu nombre.

—Y al de tu marido, y a tus hijos —replicó él severamente, pues no estaba en la naturaleza del conde de Mount Severn eludir la culpa—. Sin embargo, como tu pariente de sangre más cercano, debo cuidar de ti ahora que estás sola; hasta donde esté en mi mano, trataré de que no caigas más bajo.

Podría haberle ahorrado ese desprecio, pero ella no entendía sus palabras. Lo miraba y se preguntaba qué quería decir.

—No tienes un chelín —resumió—. ¿Cómo te propones vivir?

—Tengo aún algo de dinero. Cuando...

—¿Su dinero? —interrumpió altivamente el conde.

—¡No! —replicó indignada lady Isabel—. Voy a vender mis joyas. Antes de que se me acabe el dinero, trataré de ganarme la vida. Probablemente dé clases.

—¡Joyas! —repitió lord Mount Severn—. El señor Carlyle me dijo que no te llevaste nada de East Lynne.

—Nada de lo que él me regaló. Eran mías antes de mi matrimonio. ¿Has visto al señor Carlyle? —preguntó, desfallecida.

—¡Que si lo he visto! —repitió indignado el conde—. Cuando un miembro de mi familia asesta un golpe así, lo menos que podía hacer era presentar mis respetos al señor Carlyle, y disculparme. También fui con otro objeto: averiguar qué había causado tu conducta; cuando me lo dijeron, pensé que te habías vuelto loca. Era la última persona que podía imaginar que se comportaría así. Pero no pude averiguar nada, y Carlyle tampoco sabía por qué te fuiste. ¿Cómo pudiste hacer algo así?

Lady Isabel bajó aún más la cabeza, y sus mejillas arreboladas denotaban su vergüenza. Debió haber sido un golpe duro para el señor Carlyle, y esas palabras manifestaban con qué amarga intensidad. Mount Severn estudió su rostro arrepentido.

—Isabel —dijo, con un tono que había perdido dureza; era la primera vez que la llamaba por su nombre de pila—. Veo que estás sufriendo por tus acciones. Dime qué sucedió. ¿Qué demonio te impulsó a entregarte a ese ser despreciable?

—Lo es. Es un hombre malvado, vil, bajo y sin corazón.

—Te advertí, al principio de tu matrimonio, que debías evitarlo; te aconsejé que no coincidieras con él, si era posible. Que no lo admitieras en tu casa.

—No fue culpa mía que viniera a East Lynne —susurró—. Fue el señor Carlyle quien lo invitó.

—Lo sé. Lo invitó con confianza, convencido de su esposa, una mujer de

honor en la que podía confiar —replicó Mount Severn, severamente.

Isabel no replicó. ¿Qué podía decir? Permaneció sentada, con su dócil rostro arrebolado y los párpados caídos.

—Si una esposa gozó de un buen marido, en todos los sentidos, eras tú, y ese marido era Carlyle. Si alguna vez hubo un hombre enamorado de su mujer, era él. ¿Cómo pudiste portarte así?

Isabel se envolvió en el chal, con dedos que no sentían nada.

—Leí la nota que le dejaste a tu marido. Me la mostró: creo que ha sido al único que se la ha enseñado. Le resultaba inexplicable, y también a mí. Alguien le dijo, después de tu huida, que su hermana había ensombrecido tu espíritu en East Lynne, y, de ser así, le dolía que no hubieras confiado en él, porque él se habría ocupado de arreglarlo. Pero era imposible; había otros indicios, además de la nota, de que la presencia de la señorita Carlyle en East Lynne era tu excusa para atraer la desgracia sobre nosotros, y para arruinarte.

—No hablemos de *eso* —dijo lady Isabel, débilmente—. No puedo cambiar el pasado.

—Pero yo tengo que hacerlo. He venido a eso —insistió el conde—. No podía hacerlo mientras estuvieras con ese hombre. Cuando le pasa algo así a una mujer es deber del padre descubrir las causas, aunque los hechos ya sean, como es tu caso, irreparables. Tu padre ya no está, pero yo ocupo su lugar.

Lady Isabel empezó a llorar, en silencio. El conde siguió hablando:

—Si no fuera por esa nota incomprensible, imaginaría que el motivo por el que te fuiste fue un loco enamoramiento por ese desgraciado de Levison. Pero tus palabras en la misiva denotaban algo distinto. ¿A qué te referías cuando decías que tu esposo te había empujado a ello?

—Él lo sabe —respondió Isabel, en un hilo de voz.

—No es cierto —replicó muy serio Mount Severn—. No hay hombre sobre la faz de la Tierra más sincero y honorable que Carlyle. Cuando me dijo, presa del dolor, que no entendía remotamente a qué te referías, me habría jugado el título a que decía la verdad. Y aún ahora lo apostararía.

—Creía —empezó Isabel, en voz baja; sabía que no podría evadir las preguntas de lord Mount Severn cuando deseaba obtener una respuesta, y estaba demasiado débil, tanto en cuerpo como en espíritu, para resistirse—. Creía que ya no me amaba; que me había dejado por otra.

El conde se la quedó mirando.

—¿Cómo que te había dejado? Vivía contigo.

—El corazón se va y el cuerpo se queda —murmuró ella.

—¡Y un demonio! —replicó lord Mount Severn—. Tanto Carlyle como yo interpretamos la nota como un reproche celoso; le pregunté a Carlyle, de hombre a hombre, ¿me oyes, Isabel?, si te había dado motivos para estar celosa. Me juró por Dios que no, que jamás te había engañado. Que siempre te había sido fiel, de pensamiento, acción y palabra. Que jamás, hasta donde podía recordar, había mirado a otra mujer con deseo desde que te convertiste en su esposa, que solo pensaba en ti, a todas horas. Es más de lo que muchos maridos pueden decir —terminó significativamente lord Mount Severn.

El corazón de Isabel latía como un animal salvaje. Empezaba a abrirse paso en su cerebro la convicción de que era cierto lo que decía Mount Severn, y que sus propios celos y su ceguera, infundados, la habían conducido por la senda del error.

—Después de eso, solo pude pensar que tu carta era un subterfugio —prosiguió el conde—. Una súplica falsa y descarada para ocultar tu verdadero motivo, y así se lo dije a Carlyle. Le pregunté cómo es que no se había dado cuenta de la secreta relación que había entre tú y esa bestia, estando como estaba alojado en su casa. Replicó que no se le había pasado por la cabeza. Que había depositado su total confianza en ti y que creía en ti a ciegas, sin ocurrírsele un instante lo que después sucedió.

Lady Isabel se retorció las manos, angustiada, hasta que le dolieron. Ni así pudo acallar el dolor de su corazón.

—Carlyle me dijo que había estado más ocupado de lo habitual durante la estancia de ese hombre en su casa. Además de sus quehaceres diarios, se había implicado en un asunto secreto de una familia del vecindario, y se veía obligado a verlos repetidamente tras su jornada de trabajo. Dijo que eran viejos conocidos suyos, amigos de la familia Carlyle, y que el secreto le angustiaba tanto como a ellos. Le dije que, quizá por eso, se le pasó por alto lo que sucedía en su casa. Me dijo que la noche de la catástrofe debía ir contigo a una cena, pero que surgieron circunstancias relacionadas con ese secreto que no podía eludir y que le obligaron a reunirse con dos caballeros en su despacho, y recibirlos sin que lo supieran sus empleados.

—¿Te dijo...? ¿Llegó a mencionar el nombre de la familia? —preguntó lady Isabel, con los labios blancos como el papel.

—Sí, pero lo he olvidado. ¿Hart? ¿Hoard? Algo así.

—¿Era Hare?

—Exacto, ese es el apellido. Dijo que parecías enfadada porque no te había acompañado a la cena, y, al darse cuenta, su intención no era llegar tarde, pero no pudo. Cuando terminó la entrevista en su despacho, se vio obligado a quedarse en la casa de la señora Hare por un asunto tan imposible de postergar como el otro.

—¡Un asunto imposible de postergar! —repitió ella, y dio rienda suelta por un instante a la amargura de sus sentimientos—. Se paseaba a la luz de la luna con Barbara Hare, con la señorita Hare. Los vi con mis propios ojos al pasar con el carruaje de vuelta de la cena.

—¡Y eso te causó celos! —exclamó lord Mount Severn, con reproche burlón, al percibir el estado de ánimo de lady Isabel—. ¡Escucha! Mientras tú pensabas, como parece dar a entender, que se paseaban para disfrutar de su mutua compañía, la verdad es que Carlyle estaba montando guardia. Alguien en esa casa fue a ver a su madre, alguien que vive en peligro y corre el riesgo de terminar ahorcado, y su padre está dispuesto a entregarlo a las autoridades. Estaban vigilando para asegurarse de que el juez Hare no llegara: eso hacían Carlyle y la joven. De todas las noches de los últimos siete años, esa fue la única que acogió al hijo desgraciado en su hogar una escasa media hora para que su madre pudiera verlo. Carlyle, destrozado por tu conducta, me lo confesó cuando me contó lo que le había impedido asistir a la cena.

El rostro de Isabel estaba rojo, avergonzado por su lamentable locura. ¡Y no había posibilidad de redención!

—Pero siempre estaba con Barbara Hare —murmuró, aduciendo una débil excusa.

—Tenían que verse para tratar el asunto que acabo de explicarte: la madre no podía, pues debían ocultárselo al padre, y la hija actuaba de mensajera. ¡Por eso sospechabas de los dos! ¡Pensabas que eran citas de amor! —dijo lord Mount Severn, despectivo—. Creía que eras más inteligente. ¿Bastó eso para empujarte al abismo en el que te encuentras? ¡No puede ser! Fuiste débil, y te dejaste convencer por la persuasión de ese malvado.

—Ahora todo ha terminado —gimió ella.

—Carlyle era honrado y te era fiel, y solo te amaba a ti. Pocas mujeres, como tú, han podido gozar de esa oportunidad de ser felices en su matrimonio.

Es un hombre íntegro y decente, un caballero por naturaleza, de quien Inglaterra puede sentirse orgullosa, pues es hijo de su tierra. Cuanto más lo conozco, más lo admiro a él y a su honor incólume. ¿Sabes lo que hizo con la compensación?*

Isabel negó con la cabeza.

—No quiso demandar sus derechos; mejor dicho, se conformó con la irrisoria cantidad estipulada por la ley; el jurado se compadeció de su caso y le concedió una cifra más alta. Dado que había heredado, Carlyle entregó el dinero al hospital del condado. Sostiene la opinión pública, aparentemente obsoleta, que el dinero no borra el deshonor que una esposa causa a su marido.

—Dejemos de hablar de esto —imploró la pobre inválida—. Hice mal, actué sin reflexionar, y ahora debo soportar las consecuencias de mis actos. No puedo decir más.

—¿Dónde piensas establecer tu futura residencia? —preguntó el conde.

—No lo sé. Me iré de esta ciudad en cuanto me haya recuperado.

—Entiendo. No debe ser agradable permanecer aquí, observada por los habitantes que te han visto en su compañía.

—La gente piensa que soy su esposa —murmuró ella—. Los criados también.

—Mejor así, de momento. ¿Cuántos criados tienes?

—Dos. Aún no tengo fuerzas para hacer nada por mí misma, así que los necesito —continuó, como si pidiera perdón por la extravagancia, en sus actuales y penosas circunstancias—. Tan pronto como el bebé pueda andar, me quedaré solo con uno.

El conde la miró, confundida.

—¡El bebé! —exclamó, asombrado y entristecido; a Isabel le dolió oírlo—. ¡Isabel! ¿Es que hay un niño?

La emoción de la dama no fue menos dolorosa, y ocultó el rostro, avergonzada. Lord Mount Severn se levantó y recorrió la habitación, agitado.

—¡No lo sabía! ¡No tenía ni idea! ¡Desgraciado, malvado sin corazón! Debería haberse casado contigo antes del nacimiento. ¿Te han concedido ya el divorcio? —se detuvo al preguntárselo.

—Sí.

—¡Cobarde, vil comadreja! Ojalá los hombres se aparten de él y le hagan el vacío. ¡Ojalá la reina se niegue a recibirlo! ¡Tú, la hija de un aristócrata! ¡Oh, Isabel, qué bajo has caído!

Lady Isabel se levantó del sillón y estalló en sollozos histéricos mientras tendía las manos al conde.

—¡Por Dios, basta, basta ya! Desde que has llegado, haces trizas mi corazón. ¡Estoy demasiado débil para seguir escuchándote!

El conde, en verdad, había traicionado sus sentimientos más de lo que pretendía. Se controló y dijo:

—Bueno, bueno. Siéntate, Isabel —dijo para consolarla—. Vamos a hablar de lo que me ha traído aquí. ¿Cuánto dinero necesitas para vivir? De manera discreta, claro está, como imagino que querrás vivir, sin pasar estrecheces.

—No quiero dinero —dijo ella, tozuda—. Me ganaré la vida por mí misma.

Al ver la expresión irascible del conde, volvió a hacer ademán de levantarse. Este dijo, en tono seco:

—¡Eso es absurdo, Isabel! No añadas la insensatez romántica a tus errores. ¡Ganarte la vida! Te daré el dinero que necesites para vivir, y punto. No protestes, ya he dicho que me ocuparé de ti como lo haría un padre. ¿O imaginas que él te habría abandonado, permitido que pasases hambre o tuvieras que trabajar?

La alusión la conmovió en lo más profundo, y no pudo evitar derramar más lágrimas.

—Creía que podría ganarme la vida como maestra —sollozó.

—¿Y cuánto creías que podrías ganar enseñando?

—No mucho —dijo ella, sin fuerzas—. Quizá unas cien libras al año. Se me da bien tocar el piano y cantar. Con esa cantidad, podríamos mantenernos, aunque saliera solo una vez al día.

—«¡Manteneros!»». Valiente vida. Tendrás esa cantidad cada trimestre.

—¡No, no! ¡Oh, no! No me lo merezco, no puedo aceptarlo. Debo rechazar toda ayuda.

—La mía, no. Ahora no sirve de nada que te alteres: lo tengo decidido. Nunca abandono mi deber, y considero que solventar tu situación no solo es

un deber, sino una urgencia. A mi regreso, encargaré a mis banqueros que te manden cuatrocientas libras al año, y puedes retirar el dinero que necesites cada tres meses.

—¡La mitad, la mitad de esa suma! —exclamó ella aunque sabía lo inútil que era discutir con lord Mount Severn cuando decidía cumplir con su «deber»—. Con doscientas libras al año tendré más que suficiente. Será una fortuna para mí.

—Ya he decidido la cifra, Isabel, y no tendrás menos que eso. Te pagarán cien libras cada tres meses a partir de hoy. Esto no cuenta —añadió mientras dejaba algunos billetes encima de la mesa.

—Tengo aún algo de dinero de bolsillo —dijo ella, avergonzada por lo que consideraba una gentileza inmerecida, pues nadie más que ella podía pensar peor de ella misma—. Por favor, retira ese dinero. Eres demasiado bueno conmigo.

—No sé lo que quieres decir con «dinero de bolsillo» —replicó el conde —, pero me has dicho que pensabas vender tus joyas para vivir. Acepta el dinero, Isabel. Es una cantidad pequeña, suficiente para ir tirando. ¿Tienes deudas?

—Oh, no.

—Procura no incurrir en ellas —le aconsejó el conde mientras se levantaba para irse—. No dejes de escribirme de vez en cuando, para saber de ti.

—¿Qué dice la gente de mí? —susurró Isabel, que había reunido valor para preguntarlo. Era una sospecha que se planteaba. Lord Mount Severn calló un instante antes de contestar, probablemente sorprendido por la pregunta.

—Lo que tú habrías dicho, cuando tu situación era distinta, de alguien que hubiera hecho lo mismo que tú. ¿Qué esperabas que dijeran?

¡En efecto! Se quedó quieta, con el rostro humillado y el corazón latiendo. El conde tomó su mano y la estrechó para despedirse, y se fue.

Lord Mount Severn, severo e inflexible, era amable y tenía conciencia. Desde que se enteró de lo que le había sucedido a lady Isabel, y con quién se había fugado, culpó a su esposa por haberla obligado, desde su punto de vista, a casarse con el señor Carlyle. En suma, pensaba que su esposa era la causa primordial, si bien remota, de la actual desgracia de la pobre infeliz, y no

negaba la parte de culpa de Isabel en su destino, ni mucho menos. Por ese motivo, y porque eran parientes de sangre, consideraba su deber cuidar de ella en su vergüenza y abandono.

Susanne acompañó a lord Mount Severn a la puerta y le observó alejarse por la calle, pensando que era un *brave monsieur anglais*, y lo contenta que milady debía estar al recibir la visita de un amigo que rompía la monotonía de su existencia enferma y solitaria. Susanne estaba convencida de que la visita habría animado a milady, y seguramente pensaría sacar sus vestidos más bonitos para ir de fiesta. Al presentarse en el dormitorio, no le cabía duda que sus primeras palabras serían para eso.

El conde de Mount Severn regresó al Hôtel des Ambassadeurs, cenó y pasó allí la noche. A la mañana siguiente se fue para regresar a los placeres y el bullicio de la vida civilizada. Y lady Isabel permaneció en su dormitorio, sola.

¡Sola, sola! ¡Sola para siempre!

Capítulo 32: Los errores de Barbara

Era una soleada tarde de verano. Más concretamente se podría decir que era un atardecer de verano, pues los brillantes rayos palidecían sobre el notable jardín del juez Hare; la hora del té había quedado atrás, pues ya eran las siete. El señor, la señora Hare y Barbara estaban sentados a la mesa; de alguna manera, las comidas en casa del juez Hare formaban una cadena. Es decir, si no era la hora del desayuno, era el almuerzo; si no era el almuerzo, era la comida; si no era la comida, era la hora del té. Barbara estaba llorando; el juez le decía «lo que se merecía» y la señora Hare estaba de acuerdo con su marido (y también lo estaría si le hubiera propuesto prender fuego a la casa con ella dentro), pero simpatizaba con Barbara, y se removía inquieta en su silla.

Barbara había cometido una ofensa mortal. De hecho, llevaba años cometiendo, de vez en cuando, la misma ofensa: había rechazado una petición de mano muy interesante, y el juez estaba furioso. En teoría, al juez Hare no le importaba si sus hijas se pasaban el tiempo suspirando y se convertían en apagadas solteronas, o si vivían con la energía de las matronas casadas. Tampoco el juez quería echar a Barbara de la casa familiar o considerarla un engorro; más bien al contrario, pues, si Barbara no estaba, echaba de menos una diana donde clavar sus duras palabras como flechas. Tampoco era un asunto de dinero; tanto si Barbara se casaba como si permanecía soltera, poseía una notable dote. No, la ira del juez Hare por la negativa de Barbara a casarse no tenía que ver con las razones habituales.

Dejaré que el lector juzgue cómo sobreviviría el mundo si no se cotilleara. Baste decir que West Lynne no habría podido seguir adelante sin

interferir en las vidas de los demás. Que en West Lynne se hubiera promovido que la señorita Barbara Hare siguiera siendo la señorita Barbara era asombroso. De todas las damiselas de la zona, ella, con su belleza, educación y dote, era la que tenía más probabilidad de casarse. Pero ¡seguía siendo Barbara Hare! Las comadres juntaban las cabezas para saber por qué la habían desestimado. Así pensaban en ella, *desestimada*; Barbara nunca hablaba de las oportunidades que había rechazado. La conclusión que alcanzaron las comadres era que el crimen relacionado con su hermano era la causa concebible; por un azar desgraciado, el rumor llegó a oídos del juez Hare. Si este era susceptible sobre algún asunto, se trataba, sin duda, del tenebroso y lamentable hecho; si sentía alguna amargura, era contra su hijo. Que se dijera que Barbara seguía soltera porque, por culpa de su hermano, nadie la quería, era lo nunca visto, pues la desgracia parecía afectar *su* reputación y a la de los *suyos*. Al juez le hubiera gustado dar un buen puntapié a West Lynne y mandar a todos al lago más cercano, verde y profundo, para que se ahogaran y contuvieran sus lenguas. Le habría gustado detener a Richard, dejar caer sobre él el peso de la ley del condado, y le habría gustado casar a Barbara de inmediato, para que al menos esa parte del escándalo quedara refutada. Por tanto, cuando Barbara rechazaba petición tras petición (llevaba ya cuatro noes), se entenderá la ira que la negativa despertaba en el juez.

—Lo haces a propósito, para enfurecerme —tronó el juez, descargaba el puño sobre la mesita del té, lo que hizo temblar las tazas.

—No, papá, no es así —sollozó Barbara.

—Entonces, ¿por qué lo haces?

Barbara guardó silencio.

—No, no tienes que decir nada. No hay excusa posible. ¿Qué pasa con el mayor Thorn? Vamos, quiero una respuesta.

—No me gusta —susurró Barbara.

—Sí que te gusta, no dices la verdad. Siempre te ha gustado, cuando venía de visita.

—Me gusta como conocido, papá. No como marido.

—¡No como marido! —repitió el exasperado juez—. Pero ¡válgame Dios, la muchacha se ha vuelto loca! ¡No como marido! ¿Y quién te pide que te guste como marido antes de que se convierta en marido? ¿Acaso alguna vez ha

sido necesario, o imprescindible, o adecuado, que a una joven le «guste» un caballero «como marido»?

Barbara no supo qué decir, sorprendida.

—La parroquia dice que nadie quiere casarse con Barbara Hare, que no hay caballero que quiera casarse con ella por culpa de... de esa maldita mancha sobre nuestra reputación, cuyo nombre no pronunciaré, pues no quiero ir tan lejos. ¿No te parece que es una desgracia, una situación abyecta?

—Pero no es verdad —objetó Barbara—. Sí que han pedido mi mano.

—Pero ¿de qué sirve que pidan tu mano si siempre dices que no? —exclamó airado el juez—. ¿Cómo va a enterarse la gente que tienes ofertas de matrimonio si todo el rato dices que no? Eres una hija desagradecida, rebelde, caprichosa, y siempre serás igual.

Barbara lloró abundantemente. El juez tocó la campanita con un gesto furioso para pedir que se llevaran el té y, cuando se fueron los criados, siguió azuzando a Barbara, para dolor de la muchacha. Era la peor parte del juez Hare. Si se aferraba a una queja (que a menudo no era real), no la soltaba, y era como un herrero que golpeaba el martillo sobre el yunque. En mitad de una frase tormentosa, cuando gesticulaba con el frenesí con el que descargaba su ira verbal, entró el señor Carlyle.

No había cambiado mucho. Habían transcurrido tres años y nueve meses, y sus sienes se habían teñido de plata. Su actitud no volvió a ser tan despreocupada y ligera como había sido anteriormente. Era el mismo enérgico hombre de negocios, el mismo compañero agradable e inteligente; la mayoría de gente no veía ningún cambio en él. Barbara se levantó para retirarse.

—No —prohibió el juez Hare, que se interpuso entre ella y la puerta—, así te escapas de mí cuando estoy hablando contigo. No te irás; siéntate otra vez. Te diré lo que pienso de tu lamentable conducta delante del señor Carlyle, a ver si con esto logro avergonzarte de veras.

Barbara volvió a sentarse mientras sus mejillas se coloreaban. El señor Carlyle los miró intrigado, como si esperara una explicación para su desazón. El juez se la dio, a su manera.

—Ya sabe, Carlyle, la terrible y vergonzosa desgracia que nuestra familia ha tenido que soportar. Pues bien, parece que la gente no tiene bastante con el hecho en sí, y han empezado a rumorear sobre Barbara. Dicen que nadie la pide en matrimonio a causa del escándalo. Y uno pensaría que, en lugar de

soportar el estigma y dejar hablar a las malas lenguas, se casaría con el primer hombre que se cruzase en su camino, y, si fuera el sacristán, pues tanto mejor. Pero no. ¿Qué hace? Se quedará sin palabras cuando lo sepa. Recibe un montón de peticiones de mano, un montón, repito —insistió el juez mientras se golpeaba la rodilla con la mano—, y a todos dice que no. La última ha sido hoy: el mayor Thorn, y esta señorita decide negarse, sin siquiera consultarlo conmigo o con su madre, sin explicar sus motivos ni dignarse a pedirnos permiso. Lo que le hace falta es estar encerrada una semana en su habitación a pan y agua para recobrar la sensatez.

El señor Carlyle miró a Barbara. Estaba sentada dócilmente, soportaba el sermón y las lágrimas caían por sus mejillas desde sus párpados caídos. El juez estaba muy acalorado, y, en el fragor de la admonición, se le había caído la peluca.

—¿Qué puedo decirle? —exclamó el juez.

—Quizá a Barbara el matrimonio no le resulte atractivo —dijo el señor Carlyle, medio en broma.

—Nada le parece atractivo, nada —tronó el juez Hare—. Solo sabe llevar la contraria. Por cierto —prosiguió el juez, que abandonó el desagradable tema al recordar otra cosa—, la noche anterior mencionaron su apellido al hablar de matrimonio, en la taberna de Buck's Head.

Un ligerísimo color rojizo ascendió por el rostro del señor Carlyle y reveló la emoción interior que le invadía, si bien su voz y su actitud no dejaban traslucir nada.

—No me diga —dijo, despreocupado.

—Ah, es usted muy hábil, Carlyle. Recuerdo cómo le fue en su primer... —matrimonio, iba a decir el juez Hare, pero se le ocurrió que, teniendo en cuenta las circunstancias, no era precisamente un tema para sacar a relucir con el señor Carlyle. Así que se contuvo, tosió y siguió hablando—: En fin, dicen que va usted a ver a sir John Dobede, no a verlo a él, sino a la señorita Dobede.

—¡Así que en Buck's Head se divierten así ahora! —exclamó de buen humor el señor Carlyle—. Bueno, pues le diré la verdad: la señorita Dobede va a casarse, y yo soy el abogado que está preparando la documentación.

—No, no hablo de ella. Va a casarse con el joven Somerset; lo sabe todo el mundo. Es la otra, Louisa. Una buena chica, Carlyle.

—Sí, así es —dijo el señor Carlyle por toda respuesta.

El juez, cansado de estar dentro de casa, y quizá también de no obtener la menor información del señor Carlyle, se levantó, se recolocó la peluca frente al espejo de encima de la chimenea y abandonó la casa para su habitual visita al Buck's Head. Barbara, que lo observaba descender por el sendero, vio que, en la verja de entrada, se cruzó con alguien que ascendía el camino. Al principio no distinguía quién era, solo veía un brazo y el hombro, enfundados en terciopelo, pero, cuando la posición de ambos cambió durante la conversación, vio que se trataba de Locksley, que había sido el principal testigo (había dicho lo que había visto, simplemente) contra su hermano Richard en el asesinato de Hallijohn.

—¿Qué puede pasarle a papá? —se preguntó Barbara—. Locksley debe haberle dicho algo que lo ha puesto furioso. Vuelve muy agitado, mamá: tiene la cara roja y gesticula sin parar.

—¡Madre mía, Barbara! —replicó la pobre señora Hare. Los aspavientos del juez Hare siempre la ponían muy nerviosa.

El juez entró, cerró la puerta y se quedó en mitad de la sala, miraba alternativamente a la señora Hare y a Barbara.

—¿Qué información acaban de darme? —tronó, con furia reprimida, pero mezclada con asombro.

—¿Qué información? —preguntó el señor Carlyle, pues el juez esperaba una respuesta, y la señora Hare estaba paralizada. Barbara guardó un prudente silencio, pues tenía la sospecha de que las palabras del juez podían referirse a ella.

—Una información que dice que él, *él* estuvo aquí. ¡Disfrazado de campesino! Y que osó presentarse en esta casa; si por mí fuera, iría a la horca.

La señora Hare palideció, como si hubiera visto a la misma Parca. El señor Carlyle se levantó y hábilmente se interpuso entre su marido y ella, para que el juez no viera el estado de la dama. Barbara entrelazó las manos en silencio y se volvió hacia la ventana.

—¿A quién se refiere? —preguntó el señor Carlyle en tono despreocupado, como si estuviera hablando del tiempo. Sabía muy bien de qué hablaba, pero trataba de contemporizar por el bien de la señora Hare.

—¿Que de quién hablo? —exclamó el juez, exasperado, casi a punto de perder los estribos—. Pues ¿de quién voy a hablar, sino del bastardo de Dick?

¿Quién en West Lynne es reo de un cargo de asesinato?

—¡Oh, Richard! —sollozó la señora Hare mientras se reclinaba hacia atrás—. Ten compasión. ¡Es nuestro hijo!

—No es un verdadero hijo de la familia Hare —silabeó el juez—. Es hijo del mal, de la cobardía, de la furia y de la mentira. Si se atreve a mostrar su rostro en West Lynne, haré que le persiga toda la policía de Inglaterra, para que lo detengan y arrastren aquí, y encerrarlo, como debería estar. Cuando Locksley me lo dijo, levanté la mano para darle un puñetazo; pensé que sus palabras eran una vil mentira. ¿Sabéis vosotras algo de esto? ¿Es cierto que estuvo aquí? —dijo mientras señalaba a su esposa y a su hija, con tono resuelto.

De no haber sido por la mediación del señor Carlyle, no cabe imaginarse cómo habría salido del brete la señora Hare, o lo que habría contestado.

—Señor, está usted asustando a la señora Hare. ¿No ve que su salud es delicada y que al hablar así, la está alarmando? Pero, por favor, permítame que le pregunte: ¿qué dice Locksley?

—Me lo he encontrado en la verja —replicó el juez Hare, que centró su atención en el señor Carlyle—. Pasaba por allí cuando lo alcancé. «Oh, juez Hare —me ha dicho—. Me alegro de verlo. Hay un rumor preocupante: han visto a Richard por las cercanías de la casa. Si yo fuera usted, me encargaría de acallararlo, señor; podría servir para que la policía destape asuntos que más vale que sigan enterrados». Como le digo, Carlyle, casi le atizo un golpe y lo tumbo al suelo. Le pregunté cómo tenía la desfachatez de decir una calumnia similar en mi propia cara. Se mostró altivo y me dijo que el rumor corría por el vecindario, que no era él quien lo decía. Y me confesó lo que había oído.

—¿Y qué era? —preguntó el señor Carlyle, con más interés del que solía mostrar.

—Dicen que ese maldito bastardo se presentó aquí hace un año, disfrazado de peón, ¡demonios! Si lo hubiera hecho, ¡valiente idiotez por su parte!

—Sin duda, sin duda —repitió el señor Carlyle—; no es ningún idiota, señor. Que hablen, señor Hare, pero tenga cuidado de no prestar atención a los rumores. Yo jamás lo hago. Pobre Richard, esté donde esté...

—No tolero que nadie se apiade de él en mi presencia —estalló el juez—. ¡Pobre Richard, dice usted! Maldito Richard, mejor dicho.

—Estaba a punto de decir que, donde quiera que esté, sea en los bosques de América o buscando oro en California, o vagando por Inglaterra, no hay que temer que abandone su escondrijo para presentarse en las peligrosas tierras de West Lynne. Si hubiera estado en su lugar, señor, me habría reído de Locksley al oír sus palabras.

—¿Por qué, entonces, se inventan estas mentiras?

—¡Ah, esa es la cuestión! No creo ni que West Lynne lo sepa, si me pagaran por averiguarlo. Pero me parece una historia de lo más lamentable. Si se han inventado que Richard ha sido visto en West Lynne, ¿por qué remontarse a un año? ¿Por qué no decir que fue ayer, o incluso hoy? Si me contaran más detalles, los recibiría con el silencio y el desprecio que se merecen, señor juez.

El silencio y el desprecio no solían ser armas del arsenal del juez, lo eran el ruido y la explosión. Pero tenía una opinión muy alta del buen juicio del señor Carlyle; después de gruñir una especie de asentimiento, procedió de nuevo a su visita diaria a la taberna.

—¡Oh, Archibald! —murmuró la señora Hare cuando su marido se hubo alejado hasta la mitad del sendero—. ¡Qué suerte que estuviera usted aquí! De otro modo, me habría traicionado a mí misma.

Barbara se volvió, desde la ventana.

—Pero ¿por qué Locksley le ha dicho algo así?

—No me cabe duda de que lo hizo con buena intención —intervino el señor Carlyle—. Es parcial con Richard, y sin duda pensó que, al contarle el rumor al señor Hare, lograría detenerlo y no lo buscarían por esta zona. De hecho, me había llegado ese rumor.

Barbara tragó saliva, helada.

—¿Cómo han podido saberlo? —preguntó.

—No tengo ni idea —dijo el señor Carlyle—. La persona que me lo mencionó fue Tom Herbert. Se encontró conmigo ayer y me dijo: «¿Qué es eso que corre acerca de Dick Hare?». «¿Cómo?», le pregunté. «Pues eso que dicen, que hace un tiempo Dick vino por West Lynne, disfrazado de obrero o de campesino». Es exactamente lo que Locksley le ha dicho al señor Hare. Me reí de Tom Herbert —prosiguió el señor Carlyle—, y me burlé de esa tontería para quitarle importancia y que dejara de contarla.

—¿Cree que buscarán a Richard, si la policía da crédito al rumor? —

murmuró la señora Hare con los labios secos.

—No, no —dijo con seguridad el señor Carlyle—. Si se hubiera sabido justo después de su visita, quizá no habría sido tan inofensivo. Pero han pasado casi dos años desde aquello. No se preocupe, señora Hare, no creo que haya motivo para la inquietud.

—Pero ¿cómo se ha sabido, Archibald? —preguntó, ansiosa—. ¡Habiendo pasado tanto tiempo!

—Le aseguro que no se me ocurre. Si alguien en West Lynne hubiera visto y reconocido a Richard, lo habría dicho entonces. Pero no se preocupe: el rumor se apagará.

La señora Hare suspiró ruidosamente y fue a su dormitorio. Barbara y el señor Carlyle se quedaron a solas.

—¡Ojalá descubrieran al verdadero asesino! —profirió Barbara fervientemente mientras entrelazaba las manos como si rezara—. Es horrible tener que soportar estos disgustos, estas terribles sorpresas. Mamá se encontrará muy mal los próximos días.

—Ojalá descubrieran al culpable, sí. Pero parece un deseo lejos de cumplirse —observó el señor Carlyle.

Barbara se quedó sentada, reflexionando. Parecía que quería decir algo, pero no se atrevía. Cuando por fin habló, lo hizo con un hilo de voz tímida.

—¿Recuerda la descripción que Richard nos dio esa noche de la persona que había visto, el verdadero Thorn?

—Sí.

—¿Le llamó la atención..., alguna vez ha pensado que encajaba con otro hombre que se encontraba en el vecindario entonces?

—¿En qué sentido, Barbara? —preguntó él, tras una pausa—. Encajaba con la descripción que Richard había dado de Thorn.

—Richard mencionó un gesto peculiar del hombre: que se echaba el flequillo hacia atrás. ¿No te resulta un gesto familiar, relacionado con un hombre de manos blancas y un anillo con un diamante?

—Mucha gente se echa el pelo hacia atrás. Creo que yo mismo lo hago a veces. Barbara, ¿dónde quieres ir a parar? ¿Sospechas de alguien en concreto?

—¿Y tú? —replicó ella que le devolvió la pregunta.

—No. Desde que descartamos al capitán Thorn, no he sospechado de nadie.

Esa frase selló los labios de Barbara. Ella sí tenía sospechas: vagas, difusas, que la confundían más que otra cosa. A veces pensaba que el señor Carlyle también las albergaba, pero ahora descubría que no era así. La terrible desgracia que había destrozado su matrimonio la misma noche en que Richard declaró que había visto a Thorn impedía a Barbara hablar con más detalle del tema, y, desde entonces, no habían vuelto a tocar el asunto. Tampoco habían sabido nada de Richard, y todo había quedado en el aire.

—Empiezo a creer que nunca lo descubriremos —dijo ella—. ¿Qué será del pobre Richard?

—Sospechar del Thorn erróneo fue un callejón sin salida —dijo el señor Carlyle.

—Y así habría sido, de no ser porque Richard vio al verdadero Thorn.

—Siempre he pensado que quizá a Richard su imaginación le jugó una mala pasada, agotado como estaba por la tensión. Es tan extraordinario que se encontrara con ese hombre a la luz de la luna, y que no lo hubiera visto antes. La mente de Richard, después de todo, estaba imbuida en ese momento de Thorn, de su imagen y su recuerdo, y, al cruzarse con un paseante, quizá se imaginó que era el hombre que tanto ansiaba ver.

—¡Estoy segura de que no fue así! —exclamó Barbara—. Ojalá supiera que el cielo existe con tanta certeza como sé que Richard vio a Thorn esa noche. Tú también, en aquel momento, lo creíste.

—Así es. Me convenció su seguridad. Pero no tuve tiempo de reflexionar sobre los hechos. No había nadie en West Lynne en ese momento, ni lo ha habido después, a quien pudiéramos aplicar la descripción de Richard. Exceptuando el capitán Thorn, de quien sospechábamos.

—No, en West Lynne no —dijo Barbara.

—Solo podemos esperar y que el tiempo aclare el misterio —concluyó el señor Carlyle.

—¡Ah, cansa mucho esperar! —suspiró Barbara.

—¿Cómo vas a apaciguar a tu padre y atemperar su disgusto? —preguntó, en un tono más alegre.

Barbara se puso un poco roja, y esa fue su respuesta.

—El mayor Thorn, a quien tu padre ha mencionado, es nuestro común amigo, ¿no es cierto?

Barbara asintió.

—Es un hombre muy agradable, Barbara. Muchas jóvenes se sentirían orgullosas de ser su esposa.

—Sí, es un hombre agradable —repuso con voz tranquila Barbara, pero su tono no invitaba a seguir hablando del tema.

El capitán Thorn, cuando estuvo de visita con los Herbert, quedó muy impresionado con Barbara. Si las circunstancias lo hubieran permitido, le habría pedido matrimonio entonces. Hacía poco que había heredado una propiedad, y había ascendido un grado en el escalafón. Lo primero que hizo al alcanzar una posición más acomodada fue escribir tanto a Barbara como a su padre. Barbara, como hemos visto, declinó su ofrecimiento, y el juez no pensaba dejarlo pasar.

—Harás lo que puedas para que el rumor sobre Richard quede en nada, ¿verdad? —le pidió al señor Carlyle.

—Tenlo por seguro. Cuanto menos se oiga el nombre de Richard en West Lynne, mejor. Aun así, sigue sorprendiéndome cómo ha podido surgir.

Hubo una pausa. Barbara la rompió, sin mirar al señor Carlyle mientras hablaba:

—¿Y el otro rumor, es correcto?

—¿Qué otro rumor?

—El de que vas a casarte con Louisa Dobede.

—No lo es. No tengo intención de casarme con nadie. Lo diré más claramente. No es mi intención casarme. Quiero quedarme tal y como estoy.

Barbara le miró con sorpresa por su tono tajante.

—Pareces sorprendida, Barbara. Ella, la que era mi esposa, aún vive.

—¿Y qué importa eso? —dijo Barbara, sin comprender.

Carlyle no respondió al instante y, cuando lo hizo, fue en voz baja, mientras se levantaba de la mesa en la que Barbara estaba sentada y la miraba.

—«Aquel que repudia a su mujer, y se casa con otra, es adúltero».

Y, antes de que Barbara pudiera responder, hallara las palabras para formular una respuesta o se hubiera recuperado de la sorpresa, el señor

Carlyle tomó su sombrero y se fue.

Capítulo 33: Un accidente

Volvamos unos instantes con lady Isabel. Según avanzaban los meses, su salud mejoraba, y en la última parte del verano hizo preparativos para abandonar Grenoble. No sabía dónde iba a instalarse o lo que haría. Se sentía triste e inquieta, y poco le importaba lo que le sucediera. El lugar más remoto de la Tierra, donde no hubieran llegado los pasos de la civilización, le parecía una perspectiva de lo más deseable. ¿Dónde encontraría algo así?

Empezó a buscar: eran ella, el niño y una joven campesina contratada como cuidadora; Susanne tenía un amante en Grenoble y se había negado a irse. Lady Isabel envió su equipaje a París, excepto las cosas de primera necesidad, que puso en un guardamuebles hasta saber dónde viviría. Se fue de Grenoble en un día precioso. El viaje en tren fue satisfactorio, y al atardecer se acercaron a Cammère, donde lady Isabel se proponía descansar un par de días. Los accidentes de tren no son tan frecuentes en Francia como en Inglaterra, pero, cuando suceden, son catastróficos, y el recuerdo de la desgracia tarda en borrarse. El tren estaba a poca distancia de la estación cuando se produjo un choque repentino y un estruendo, como si hubiera llegado el día del Juicio Final. Motores, vagones y pasajeros se amontonaron en una masa confusa al pie de una empinada colina. La creciente oscuridad añadía confusión al terror.

El vagón en el que viajaban lady Isabel con su hijo y la muchacha yacía bajo una masa enorme de hierros, maderas y destrozos, y fueron de los últimos en ser rescatados. La campesina y el niño estaban muertos. Lady Isabel había sobrevivido y estaba consciente, pero sus heridas eran tan graves que los médicos que se desplazaron al lugar del choque se concentraron en los

casos más leves, no tan desesperados como el suyo. Decían que no sobreviviría a la amputación y que no podían hacer más por ella; moriría tanto si la operaban como si no. Sus heridas afectaban a la parte inferior de una pierna y a la mandíbula. No pensaba que moriría, y la muerte, envuelta en terribles sufrimientos, no era la abstracción de libertad y huida que había imaginado para poner fin a sus sinsabores. No podía moverse, pero el *shock* había amortiguado toda sensación, y no sentía dolor. Durante un breve intervalo, su mente se mantuvo lúcida. Una hermana de la caridad que se acercó a la camilla donde estaba tendida le ofreció un poco de agua. Isabel la bebió ansiosamente.

—¿Hay algo más que pueda hacer? —se ofreció la monja.

—Conmigo viajaban mi bebé y su cuidadora. Dígame, hermana, ¿los han encontrado? ¿Están vivos? —preguntó Isabel.

La hermana fue a informarse, pero la confusión y el ruido eran enormes y resultaba difícil averiguar nada con seguridad. Un pobre niño muerto, no muy desfigurado, estaba en el cobertizo, provisionalmente erigido para los muertos, no muy lejos de lady Isabel. La hermana se lo mostró con ternura.

—¿Es este su bebé? —dijo mientras se volvía hacia lady Isabel—. Si es así, ahora es un ángel y está mirando el rostro del Santo Padre en el cielo.

En efecto, era el desgraciado hijo de lady Isabel. Apretó su carita contra su pecho, y su primer sentimiento fue de profundo agradecimiento, porque se había ahorrado los sufrimientos y maldades que le habrían hecho pagar por el error de su madre. Estaba convencida de que también ella moriría, en cuestión de horas y la sorda y apática indiferencia hacia las cosas de la vida que generalmente se apodera de los que están cerca de la muerte la invadió. Hizo un gesto a la hermana para pedirle que se lo llevara, y dijo suavemente:

—Así habría deseado morir: con él.

—¿No quiere dejar ningún mensaje o instrucciones para sus amigos o su familia? Si confía en mí, procuraré que se cumplan sus deseos. Ahora que su mente aún está clara, quizá sea bueno dejar indicaciones a los que quedan.

La hermana había oído lo que los médicos habían dicho del estado de lady Isabel.

—Los que me conocen se alegrarán de que haya muerto —dijo Isabel—. Mi muerte es la reparación que puedo ofrecer por el dolor y la vergüenza que mi vida ha traído a cuantos tuvieron la desgracia de conocerme. Como

comprenderá por mis palabras, he sido una gran pecadora.

—Trate de aceptar la muerte como la justa recompensa de sus pecados, y en este momento de fe únase a la voluntad de Dios, que es quien le ha mandado este sufrimiento. Así cambiará el castigo por la bendición. Pues nuestras penas son los dones de Dios, igual que nuestras alegrías.

—Así lo haré. Acepto mi cruz —dijo lady Isabel débilmente, pues el dolor de sus heridas empezaba a dejarse sentir.

—¿Quiere que escriba a alguien? —preguntó la hermana—. Dígamelo, mientras pueda discurrir.

—¿Tiene papel y algo con que escribir? Hágalo, entonces. La primera carta es para el conde de Mount... ¡Espere! —dijo, pues sintió que incluso en aquella extraña situación no quería que se conocieran sus asuntos personales. Además, debido a la herida de su cara, apenas podía hablar, o lo conseguía con grandes dificultades—. ¿No puedo hacerlo yo? Creo que sí, sostenga el papel delante de mí. No tengo heridas en las manos y mi mente está lúcida.

La compasiva hermana aceptó y lady Isabel garabateó algunas palabras tendida en la camilla. La primera carta era para el conde. Le informaba que estaba muriendo a causa de las heridas del fatal accidente de tren; le decía que el niño y la cuidadora habían muerto. Le daba las gracias por su bondad y decía que se alegraba de morir, pues así le liberaba, a él y a cuantos se habían relacionado con ella, de la desgracia y la vergüenza a la que los había sometido. «Ve a ver al señor Carlyle —continuaba—, y dile que le pido perdón humildemente; también pido perdón a los niños, que, cuando sean mayores, sabrán el crimen que cometí contra ellos. Diles que me arrepiento amargamente, y que no hay palabras para expresar lo mucho que lamento mis actos». Hasta aquí llevaba escrito cuando la tortura del creciente dolor se volvió intolerable. Recuperó sus fuerzas en un último esfuerzo, y escribió en mayúsculas, como el asesino que firma su confesión: «PERDÓN. ISABEL» y susurró:

—Envíela cuando esté muerta, no antes, y añada unas palabras para confirmar que he fallecido.

Cuando llegaron los médicos a la camilla donde yacía lady Isabel para examinarla, estaba inconsciente y la dieron por muerta. Así se lo dijeron a la hermana, que, arrodillada a su lado, repetía las plegarias que acompañarían a su alma en su último viaje. La monja terminó las oraciones y fue a ayudar a

quienes reclamaban sus cuidados. No volvió al lado de lady Isabel, convencida de que había muerto, y envió la carta después de escribir en ella, como le había pedido, unas líneas para confirmar su fallecimiento. Enterraron a los muertos y se dijo una misa en su honor. A los supervivientes los llevaron al hospital, pues con ellos ya se había hecho todo lo que se podía hacer. No les habían faltado cuidados ni compañía.

Lady Isabel recobró la conciencia y se encontró en la camilla en un ala del hospital. Pasó tiempo antes de recordar qué había sucedido o de comprender que no había muerto. Al examinarla con más detenimiento, los médicos comprobaron que la vida seguía palpitando en su frágil cuerpo. Las heridas eran terribles, sí, pero no fatales, aunque la perspectiva de su recuperación era incierta. Habría sido cruel operarla con escasas probabilidades de éxito, y se volcaron en otros métodos que prometían más éxito, para gloria y honor del saber médico. Lady Isabel se debatía entre la vida y la muerte, pero la marea empezaba a empujar lentamente hacia la primera. Permaneció tres meses en el hospital antes de que pudieran trasladarla. El cambio que experimentó durante esos tres meses fue poco menos igual que la propia muerte: nadie habría reconocido a lady Isabel Vane en la inválida tullida, rota, delgada y pálida que salió del hospital.

La carta había sido entregada en la casa de Londres de lord Mount Severn. La condesa se encontraba allí pasando unos días; había ido al acabar la temporada, pero, por el motivo que fuera, placer o quehaceres, había vuelto a la ciudad. Lord Vane no estaba con ella, seguía en Escocia. Ella y su hijo desayunaban cuando llegó la carta, con remite pagadero de ocho peniques. La dirección, extrañamente escrita, y su aspecto extranjero y en general misterioso excitaron la curiosidad de la condesa. Al principio creyó que se había topado con un secreto conyugal.

—Voy a abrir esta carta —exclamó.

—Pero ¡si es para papá! —exclamó lord Vane, que tenía la misma noción del honor que su padre.

—Es una carta muy extraña... Quizá exija una respuesta inmediata o sea alguna súplica. Sigue desayunando.

Lady Mount Severn abrió la carta y descifró a duras penas su contenido. Se quedó asombrada.

—¡Qué horror! —exclamó, sin poder contenerse.

—¿Qué es un horror? —preguntó lord Vane mientras levantaba los ojos.

—Lady Isabel, Isabel Vane. ¿Te acuerdas?

—¡Que si me acuerdo! —repitió—. Pero, mamá, qué sentido del humor tienes. ¡Como si pudiera olvidarla!

—Ha muerto. En un accidente de tren en Francia.

Lord Vane abrió mucho los ojos, tan honestos y sinceros como habían sido cuando era apenas un niño. No dijo nada, pues sentía demasiado.

—Pero, por terrible que sea, es lo mejor para ella —prosiguió la condesa—. ¡Pobre mujer, qué futuro la esperaba!

—¡No digas eso! —dijo impetuosamente el joven vizconde—. Ha muerto en un accidente, ¡y dices que es lo mejor para ella!

—Así es —refrendó la condesa—. No te extrañes, William. Eres lo bastante mayor como para saber que trajo la desgracia a su casa y a su nombre, y a los que se habían relacionado con ella. Nadie la iba a incluir en su círculo social.

—Yo lo habría hecho —dijo el joven, firmemente.

Lady Mount Severn sonrió despectivamente.

—Así es. Isabel me gustaba más que la mayoría de la gente de nuestro mundo.

—Ella ya está en el pasado. No podrías haber seguido tratándola, después de lo que hizo.

—Otra persona era más culpable de esa desgracia que ella, y si entonces yo hubiera sido un hombre, le habría desafiado a un duelo y lo habría matado —repuso el vizconde.

—No sabes nada de lo que pasó.

—¿Ah, no? —dijo con insolencia el joven. Pero lady Mount Severn así lo había criado. Al cabo de un rato, dijo—: ¿Puedo ver la carta, mamá?

—Puedes leerla, sí —dijo ella, y la arrojó sobre la mesa—. La dictó en su agonía.

Lord Vane se llevó la carta a la luz de la ventana y la leyó durante un buen rato; mientras, la condesa comió un huevo y un plato de jamón. Cuando volvió, el joven la dobló y la depositó sobre la mesa.

—¿Se la enviarás a papá hoy mismo? —preguntó.

—Lo haré, pero no hay prisa. Y no sé dónde está tu padre. Mandaré una

nota a los periódicos para que anuncien su muerte, y me alegro de que así sea: es un infortunio menos para su familia.

—¡Mamá, eres la mujer más cruel del mundo!

—Si te parece, te voy a dar un motivo de verdad para que creas eso —dijo la condesa, enfadada—. Se han acabado tus vacaciones. Hoy mismo vuelves al internado.

Pocas mañanas después, el señor Carlyle salía de East Lynne en dirección a su oficina, como de costumbre. En cuanto se hubo instalado en su despacho, entró el señor Dill, y el señor Carlyle lo miró intrigado, pues no era habitual que lo interrumpiera antes de que hubiera leído el correo; entonces avisaba al señor Dill. Las cartas y el diario *The Times* estaban en su mesa. El anciano se acercó discretamente, casi con timidez, y el señor Carlyle se extrañó aún más.

—Disculpe, señor. Querría preguntarle si se ha enterado de la noticia.

—Sí —replicó el señor Carlyle.

—Entonces, señor, le pido mil disculpas. Pensaba que tal vez no habría llegado a sus oídos, señor Archibald, y pensé que era mejor prepararlo antes de que lo viera en el periódico.

—¡Prepararme! —exclamó el señor Carlyle, mientras el viejo Dill se disponía a alejarse—. Pero ¿qué dice usted, Dill? ¿Es que piensa que me he vuelto blando o que voy a desmayarme porque perdamos unos cientos de libras? Como mucho, esa será la cuantía máxima de nuestras pérdidas.

El viejo Dill volvió a girarse.

—¡Habla usted de la pérdida de Kent y Green! No, no me refería a eso, señor Archibald. En efecto, no sufriremos mucho y, además, habrá dividendos.

—Entonces, ¿a qué se refería?

—No lo sabe, pues. Me alegro de haber llegado a tiempo. No está bien que lo lea sin estar avisado, señor Archibald.

—Si no se ha vuelto loco, Dill, dígame de una vez lo que ha venido a decirme y déjeme leer las cartas —exclamó el señor Carlyle, extrañado por la actitud sobria y circunspecta de Dill.

Este puso la mano encima del diario.

—Está aquí, señor Archibald, en la sección de obituarios: es el primer nombre. Prepárese antes de leerlo.

Se apartó rápidamente, y el señor Carlyle abrió con la misma velocidad el diario. Como el viejo Dill había dicho, era el primer nombre de la lista.

—«En Cammère, Francia, el 18 del mes en curso, Isabel Mary, hija única de William, el conde de Mount Severn, ha fallecido».

Los clientes llamaban y nadie acudía al despacho del señor Carlyle. Transcurrió una hora, y otra, y el viejo señor Dill insistía en que el señor Carlyle estaba ocupado, hasta que ya no pudo hacerlo. Entró en el despacho, avergonzado por tener que interrumpirlo. El señor Carlyle seguía sentado frente al periódico, y las cartas no habían sido leídas.

—Hay unos caballeros que insisten en verlo, señor Archibald. ¿Qué debo decirles?

El señor Carlyle se lo quedó mirando sin decir nada, como si su mente estuviera lejos, en otro mundo. Apartó el periódico y volvió a ser el hombre de negocios tranquilo y ordenado de siempre.

Lord Mount Severn había sabido del matrimonio de lady Isabel por la prensa y de la misma manera se enteró de su muerte. La siguiente entrega de correos le trajo la carta que su esposa había tardado en reenviarle. Pero, a diferencia de lady Mount Severn, no confió ciegamente en que la noticia fuera cierta; sabía que, a menudo, en los informes se cometen errores y hay confusiones. Por lo tanto, se esmeró en comprobarlo. Escribió inmediatamente a las autoridades de la ciudad (con el mejor francés que pudo concitar) y pidió detalles para confirmar que realmente lady Isabel Vane había muerto.

A su debido tiempo, recibió una respuesta satisfactoria, que aclaraba sus dudas por completo. Había preguntado por su título y su nombre, «la dame Isabelle Vane», y, puesto que las autoridades no habían encontrado a nadie que usara ese nombre, asumieron que había muerto. Le informaron que el niño y la cuidadora que se mencionaban en la carta también habían muerto en el accidente y que dos damas que ocupaban el mismo compartimento habían muerto en el hospital, y sin duda una de ellas era la madre por la que Mount Severn preguntaba. Estaba muerta y enterrada, pues en su persona se había encontrado suficiente dinero para sufragar los gastos de su entierro. La dama de la que hablaban compartía el vagón con lady Isabel, y era ella la que había muerto.

Así, aunque no fuera la intención de lady Isabel, la noticia de su muerte llegó a lord Mount Severn y también al mundo. La primera información que

tuvo de que la creían muerta fue un ejemplar del *The Times* de ese día, el mismo que habían visto el señor Carlyle y lord Mount Severn. Un viajero inglés que estaba entre los pacientes del hospital recibía los diarios ingleses y se los dejaba leer. No utilizaba su nombre real, pues había decidido dejar el antiguo en Grenoble, al irse de la ciudad; se había vuelto demasiado notorio para arriesgarse a que la reconocieran. Y las autoridades no sospechaban que la discreta y callada *madame* Vine, que se recuperaba lentamente en el hospital, fuera lady Isabel Vane, sobre quien versaba la carta del conde inglés.

Lady Isabel se dio cuenta de lo que había sucedido en cuanto leyó el diario: que la carta que había dado instrucciones de enviar era la fuente del error, y empezó a preguntarse si debía revelar a lord Mount Severn y al mundo el malentendido. Ansiaba, y nadie sabía cuánto, ser una desconocida, alguien oscuro, que no se conociera su identidad. Nadie podría hacerse la idea de lo mucho que lo deseaba de no haber hecho lo que hizo ella: poner una barrera entre ella y el mundo. Ya no tenía un niño al que cuidar, estaba sola en la vida. Y abrigaba la esperanza de encontrar una manera de mantenerse, o de morir de hambre, tampoco le importaba. No. No había ninguna necesidad de sacar al mundo del error. Dejaría que la creyeran muerta, y de ahora en adelante sería *madame* Vine.

Así terminó la infeliz vida de lady Isabel Vane. Lord Mount Severn mandó una carta al señor Carlyle con la confirmación de su muerte, obtenida de las autoridades francesas. Durante nueve días, el mundo se asombró: «La pobre y desgraciada lady Isabel Vane ha muerto». Y, debido a su trágico destino, se abstuvieron de calificarla como antes habían hecho. Luego, la olvidaron.

Todo había terminado.

Capítulo 34: Un visitante inesperado en East Lynne

En una tarde de viento una dama recorría la avenida que conduce a East Lynne. Si no era una dama, al menos lo parecía: llevaba un vestido con vuelo, un hermoso chal y un velo blanco. Era una mujer bonita, alta y delgada; caminaba con delicadeza, moviendo con coquetería la cabeza, lo que demostraba que, además de cerebro, tenía vanidad. Se dirigió decidida a la entrada principal de la casa y llamó con igual decisión mientras se apartaba el velo blanco de la cara.

Uno de los criados, que no era Peter, atendió la puerta. Al ver a la elegante dama, se inclinó con deferencia.

—Creo que la señorita Hallijohn vive aquí. ¿Está en casa?

—¿Quién, señora?

—La señorita Hallijohn. La señorita Joyce Hallijohn —repitió molesta la dama, como si el retraso la impacientara—. Deseo verla.

El criado se quedó sorprendido. La había tomado por una visitante, y estaba listo para hacerla pasar al salón, pero, al parecer, venía a ver a Joyce. La acompañó a una salita y subió al piso de arriba, donde, en la habitación de los niños, Joyce estaba sentada con Wilson, pues no se había producido ningún cambio en la organización de las criadas en East Lynne. Joyce seguía siendo la doncella principal, y supervisaba parcialmente a los criados, mientras atendía, como antes, a Lucy y se ocupaba de los vestidos de la señorita Carlyle. Wilson era la niñera. La señorita Carlyle se quejaba de la extravagancia que representaba mantener tanto a Wilson como a Joyce en el

servicio, pero el señor Carlyle se había negado a escucharla, y a la señorita Carlyle le costaba más que antes convencerlo de que se hiciera lo que ella quería.

—Señora Joyce, hay una señora que pregunta por usted —dijo el criado—. Está en el saloncito gris.

—¿Una señora pregunta por mí? —dijo Joyce—. ¿Quién es? ¿Alguien que quiere ver a los niños, tal vez?

—Creo que viene a verla a usted. Preguntó por la señorita Hallijohn.

Joyce miró al criado sin responder, pero dejó su labor y se dirigió al saloncito gris. Allí, una mujer bonita, vana y deslumbrante, se apartó el velo blanco al verla.

—Bueno, Joyce, ¿cómo estás?

Joyce, que de por sí era pálida, se puso aún más pálida. ¿Era *Afy* la que tenía delante? *Afy*, la pecadora.

Era ella. Y allí estaba, de pie, y le tendía la mano a Joyce de un modo que Wilson consideraría la mayor desfachatez del mundo. Joyce se abstuvo de estrecharla.

—Perdona, *Afy*, pero no puedo darte la mano. No puedo darte la bienvenida. ¿Qué te ha impulsado a venir?

—Si vas a darte aires, podría haberme quedado donde estaba —replicó *Afy*, que cedió, pero con el tono jocosos que siempre había empleado con Joyce—. Mi mano no te hará daño, ¡no soy venenosa!

—En este vecindario te consideran algo peor que el veneno, *Afy* —respondió Joyce con tristeza—. ¿Dónde está Richard Hare?

Afy ladeó la cabeza y dijo:

—¿Quién?

—Richard Hare. Ya sabes a quién me refiero.

—¿Y cómo voy yo a saber dónde está? Qué desvergüenza la tuya, mentarme su nombre. ¿Por qué no me preguntas dónde está el viejo Nick, y cómo le va? Preferiría que me relacionaras con él, no con Richard Hare, si tuviera que escoger entre esos dos hombres.

—Entonces, ¡has dejado a Richard Hare! ¿Cuánto tiempo hace de eso?

—¿Que he dejado a...? Pero ¿qué dices? —exclamó *Afy*, cuyos labios temblaban ominosamente con pasión reprimida—. A ver si te explicas, porque

no te entiendo.

—Cuando te fuiste, ¿no te fugaste con Richard Hare?

—Mira, Joyce —dijo Afy, indignada y acalorada—, he tenido en el pasado que aguantar que me dijeras muchas cosas, pero una tiene sus límites, y por ahí no paso. No he vuelto a ver a Richard Hare desde esa noche horrible. Ojalá volviera a verlo, sí: ¡para que lo mandaran a la horca!

Joyce se calló. Llevaba tanto tiempo convencida de que Afy estaba con Richard Hare, y todo West Lynne lo creía, que le costaba dejar esa creencia tan firmemente arraigada. ¿Le estaba Afy diciendo la verdad? Sabía de su inclinación a mentir si necesitaba defenderse de una acusación.

—Afy, dime la verdad —insistió—. ¿No te fuiste con él? ¿No has estado viviendo con Richard Hare?

—¡No! —exclamó Afy, con mirada furiosa—. ¡Viviendo con él! ¡Con el asesino de nuestro padre! ¡Qué vergüenza, Joyce Hallijohn! Debes ser mala persona para pensar eso de mí.

—Si te he juzgado mal, Afy, te pido perdón sinceramente. No solo yo, todos en West Lynne están convencidos de que te fuiste con él, y eso me ha causado gran pena.

—¡Pues menudo hatajo de caníbales mentales estáis hechos! —replicó Afy, indignada.

—Solo una persona no estaba convencida, y era el señor Carlyle —dijo Joyce—. Me dijo que no creía que estuvieras con Richard Hare, viviendo con él.

—El señor Carlyle tiene más cabeza que todo West Lynne —observó Afy complacida—. ¡Viviendo con Richard Hare! Antes me iría a vivir con un indio sin cabellera que se pasea con tatuajes en lugar de ropa y tiene dieciséis mujeres.

—Pero, entonces, Afy, ¿dónde has estado? ¿Por qué te fuiste?

—Eso no importa. No te imaginarás que iba a quedarme en casa, con los fantasmas y las pesadillas y lo que pasa cuando se produce un asesinato.

—¿Qué has hecho? ¿Dónde has vivido?

—Ya te he dicho que no importa —repitió Afy—. West Lynne, al parecer, no ha sido muy amable con mi reputación, así que tampoco voy a preocuparme de aclarar sus dudas. Al principio di algunas vueltas, pero luego me instalé de

manera estable, como un viejo reloj; tan estable como tú.

—¿Te has casado? —preguntó Joyce, al notar la repetición de la palabra «estable».

—Ni loca —replicó Afy—. Me gusta demasiado mi libertad. No es que no se me pueda convencer para cambiar de estado, si me cruzara con el caballero idóneo. Pero tendría que ser muy idóneo para tentarme. Ahora soy lo que tú llamarías una doncella. Trabajo para una señora.

—¡Qué bien! —dijo Joyce, aliviada—. ¿Y estás contenta, Afy? ¿Es buena la casa donde trabajas?

—Regular. La paga no está mal, pero hay mucho trabajo y la señora lleva una disciplina draconiana en la casa. Antes de eso tuve suerte, estaba con una anciana y era su dama de compañía. Pero se murió. Era muy dulce, me llevaba a misa y leíamos la Biblia todo el día.

—¡Me alegra lo que dices! —exclamó Joyce—. Debió ser muy bueno para ti.

—Mucho —asintió Afy, y Joyce no detectó ironía en su respuesta—. Ella leía un capítulo, yo leía otro, y luego íbamos a rezar. Muy edificante.

—Pues sí, Afy, mucho. Seguro que te habrá resultado provechoso.

—¡Y tanto! Me dejó treinta libras cuando estiró la pata, mucho más que el sueldo que me pagaba. Los salmos me gustaban, porque eran breves y reconfortantes.

—¡Muy reconfortantes! —repitió Joyce—. Afy, te querré mucho, y volveré a estar orgullosa de ti, como cuando estabas en casa.

Afy soltó una risa tintineante.

—Tú y West Lynne siempre me considerasteis peor de lo que era. Aunque me pregunto cómo demonios pudiste creer que me fugué con Dick Hare —añadió, sin olvidar la ofensa.

—Fue por las circunstancias —explicó Joyce—. Ambos desaparecisteis al mismo tiempo.

—Pero ¡no juntos!

—Casi, apenas con unos días de diferencia. Y tú no tenías dinero ni amigos.

—Tú no sabes lo que tenía o dejaba de tener. Pero, antes de compartir nada con él, me habría dejado morir en la tumba de mi padre —continuó Afy,

que volvió a acalorarse—. Y tú y los idiotas de West Lynne deberíais haberlo sabido.

—¡Si me hubieras escrito, Afy! Todo habría sido muy distinto. Tu silencio contribuyó a que te juzgaran mal.

—¡Pues claro que me juzgaron mal! A mí Dick Hare nunca me importó un comino. Era un pipiolo recién salido del cascarón.

—Pero le animabas.

—Bueno, eso no lo niego. Solía hablarme de matrimonio, y, si me hubiera convertido en una dama, habría valido la pena aguantar a un pipiolo como él. Pero, de haber sabido lo que iba a hacer, antes habría asistido a su funeral que dirigirle la palabra. ¿Dónde está? Aún no le han ahorcado o me habría enterado.

—No han vuelto a verle desde esa noche, Afy.

—¿Ni se ha sabido nada de él?

—Nada. Se cree que está en Australia, o en algún lugar del extranjero.

—Es el mejor sitio para un tipo de su calaña; cuanta más distancia entre él y nosotros, mejor. Si alguna vez vuelve, espero que le den su merecido, que es el extremo de una cuerda. Yo iría a su ahorcamiento.

—Le odias tanto como su padre, el juez Hare. También traería a su hijo a rastras para que lo ajusticiaran, si pudiera.

—¡Viejo camello de piel dura! —exclamó Afy, que aludió a las cualidades sociales y amigables del temido juez—. No defiendo a Dick Hare, porque le odio demasiado, pero, si su padre le hubiera tratado de otra manera, Dick habría sido distinto. Bueno, hablemos de otra cosa, que el tema me da escalofríos. ¿Quién es la señora de la casa?

—La señorita Carlyle.

—Oh. Debería habérmelo imaginado. ¿Tan fiera como siempre?

—No ha cambiado mucho.

—Y no lo hará, mientras viva. Vaya, Joyce, no me apetece verla; igual me coge tirria, como en los viejos tiempos. No me llevaba bien con ella.

—No te preocupes, hoy no la verás. Está de viaje, una semana en Lynneborough.

—¡Qué buena noticia! Entonces, ¿quién es la señora cuando ella no está?

—Soy yo la que se ocupa —dice Joyce—. El señor no se mete demasiado.

—¿Sabes si volverá a casarse? —dijo Afy abruptamente.

—¿Cómo voy a saberlo? No parece muy probable. Hace unas semanas o unos meses corría el rumor de que iba a casarse con la señorita Louisa Dobede, pero la cosa quedó en nada.

—¿Louisa Dobede! ¿Una de las dos hijas del viejo y feo baronet?

—Sí. Pero sir John Dobede no es feo.

—¿Que no es feo! Pero si tiene una larga nariz, como una chimenea. Bueno, es natural que el señor Carlyle esté harto de la idea de matrimonio.

—Lady Isabel ha muerto —dijo Joyce.

—Y la reina Ana también. ¿Por qué me dices algo que sabe todo el mundo?

—Te recordaba que ha muerto para que no hables mal de ella —dijo Joyce—. Sus defectos, fueran cuales fueran, están ahora enterrados en la tumba, con ella.

—Enterrados o no, lo que hizo persiste en el recuerdo —exclamó Afy—, y ya puedes impedir que brille el sol, que te irá tan bien como si intentas impedir la opinión de la gente. East Lynne debe estar mejor sin ella, ¡menuda pieza estaba hecha!

Joyce levantó la mano.

—¿Afy, silencio! No tienes derecho a hablar así de lady Isabel. No conoces los hechos.

—Me los sé de memoria —replicó Afy imperturbable—. Te juro que en la casa de lady Mount Severn les tomó el pelo una y otra vez.

Joyce la miró sorprendida.

—¿Qué tienes que ver con lady Mount Severn?

—¿Qué risa! Pues es donde trabajo.

—¿En casa de lady Mount Severn?

—¿Por qué no? Llevo allí dos años. Pero no me quedaré mucho tiempo, porque la señora es demasiado avinagrada para mi gusto. Fue después de que entrara a servir allí; había una prima de visita, una tal señorita Levison, y las dos no hacían más que hablar del asunto.

—¿Delante tuyo?

—Me enteraba de todo —dijo Afy, significativamente—. De todo lo que decían.

—Quieres decir que las espiabas.

—Quizá —dijo Afy evasivamente—. Quería saber los detalles y, si me decido, no me ando por las ramas, ya lo sabes. Háblame de ella, Joyce.

Joyce sacudió negativamente la cabeza.

—No hay mucho que decir. Era una de las damas más dulces, la señora más amable...

—Ya veo —interrumpió Afy, con desdén—. Un ángel.

—Casi lo era, sí. Hasta que esa serpiente se cruzó en su camino.

—¡Vaya con tu educación! —se rio Afy—. No está bien insultar a la gente.

—Podría insultarla hasta el fin de nuestros días —dijo Joyce, enfadada—. Y ojalá eso le trajera el castigo que merece. Algún día el destino se lo hará pagar, estoy segura.

—Lady Mount Severn dice que toda la culpa es de ella.

—Es más de lo que dice lord Mount Severn —replicó aún más enfadada Joyce.

—Eso también lo podría haber dicho yo. Dice que parte de la culpa es de lady Mount Severn. ¿Sabías que sir Francis es su primo? ¿Era guapa, Joyce?

—Hermosa.

—¿Más que yo? —exclamó la vanidosa Afy mientras se miraba en el espejo opuesto.

—¡Oh, Afy! ¡Qué absurda eres!

—Muchas gracias. Porque ella era lady Isabel, y yo solo Afy Hallijohn, ¡y por supuesto no somos comparables! Todo el mundo me apuñala por la espalda, pero las señoras angelicales también se portan mal, ya lo ves; no son universalmente inmaculadas. Debe haber sido un angelito muy peculiar, para dejar a sus hijos.

—Afy, ¿no te das cuenta de que tus palabras resultan especialmente desagradables? —exclamó Joyce, furiosa.

—Sí que es un tema desagradable, claro que sí —dijo Afy, en tono igualmente cortante—. No debería haber hecho lo que hizo. Y, a pesar de lo guapa que dices que era, él se cansó pronto de ella. Y también se ha cansado de las demás, como se dice: ahora está casado.

—Sí —dijo indignada Joyce—, y me pregunto cómo una joven dama, con un mínimo de delicadeza o buenos sentimientos, podría casarse con un hombre

de su reputación.

—A las damas no les desagrada ese tipo de reputación —dijo Afy, que se rio de la cara reprobadora de Joyce—. ¡Claro que los villanos son muy guapos, como él!

—¿Le has visto en casa de lady Mount Severn?

—No, ahí no. Le he visto, pero no ahí. Desde el asunto de Carlyle, no se atreve a venir a la casa; el señor lo echaría a patadas. ¡Qué cosa más terrible debió ser ese accidente de tren!

Joyce se estremeció.

—Sí, una muerte horrenda.

—Y casi un juicio de Dios, diría yo —prosiguió Afy, aunque sabía que ofendería a Joyce.

En efecto, no lo aguantó, y dijo:

—Mira, Afy. Yo quería a mi señora, y respeto su memoria, a pesar de lo que hizo. Si vas a criticarla, tendrás que ir a otra parte; no lo harás en casa del señor Carlyle, donde una vez fue honrada.

—Como quieras —dijo Afy con indiferencia—. Ahora ya no está, así que no vale la pena discutir por ella. ¿Está el señor Carlyle?

—Llegará para cenar. Si quieres un té y pastas, ven conmigo y lo tomaremos con Wilson, en la habitación de los niños.

—Pues sí que has tardado en ofrecermelo algo —exclamó Afy—. Me quedaré por la zona hasta mañana; mi señora me ha dado dos días de vacaciones. Ha ido a ver a su horrible abuelo, y allí no puede llevar doncella. Así que pensé en aprovechar el tiempo y venir a visitaros. No me mires así, como si fuera a pedirte el inmenso favor de que me dejes dormir en la casa. Me quedaré en la pensión de Mount Severn.

—No se me había pasado por la cabeza que me lo pidieras, Afy. Vamos, quítate el abrigo y el sombrero.

—¿Hay niños en la habitación?

—Una niña pequeña. La señorita Lucy y el señor William estarán con la institutriz.

Wilson recibió a Afy con marcada condescendencia; pensaba que era la amante de Richard Hare, como todo el mundo. Pero Joyce le explicó el malentendido, y que su hermana no tenía ninguna relación con Richard Hare, y

que, al contrario, lo odiaba tanto como todo el mundo. Wilson cambió de actitud y se volvió charlatana y cálida, pues anticipaba el buen rato que pasaría hablando esa tarde por los codos.

Lo que Afy contó de sus aventuras pasadas no fue demasiado preciso, por decirlo así, pero, en conjunto, y considerando su situación actual, era una mejoría tan grande, en comparación con lo que Joyce había creído, que se sintió feliz. Cuando el señor Carlyle volvió a casa, Joyce fue en su busca y le contó lo sucedido: que Afy había venido, que era doncella en casa de lady Mount Severn y, sobre todo, que no se había fugado con Richard Hare.

—¡Ah, recuerda lo que te dije, Joyce! —exclamó él—. Que no lo creía posible.

—Se lo he dicho a Afy, señor, y ella dice que tiene usted más sentido común que todo West Lynne.

El señor Carlyle se rio.

—Se puso como un basilisco cuando le dije lo que pensaba la gente de ella, señor —continuó Joyce—. Casi pierde los estribos.

—¿Le parece que está estable, Joyce?

—Creo que sí, señor, para lo que es ella. Antes de entrar al servicio de lady Mount Severn, estuvo con una anciana que leía la Biblia y la acompañaba a misa noche y día.

—¡Afy en misa! —exclamó el señor Carlyle, sonriendo—. Espero que su conversión fuera verdadera.

—Pensaba que, como se ha vuelto tan respetable y, además, está en casa de lady Mount Severn, quizá no tendría objeción en que se quedara a pasar la noche. Sería mejor para ella que ir a una pensión, como tiene intención de hacer.

—Por supuesto que sí, dile que se quede —dijo el señor Carlyle.

Cuando Joyce regresaba a la habitación de los niños, Afy y Wilson estaban enfrascadas en una conversación en la que ambas competían sobre quién tenía la lengua más larga. Una desafortunada frase de Afy llegó a oídos de Joyce.

—Tan cierto como que estás aquí, Wilson. Todo el día me daba la lata con la religión. Yo solía escoger el salmo más corto y, cuando me preguntaba por qué, le decía que era para aprendérmelo de memoria. Hay uno de solo dos versículos, y, si podía, elegía ese. Luego tenía que arrodillarme en la misa, ¡y

levantar las manos! Ojalá mi señora y su manía de rezar se hubieran ido al...

Joyce exhaló un suspiro de resignación y pensó en lo que el señor Carlyle le acababa de decir: ¡que su conversión fuera verdadera!

Más tarde, después de que el señor Carlyle hubiera cenado, llegó una nota avisando de que Afy fuera a verlo. Así lo hizo.

—¡Bueno, Afy! Parece que has vuelto a West Lynne para que sepamos que estás viva. Siéntate.

—West Lynne puede caerse por un precipicio, señor; a mí no me importa —replicó Afy—. Menudo hatajo de cotillas y mal pensados, ¡mira que decir que me había fugado con Richard Hare!

—No deberías haber desaparecido así, Afy.

—Bueno, señor, eso es asunto mío. Decidí irme y punto. No podía quedarme en la casa después de lo que había pasado esa noche.

—Aún hay un misterio ligado a esa noche, Afy, ahora que lo mencionas —observó el señor Carlyle—, y no sabemos cómo resolverlo. Quizá puedas ayudarme.

—¿Qué misterio, señor? —dijo Afy.

El señor Carlyle se inclinó y extendió los brazos sobre la mesa. Afy se había sentado frente a él.

—¿Quién cometió el crimen? —preguntó, en un tono sombrío y algo imperativo.

Afy se lo quedó mirando unos segundos antes de replicar, evidentemente sorprendida:

—¿Que quién lo hizo, señor? —dijo por fin—. Richard Hare. Todo el mundo lo sabe.

—¿Lo viste?

—No —replicó Afy—. Si lo hubiera visto, me habría muerto de miedo y horror. Richard Hare se peleó con mi padre y le mató de un disparo.

—Supones que lo hizo, Afy, igual que otros lo han supuesto. Yo no creo que fuera Richard Hare quien mató a tu padre.

—¡Que no fue Richard Hare! —exclamó Afy, asombrada—. Entonces, ¿quién cree que lo hizo, señor? ¿Yo?

—No digas tonterías.

—Sé que lo hizo —insistió Afy—. Es cierto que no fui testigo del crimen,

pero lo sé, tan claro como si hubiera estado allí. *Lo sé*, señor.

—No es posible que lo sepas, Afy.

—Sí, sí es posible. No se lo diría si no estuviera segura. Si Richard Hare estuviera aquí, y jurara hasta asfixiarse que no lo hizo, aún lo condenaría a la horca.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Preferiría no decírselo, señor. Pero debe creerme; digo la verdad.

—Esa noche había otro amigo tuyo presente, Afy. El teniente Thorn.

Afy se puso roja como un tomate; evidentemente, estaba confundida. Pero la actitud y las palabras del señor Carlyle destilaban seguridad, y se dio cuenta de que no serviría de nada tratar de engañarlo.

—Ya lo sé, señor. Era un muchacho joven, que solía venir a verme alguna noche. No tuvo nada que ver con lo sucedido.

—¿De dónde venía?

—Vivía con unos amigos en Swainson. No era nadie, señor.

—¿Cómo se llamaba? —preguntó el señor Carlyle.

—Thorn —dijo Afy.

—Me refiero a su verdadero nombre. Thorn no lo era.

—Oh, sí que lo era —dijo Afy—. Se llamaba Thorn.

El señor Carlyle la miró atentamente.

—Afy, tengo motivos para creer que Thorn era un nombre falso. Y también tengo motivos para querer averiguar cómo se llamaba en realidad, y me ayudarías mucho si me lo dijeras. Ahora, dime, ¿cuál era su nombre?

—No sabía que utilizara un nombre falso, señor —insistió Afy—. Se llamaba entonces teniente Thorn, y más tarde era el capitán Thorn.

—¿Lo has visto desde entonces?

—Alguna vez me he cruzado con él.

—¿Dónde está ahora?

—¡Ahora! Por Dios, ahora no sé nada de él —dijo Afy—. Hace mucho que no sé nada de él. Alguien me dijo que volvió a la India con su regimiento.

—¿En qué regimiento está?

—No me acuerdo —dijo Afy—. ¿No son todos iguales, señor? ¿No están todos en el mismo ejército?

—Afy, debo encontrar al capitán Thorn. ¿Sabes algo de su familia?

Afy negó con la cabeza.

—No creo que tuviera. Nunca le oí mencionar a un hermano o una hermana.

—¡Y sigues diciendo que se apellidaba Thorn!

—Lo sigo diciendo porque ese era su nombre. Estoy completamente segura.

—Afy, ¿sabes por qué quiero encontrarlo? Porque creo que él mató a tu padre, y no Richard Hare.

Afy abrió mucho los ojos y la boca, y su rostro alternó la palidez y el enrojecimiento. Cuando se controló, exclamó apasionadamente:

—¡Eso es mentira! Señor, discúlpeme, pero, quien diga eso, miente. Thorn no tuvo nada que ver, se lo juro.

—Pues yo te digo, Afy, que estoy convencido de que sí lo hizo. Tú no estabas allí y es imposible que sepas quién fue el asesino.

—Sí que lo sé —dijo Afy, que se echó a llorar histérica—. Thorn estaba conmigo cuando sucedió, así que no pudo haberlo hecho él. ¡Fue ese malvado de Richard Hare, señor! ¿Es que no lo he jurado?

—¡Que Thorn estaba contigo! ¿En el momento en que asesinaron a tu padre? —repitió Carlyle.

—Así es —gritó Afy, alterada—. No sé quién trata de zafar a Richard Hare de la acusación y colgarle el muerto a Thorn, pero es un monstruo malvado y de corazón retorcido. Fue Richard Hare, nadie más, y espero que lo cuelguen por ello.

—¿Me estás diciendo la verdad, Afy? —preguntó el señor Carlyle gravemente.

—¡La pura verdad! —repitió Afy, e imploró con las manos—. ¿Cree que le mentaría, tratándose de la muerte de mi padre? Si Thorn lo hubiera hecho, yo no lo protegería ni acusaría a Richard Hare.

El señor Carlyle no sabía qué pensar. Estaba claro que Afy creía lo que decía. Volvió a hablar, justo cuando Afy se levantaba de la silla.

—Locksley estaba en el bosque esa noche, y Otway Bethel también. ¿Crees que alguno de los dos pudo haberlo hecho?

—No, señor —replicó Afy con firmeza—. El culpable fue Richard Hare, y lo seguiré diciendo, aunque no me quedara un hálito de vida. Lo diría

porque lo sé, estoy segura de ello, aunque no pueda explicarle exactamente cómo lo sé. Ya habrá tiempo cuando lo detengan.

Y se fue de la sala, y dejó al señor Carlyle en un grave estado de confusión. ¿Debía creer a Afy? ¿O lo que Richard Hare había jurado y perjurado?

Capítulo 35: Invasión nocturna en East Lynne

Una inclemente noche de enero, el señor Carlyle y su hermana se hallaban en uno de los salones más cómodos de East Lynne. El contraste entre el interior y el exterior era enorme. El fuego ardía en la chimenea y se reflejaba en la espléndida alfombra; los muebles, muy cómodos, y las lámparas, que lo iluminaban todo, ofrecían una estampa de paz y tranquilidad, aunque no alcanzaba a ser lujosa. Fuera caían grandes copos de nieve, tan grandes y pesados como la joya de una corona, y la atmósfera era tan densa y oscura que no se veía a medio metro. El señor Carlyle había llegado a casa con la calesa de los ponis, que en el breve trayecto se había cubierto de nieve; tanto que, al verlo entrar en el vestíbulo, Lucy exclamó riéndose que su papá era un muñeco de nieve. Ya era tarde y los niños dormían. La institutriz se había retirado a su salón, pues no era habitual en la señorita Carlyle invitarla a pasar la tarde con ellos, y la casa estaba en silencio. El señor Carlyle se hallaba sumido en la lectura de un libro y la señorita Carlyle, sentada al otro lado del fuego, gruñía, estornudaba y se ahogaba.

La señorita Carlyle es una de esas damas de voluntad férrea que nunca admiten que están enfermas. Por supuesto, si hubiera caído en las garras de la fiebre escarlata, sufriera una parálisis o el baile de san Vito, habría cedido al enemigo innegable. Pero los malestares de orden menor, como dolor de cabeza, gripe o dolor de garganta, que afligen a todos, a ella no le alcanzaban. Así que cabe imaginar lo exasperada que se sentía cuando le dolía la cabeza y el pecho y perdía la voz, es decir, por haberse resfriado, por una vez en la

vida, como el común de los mortales.

—Fue esa cerveza —se quejó.

—¡Cerveza! —repitió el señor Carlyle mientras levantaba la vista de su lectura.

—Sí, la cerveza —dijo, e imitó su tono de voz—. Válgame Dios, Archibald, no hace falta que me mires como si hubiera dicho que me he resfriado por culpa de la luna.

—Pero ¿cómo vas a resfriarte por la cerveza? A menos que bebieras, sudando, una gran cantidad a baja temperatura.

La señorita Carlyle levantó las manos al cielo, en un gesto condescendiente de desprecio por su ignorancia.

—Hasta el fin de tus días te faltará sentido común, Archibald. ¿Crees que iba a beber grandes cantidades de cerveza fría? ¿No te acuerdas de que los dos últimos barriles que trajimos perdían cerveza?

—¿Y qué?

—Pues que el problema era que los barriles no estaban bien sellados porque los criados son inútiles, así que, cuando esta mañana vino a buscarme Peter después del desayuno y me dijo que tal vez habría otro barril de cerveza estropeado, y que el que había sido abierto se había acabado, le dije que yo misma iría a verlo. Y fui abajo; salí de la calidez y comodidad del salón y me metí en la bodega, fría como el hielo. Allí pasé unos buenos veinte minutos.

—¿Tanto tiempo hace falta para seleccionar un barril de cerveza?

—No, si todo está en orden, pero, si hay que examinar un barril tras otro, y rechazarlos si están mal cerrados, perdiendo cerveza —dijo exasperada la señorita Carlyle—. ¡Y en qué estado encontré la bodega! No había nada en su sitio. Hice bajar a la cocinera y la amonesté allí mismo; los jamones estaban crudos, no los habían girado al menos en tres días. Por eso he pillado este resfriado. Por el rato que pasé en la bodega.

El señor Carlyle no dijo nada. Si le hubiera dicho que no había necesidad de que interviniera, que Peter podía perfectamente llevar a cabo su tarea, su hermana se habría vuelto contra él. Así que siguió leyendo, y la señorita Carlyle se movía incómoda, gruñía y acercaba la silla al fuego o la apartaba; hacía aspavientos con manos y pies y, en suma, desplegaba el abanico de manías de una dama de mediana edad atacada de los nervios.

—¿Qué hora es? —dijo al cabo de un rato.

El señor Carlyle miró su reloj y dijo:

—Acaban de dar las nueve, Cornelia.

—Creo que me iré a la cama. Me tomaré un vaso de arruruz o un tazón de gachas, o algo igual de desagradable, y me iré a dormir. ¡Nunca había tenido en mi vida que recurrir a estos alimentos para enfermos!

—Hazlo, seguro que te sentará bien —dijo el señor Carlyle.

—Sé que hay algo excelente para el resfriado. Hay que doblar las enaguas de franela cruzadas, o cualquier otro retazo grande de franela que uno tenga a mano, y colocarlas encima del gorrito de dormir. Lo probaré.

—Seguro que sí —dijo el señor Carlyle, que disimuló una risa irreverente.

Se quedó cinco minutos más y luego se retiró, después de darle las buenas noches al señor Carlyle, que continuó leyendo. Pero, al cabo de unas páginas, terminó el volumen. Dejó el libro encima de la mesa, se levantó y estiró, cansado de estar sentado.

Atizó el fuego para que ardiera con más fuerza y se quedó de pie en la alfombra.

—Me pregunto si aún estará nevando —se dijo.

Se acercó a la ventana, que daba al jardín, y apartó la mitad de la cálida cortina de terciopelo bermejo. Fuera, todo estaba quieto y oscuro. El señor Carlyle apenas distinguía qué tiempo hacía; abrió la ventana y salió fuera.

La nieve caía pesada, con más fuerza que nunca. Y al señor Carlyle le sorprendió una desagradable sensación: una mano le tocaba, y se dio cuenta de que había un hombre cerca.

—¡Por el amor de Dios, señor Carlyle, déjeme entrar! Veo que está solo. Yo estoy muerto de cansancio.

El tono de voz le resultó familiar, y se apartó mecánicamente. Mil sensaciones de perplejidad le asaltaron, y el hombre le siguió al salón. Era un muñeco de nieve, como habría dicho Lucy. Y era así porque había caminado horas bajo la nieve y su sombrero, su ropa, sus cejas, sus largos mostachos, todo estaba blanco.

—Cierre la puerta, se lo ruego.

¿Acaso no adivina el lector que se trataba de Richard Hare?

El señor Carlyle cerró la ventana y corrió la pesada cortina. Rápidamente

fue a poner el pestillo en las dos puertas de la estancia. Una llevaba a la habitación adyacente y otra al pasillo. Mientras, Richard se quitó el blusón empapado, el viejo blusón que había llevado en su última visita, el sombrero y los falsos bigotes negros, y se limpió la nieve de la frente con el dorso de la mano.

—Richard —dijo el señor Carlyle—, estoy sin palabras. Y me temo que corre un riesgo excesivo viniendo aquí.

—He tenido que salir de Londres con lo puesto —replicó Richard, que seguía castañeteando a causa del frío—. Tengo a alguien en mis talones, señor Carlyle; me persigue la policía por culpa de esa mala bestia de Thorn.

El señor Carlyle abrió el armario de los licores y sirvió una copa de *brandy*.

—Tome, Richard. Le hará entrar en calor.

—Preferiría tomármelo con algo de agua caliente, señor.

—Pero ¿cómo voy a pedir agua caliente? Para eso tendría que avisar a un criado, y no es prudente. Bébaselo tal cual. ¡Si está temblando!

—Unas horas bajo la fría nieve bastan para que el hombre más fuerte tiemble de arriba a abajo. Y se amontona tanto que se avanza a paso de tortuga. Pero déjeme que le cuente lo que ha pasado. Hará unos quince días estaba en una parada de taxis en el West End, hablaba con un conductor y empezó a llover. Pasaron por allí un caballero y una dama, pero no me había fijado en ellos. «¡Por Júpiter! —oí que él le decía a ella—, creo que nos vamos a empapar. Cojamos un taxi, querida». El hombre con el que yo hablaba abrió la puerta de su coche y ella entró, ¡una chica tan linda! Me giré para ver al hombre, y podría haberme noqueado con una pluma, señor Carlyle. Era él: era Thorn.

—¡Qué me dice!

—Pensaba usted que me equivoqué al reconocerlo aquella noche, a la luz de la luna; ahora, en pleno día, no cabía duda. Lo miré cara a cara, y él también me vio. Se puso blanco como la leche, y quizá yo también, no sé.

—¿Iba bien vestido?

—Mucho. Oh, no hay duda de que es un hombre rico, que se mueve en los mejores círculos sociales. El taxi arrancó y yo me subí detrás. El conductor pensó que se habrían colgado unos muchachos y se giró, dispuesto a emplear el látigo. Pero me reconoció, y yo le hice una seña para que se callara.

Apenas recorrimos una calle. Me bajé antes que Thorn y, cuando puso un pie en el pavimento, volví a mirarlo fijamente. Se dio cuenta de que lo había seguido, y volvió a empalidecer. Memorice la casa, pensando que vivía allí, y...

—Pero ¿por qué no le denunció, Richard?

Richard sacudió la cabeza.

—¿Qué pruebas tengo de su culpabilidad, señor Carlyle? Ninguna, nada definitivo. No, debo esperar a conseguir pruebas. Si lo denunciara ahora, se girarían las tornas y me jugaría la vida; él, para proteger la suya, juraría que me había visto cometer el crimen. Bueno, pues pensé en descubrir su verdadero nombre, y esa noche fui a la casa y trabé conversación con uno de los criados que estaba en la puerta por la noche. «¿Vive aquí el capitán Thorn?», le pregunté. «Aquí vive el señor Westleby —dijo—, no conozco a ningún capitán Thorn». Ese debe ser su nombre, pensé. «Es un caballero joven, ¿verdad? —dije yo—. Elegante, y con una bonita esposa». «No sé qué considera usted joven —se rio el criado—, porque mi amo tiene sesenta años, y su esposa la misma edad». Eso me hizo dudar. «¿Tiene hijos?», pregunté. «Ninguno —me respondió el criado—. Viven los dos solos». Así que le dije lo que buscaba: el caballero y la dama que habían llegado a la casa en un taxi ese mismo día. Le dije que quería saber su nombre, pero no obtuve respuesta. Me dijo que ese día el señor había recibido muchas visitas, pues se había recuperado de una larga enfermedad, y mucha gente había ido a verlo.

—¿Es todo lo que averiguaste, Richard?

—¡Todo! Ojalá lo hubiera averiguado todo. Seguí buscándole por los barrios más selectos. Estaba fuera de mí, loco...

—¿No te extraña que, dada su posición social, y viviendo en Londres, no te cruzaras con él antes? —interrumpió el señor Carlyle.

—No, señor, y le diré por qué. Siempre he temido mostrarme en las mejores zonas de la ciudad, por miedo a que me viera algún viejo conocido. Mis días transcurrían en rincones oscuros, tabernas, establos y sitios así. Ese día había ido al West End por trabajo.

—Está bien, siga contándome lo que pasó.

—Al cabo de una semana volví a dar con él. Era de noche. Él salía de uno de los teatros, y yo me acerqué y me quedé callado, y lo miré. «¿Qué quiere? —preguntó—. He visto que me ha observado en anteriores ocasiones».

«Quiero saber cómo se llama —dije—. De momento me basta con eso». Empezó a gritar y a decir que, si volvía a verme, me entregaría a la policía. «Y recuerde que a los hombres no los detienen por *mirar* —añadió significativamente—. Sé quién es, y, si aprecia su vida, apártese de mi camino». Se metió en un carruaje privado y se alejó. Vi un gran escudo de armas pintado en él.

—¿Y cuándo sucedió eso?

—Hace una semana. Naturalmente, estaba en un sinvivir. Medio enloquecido, para intentar descubrir su nombre y quién era. Volví a cruzarme con él otro día, pero caminaba rápidamente con otro caballero. Y luego, en la entrada de Tattersall, en las subastas de caballos, hablando con el mismo hombre. Cuando me vio, su rostro se contorsionó hasta parecerse a un salvaje, creo que de furia y miedo por igual. Parecía que vacilaba y luego, como si actuara impulsivamente, llamó a un policía, me señaló y le susurró algo brevemente. Eso me asustó, y me escabullí. Dos horas más tarde, cuando estaba en una zona distinta de la ciudad, me di la vuelta y vi al mismo policía; me había seguido. Eché a correr y me lancé entre los caballos de los carruajes, me metí por pasajes y recodos, por otra calle, y llegué hasta un taxista que esperaba en un cruce. Me subí a la parte de atrás del vehículo sin que me viera, y así llegué a donde me alojaba. Creía que había despistado a mi perseguidor, pero al mirar a la calle lo vi de nuevo, frente a la casa, como si me esperara. Estaba muerto de hambre, pero se me pasó de repente. Abrí la caja donde oculto mi disfraz, me lo puse y salí por la puerta de atrás. Y desde ese día no he dejado de caminar, de huir. De vez en cuando, alguien se compadecía y me permitía subir a su vehículo.

—Pero, Richard, sabe que West Lynne es el peor lugar del mundo para esconderse, ¿verdad? La gente sabe que una vez estuvo aquí, disfrazado de obrero.

—¿Quién demonios me traicionó? —exclamó Richard.

—No lo sé, no tengo ni idea. El rumor corrió como la pólvora, y su padre también se enteró. Por eso la gente quizá esté más atenta, y puedan reconocerlo, a pesar de su disfraz.

—¿Qué podía hacer? Por fuerza tenía que pasar por aquí, para conseguir algo de dinero. Me instalaré en otra ciudad, lejos de Londres: Liverpool, o quizá Mánchester, y allí buscaré empleo. Pero hasta llegar necesito algo con

que mantenerme. No tengo ni un penique —dijo, y exhibió los bolsillos vacíos de sus pantalones para que el señor Carlyle lo viera—. Las tres últimas monedas las he gastado en pan, queso y media pinta de cerveza al mediodía. Y llevo fuera, al lado de esa ventana, más de una hora, señor.

—¡Por Dios!

—Cuando venía, pensaba en lo que debía hacer. No me serviría de nada tratar de avisar a Barbara en una noche así. Y no tenía dinero para pagarme una pensión, así que llegué aquí, y esperé dar con usted por un golpe de suerte. Había una pequeña separación en la cortina, no del todo cerrada, y los vi a usted y a la señorita Carlyle. Cuando ella se fue, y usted salió al jardín, me decidí a hablarle. Señor Carlyle. —Hizo una pausa y dijo—: ¿Cree que siempre llevaré esta vida?

—Lo siento mucho por usted, Richard —dijo el señor Carlyle, que se compadecía de él—. Ojalá pudiera hacer algo para remediarlo.

Antes de que Richard pudiera responder, alguien trató de abrir la puerta, pero, al verla cerrada con el pestillo, llamó suavemente. El señor Carlyle le puso la mano en el hombro a Richard, que parecía aterrorizado.

—Cálmese, tranquilo. No entrará nadie. Se trata de Peter, el criado.

Pero no se oyó la voz de Peter, sino la de Joyce, cuando el señor Carlyle preguntó quién era.

—La señorita Carlyle se ha dejado el pañuelo abajo, señor, y me manda a por él.

—No puedes entrar, Joyce, estoy ocupado —respondió el señor Carlyle con un tono claro y definitivo.

—¿Quién era? —susurró Richard al oír los pasos de Joyce que se alejaban.

—Joyce.

—¿Aún sigue aquí? ¿Se sabe algo de Afy, señor?

—Precisamente estuvo aquí hará unos dos o tres meses.

—¿De verdad? —dijo Richard, que se distrajo por un instante del peligro que corría—. ¿Qué hace, dónde está?

—Es doncella en una casa. Richard, le pregunté a Afy por Thorn, y me juró solemnemente que Thorn no era el asesino, que no podía serlo porque estaba con ella en el momento del crimen.

—No es verdad —dijo Richard—. Fue Thorn quien lo hizo.

—Richard, lo cierto es que usted no lo sabe con certeza: no *vio* al asesino.

—Sé que ningún hombre habría salido corriendo tan despavorido, con claras señales de culpabilidad y terror grabadas en su expresión, a menos que acabara de cometer una grave fechoría —dijo Richard—. Nadie más pudo hacerlo.

—Afy jura y perjura que estaba con ella —repitió el señor Carlyle.

—Mire, señor: usted es un hombre inteligente, y la gente dice que yo no lo soy, pero me doy cuenta de las cosas y sé razonar como todo el mundo. Si Thorn no es el asesino de Hallijohn, ¿por qué iba a perseguirme? ¿Qué le importaría yo? ¿Y por qué se pondría lívido al verme? Tanto si cometió el crimen como si no, debe saber que yo soy inocente, porque se topó conmigo cuando salió corriendo de la casa.

El razonamiento de Dick no era descabellado.

—Y otra cosa —prosiguió—. Afy juró en la investigación pública que estaba *sola* cuando se cometió el crimen, en el bosque, al fondo de la casa, y que no supo lo que había sucedido hasta después. ¿Cómo pudo jurar que estaba sola si Thorn estaba con ella?

El señor Carlyle no recordaba esa discrepancia entre las dos versiones o, de otro modo, se lo habría señalado a la propia Afy en su conversación. Sin embargo, le parecía que su declaración había sido honesta. No podía desentrañar quién decía la verdad.

—Ahora que he dejado atrás mi pasión por Afy, soy consciente de sus defectos, señor Carlyle. No es una persona de fiar, y miente tan fácilmente como respira.

De repente se oyó un gran estruendo en la puerta de la habitación, lo bastante fuerte para despertar a toda la casa. Ningún policía en busca de un fugitivo habría hecho tanto ruido. Richard Hare se volvió blanco como la cal, con los ojos muy abiertos, y su cabello fino y claro se erizó de horror. Se puso el blusón como pudo, con las mangas colgando, y se encasquetó el sombrero y los falsos mostachos mientras miraba a su alrededor como un loco en busca de un rincón donde deslizarse. Al no verlo, corrió hacia la chimenea por si podía escapar por ahí. Era evidente que era su intención, si bien estaba por ver cómo podría meterse por la chimenea con el fuego crepitando, y el efecto que tendría sobre su ropa, por no mencionar su propia persona. El señor

Carlyle tomó por los hombros con calma y firmeza y lo apartó del fuego mientras se oía una voz furiosa al otro lado de la puerta.

—Richard, serénese, por Dios. ¿Acaso no le he dicho que no le pasará nada mientras esté en mi casa?

—Quizá sea ese policía de Londres, y se ha traído media docena más con él —balbuceó el pobre Richard—. Quizá me han seguido hasta aquí.

—Tonterías. Siéntese y cálmese. Es Cornelia, y ella tiene el mismo interés que yo en protegerle de todo peligro.

—¿De veras? —exclamó aliviado Richard, y añadió, con los dientes castañeteando—: Pero ¿no puede evitar que entre?

—No, no puedo. Si ha decidido entrar, lo hará —dijo Carlyle con franqueza—. Acuérdesse de cómo era. Pues bien, no ha cambiado.

Sabedor de que no serviría de nada hablar con su hermana, al otro lado de la puerta, mientras ella estuviera de mal humor, el señor Carlyle abrió la puerta, se deslizó hábilmente hacia fuera y la cerró tras él. En efecto, era su hermana. Y estaba hecha una furia.

Una breve explicación sobre la razón que había traído a la señorita Carlyle hasta la puerta del salón de su hermano. Al subir a su dormitorio, llevándose su resfriado, pidió gachas, y se preparó para desvestirse y ponerse el camisón por la cabeza. Se puso el gorro de noche, cuya extraordinaria forma el lector conoce por la anterior descripción, y se puso a reflexionar sobre la franela. Encontró un retal adecuado, de la extensión requerida, y empezó a doblarlo, pero el proceso era muy laborioso, no estaba acostumbrada a manejar el material; la franela es complicada. El resultado fue tal que es una lástima que no se hiciera una fotografía para exponerla en el Museo Británico. Una pirámide cónica se elevaba de la coronilla y un par de pequeños retazos de franela colgaban sobre la frente; por ambos lados, recordaba la peluca de un juez.

Mientras así se preparaba, antes de colocarse la franela enrollada, pues de otro modo no los habría oído, la señorita Carlyle creyó percibir una conversación procedente de la sala de abajo. Tenía una notable facultad auditiva, si bien es de justicia señalar que todas sus cualidades estaban animadas por la intensidad. Los criados, Peter y Joyce, creían que los «escuchaba», pero en eso eran injustos con ella. Al principio, la señorita Carlyle creyó que su hermano leía en voz alta, pero desechó la idea. «¿Con

quién puede estar?»», se preguntó.

Con el turbante terminado, llamó a Joyce. Esta se presentó.

—¿Quién está con el señor Carlyle?

—Nadie, señora.

—Te digo que está con alguien. Oigo su conversación.

—No creo que haya nadie con él, señora —insistió Joyce—. Y las paredes de esta casa son demasiado gruesas, señora, para que lleguen aquí los ruidos de la planta baja.

—No digas tonterías —exclamó la señorita Carlyle—. Si hay gente hablando en el salón, se oye un zumbido que sube hasta aquí, al que me he acostumbrado. Ve a ver quién es. Creo que me he dejado el pañuelo en la mesita; súbemelo.

Joyce bajó, y la señorita Carlyle procedió a desvestirse: primero la falda y luego sus enaguas de seda. Se había quitado el corsé cuando Joyce volvió.

—Sí, señora, hay alguien con el señor. No pude entrar porque estaba echado el pestillo, y el señor me dijo que estaba ocupado.

A la señorita Carlyle no le hacía falta más. Segura de que nadie había venido a la casa, repasó rápidamente los miembros de la residencia, y llegó a la conclusión de que debía estar con la institutriz, la señorita Manning, que había tenido la desfachatez de pasar la velada, ¡encerrada!, con el señor Carlyle. La pobre institutriz era bonita, y la señorita Carlyle había tenido buen cuidado de mantenerla, a ella y a su agraciado rostro, alejados de su hermano, pues sabía lo atractivo que él resultaría para una señorita en posición de situarse, como consideraba a la institutriz. Oh, sí, tenía que ser la señorita Manning, que se habría introducido sigilosamente en el salón al creer que la señorita Carlyle se había retirado, pero no sabía el avispero que había despertado. ¡Y qué locura, la de Archibald! ¡Cerrar la puerta con una mujer dentro!

Buscó algo con que cubrirse los hombros y se hizo con una pieza de ropa que parecía un mantel verde. Después de ponérselo encima, bajó como un torbellino al primer piso. Fue de esta guisa como la vio el señor Carlyle cuando salió de la sala.

—¿Quién está ahí contigo? —preguntó ella.

—Tengo una reunión personal, de trabajo —replicó él—. No puedes pasar, Cornelia.

Su hermana casi rompió a reír. ¡Que no podía pasar!

—Es mejor que no. Vuélvete a la cama. Empeorarás si sigues aquí, sin abrigarte.

—¿No te da vergüenza? ¡Tú, un hombre casado, con tus hijos en esta misma casa! —dijo la señorita Carlyle, impertérrita—. No doy crédito. ¡Jamás habría creído algo tan bajo de tu parte, Archibald!

El señor Carlyle la miró sin comprender.

—Vamos, sácala de ahí. Y, por supuesto, también saldrá de esta casa, mañana por la mañana a primera hora. ¡Descarada! Menudo par, encerrados los dos en cuanto pensabais que os habíais deshecho de mí. Apártate, Archibald, te digo que voy a entrar, y lo haré.

El señor Carlyle tuvo que contener una carcajada. Para gran sorpresa de la señorita Carlyle, vio emerger, en ese momento, a la institutriz de su salita privada, mirar el reloj del vestíbulo y retirarse de nuevo.

—Pero ¡si está allí! —dijo—. Pensaba que estaba contigo.

—¡La señorita Manning, encerrada conmigo! ¿Estás viendo visiones, Cornelia? Creo que el resfriado te ha dado fiebre.

—Bueno, entraré de todos modos. Quiero ver quién está contigo, Archibald.

—Si insistes, te dejaré pasar. Pero déjame que te advierta que en esa habitación encontrarás una tragedia, y no te hará reír. No hay ninguna mujer, sino un hombre que entró por la ventana, como un ciervo perseguido. Un hombre al que acusan, que corre peligro y que teme estar perseguido por la policía. ¿Adivinas su nombre?

Ahora le tocaba a Cornelia quedarse boquiabierta. Abrió los labios resecos para hablar, pero los cerró de nuevo.

—Es Richard Hare. En esta amarga noche de nieve, no hay ni un solo techo en todo el mundo que lo acoja.

La señorita Carlyle no dijo nada. Hubo una larga pausa, y con un gesto pidió que abriera la puerta igualmente.

—¿Vas a entrar, vestida así?

—¿Qué me importa que me vea así Richard Hare? ¡Si cuando era niño lo castigaba una y diez veces al día! No voy a tener manías con él. Y, además, seguro que tiene tan mal aspecto como yo. Pero, Archibald, es una locura que

haya venido aquí.

La dejó entrar, con cuidado de poner el pestillo y cerrar la puerta en cuanto hubo entrado, y se dirigió a la otra habitación que daba a la sala donde se encontraba Richard. Tocó la campana y vino un criado.

—Envíame a Peter.

Cuando el viejo criado apareció, el señor Carlyle le dijo:

—Tráeme cena para dos, Peter. Tengo una visita de trabajo. ¿Qué tienes en la despensa?

—La carne especiada, señor, y algunos pasteles caseros de carne de cerdo.

—Perfecto —dijo el señor Carlyle—. Añade una jarra de cerveza y lo necesario para acompañar la carne. Luego podéis iros todos a dormir, porque seguramente nos alargaremos. Ya retiraréis los platos mañana por la mañana. Oh, Peter, asegúrate de que nadie se acerca a la sala, ni a esta ni a la adyacente, bajo ningún motivo, salvo que yo toque la campana, ¿entendido? Estaré demasiado ocupado para que me molesten.

—Muy bien, señor. ¿Sirvo también el jamón?

—¿El jamón?

—Lo siento, señor. Pensé que era el señor Dill, y a él le gusta mucho nuestro jamón.

—Ah, siempre fuiste muy astuto, Peter —sonrió su amo—. Pues sí que es cierto que le gusta el jamón. Sí, sírvelo también. No te olvides de añadir una tetera pequeña.

A consecuencia de la sutil finta del señor Carlyle, Peter bajó a la cocina y anunció que el señor Dill había venido y que debían servir cena para todos. Y añadió:

—¡Qué horas de venir, y con esta nieve! Pobre señor Dill, a su edad.

—Será peor cuando tenga que volver, porque habrá más nieve aún —dijo una de las criadas.

Cuando el señor Carlyle volvió a la otra sala, su hermana y Richard Hare apenas habían terminado de mirarse atónitos. Richard sin duda había visto a mujeres y damas ataviadas del modo más estrafalario, teniendo en cuenta cómo vivía, pero jamás se había topado con una que exhibiera un atuendo más raro que el de la señorita Carlyle esa noche. ¡Jamás dos figuras más distintas

se habían enfrentado cara a cara! La señorita Carlyle llevaba zapatos y medias negras, unas enaguas de franela que le llegaban a la pantorrilla, el chal verde, que, para coronar sus virtudes, estaba rematado por unos flecos gastados y el turbante casero que no se parecía a nada de este mundo. Él, ataviado con un blusón de obrero al que le faltaban varios botones, con una chaqueta de algodón, las mangas abiertas y el sombrero gastado y los mostachos falsos, a cuyo aspecto había que añadir un rostro blanco y aterrorizado y las manos temblorosas. Si el lector ha estado en un carnaval, puede estar seguro de que, entre los participantes enmascarados, nunca se vio un espectáculo como el que presentaban ellos, en ninguna carroza del desfile.

—Por favor, Cornelia, cierre la puerta —suplicó el pobre y azorado Dick cuando la hubo mirado de arriba a abajo.

—La puerta ya está cerrada —replicó ella—. Pero ¿cómo se le ocurre venir aquí, Richard? Debe estar loco, o peor.

—Los policías de Bow Street me perseguían por todo Londres —respondió dócilmente, inconsciente de que su actitud era la del muchacho que había sido—. Tuve que irme con lo puesto, sin siquiera una camisa limpia.

—Deben ser policías muy educados, si no le han perseguido antes —dijo la señorita Carlyle para consolarlo—. ¿Piensa bailar con una gaita por las calles de West Lynne mañana, y mostrarse abiertamente?

—No, si puedo evitarlo —dijo Richard.

—Si viene a West Lynne es como si lo hiciera, porque no podrá evitar que lo descubran. Se sabe que vino hace tiempo. Me gustaría saber cómo corrió ese rumor.

—La vida que llevo es horrenda —exclamó Richard—. Puedo soportar el trabajo, aunque es duro después de haberme criado como un caballero, pero vivir exiliado, con mi reputación destrozada, con miedo de mostrarme a la luz del día, ¡temeroso cada hora de que caiga la espada de Damocles que pende sobre mi cabeza! Preferiría morir a seguir viviendo así.

—Bueno, el único culpable de esto es usted —replicó filosóficamente la señorita Carlyle mientras abría la puerta para dejar entrar a su hermano—. Iba detrás de esa descarada de Afy, desafiando a todos los que le aconsejaban lo contrario.

—No fue por eso —dijo Richard—. Fue ese animal que asesinó a Hallijohn; por esa razón tuve que huir.

—Es extraordinario que, si otra persona lo mató, no se pueda descubrir cómo sucedió —replicó la señorita Carlyle—. No hace más que contar esa fábula: que lo hizo otro, que se llamaba Thorn. Pero nadie lo vio ni sabe nada de él, ni entonces ni ahora. Vamos, Dick, parece que se lo haya inventado para librarse de la acusación.

—¡Inventado! —exclamó Richard, agitado, pues le parecía el colmo de la crueldad que, en la situación en que se hallaba, alguien dudase de lo que decía—. Es Thorn quien ha puesto a los policías tras de mí. Le he visto tres o cuatro veces en los últimos quince días.

—¿Y por qué no le denunció a la policía? —preguntó la señorita Carlyle.

—Porque no lograría nada. ¿Dónde están las pruebas? Es mi palabra contra la suya de que fue él quien cometió el asesinato, y no yo.

La señorita Carlyle se frotó la nariz.

—Dick Hare —dijo.

—¿Sí?

—Siempre fue el muchacho más tontuelo que corría por aquí.

—Eso me dijeron siempre.

—Y lo serás toda la vida. Si a mí me acusaran de un crimen que no he cometido, y del que me consta que otro es culpable, no sería tan idiota de no denunciar a ese hombre, si tengo la oportunidad. Si no estuviera en un estado tan lamentable de frío, hambre y miedo, le daría una buena lección, puede estar seguro.

—Entonces estaba compinchado con Afy —explicó Richard—. Era un hombre malo y mentiroso, y sigue siéndolo a juzgar por su expresión. Y creo que deben seguir viéndose, si ella afirma con tanta rotundidad que estaba con él cuando sucedió el crimen. El señor Carlyle dice que eso es lo que declara, y que se lo dijo la vez que estuvo aquí. Él no estaba con ella, y fue él quien mató a Hallijohn.

—¡Ah! —exclamó la señorita Carlyle, pues el tema despertaba su interés—. ¡Sí, esa Jezabel de tercera se atrevió a venir aquí! Supo escoger bien el momento, y puede darle las gracias a su buena suerte de que yo no estuviera aquí. Archibald, que es tonto, tanto o más que tú, Dick Hare, en algunos aspectos, ¡le permitió que se alojara aquí dos días! ¡Una cualquiera vanidosa, cabeza de chorlito, desvergonzada, que solo sabe de tonterías y descaro!

—Afy dijo que no sabía nada de dónde está ahora Thorn, Richard, y que

hacía tiempo que no lo sabía —intervino el señor Carlyle, que dejó sin contestar los cumplidos que su hermana le acababa de dedicar—. Decía que había oído el rumor de que se había ido al extranjero, con su regimiento.

—Tanto mejor para ella si es cierto que no sabe nada de él —dijo Richard—. Pero le aseguro que se encuentra en Inglaterra.

—¿Y dónde pensaba alojarse esta noche? —dijo abruptamente la señorita Carlyle mientras miraba a Richard.

—No lo sé —fue la desalentada respuesta—. Si me tiendo a dormir en el suelo, me cubrirá la nieve. Pero, si me encuentran congelado por la mañana, no creo que sea una gran pérdida.

—¿Eso pensaba hacer? —replicó la señorita Carlyle.

—No —dijo él—. Lo que había pensado era pedirle al señor Carlyle que me prestara unos pocos chelines para pagar un sitio donde dormir. Sé de un lugar seguro, a dos o tres millas de aquí.

—Richard, en una noche como esta no echaría ni a un perro para que caminara dos o tres millas—dijo impulsivamente el señor Carlyle—. Tiene que quedarse aquí.

—Pero no sé cómo va a dormir en una habitación de la casa, que tendrán que preparar los criados, sin que se revele su presencia —saltó la señorita Carlyle. Y el pobre Richard Hare hundió la cabeza en sus manos.

Pero en realidad las palabras de la señorita Carlyle eran más duras que su corazón. Pues, antes de pronunciarlas, antes incluso de que el señor Carlyle hubiera hablado, ya estaba dándole vueltas al mejor plan para que Richard pudiera descansar.

—Una cosa es segura —prosiguió—. No es posible que se quede a dormir aquí sin que Joyce se entere. Y supongo que usted y Joyce se llevan a matar, pues le cree el asesino de su padre.

—Pues déjeme que la saque de su error —dijo Richard mientras se levantaba—. Permítame que la vea y la convenza. Señor Carlyle, ¿por qué usted no le dijo la verdad?

—Hay una pequeña habitación detrás de la mía —dijo la señorita Carlyle para volver a los asuntos prácticos—. Podría dormir allí, pero tenemos que decírselo a Joyce.

—Entonces, llámala —dijo el señor Carlyle—. Hablaré primero con ella.

Quitó el pestillo de la habitación y se fue, y la señorita Carlyle procedió a cerrarla de nuevo. Llamaron a Joyce y le pidieron que entrara en la sala de al lado. Sabía que Joyce estaba convencida de la culpabilidad de Richard Hare, pero tenía que convencerla de lo contrario si Richard iba a pasar la noche en la casa.

—Joyce —empezó—, ¿recuerdas lo segura que estabas de que Afy se había fugado con Richard Hare? Varias veces te dije que yo no estaba seguro, y la verdad es que disponía de información concreta que me indicaba que ella no estaba con él, y que jamás habían estado juntos desde su desaparición. Sin embargo, pensé que era mejor no mencionar lo que sabía. Estás convencida ahora de que no estaba con él, ¿verdad?

—Por supuesto que sí, señor.

—Ya ves que habrías hecho bien haciéndome caso. Ahora voy a tratar de convencerte de otra cosa, que también crees firmemente, pero sobre la que te aseguro que dispongo de información igual de sólida que en el otro caso.

—Estoy segura, señor, de que no me diría nada que no fuera cierto, y me consta que es usted sensato —dijo Joyce.

—Debo decirte que no creo que Richard Hare asesinara a tu padre.

—¡Señor! —susurró Joyce, completamente asombrada.

—Creo que Richard Hare es tan inocente de ese crimen como tú o yo —repitió deliberadamente—. Y hace años que lo pienso, Joyce.

—Entonces, señor, ¿quién lo hizo?

—El otro amante de Afy. Ese Thorn. Estoy convencido.

—¿Y dice que tiene razones para pensarlo, señor? —preguntó Joyce al cabo de un rato de silencio.

—Muy buenas razones, y, como te digo, hace años que lo pienso. Me gustaría convencerte de ello.

—Pero, señor, si Richard Hare es inocente, ¿por qué huyó y sigue escondiéndose?

—¡Ah, buena pregunta! Eso es lo peor del caso, y lo que ha acabado condenándolo a ojos de todo el mundo. La culpa es de su debilidad y cobardía. Temía regresar, y pensó que no podía vencer el odio que las circunstancias habían concitado contra él. Joyce, me gustaría que pudieras verlo y escuchar su historia, con sus propias palabras.

—No creo que sea posible, señor. Nunca volverá por estos lares.

—Está aquí, ahora.

Joyce lo miró, considerablemente asustada.

—Aquí, en esta casa —repitió el señor Carlyle—. Se ha refugiado aquí, y en las pocas horas en las que permanecerá bajo este techo debemos ofrecerle nuestra hospitalidad y protección, y ocultarlo de la mejor manera. Pensé que debía confiar en ti y decírtelo, Joyce. Ven, vamos a verlo.

Teniendo en cuenta que la entrevista fue susurrada, pues todos hablaban en voz muy baja, no fue poco confusa. Richard hablaba con vehemencia, Joyce le hacía una pregunta tras otra, la señorita Carlyle hablaba tan rápidamente como siempre. El único que guardaba silencio era el señor Carlyle. Joyce no pudo negarse a creer los juramentos desesperados de Richard Hare, y pronto sus sospechas se dirigieron hacia el capitán Thorn.

—Y ahora, respecto a la cama —intervino la señorita Carlyle, impaciente—, Joyce, ¿dónde va a dormir? La única habitación discreta de la casa, que yo sepa, es la adyacente a la mía.

—Pero no puede dormir ahí, señora. La llave se perdió la semana pasada, y no podemos abrir la puerta.

—Mejor. Así estará más seguro.

—Pero ¿cómo va a entrar?

—¿Cómo? Pues a través de mi habitación, claro está. ¿O es que no hay una puerta que las conecta, tonta?

—Oh, señora, claro, si quiere que pase por su habitación, no hay problema.

—¿Por qué no iba a pasar? ¿Crees que me importa un rábano el pequeño Dick Hare? No, desde luego que no —continuó, irascible—. Solo desearía que volviera a ser un crío, para poder darle otra vez una buena tunda. Se lo merece, por la tontería que ha hecho, en todos los sentidos. Me dormiré con las cortinas corridas, y el hecho de que cruce la habitación no me molestará en absoluto, y a él tampoco que yo esté dormida. ¡Manías con Dick Hare! ¡Acabáramos! ¿Qué será lo siguiente?

Una vez aclarado este punto, Joyce subió a hacer la cama y la señorita Carlyle volvió a su habitación. Mientras, el señor Carlyle llevó a Richard a la sala de al lado, donde los criados habían preparado la cena. Allí Richard pudo comer cuanto quiso, y se relajó. Gracias a la grata compañía, al buen

fuego y a la copa de *brandy* con agua caliente, que acabó de animarlo, Richard se quedó dormido en un sillón. Pero no habían pasado cinco minutos cuando se despertó, sobresaltado, tenía la mirada perdida y agitaba los puños contra un atacante imaginario.

—¡No fui yo! ¡No fui yo! —exclamaba, lleno de miedo y de ira—. ¡No me detengan, no fui yo! Fue otro quien lo hizo...

—¡Richard, Richard! —dijo el señor Carlyle, con su voz más suave.

Richard miró con ojos asombrados la mesa, el fuego, y luego al señor Carlyle, y se tranquilizó.

—Acabo de soñar que me atrapaban, señor. ¡Qué cosa más estúpida son los sueños!

En ese momento se oyó un ligero golpe en la puerta, y el señor Carlyle la abrió. Era Joyce.

—La habitación ya está lista, señor —susurró—, y todos los criados están en sus camas.

—Entonces, es el momento, Richard. Buenas noches.

Subió al piso de arriba siguiendo a Joyce, quien lo condujo a través de la habitación de la señorita Carlyle. No vio a la dama, aunque sí la oyó. En honor a la verdad, que no a la cortesía, sus ronquidos llegaban claramente desde detrás de las cortinas de su cama. Joyce acompañó a Richard a su habitación, le dejó una vela y cerró la puerta.

¡Pobre fugitivo! ¡Buenas noches!

Capítulo 36: El corazón de Barbara se tranquiliza

Amaneció. El tiempo seguía gris y caía una pesada cortina de nieve. La señorita Carlyle tomó el desayuno en la cama, una debilidad a la que no había sucumbido en muchos años. Richard Hare se despertó, pero permaneció en su habitación, y Joyce le llevó el desayuno.

El señor Carlyle entró mientras desayunaba.

—¿Cómo ha dormido, Richard?

—Bien. Estaba agotado. ¿Qué voy a hacer, señor Carlyle? Cuanto antes me vaya, mejor. No me siento seguro.

—No se le ocurra irse antes de que anochezca. Solo puede quedarse aquí unas horas, porque, inevitablemente, los criados lo verían. ¿Decía que quería ir a Liverpool o a Mánchester?

—A cualquier ciudad grande. Todas me parecen iguales; para un perseguido es preferible un lugar grande que pequeño.

—Tiendo a pensar que ese hombre, Thorn, fingió que lo denunciaba, Richard. Si de veras es culpable, lo más prudente para él es ser discreto y no causar ningún escándalo. Lo peor que le podría pasar, de hecho, es que le arrestaran a usted.

—Entonces, ¿por qué me amenazó? ¿Por qué hizo que un policía me siguiera?

—Sin duda no le gustaba que usted estuviera encima, y se asustaría. Después de ese día, probablemente, no habrá vuelto a ver al policía. Piénselo, Richard: si el policía hubiera querido detenerlo, lo habría hecho. No se

habría contentado con seguirlo de un lugar a otro. Cuando a un policía le encargan seguir a un sospechoso, se preocupa de no ser visto. Pero ese hombre, según dice, se mostraba abiertamente.

—Pues sí, no le falta razón —reflexionó Richard—. Para alguien de su categoría, la sospecha de que pueda ser un asesino lo hundiría a ojos de los miembros de su clase social.

—Me resulta difícil, Richard, creer que pertenece a esa clase que usted dice —dijo el señor Carlyle.

—No me cabe la menor duda, ya se lo dije. Si no fuera porque no quiero mencionar ese nombre, porque a usted no le gustaría, ayer noche le habría dicho con quién lo vi por la calle —continuó Richard, con toda su buena fe.

El señor Carlyle le miró con curiosidad.

—Dígame, Richard.

—Iba con sir Francis Levison las dos veces que lo vi. La primera hablaba con él a las puertas de las salas de apuestas de carreras de caballos y otra vez los vi pasear en actitud de lo más amigable. Al parecer, son íntimos.

En ese momento se oyó una voz enfadada que gritaba desde las escaleras, y Richard dio un salto, como si le hubieran disparado. La puerta, no la que daba a la habitación de la señorita Carlyle, sino la que daba al pasillo, tembló, y la voz sonó más cerca, como si su dueño estuviera a punto de entrar. Era el juez Hare.

—Carlyle, ¿dónde está? ¡Tengo que contarle algo! Baje, venga.

Por una vez en su vida, el señor Carlyle perdió su tranquila ecuanimidad y corrió a la puerta para impedirle entrar con tanto ímpetu como lo hubiera hecho Richard. Se había olvidado de lo que dijo Joyce: que la puerta no se podía abrir, porque habían extraviado la llave. Por su parte, Richard se abalanzó a su sombrero y sus falsos mostachos, y dudaba entre meterse debajo de la cama o dentro del armario.

—No se ponga nervioso, Richard —susurró el señor Carlyle—. No hay ningún peligro. Saldré y no permitiré que le vea.

Cuando el señor Carlyle pasó por la habitación de su hermana vio que ella ya había tomado la iniciativa; inclinada sobre las balaustradas, había interrumpido su *toilette*. Es decir, vestida, pero con el gorrito de dormir que no le importaba que le vieran.

—¿Qué demonios le trae a esta casa con el tiempo que hace? —dijo,

exasperada.

—Quiero ver a Carlyle. ¡Menudas noticias traigo!

—¿Sobre qué? ¿Algo que tenga que ver con Anne, o con su familia?

—¡Que la zurzan! —replicó el juez, que estaba furioso—. Tiene que ver con esa sabandija a la que estoy obligado a llamar hijo. Me han dicho que está aquí.

El señor Carlyle bajó de cuatro en cuatro las escaleras y cogió al juez Hare del brazo para acompañarlo al salón.

—Buenos días, juez. ¡Qué valor, atreverse a salir con la tormenta de nieve que está cayendo! ¿Qué pasa? Parece muy agitado.

—¡Agitado! —tronó el juez mientras se paseaba por la habitación y se balanceaba sobre una pierna y otra, como un gato sobre ladrillos calientes—. Usted también lo estaría, si se pasara la vida preocupándose por un hijo malvado, como hago yo. ¿Por qué no se mete la gente en sus asuntos y me deja en paz? ¡Ojalá lo colgaran de una vez, y todo terminaría!

—¿Qué ha pasado? —preguntó el señor Carlyle.

—Ahora se lo diré: ¡esto! —replicó el juez mientras arrojaba una nota sobre la mesa—. El correo acaba de traerme esta carta, ¡y menuda información!

El señor Carlyle tomó la hoja de papel y la leyó. Era de «un amigo» del juez Hare que lo informaba de que su hijo, «el criminal», probablemente llegaría a West Lynne en un día o dos, y le recomendaba que lo expulsara de inmediato, para que el escándalo no le «afectara».

—¡Es una nota anónima! —exclamó el señor Carlyle.

—Por supuesto que sí —replicó el juez.

—Lo que *yo* haría con una carta anónima es arrojarla al fuego —dijo el señor Carlyle, que frunció los labios con desdén.

—Pero ¿quién la ha escrito? —dijo el juez Hare—. ¿Y *está* Dick en West Lynne? ¡Esa es la cuestión!

—Veamos, ¿le parece probable que venga a West Lynne? —le amonestó el señor Carlyle—. Juez, ¿quiere que le dé mi opinión?

—¡El muy idiota, volver a West Lynne! ¡Metiéndose en la boca del lobo! ¡Por Júpiter! Si le pongo la mano encima, lo haré detener. ¡Qué digo! Yo mismo extenderé la orden de detención. Y así me sacaré de encima para

siempre esta angustia.

—Iba a darle mi honesta opinión —intervino con calma el señor Carlyle—. Juez, me temo que usted mismo se causa tanto sinsabor.

—¡Que yo mismo me causo...! —exclamó el indignado juez— ¿Yo mismo? ¿Acaso fui yo quien mató a Hallijohn? ¿Yo, el que escapó de la ley? ¿Me oculto yo como un criminal, Belcebú sabe dónde? ¿Vuelvo a mi tierra disfrazado de peón para causar más dolor de cabeza a mi padre? ¿Escribo notas anónimas y me las envío? Es el no va más, Carlyle.

—No me presta atención, juez. Todo el mundo sabe lo exasperado que está usted con Richard...

—Y si su hijo, cuando crezca, hiciera lo que él, ¿no lo estaría usted? —replicó el juez Hare.

—Por favor, atiéndame. Está usted furioso con él, y cualquier alusión a su persona le saca de sus estribos. Mi opinión, juez, es que un metomentodo le escribe esta carta y le cuenta rumores con la intención de alterarlo y empujarlo al estado en que está usted ahora. Podría ser alguien de West Lynne.

—Tonterías —replicó el juez con malos modos al cabo de una pausa—. No lo creo probable. ¿Quién haría algo así?

—Es probable, y no dará ninguna pista para desentrañar quien lo está haciendo. Por mi parte, quemaría esa nota y no pensaría más en ello. Es la mejor manera de reaccionar ante algo así. Seguro que se han reído a gusto, si lo han visto, esta mañana, llegar aquí bajo la nieve. Sabría que vendría a verme para mostrarme la nota y preguntarme mi opinión.

El juez, a pesar de su obstinación, era fácil de convencer, especialmente por el señor Carlyle; se sacudió el abrigo, que sostenía en los brazos, y se quedó con la espalda hacia el fuego. Descargó ambas manos sobre la mesa con fuerza suficiente para romperla.

—Si es así, y supiera quién lo ha hecho, detendría a todos los habitantes de West Lynne hoy mismo, y los juzgaría.

—Es una lástima que no pueda —dijo el señor Carlyle.

—Bueno, podría ser que el bandido de mi hijo venga aquí —prosiguió el juez—. Llamaré a la comisaría de policía de la comarca, y les avisaré que estén ojo avizor.

—No hará nada de eso, juez —exclamó el señor Carlyle, agitado—. Richard no va a venir a West Lynne, pero, si lo hiciera, ¿usted, su padre, lo

arrojaría a los pies de la justicia? Todo ser viviente le acusaría de crueldad. Sí, señor Hare, lo harían. No se atreverían a decírselo a la cara, tal vez, pero lo pensarían. Hace mucho que insiste en que, si se cruza con Richard, lo entregará a la policía, y la gente se ha asombrado ante su dureza, antinatural para quien es de su propia sangre. Así es, le doy mi palabra. Nadie cree que sea capaz de hacerlo, claro está. Pero, si lo hace, puede despedirse de sus amigos, porque, después de eso, nadie lo recibirá.

—Juré que lo haría —dijo el juez.

—No juró ir a parlotear con la policía al recibir una nota anónima o cualquier rumor de pacotilla, y decirles: «Sé que mi hijo va a venir aquí, ¡búsquenlo!». ¡Tonterías, juez! Deje que la policía haga su trabajo, claro que sí. Pero no es necesario que los azuce.

El juez gruñó, si bien no quedó claro si para dar su brazo a torcer o para resistirse, y el señor Carlyle siguió hablando.

—¿Le ha mostrado la nota a la señora Hare? ¿Le ha dicho algo a ella?

—No. No me dio tiempo. Había salido al porche a ver si había mucha nieve en el camino cuando llegó el cartero, y la leí fuera. Entré a por el abrigo y el paraguas para venir a verlo, y la señora Hare me preguntó dónde iba con tanta prisa, pero no contesté.

—Me alegra oírlo —dijo el señor Carlyle—, porque una información así sería muy perniciosa para la salud de la señora Hare. No se lo diga, juez. Piense en lo mucho que ya ha sufrido.

—En parte es culpa suya. ¿Por qué no se olvida de ese malvado muchacho?

—Si pudiera, actuaría contra la naturaleza humana —dijo el señor Carlyle—. Solo hay un aspecto de la cuestión que quizá no ha tenido en cuenta, juez. Habla de entregar a su hijo a la ley. ¿No se le ha ocurrido que, al hacerlo, a la vez segaría la vida de su esposa?

—¡Tonterías! —rezongó el juez.

—No es ninguna tontería. Pues, en el instante en que se juzgue a Richard, sea con su ayuda o sin ella, será la muerte de la señora Hare.

El señor Hare tomó la nota que yacía en la mesa, la dobló y la puso en el sobre.

—Supongo que no reconoce la letra —le dijo al señor Carlyle.

—No la he visto antes, que yo sepa. ¿Regresa usted a su casa?

—No. Iré a ver a Beauchamp y se la mostraré, para ver qué opina. No está lejos.

—Dígale que sea discreto. Beauchamp simpatiza con Richard, así que por ese lado no hay nada que temer. Oh, sí, juez, así es. Pregúnteselo y se lo confesará. Y le diré, además, que hay mucha gente que simpatiza con su hijo, más de los que simpatizan con usted. Pero enseñe solo esta nota a Beauchamp —añadió el señor Carlyle—. Yo no hablaré de ella con nadie.

—¿Quién puede habérmela mandado? —repetía el juez—. Viene de Londres, pues el matasellos es de allí.

—Es una ciudad demasiado grande para adivinarlo. No sacaríamos nada.

El juez Hare se fue. El señor Carlyle lo observó bajando la avenida, cubierto por el paraguas, y luego fue a ver a Richard. La señorita Carlyle estaba haciéndole compañía.

—Pensaba que iba a morirme —dijo el pobre Dick—. Le juro, señor Carlyle, que la sangre se me volvió agua, y creí que me moría del susto. ¿Se ha ido? ¿Estoy a salvo?

—Se ha ido y todo ha terminado bien.

—¿Qué quería? ¿Cómo ha sabido de mí?

El señor Carlyle le dio una breve explicación, y de inmediato Richard sospechó que la carta era obra de Thorn.

—¿Cree que podré ver a mi madre? —le preguntó al señor Carlyle.

—Creo que sería muy insensato revelarle a su madre que está aquí, o que ha venido a West Lynne —fue la respuesta del señor Carlyle—. Querría saber los detalles de su viaje y, si se entera de que le siguen, se angustiará muchísimo. Por esta vez debe sacrificarse, Richard, y no verla.

—¿Y Barbara?

—Barbara quizá pueda venir a pasar el día con usted. Pero...

—Pero ¿qué, señor? —exclamó Richard, pues el señor Carlyle vacilaba.

—Es una mañana horrible para obligarla a salir.

—Saldría bajo una avalancha y cruzaría montañas de nieve para verme —exclamó Richard, ansioso—. Y lo haría encantada.

—Siempre fue una tonta —intervino la señorita Carlyle mientras tiraba de una puntada de su labor.

—Sé que lo haría —dijo el señor Carlyle para responder a Richard—. Está bien. Trataremos de avisarla para que venga.

—Y puede traer el dinero que necesito.

—Sí, Barbara dispone de dinero propio, y sé que nada la haría más feliz que dárselo a usted. Cornelia, le diré a la señora Hare que estás enferma, como excusa, y que deseas que Barbara venga a pasar el día y a hacerte compañía. ¿Te parece bien?

—Dile que me he muerto, si quieres —replicó la señorita Corny, que estaba de mal humor.

El señor Carlyle pidió que le prepararan la calesa de los ponis y se dirigió a casa de los Hare con John. Barbara y la señora Hare estaban sentadas en el salón, y se sorprendieron al verlo tan temprano.

—¿Quiere ver al señor Hare, Archibald? Ha salido. Estaba puesto el desayuno en la mesa y se fue, con unas prisas enormes.

—No he venido a ver al juez. He venido a por Barbara, para llevármela a East Lynne.

—¡Para llevarse a Barbara! —exclamó la señora Hare.

—Cornelia no se encuentra bien. Ha pillado un resfriado bastante pesado y le gustaría que Barbara pasara el día con ella.

—Oh, señor Carlyle, no puedo dejar hoy a mi madre. Ella tampoco se encuentra bien, y se aburriría mucho sin mí.

—Así es, Archibald, no puedo prescindir de ella. Barbara no puede salir hoy.

¿Cómo podría hablar con Barbara a solas? Mientras reflexionaba y hablaba con la señora Hare, llegó un criado al salón.

—Ha venido el chico del pescadero, señora. Dice que su amo le manda avisar que hoy tal vez no haya pescado, con el tiempo que hace. Los trenes no funcionan.

La señora Hare se levantó para conferenciar en la puerta con la criada y ver alguna solución para la cena y el señor Carlyle aprovechó el momento.

—Barbara —susurró—, no te opongas a venir. Tienes que venir: se trata de Richard.

Barbara lo miró alarmado y se puso roja. La señora Hare volvió a sentarse.

—¡Qué día tan horrible! —dijo estremeciéndose—. No entiendo cómo Cornelia puede pedirle a Barbara que salga con este tiempo.

—Pues para eso me ha enviado Cornelia. Y allí tengo la calesa, para acompañarla antes de irme a la oficina. No se mojará, se lo garantizo, señora Hare. Pondré la capota y tengo un paraguas para protegerle el rostro y el sombrero. Prepare sus cosas, Barbara.

—Mamá, si no te importa, creo que me gustaría ir —dijo Barbara, casi temblando de anticipación.

—Pero... te vas a resfriar, hija.

—No, no. Me abrigaré bien.

—Y yo me ocuparé de que vuelva a casa esta tarde —añadió el señor Carlyle.

En unos minutos estaban instalados en la calesa. Barbara ardía en deseos de preguntar al señor Carlyle qué sucedía, pero John estaba sentado cerca y habría oído la conversación. Cuando llegaron a East Lynne, el señor Carlyle le ofreció su brazo para ayudarla a subir los peldaños del porche y la acompañó a la sala del desayuno.

—¿Está lista para una sorpresa, Barbara?

El suspense y el miedo la hicieron palidecer.

—¡Le ha pasado algo a Richard! —exclamó.

—Nada que deba preocuparla. Está aquí.

—¡Aquí! ¿Dónde?

—Bajo este mismo techo. Ha pasado la noche aquí.

—¡Oh, Archibald!

—Imagínese, Barbara. Abrí la puerta del jardín ayer por la noche para ver qué tiempo hacía y entró Richard, aterido y cubierto de nieve. No podíamos permitir que volviera a salir, con el frío que hacía, así que durmió aquí, en la habitación de al lado de Cornelia.

—¿Lo sabe ella?

—Por supuesto. Y Joyce también: nos vimos obligados a decírselo. ¡Richard estaba aterrado! Su padre vino esta mañana, gritando por toda la casa, subió las escaleras y afirmó que Richard estaba aquí. Quería decir en West Lynne; por un momento pensé que Richard perdía la razón, del miedo que tenía.

Conversaron un poco más y luego el señor Carlyle acompañó a Barbara a la habitación donde la señorita Carlyle y su labor de punto hacían compañía a Richard. De hecho, el saloncito de la señorita Carlyle hizo las veces de salón, pues allí pasaron el día, y tomaron la comida y la cena; solo Joyce podía entrar a servirlos.

—Y ahora debo irme —dijo el señor Carlyle tras unos minutos—. La oficina me espera, y los pobres ponis están bajo la nieve.

—¡Vuelva pronto, señor Carlyle! —dijo Richard—. No me atrevo a quedarme aquí mucho tiempo. Debo irme antes de las seis o las siete todo lo más.

—Volveré antes, Richard.

Ansiosamente, Richard y Barbara hablaron largo y tendido. La señorita Carlyle, por supuesto, intervino cuanto se le antojaba. Una y otra vez Barbara le preguntaba a Richard detalles de las veces que había visto al señor Thorn, y una y otra vez reflexionaba sobre su verdadero nombre.

—¡Si pudieras descubrir a algún conocido suyo, y preguntarle! —exclamaba.

—Solo lo he visto con otra persona, pero no puedo preguntarle nada. Son demasiado amigos, él y Thorn, pájaros del mismo pelaje, según creo. ¡Menudas piezas!

—Oh, Richard, no uses esas expresiones. No son propias de un caballero.

—¡Un caballero! —exclamó Richard amargamente.

—¿Con quién has visto a Thorn? —preguntó Barbara.

—Con sir Francis Levison —dijo Richard mientras miraba de reojo a la señorita Carlyle, que fruncía los labios ominosamente.

—¿Con quién dices? —repitió Barbara, completamente asombrada—. ¿De qué conoces tú a sir Francis Levison?

—Oh, le conozco bien. Es el único caballero de la ciudad que conozco.

Barbara se sumió en una profunda reflexión, y pasaron unos minutos hasta que volvió a hablar.

—¿Se parecen? —preguntó ella.

—Bastante. Ambos son malas personas.

—Me refiero a su físico.

—En nada. Pero ambos son altos.

De nuevo Barbara volvió a quedarse callada. Las palabras de Richard la habían sorprendido. Se distrajo al oír una voz de niño al otro lado de la puerta. Corrió hacia ella, y la señorita Carlyle se abalanzó a echar el pestillo.

Era el pequeño Archibald Carlyle. Joyce había entrado a traer la comida, y el pequeño la siguió antes de que pudiera cerrar la puerta. Barbara lo tomó en brazos y lo llevó a la habitación de los niños.

—¡Cuánto pesas! —dijo riéndose.

Archie también se rio.

—Wilson dice lo mismo —dijo—, cuando me lleva en brazos.

—Te traigo un truhan, Wilson —exclamó Barbara al entrar.

—Oh, señorita Barbara, ¡qué sorpresa! ¿Cómo está? ¡Qué niño más travieso! Se ha escapado sin que me diera cuenta. Ya sabe abrir la puerta.

—Hazme el favor de vigilarlo de cerca, Wilson —ordenó Barbara—. La señorita Carlyle no se encuentra bien y no quiere que el niño corretee por su habitación. La molestaría.

Llegó la noche y la hora en que Richard debía partir. Nevaba con intensidad, aunque a mediodía había amainado. Ya le habían dado dinero y organizado sus próximos pasos. El señor Carlyle insistió en que Richard le mandara sus datos tan pronto tuviera un alojamiento seguro, y este lo prometió. Estaba muy desanimado, casi tanto como Barbara, que no podía ocultar sus lágrimas. Caían en silencio sobre su bonito vestido de seda. Lo bajaron por las escaleras oculto bajo una capa de la señorita Carlyle hasta la habitación en la que había entrado la noche antes. El señor Carlyle abrió el ventanal.

—Adiós, querida Barbara. Si puedes contarle a mamá que me viste hoy, dile que lamento mucho no haber podido verla.

—¡Oh, Richard! —sollozó Barbara, con el corazón roto—. Adiós. Que Dios te acompañe y proteja.

—Adiós, Richard —dijo la señorita Carlyle—. No seas tonto y no te metas en más líos.

El último en despedirse fue el señor Carlyle, que le estrechó la mano. Salió con Richard un instante, y se despidieron a solas.

Barbara volvió al salón cuando Richard se hubo ido. Quería quedarse a solas unos minutos para dar rienda suelta a su llanto. Joyce la miraba y dijo:

—Debe ser duro para él, señorita Barbara, si es inocente.

Barbara la miró con ojos arrasados en lágrimas:

—¿Como que si es inocente? Joyce, ¿acaso lo dudas?

—Ahora no, señorita. Pero nadie podría jurar que no es verdad lo que pasó. Lo único que resolvería el misterio sería encontrar a ese capitán Thorn.

—¡Joyce! —exclamó Barbara, repentinamente animada, y tomó las manos de la criada—. Por unos momentos creí haberlo encontrado. Estaba convencida de que sabía quién era. No me importa contártelo, aunque no he hablado de esto con nadie, y con lo que ha pasado esta noche, creo que me moriré de los nervios. Pensaba que era sir Francis Levison.

Joyce se la quedó mirando, boquiabierta.

—¡Señorita Barbara!

—Así es. Lo he pensado desde la noche en que lady Isabel se fugó. Mi hermano estaba en West Lynne esa noche; había venido a pasar unas horas para ver a mi madre. Dijo que se topó con el mismísimo Thorn caminando cerca de West Lynne. Llevaba traje, y Richard describió un gesto peculiar, un movimiento especial: la manera en que se echaba el flequillo hacia atrás con la mano, de piel blanca, y con un anillo de diamantes que brillaba a la luz de la luna. La mano, el anillo, el gesto: todo me recordó al capitán Levison, y desde ese día estuve convencida de que era el hombre que vio Richard. Pero hoy nos ha dicho que vio a Thorn y Levison juntos, que son amigos y... Ahora creo que Thorn debió venir a West Lynne esa noche a ayudar al capitán Levison a fugarse con lady Isabel.

—¡Qué extraño parece todo! —exclamó Joyce.

—¡Y no le confesé mis sospechas al señor Carlyle! No me gustaba la idea de mencionar a Francis Levison.

Barbara se fue a buscar al señor Carlyle.

—Tengo que volver a casa —le dijo—. Son las siete y media, y mi madre estará preocupada.

—Cuando quiera, Barbara.

—¿No cree que pueda volver andando? Me sabe mal que tenga que sacar sus ponis de nuevo, con la nieve que está cayendo.

El señor Carlyle se echó a reír.

—¿A quién cree que le sentará peor la tormenta, a los ponis o a usted?

Cuando Barbara salió al porche, no vio la calesa esperándola, sino el carruaje. Se giró y miró al señor Carlyle, sin comprender.

—¿De veras pensaba que la dejaría volver a casa en una sencilla calesa? El tiempo está mucho peor que cuando hemos venido.

—¿Usted también viene?

—Creo que será lo mejor —dijo sonriendo el señor Carlyle—. Así me aseguro de que tanto usted como el carruaje llegan ilesos a su destino.

Barbara se refugió en un rincón del carruaje y siguió llorando. Lamentaba mucho la desafortunada situación de su hermano: las privaciones a las que debía estar expuesto, tanto más porque, por su naturaleza, Richard las sufriría doblemente. No sabía luchar contra la injusticia del mundo con tanto valor como otros. El señor Carlyle no se dio cuenta de que lloraba hasta que estuvieron cerca de la casa de los Hare. Se inclinó hacia delante, tomó su mano y la sostuvo entre las suyas.

—No llore, Barbara. Llegarán mejores días para Richard.

El carruaje se detuvo.

—Puedes regresar —le dijo al criado que conducía el carruaje, y se bajó—. Volveré andando a casa.

—¡Va a quedarse a pasar la velada con nosotros! —exclamó Barbara—. A mamá la hará muy feliz.

Su voz denotaba que a ella también le complacía. El señor Carlyle tomó su mano y la acompañó, entrelazada en su brazo, mientras ascendían por el sendero.

Pero Barbara no sabía que no contaba con la anfitriona. La señora Hare se había retirado a dormir y no podría alegrarse de la presencia del señor Carlyle. El juez había salido y su esposa optado por irse a dormir temprano. Barbara entró en la habitación, pero ya dormía; ella tenía que entretener al señor Carlyle.

Se quedaron junto al espejo sobre la repisa de la chimenea, frente al fuego. Barbara reflexionaba sobre lo sucedido. Lo que el señor Carlyle pensaba no lo sabemos, pero sus ojos se dirigieron hacia Barbara. Hubo un largo silencio, Barbara notó que él la miraba y le devolvió la mirada.

—Barbara, ¿quieres casarte conmigo?

Lo dijo en el tono más normal y tranquilo del mundo, como si le ofreciera

una silla. Pero ¡cómo cambió la expresión de la joven! Hubo un relámpago de alegría en sus ojos y sus mejillas se colorearon con emoción y felicidad. De repente, todo se volvió a difuminar en un semblante triste y apagado.

Movió la cabeza negativamente y dijo:

—Se lo agradezco; su propuesta es muy amable.

—¿Cuál es el obstáculo, Barbara?

Barbara volvió a ponerse roja y guardó silencio. El señor Carlyle la rodeó con sus brazos y la miró intensamente.

—Dímelo, Barbara, aunque sea en voz baja.

La joven rompió a llorar de nuevo.

—¿Es porque he estado casado?

—No, no. Es el recuerdo de esa noche, que no puedo olvidar, grabada en mi cerebro con letras de fuego. Nunca creía que me traicionaría así. Si no fuera por lo que pasó esa noche, hoy no me habría hecho esa proposición.

—¡Barbara!

Lo miró; había hablado con dolor.

—¿No sabes que te amo? ¿Que no hay nadie en el mundo con quien pueda casarme, excepto tú? No, Barbara, cuando la felicidad está a nuestro alcance, no la arrojemos por la borda por una quimera.

La muchacha lloró más suavemente y se inclinó sobre los brazos de él.

—¿Felicidad? ¿De veras sería felicidad para ti, Archibald?

—La más profunda y sincera —susurró.

Barbara leyó en sus ojos que decía la verdad, y una dulce sonrisa iluminó sus rasgos, ahora alegres. El señor Carlyle la miró y exclamó:

—¡Tú me amas, Barbara, igual que hace años!

—Mucho más, querido, mucho más —murmuró ella, y el señor Carlyle la abrazó fuertemente y acercó sus labios a los de ella. El corazón de Barbara al fin había llegado a puerto, y allí se quedaría gustosa hasta el fin de sus días.

¿Y Richard? ¿Había logrado huir? Caminaba por la carretera pisando el borde del sendero cubierto de nieve; más discreto que avanzar por en medio de la vía. De pronto, su paraguas chocó con otro. Se lo había dejado la señorita Carlyle, no tanto para proteger su viejo sombrero como para ocultar su rostro si se cruzaba con alguien que pudiera reconocerlo. El paraguas con el que había chocado pertenecía a un aristócrata; tenía un mango de marfil; el

de Dick era de algodón, más democrático, y apenas tenía mango. Los dueños de los paraguas habían caminado con la cabeza gacha y los paraguas habían topado bajo una farola de gas. Apartaron los paraguas y los hombres se miraron.

—¡Cómo se atreve! ¿Es que no ve por dónde va?

Dick creyó que iba a desmayarse. Habría dado todo el dinero que tenía en los bolsillos si la tierra, portándose amigablemente, lo hubiera tragado en ese instante. El hombre que lo interpelaba furiosamente no era otro que su padre, el juez Hare.

Con una exclamación de agonía, Richard echó a correr a toda velocidad. ¿Le habría reconocido el juez Hare? No lo sabía. Había visto a un peón de aspecto extraño y poblados mostachos negros que, evidentemente, se había asustado al chocar con él. Eso no era nada; el juez, un hombre estricto y recto, estaba acostumbrado a que las gentes humildes le miraran con asombro. Aun así, se quedó quieto y observó la apresurada marcha del desgraciado hasta que se apagaron los pasos de Richard en la distancia.

Capítulo 37: Congelado en la nieve

Las lágrimas caían por las mejillas de la señora Hare. El sol resplandecía después de la tormenta de nieve, tanto que el cielo restallaba de azul profundo, aunque la nieve seguía cubriendo el paisaje. La señora Hare, sentada en su sillón, disfrutaba del buen tiempo, y el señor Carlyle estaba a su lado. Las lágrimas eran mitad de alegría y mitad de dolor; alegría, al saber que Barbara iba a casarse con alguien tan digno de ella como el señor Carlyle, y dolor porque tendría que separarse de su hija.

—Archibald, ha vivido en un hogar feliz, ¿me promete que el suyo también lo será?

—Hasta donde esté en mi mano, se lo juro.

—¿Será amable con ella, la cuidará y protegerá?

—Con todas mis fuerzas y mi corazón. Querida señora Hare, pensaba que me conocía lo suficiente como para no dudar de mí.

—¡Dudar de usted! No dudo de usted, confío en su bondad, Archibald. Si todo el mundo se hubiera arrojado a los pies de Barbara, habría preferido que lo escogiera a usted.

Una sonrisa alcanzó los labios del señor Carlyle. Sabía que Barbara lo habría hecho.

—Pero, Archibald, ¿y Cornelia? —dijo la señora Hare—. No se me ocurriría meterme en tus asuntos, o en la manera en que Barbara y tú vayáis a organizaros, pero no puedo evitar pensar que los casados, casa quieren, y que viviréis más tranquilos solos.

—Cornelia se irá de East Lynne —dijo el señor Carlyle—. Aún no he

hablado con ella, pero lo haré enseguida. Hace tiempo que tomé esa decisión; que, si volvía a casarme, mi mujer y yo viviríamos solos. Su presencia alentó lo que sucedió con mi esposa... Si lo hubiera sospechado, Cornelia no se habría quedado un día más. Quédese tranquila, señora Hare: no voy a permitir que pase lo mismo con Barbara.

—¿Cómo ha logrado convencerla? —quiso saber el juez, que ya había otorgado su consentimiento, y entraba en la sala, con su bata y la peluca de la mañana—. Otros lo han intentado antes que usted, y Barbara no les hizo el menor caso.

—Supongo que la seduje —dijo el señor Carlyle, sonriendo.

—Aquí está. ¡Barbara! —exclamó el juez, sin la menor delicadeza—. ¿Qué demonios viste en Carlyle que te gustó más que los demás?

Barbara se puso roja como un tomate.

—Papá —dijo—, Otway Bethel está en la puerta y quiere verte. Jasper dice que no quiere entrar.

—Pues yo no pienso salir a hablar con él con el frío que hace. Vamos, señor Otway, ¿de qué tiene miedo? Pase, pase.

Otway Bethel hizo acto de presencia, ataviado, como de costumbre, con su ropa deportiva. Pero no parecía cómodo en presencia de la señora Hare y Barbara.

—El coronel me manda, juez, para saber si no le importa retrasar la reunión de la una a las dos —exclamó, tras saludar al señor Carlyle—. Un amigo suyo viene a verlo sin avisar, y tiene que irse en el tren de las dos.

—No me importa —contestó el señor Hare—. Me va igual de bien.

—Estupendo, pues iré a ver a Herbert y Pinner y los avisaré. ¿Ha oído que han encontrado a un hombre muerto?

—¿Un muerto? —exclamó el juez Hare.

—Un pobre desgraciado que debió perderse ayer por la noche, o que se echó a descansar, agotado. Lo encontraron esta mañana, congelado. Acabo de verlo: está en el agujero que hay a la salida de la carretera, antes de girar hacia la antigua casa de Hallijohn. Vi mucha gente congregada allí, y fui a ver qué pasaba.

—¿Quién es? —preguntó el juez.

—Debe ser un forastero. No reconocí su rostro. Llevaba blusón de obrero,

y era un hombre joven, aunque tenía bigotes muy abundantes.

—¡Por Jorge, seguro que es el hombre con el que me topé ayer noche y que me rompió el paraguas! —exclamó el juez—. Iba vestido como dice usted, y parecía joven, aunque sus bigotes eran dignos de un irlandés. Pensé que estaba un poco ido, porque avanzaba como una avalancha, con el paraguas tapándole la cara, y, claro, al no ver nada, chocó conmigo. Le grité, naturalmente, pero, en cuanto me vio, profirió un grito de sorpresa y salió disparado como si hubiera visto al demonio. Me pareció curioso. ¿Cree que pueda ser el hombre que usted dice, Otway?

—No me extrañaría, señor.

El señor Carlyle miró de reojo a Barbara, que se había puesto blanca como el papel. Vio al momento lo que estaba pensando. ¿Podría ser aquel desgraciado Richard? Al cruzar la habitación para ir hacia la puerta, logró susurrarle:

—Iré a ver y volveré para decirte quién es. Sé fuerte, querida mía.

—¿Ya se va, Archibald? —preguntó la señora Hare.

—Voy a ver al hombre que acaba de referirnos Bethel. Ya ve, soy curioso como una colegiala.

Caminó rápidamente mientras cruzaba el jardín y Barbara lo observó desde la verja. ¿Cómo podría soportar la terrible angustia sin saber quién era el finado? Algo le decía que era Richard. Otway Bethel se iba; el juez se cambió y se puso una peluca de gala y un abrigo, y fue tras él; tampoco él quería perderse el espectáculo. En un lugar pequeño como West Lynne, un pequeño incidente causa una revolución y excita la curiosidad de los habitantes. Lo que pasa desapercibido en la ciudad, aquí se magnifica en algo asombroso que todos quieren ver.

El señor Carlyle fue el primero en regresar. Barbara fue al porche y esperó allí. No podía cruzar el camino que los separaba, aunque le fuera la vida: estaba presa de la angustia.

Pero, a medida que se acercaba, Carlyle sonreía y saludaba alegremente, como si quisiera tranquilizarla. El corazón de Barbara se animó, aunque seguía preocupada.

—Ha sido una falsa alarma, Barbara —susurró—. Es un forastero, un completo desconocido, un pobre hombre que no conocía la carretera. No se parece en nada a Richard, y sus bigotes son pelirrojos.

Por un instante Barbara pensó que se desmayaría del alivio que sentía.

—Pero, Archibald, ¿crees que pudo ser Richard quien se topó con papá, como decía?

—No me cabe duda de que fue él. El grito de sorpresa al reconocer al juez Hare y la manera en que salió huyendo así lo indican.

—¡Y papá no lo reconoció! ¡Qué suerte! Gracias a Dios que pudo escapar.

—¿Está muerto ese pobre hombre, Archibald? —preguntó la señora Hare cuando entró en el salón.

—Así es. Parece que lleva varias horas muerto.

—¿Le reconoció usted?

—No, en absoluto. Es un desconocido.

El resfriado de la señorita Carlyle iba mejor esa tarde. De hecho, parecía que se había recuperado, por lo que el señor Carlyle le habló de su futuro matrimonio. Abordó el tema después de la cena.

—Cornelia, cuando me casé con lady Isabel Vane, me reprochaste severamente que te lo hubiera ocultado...

—Si no lo hubieras hecho y me hubieras consultado, como cualquier cristiano habría hecho, nos habríamos ahorrado las desgracias que asolaron la reputación y el buen nombre de esta casa —interrumpió con fiereza la señorita Carlyle.

—Lo hecho hecho está —dijo—. Pensemos en el futuro. Estaba a punto de decir que no voy caer en el mismo error, y atraer tu descontento de nuevo. Creo que nunca me lo has perdonado.

—Y jamás lo haré —exclamó ella impetuosamente—. No me merecía ese desaire.

—Por tanto, casi en el instante en que yo lo he sabido, te lo digo: voy a casarme por segunda vez, Cornelia.

La señorita Carlyle lo miró, sobresaltada. Se le cayeron las gafas de la nariz, y la cajita de sus labores de punto, que sostenía en las rodillas, se cayó al suelo a su vez.

—¿Qué has dicho? —preguntó, asombrada.

—Que voy a casarme.

—¡Tú!

—Sí, yo. ¿Qué hay de sorprendente en ello?

—¡Por el amor de Dios, no hagas el ridículo de nuevo! Lo has hecho una vez, y no parece que fuera suficiente. ¿Quieres volver a cubrirte de gloria?

—Cornelia, no te extrañes de que no te cuente las cosas si tu reacción es así. Me tratas como si fuera un crío. Es muy estúpido.

—Cuando la gente se comporta como niños, así debemos tratarlos. Creí que te habías vuelto temporalmente loco, con lo de tu primer matrimonio, pero veo que se trata de una locura permanente.

—Solo porque tú hayas optado por una vida de soltería, ¿debo condenarme también yo al mismo destino? Tú eres feliz sola, y yo seré más feliz con una esposa.

—Para que te deshonre, ¡como hizo la otra! —dijo muy enfadada la señorita Carlyle, sin importarle lo que decía, presa de la ira. El señor Carlyle frunció el ceño, pero se controló.

—No —dijo con calma—. Eso no me preocupa, con la novia que he elegido.

La señorita Corny recogió su labor de punto. El señor Carlyle la ayudó con su cajita. A Cornelia le temblaban las manos y fruncía la frente mientras reflexionaba. La noticia había sido un duro golpe.

—Bueno, dime, ¿y quién es la elegida esta vez? —dijo desdeñosamente—. Todo el vecindario ha intentado cazarte, en un momento u otro.

—Sea quien sea, no te gustará, Cornelia. Si te dijera que es una princesa de casa real, o la hija de un campesino, tendrías motivos en cada caso para declarar que no es digna de mí.

—Por supuesto que sí. Sé quién es, además. Esa idiota de Louisa Dobede.

—No, no lo es. Nunca tuve la menor intención de escoger a Louisa Dobede ni ella se interesó por mí. Me caso porque me gusta mi novia, y Louisa Dobede no es la esposa que deseo.

—Igual que antes —intervino hiriente la señorita Corny.

—Sí, como hice antes.

—Bueno, suéltalo y dime quién es —fue la respuesta exasperada.

—Es Barbara Hare.

—¿Quién? —chilló la señorita Carlyle.

—No estás sorda, Cornelia.

—¡Eres un idiota de marca mayor! —exclamó mientras alzaba las manos

al cielo.

—Gracias —dijo él, sin la mínima señal de irritación.

—Lo eres, Archibald, *lo eres*. Has dejado que esa muchacha, que lleva años persiguiéndote, te cace por fin.

—No me ha perseguido. Si lo hubiera hecho, probablemente no se convertiría en la señora Carlyle. A pesar del cariño que me tuvo hace años, no ha mostrado señal de ello estos últimos años. Y estoy seguro de que no se le había pasado por la cabeza que le propusiera matrimonio, y convertirla así en mi segunda esposa. Otras sí me han perseguido, demasiado obviamente, pero Barbara no.

—Es una descarada y vanidosa, con la cabeza llena de pájaros.

—¿Qué más tienes que decir contra ella?

—Que me habría casado con una muchacha sin manchas en su reputación, si es que tuviera que casarme, como tú —acusó la señorita Corny.

—¿Manchas en su reputación?

—¡Así es! ¿O es que es un honor ser la hermana de alguien como Richard Hare?

—Eso no es ninguna mancha en la reputación de Barbara. Y quizá llegue el día en que Richard quede exonerado.

—Y los cerdos volarán, claro —se burló la señorita Corny—, pero nunca he visto ninguno que lo hiciera.

—Lo siguiente que quería decirte, Cornelia, es sobre tu residencia. Supongo que volverás a tu antigua casa.

La señorita Corny no daba crédito.

—¡Volver a mi casa! No pienso hacerlo. Me quedaré en East Lynne. ¿Por qué tendría que irme?

El señor Carlyle movió la cabeza negativamente.

—No puedes quedarte —dijo con decisión en voz baja.

—¿Quién lo dice?

—Yo. ¿Acaso has olvidado esa noche? ¿La noche en que *ella* se fue y lo que dijo Joyce? Cornelia, sea verdad o no, no puedo arriesgarme a que vuelva a suceder.

La señorita Corny no dijo nada. Entreabrió los labios y volvió a cerrarlos. No soportaba que le recordasen la revelación de Joyce de aquella noche;

hasta ella se sentía avergonzada.

—No es ninguna crítica hacia ti —prosiguió rápidamente el señor Carlyle—. Has sido la señora de esta casa muchos años, y es natural que te consideres así. Pero no puede haber dos dueñas en East Lynne, Cornelia. Nunca las hubo, y nunca las habrá.

—¿Por qué no me dijiste eso cuando me instalé en East Lynne? —exclamó Cornelia—. No soporto la hipocresía.

—Entonces no lo creía. No tenía opinión sobre este asunto. Lo ignoraba todo, igual que ignoraba otras cosas. Desde entonces, he ganado en experiencia.

—No encontrarás a nadie que lleve esta casa mejor que la he llevado yo —dijo, resentida.

—No busco una persona que me lleve la casa. Tus arrendatarios se van de casa en marzo, ¿no es cierto?

—Así es —replicó la señorita Corny—. Pero, ya que hablamos de detalles y dinero, déjame que te diga que, si hicieras lo correcto, te mudarías *tú* a mi casa, y yo me iría a vivir a otra más pequeña, ya que parece pensar que envenenaré a Barbara si me quedo aquí. East Lynne es una propiedad demasiado grande y elegante para ti.

—No voy a hacer eso. No me iré de East Lynne.

—¿Te das cuenta de que, al irme de esta casa, me llevaré conmigo mis ingresos, Archibald?

—Por supuesto. Tus ingresos son tuyos, y te harán falta para hacer lo que te plazca. Ni tengo derecho a ellos ni los deseo.

—Pues notarás su ausencia en tu bolsillo, tenlo por seguro. Cuídate de no arruinarte, a ti y a East Lynne.

El señor Carlyle se echó a reír.

—Déjame que yo me preocupe de eso, Cornelia. Si no pudiera permitirme vivir aquí, no lo haría. A pesar de mis extravagancias, a las que tanto te gusta referirte, estoy ahorrando un buen dinero, como bien sabes.

—Y ahorrarías más si gastaras menos —replicó la señorita Carlyle.

—No me apetece vivir como un ermitaño.

—Ni como un hombre con sentido común. ¡Y pensar que vas otra vez a sacrificarte! —gimió y se lamentó—. ¡Y con Barbara Hare! Ese pequeño

reptil trepador, manirroto y vanidoso.

El señor Carlyle se tomó las observaciones sobre Barbara con bastante compostura, entre otras cosas porque no servía de nada lo contrario. La señorita Corny no iba a cambiar de opinión sobre su prometida, pues la llegada de Barbara motivaba su expulsión de East Lynne.

En ese momento anunciaron que había una visita. Eso desató aún más la ira de la señorita Carlyle.

—¡Me pregunto quién viene a molestarnos esta noche!

Peter entró.

—Es el mayor Thorn, señor. Está en el salón.

El señor Carlyle se sorprendió. Fue a buscarlo, y la señorita Carlyle llamó a Joyce. Era raro, pero no tenía intención de rebelarse contra su hermano. Sabía desde hacía tiempo que, si el señor Carlyle volvía a casarse, significaba el final de su estancia en aquella casa. East Lynne era del señor Carlyle, y ya había aprendido que, en ocasiones, no había manera de cambiar su decisión, si era firme, y el tono de su voz le decía que era una de esas ocasiones.

—Joyce —empezó, sin andarse por las ramas—, el señor se va a cubrir de gloria por segunda vez, así que tendré que irme de East Lynne. ¿Quieres venirte conmigo y volver a ser mi doncella?

—¿Cómo, señora? —exclamó Joyce, asombrada—. ¿Qué dice que va a hacer el señor?

—Que se va a cubrir de gloria —repitió irascible la señorita Carlyle—. Se va a volver a casar, eso es lo que va a hacer. Bueno, dime, ¿te quedarás aquí o te vendrás conmigo?

—Yo me iría con usted, señora, si no fuera por una cosa.

—¿Cuál?

—La promesa que le hice a lady Isabel. Cuando se creía a punto de morir, me hizo prometerle que me quedaría con sus hijos. Al final, no los dejó por eso, pero fue lo mismo.

—No, no fue exactamente lo mismo —dijo sarcástica la señorita Carlyle—. Pero hay otra cosa, Joyce, que quizá no has pensado. La nueva dueña de East Lynne, ¿te permitirá quedarte?

Joyce reflexionó, pues no lo tenía muy claro.

—Permítame que le dé mi respuesta en un rato—dijo.

Mientras, el mayor Thorn le decía al señor Carlyle:

—¡Qué viaje más largo y horrendo! Qué mala suerte tengo, siempre hace mal tiempo cuando viajo. Lluvia y granizo, relámpagos y truenos, calor o lluvia, cuando salgo por la puerta. Había toneladas de nieve en los raíles, y en una estación tuvimos que esperar dos horas.

—¿Tiene intención de quedarse en West Lynne?

—No, me vuelvo mañana. Esta vez pasaré mi permiso con mi madre. Quizá pueda volver una semana a West Lynne, pero no estoy seguro. Tengo que regresar a Irlanda dentro de un mes. ¡Estamos destinados en un rincón abyecto del mundo! La verdad, Carlyle, es que estoy aquí por una dama.

—¡No me diga!

—Estoy enamorado de Barbara Hare. La muchacha me ha dicho que no dos veces por carta, pero, como Herbert dice, no hay nada como plantear las cosas en persona. Y es lo que he venido a hacer.

El señor Carlyle reflexionó un instante y decidió que sería una gentileza informar al mayor de la situación, más que exponerlo a otro rechazo y que se enterara por boca de otro.

—No se enfade, mayor, si le digo que Barbara no aceptará ninguna petición de mano de ahora en adelante.

—¿Está comprometida? —exclamó rápidamente el mayor Thorn—. ¡No estará casada!

—Aún no, pero lo estará.

—Oh, ¡qué mala suerte la mía! ¿Y quién es el afortunado?

—Insisto en que espero que no se enfade, mayor, cuando le diga quién es.

—¡Carlyle! ¿Es usted?

—Así es.

Hubo un breve silencio. El señor Carlyle lo rompió.

—Eso no tiene que significar que no seamos amigos, Thorn. No lo permita.

El mayor le tendió la mano y estrechó la del señor Carlyle.

—¡No, por Júpiter! Es el destino. Y, si debe alejarse de mí, prefiero verla en brazos de usted que en los de otro hombre sobre la faz de la Tierra. ¿Estaba usted prometido con ella cuando le pedí matrimonio, hace algunos

meses?

—No. Nos hemos prometido hace muy poco.

—¿Le dijo algo Barbara? ¿Le reveló que le había pedido su mano? —preguntó el mayor Thorn, ligeramente ruborizado.

—Por supuesto que no. Y no conoce a Barbara si la imagina capaz de hacerlo. El juez me lo dijo, en una de sus habituales explosiones de ira.

—¿De ira? ¿Porque pedí la mano de su hija?

—De ira contra Barbara, por negarse a aceptarlo. No especialmente por la negativa hacia usted —añadió el señor Carlyle para corregirse—, sino por haber rechazado a varios pretendientes, y eso no le gustaba a su padre.

—¿Se negó a casarse con usted también?

—No —sonrió Carlyle—. Me aceptó.

—Ah, pues, como le digo, es cosa del destino. Es una muchacha indudablemente agradable, más que muchas, y ojalá hubiera tenido la suerte de conquistarla.

—Cambiando de tema, Thorn. Hace tiempo que quería preguntarle algo si nuestros caminos volvían a cruzarse —dijo el señor Carlyle—. ¿En qué año se alojó usted en Swainson?

El mayor Thorn se lo indicó. Era el año del asesinato de Hallijohn.

—Eso pensaba; de hecho, lo sabía —dijo el señor Carlyle—. ¿Y se topó usted con un tocayo suyo, otro Thorn?

—Creo que sí. Pero no conozco al hombre personalmente; solo lo vi una vez. No creo que viviera en Swainson, porque nunca lo vi en el pueblo.

—¿Dónde lo encontró?

—En una taberna de carretera, a unas dos millas de Swainson. Montaba a caballo cuando se desató una terrible tormenta, y me refugié allí. Apenas me había instalado cuando entró otro jinete, con el mismo objeto que yo. Era un hombre alto y elegante, de aspecto aristocrático y exclusivo. Cuando se fue, pues salió antes que yo, una vez amainada la tormenta, le pregunté al tabernero si sabía quién era. Dijeron que no, aunque solía pasar por allí a menudo, y un hombre que bebía dijo que era el capitán Thorn. El mismo hombre, por cierto, me dijo que solía venir de lejos, de algún punto cerca de West Lynne. De eso me acuerdo.

—¿El capitán Thorn?

—No, no, el hombre que se dirigió a mí. No parecía saber nada del capitán Thorn más allá de su nombre.

¡Siempre igual! Pedazos de información, indicios, nada tangible, ningún dato con el que identificar al hombre. ¿Sería siempre así?

—Si lo viera de nuevo, ¿lo reconocería? —le preguntó el señor Carlyle, que despertó de su ensoñación.

—Creo que sí. Había algo peculiar en su expresión, y aún lo recuerdo.

—Si por casualidad volviera a verlo, y descubriera su verdadero nombre (pues tengo razones para pensar que Thorn era un nombre falso), ¿le importaría hacérmelo saber?

—Con placer —replicó el mayor—. Pero es probable que no suceda, porque estoy condenado a pasar la vida con mi regimiento en Irlanda. Otros tienen más suerte y los destinan a la metrópolis, o cerca de ella, pero no el nuestro.

Cuando el mayor Thorn se hubo ido y el señor Carlyle iba a volver con su hermana, Joyce le interrumpió:

—Señor —dijo—. La señorita Carlyle me ha dicho que habrá cambios en East Lynne.

Las palabras cogieron al señor Carlyle por sorpresa.

—¡Sí que se ha dado prisa la señorita Carlyle en decírselo! —comentó, con cierto desagrado.

—No lo dijo porque sí, señor. Supongo que estaba pensando en sus planes. Me preguntó si me iría con ella o si iba a quedarme en East Lynne. No podía responderle, señor, hasta hablar con usted.

—¿Y bien? —dijo Carlyle.

—Es que le prometí a... a la antigua señora Carlyle que me quedaría con sus hijos tanto como me lo permitieran. Me lo pidió cuando estaba enferma, cuando creía que se iba a morir. Me gustaría saber si los cambios previstos impiden que me quede aquí.

—No, Joyce —dijo el señor Carlyle con firmeza—. Al contrario. Deseo que te quedes con los niños.

—Está bien, señor. Así lo haré —dijo Joyce, con el rostro resplandeciente. Y salió de la habitación.

Capítulo 38: El señor Dill y su pechera bordada

Era una preciosa mañana de junio, y todo el mundo en West Lynne estaba agitado. Generalmente, por las mañanas West Lynne solía estar agitado, pero no de la manera bulliciosa que ahora desplegaba. La gente se agolpaba en la iglesia de Saint Jude, pues era el día de la boda entre el señor Carlyle y la señorita Barbara Hare.

La señorita Carlyle se había erigido en una especie de mártir. No quería saber nada de la boda: los enlaces en iglesias elegantes no eran para ella, decía, y, además, podían sellar sus votos sin su presencia. Había invitado a los pequeños Carlyle y a la institutriz y a Joyce a pasar el día con ella, y persistía en considerar a los niños pequeños mártires también, pues se verían obligados a someterse a los caprichos de una madrastra. Volvía a estar instalada en su antigua casa, al lado de la oficina, para el resto de su vida y acompañada de sus criados. Peter la había ofendido mortalmente, pues también había optado por quedarse en East Lynne.

El señor Dill se había empleado a fondo la mañana de la boda, y tuvo suerte de que no le diera un temblor como el que le asoló cuando el primer matrimonio del señor Carlyle. Hacia las diez de la mañana hizo su aparición en la casa de la señorita Carlyle: era un hombre de la vieja escuela, con ideas anticuadas, y le había parecido que debía visitarla para felicitarla en ese día auspicioso, por una cuestión de mera educación.

La señorita Carlyle estaba sentada en el comedor, con las manos sobre el regazo. Era bastante raro que no estuviera haciendo nada. Se volvió hacia el

señor Dill cuando este entró.

—Pero, señor Dill, ¿qué le pasa? —exclamó ella antes de que abriera la boca—. Está acicalado como si fuera un joven gañán.

—Voy a la boda, señorita Cornelia. ¿No lo sabía? La señora Hare fue tan amable de invitarme al desayuno, y el señor Archibald insistió en que asistiera a la ceremonia. ¿No voy demasiado arreglado, verdad?

El «acicalamiento» del pobre señor Dill consistía en un chaleco blanco con botones dorados y una pechera bordada. La señorita Corny la contempló con furia sarcástica.

—¡Bueno! —exclamó—. Señor mío, no sé cómo lo llamará usted, pero yo no me exhibiría así ni por todo el oro del mundo. Todos los pedigüeños de la calle harán cola detrás de usted, pues creerán que es el novio. Un hombre de su edad, ¡enfundado en una camisa ornamentada! Ya puestos, ¿por qué no ha bordado alguna condecoración en su abrigo?

—Mi abrigo es bastante discreto, señorita Cornelia —replicó dócilmente el caballero.

—¡Discreto! ¿Y cómo querría que fuera? —replicó ella—. ¿Quizá le gustaría cubrirlo de bordados de hojas de oro y flores escarlata, con un collar de cisnes? Sería muy adecuado para conjuntar con esa camisa y el chaleco. Y yo podría encargarme muselina blanca para un vestido, y bordarla con guisantes, y desfilar calle abajo de esta guisa. Sería lo mismo.

—A la gente le gusta vestirse con algo más de elegancia para una boda, señorita Cornelia. Es una muestra de respeto, cuando los invitan a asistir a la ceremonia.

—No digo que la gente deba ir a una boda cubierto con un saco de grano. Pero hay un punto medio. ¿Se ha olvidado de la edad que tiene?

—Acabo de cumplir los sesenta, señorita Corny.

—Así es. ¿Y le parece adecuado y decente para un hombre de su edad, que acaba de cumplir sesenta años, ir decorado como un pipiolo? Yo no lo creo y por eso se lo digo. ¡Será el hazmerreír de la parroquia! Tenga cuidado de que los niños no le aten una lata de hojalata a su abrigo.

El señor Dill pensó que más le valía cambiar de tema. Su propia impresión era que no iba excesivamente elegante, y que la parroquia pensaría lo mismo; aun así, sentía reverencia por las opiniones de la señorita Corny, así que no estaba muy tranquilo. Llevaba sus guantes blancos en la mano al

entrar, pero subrepticamente los introdujo en su bolsillo para evitar que fueran ofensivos. Y procedió a tocar el tema que le había llevado hasta allí.

—Quería presentarle mi felicitación en un día tan auspicioso, señorita Cornelia. Espero que el señor Archibald y su esposa, y usted, señora...

—¡No se moleste en seguir! —le interrumpió la señorita Corny, que lo detuvo—. Hoy es un día de condolencias, más que de otra cosa. Ya le digo, antes preferiría ver a Archibald ir a la horca.

—¡Señorita Corny!

—Así es, y no hace falta que me mire así, como si fuera a ahogarse de indignación. ¿Para qué se casa de nuevo? Uno pensaría que ya había tenido suficiente con la primera mujer. Es lo que siempre he dicho: Archibald es medio tonto.

El viejo Dill sabía que el cerebro del señor Carlyle estaba perfectamente, pero le pareció prudente no comentárselo a su hermana, dado el humor en el que estaba.

—El matrimonio es un feliz estado, señora, según creo, y honorable también. Estoy seguro de que el señor Archibald...

—¡Muy feliz! ¡Muy honorable! —exclamó con ferocidad y sarcasmo la señorita Carlyle—. Es exactamente lo que le trajo su último enlace, ¿verdad?

—Eso está en el pasado, señorita Corny, y no hace falta que lo recordemos. Antes de que sucediera lo que sucedió, hubo años de felicidad. Espero que su actual esposa le compense por lo que perdió, y no hay dama más bonita ni más agradable que la señorita Barbara. Me alegro mucho de que la haya escogido a ella.

—¡Así que no hay nadie mejor! —dijo la señorita Carlyle, indignada.

—No, señora, así es. Si yo fuera más joven y buscara una esposa, no habría nadie en todo West Lynne mejor que la señorita Barbara. Seguro que no me aceptaría, pero no lo decía en ese sentido, señorita Corny.

—Espero que no —replicó la señorita Corny—. Es una deslenguada vaga, insolente y vanidosa, a la que no le importa nada excepto su cara de muñeca y Archibald.

—Bueno, señora, no pasa nada: las jóvenes damas saben que son guapas, y es difícil que no se recreen en eso. Será una buena esposa para él y lo cuidará, sé que lo hará; está en su naturaleza. No hará como... No hará lo que hizo la otra pobre desgraciada.

—Si temiera que fuera a manchar de vergüenza su reputación, como hizo la otra, estaría entrando en la iglesia ahora mismo y prohibiendo que se casaran, y si no... Si no me dejaran, ¡la estrangularía! —gritó la señorita Carlyle—. ¡Qué descarada, qué desvergüenza!

Esto último lo dijo en un tono distinto, y se refería a alguien en la calle. La señorita Carlyle se levantó de su silla y se dirigió a la ventana. El señor Dill miró en esa dirección también.

Con un alegre vestido de verano, elegante y resplandeciente, y un coqueto sombrero de tres lados con cintas rosas y ataviada con un velo de rejilla blanca fruncido también de rosa, avanzaba Afy Hallijohn, vanidosa y estúpida y hermosa como siempre. Al ver al señor Dill, le ofreció una graciosa y elaborada reverencia. El anciano caballero, siempre educado, se la devolvió, aunque la señorita Corny no dejó de castigarlo con su viperina lengua por el gesto.

—¿Por qué demonios ha hecho eso?

—Bueno, señorita Corny, ella me saludó. Ya lo ha visto usted misma.

—¡Que si lo he visto! ¡Y tanto que lo he visto! Valiente vanidosa. Y también me vio a mí y, en cambio, lo saludó a usted, ¡menuda insolente! Y, a pesar de mi presencia, va usted y le contesta, en lugar de agitar el puño y fruncir el ceño. Tiene una o dos lecciones que aprender, señor Dill.

—Pero, señorita Corny, siempre es mejor dejar atrás las rencillas —dijo—. Es verdad que era una muchacha coqueta y ligera, pero, ahora que se sabe que no se fugó con Richard Hare, como decían todos, y vive decentemente, ¿por qué no iba a saludarla como es debido?

—Si el mismísimo demonio la acompañara por la calle, con sus cuernos y su cola, también encontraría alguna manera de excusarlo —dijo la señorita Corny—. ¡Es usted tan malo como Archibald! ¡Fijarse en Afy Hallijohn! ¡Cuando baja contoneándose por la calle, y guiña y sonríe como acaba de hacerlo! ¿Qué criada digna de ese nombre se portaría así, con un vestido y un sombrero como esos? ¡Y ese pedazo de tela transparente tapándole la cara! Es tan vergonzoso como su pechera.

El señor Dill tosió humildemente, porque no deseaba volver a atizar el fuego de las críticas hacia su pechera.

—No es exactamente una criada, señorita Corny; es una doncella, y las doncellas siempre van muy elegantes. Yo respetaba mucho a su padre, señora:

nunca hubo un empleado mejor en toda la oficina.

—¡Ahora me dirá que la respeta! Estamos viviendo en el mundo al revés, ya le digo. Seguro que se dirigía a la iglesia, para ver el enlace, en lugar de quedarse en casa, con un modesto vestido, haciendo la cama. La señora Latimer debe ser de lo más flexible, para darle tantas libertades. ¿Y para qué es esa calesa? —preguntó, al ver una que se detenía frente a la oficina.

—Ah, debe ser la que he pedido yo —dijo el señor Dill, que estiró su coronilla calva para mirar—. Pues me despido de usted, señorita Corny.

—¡Una calesa para usted! —se escandalizó la señorita Corny—. ¿Es que está enfermo de gota y no puede dar un paso y acercarse a pie a la iglesia?

—Aún no voy a la iglesia, pasaré por casa de los Hare, señorita Corny. Me pareció más adecuado visitarlos con la calesa, señora. Más respetuoso.

—No me extraña que piense que le hace falta, si va con esa pinta —replicó ella—. ¿Porqué ya puestos no se puso zapatos de baile y medias de seda con bordados de color rosa?

El señor Dill se levantó, aliviado, porque se iba. Pero pensó en hacerlo con un comentario agradable, para demostrarle que no le guardaba rencor por sus duras palabras.

—Mire cuánta gente pasa, señorita Corny. La iglesia estará a reventar.

—Seguro que sí —dijo ella—. Hay muchos tontos en el mundo.

«A la señorita Cornelia no le gusta este matrimonio, igual que no le gustaba el anterior», se dijo el señor Dill al subirse a su calesa. «Con lo sensata que es para tantas otras cosas, ¡qué rabiosa se pone cada vez que el señor Archibald se casa! No es propio de ella. Me pregunto —reflexionó cambiando de tema— si realmente parezco un idiota con este atuendo. Desde luego que no me lo he puesto para rejuvenecerme, como decía la señorita Corny: solo quería mostrar mi respeto para con el señor Archibald y la señorita Barbara. Ningún otro motivo me habría empujado a pagar veinticinco chelines por esta camisa. ¿Quizá la etiqueta marca que no debe llevarse algo de este estilo por la mañana? La señorita Corny debe saberlo, y seguro que habré cometido algún error o no se habría puesto como un basilisco. Bueno, ahora no puedo hacer nada. No tengo tiempo de volver a casa a cambiarme».

La iglesia de Saint Jude estaba en efecto llena a reventar: todo el mundo, y sus esposas, se había presentado para ver a los novios. Los que no podían entrar se instalaron en el jardín de la iglesia, el cementerio y el camino. Ese

día no se respetaron demasiado las tumbas, pues pies irreverentes las pisotearon sin dudarlo. Más de veinticinco muchachos, por lo menos, se subieron a la verjas alrededor de la tumba de lord Mount Severn, y se sostuvieron entre todos. El desfile nupcial tardaba mucho en llegar. Eran las once y aún no habían aparecido. La masa que esperaba se volvió impaciente, y la masa bien vestida que ya estaba dentro de la nave de la iglesia, también. Algunos llevaban allí casi dos horas. ¡Por fin! ¡Se oía el ruido de varios carruajes! Sí, ya llegaban, y el sacristán y el ujier de la iglesia despejaron el espacio frente al altar y la primera fila, que hasta ahora estaba invadida.

Bien, fue un notable espectáculo, compuesto de damas y caballeros elegantes y bien vestidos. El señor Carlyle fue el primero en entrar en la iglesia, controlado y tranquilo, como un buen caballero. ¡Qué noble su apariencia! Si bien, ¿cuándo no lo era? El señor y la señora Clitheroe también estaban allí, y Anne Hare: una sorpresa para algunos de los curiosos, que no sabían que estaba invitada a la boda. La gentil y delicada señora Hare caminó por el pasillo apoyada en el brazo de sir John Dobede, con un aire más pálido de lo habitual en su dulce y triste rostro. «Está pensando en su desgraciado hijo», dijeron las comadres. Pero ¿quién entraba ahora, con aplomo, como si la iglesia le perteneciera? Un hombre pomposo e imponente, severo y adusto, con una peluca nueva y una rosa blanca en el ojal. Era el juez Hare, y acompañaba a la novia, que todos se giraron para contemplar.

Barbara estaba preciosa con su vestido de seda blanca y su velo flotando a su alrededor. Sus mejillas, ora ruborizadas ora pálidas como el velo que las ocultaba, traicionaban cuán intensa era su emoción. Las damas de honor la seguían con paso vivo, orgullosas de su importante cometido: Louisa Dobede, Augusta y Kate Herbert y Mary Pinner.

El señor Carlyle la esperaba en su lugar en el altar, y, cuando Barbara se acercó a él, avanzó y tomó su mano y la colocó a su izquierda. No era lo más habitual, pero, como él había estado casado antes, sin duda conocía el protocolo. El sacristán indicó a los demás dónde colocarse y, al cabo de una breve demora, empezó el servicio.

A pesar de su emoción, y de que esta fuera grande y difícil de contener, nadie podía dudarlo, Barbara contestó con entereza. La mujer que ama al hombre con quien se casa sin duda experimenta esta emoción.

—¿Tomas a este hombre por esposo, para vivir juntos siguiendo los

preceptos de Dios en el sagrado lazo del matrimonio? —preguntó el reverendo Little—. ¿Le obedecerás y servirás, le amarás y le honrarás, en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza, y desdeñarás a todos los demás y le serás fiel hasta que la muerte os separe?

—Sí —dijo con claridad y firmeza la muchacha. Fue como si Barbara hubiera condensado todos sus sentimientos en una sola palabra, y estuviera pensando en aquella, la que no «le había sido fiel», y quisiera proclamar su resolución de no traicionarlo jamás, Dios mediante.

La ceremonia terminó pronto, y Barbara, con el anillo mágico en el dedo, y el brazo en el del señor Carlyle, salió hasta el carruaje de él: pues acababan de unirse en cuerpo, alma y bienes.

El gentío los recibió con vítores y hurras al ver su hermoso rostro. Pronto el carruaje los dejó atrás y la gente concentró su curiosidad en los demás vehículos que los seguían. El grupo volvía a casa de los Hare para desayunar y para la celebración. El señor Carlyle rompió el silencio y se volvió repentinamente hacia su novia. Dijo, en tono apasionado, casi como si le doliera:

—Barbara, ¿tú respetarás tus votos hacia mí?

Ella lo miró con sus resplandecientes y tímidos ojos azules, tan llenos de amor, y de lágrimas que la emoción había desatado.

—Siempre, en espíritu y al pie de la letra, hasta que la muerte nos separe. ¡Que Dios me ayude!

Tercera parte

Capítulo 39: Stalkenberg

Había pasado más de un año.

Ese otoño, las localidades alemanas donde las familias pasaban la temporada para tomar las aguas estaban saturadas de visitantes. Se desbordaban en esa época, pues los ingleses se reunían en el extranjero como bancos de peces o golondrinas que dejan el país para regresar. Francia ya estaba agotada, era el momento de Alemania. Y ese año, Stalkenberg, para su tamaño, estaba particularmente ocupado: no cabía un alfiler. Su importancia y nombre derivaba del señor de las tierras, el barón Von Stalkenberg. Era un anciano leal de pelo y barba canosos, y sus maneras tan bruscas como las de los jabalíes que cazaba. Sus cuatro hijos eran igualmente leales, y con el tiempo también prometían criar canas. Todos los condes Von Stalkenberg se parecían; se distinguían por sus nombres de pila, excepto el hijo mayor, al que llamaban el joven barón. Dos eran soldados y estaban lejos; los otros dos, el más mayor y el más joven, vivían con su padre en el ruinoso castillo de Stalkenberg, a una milla del pueblo al que daba el nombre. El joven barón Von Stalkenberg podía casarse con quien quisiera, pero no los condes más jóvenes, a menos que eligieran a una esposa adinerada que mantuviera a su marido. En ese credo habían sido criados: lo comprendían y no se rebelaban.

Stalkenberg no difería de otras ciudades de reposo en tierras germanas. Había tilos, preciosos paisajes, salas al estilo Kursaal, bailes, conciertos, restaurantes de menú y mesas de juego (donde una frase suena perpetuamente en los oídos, hasta que no se oye: «Hagan juego, *messieurs*, hagan juego»), paseos y, naturalmente, balnearios. Estos prometían curar todas las enfermedades conocidas o imaginarias, y eso se creía, desde apoplejías hasta

fiebres, siempre que el paciente se sometiera a un número suficiente de tratamientos y baños de agua.

El joven barón Von Stalkenberg (que denominaban joven en contraposición a su padre, pues tenía cuarenta y un años) era conocido por su apostura y por su pasión por la caza: el mayor enemigo de jabalíes salvajes y lobos. El conde Otto von Stalkenberg (tenía once años menos que su hermano) era famoso por su bigote de feroces tirabuzones, comía mucho y disfrutaba de una adicción indebida al *Riesling* de Marcobrunner. El castillo de Stalkenberg no nadaba en la opulencia, pues ni al viejo barón ni a su heredero les importaba el lujo; el conde Otto frecuentaba los restaurantes, siempre que le invitaran, y eso sucedía cada día, pues su título era muy rimbombante, y su padre, dueño de todo Stalkenberg, era quien llevaba, después de todo, las riendas del castillo. Era muy reluciente, y la gente se inclinaba con respeto, como si adorara un ídolo.

En Ludwig Bad, el hotel principal, se alojaba la familia Crosby. Consistía en el señor y la señora Crosby, una hija y su institutriz, acompañados de dos o tres criados. No se sabía qué le había hecho Inglaterra al señor Crosby, o viceversa, pero nunca regresó a su país. Durante años había vivido en el extranjero, en ningún lugar en particular; viajaban y pasaban un año o dos en un sitio y los dos siguientes en otro, según les apeteciera. El señor Crosby era un hombre corpulento y respetable, caballeroso y educado, que no parecía que debiera temer las leyes de su tierra. No se decía ni se insinuaba que así fuera: un caballero que lo conocía había afirmado, años antes, que Crosby podía volver a su país y establecerse en una mansión en Picadilly, si así lo deseaba, y codearse con la flor y nata. Pero, al parecer, había perdido mucho dinero en una estafa, parecida a la burbuja de la compañía South Sea, y no podía llevar el mismo nivel de vida; por eso prefería quedarse en el extranjero. La señora Crosby era una mujer agradable y parlanchina, dispuesta a reír y hacer reír, y Helen Crosby, una muchacha notablemente hermosa de diecisiete años. Quizá parecía un poco mayor, pues no era una niña, ni en apariencia ni en sus formas, y jamás lo había sido. También era una heredera: un tío le había dejado veinte mil libras, y, a la muerte de su madre, recibiría otras diez mil más. El conde Otto von Stalkenberg oyó hablar de las treinta mil libras y orientó su impresionante bigote, y sus ojos, hacia la señorita Helena.

—¡Trreinta mil librrras y una muchacha atrrrractiva! —se dijo, orgulloso

de su inglés—. Justo lo que estaba buscando.

Confirmó que el rumor sobre el dinero de la señorita era cierto, y desde ese momento no se separó de los Crosby. A ellos les complacía su compañía tanto como a él, pues ¿acaso no era el conde Von Stalkenberg? Los demás visitantes los miraban con envidia; habrían dado la mano derecha por ser honrados con un trato tan íntimo por parte del conde. Si al señor Crosby le parecía un honor tan grande como a madame o a mademoiselle, eso se verá. Era educado con el conde, y lo recibía afablemente, y la señora Crosby, en lo relacionado con la sociedad, llevaba los pantalones de la casa.

Un día apareció con su vehículo el viejo barón Von Stalkenberg. Desde los días de Adán que no se veía un medio de transporte como ese, tanto por su forma como por sus ornamentos de plata. Había sido el orgullo de los antepasados del barón, pero rara vez lo sacaban. Lo conducían unos criados ataviados de librea verde y plateada, y se detuvo a la puerta del hotel Ludwig Bad; los huéspedes se agolparon en las ventanas para regalarse la vista. El viejo patriarca iba a visitar a los Crosby, y el anfitrión del hotel recibió al dueño del castillo en su salón e inclinó la cerviz en cada peldaño: «Una habitación aquí, otra allá, para el señor barón Von Stalkenberg».

El señor barón venía a invitarlos a una fiesta en su castillo, donde antes no se había celebrado una tan magnífica; Otto disponía de carta blanca para invitar a los distinguidos visitantes de Stalkenberg, ya fueran ingleses, franceses o nativos, que le hubieran dispensado un trato educado. La señora Crosby estaba encantada.

Conociendo las costumbres inglesas, ese despliegue de generosidad ¿no era suficiente motivo para estarlo? No cabe, pues, sorprenderse si, días después de la fiesta, el conde Otto von Stalkenberg pidió la mano de Helena y esta no le rechazó.

—Es muy joven —dijo el señor Crosby a su mujer—. Si esperan un par de años, no me opondré.

—Y, mientras tanto, el conde se casará con otra. No, no, señor Crosby. Condes Von Stalkenberg no se encuentran así como así.

—Él tendrá un título y será noble, pero Helena tiene dinero.

—Entonces, están igualados —replicó la señora Crosby—. Nunca pensé que pudiera obtener un marido de tanto nivel. ¡Condesa Von Stalkenberg! ¡Qué nombre, qué sonido!

—Ojalá se cortara ese horrible bigote —gruñó el señor Crosby.

—No te preocupes de nimiedades. Helena piensa que son divinos. El problema es la institutriz.

—¿Qué problema hay?

—Pues que la contraté hasta la Navidad, y, claro, debo pagarle. A menos que le encuentre otro trabajo, cosa que intentaré, claro está.

—¡Ah! Helena estaría mejor con ella que casándose. No me gusta que las chicas se casen tan pronto —se lamentó el señor Crosby—. ¡Qué van a decir los ingleses del continente!

—Si no mencionas su edad, nadie tiene por qué saberlo —exclamó su esposa—. Helena parece una mujer, no una niña. En cuanto a los ingleses de aquí, se tirarán de los pelos por no haber podido cazar a un conde.

Las objeciones del señor Crosby topaban con las respuestas decididas de su mujer, así que guardó silencio. Sabía que no servía de nada oponerse.

Mientras, Helena Crosby había entrado en la habitación de su institutriz.

—¡Madame, madame! ¡Voy a casarme!

Madame levantó su rostro pálido y triste, pues así era: muy pálido y muy triste.

—¡De veras! —dijo amablemente.

—Y mamá dice que ya no tengo que estudiar.

—Eres demasiado joven para casarte, Helena.

—No diga eso, madame. Es precisamente lo que dice papá —se quejó la señorita Helena.

—¿Con el conde Otto? —preguntó la institutriz. Vale la pena resaltar que su inglés era impecable, aunque la joven dama se dirigiera a ella llamándola «madame».

—Por supuesto que sí. ¡No puedo casarme con nadie más!

Si se observa con atención a la institutriz, el lector avisado descubrirá que la conoce. Así es: se trata de lady Isabel Vane. Pero ¡cuánto ha cambiado! Sí, culpa del accidente de ferrocarril, y después el dolor y el remordimiento terminaron la labor. Cojea ligeramente y camina inclinada, lo que reduce su altura. Una cicatriz se extiende desde la barbilla hasta la parte superior de la boca, que cambia el aspecto de la zona inferior del rostro. Le faltan algunos dientes, y por eso cecea, y las sobrias mechadas de su pelo gris, casi plateado,

están confinadas bajo una cofia grande y apretada. Lleva gafas verdes, para que el cambio sea mayor y no haya la menor oportunidad de que la reconozcan; y una ancha banda de terciopelo gris sobre su frente. El vestido también disimula su figura. Nunca lleva nada que destaque sus formas; se enfunda en anchas chaquetas holgadas, seguramente diseñadas por quien envidia la forma femenina. En cuanto al sombrero, es peor que una máscara de carnaval, pues oculta casi por completo su cara, y nunca sale sin un espeso velo. Estaba segura de no ser reconocida, pues la señora Ducie y sus hijas pasaban la temporada en Stalkenberg y no la habían reconocido. ¿Quién podría reconocerla? ¿Qué parecido había entre la mujer rota y gris, con el rostro desfigurado, y la antaño hermosa lady Isabel, de piel de alabastro, belleza sin igual, melena oscura y larga y figura de ensueño? Ni el mismísimo señor Carlyle la habría reconocido. Pero aún conservaba algo de su antiguo atractivo, a pesar de todo, y era amable e interesante, y la gente se preguntaba por qué tenía el pelo gris si era aún joven.

Llevaba casi dos años con los Crosby. Tras recuperarse del accidente, se instaló en un tranquilo pueblecito cerca del lugar, y se convirtió en institutriz por horas de Helena. Les dio a entender a los Crosby que era inglesa y viuda de un francés: les ofreció, al fin y al cabo, una historia plausible. No tenía referencias, pero pronto se ganó su respeto como institutriz y la acogieron en su casa. Si lady Isabel hubiera sabido que iban a viajar a un lugar tan conocido y frecuentado por ingleses como la ciudad balneario alemana, tal vez habría dudado en aceptar el puesto. Sin embargo, le había servido: el encuentro con la señora Ducie le confirmó que estaba muy cambiada y que no la reconocían. Podía ir donde quisiera.

Pero ¿y su estado de ánimo? No es posible describir el anhelo vano, la fiebre interior, la necesidad de lo que nunca podría ser. ¿Por qué? Por sus hijos, claro está. Si una madre, sea una duquesa o una frutera, se separa de sus vástagos, sabrá contestar cómo se sentía lady Isabel Vane. La ausencia puede ser de semanas, durante un viaje de placer; en ese tiempo, la madre aplaca la necesidad de ver sus caritas, de oír sus palabras atropelladas, de sentir sus suaves besos. Pero, a medida que el tiempo se alarga, el deseo de verlos se hace incontrolable. ¿Cómo fue para lady Isabel estar años presa de ese anhelo? Se dice que los suizos sienten la nostalgia llamada *mal du pays* cuando viven lejos de su país, pero eso no es nada comparado con la angustia

que lady Isabel arrastraba, como una pesada losa. Había amado a sus hijos con devoción y se había preocupado por su bienestar de mil maneras. Y tenía que soportar haberlos abandonado y que fueran educados por extraños. ¿Les enseñarían a ser buenos y decentes? Poco le había importado ese extremo antaño, pero ahora era distinto. Cuando Isabel creciera, ¿sería indiferente o, peor aún, se portaría como su madre? Lady Isabel gemía angustiada, y hundía la cabeza en las manos, torturada por esa imagen.

Últimamente esa necesidad se había intensificado. Era como una fiebre de la peor clase; atacaba tanto su cuerpo como su mente. Sus pálidos labios estaban resecos, le dolía la garganta; los que sufren de una terrible carga saben bien en qué consiste ese dolor. No había sabido nada, ni una sílaba, de East Lynne desde la visita de lord Mount Severn a Grenoble, hacía ya casi tres años. No leía la prensa inglesa, pues no lograba hacerse con un ejemplar. A veces el señor Crosby recibía periódicos, pero la institutriz no los veía. Y, como decía la propia lady Isabel, ¿qué iba a publicarse sobre East Lynne? Podría haberle preguntado a la señora Ducie, pero no se atrevía. ¿Qué excusa tendría madame Vine para querer saber de East Lynne? Hasta donde sabía, incluso era posible que el señor Carlyle y los niños estuvieran muertos. ¡Cuánto deseaba ver a sus hijos, aunque fuera un día o unas horas! ¡Besarlos de nuevo! ¿Cómo podría seguir viviendo así?

Las noticias no tardaron en llegar. Una tal señora Latimer, una dama que vivía en West Lynne, fue a pasar unos días a Stalkenberg, y con ella iba su doncella y compañera (tres partes de lo primero y una de lo segundo), Afy Hallijohn. No es que Afy compartiera las comidas con la señora Latimer, o se sentara con ella después de cenar, ni mucho menos; pero disfrutaba de más privilegios que la mayoría de las doncellas. Y Afy, que no despreciaba ocasión de exagerar su importancia, dio a entender que era su acompañante. La señora Latimer, una mujer agradable, apreciaba a Afy, y esta le contó lo que quiso de la desgraciada muerte de su padre así que la mujer la consideraba una muchacha decente y compasiva.

La señora Latimer y la señora Crosby se alojaban en habitaciones adyacentes en el hotel, y se hicieron amigas. Apenas llevaba la primera una semana en el Ludwig cuando se juraron amistad eterna, como probablemente habían hecho con otras amigas cincuenta veces.

La noche en que Helena Crosby le comunicó su compromiso a lady Isabel,

esta salió a pasear al anochecer y se sentó en un banco, en un punto poco frecuentado del jardín, donde le gustaba pasar el tiempo. Minutos más tarde, Afy, que estaba aburrida, salió a dar una vuelta y coincidió con ella en la misma zona.

«¿Quién está ahí? —se dijo Afy al ver a lady Isabel—. Ah, es la institutriz de los Crosby. Se la ve a una milla de distancia, con ese sombrero de abuela. Iré a charlar con ella».

Así pues, Afy, que nunca había sido tímida, se acercó a sentarse al lado de lady Isabel.

—Buenas tardes, madame Vine —saludó.

—Buenas tardes —dijo lady Isabel cortésmente, sin tener la menor idea de quién era Afy.

—Imagino que no me conoce —prosiguió Afy, que lo dedujo de la actitud cortés pero distante de lady Isabel—. Soy la acompañante de la señora Latimer, que está pasando la velada con la señora Crosby. ¡Qué aburrido es Stalkenberg!

—¿Lo cree de veras?

—Para mí, lo es. No hablo alemán ni francés, y la mayoría de los criados de las familias que residen aquí no hablan inglés. Así que me paseo como una lechuza, sin hacer nada, excepto mirarlo todo con los ojos abiertos. No me apetecía nada venir aquí, y, visto lo que hay, preferiría estar de vuelta en West Lynne.

Lady Isabel no había animado a hablar a la muchacha, ni con palabras ni con gestos, pero la última frase hizo que su corazón se detuviera. Aunque se controló, no pudo ocultar el aumento de su interés.

—¿Es usted de West Lynne?

—Sí. ¡Qué lugar más horrible! La señora Latimer se instaló en una casa allí poco después de que yo entrara a servir en su casa. Ojalá la hubiera comprado en Botany Bay.

—¿Por qué no le gusta?

—Porque no —fue la abrupta respuesta de Afy.

—¿Conoce East Lynne? —prosiguió lady Isabel mientras su corazón latía a toda velocidad y su cerebro se sumía en un remolino para tratar de formular lo que quería preguntar.

—Debería —dijo Afy—. Mi hermana, la señorita Hallijohn, es allí la doncella principal. ¿Por qué? ¿Conoce usted East Lynne, madame Vine?

Lady Isabel vaciló; no sabía qué contestar.

—Hace algunos años estuve viviendo cerca de allí, un breve tiempo —dijo—. Me gustaría saber de los Carlyle: eran una buena familia.

Afy sacudió la cabeza.

—¡Ah! Pero han sucedido muchos cambios. Supongo que los conoció usted en la época de lady Isabel, ¿verdad?

Hubo una pausa.

—¿Lady Isabel? Sí. Era la esposa del señor Carlyle.

—¡Menuda esposa! —replicó con ironía Afy—. Supongo que se enteró, madame Vine, a menos que viviera usted en medio del bosque. Se fugó. Lo abandonó a él y a sus hijos.

—¿Los niños siguen vivos?

—Sí, pobrecitos. Pero uno de ellos va camino de la tumba. Joyce, mi hermana, se pone como una furia cada vez que lo digo. Cree que va a ponerse bien.

Lady Isabel se limpió la frente, húmeda, con su pañuelo.

—¿Cuál de los niños? —preguntó con un hilo de voz—. ¿Isabel?

—¡Isabel! —dijo Afy—. ¿Quién es Isabel?

—La niña mayor, quiero decir. La señorita Isabel Carlyle.

—No hay ninguna niña con ese nombre. Solo está Lucy, ella es la hija mayor.

—Cuando... Que yo recuerde había una hija, y los otros dos eran muchachos. Creo recordar que se llamaba Isabel.

—Espere, ahora que lo dice —dijo Afy—, ¿qué era lo que contaban? Creo que fue Wilson, la niñera. La misma noche en que su esposa lo abandonó, el señor Carlyle dio orden de que a la niña en el futuro se la llamara Lucy, por su segundo nombre. No me extraña —añadió Afy, indignada— que no pudiera soportar el sonido del nombre de la madre, o que no quisiera que la niña se llamara como ella.

—No, no es de extrañar —murmuró lady Isabel—. Entonces, ¿cuál es el niño enfermo?

—William, el mayor. No es que esté enfermo, solo delgado como un

espárrago; tiene las mejillas arreboladas y le brillan los ojos. Joyce dice que se parece a su madre, pero a mí no me engaña. La gente sana no tiene el color tan subido.

—¿Conoció usted a lady Isabel? —preguntó en voz baja.

—No —dijo Afy—, y me alegro, porque me habría rebajado. Es mejor no estar en contacto con ese tipo de personas. Seguro que me entiende, madame Vine.

—Había otro chico, un niño pequeño, creo, llamado Archibald. ¿Está bien?

—¡Oh, el jovenzuelo! Es tan fuerte como un turco. No hay que preocuparse por él, es la viva imagen del señor Carlyle. Por cierto, madame —dijo Afy, que cambió de tema abruptamente—, si vivió usted en West Lyne, ¿quizá le llegaron rumores malintencionados de mi persona?

—Creo que sí, pero no recuerdo los detalles.

—Mi padre fue asesinado, de eso seguro que se enteró.

—Sí, me acuerdo de eso.

—Lo mató un tipo llamado Richard Hare, que se largó por piernas. ¿Conoció usted a los Hare? Pues después del funeral me largué de West Lynne; no podía soportar seguir viviendo allí, y estuve un tiempo sin mandar recado. Fíjese lo que decían de mí: ¡que me había fugado con Richard Hare! Por suerte no me enteré de lo que cotilleaban de mí, o habría vuelto en un santiamén a darles una buena lección. Dígame, madame Vine, ¿no le parece la acusación más infame del mundo?

—¿Y no era cierto?

—No, lo juro —exclamó ardiente Afy—. ¡Juntarme con el asesino de mi padre! Si el señor Calcrafft, el verdugo, colgara a algunos metomentodos de West Lynne, sería una buena advertencia para los demás. Eso le dije al señor Carlyle.

—Al señor Carlyle —repitió lady Isabel, casi sin darse cuenta.

—Se rio, me acuerdo, y dijo que eso no detendría el escándalo. El único que no me juzgó mal fue él; dijo que no me creía capaz de fugarme con Richard Hare. Siempre fue un hombre muy noble.

—Imagino que tuvo que trabajar durante su ausencia.

Afy tosió.

—Claro, en más de una casa. Primero de dama de compañía de una anciana que me quería tanto que me dejó una buena cantidad en herencia. Después pasé dos años en casa de la condesa Mount Severn.

—¡Con la condesa Mount Severn! —repitió lady Isabel, sorprendida—. Pero, pero... estaba emparentada con la esposa del señor Carlyle, ¿no es así? Al menos, lord Mount Severn lo estaba.

—Por supuesto, todo el mundo lo sabe. Yo vivía allí cuando se desató el escándalo. ¡Las cosas que la condesa dijo de lady Isabel! Ella y la señorita Levison la criticaban todo el día. Oh, lo sé muy bien. ¿Le duele la cabeza, madame Vine?

La cabeza y el corazón, podría haberle contestado lady Isabel. Afy prosiguió:

—Así que, después de lo que decían de mí en West Lynne, como se imaginará, no me apetecía un ápice volver. Y lo habría dejado antes, si hubiera conocido a la señora Latimer y su excelente casa, en lugar de quedarme con los Mount Severn. Pero, bueno, eso quedó atrás. ¡Seguro que ahora me critican a mí! ¿Conoció usted a la buena de la señorita Corny?

—La vi alguna vez.

—Aún mueve la cabeza y me mira mal, y lo haría si viera un ángel. ¡Vieja cacatúa!

—¿Aún vive en East Lynne?

—Ya no. Si siguiera allí, se pelearía cada día con la señora Carlyle.

Una puñalada de hielo congeló la sangre en las venas de lady Isabel.

—¿La señora Carlyle? —dijo—. ¿Quién es la señora Carlyle?

—La esposa del señor Carlyle, ¿quién iba a ser?

La sangre asomó a sus mejillas, latiendo furiosa de nuevo.

—No sabía que se había casado de nuevo.

—Lleva casado..., veamos, unos quince meses. Hizo un año el pasado mes de junio. Fui a la iglesia para la boda. ¡Había muchísima gente! Y la novia estaba preciosa.

Lady Isabel puso la mano sobre su corazón. De no ser por la ancha chaqueta que la cubría, Afy habría reparado en su agitada respiración. Controló su voz para preguntar:

—¿Se casó con Barbara Hare, por fin?

—Puede estar segura —dijo Afy—. Si hay que hacer caso a la gente, se ve que ya había puesto sus ojos en ella antes de conocer a lady Isabel. Wilson me lo dijo, y ella trabajó en casa de los Hare. También se dice que..., pero, bueno, de lo que dicen en West Lynne hay que fiarse de una cosa y no fiarse de diez. Pero dicen que, si lady Isabel no hubiera muerto, el señor Carlyle jamás se habría vuelto a casar, porque tenía escrúpulos. Se rumoreaba que iba a casarse con media docena de muchachas, Louisa Dobede y Mary Pinner y quién sabe quién más. ¡Tonterías! La única que le importaba era Barbara Hare. Ya tienen un bebé.

—Ah, ¿sí? —fue la débil respuesta.

—Un niño precioso, de tres o cuatro meses. La señora Carlyle está muy orgullosa de él, y adora a su marido.

—¿Se porta bien con los hijos de lady Isabel?

—Hasta donde yo sé, sí. No creo que tenga mucho trato con ellos, de todos modos. Archibald tiene una niñera y los dos mayores están con la institutriz.

—¿Tienen una institutriz?

—Fue lo primero que hizo el señor Carlyle después de la fuga de su primera esposa: buscar a una institutriz, que lleva allí desde entonces. Ahora se irá, porque se va a casar, eso me dijo Joyce.

—¿Viaja usted mucho a East Lynne?

Afy movió la cabeza.

—No, la verdad. No me apetece ir donde sé que me van a mirar mal. La señora Carlyle no me aprecia demasiado. Su hermano Richard habría dado su brazo derecho por casarse conmigo, y no me lo perdona. Claro que Dick Hare no era ningún partido, aunque hubiera acabado bien —dijo Afy, como la zorra que mira las uvas inalcanzables—. No era nada listo, y estaba verde como la cola de un pavo real. ¡Cómo cambian las cosas! Si no fuera por la locura de lady Isabel, que lo abandonó y le dejó el campo libre, la señorita Barbara jamás habría tenido la oportunidad de convertirse en la señora Carlyle.

Lady Isabel gimió en silencio.

—Solo hay una persona que no tolera que se hable mal de ella, y es Joyce —dijo Afy—. Le tenía mucho cariño a lady Isabel, como el señor Carlyle.

—¿La quería tanto su marido, realmente?

—Besaba el suelo que pisaba. Hasta la misma hora en que se fue, dice Joyce. Y así fue como le pagó. Pero así es la vida: cuando un hombre o una mujer idolatra a otro, se condenan a terminar mal. La noche en que el señor Carlyle trajo a su nueva esposa a casa, Joyce, que era su doncella, entró en el vestidor y dejó a la señora Carlyle en la habitación. «Joyce», la llamó ella. «Ahora voy, lady...», casi se le escapó el nombre de la otra, porque estaba pensando en ella. No creo que a la señora Carlyle le gustase mucho. Joyce dijo que se mordía la lengua de rabia, por el desliz que había tenido.

—Me pregunto qué pensaron al enterarse de su muerte en East Lynne — dijo lady Isabel.

—No tengo ni idea. Supongo que lo celebrarían, y tocarían las campanas, y repartirían piernas de cordero con salsa de cebollas. Es lo que *yo* haría, al menos. Hasta un animal ciego, sordo y mudo se aferra a sus crías, pero *ella* abandonó a sus hijos. ¿Se retira ya, madame Vine?

—Sí, tengo que regresar. Buenas noches.

Había permanecido sentada hasta que no pudo más. Su corazón estaba hecho un ovillo de amargura y tristeza. Ni siquiera era capaz de defender su buen nombre. ¿Qué defensa había? ¿Acaso no se merecía diez mil reproches más de los que acababa de oír? La criada solo decía la mitad de lo que el mundo debía pensar.

Se tumbó en la cama a la hora de siempre, pero no se durmió. Lo que acababa de descubrir acrecentaba su deseo vano e insensato. ¡Una madrastra en East Lynne, y uno de sus hijos cerca de la muerte! ¡Ojalá pudiera verlos y estar con ellos una vez! Para alcanzar ese premio, era capaz de sacrificar el resto de su existencia.

Se sentía enfebrecida, de la cabeza a los pies. La cama le quemaba; se levantó y dio vueltas por la habitación. Su estado de ánimo excitado podía causarle una recaída, a buen seguro, o incluso un ataque. Tenía miedo de que sucediera, porque no sabía lo que podría revelar si caía en el delirio de la fiebre. Le latían las sienes y el corazón, y más de una vez se arrojó sobre la cama y apretó el cojín contra la frente. La noticia del matrimonio del señor Carlyle la había sumido en ese estado. No rezó para morir, pero deseaba que llegara la muerte.

Es imposible decir qué habría pasado de seguir así, pero se produjo un extraño giro de los acontecimientos, una de esas maravillosas coincidencias

que lo cambian todo. La señora Crosby apareció en la habitación de madame Vine después del desayuno y le contó que Helena iba a casarse. Procedió a disculparse (que era el objetivo de su visita) por tener que prescindir tan abruptamente de los servicios de madame, pero podría proponerle otra casa en la que trabajar, y recomendarla. ¿Tendría madame algún problema en volver a Inglaterra? Madame estaba a punto de replicar que no deseaba volver cuando la señora Crosby la detuvo y dijo que llamaría a la señora Latimer, que podría hablarle con más detalle del nuevo puesto.

La señora Latimer entró, voluble y animada.

—Ah, querida madame —exclamó—, tendría usted suerte si entrara a trabajar con esta familia. Son de lo más agradable, y él es muy querido y respetado. La señora es linda y amable. Un lugar de lo más deseable, como le digo. La tratarán como una dama y estará usted muy cómoda. Hay una alumna, una niña; y creo que uno de los dos niños pequeños también asiste a clase una hora o dos, pero no más. El salario es de setenta guineas. Los Carlyle son amigos míos, y viven en un lugar hermoso, East Lynne.

¡Los Carlyle! ¡East Lynne! ¿Volver allí como institutriz? Lady Isabel guardó silencio, asombrada.

—Su institutriz los deja —explicó la señora Latimer—; cuando estuve allí, un día o dos antes de mi viaje a Alemania, la señora Carlyle me dijo: «¿Le importaría buscar una institutriz adecuada para Lucy? Una que sepa francés y alemán». Lo dijo medio en broma, pero estoy segura de que, si le escribo y le anuncio que la he encontrado, la recibiría con agrado. La señora Crosby me dice que habla usted francés, madame Vine, y que lee y habla bien alemán, y que sus habilidades musicales son excelentes. Creo que lo haría muy bien, y no me cabe duda de que los Carlyle atenderán mi recomendación. ¿Qué me dice?

¿Qué podía decir? Su cerebro era un torbellino.

—Me gustaría poder dejarla bien colocada, madame Vine —intervino la señora Crosby—. Ha sido un placer tenerla con nosotros, y me quedaría más tranquila si encuentra usted una buena casa. Y la señora Latimer ha sido de lo más amable al interesarse personalmente. Me parece que se trata de una oportunidad que no debería dejar pasar.

—¿Le escribo entonces a la señora Carlyle? —dijo la señora Latimer.

Lady Isabel se levantó y logró contestar la pregunta.

—¿Les importaría darme hasta mañana al mediodía? Tengo que pensarlo; no era mi intención regresar a Inglaterra.

Durante ese día debatió consigo misma incansablemente. Un minuto decidía ir y arriesgarse; al siguiente, apartaba la idea de su mente. Primero le parecía que la Providencia había traído la oportunidad de ver a sus hijos para atendiendo su desesperado anhelo; luego una voz le susurraba que era una tentación peligrosa, y que su deber era resistirse y alejarse de ella. Entonces llegaban más preguntas: ¿cómo soportaría ver al señor Carlyle casado con otra? ¿Cómo viviría en la misma casa, bajo el mismo techo, contemplando sus atenciones a su nueva esposa, sus gestos de cariño y sus caricias? Quizá sería duro, pero podría enseñar a su corazón a tolerarlo, ¿o no había decidido, en el primer momento de amargo arrepentimiento, soportar su cruz sin lamentarse? No, sus sentimientos, por torturados que fuesen, no podían ser un obstáculo.

Cuando llegó la noche aún no se había decidido. Pasó una nueva noche de dolor, inquietud y anhelo por sus hijos, sentimiento que parecía dominar por completo su cuerpo y su mente. Al final la tentación fue demasiado fuerte; después de haberse hecho posible no podía fingir que el deseado fin (ver a sus hijos) no la llenaba de gozo, y se decidió a aceptar la oferta. «¿Por qué iba a negarme? —se dijo—. ¿Por miedo a que me descubran? Lo que tenga que pasar pasará; no pueden ahorcarme ni matarme, si me descubren. La más abyecta humillación, quizá, me invadiría cuando me expulsen de East Lynne y me señalen con aborrecimiento e ignominia, como expulsan a un soldado de su regimiento. Pero eso puedo soportarlo, igual que lo demás, y ocultarme hecha un ovillo bajo un árbol, y morir. ¡Humillación! No, no hay comparación entre el peligro de que me humillen y la posibilidad de estar con mis hijos».

La señora Latimer escribió a la señora Carlyle. Se había reunido con una institutriz que encajaba a la perfección con lo que buscaba, y que le gustaría. Se llamaba madame Vine, inglesa de nacimiento, viuda de un francés. Protestante, de buena cuna, dominaba los idiomas y la música y era competente en todos los sentidos. La señora Crosby, para quien había trabajado dos años, la considera un tesoro y no se habría separado de ella si no fuera porque Helena iba a casarse con un noble alemán. «No te importe su aspecto físico —escribía la señora Latimer—. Es de lo más rara: lleva gafas, enormes sombreros y tiene una gran cicatriz en la barbilla y la boca; aunque no tiene más de treinta años, lleva el pelo gris. También cojea un poco. Pero

es una dama, a pesar de todo, y lo parece.»

Cuando esta descripción llegó a East Lynne, Barbara no pudo evitar reírse mientras la leía en voz alta al señor Carlyle, quien también se rio.

—Es una suerte que no seleccionemos a las institutrices por su aspecto — dijo—, o madame Vine no tendría la menor oportunidad.

Decidieron contratarla, y escribieron a la señora Latimer a tal efecto.

Un tumulto extraño y salvaje llenó el pecho de lady Isabel. Se aseguró de que sus pertenencias no delataran quién era: repasó su escritorio, sus pertenencias, el menor pedazo de papel o iniciales en sus pañuelos, cualquier cosa. La mayor parte de su equipaje estaba en un guardamuebles de París, donde lo había mandado al salir de Grenoble. Se preocupó de que sus ropas fueran distintas de lo que había llevado en el pasado; sus cofias, excepto en su sencillez, y en que las llevaba atadas ocultándole el pelo, rivalizaban con las de la señorita Carlyle. Durante dos años había aprendido a cambiar su letra manuscrita, y nadie que la viese ahora la tomaría por la letra de lady Isabel Vane. Pero su mano temblaba cuando escribió a la señora Carlyle, pues esta le había enviado una carta. Ella, ¡ella!, escribiéndole a la esposa del señor Carlyle, como una subordinada. ¿Cómo sería vivir así, como una criada, podría decirse, allí donde había reinado como dueña y señora? Tendría que soportarlo, igual que lo demás. Las lágrimas ardían en sus ojos y cayeron sobre la firma que rezaba «Barbara Carlyle».

Ya dispuesta, se sentó y esperó a que la avisaran para salir. Finalmente, se decidió que viajara a Inglaterra y a West Lynne acompañada de la señora Latimer, y la dama no regresaría hasta octubre. Lo que le quedaba a lady Isabel era tener paciencia.

Por fin llegó el día, y la señora Latimer, lady Isabel y Afy abandonaron Stalkenberg. La señora Latimer prefería viajar lentamente, y la impaciente y febril dama creía que el viaje no acabaría jamás.

—Creo que le han contado lo que les pasó a esos desgraciados niños — dijo la señora Latimer—. No debe hablarles de su madre, que los abandonó.

—Entiendo.

—No es bueno hablarles a los niños de una madre que destrozó su reputación, y en parte también la de ellos. Al señor Carlyle no le gustaría, y me atrevo a decir que los está enseñando a olvidarla; considera a la actual señora Carlyle su única madre.

Y su corazón dolorido solo podía asentir al oírlo.

Era una tarde de niebla, gris ante el inminente atardecer, cuando llegaron a West Lynne. La señora Latimer, que creía que la institutriz no conocía Inglaterra, la instaló en una calesa y le indicó su destino al conductor.

—*Au revoir, madame* —dijo—, buena suerte.

De nuevo recorría el camino familiar. Vio la casa del juez Hare, vio las otras residencias y edificios que tan bien conocía.

Y, una vez más, vio East Lynne, la amada y antigua casa, cuando la calesa enfiló la avenida. Había luces en las ventanas y todo parecía alegre y animado, un contraste con cómo se sentía. Le dolía el corazón de inquietud y anticipación, y le latía la garganta. Cuando el conductor aceleró la marcha con todo el impulso del caballo y se detuvo frente a los peldaños de la casa, por un instante se le nubló la vista. ¿Saldría el señor Carlyle a recibirla? Deseó no haber regresado, estaba aterrorizada. Se abrió la puerta del vestíbulo y un chorro de luz salió del interior de la casa.

Capítulo 40: Cambio y cambio

Dos criados aparecieron en el umbral. Uno se quedó en el vestíbulo y el otro se acercó a la calesa. Ayudó a bajar a lady Isabel y se ocupó de su equipaje. Al subir los peldaños reconoció al viejo Peter; le pareció extraño que, en vez de saludarlo, como en los viejos tiempos, con un «¿cómo estás, Peter?», tuviera que tratarlo como a un desconocido. Durante unos instantes no supo qué decir: ¿qué debía hacer al regresar a su antiguo hogar? Su actitud era incómoda; habló en voz baja.

—¿Está la señora Carlyle?

—Sí, señora.

Joyce se acercó a recibirla.

—Es usted madame Vine, ¿verdad? —dijo respetuosamente—. Por favor, sígame, madame.

Pero lady Isabel se detuvo en el vestíbulo, como si comprobara que traían su equipaje; Stephen era el encargado de hacerlo. En realidad, quería ganar tiempo, pues quizá Joyce se disponía a llevarla ante el señor y la señora Carlyle.

Sin embargo, no fue así. La acompañó al saloncito gris, donde había un fuego encendido en la chimenea que alegraba la noche otoñal.

—Este es su salón privado, señora. ¿Quiere comer algo? Lo pediré a la cocina y le mostraré su habitación.

—Un poco de té, por favor —dijo lady Isabel.

—¿Y quizá algo de fiambre y carne fría? —sugirió Joyce, pero lady Isabel se negó.

—No, té. Y tostadas.

Joyce pidió que lo preparasen y subió las escaleras delante de lady Isabel. Y ella la siguió con el corazón latiendo vertiginosamente. Dejaron atrás la habitación que había sido suya, en el pasillo, en el segundo rellano. Las puertas de su antiguo vestidor estaban abiertas y miró con anhelo de reojo. No, no volvería a ser suyo: lo había abandonado por su voluntad, libremente. Parecía igual de cómodo que antaño, ahora de otra persona. El fuego de la chimenea resplandecía sobre los muebles y había pequeñas bagatelas y joyas en el gran tocador, como solía dejar ella en su época; en el cristal tallado de las botellas de perfume se reflejaban las llamas del fuego. Sobre el sofá yacía un chal y un libro, y sobre la cama una bata de seda que alguien había dejado allí. No, esas estancias ya no eran suyas. Siguió a Joyce arriba. La habitación que le enseñó era cómoda, bien amueblada. La había ocupado la señorita Carlyle cuando ella, Isabel, entró como una novia en East Lynne, si bien la hermana de su marido se mudó, más tarde, a otra habitación del primer piso. Joyce dejó la vela que sostenía y miró a su alrededor.

—¿Quiere que le encienda el fuego, madame, esta noche? Quizá lo agradezca, después de tanto viaje.

—No, gracias —respondió lady Isabel.

Stephen subía el equipaje, ayudado por otro criado. Joyce le indicó donde dejarlo y cómo desabrochar las cajas. Una vez hecho, el hombre se fue y Joyce se volvió hacia lady Isabel, que permanecía como una estatua, sin quitarse el sombrero.

—¿Desea algo más, madame? —preguntó.

Lady Isabel declinó. Temía que la descubrieran. ¿Cómo era posible que no la reconocieran? No se atrevía a exponerse ante los ojos sagaces de Joyce, a la que temía más que a nadie. Deseaba que la criada se fuese.

—Si quiere algo, solo tiene que llamar y Hannah subirá —dijo Joyce mientras se preparaba para retirarse—. Es la criada que atiende el salón gris, y está a su disposición.

Joyce se fue y lady Isabel se quitó el sombrero. La puerta volvió a abrirse. Rápidamente volvió a ponérselo, con la misma prisa con la que Richard Hare se puso su sombrero y sus falsos bigotes ante el temor de ser descubierto. Era Joyce de nuevo.

—¿Está segura de encontrar sola el salón gris, madame?

—Sí, no se preocupe.

¡Encontrar sola el salón gris! ¡En su propia casa!

Lady Isabel reflexionó sobre lo que había hecho mientras se quitaba lentamente otra vez el sombrero. ¿De qué servía demorarse? Más pronto o más tarde tendría que verlos. Aunque en verdad no temía que la descubrieran, pues el disfraz que había compuesto la naturaleza y sus ropas conspiraban para alterarla más allá de lo reconocible. Pero le costaba lo indecible conservar la calma; si hubiera permitido que manaran las lágrimas, habría caído en un llanto histérico, sin posibilidad de remisión. ¡Volver a East Lynne así! Sentía una terrible y dolorosa agitación, y no era de extrañar. Se arrodilló al lado de la cama y rezó para que Dios le concediera la valentía de seguir adelante con la tarea impuesta; rezó para poder controlarse, ella, la pecadora que años atrás había abandonado la casa en circunstancias tan notorias. Sin embargo, la manera en que había vuelto no era precisamente ninguna bendición.

No tenía excusa para quedarse en la habitación, y al fin bajó, con la vela en la mano. Todo estaba listo en el salón gris: la bandeja de té sobre la mesa, la pequeña tetera caliente y las bolsitas de té al lado. Había cuatro tostadas, mantequilla y una magdalena caliente bajo una tapa de plata. Todo familiar: los utensilios, la bandeja, el platito de la mantequilla, el servicio de té. Lo recordaba todo, excepto la tetera, que era de cobre. Probablemente, la habrían comprado para la institutriz cuando llegó a East Lynne. Si hubiera reflexionado sobre ello, habría caído en la cuenta, por los indicios, en el breve periodo que llevaba en la casa, que a las institutrices en East Lynne se les daba tratamiento de damas, esto es, un trato generoso y amable. El dueño de East Lynne era el señor Carlyle, y él era así.

Se tomó el té con el escaso apetito que pudo concitar. Su mente y su cerebro estaban sumidos en el caos. Se preguntaba si el señor y la señora Carlyle estarían cenando, y en qué parte de la casa estarían los niños. Oía campanillas de vez en cuando, y criados arriba y abajo, cruzando el vestíbulo. Cuando terminó de comer, llamó a su vez.

Una criada de aspecto pulcro y discreto, Hannah, atendió la llamada. Era, como Joyce había dicho, la que se ocupaba del salón gris, y estaba a disposición de la institutriz. Se llevó las cosas y lady Isabel se quedó sola. No supo cuánto tiempo; de repente un ruido le hizo estallar el corazón, como

si le saliera de la garganta, y se sobresaltó como si hubiera recibido una descarga eléctrica.

No era nada fuera de lo común: el sonido de voces de *niños*. Pero ¡eran *sus* hijos! ¿Los traerían para que los viera? Se obligó a calmarse y se puso la mano en el pecho.

No, solo cruzaban el vestíbulo, y sus voces se difuminaron escaleras arriba. Quizá habían bajado a tomar un poco de postre, como en los viejos tiempos, y ahora subían a dormir. Miró su nuevo reloj: las siete y media.

Su *nuevo* reloj. Lo había cambiado por el antiguo. Todas sus joyas y collares habían sufrido el mismo destino: los había vendido o cambiado, temiendo que pudieran reconocerlos en East Lynne. Nada había conservado, excepto una miniatura de su madre y una pequeña cruz de oro, con siete diminutas esmeraldas. ¿Cómo olvidar esa cruz? Era la que Francis Levison había roto accidentalmente la primera vez que se vieron. Si hubiera comprendido que esa cruz rota, como su madre había dicho, era una profecía de desgracia, ¡qué certera había sido! Eran los únicos objetos de los que no había podido desprenderse. Los había guardado bajo llave, en el lugar más oculto de su armario. Peter entró.

—Dice la señora que le gustaría verla, si no está muy cansada. ¿Le importaría venir al salón?

Una nube cubrió sus ojos. ¿Iba a ver al señor Carlyle? ¿Había llegado el momento? Se movió hacia la puerta, que Peter había abierto. Apartó el rostro cuanto pudo, pues notaba que su tez y sus labios habían empalidecido.

—¿Está sola la señora Carlyle? —preguntó en voz baja. Era la manera más indirecta que se le ocurrió de preguntar si el señor Carlyle estaba en la casa.

—Sí, señora. El señor cena fuera hoy. Madame Vine, ¿verdad? —añadió, a la espera de anunciarla cuando hubieran cruzado el vestíbulo, con la mano en el pomo del salón.

—Madame Vine —corrigió ella, pues Peter había pronunciado el nombre al estilo inglés, y debía decirse a la francesa.

—Madame *Veen*, señora —repitió Peter al anunciarla a la señora Carlyle, mientras dejaba pasar a lady Isabel.

El viejo salón que tan bien conocía, sus enormes y elegantes proporciones, los muebles bien dispuestos, la lámpara que brillaba: todo

volvía a sus ojos llenos de nostalgia. Ya no era su salón, no podía enorgullecerse de él. Lo había rechazado el día en que había huido de allí.

Sentada bajo la luz de la lámpara estaba Barbara. Tenía el mismo aspecto de cuando lady Isabel la vio por primera vez a las puertas del cementerio, cuando le preguntó a su marido quién era aquella muchacha tan bonita. «Barbara Hare», le había contestado. Así era entonces, pero hoy su nombre era Barbara Carlyle, y ella, que había sido Isabel Carlyle, ahora era Isabel Vane. ¡Qué desgraciada vida, la suya!

Le pareció, de hecho, que Barbara estaba indeciblemente más hermosa que cuando la había conocido, o así lo imaginaba. Llevaba un vestido de noche de color azul claro que le sentaba divinamente, y que era su preferido. En el cuello relucía una cadena de oro y en los brazos, brazaletes dorados. Sus lindos rasgos eran tan atractivos como siempre; sus mejillas, teñidas de rubor; le brillaban los ojos, también azules, y su hermosa cabellera rubia resplandecía, abundante. Era un contraste frente a la mujer avejentada que tenía delante.

Barbara se adelantó, con la mano tendida y un saludo amable:

—Espero que no esté muy cansada tras su viaje.

Lady Isabel murmuró algo, no sabía qué, y se instaló en una silla lo más alejada posible de la luz.

—¿Se encuentra usted mal? —preguntó Barbara, que reparó en el rostro intensamente pálido de la institutriz a través de lo que no ocultaban por las gafas o la cofia.

—No, no estoy enferma. Solo un poco cansada, sí —fue la débil respuesta.

—¿Preferiría que hablásemos por la mañana? Quizá quiera retirarse a descansar cuanto antes.

Lady Isabel declinó. Era mejor terminar la primera entrevista a la luz de las velas que bajo el resplandor del sol.

—¡Qué pálida está! Espero que se encuentre bien, de veras.

—Soy de natural pálida, a veces blanca. Pero mi salud es buena.

—La señora Latimer nos escribió que encajaría con nosotros —dijo Barbara—, y espero que sea así, de veras, y que encuentre su estancia aquí agradable. ¿Ha vivido mucho tiempo en Inglaterra?

—Una buena parte de mi vida, cuando era más joven.

—¿Y perdió a su marido y a sus hijos? Discúlpeme si me equivoco. La señora Latimer mencionó que había tenido niños.

—Los perdí —fue la frágil respuesta.

—Oh, debe haber sido terrible para usted, ¿es una desgracia tan grande que los niños mueran! —exclamó Barbara, emocionada—. No podría soportar perder a mi bebé por nada del mundo, ni separarme de él.

—Es un dolor muy grande, muy difícil de soportar —asintió lady Isabel. Pero en su fuero interno pensaba que la muerte no era la peor despedida. Había otra, más horrenda. La señora Carlyle siguió hablando, ahora de los niños que madame Vine tendría a su cargo.

—Sin duda sabe que no son míos, la señora Latimer debió decírselo. Son los hijos de la primera esposa del señor Carlyle.

—Y del señor Carlyle —dijo lady Isabel. ¿Por qué lo dijo? Se lo preguntó en cuanto las palabras salieron de su boca. Se ruborizó, y recordó que no debía hablar impulsivamente en East Lynne.

—Por supuesto —dijo Barbara, que pensaba que madame Vine había hecho una pregunta y no una afirmación—. La situación de la niña es muy triste, porque su madre los dejó. Fue un escándalo.

—He oído que está muerta —dijo lady Isabel, que esperaba desviar el tema de la conversación. Sin embargo, la señora Carlyle continuó como si no la hubiera oído.

—El señor Carlyle se casó con lady Isabel Vane, la hija de lord Mount Severn, ya fallecido. Era atractiva y hermosa, pero creo que no amaba a su marido. Fuera como fuera, se fugó con otro.

—Qué triste —observó lady Isabel, pues pensaba que debía decir algo. Además, tenía un papel que desempeñar.

—¿Triste? Más bien malvada. Fue un escándalo, ya le digo —replicó la señora Carlyle, sin poder evitar agitarse—. De todos los hombres, de todos los esposos, el señor Carlyle es quien menos lo merecía. Ya lo verá, cuando lo conozca. Y el romance fue un misterio, porque nadie sospechó que lady Isabel mantenía relaciones con otro hombre. Se fugó con Francis Levison, sir Francis ahora. Estaba alojado en East Lynne, y nadie percibió que entre ambos hubiera una intimidad indebida, ni el señor Carlyle, por supuesto. Para él y los demás, la conducta de su mujer sigue siendo un misterio.

Madame Vine parecía absorta en sus gafas mientras se las colocaba rectas. Barbara prosiguió:

—Por supuesto, es inevitable que la desgracia manche a sus hijos para siempre; la vergüenza de tener una madre divorciada...

—Pero ¿no ha muerto? —interrumpió lady Isabel.

—Sí, ha muerto. Oh, sí. Pero los señalarán igual, especialmente a la niña, como digo. Hablan de su madre de vez en cuando, me dice Wilson, pero yo le recomendaría, madame Vine, que no los anime. Sería mejor que la olvidaran.

—Sin duda el señor Carlyle desea que así sea.

—Sin duda. El señor Carlyle desearía borrar todo recuerdo de ella, si fuera posible. Por desgracia, fue la madre de esos niños, y eso no lo podemos evitar. Espero que pueda usted enseñarle principios a la pequeña que la mantengan a salvo y apartada de un destino tan lamentable como el de su madre.

—Lo intentaré —dijo lady Isabel, con más fervor del demostrado hasta entonces—. Los niños pasan mucho tiempo con usted, supongo.

—No. Nunca me han gustado los niños. Cuando el mío crezca y se haga mayor, lo enviaré a la guardería y después a la escuela. Soy de la opinión, madame Vine, que muchas madres se entregan a un sistema erróneo de gestión de la familia. Las hay que, como sabemos, se pierden en los placeres del mundo, en la frivolidad, y se despreocupan por completo; de esas no pienso hablar, pues nada puede ser más insensible o censurable. Pero las hay que se exceden en la dirección opuesta. No son felices si no están con sus hijos, en la guardería o en el salón. Los lavan, los visten, los alimentan y ellas se vuelven, en suma, sus esclavas, y convierten el trabajo de la niñera en innecesario. Los niños son ruidosos, se portan mal y crean problemas; son así, y siempre han sido así, y entonces la madre se pone de mal humor. Y, en lugar de besos, les da bofetones. No tiene tiempo para ella ni ganas de hacer nada; a medida que crecen, pierde autoridad. Se convierte en una mujer cansada permanentemente, que no disfruta de la compañía de sus hijos, que se enfada si juegan o hacen de ruido, pues la ponen de los nervios, y dice: «No podéis hacer esto, quedaos quietos» perpetuamente, con lo cual se rebelan contra ella, pues no puede ser de otro modo. ¿No se ha dado cuenta?

—Sí, es verdad.

—Pronto se rompe la disciplina de esa casa. Los niños corretean como

salvajes, el marido está harto y busca paz y tranquilidad en otro lugar. Podría darle ejemplos en nuestra zona —prosiguió la señora Carlyle— de casas donde sucede exactamente lo que acabo de describir, también en nuestra clase social. Me parece un sistema equivocado y pernicioso.

—Sin duda lo es —exclamó lady Isabel, pues se sintió vagamente agradecida, pobre mujer, porque no había sido su sistema cuando tenía hogar e hijos.

—Pero lo que no voy a delegar es la educación de mis hijos —prosiguió Barbara—. Que las tareas de la niñera queden en sus manos, siempre y cuando sea de confianza, por supuesto. Que se ocupe de los problemas de los niños, del ruido, de sus travesuras. En fin, que la casa sea la guardería de los niños. Pero espero que mis hijos se reúnan a mi alrededor cada día, en las horas convenidas, para aprender cosas instructivas: el respeto a Dios y los deberes morales, y que aprendan a ser mejores y cumplir con las obligaciones de la vida. Esa es la tarea de una madre, así la entiendo; si esta hace bien su trabajo, la niñera se ocupará del resto. Un niño no debería oír nada, excepto una convincente amabilidad de labios de su madre, y eso es imposible si pasa mucho tiempo con sus hijos.

Lady Isabel asintió en silencio. Lo que decía la señora Carlyle era correcto.

—Cuando llegué a East Lynne, descubrí que la señorita Manning, la institutriz, hacía lo necesario para que los hijos del señor Carlyle se educaran de la manera en que acabo de describir —prosiguió Barbara—. Pasaba con ellos un breve periodo de tiempo por las mañanas, incluso con la pequeña. Me di cuenta de que eso funcionaba, y no interferí. Desde que se fue, hace casi un mes, me ocupó yo. Lamentamos que se fuera, porque trabajaba bien, pero llevaba tiempo prometida a un oficial de la Marina, y van a casarse. Usted se ocupará por completo de la niña, y será su acompañante durante las horas lectivas. ¿Lo comprende?

—Así es, y estoy dispuesta —dijo lady Isabel, con el corazón palpitando—. ¿Cómo están los niños? ¿Gozan de buena salud?

—Bastante. Tuvieron el sarampión en primavera, y le quedó la secuela de tos a William, el mayor. El señor Wainwright dice que no nos preocupemos.

—¿Aún tiene tos, pues?

—Por la noche y por la mañana, al levantarse. La semana pasada fueron a

pasar el día con la señorita Carlyle, y tardaron en regresar. Había niebla, y el niño tosió muchísimo. El señor Carlyle se preocupó tanto que abandonó la cena y fue a verlo a la guardería: le dio órdenes estrictas a Joyce de que el niño no volviera a salir por la tarde si hacía frío hasta que no se le pasara la tos. Nunca le habíamos oído toser tanto.

—¿Teme que haya enfermado gravemente? —preguntó lady Isabel en voz baja.

—No, no me preocupa; no creo que sea presa de ninguna enfermedad incurable —respondió Barbara—. Estoy de acuerdo con el señor Wainwright que el tiempo curará la tos. Los niños gozan de buena salud, por herencia de su padre, y no tengo razón para pensar que su madre no fuera una mujer sana. Murió joven, me dirá usted, pero no fue una enfermedad, sino el resultado de un accidente. ¿Cuántos hijos tuvo usted? —preguntó la señora Carlyle, algo abruptamente.

Al menos, así se lo pareció a lady Isabel, pues no estaba preparada para responder. ¿Qué debía decir? Perpleja, tartamudeó la verdad.

—Tres, y un bebé. Que murió. Al nacer, murió al nacer.

—¡Perder cuatro hijos! —exclamó Barbara, con piedad—. ¿De qué murieron?

Hubo una pausa.

—Unos de una enfermedad, otros de otra —dijo, en tono casi inaudible.

—¿Murieron antes que su marido? De otra manera, el dolor no debió ser fácil de soportar.

—El bebé murió después —tartamudeó lady Isabel mientras se limpiaba el sudor de su pálida frente.

Barbara se dio cuenta de que estaba alterada, y sintió haberle preguntado; pensó que la emoción procedía del recuerdo de sus hijos perdidos.

—La señora Latimer nos dijo que era usted de buena familia y que ha tenido una educación de lo más satisfactoria —dijo—. Estoy segura de que me perdonará si le hago preguntas concretas —añadió Barbara, en tono de disculpa—, pero es nuestro primer encuentro, y en cierta medida una entrevista preliminar; por carta no hemos podido decirnos mucho.

—Me eduqué en una buena familia, en efecto, y me educaron como una dama —dijo lady Isabel.

—Sí, estoy segura de eso. No cabe duda de que tiene usted los modales de una dama —dijo Barbara—. ¡Es muy triste cuando nos aquejan los reveses económicos! Imagino que nunca pensó que trabajaría de institutriz.

Una media sonrisa cruzó sus labios. ¡Ella, una institutriz! ¡La hija de lord Mount Severn!

—Oh, no, jamás —replicó.

—Me temo que su marido no debió dejarla en buena posición económica. La señora Latimer me indicó algo así.

—Cuando lo perdí a él, lo perdí todo —fue la respuesta. A la señora Carlyle le llamó la atención el dolor que el tono de madame Vine traicionaba. En ese momento entró una criada.

—La niñera dice que el bebé está listo para dormir, y que usted lo vea, señora —dijo, dirigiéndose a la señora Carlyle.

Esta se levantó, pero dudó al alejarse.

—Esta noche me quedaré con el bebé —le dijo a la criada—. Dígale a la niñera que lo envuelva en un chal y lo traiga. Es hora de darle de comer — Sonrió y se giró hacia lady Isabel—. Por una vez, como el señor Carlyle está fuera, lo haré aquí. A veces también yo ceno fuera, y hay que darle papillas.

—¿No se queda con él, entonces, en estos meses?

—Oh, no. Si el señor Carlyle y yo tenemos un compromiso, hay que acomodar al bebé. Nunca sacrificaré a mi marido por mi hijo; nunca, a pesar de lo mucho que lo quiero.

La niñera entró. Era Wilson. Llevaba un chal entre los brazos, y depositó al bebé en el regazo de la señora Carlyle. Era una criatura hermosa, de tez clara y enormes ojos azules, que echó la cabeza atrás y movió los brazos tratando de alcanzar las atractivas luces de la lámpara de cristal; era increíble que, con apenas seis meses, tuviera tanta energía. Llevaba un camisón blanco y un gorrito de dormir, con preciosos fruncidos. En suma, una estampa deliciosa. Lady Isabel se había sentado en ese sillón, con un bebé igual de hermoso en sus rodillas, pero eso pertenecía al pasado. Inclino la frente ardiente sobre su mano mientras un suspiro rebelde de envidia pugnaba por salir de su corazón herido.

Wilson, curiosa, la devoraba con los ojos. La niñera pensaba que no había visto una cosa más aterradora que la nueva institutriz.

Las gafas de cristales azules le ocultaban la mitad de la cara, ¿por qué se

cubría la garganta de esa manera? ¡Más le valía ponerse una corbata de hombre! Si sus enseñanzas estaban a la altura de su aspecto, más le valía a la señorita Lucy ir a la escuela benéfica de la parroquia.

—¿Espero, señora? —preguntó discreta Wilson, tras estudiar largamente a la recién llegada.

—No —dijo la señora Carlyle—. Ya la llamaré.

El bebé disfrutaba de su cena, muy ocupado. Y, por supuesto, según los precedentes históricos, después de comer debía caer en un profundo sueño. Pero el caballero no tenía un ápice de sueño, no más que cuando había empezado a comer. Se sentó en el regazo de su madre, embelesado por las luces, y estiró las manos para atraparlas mientras miraba a la señora Carlyle desafiante y se negaba rotundamente a que lo acunaran.

—¿Es que quieres quedarte despierto toda la noche, pequeño rebelde? —exclamó Barbara mientras lo miraba afectuosamente.

El bebé gimió por toda respuesta. Quizá era su manera de decir que sí. Lo abrazó repentinamente, con un gesto inopinado de afecto y de amor, y devoró su carita a besos. Entonces lo tomó en sus brazos y, después de colocarlo derecho, se acercó a madame Vine.

—¿Ha visto un bebé más adorable?

—Es precioso, de verdad —se obligó a responder; pensaba en su Archibald, cuando era un bebé—. Pero no se le parece mucho.

—Es la viva imagen de mi querido esposo. Cuando vea al señor Carlyle... —Y aquí Barbara se detuvo y prestó atención, como si hubiera oído algo.

—Seguramente el señor Carlyle es un caballero muy apuesto —dijo la pobre lady Isabel, pues creyó que la pausa era para que ofreciera una observación.

—Lo es, pero no es su rasgo más admirable. ¡Es el hombre más noble del mundo! Respetado por todos, apreciado y amado, si me lo permite. La única persona que no supo amarlo fue su esposa. Que fuera capaz de dejarlo, que mirara a otro hombre después de llamar esposo al señor Carlyle es un misterio para quienes lo conocemos.

Un amargo gemido casi se escapó de los labios de lady Isabel.

—¡El carruaje de los ponis! —exclamó Barbara mientras se inclinaba para escuchar mejor—. Si es así, ¡el señor Carlyle ha vuelto más pronto a

casa! Sí, estoy segura de que es el sonido de las ruedas.

Lady Isabel no supo cómo fue capaz de permanecer sentada y ocultar su agitación. Hubo una pausa, alguien entró en el vestíbulo. Barbara, con el bebé en brazos, se acercó a la puerta del salón, y entró un hombre alto. Lady Isabel estaba de nuevo en presencia del que fuera su marido.

Al principio no se dio cuenta de que había alguien más en el salón; inclinó su cabeza y besó con afecto a su mujer. Los celosos ojos de Isabel se clavaron en los dos. Barbara le devolvió el beso con pasión, largamente, y oyó su ferviente susurro: «¡Querido!», y tuvo que contemplar cómo besaba con cariño a su hijo. Isabel se tapó la cara. ¿Qué había hecho? ¿Cómo podría soportarlo? Era parte de la cruz que había aceptado y que tendría que soportar.

El señor Carlyle se adelantó y la vio. Parecía levemente sorprendido.

—Es madame Vine —la presentó Barbara, y él le tendió la mano y le dio la bienvenida de la manera cordial y agradable en que lo había hecho su esposa. Isabel puso su mano temblorosa en la de él; qué poco se imaginaba el señor Carlyle que había tenido esa mano entre las suyas, tiernamente, y que la recibió en el altar de Castle Marling.

Lady Isabel se sentó de nuevo, por miedo a desvanecerse, pues sentía como si la última gota de sangre hubiera abandonado su cuerpo. Su cara estaba blanca como una sábana. El señor Carlyle le hizo algunas preguntas corteses sobre el viaje, pero ella no se atrevió a mirarlo al responder.

—Has llegado pronto a casa, Archibald —exclamó Barbara—. No te esperaba tan temprano. No pensaba que pudieras escaparte. Sé muy bien cómo es la cena anual de los jueces en la taberna de Buck's Head; siempre acaban tarde.

—Y esta noche no será diferente —se rio el señor Carlyle—. Esperé a tener una oportunidad y me fui cuando trajeron las gaitas; me lo había propuesto. Dill, que piensa aguantar hasta que caiga el último hombre, sabe qué debe decir cuando me echen de menos: «Le han llamado y ha tenido que salir, cosas de negocios; no podía quedarse».

Barbara también se rio.

—¿Estaba mi padre allí?

—Por supuesto. Se sentó en la cabecera. ¿Qué sería de esa cena sin el presidente de los jueces, Barbara?

—Nada, sin duda, en opinión de mi padre —dijo alegremente Barbara—. ¿Le preguntaste cómo estaba mamá?

—Sí —dijo el señor Carlyle. Y se detuvo.

—¿Y bien? ¿Qué dijo? —exclamó Barbara.

—«Un manojito de nervios», fue todo lo que me dijo —respondió el señor Carlyle, y arqueó las cejas—. No conseguí que me dijera nada más.

—Típico de papá. Archibald, ¿sabes en qué pensaba hoy?

—Me imagino que en un montón de tonterías —dijo, pero su tono era cariñoso, y, para la que escuchaba, penosamente obvio.

—No, escúchame. Sabes que papá va a Londres con el señor Pinner, a ver esas nuevas máquinas agrícolas, o lo que sea. Estarán fuera tres días, ¿verdad?

—Como mínimo —dijo el señor Carlyle, con una sonrisa traviesa—. Cuando los ancianos se sumen en los atractivos de Londres, no se sabe cuándo vuelven, sobre todo los jueces rurales. ¿Por qué lo dices, Barbara?

—Pensaba que podríamos convencer a mamá para que se venga a pasar unos días, mientras él está fuera. Sería un cambio agradable para ella, una distracción en su monótona vida.

—Ojalá que diga que sí —replicó cálidamente el señor Carlyle—. Su vida desde que te fuiste ha sido en verdad monótona; aunque, como es amable y paciente, no lo dice. Es una buena idea, Barbara, y espero que pueda hacerse. La madre de la señora Carlyle está inválida y muy sola, pues ya no tiene hijos que le hagan compañía —añadió, por educación, dirigiéndose a madame Vine.

Esta inclinó la cabeza; no se atrevía a hablar. El señor Carlyle observó su rostro pensativamente, cuando se sentó con la cabeza ladeada. No parecía muy sociable, y se volvió hacia el bebé, más despierto que nunca.

—Jovencito, me gustaría saber qué hace usted aquí, ¡a estas horas!

—Pedí que me lo bajaran, para darle de comer porque no estabas, pues pensaba que así se dormiría más rápido —dijo Barbara—. ¡Míralo! No tiene un ápice de sueño, no más que yo.

Quiso acunarlo para que durmiera, pero el bebé se negó furiosamente. Emitió un grito y movió la cabeza y los brazos frenéticamente y cayó en un llanto desvergonzado. El señor Carlyle lo tomó en sus brazos.

—No sirve de nada, Barbara, esta noche ni tú ni yo lograremos nada. —Y balanceó al bebé con sus fuertes brazos mientras sostenía en alto hasta casi tocar la lámpara resplandeciente; el niño estaba extasiado y encantado. Finalmente, le cubrió el rostro de besos como había hecho Barbara. La señora Carlyle tocó la campana.

¡Qué escena para lady Isabel! ¡Qué sufrimiento! De la misma manera habían besado a sus hijos y jugado con ellos y con la lámpara, como la madre orgullosa y feliz que era Barbara. El señor Carlyle se acercó a ella.

—¿Le gustan estos pequeños problemas, madame Vine? Este es una buena pieza.

—Muy buena. ¿Cómo se llama? —replicó, por decir algo.

—Arthur.

—Arthur Archibald —intervino Barbara—. No me gustó que no pudiera llamarse Archibald; ese nombre ya estaba tomado. ¿Eres tú, Wilson? No sé qué podrás hacer con él, pero no parece que vaya a dormirse antes de las doce.

Wilson volvió a satisfacer su curiosidad contemplando largamente a madame Vine mientras recibía el bebé del señor Carlyle, y se fue con él.

Madame Vine se levantó.

—¿Puedo retirarme? —preguntó en voz baja. Estaba cansada y deseaba descansar.

—Por supuesto que sí —dijo Barbara, estrechándole la mano, amigable. El señor Carlyle cruzó la estancia para abrirle la puerta, y se inclinó con una sonrisa cortés.

Lady Isabel subió a su habitación. ¿Descansar? Bueno, ¿qué haría el lector en su lugar? No hizo sino repetir a su corazón lacerado y magullado que había elegido esa cruz, y debía arrostrarla, por pesada que fuera; y lo era mucho más de lo que había imaginado. Era la pura verdad, y nadie querría una cruz así sobre los hombros.

—¿No te parece que tiene un aspecto muy raro? —exclamó Barbara cuando se quedó a solas con el señor Carlyle—. No entiendo por qué lleva esas gafas azules; no puede ser para la vista, y desfiguran su cara, prácticamente.

—Me recuerda a... —empezó el señor Carlyle, con voz distraída.

—¿A quién?

—Su rostro, quiero decir —prosiguió él, como en un lugar lejano.

—Casi no se le ve la cara —dijo la señora Carlyle—. ¿A quién te recuerda?

—No lo sé. A nadie en particular —dijo él mientras salía de su ensimismamiento—. Vamos a cenar, Barbara.

Capítulo 41: El anhelo de un corazón roto

A la mañana siguiente, lady Isabel escuchaba tras la puerta de su habitación para comprobar que la zona estuviera despejada, antes de bajar al saloncito gris; temía encontrarse con el señor Carlyle. Cuando la observó la noche anterior, sintió su mirada, y tuvo miedo de haber sido reconocida. No solo eso: era el marido de otra y, por tanto, no era apropiado verle a menudo; había comprobado que su corazón lo amaba más que nunca.

Casi en el mismo instante, de una habitación distante, la guardería, emergió un niño guapo, de unos cinco años, que corrió por el pasillo a caballo de una escoba de chimenea. No hizo falta que nadie le dijera que era su hijo Archibald: su parecido con el señor Carlyle lo dejaba claro, si su corazón no se lo hubiera dicho. En un impulso de ternura incontenible, abrazó al niño al pasar galopando a su lado y lo llevó a su habitación, escoba incluida.

—Tienes que dejarme que te conozca —le dijo, para disimular—. Amo a los niños.

¡Amor! Se sentó en un sillón bajo, con el niño en el regazo, y le dio una lluvia de besos con lágrimas corriendo por sus mejillas. No podía evitar llorar, aunque así hubiera salvado la vida; tampoco podía evitar besar al niño. Levantó la vista, y allí estaba Wilson, que había entrado sin llamar. Lady Isabel se sintió enferma: se había traicionado a sí misma. Solo pudo ofrecer una mala excusa, para salir del paso. ¿Cómo pudo olvidar dónde estaba?

—El niño me ha recordado a mis pobres hijos —le dijo a Wilson, y se

tragó las emociones y ocultó sus lágrimas; mientras, el asombrado Archibald, ya liberado, se quedó con el dedo en la boca mirando sus gafas, con los ojos muy abiertos—. Cuando se ha perdido a los hijos, se siente mucho amor por los niños.

Wilson, que miraba a la institutriz con menos asombro que Archie, pensó que la recién llegada había perdido la chaveta, pronunció una frase educada y se volvió hacia el pequeño.

—¡Monito travieso! ¿Cómo se te ocurre salir corriendo con la escoba de Sarah? Te estás volviendo demasiado audaz y rimbombante para quedarte en la guardería, y tendré que decírselo a tu mamá.

Tomó al muchacho de los hombros y lo sacudió ligeramente. Lady Isabel se levantó, con las manos alzadas, y suplicó, apenada:

—¡Oh, no le pegue! No lo soportaría.

—¡Pegarle! —repitió Wilson—. Si recibiera una buena tunda, le haría bien, pero eso no sucederá. Una pequeña sacudida, o un suave cachete, es cuanto se nos permite, y ni por asomo es suficiente. No creería usted hasta qué punto este muchacho es un desvergonzado, señora. Le aseguro que es un caso. Los otros dos no causan ni el cuarto de los problemas. Vamos, ¡mocetón! Tendré que poner un pestillo en la guardería. Pero, si lo hiciera, te subirías a una silla para abrirlo.

Wilson salió de la habitación mientras lo decía tomando a Archie de la mano y se adentró por el pasillo que conducía a la guardería. Lady Isabel se quedó sentada con el corazón en un puño, desanimada. ¡Su propio hijo! Y no podía prohibirle a la criada que no le pegara.

Bajó al saloncito gris. Los dos niños mayores y el desayuno la esperaban. Joyce salió cuando entró ella.

Una niña grácil de ocho años y un niño de un año menos, algo más frágil; ambos tenían sus rasgos antaño hermosos, su piel blanca y delicada, sus enormes ojos color miel. ¡Cuánto ansiaba su corazón acercarse a ellos! Pero no podía repetir la escena anterior. Aun así, se inclinó y los besó; un beso a cada uno, cargado de fervor y pasión. Lucy guardaba silencio, William era más parlanchín.

—Es usted nuestra nueva institutriz —dijo.

—Sí, y debemos hacernos amigos.

—¿Por qué no? —dijo el chico—. Nos llevábamos bien con la señorita

Manning. Pronto iré a clases de latín, en cuanto se me cure la tos. ¿Sabe usted latín?

—No lo suficiente para enseñarlo —dijo ella, que evitó con cuidado cualquier epíteto cariñoso.

—Papá dijo que no sabría latín, porque las señoras raras veces saben latín. Dijo que me enviaría donde el señor Kane para estudiarlo.

—¿El señor Kane? —repitió lady Isael, porque el nombre le recordaba algo—. El señor Kane, ¿el profesor de música?

—¿Cómo sabe que es profesor de música? —exclamó el astuto William. Lady Isabel notó que la sangre fluía a sus mejillas ante la desafortunada confesión, hecha sin querer. Y se puso más roja al tener que mentir y hacerse la distraída, y al decir que la señora Latimer se lo había dicho.

—Pues sí, es profesor de música, pero no se gana la vida con la música, y por eso enseña latín. Viene a darnos clases desde que se fue la señorita Manning; mamá dice que no debemos perdernos ninguna lección.

¡Mamá! Cómo le escocía la palabra, aplicada a Barbara.

—¿A quién enseña? —preguntó.

—A nosotros dos —replicó William mientras señalaba a su hermana y a él.

—¿Siempre tomáis leche y pan para desayunar? —preguntó lady Isabel, que reparó en lo que comían.

—A veces nos cansamos, y tomamos leche aguada y pan con mantequilla o miel; y luego pan con leche. La tía Cornelia piensa que debemos desayunar eso; dice que papá solo comía pan con leche de pequeño. —Lucy levantó la mirada.

—A veces papá me daba un huevo cuando desayunaba con él —dijo— y la tía Cornelia decía que no era bueno para mí, pero papá me lo daba de todos modos. Si podía, desayunaba con él.

—¿Y por qué no desayunas con él hoy? —dijo lady Isabel.

—No lo sé. Ya no lo hago desde que vino mamá.

La palabra «madrastra» acudió al corazón de lady Isabel. ¿Estaba la señora Carlyle separando a sus hijos de su padre?

Al terminar de desayunar, los atrajo hacia ella y les hizo varias preguntas: sobre sus lecciones, las horas de recreo, la rutina de sus vidas.

—Esto no es un aula —exclamó William cuando le preguntó por sus libros de estudio.

—Ah, ¿no?

—No. El aula está arriba. Aquí comemos, y usted pasa la tarde.

Se oyó entonces la voz del señor Carlyle en el vestíbulo, y Lucy salió disparada. Lady Isabel, que temía que el señor Carlyle entrara si veía a la niña, la detuvo con semblante preocupado.

—Quédate aquí, Isabel.

—Se llama Lucy —dijo William, que levantó la vista, extrañado—. ¿Por qué la llama Isabel?

—Pensé... pensé que había oído que se llamaba así —tartamudeó, pues se sentía confusa a raíz de los errores que cometía.

—Mi nombre es Isabel Lucy —dijo la niña—, pero no sé quién se lo ha dicho, porque nadie me llama Isabel. No me han llamado así desde... desde... ¿Se lo puedo decir? Desde que mamá se fue —concluyó, y bajó la voz—. La mamá de antes, ya sabe.

—¿Se fue? —dijo lady Isabel, llena de emoción y sin saber qué decía.

—La secuestraron —susurró Lucy.

—¡Secuestrada! —fue la sorprendida respuesta.

—Sí, o no se habría ido. Había un hombre malo que había visitado a papá, y la robó. Wilson dijo que sabía que era malo antes de que se llevara a mamá. Papá dijo que no volvieran a llamarme Isabel, y por eso me llamo Lucy. Isabel era el nombre de mamá.

—¿Cómo sabes que tu padre dijo eso? —preguntó lady Isabel, como si estuviera lejos de allí.

—Lo oí. Se lo dijo a Joyce, y Joyce se lo dijo a los criados. Ahora pongo Lucy en mis libros. Antes ponía Isabel Lucy, pero papá lo vio y tachó Isabel, y me dijo que se lo enseñara a la señorita Manning. Después de eso, la señora Manning solo me dejaba escribir Lucy. Le pregunté por qué y me dijo que papá prefería ese nombre, y que no debía preguntar más.

No podía hacer callar a la niña, si bien cada palabra se clavaba como un puñal en su corazón.

—Lady Isabel era nuestra mamá de verdad —dijo Lucy—. Esta mamá no lo es.

—¿Quieres a esta mamá tanto como a la otra? —preguntó lady Isabel.

—¡Oh, quería mucho a mamá! ¡Quería a mamá! —susurró Lucy, angustiada—. Pero ya no está. Wilson dice que no podemos quererla, y la tía Cornelia también. Wilson dice que si nos hubiera querido no se habría ido.

—¿Así que Wilson dice eso? —dijo lady Isabel con resentimiento.

—Dice que no debería haber dejado que ese hombre la secuestrara. Yo creo que la pegaba, porque se murió. Por la noche me quedo despierta y me pregunto cómo la pegaba y de qué murió. Después de que mamá muriera vino la nueva mamá. Papá dijo que sería nuestra mamá en lugar de lady Isabel, y que debíamos quererla mucho.

—¿Y la queréis mucho? —preguntó lady Isabel apasionadamente.

Lucy movió la cabeza.

—No tanto como quería a mamá.

Joyce entró para conducirlos al aula, y la siguieron escaleras arriba. Lady Isabel se quedó junto a la ventana y vio que el señor Carlyle iba a pie, camino de la oficina. Barbara estaba con él, con su brazo entrelazado al de él, y lo acompañaba hasta la verja del jardín. También ella lo había abrazado así, también ella lo había acompañado en un pasado que nunca volvería.

Barbara entró en el aula durante la mañana, y se interesó por los temas que estudiaban, y cómo distribuían las horas de estudio y asueto. Hablaba de manera cortés pero decidida, con lo que demostraba que era la indiscutible dueña de la casa y de los niños, y esa era su intención. Lady Isabel nunca había sentido su posición de subordinada con tanta claridad y nunca le había molestado tanto, pero se limitó a inclinarse con dócil obediencia. Cien veces ese día quiso abrazar a los niños y cien veces se contuvo.

Antes del té, cuando los rayos del sol caían en el horizonte, salió con los dos niños al jardín. Tomaron el sendero de los prados, paralelo a la carretera principal, separada por el arbusto de setos; era el camino que seguía el capitán Levison cuando curioseaba lo que hacía el señor Carlyle. Para desgracia y azoramiento de lady Isabel, se dieron de bruces con el señor y la señora Carlyle, que regresaban de West Lynne y habían optado por ese camino.

Los saludó confusa, o al menos así se sentía lady Isabel. Volvieron juntos, el señor y la señora Carlyle delante y ella detrás, con los niños.

Aminoró la marcha. Trató de poner la mayor distancia entre ella y la

pareja. No sirvió de nada. Al llegar a un riachuelo, el señor Carlyle ayudó a su mujer y esperó. Los niños pronto estuvieron al otro lado, pues no necesitaban ayuda, y cortésmente se disponía a ayudar a la institutriz.

—Gracias —dijo ella sin aliento, al llegar—. No necesito ayuda.

Carlyle no le hizo caso. Se quedó en pie esperándola y no tuvo más remedio que subir el peldaño, el que bailaba; lo recordaba. No era tan incómodo, sin embargo, como su sensación. Ante ella tenía la mano tendida del señor Carlyle, y lo menos que podía hacer era tocarla con la punta de sus dedos, pero con los nervios tropezó con el peldaño y, al evitar caer, se precipitó en los brazos del señor Carlyle.

—¡Espero que no se haya hecho daño! —exclamó él, amable como siempre.

—Disculpe, señor, tropecé con el peldaño. No, no me he hecho daño, gracias.

El señor Carlyle siguió caminando y tomó a su mujer del brazo, pues esta le esperaba. Lady Isabel se quedó detrás, tratando de contener su corazón desbocado.

Ella y los dos niños tomaban un día el té en el saloncito gris cuando William tuvo un ataque de tos, largo y violento. Lady Isabel se levantó, lo atrajo hacia sí y estaba inclinada sobre él con obvia ternura cuando levantó la vista y vio que el señor Carlyle la observaba. Bajaba las escaleras, camino de su vestidor, cuando oyó toser al niño y entró. Si lady Isabel hubiera estado haciéndole daño al niño, no le habría dejado caer más rápidamente.

—Veo que tiene usted un amor natural a los niños —dijo mientras la miraba con una sonrisa dulce.

No supo qué contestar y murmuró palabras confusas. Si el señor Carlyle la entendió, fue un milagro. Y fue a refugiarse en el rincón más oscuro de la sala.

—¿Qué sucede? —dijo la señora Carlyle entrando. También ella bajaba las escaleras, vestida para cenar. El señor Carlyle tenía al niño encima de sus rodillas.

—La tos de William no mejora. No me gusta, Barbara. Volveré a llamar a Wainwright.

—No es nada —dijo Barbara—. Estaba tomando el té. Quizá un pedazo de tostada se le metió por mal sitio. Vamos, Archibald, es hora de cenar.

El señor Carlyle dejó al niño, pero lo observó un minuto. Ya no tosía,

estaba pálido y exhausto, y había perdido color; las mejillas, excesivamente arreboladas, como diría Afy. La señora Carlyle tomó a su marido del brazo, pero giró la cabeza para hablar mientras se alejaban:

—Venga con nosotros al salón, y tráigase a la señorita Lucy, madame Vine. Queremos escucharla tocar el piano.

¡Señorita Lucy! Y era una orden. Bueno, Barbara era la señora Carlyle, era lo que era. Una vez más, abrazó a su hijo y puso su frente contra la de él.

—¿Toses por la noche, querido?

—No mucho —dijo él—. Joyce me deja mermelada en la mesita, y, si tengo tos, tomo un poco. Mermelada de arándanos.

—Quiere decir jalea —intervino Lucy, con la boca llena de pan con mantequilla—. Es jalea de arándanos.

—Eso, jalea —dijo William—. Es lo mismo.

—¿Alguien duerme contigo, en la misma habitación? —le preguntó lady Isabel.

—No. Tengo una habitación para mí solo.

Se quedó en silencio, reflexionando. Se preguntó si le permitirían poner una camita para el niño en su habitación, y se preguntó si se atrevería a pedirlo. ¿Quién podría cuidarle mejor que ella? Solo de verlo en un día se había dado cuenta de que tenía el intelecto precoz que va parejo con la debilidad del cuerpo. La inteligencia de un muchacho de catorce años en lugar de siete: su conversación lo dejaba traslucir. Las viejas comadres habrían dicho de él que «sabía más de lo que le convenía a su edad», y añadirían que «no llegaría a la edad adulta».

—¿Te gustaría dormir en mi habitación? —preguntó lady Isabel.

—No lo sé. ¿Por qué debería hacerlo?

—Podría cuidarte, procurar que tomases la jalea o lo que te hiciera falta cuando tengas un ataque de tos por la noche. Te querría y te cuidaría como tu mamá lo haría.

—Mamá no nos quería —exclamó el niño—. Si lo hubiera hecho, no nos habría dejado.

—¡Sí que nos quería! —replicó Lucy con firmeza—. Joyce dice que nos quería, y yo me acuerdo. No fue culpa suya que la secuestraran.

—Cállate, Lucy. Las niñas no sabéis lo que pasó. Mamá...

—Niños, niños —intervino lady Isabel, que contuvo sus ardientes lágrimas—. Vuestra mamá os quiso mucho, de verdad, tan seguro como que jamás podría querer a nadie tanto como a vosotros.

—No lo sabe, madame Vine —persistió William, firme—. Usted no estaba aquí. No conoció a mamá.

—Estoy segura de que os quiso mucho —fue lo que madame Vine se atrevió a decir—. Apenas llevo un día aquí, y ya he aprendido a quererlos. Os quiero mucho, muchísimo.

Le dio un beso; las rebeldes lágrimas no se quedaron en sus ojos y cayeron en la cabecita del niño.

—¿Por qué llora? —preguntó William.

—Una vez —repuso ella, en voz baja— perdí a un niño de tu edad, y ahora me alegro de tenerte a ti. No he tenido a nadie a quien amar, desde entonces.

—¿Cómo se llamaba? —preguntó el curioso William.

—William. —El nombre se le escapó antes de caer en la cuenta del desliz.

—William Vine —dijo el niño—. ¿Hablabas inglés o francés? Su papá era francés, ¿verdad?

—Hablabas inglés. Pero aún no te has terminado el té —añadió lady Isabel, para evitar que siguiera haciéndole preguntas indiscretas.

Cuando estaban en casa, Barbara dejaba al señor Carlyle tomando su postre y subía unos minutos a ver a su bebé antes de retirarse al salón. Mientras lo hacía, vio a Lucy, que asomaba por la puerta del saloncito gris.

—¿Podemos entrar, mamá?

—Sí. Pídele a madame Vine que no se olvide de tocar algo.

Madame Vine, a pesar de que había postergado el momento, llegó a la puerta del salón en un instante inoportuno, pues el señor Carlyle salía del comedor. Se detuvo, y su primer impulso fue retirarse, pero él miró a su alrededor, como si estuviera esperándola. Lucy ya había entrado.

—Madame Vine —dijo él, con la mano en el pomo de la puerta y su habitual tono cortés—, ¿tiene experiencia con niños enfermos?

Iba a responder que no, pues los hijos que había tenido habían gozado, cuando estuvieron con ella, de buena salud. Pero recordó que se suponía que

había perdido a tres hijos y, por tanto, dijo:

—No mucha, pero sí, un poco.

—¿Le parece que la tos de William es normal?

—Creo que necesita cuidados, señor, y que debería haber alguien con él a todas horas, especialmente por la noche. De hecho, si me lo permite, me gustaría que durmiera en mi habitación —añadió, impulsivamente prefirió formular la petición al señor Carlyle, aunque temblaba por dentro y por fuera—. Se podría trasladar su cama, y así estaría pendiente de él, como podría hacer cualquier criado.

—De ninguna manera —exclamó agradecido el señor Carlyle—. No querría imponerle esa molestia. En mi opinión no está enfermo, así que no requiere cuidados por la noche, pero, si así fuera, para eso están los criados.

—Los niños me gustan mucho —dijo persistir en su súplica—. Y William me parece un muchacho muy dulce, y no me importaría cuidar de su bienestar día y noche. Sería un placer para mí.

—Es usted muy amable, de veras. Pero estoy seguro de que a la señora Carlyle la idea no le parecería bien: sería pedirle a usted demasiado.

Lo dijo en un tono decidido, y abrió la puerta para dejarla pasar.

Lo que más temía era cantar; su ceceo no se notaba al entonar una melodía, y le preocupaba que, al oírla, recordaran su voz e identificaran su tono. Decidió no cantar ninguna canción que hubiera cantado en esa casa, y entonar con la mitad de su potencia pulmonar. Recordó que su marido había admirado lo bien que cantaba. Barbara cantaba para él ahora.

Pero la velada fue un alivio. No había pasado mucho rato desde su entrada cuando uno de los criados apareció, acompañado del juez Hare, con su caminar tan pomposo y su peluca en orden. Con él presente, no era cuestión de entonar una nota, pues no le gustaba nada. Barbara y el señor Carlyle se levantaron a recibirlo.

—Oh, papá, ¡qué alegría verte! Me alegro mucho. Ven a sentarte aquí. Madame Vine —presentó Barbara, al pasar el juez al lado de la institutriz.

—Espero que esté bien, *madmoselle*. *Non parlez* francés —añadió el juez, como si quisiera decir «por suerte».

Madame Vine no pudo evitar sonreír.

—No es necesario, señor. No soy francesa, sino inglesa.

—Discúlpeme —dijo el juez—. Me habían dicho que había venido una institutriz francesa, y tiene usted aspecto de francesa —añadió mientras observaba sin disimulo las gafas azules y el vestido de lady Isabel—. No la habría tomado por una dama inglesa, a fe mía, si no me lo hubiera dicho usted. Pero me alegro. Tener una institutriz francesa es una idea pésima. Lo peor que uno puede hacer es meterlas en casa, y lo mejor, tenerlas lejos.

—¿Lo cree así? —preguntó lady Isabel.

—Lo sé a ciencia cierta —replicó bruscamente el juez—. Cuando nuestras hijas eran pequeñas, mi esposa mandó traer una doncella francesa, y después una institutriz francesa. Yo no las tenía todas conmigo. «Nos convertirá a todos en papistas —dije—, y pedirá que le sirvamos ranas para comer». Pero la señora Hare me dijo que las niñas tenían que aprender francés, como las señoritas de su clase, y le hice caso. Duró dos años, y después de lo que pasó...

—¿Qué pasó, señor?

—Bueno, no es precisamente una conversación adecuada para una dama. Un hermano mío vivía con nosotros; era capitán en la Marina. Inválido, estaba de permiso, durante tres años. Y los descubrimos; desde el mismo día en que la doncella francesa puso un pie en nuestra casa hasta el día en que la eché se veían a todas horas. ¡A todas horas, entiende! Día y noche. La señora Hare tuvo un disgusto tremendo, claro, y desde entonces no quiso ni oír hablar de jesuitas franceses ni de institutrices. Le dije que se lo tenía merecido. Y, cuando me dijeron que la señora Carlyle había contratado una *madmoselle* para sus hijos en East Lynne, le advertí de que se equivocaba.

—Papá, ¿te dije que madame Vine era inglesa, no francesa!

El juez gruñó una respuesta y siguió hablando a madame Vine.

—A mi hermano le di una buena tunda; de hecho, nunca me perdonó. Volvió a su regimiento y allí murió. Le dejó su dinero a Barbara. Era un idiota.

—Ya ves, papá, el resultado de tus enfados —dijo Barbara riéndose, aunque al juez le pareció un poco descarada.

—Ahora estás en manos de Carlyle y ya no eres responsabilidad mía, o te diría lo que pienso de lo que acabas de decir, jovencita —fue su seca réplica, y, una vez más, el juez se volvió hacia madame Vine.

—Debe haber visto un buen puñado de *madmoselles* francesas, ¿verdad?

—No muchas. No tenía trato con ellas. Como le digo, soy inglesa.

—Y eso es bueno, señora, vaya que sí —respondió el juez, abrupto y directo—. Pero, entiéndame, el error es comprensible. Como lleva usted un apellido francés, y vivió en Francia, o en el continente, en fin, fuera de Inglaterra, lo normal era confundirla con una francesa. Si voy a instalarme a Francia y me hago llamar *mosseer*, seguro que hasta el mismísimo Dickens me confundiría con una rana francesa, y no podría reprochárselo.

Lucy aplaudió y se rio divertida.

—Puedes reírte, señorita Lucy, pero ya te digo que te habrías convertido en una ranita si te hubieran dejado en manos de una francesa. Si tu madre no hubiera tenido una doncella o una institutriz francesa los primeros años de su vida, quizá jamás habría...

—¿Habría qué? —preguntó Lucy, que miraba con curiosidad al juez Hare.

—No habría hecho lo que hizo. ¡Ya está, basta! Barbara, ¿qué tonterías le has dicho a tu madre?

—No sé qué quieres decir, papá. Archibald y yo la hemos invitado a pasar unos días con nosotros mientras tú estás en Londres, si te refieres a eso.

—Y estamos decididos a que acepte, juez —intervino el señor Carlyle—. Aun si tuviéramos que asaltar su casa de noche y llevarnos a su esposa en mitad de la tormenta.

—Ah, sí —gruñó el juez Hare—. ¡No os importa nada lo que pase en mi casa, ya veo! ¿O es que no pensáis en lo que pasaría si el dueño y la dueña se van? Los criados harán lo que les venga en gana. ¡No tenéis ninguna consideración!

—Oh, papá, ¿cómo puedes pensar esas cosas? —exclamó Barbara—. La casa estará tranquila y segura, como si tú estuvieras. Los criados son de fiar, gente leal que lleva con nosotros mucho tiempo.

—Si quieres que tu madre venga a pasar el día aquí, ven a buscarla cuando yo esté en casa.

—Pero ella no quiere dejarte solo; ya lo sabes, papá. Si estás en casa, allí se quedará ella. No hay mujer más fiel que mamá: si Archibald encuentra una que valga la mitad, tendrá mucha suerte.

El comentario estuvo acompañado de una mirada al señor Carlyle, que quería expresar una cierta independencia, pero su profundo amor resplandecía a pesar de Barbara. El señor Carlyle enarcó las cejas y, por toda respuesta,

sonrió en dirección a su esposa.

—Papá, siempre te sales con la tuya, pero tienes que permitir que esta vez sea diferente. Mamá desea venir, se alegró mucho cuando se lo propuse, y tú tienes que ser generoso y dejar que venga. Los criados llevarán la casa sin problemas, no te preocupes. Respondo de ello.

—¡Seguro que no tendrán ningún problema! ¡Sin dueños en la casa! —exclamó el juez Hare.

—Su esposa necesita cambiar de aires, señor —dijo el señor Carlyle—. Piense que lleva una vida muy solitaria desde que me casé con Barbara.

—¡Y se desvive por ese vagabundo! ¿De quién es la culpa? ¿Por qué lo hace?

—Ha sido una buena esposa, señor.

—No digo lo contrario.

—Pues permítale disfrutar de esta pequeña pausa. El cambio de aires le hará bien, disfrutará de la compañía de Barbara y de su nieto, por añadidura. Acuérdesese de lo mucho que la señora Hare quiere a su hija.

—Mucho más de lo que Barbara se merece —replicó el juez—. Insolente y descarada, así se ha vuelto, desde que no está bajo mi tutela.

—Pero lo está bajo la mía —dijo el señor Carlyle, con firmeza—, y le aseguro que no tiene que preocuparse por ella.

—¡Bah! —exclamó el juez, en tono desabrido—. Antes de ser firme con ella, la matará a indulgencias, Carlyle. Así es usted.

Después de su diatriba, el juez pidió un vaso de cerveza, y se lo sirvieron. Durante la pausa, lady Isabel se acercó a la señora Carlyle a preguntarle «si podía retirarse, porque parecía que no la necesitaban». La señora Carlyle aceptó graciosamente.

Toda la velada para ella, en el saloncito gris. Una velada terrible, hecha de remordimientos, dolor, rebeldía y amargo arrepentimiento; se arrepentía de lo que había hecho y se rebelaba por lo que quería hacer. Entre las nueve y las diez, se arrastró al piso de arriba y se dispuso a retirarse a descansar.

A punto de entrar en su habitación, Sarah, la ayudante de Wilson en la guardería, pasaba por allí y, de repente, a lady Isabel se le ocurrió algo:

—¿En qué habitación duerme William? —preguntó—. ¿Está en este piso?

La muchacha señaló una puerta cercana.

—Allí, señora.

Lady Isabel esperó a que la chica bajara y entró sigilosamente en la habitación. Había una camita blanca y la dulce cara de William sobre la almohada. Tenía las mejillas enrojecidas y las manos hacia arriba, pero dormía tranquilo. Cerca de la camita había un platito con jalea, una cucharita y un vaso de agua.

Se deslizó y se arrodilló, y descansó la frente al lado del niño, mezclando sus alientos. Estaba llorando; si hubiera podido despertar a la criatura, la habría abrazado y estrechado contra su pecho. No podía soportar la idea de que muriese.

—¡Por Dios! Al ver luz, pensé que la habitación estaba ardiendo. Me ha dado un buen susto.

Quien así hablaba era Wilson, que había visto luz en la habitación al pasar frente a la puerta entreabierta. Lady Isabel se puso en pie de un salto, como si la hubieran disparado. Temía que Wilson y Joyce descubrieran quién era, más de lo que temía que lo hiciera la señora Carlyle.

—Estoy vigilando que el señor William esté bien —dijo, tan calmada como le fue posible—. El señor Carlyle parecía inquieto sobre su tos. Tiene aspecto enfebrecido, como si fuera a enfermar.

—No es nada —replicó Wilson—. Es el aspecto que tenía su madre. La primera vez que la vi, estaba convencida de que estaba muy enferma.

—Buenas noches —dijo lady Isabel por toda respuesta mientras se retiraba a su habitación.

—Buenas noches, madame —dijo Wilson, y regresó a la guardería. Y se dijo, para sus adentros, que no sabía qué pensar de la institutriz francesa.

—Espero que no esté loca, después de todo —murmuró.

Capítulo 42: Entonces me recordarás

La señora Hare estaba sentada, enfundada en un vestido de damasco de color gris pálido, no muy distinto del color de las paredes de las que tomaba la estancia su nombre, y un tocado bordado le cubría los rasgos. El juez estaba en Londres con el señor Pinner, y Barbara había ido a buscar a su madre y la había traído, triunfante, a casa. Era ya de noche, y la amable señora Hare fue al saloncito gris. La señorita Carlyle había pasado la velada en la casa, y lady Isabel, bajo pretexto de un fuerte dolor de cabeza, se había evitado el té en la sala, pues temía la afilada vista de su antigua cuñada. Barbara, al terminar el postre, se acercó como de costumbre a la guardería a ver a su bebé, y la señora Hare aprovechó la ocasión para sentarse unos minutos con la institutriz; le preocupaba que llevara una vida demasiado solitaria. La señorita Carlyle, prescindiendo de las buenas costumbres y de toda cortesía, se había quedado en el comedor con el señor Carlyle criticándole el dinero que perdía probablemente en su negocio. Lady Isabel estaba sola. Lucy había ido a una fiesta de cumpleaños de un niño, y William estaba en la guardería. La señora Hare la encontró en actitud triste, con ambas manos sobre las sienes. Aún no habían hablado, más allá de la presentación formal.

—Lamento ver que no se encuentra bien esta noche —dijo amablemente.

—Gracias. Me duele mucho la cabeza, sí. —Lo que era cierto.

—Debe resultarle difícil estar sola tan a menudo. Y aburrido, ¿no?

—Estoy acostumbrada a la soledad.

La señora Hare se sentó y contempló con simpatía a la mujer joven, de

aspecto extraño, que tenía delante; le pareció adivinar que sufría, por la expresión de su rostro.

—Ha vivido usted en medio de desgracias —dijo mientras se inclinaba hacia ella y le hablaba con infinita dulzura.

—No lo sabe usted bien —dijo lady Isabel, pues su tristeza era palpable, y el tono compasivo de la dama hacía que le costara aún más reprimirla.

—Mi hija me ha dicho que perdió a sus hijos, y su posición. Lo siento mucho. Ojalá pudiera consolarla.

La angustia de lady Isabel no disminuyó, al contrario. Perdió el control y las lágrimas brotaron de sus ojos.

—¡No se compadezca de mí, por el amor de Dios, señora Hare! Lo hace más difícil. Algunos —dijo, y sonrió enfermiza— hemos nacido para la tristeza.

—Todos hemos nacido para la tristeza —exclamó la señora Hare—. Y tengo motivos para decirlo. No sabe usted lo que es mi vida, y el terrible dolor que tengo que soportar. En muchos años en verdad le digo que no he tenido un instante de felicidad.

—No todos tienen que soportar desgracias —dijo lady Isabel.

—Más pronto o más tarde, hágame caso, así es: la desgracia nos busca a todos. En el lugar más feliz de la Tierra hay días oscuros. No me cabe duda, pero se reparte desigualmente. Algunos, como bien dice usted, parece que hayamos nacido para ello, y el dolor se aferra a nosotros día tras día; otros tienen más suerte. Quizá tanta pena nos abrirá las puertas del cielo más fácilmente. Ya sabe lo que se dice: «La adversidad endurece el corazón, o lo abre al paraíso». Porque nuestros corazones están endurecidos precisamos la pena infinita para ablandarlos. Querida —añadió la señora Hare mientras las lágrimas le corrían por las mejillas—, algún día llegará el descanso para los que sufrimos, cuando acabe nuestra vida de penurias. Que sea ese nuestro consuelo.

—¡Ah! —asintió lady Isabel—. En efecto, es lo único que queda.

—Es usted joven para haber conocido tanta tristeza.

—No piense en el dolor en términos de años. Podemos vivir una vida entera en una hora de desgracia. Pero el destino desgraciado es fruto de nuestros errores —continuó, sumida en la desesperación del remordimiento—. Como sea nuestra conducta, así será nuestra felicidad o nuestra desgracia.

—No siempre —suspiró la señora Hare—. Admito que la tristeza puede ser consecuencia de un mal paso, pero lo peor es que las consecuencias del desliz recaen sobre el culpable y sobre los inocentes. Los pecados de un marido caerán sobre su esposa; los pecados de los padres, sobre los hijos, y los hijos romperán el corazón de los padres. Hablando con humildad, le diré que no soy consciente de merecer la gran pena que arrastro desde hace años, y que no he cometido ningún acto para merecerla. Y, aunque casi me ha costado la salud, no me cabe duda de que, si mi débil y rebelde corazón lo admitiera, vería que hay compasión en mi castigo. Seguro que usted tampoco se merece lo que atenaza su corazón.

La señora Hare no se fijó en que lady Isabel se ponía roja de vergüenza y bajaba la vista.

—Perdió a sus hijos —prosiguió la señora Hare—, y ese dolor es grande, muy grande: no se puede negar. Pero, créame, no es nada, comparado con que crezcan y que sus actos le hagan desear que hubieran muerto de niños. Hay días en que siento la tentación de lamentar que mis tesoros no estén ya en el otro mundo, y que no hayan muerto antes que yo. Así es: el dolor nos llega a todos.

—No a todos —discrepó lady Isabel—. Hay gente feliz.

—No mucha, también cargan con sus sinsabores —respondió la señora Hare—. Aunque sean felices muchos años, un día las sombras oscurecerán su alegría.

—Pero, por ejemplo, ¿qué tristeza ensombrece al señor y a la señora Carlyle? —dijo lady Isabel, en tono de voz singular, que la señora Hare no percibió.

—La señora Carlyle es afortunada —dijo su madre mientras una sonrisa dulce iluminaba su rostro—. Ama a su marido con pasión, y él se lo merece. Su destino es ser feliz, sí, pero ni ella está exenta de tristeza. Y el señor Carlyle... el señor Carlyle sabe muy bien lo que es la tristeza.

—¡Ah!

—Sin duda le han contado lo que pasó. Su primera esposa lo dejó, abandonó la casa y a sus hijos. Lo aguantó con valentía frente al mundo, pero sé que le rompió el corazón. Era su primer amor.

—¡Ella! ¿No Barbara?

En cuanto pronunció el nombre de pila de la señora Carlyle, lady Isabel se

arrepintió. Ella era madame Vine, la institutriz: ¿qué pensaría la señora Hare de su tono familiar?

Pero la señora Hare no pareció darse cuenta, absorta en sus pensamientos.

—¿Barbara? —dijo—. No, no. Si Barbara hubiera sido su primer amor, la habría elegido entonces. No, su corazón era de lady Isabel.

—Pero ahora es de su mujer.

La señora Hare se rio.

—Claro que sí, ¿o pretende que hubiera seguido a su primera esposa a la tumba y enterrar su vida con ella? Y por una mujer que le había engañado. Pero es cierto que era la mujer más dulce del mundo, la pobre lady Isabel. Yo la quería mucho, entonces y ahora. Otros la criticaron, pero a mí me dio mucha pena. Eran una buena pareja: él, tan noble y bueno, y ella, tan dulce y hermosa.

—Y, a pesar de todo, lo dejó, lo arrojó todo por la borda, ¡a pesar de que su esposo era noble y la amaba! —exclamó la pobre institutriz, con un gesto que se parecía a la desesperación.

—Así es. Pero no hablemos más de ello, es un asunto desgraciado. ¿Cómo pudo abandonar a un marido así, y a sus hijos? Nadie lo entendía, y desde luego ni yo ni mi hija lo entendimos. Pero ese paso en falso, aunque no quiero hablar de ello, porque tiene sabor a triunfo, que la llevó a ella a la desgracia y la muerte, trajo la felicidad de mi hija, pues Barbara no habría amado jamás a otro hombre como ama al señor Carlyle.

—¿Cree que la llevó a la desgracia? —exclamó lady Isabel, casi en tono burlón.

La señora Hare se sorprendió ante la pregunta.

—Toda mujer que rompe de esa manera su familia, y abandona a sus hijos, firma su condena para la infelicidad —respondió—. No puede ser de otro modo. Y lady Isabel, además, por naturaleza, debió sentir remordimientos hasta el final. Era refinada, modesta, una verdadera dama inglesa, la última persona que habría imaginado que tomara esa decisión. Fue como si se hubiera ido en un sueño, sin saber lo que hacía. Es lo que he pensado muchas veces. Y sé que sintió remordimientos después de su desaparición.

—¿Cómo lo sabe? ¿Alguien se lo dijo? —preguntó lady Isabel, en tono excesivamente delator, si la señora Hare hubiera sido suspicaz—. ¿Se lo dijo él? ¿Aquel hombre con el que se fugó? ¿Francis Levison?

La señora Hare se irguió; la pregunta había afectado sus sentimientos y su orgullo. Pero, al momento, volvió a ser la persona amable y dulce que era, pues se le ocurrió que la pobre institutriz, ávida de detalles, había hablado sin pensar.

—No sé lo que sir Francis Levison habrá dicho por ahí —dijo—, pero puede estar segura de que no le permitiré que me diga nada a mí, ni a un amigo del señor Carlyle, ni a nadie honesto y decente. Me lo dijo lord Mount Severn.

—¡Lord Mount Severn! —repitió lady Isabel. Entreabrió los labios como si fuera a decir algo, pero volvió a cerrarlos.

—Estuvo aquí de visita en verano, unos quince días. Lady Isabel era hija del conde, quizá no lo sabía. Lord Mount Severn me dijo, confidencialmente, que había ido en busca de lady Isabel cuando el hombre con el que se fugó la dejó; la encontró pobre, enferma, con el corazón roto en un pueblecito francés, completamente hundida en el dolor y el arrepentimiento.

—¿Es que podía ser de otro modo? —dijo severa lady Isabel.

—Ya le he dicho que no, querida. La mera idea de sus hijos abandonados tenía que ser una cruz horrible de soportar. Tuvo un bebé en el continente —dijo la señora Hare, que bajó la voz—, según me dijo lord Mount Severn. Pero ese niño solo podía traerle más dolor y vergüenza.

—Es cierto —dijo la pobre mujer.

—Y luego murió, y no puedo evitar pensar que fue una compasión del destino. Espero que muriera preparada para abrazar a Dios, y que hubiera hecho las paces con él. Cuando lo perdemos todo, volvemos al Señor.

—¿Sabe cómo se tomó el señor Carlyle la noticia de su muerte? —murmuró lady Isabel. Era una pregunta que la atormentaba.

—No lo sé. No mostró una expresión externa, ni de satisfacción ni de pena. Era un tema demasiado delicado para sacarlo a colación con él, y desde luego a él ni se le ocurría mencionarla. Después de comprometerse con mi hija, me dijo que, si lady Isabel estuviera viva, no habría soñado en casarse de nuevo.

—¿Aún sentía afecto por ella?

—No lo creo. Deduje que era por escrúpulos de conciencia. Ahora su afecto está en manos de su esposa, y no me cabe duda de que la ama con fervor, sinceridad y para siempre; quizá en la pasión que sentía por lady

Isabel había más romanticismo. ¡Pobre mujer! Desechó un corazón sincero y un hogar feliz.

En efecto, ¡pobre mujer! Tuvo que morderse la lengua para no gemir, desesperada.

—Me pregunto si ya está listo el salón —dijo sonriendo la señora Hare tras la pausa que se había producido—. De ser así, supongo que me esperan allí.

—Iré a ver —dijo lady Isabel, impulsivamente; ansiaba estar sola, aunque fuera en el vestíbulo.

Salió del salón gris y se acercó a la sala principal. No se oía nada y, creyendo que estaba vacía, abrió la puerta y miró dentro.

Estaba, en efecto, vacía. Ardía el fuego de la chimenea y la lámpara estaba encendida, pero nadie disfrutaba del benéfico calor. Sin embargo, de la sala interior se oían notas de piano y la voz del señor Carlyle. Reconoció los acordes de la música: era el acompañamiento de la canción que tanto le había gustado que cantara lady Isabel. ¿Quién cantaría para él ahora?

Lady Isabel se acercó sigilosamente a la otra puerta, entreabierta. Barbara estaba sentada en el piano y el señor Carlyle, a su lado, con el brazo sobre la silla, se inclinaba sobre ella para leer las notas. Así los había visto una vez la infeliz Barbara, cantando la misma canción. Lady Isabel era entonces la esposa, ella recibía los besos de su marido. La melodía terminó. Ahora sus posiciones estaban invertidas.

Barbara empezó a cantar. Su voz no poseía el poder brillante de la voz de lady Isabel, pero tenía un tono dulce y agradable.

Cuando otros labios y otros corazones
cuenten sus historias de amor
en lenguaje cuyo exceso desvele
el poder que de ellos se adueña tanto
quizá habrá un recuerdo
de los días felices que pasamos
y entonces me recordarás.

¡Los días felices que pasamos! ¿La recordaba aún? ¿Pasaba por su mente un

pensamiento con la forma de su primer y mejor amor al escuchar la canción que entonaba otra? ¿Evocaba una visión del pasado, cuando ella se sentaba al piano y cantaba para él? ¿Se encendía su corazón con el pasajero recuerdo?

Sus posiciones estaban invertidas, en efecto, y era terrible, y lo más terrible era cómo se sentía. ¿De quién era la culpa de que todo fuese al revés? Barbara era la esposa honrada y adorada, la dueña de East Lynne. ¿Y quién era ella? Ni siquiera una invitada bienvenida, sino una suplantadora, una criminal que se había introducido en la casa con dudosos pretextos. Sus actos no eran justificables y su posición estaba en falso. Aun si lograba no ser descubierta, ¿era correcto compartir techo con Barbara y el señor Carlyle? No, no le parecía correcto, pero un acto equivocado es el detonante de muchas cosas. Eso pensaba mientras permanecía de pie y escuchaba la canción; de pie y de piedra, con la frente apoyada en el quicio de la puerta.

Cuando la canción terminó, Barbara se volvió hacia su marido, y un mundo de amor brillaba en sus bonitos ojos azules. Él acarició su pelo y, cuando lady Isabel lo vio, no se quedó a observar la caricia que seguiría a la primera. Se giró y salió de la habitación mientras respiraba agitadamente para contener los sollozos que mordían su pecho. La señorita Carlyle venía por el vestíbulo. Aún no las habían presentado, y lady Isabel apretó el paso, con una rápida reverencia. La señorita Carlyle se dirigió a ella, pero lady Isabel no se atrevió a contestar. Hacerlo habría sido traicionarse.

Llegó el domingo, y ese día fue el peor. En el viejo banco de East Lynne en Saint Jude, tan expuesto a toda la congregación, se sentó ella, como antaño. No se atrevió a dar ninguna excusa para zafarse de asistir a misa. Era la primera vez que entraba en una iglesia protestante inglesa, desde la última vez que se había sentado allí con el señor Carlyle. Eso, con los terribles recuerdos que traía a su memoria, era suficiente para llenarla de congoja. Se quedó sentada en el extremo, con Lucy a su lado; Barbara ocupaba el lugar que había sido suyo, al lado del señor Carlyle. Barbara estaba allí, a su derecha, y era su esposa, ¡y ella, separada de él para siempre!

No se atrevió a levantar la cabeza; se ató el espeso velo sobre el rostro y no se quitó las gafas. Lucy pensaba que estaba llorando, porque no había visto a nadie tan quieto en la iglesia, pero se equivocaba; las lágrimas no acudieron para aliviar la amarga angustia de los remordimientos desesperados de lady Isabel. No supo cómo pudo aguantar el servicio; tampoco cómo aguantaría los

siguientes, domingo tras domingo. La congregación la miró sin disimulo: ¡qué institutriz de aspecto más extraño había elegido la señora Carlyle!

Salieron al terminar la misa. El señor y la señora Carlyle primero, y ella los seguía humildemente, con Lucy. Miró la tumba en el cementerio de la iglesia, donde descansaban los restos de su padre. Un gemido de angustia quiso brotar de lo más hondo de su alma. «¡Ojalá yaciera allí con él! ¿Por qué volví a East Lynne?».

¿Por qué, en efecto? No había imaginado que la cruz sería tan dura de arrostrar.

Capítulo 43: Un diputado para West Lynne

Puesto que esto no es una historia de la Constitución británica, no hay que contar el conflicto de West Lynne con la Cámara de los Comunes. La Cámara amenazó con expulsar a la comarca, y West Lynne, acobardada, se dedicó a expiar sus pecados. La amenaza no se cumplió, con excepción de un diputado, ignominiosamente exiliado. Fue una considerable humillación; furioso con West Lynne, se retiró debidamente, y se emitió un acta nueva. West Lynne regresó a manos del honorable señor Attley, hijo de un gentilhombre rural, pero murió cuando la primera sesión estaba en marcha y hubo que emitir una segunda acta.

La cuestión, claro está, estribaba en quién sería el siguiente candidato. Se debatieron los nombres de los caballeros más notables en diez millas a la redonda, incluyendo a los jueces. ¿El juez Hare? No, demasiado independiente; regiría según su voluntad, no según la de West Lynne. ¿El señor Pinner? No había pronunciado un discurso en su vida, y no iba más allá de nabos y rebaños. ¿El coronel Bethel? No tenía dinero para financiar una campaña electoral. ¿Sir John Dobede? Demasiado mayor.

—Veinte años mayor —admitía el propio sir John, riéndose—. Pero aquí estamos, como un paquete de fideos, repasando a los que no valen y dejando pasar el que está hecho de una pieza. Solo hay un hombre entre nosotros que pueda ser nuestro representante.

—¿Quién? —exclamó alguien de los presentes.

—Archibald Carlyle.

Hubo una pausa de consternación ante el olvido colectivo, y luego un murmullo de aprobación que se transformó en un coro de vítores que llenó la sala. Archibald Carlyle, ¡no podía ser otro!

—Si lo convencemos, claro está —exclamó sir John—. Puede declinar la oferta.

Estuvieron de acuerdo en que era esencial actuar de inmediato. Una comisión, larga como la mitad de la calle (o como la calle entera, si se incluye a los curiosos que se añadieron), partió hacia la oficina del señor Carlyle. Encontraron al caballero a punto de irse a su casa, pues el debate de la importante cuestión había alargado la reunión hasta bien entrada la tarde, y los caballeros, que solían cenar más temprano, habían hecho esperar a su estómago en aras de la causa, lo cual es mucho decir.

El señor Carlyle se sorprendió mucho.

—¿Diputado, yo? —exclamó, alegre—. ¿Y cómo saben que no les decepcionaré y me venderé al mejor postor?

—Confiamos en usted, Carlyle. Sería un honor.

—No estoy seguro de tener tiempo —reflexionó el señor Carlyle.

—Vamos, Carlyle, recuerde que me confesó no hace mucho, en Navidad, que tenía intención de presentarse al Parlamento en algún momento —intervino el juez Herbert—. No puede negarlo.

—¡En algún momento, sí! —replicó el señor Carlyle—. Pero no dije cuándo, y no creía que pudiera ser tan pronto.

—Debe permitirnos que presentemos su nominación, señor Carlyle, por favor. No hay nadie mejor que usted. ¡Si no, más nos valdría enviar un cerdo a los Comunes, si tiene que ser uno de nosotros!

—Una razón de lo más halagadora para delegar en mí el honor —se rio el señor Carlyle.

—Ya sabe lo que queremos decir, Carlyle. No hay nadie en el condado más válido que usted, no importa dónde se busque. Lo sabe perfectamente.

—No me atrevo a ser tan tajante, caballeros —dijo el señor Carlyle.

—En cualquier caso, le hemos elegido a usted. Cuando mañana vaya a West Lynne, verá las paredes llenas de carteles con el texto «¡Carlyle para siempre!».

—Supongamos que me dan hasta mañana para pensarlo, y postergan un día

el empapelado de las paredes —dijo el señor Carlyle, con un tono serio entre tanto jolgorio.

—No dudará por el gasto que supone, ¿verdad?

Bastó una mirada por respuesta. Tan pronto se oyó la pregunta, formulada por el anciano y estúpido Pinner, todos comprendieron su futilidad. El gasto de la campaña no supondría nada sin oposición.

—Vamos, Carlyle, decídase. Prométalo.

—Si me decido ahora, será para decirles que no —replicó el señor Carlyle—. Es una cuestión que exige reflexión. Denme hasta mañana, y es posible que acceda a su petición.

Fue lo máximo que pudieron obtener. La comisión se retiró y, como no se podía hacer nada, se dirigieron a sus respectivas cenas. El señor Dill, que llegó con ellos, se quedó frotándose las manos y mirando con admiración al señor Carlyle.

—¿Qué sucede, Dill? —preguntó el señor Carlyle—. Parece que le gusta la idea, y suponía que iba a aceptar sin dudar.

—Y lo hará, señor Archibald. En cuanto a mi complacencia, no hay hombre, mujer o niño en West Lynne que no se alegraría si usted acepta.

—No esté tan seguro, Dill.

—¿De qué, señor? ¿De que será usted diputado o de que la gente se alegrará?

—De las dos cosas —se rio el señor Carlyle.

Se fue de la oficina paseando de vuelta a casa mientras reflexionaba sobre la propuesta. Era verdad que hacía tiempo que quería orientar sus pasos hacia el Parlamento, aunque no recordaba cuándo lo había pensado. No veía por qué debía dedicarse solo a su negocio. Las consideraciones pecuniarias ya no lo requerían, pues sus propiedades, sumadas a la fortuna que Barbara aportó al matrimonio, eran más que suficientes para afrontar los gastos si mantenían su nivel de vida. No tenía la menor intención de abandonar su negocio; era honrado (como lo llevaba) y lucrativo, y le gustaba de verdad. No quería condenarse a una vida ociosa. Pero no era necesario estar siempre al frente del negocio. El señor Dill era una excelente mano derecha; su servicio y experiencia valían tanto como él. Podía dejarle la gestión del negocio el tiempo que fuera necesario mientras él permanecía en Londres. Prefería representar a West Lynne antes que otro lugar, y, como West Lynne necesitaba

un diputado, se podría decir que su oportunidad había llegado. Podía ser un buen servidor público, honrado y eficiente; tenía talento, capacidad oratoria y un espíritu sincero y honesto. Estaba claro que actuaría a favor de los habitantes de West Lynne, y serviría a sus votantes hasta donde alcanzara su capacidad. Y ellos lo sabían.

Antes de alcanzar East Lynne, el señor Carlyle había decidido favorablemente la propuesta.

Era una hermosa tarde de primavera; habían pasado varios meses. Las violetas habían florecido, los arbustos y los árboles vestían un verde temprano y todo parecía prometedor. Hasta el corazón del señor Carlyle se regocijaba ante la perspectiva de una vida de servicio al público. Pero, en los momentos de alegría o esperanza, una oscura sombra llega para anegar el resplandor.

Barbara miraba desde los ventanales del salón, a la espera de su llegada. No era ella quien traía la sombría noticia. Su vestido era una maravillosa combinación de vanidad y hermosura, y había optado por una delicada diadema de encaje. ¡Como si su pelo rubio necesitara tales adornos! Avanzó casi bailando hacia el señor Carlyle cuando entró y le ofreció el rostro para que la besara, con la luz del amor brillando en sus ojos azules.

—¿Qué quieres? —preguntó él, provocador, mientras colocaba sus manos a la espalda, sin abrazarla.

—Oh, ¡si no vas a darme las buenas noches, no te dejes besarme una semana por lo menos, Archibald!

El señor Carlyle se echó a reír.

—¿Y quién sufriría más? —susurró.

Barbara frunció sus bonitos labios y las lágrimas casi anegaron sus ojos.

—¡Que es como decir que a ti no te importaría nada! Archibald, ¿es que no me quieres?

Entonces él lanzó sus brazos a la cintura de Barbara y la estrechó contra su pecho, y la besó a placer.

—A ver si esto te aclara si te quiero o no —dijo, afectuosamente.

Era un momento dulce e íntimo. Pero ¿quién, si no lady Isabel, fue testigo? El señor Carlyle abrazaba a su mujer como antaño la había abrazado a ella. Se puso roja y se deslizó discretamente fuera de la habitación, con tanto sigilo como había entrado. No la habían visto. El señor Carlyle llevó a su esposa

hacia la ventana y allí se quedaron, en pie, mientras él le rodeaba él la cintura con el brazo.

—Barbara, ¿qué te parecería vivir en Londres unos meses al año?

—¿Londres? Aquí soy feliz. ¿Por qué me lo preguntas? No vivimos en Londres.

—Bueno, eso puede cambiar. Creo que, a partir de ahora, pasaré unos meses en Londres. Esta tarde me han hecho una propuesta, Barbara.

Ella lo miró, y se preguntó qué quería decir, y si hablaba en serio. ¿Una propuesta? ¿Qué tipo de propuesta?

Carlyle sonrió ante su perplejidad.

—¿Te gustaría llamarme diputado Carlyle? West Lynne me ha propuesto que me presente al cargo.

Una breve pausa, luego las mejillas encendidas y los brazos alrededor de su cuello, con los ojos resplandecientes de placer.

—Oh, Archibald, ¡qué bien! Sabía que te valoraban, y ahora aún te valoran más. Es perfecto, porque tú eres más que un abogado, y mereces llevar una vida mejor que la de un simple ciudadano.

—Soy feliz como soy, Barbara —dijo él, reflexivo—. Tengo demasiado trabajo.

—Sé que, si solo te dedicaras a trabajar, luchando diariamente por el pan de los tuyos, estarías satisfecho al sentir que cumples con tu deber. Pero, Archibald, ¿puedes seguir trabajando y ser representante de West Lynne?

—Si no pudiera, no aceptaría el honor, Barbara. Pero algunos meses al año tendré que establecerme en Londres. Dill me sustituirá bien, y puedo bajar una o dos semanas al mes. Puedo pasar parte del sábado, el domingo y el lunes aquí, si me organizo bien. Por supuesto que hay ventajas y desventajas.

—¿A qué desventajas te refieres? —preguntó ella.

—Bueno, para empezar —sonrió el señor Carlyle—, no siempre podrías venir conmigo.

—¡Oh, Archibald! —dijo Barbara, desalentada.

—Si me eligen diputado, tendré que ir a Londres en cuanto se formalice el acta, y no creo que mi esposa deba viajar arriba y abajo porque yo tenga que hacerlo.

Barbara lo miró, sin poder contradecirlo.

—Y te quedarás en Londres hasta que se levanten las sesiones, ¡mientras yo me veo obligada a quedarme aquí! ¡Separados, Archibald! —añadió apasionadamente, mientras vertía lágrimas sin poder evitarlo—. Si no puedo vivir sin ti.

—Entonces, ¿qué debemos hacer? ¿Quieres que rechace la propuesta?

—¡Rechazarla! No, por supuesto que no. Espera, se me ocurre que puedo pasar un mes contigo, o quizá dos.

—¿De verdad?

—¡Sí! Y, por favor, no le pidas a mi madre que me convenza de lo contrario, Archibald —continuó mientras ponía la cabeza en el pecho de su marido y levantaba su dulce cara hacia él—. Prefieres que esté contigo, ¿verdad?

Se inclinó sobre ella y dijo:

—¿Qué crees tú, querida?

Una vez más, era un momento inoportuno para que entrara lady Isabel. Pero esta vez Barbara la oyó y se apartó delicadamente de su marido. El señor Carlyle se giró y vio a madame Vine. La institutriz avanzó con el rostro blanco y la voz apagada.

Llevaba seis meses en East Lynne y no la habían descubierto. El tiempo y la familiaridad hacen que nos acostumbremos a todo, incluso al peligro, y lady Isabel ya casi no temía que la reconocieran. Ella y los niños se llevaban maravillosamente; se los había ganado y la querían mucho. Quizá la naturaleza le devolvía sus derechos de madre, a su manera.

¿Y William? El pequeño había mejorado en el invierno, pero en la primavera empeoró. Estaba constantemente cansado, le dolía el costado con frecuencia y había perdido el apetito. El señor Wainwright lo visitaba cada día. Por las mañanas tenía buen aspecto, pues sus hermosos rasgos y el brillo de su piel desarmaban la sospecha de mala salud, pero hacia el atardecer, tan pronto caía el sol, su enfermedad volvía a manifestarse. Su rostro adquiría una extraña palidez y apenas podía hablar de lo débil que se encontraba. Su lugar favorito era la alfombra del salón gris. Allí se echaba durante horas, con un cojín en la cabeza, y cerraba los ojos.

—Querido —le decía madame Vine—, estarías mejor en el sofá.

—No, prefiero estar así.

—Pero ¿y si te acercas más al fuego? Pruébalo, William.

Lo hizo una o dos tardes, y volvió a ponerse como antes, en el suelo, y se negaba a moverse. Así estaba, esa tarde, cuando Hannah entró con la bandeja del té. Lo miró un instante, pues se suponía que dormía, de tan inmóvil que estaba. Luego se giró hacia madame Vine.

—¡Pobre niño! No tardará en ir a la tumba.

Las palabras de la criada la alarmaron sobremanera. La familiaridad con la enfermedad nos impide percibir sus peores rasgos, y así le había sucedido a lady Isabel. A su llegada a East Lynne, el aspecto de William le había preocupado, pero no alarmado; durante el invierno la mejoría le había hecho olvidar su inquietud, y la primavera había llegado tan gradualmente que no se había dado cuenta de su empeoramiento. Le parecía que era un muchacho delicado, sí, que requería cuidados, pero nada más.

—¡Hannah! —exclamó para reprobar a la criada.

—Pero, señora, ¿no se da cuenta? —replicó Hannah—. Está claro que al pobre niño, que no tiene madre, nadie le hace caso, o habrían puesto el grito en el cielo hace tiempo. Por supuesto que no se puede esperar que la señora Carlyle sienta por él lo mismo que por un hijo; en cuanto al viejo Wainwright, no se da cuenta de nada: está ciego como un murciélago.

Lady Isabel se tomó esas palabras como un reproche, pues ella sí era su madre: ¿había estado ciega, no había percibido la gravedad de su hijo?

—No le pasa nada, Hannah. Solo está débil. —Pero, en cuanto lo dijo, se dio cuenta de que desafiaba a su propia angustia y que quería convencerse a sí misma. Mientras así hablaba, su pulso se agitaba con miedo, pues pensaba en que el estado del niño quizá fuese grave.

—¿Duermes, William? —dijo suavemente mientras se inclinaba hacia él.

No hubo respuesta y no se movió.

—Podría no estar dormido, Hannah, y tal vez te ha oído. Deberías ser más prudente con lo que dices.

—Cualquiera puede ver que está durmiendo, señora. Está quieto como una piedra. ¡Por supuesto que no diría nada si me pudiera oír!

—¿Crees que está grave?

—No es que lo crea —replicó Hannah—. He tenido experiencia cuidando de niños delicados.

Lucy entró entonces, y las mujeres guardaron silencio. Cuando Hannah se fue, lady Isabel contempló a William, como si quisiera devorarlo a besos, con una expresión de hambre en sus rasgos. Estaba blanco como la muerte. Bajo su piel, las venas azules se dibujaban con pavor, y su nariz trabajaba con dificultad en cada inspiración, como sucede a los enfermos. De la seguridad pasiva lady Isabel había pasado al otro extremo, pues las palabras de Hannah habían despertado sus terrores.

—Madame Vine, ¿por qué mira así a William? —preguntó Lucy, que la observaba.

—Hannah piensa que está enfermo —repuso mecánicamente. Reflexionaba sin revelar lo que pensaba realmente, y se debatía entre si debía transmitir sus temores al señor Carlyle o no. Al señor Carlyle, no a su esposa; su corazón celoso no reconocía los derechos de la señora Carlyle sobre los niños, aunque debía someterse a sus órdenes.

Abandonó el salón. Había oído llegar al señor Carlyle. Después de cruzar el vestíbulo, llamó discretamente a la puerta y entró. Era el momento en que el señor Carlyle besaba cariñosamente a su esposa. Estaban de pie, ajenos a su presencia.

Se deslizó hacia fuera, paseó por el vestíbulo con las manos sobre el pecho. ¿Cómo se atrevía su corazón a rebelarse contra esas muestras de amor? ¿Acaso Barbara no era su esposa? ¿No tenía derecho a su ternura? ¿Quién era ella, para reprocharles su afecto con celos enfermizos? Aunque una vez fue suyo, solamente suyo, ¿no había firmado su propio abandono al dejarle el camino libre a Barbara?

De vuelta en el salón gris, se quedó allí con el codo apoyado en la repisa de la chimenea y se ocultó los ojos con la mano. Así permaneció unos minutos, y Lucy pensó en que la institutriz parecía muy triste.

Pero Lucy tenía hambre, y miraba con deseo la bandeja del té. Se preguntó cuánto tardaría en salir de su silencio. Al cabo de un rato, no pudo esperar más:

—Madame Vine —exclamó—, ¿no ve que el té ya está listo?

La voz de la niña hizo que madame Vine levantara la vista. Miró al pobre niño a sus pies. No dijo nada, solo puso una mano sobre el hombro de Lucy.

—Lucy, querida, estoy muy triste.

—El té le hará bien, madame Vine, y hay mermelada muy buena —ofreció

la señorita Lucy para consolarla.

«Por mucho que se quieran, ya deben haberse abrazado y besado lo suficiente —pensó lady Isabel, casi con una sonrisa de burla—. «Volveré a probar».

En esta ocasión el señor Carlyle tenía la cabeza de su esposa sobre el pecho y le besaba el pelo. Sin embargo, la oyeron, y ella entró a pesar de la desazón que se pintaba en sus pálidos rasgos.

—¿Sería tan amable de venir a ver a William, señor? —preguntó en voz baja al señor Carlyle.

—Claro que sí.

—¿Para qué? —preguntó Barbara.

—Parece más enfermo y no me gusta su aspecto. Me temo que está peor de lo que pensaba.

Fueron los tres al salón gris. El señor Carlyle llegó el primero y examinó largamente a William antes de que llegaran las mujeres.

—¿Qué está haciendo en el suelo? —exclamó Barbara, asombrada—. No debería permitir que estuviera echado así, madame Vine.

—Se echa hacia el atardecer, y no consigo que se levante. Trato de convencerlo para que vaya al sofá, pero no quiere.

—El suelo no le hará daño —dijo el señor Carlyle. Esta era la sombría noticia: la salud delicada de su hijo.

William abrió los ojos.

—¿Quién es? ¿Papá?

—¿No te encuentras bien, William?

—Oh, sí, muy bien. Solo estoy cansado.

—¿Por qué te echas en el suelo?

—Me gusta. Papá, mi conejito blanco se ha muerto.

—Vaya. Levántate y cuéntamelo.

—No lo sé, en realidad —dijo William mientras se levantaba lentamente—. Blair se lo dijo a Lucy cuando salió, hace un momento, yo no fui. Estaba cansado. Dijo...

—¿Por qué estás cansado? —preguntó el señor Carlyle mientras tomaba la mano de su hijo.

—Oh, por nada. ¡Siempre lo estoy!

—¿Le has dicho al señor Wainwright que estás cansado?

—No, ¿por qué debería decírselo? Ojalá no me mandara esa medicina tan mala, el aceite de hígado de bacalao. ¡Sabe muy mal!

—Pero te hace más fuerte, hijo.

—Me hace vomitar. Me encuentro mal después de tomármelo, papá. Madame Vine dice que debería tomar crema. Eso estaría bien.

—¿Crema? —dijo el señor Carlyle, y se giró hacia madame Vine.

—En casos como el de William me consta que es muy buena —dijo—, y que no hay mejor medicina. De hecho, no hay nada que la sustituya.

—Podríamos probarlo —dijo el señor Carlyle—. Por favor, no dude en pedirla, madame Vine, si cree que hay algo que pueda beneficiarle —añadió el señor Carlyle—. Usted tiene más experiencia con los niños que yo. Joyce... ¿Qué dice Wainwright? —continuó el señor Carlyle, que hablaba en voz baja a su esposa.

—No lo veo siempre que viene, Archibald. Madame Vine lo ve, según creo.

—¡Oh! ¿Por qué no tomamos el té? —exclamó Lucy—. Quiero pan y mermelada.

El señor Carlyle se giró, sonrió y asintió.

—Las niñas pequeñas tienen que ser pacientes, señorita Lucy. ¿Te gustaría un poco de pan y mermelada, hijo?

William sacudió la cabeza.

—No puedo comer. Solo tengo sed.

El señor Carlyle lo miró larga e intensamente, y se fue de la estancia. Lady Isabel lo siguió, pues pensaba en el niño enfermo.

—¿Cree que está muy mal, señor? —susurró.

—Creo que tiene mal aspecto. ¿Qué dice el señor Wainwright?

—No dice nada. No le he preguntado su opinión. Hasta esta noche, no creía que hubiera un peligro real.

—¿Le parece que tiene peor aspecto?

—No más que de costumbre. Últimamente está igual, pero un comentario de Hannah me alarmó; dice que parece que está camino de la tumba. ¿Qué podemos hacer?

Se aferraba las manos intensamente, y casi se olvidó, mientras hablaba del

bienestar del niño, de su hijo, que el señor Carlyle ya no era su marido. Casi, porque le resultaba imposible olvidar por completo el horrendo presente. Ni él ni el niño le pertenecerían.

Sentía en su desesperación la bilis del terror que le subía por la garganta aterrada, y solo atinó a ejecutar una leve reverencia al escuchar sus últimas palabras:

—Pediré que venga a visitarlo otro médico, madame Vine.

William se aferraba a la señora Carlyle en actitud dócil cuando madame Vine volvió a entrar en el salón gris.

—Sé lo que podría comer, mamá, si me dejas —exclamó, al instarle su madre a que comiera algo.

—¿Qué podrías comer?

—Un poco de queso.

—¡Queso! ¡Queso con té! —se rio la señora Carlyle.

—En las últimas dos semanas le apetecen alimentos extraños. Es consecuencia de un apetito enfermo —explicó madame Vine—. Pero, si le traigo lo que pide, apenas lo come.

—Hoy estoy seguro de poder comer algo de queso —dijo William.

—Puedes comerlo —dijo la señora Carlyle.

Cuando se giró para irse, se oyó la impaciente llamada a la puerta de un visitante. Barbara se preguntó quién podría ser, a la hora de cenar. Atravesando majestuosamente el vestíbulo con los labios apretados y aspecto amenazador, apareció la señorita Carlyle.

Resultó que la señorita Corny había estado mirando por su ventana, observado censora el comportamiento de la criada de la casa de enfrente, que flirteaba con el panadero, y a los niños mendigos que jugaban entre el polvo y las alcantarillas. Así había sido testigo del desfile de la comisión de jueces y prohombres hacia la oficina del señor Carlyle. Eran tantos que la señorita Corny pensó en un mago extrayendo flores de un sombrero: cuantas más salen, muchas más parece que quedan.

—¿Qué sucede? —exclamó la señorita Corny mientras apretaba la nariz contra el vidrio, para ver mejor.

Su curiosidad era más fuerte que su apetito, porque se quedó en la ventana, aunque le informaron que la cena estaba servida. Cuando apareció el

señor Carlyle de regreso a su hogar, su hermana tamborileó en la ventana para llamar su atención, pero él no la oyó. Giró rápidamente y enfiló el camino a casa. El mal humor de la señorita Corny se multiplicó.

Luego aparecieron los demás, otra vez, uno tras otro; el señor Dill era el último. Como andaba más lentamente que el señor Carlyle, oyó la imperiosa llamada de la señorita Corny.

—En nombre de Dios, ¿qué quería esa gente? ¿Para qué han ido a la oficina? —empezó, cuando el señor Dill entró en la casa después de obedecer a su llamada.

—Era una comisión, señorita Cornelia.

—¿Qué comisión?

—La comisión para el señor Archibald. Quieren que sea diputado.

—¿Diputado de qué? —dijo, sin entender.

—Diputado en el Parlamento, señorita Corny, para sustituir al señor Attley. Los caballeros fueron a pedirle que presentara su candidatura.

—¡Pedirle! ¡Burros! —exclamó irascible la señorita Corny, pues la idea no le gustaba—. ¿Y Archibald no lo rechazó?

—No les dio respuesta, señora. Dijo que lo pensaría y les daría su contestación entre hoy y mañana por la mañana.

—¿Que lo pensaría? —chilló ella—. ¡No me imagino que sea tan tonto para aceptar! ¡Presentarse al Parlamento! ¿Qué será lo siguiente?

—¿Y por qué no, señorita Corny? Me sentiría orgulloso de verlo en el Parlamento.

La señorita Corny bufó.

—¡Está usted orgulloso de cosas muy raras, John Dill! ¡Recuerde esa pechera! ¿Qué ha hecho con ella? ¿La ha guardado en lavanda?

—No exactamente en lavanda, señorita Corny. Está en el cajón; ya no me gusta ponérmela, después de lo que me dijo.

—¿Por qué no la vende y se compra un par de camisas sencillas y buenas con ese dinero? —replicó ella, insolente—. Mejor aún, quédese ese espantajo como recuerdo de su locura. Quizá mi hermano tenga que comprarse camisas con pecheras bordadas, si decide entrar en la Cámara de los Comunes. Preferiría entrar a trabajar en un molino, antes que eso.

—¡Oh, señorita Corny! No creo que lo haya considerado bien. Es un gran

honor, digno de él: estará por encima de todos nosotros, y se lo merece.

—¡Elevarle! ¡Y un cuerno! —rugió la señorita Corny—. Venga, ¡váyase ya! He oído lo suficiente.

Pasó delante del anciano, y, sin acompañarle a la puerta ni despedirse, subió al piso de arriba, tomó un chal, se puso el sombrero y volvió a bajar. La criada la miraba sorprendida, y, mientras cruzaba el vestíbulo, le dijo:

—¿Y la cena, señora? —aventuró.

—¿Qué te importa a ti si ceno o no? —exclamó la señorita Corny, furiosa—. ¿Tú has cenado ya? Pues eso.

Y se fue. Por eso estaba en East Lynne, siguiendo los pasos del señor Carlyle.

—¿Dónde está Archibald? —preguntó, sin ceremonia, en cuanto vio a Barbara.

—Está aquí. ¿Sucede algo?

El señor Carlyle salió, al oír la voz de su hermana, y ella no perdió un instante:

—¿Qué es eso de que vas a presentarte de diputado por West Lynne?

—West Lynne me lo ha pedido —dijo el señor Carlyle—. Siéntate, Cornelia.

—Siéntate tú —replicó ella malhumorada, y permaneció de pie—. Quiero que me contestes. Y, *por supuesto*, tienes que declinar la propuesta.

—Al contrario, he decidido aceptar.

La señorita Corny se quitó el sombrero y lo arrojó a un lado.

—¿Has valorado el dinero que te va a costar? —preguntó con tono sepulcral.

—Lo he pensado mucho, Cornelia, tanto en términos pecuniarios como de tiempo. El gasto es ínfimo, si no hay otro candidato. Y si lo hubiera...

—¡Ah! —gruñó la señorita Corny—. ¿Y si lo hubiera?

—Bueno, no me importaría gastar unos cientos de libras, para probar —dijo, con tono ligero y de buen humor.

La señorita Carlyle emitió unos gemidos desmayados.

—¡Pensar que he llegado a ver este día! ¡Que hables de dinero como si no fuera nada! ¿Y qué pasará con tu negocio? —preguntó, acerada—. ¿Dejarás que se arruine mientras te paseas por Londres y sus clubes, con la excusa del

Parlamento, noche tras noche?

—Cornelia —dijo él, muy grave—. Si yo muero, Dill podría seguir llevando el negocio como lo estamos haciendo hasta ahora. Podría vivir en el extranjero, y al volver encontraría el negocio exactamente igual, floreciente, bajo la tutela de Dill. Y, si el negocio decayera, y te aseguro que eso no ocurrirá, yo no tengo que seguir al frente.

La señorita Carlyle se giró hacia Barbara.

—¿Eres tú quien lo ha animado a tamaña tontería?

—Ya lo había decidido antes de hablar conmigo. Pero —añadió Barbara— le he animado a aceptarlo, sí.

—¡Claro que sí! ¡Menuda esposa! Estarás sola y abandonada, si él va a Londres a pasar unos meses y gastar dinero. Ni se te ha ocurrido pensarlo.

—Pero no me dejará aquí —dijo Barbara, mientras las lágrimas acudían a sus ojos y se acercaba, inconscientemente, a su marido—. Me iría con él.

La señorita Carlyle se quedó sin habla y los miró alternativamente.

—¿Lo habéis decidido ya? —preguntó.

—Por supuesto que sí —se rio el señor Carlyle, deseoso de bromear y poner de buen humor a su hermana—. ¿Acaso quieres separar a un marido de su mujer, Cornelia?

Su hermana no dijo nada. Se ató rápidamente el sombrero, mientras los lacitos le temblaban ominosamente entre los dedos.

—¡No te vayas, Cornelia! Tienes que quedarte a cenar; está todo listo. Y hablaremos de esto con más detalle.

—Ya tengo bastante que digerir, gracias, por un día —dijo mientras se ponía los guantes—. Que tenga que vivir para ver al hijo de mi padre tirar su fortuna y su negocio por la borda y convertirse en un vago, en un diputado, ¡en un político!

—Vamos, quédate a cenar, Cornelia. Puedo convencerte, si me dejas hablar.

—Si querías hablarme de esto, ¿por qué no pasaste a verme cuando salías de la oficina? —exclamó la señorita Corny, mucho más furiosa de lo que había dado a entender. No cabía duda de que, al no haberlo hecho, ella se había enfadado el doble.

—No se me ocurrió, Cornelia —dijo el señor Carlyle—. Pero habría

pasado a decírtelo a la mañana siguiente.

—Seguro que sí —dijo ella, irónica—. Que paséis un buen día.

A pesar de sus súplicas, se fue enfiló la avenida.

Pasaron dos o tres días, y el discurso del señor Carlyle a los habitantes de West Lynne se publicó en los periódicos locales mientras se colgaban en las paredes carteles que decían: «Vota por Carlyle» y «¡Carlyle para siempre!».

Capítulo 44: Sir Francis Levison en su casa

Las sorpresas no cesan, forman parte de la vida de los hombres. Los que lo conocían se sorprendieron sobremanera al enterarse de que sir Francis Levison se había convertido en un flamante político.

¿Le habían ofrecido ser primer ministro? ¿O le remordía la conciencia, como a cierto capitán de una balada galante? Ni lo uno ni lo otro. El hecho era que sir Francis Levison necesitaba dinero y, por tanto, algo que le diera dinero: alguna sinecura cómoda con la que percibir ingresos y tener poco trabajo.

El lector exclamará que no es posible que sir Francis Levison estuviera apurado de fondos. Sin embargo, nada es más fácil si un hombre se sumerge en un torbellino de diversiones como le gustaba a sir Francis. Cuando heredó su fortuna, había una buena cantidad de deudas y perjuicios pendientes de abonar, mucho más de lo que creía. Sir Peter no le había dejado ni un penique más de lo que estaba obligado, pero, en cuanto sir Francis pudo poner sus manos en el dinero, lo dilapidó a tontas y a locas. El matrimonio fue un añadido, pero no un impedimento, pues, no contento con vivir de acuerdo con su rango, él y su esposa se establecieron en una mansión de gastos desorbitados. Además, desde su boda, sir Francis Levison se había entregado a una bonita serie de pasatiempos que incluían las carreras de caballos, las apuestas y el juego. Y siempre había sido gran aficionado a las peleas de gallos.

Pasó el tiempo, y las cosas seguían igual, hasta que ya no pudieron seguir

igual y sir Francis se dio cuenta de su situación. Había perdido hasta el último chelín y vendido todas las propiedades que no estaban hipotecadas. Deudas y obligaciones ocupaban su lugar y Francis Levison, el actual baronet, estaba más preocupado y avergonzado de lo que lo había estado el antiguo Francis Levison, heredero desconocido. Había caído en la misma situación que el fallecido lord Mount Severn. Pero, mientras que el conde había logrado capear la tormenta durante años, Francis Levison no podría superarla en meses, y lo sabía.

Tenía que recuperarse. Pero ¿cómo? Lo había intentado con las cartas, pero la suerte lo eludía; se aventuró desesperadamente en las inversiones, en un gran golpe que le habría aliviado un tiempo si hubiera salido bien, pero salió mal, y quedó más endeudado. Empezó a pensar que no le quedaría más remedio que un buen rincón al abrigo del Gobierno, donde ganase mucho y trabajase poco. Un lugar de responsabilidad no era para él ni él para el cargo; tenía la cabeza demasiado vacía para un trabajo que requiriese talento; esto le pasa a un hombre de las características de sir Francis Levison.

Encontró algo que prometía, y que prometía algo bueno: nada menos que secretario de lord Headthelot, el que convencía a los ministros en la Cámara de los Lores. Si no fuera porque lord Headthelot lo conocía, no lo habría obtenido, y con muchas dudas el ministro consintió en probarlo. Por supuesto, a condición de que entrase en el Parlamento a la primera oportunidad, y su voto estuviera a disposición del ministerio. No era un departamento ministerial muy sólido, y algunos suponían que al ministro le quedaba poco tiempo. Lo que nos lleva al momento actual.

En un elegante salón en Eaton Square, una tarde soleada esperaba una joven atractiva. Sus ojos eran de color violeta, su cabellera, pelirroja y su piel, delicada. Pero sus rasgos bien formados despedían descontento, malhumor, y su bonito pie tamborileaba sobre la alfombra con apasionada impaciencia. Era lady Levison.

Las consecuencias del pasado llevaban un tiempo presentándose ante su puerta: los hechos del pasado, ya sean buenos o malos, regresan portando sus frutos. Si se siembra trigo, trigo brotará, lo que alegrará al campesino; si hay hierbajos, hierbajos crecerán, y tendrá que luchar contra ellos como pueda. Es la ley de la naturaleza, y nadie puede evitarla.

En el lejano pasado, Francis Levison había entregado su corazón, o lo que

para él cumplía esa función, a Blanche Challoner. En una ocasión había fingido despreciarla frente a lady Isabel, pero lo hizo para conseguir su propósito, pues nunca, en ningún momento, había querido tanto a lady Isabel como quería a Blanche. Había obtenido el afecto de la joven en secreto y en secreto se comprometieron. La hermana de Blanche, Lydia Challoner, dos años mayor que su hermana, lo sospechaba y acosó a Blanche para que se lo contara. Blanche, sin embargo, que había prometido guardar secreto, lo negó con grandes aspavientos. «A ella no le gustaba el capitán Levison; de hecho, más bien le repelía». «Mucho mejor», fue la respuesta de la señorita Challoner, pues no sentía el menor respeto por el capitán Levison y le parecía poco probable que ese hombre se casara.

Pasaron los años, y la pobre y desgraciada Blanche Challoner siguió fiel a su amor. A pesar de lo que era, y ella no podía hacer caso omiso de que era justamente lo contrario de lo que debería ser, su corazón siguió siéndole fiel. Sabía de sus aventuras, de sus deudas; aguantaba la negligencia de sir Francis, y seguía amándolo. Incluso la fuga con lady Isabel Carlyle no apagó su cariño, aunque lo hizo tambalear un tiempo. Cuando sir Francis regresó a Londres, después de acceder al título, renovaron su amistad, si bien por parte del caballero era más bien fría, una amistad desangelada. Blanche no dudó que entonces se casaría con ella, dado que ya no había lazos que lo impedían.

Jugó con ella, pues afirmaba quererla en secreto y la visitaba en su casa; quizá temía un escándalo de su parte, que habría resultado de lo más embarazoso, si cortaba sus relaciones por lo sano. Blanche reunió valor y habló con él, y le pidió que se casaran; no se le había ocurrido que su intención de casarse con ella (si alguna vez la había tenido) ya no existía. Los hombres malvados son cobardes. Sir Francis no dio ninguna explicación, y se olvidó tanto del honor que llegó a murmurar una promesa confusa de que el matrimonio fuera rápido.

Lydia Challoner se había casado y convertido en una viuda de buena posición económica. Era la señora Waring, y Blanche vivía en su casa, pues ambas chicas eran huérfanas. Blanche empezaba a mostrar los síntomas de una soltera de treinta años: no tanto la edad como la decepción permanente, y el corazón roto, que ya no podía ocultar. Había perdido pelo y también peso, y su forma ya no era tan rotunda. «¡Casarse con ella! ¡Seguro!», exclamaba sir Francis Levison.

Durante el periodo navideño visitó a la señora Waring una hermana más joven, Alice Challoner, una muchacha guapa, de unos veinte años. Residía en el campo con una tía. Era más atractiva de lo que Blanche lo había sido jamás, y Francis Levison, que no la había visto desde que era una niña, cayó a sus pies, como habría dicho él. ¡Amor! Se convirtió en su sombra, le susurró dulces palabras al oído, la deslumbró y despertó su vanidad y pidió su mano en matrimonio. Ella aceptó, y de inmediato empezaron los preparativos para la ceremonia. Sir Francis tenía prisa, y Alice no le iba a la zaga.

¿Y qué sucedió con Blanche? Pues que se quedó sin habla. Un estupor incrédulo se apoderó de ella y, cuando despertó, la desesperación ocupó su lugar. Insistió en hablar con sir Francis, y, por mucho que lo intentó, no pudo evitarlo.

¿Creerá el lector que sir Francis se atrevió a negar el pasado? ¿Que replicó con suavidad burlona a los indignados recordatorios de lo que habían sido el uno para el otro? «¿Amor? ¿Matrimonio? ¡Tonterías! Eran todo imaginaciones tuyas». Finalmente, la desafió a demostrar que la había tratado con algo más que amistad o que había insinuado que fueran a contraer matrimonio.

No podía demostrarlo, claro está. No tenía un pedazo de papel, ni una nota de puño y letra de sir Francis, ni un amigo o enemigo que diera un paso para atestiguar que hubiera oído, de labios de sir Francis, una palabra de amor. Había sido demasiado cuidadoso. Además, estaban las protestas solemnes que la propia Blanche había proferido a su hermana Lydia de que no había nada entre ella y Francis Levison. ¿Quién iba a creerla si ahora cambiaba su versión y confesaba que antes había mentido? No, estaba atrapada en un barco que se hundía, sin esperanza de salvarse.

Pero estaba decidida a un último intento: apelar a Alice. Los ojos de Blanche Challoner se abrieron de forma súbita y brutal a la maldad del hombre, y se dio cuenta de lo poco preparado que Francis estaba para convertirse en el marido de su hermana. Veía que su unión solo podría engendrar desgracia, y había que evitar que Alice se inmolará en ese matrimonio. ¿Se habría casado en ese caso con él? Sí. Pero ella era distinta de la hermosa y pura Alice; esta no había desperdiciado los mejores años de su vida esperándole.

Cuando la familia se hubo retirado y la casa estaba en silencio, Blanche

Challoner fue a la habitación de su hermana. Alice aún no se había desvestido; estaba sentada tranquilamente en un sillón frente al fuego, con los pies elevados, mientras leía una carta de amor de sir Francis.

—Alice, he venido a contarte una historia —dijo ella, con voz tranquila—. ¿Quieres escucharla?

—Un segundo. Espera. —Alice acabó de leer la carta, la dejó a un lado y dijo—: ¿Qué decías, Blanche? ¿Una historia?

Blanche asintió.

—Sobre una hermosa joven, no muy rica, más o menos como nosotras. Un caballero, que tampoco era rico, quiso conquistarla y obtener su amor. No podía casarse con ella, le dijo, porque no tenía dinero. Así que se amaron en secreto y esperaron mejores tiempos; ella dejó pasar los años, y su corazón se hizo mayor. Oh, Alice, no sabes cómo lo quería ella, ¡y cómo ha seguido queriéndolo! A pesar de que le llegaban rumores nefastos sobre él, seguía confiando tiernamente en su amor tenaz, como las viñas se aferran a la madera, pues todo el mundo le hablaba mal de él.

—¿Quién era la joven? —interrumpió Alice—. ¿Es una fábula, Blanche, o una historia real?

—Es una historia real. Todos esos años, años y años, ¿me oyes?, él siguió prometiéndole que la amaba, y le hizo creer que la correspondía. Con el tiempo, el caballero heredó una fortuna y desapareció el obstáculo para que se casaran. Cuando obtuvo el dinero estaba en el extranjero, pero volvió pronto; reanudaron su relación, y el corazón desfallecido de la joven se recuperó y volvió a vivir. Pero él seguía sin casarse con ella; no hablaba de matrimonio, no pedía su mano. Al final, ella habló con él y él le prometió que se casarían. Esa fue su respuesta, y ella siguió viviendo de esperanza.

—Sigue, Blanche —dijo Alice, interesada en la historia, sin sospechar que estaba relacionada con ella.

—Sí, no te preocupes. Seguiré. Casi inmediatamente después de la última promesa, conoció a una muchacha que le gustaba más. ¿No te parece inaudito, Alice? Y le pidió que fuera su esposa, traicionando a la que le debía en nombre del honor; pero no le importó, y repudió lo que había entre ambos: todas sus palabras y todas sus promesas.

—¿Qué desgracia! ¿Y se casaron?

—Van a casarse. ¿Te casarías tú con un hombre así?

—¡Yo! —replicó Alice, indignada ante la pregunta—. No, de ninguna manera.

—Ese hombre, Alice, es sir Francis Levison.

Alice Challoner se quedó boquiabierta, y su cara se puso grana.

—¿Cómo te atreves a decir eso, Blanche? Es mentira. ¿Quién era la chica? Dime. Debe haberle entendido mal.

—No le entendió mal —fue la tranquila respuesta—. Esa muchacha era yo.

Hubo una pausa incómoda.

—¡Lo sabía! —exclamó Alice, y echó la cabeza hacia atrás, con resentimiento—. Me dijo que podía esperar algo así; que creías que él te amaba, y te enfureciste cuando me escogió a mí.

Blanche la miró con los ojos inundados de lágrimas, pues no podía controlar su emoción.

—Alice, querida hermana, no siento ningún orgullo; esta noche, por ti, he roto la reticencia con que toda mujer observa sus errores y sentimientos íntimos. Tan cierto como que existe el cielo, juro que te he dicho la verdad. Hasta que tú viniste, yo era la prometida de sir Francis Levison.

Se produjo una escena abyecta. Blanche, alterada por la manera en que Alice seguía rechazando sus palabras, le contó los vicios y maldades de sir Francis, los que conocía y los que había oído; le habló de su conducta respecto a lady Isabel Carlyle, de la despiadada manera en que había tratado a la pobre dama. Alice replicó feroz y apasionadamente. Dijo que no creía una palabra de las maledicencias de su hermana, y, en cuanto a lo que se decía de Francis, a ella no le incumbía, pues ¿qué tenía que ver ella con su pasado?

Sin embargo, Alice Challoner sí creía a su hermana: la angustia de Blanche, su convicción, eran innegables. No le importaba demasiado, al fin y al cabo, sir Francis: no se había deslizado en su corazón, como había atrapado el de Blanche, pero la había deslumbrado ante la perspectiva de una buena posición, y no quería dar su brazo a torcer tan fácilmente. Si eso le rompía el corazón a Blanche, bueno, mala suerte. Pero no hacía falta mezclar desprecio y desaire con su negativa a creerla; no era necesario triunfar tan abiertamente sobre su hermana. ¿Era correcta su actitud? Ya hemos visto que cosechamos lo que sembramos. Alice se casó con sir Francis Levison y le rompió el corazón a su hermana Blanche. Y allí estaba lady Levison, sentada

en el salón; tres años después del matrimonio, su amor por sir Francis se había transformado en desdén y odio.

Un niño de dos años, el único fruto de su matrimonio, jugaba en la estancia. La madre no se fijaba en él, sumida en sus reflexiones; sus labios y su ceño se fruncían malhumorados, descontenta. Sir Francis entró, con un aire cansado. Lady Levison se levantó, pero no se dirigió a él con un tono y una actitud agradables.

—Quiero dinero —dijo.

—Yo también —replicó él.

La mujer golpeó el suelo con el pie y ladeó altivamente la cabeza.

—Tienes que dármelo. Lo *necesito*. Ayer te lo dije. ¿O crees que puedo seguir así, sin un penique, día tras día?

—¿Y crees que te va a servir de algo ponerte así? —dijo sir Francis—. Me acosas doce veces a la semana para pedirme dinero, y una docena te digo que no tengo. Ni para ti ni para mí. Puedes pedirselo al crío, y tendrás el mismo resultado.

—¡Ojalá no hubiera nacido nunca! —dijo apasionadamente lady Levison—. Ojalá hubiera tenido un padre diferente.

Esa última frase, y el amargo desprecio en el tono, habrían provocado una reacción de sir Francis, como traicionaba su expresión furiosa. Pero en ese momento entró un criado.

—Disculpe, señor. Ese hombre, Brown, se ha abierto paso hasta el vestíbulo y...

—No quiero verle y no lo veré —interrumpió sir Francis y se retiró al rincón más alejado de la estancia, con expresión de terror abyecto, como si hubiera perdido la razón. Los labios de lady Levison se curvaron en una sonrisa desdeñosa.

—Nos deshicimos de él, señor, aunque nos costó lo nuestro, pero con la puerta abierta por el forcejeo entró el señor Meredith. Se ha metido en la biblioteca, señor, y jura y perjura que no se moverá hasta verlo a usted, y que no le importa si está sano o enfermo.

Hubo una pausa, un juramento en voz baja, y sir Francis abandonó el salón. El criado se retiró y lady Levison tomó a su hijo en brazos.

—Oh, Franky, querido —gimió mientras hundía su rostro en el cálido

cuellecito del niño—. Le dejaría para siempre, si me atreviera, pero tengo pavor a que trate de quedarse contigo.

La cosa era que, en los últimos tres días, sir Francis Levison había estado terriblemente enfermo, obligado a guardar cama, sin ver a nadie. Su vida, decía, dependía del silencio a su alrededor. Al menos eso le llegó a lord Headthelot (o, más bien, a su departamento, pues el conocido consejero estaba fuera de la ciudad unos días), y eso decían a los que llamaban a la puerta de sir Francis Levison. En realidad, sir Francis estaba sano como una pera, pero, debido a un feo asunto relacionado con una de sus múltiples deudas, no se atrevía a mostrarse en público. Esa mañana había logrado solucionar el problema, al menos durante un tiempo.

—¡Demonios, Levison! —empezó el señor Meredith, que era uno de los *whips* del ministerio—. Menudo escándalo ha montado, ¡parece tan sano como siempre!

—Hoy me encuentro mucho mejor —tosió sir Francis.

—¡Pensar que ha escogido precisamente este momento para ausentarse! Llevo bailando frente a su puerta día tras día, en un estado de fiebre incipiente, lo bastante grave para que me pille algo serio, y no he conseguido que me dejen pasar ni dejar una nota. ¡Debería haber hecho estallar esta casa, para abrirme paso entre los restos! Por cierto, ¿acaso su señora ya no es su señora? ¿Están separados?

—¿Qué dice? —gruñó sir Francis.

—Ayer bajaba del carruaje, me estaban impidiendo entrar en la casa y le pregunté por usted. La respuesta de su esposa fue que no sabía nada de sir Francis ni de su enfermedad.

—Mi esposa es muy temperamental —dijo sir Francis, agobiado—. ¿Para qué me necesita? Dígame. Headthelot no está en Londres, y no hay nada que hacer.

—Nada que hacer aquí, pero mucho que hacer en otras partes. El cargo de Attley ha quedado libre.

—¿Y bien?

—Debería haber ido allí hace tres o cuatro días. Tiene que presentarse, Levison.

—No pienso hacerlo —dijo sir Francis—. No quiero ser diputado por West Lynne.

—¡Que no quiere ser diputado por West Lynne! Pero si es un lugar ideal para usted. Está cerca de su propiedad.

—A diez millas. ¿Le parece eso cerca? No voy a presentarme por West Lynne, Meredith.

—Headthelot ha venido a Londres esta mañana —anunció el señor Meredith.

La frase sobresaltó a sir Francis.

—¡Headthelot! ¿Por qué ha vuelto?

—Por usted. Ya le digo, Levison, que hay un buen lío por su culpa. Headthelot esperaba que ya estuviera usted en West Lynne hace días, y está furioso. Cada voto que podamos reunir en la Cámara de los Comunes vale su peso en oro, y, como dice, ¡por su culpa corremos el riesgo de perder West Lynne! Debe ir allí de inmediato, Levison.

—No.

—Entonces perderá su trabajo. Thornton se presentará por West Lynne, y ocupará su cargo al lado de Headthelot.

—¿Headthelot le ha mandado aquí a decirme esto? —preguntó sir Francis.

—Así es. Y está decidido. Nunca he visto a un hombre tan enfadado.

Sir Francis reflexionó. Si le hubieran dado a escoger, habría preferido representar una comarca de un lugar cálido, más al sur, en lugar de West Lynne. Pero dejar a Headthelot y el apetitoso cargo al que aspiraba sería una ruina irremediable que le abocaría a la delincuencia, y a la prisión de Su Majestad, por deudas. Tenía, pues, que meter su amenazada persona en el Parlamento, y empezó a pensar en cómo volver a West Lynne. «Ya deben haberse olvidado del tema», dijo al fin de sus deliberaciones, y habló en voz alta sin darse cuenta.

—Entiendo su reticencia a ir a West Lynne —exclamó el señor Meredith—, porque fue la escena de su escandaloso *affaire* con esa dama, ¿verdad? Pero el interés público debe primar sobre los sentimientos personales, y lo mejor que puede hacer es ponerse en movimiento. Headthelot está muy enfadado. Dice que, si hubiera ido antes, como debería haber hecho, habría conseguido el cargo sin oposición, pero ahora ya hay un candidato.

Sir Francis lo miró, alarmado.

—¿Un candidato? ¿Quién pagará el coste de la campaña?

—¡Bah! ¡Como si el dinero fuera un problema! ¿Sabe quién es su contrincante?

—No —dijo sir Francis, apático.

—Carlyle.

—¡Carlyle! —exclamó sir Francis—. ¡Por Jorge! Contra él no tengo la menor oportunidad.

—Bueno, pues está la otra alternativa. Si no lo hace usted, Thornton ocupará su lugar.

—No podré ganar. Nadie en West Lynne me votará, si debo enfrentarme a él. Ni siquiera sé si West Lynne me votaría, de presentarme solo yo.

—¡Tonterías! Ya sabe nuestros intereses. El Gobierno puso a Attley, y puede ponerlo a usted. ¿Sí o no, Levison?

—Sí —replicó sir Francis.

Al cabo de una hora, sir Francis Levison estaba en camino. ¿Camino a West Lynne? No exactamente. Primero fue a Scotland Yard. En menos que una hora, el telegrama, marcado como «Secreto», salió del departamento central al superintendente de policía de West Lynne.

«¿Está Otway Bethel en West Lynne? Si no, ¿dónde está? ¿Y cuándo regresará?».

Obtuvo una pronta respuesta.

«Otway Bethel no está en West Lynne. Supuestamente está en Noruega. Se desconoce su paradero exacto».

Lady Levison se enteró de lo que planeaba y, cuando sir Francis fue a hablar con ella (por mera cortesía) para decirle que iba al campo unos días, ella se volvió contra él enfadada.

—Si tienes el menor sentido de la vergüenza, te pegarías un tiro, en lugar de ir donde vas a hacer lo que pretendes.

El malestar que sentía se había vuelto un abismo que la separaba de su marido y había engendrado un pozo de resentimiento, o de otro modo no le habría hablado así. Sir Francis la miró fijamente y guardó silencio.

—Sé lo que vas a hacer. Pretendes presentarte al cargo de diputado, y enfrentarte al señor Carlyle. Debes tener la cara muy dura y memoria selectiva, o no te avendrías a hacerlo. Te hundirás en la sima de la humillación ante un hombre al que has agraviado tanto.

—Cállate —dijo sir Francis.

—Me he callado durante meses y meses. Me he callado porque eras mi marido, aunque me has desquiciado más de una vez. No volveré a callarme. Día y noche rezo para encontrar la manera de separarme legalmente de ti. Te juro que la encontraré.

—Tendrías que haberme dejado con Blanche —se burló sir Francis—. Al casarte conmigo, le robaste al hombre que amaba, y lo sabías perfectamente.

Alice se sentó para tratar de contener su irritabilidad.

—Permíteme que te recomiende por última vez que no vayas a West Lynne a insultar innecesariamente al señor Carlyle.

—¿Y a ti qué te importa Carlyle? Si no le conoces.

—Conozco su reputación. Sé que es un hombre noble y honorable, que sus amigos lo respetan, que todos lo respetan. Si hay dos hombres más distintos, como la noche y el día, sois vosotros. Pregúntale a la viuda de tu tío lo que piensa del señor Carlyle.

—Si hubiera sido otro, no me habría interesado —replicó maliciosamente sir Francis—. Pero la idea de enfrentarme a él me apetece. Me presentaré al cargo y lo aplastaré.

—Ten cuidado que no te aplaste él a ti —replicó Alice Levison—. La suerte no siempre recompensa a los malvados.

—Me arriesgaré —se burló sir Francis.

Capítulo 45: Un accidente con las gafas azules

El señor Carlyle y Barbara desayunaban cuando, para su sorpresa, entró el señor Dill. Tras él venía el juez Hare, después el señor Pinner. Cerraba la comitiva el coronel Bethel. Habían venido por separado, y los cuatro sin aliento, como si participaran en una carrera.

Al principio, el señor Carlyle no entendía qué decían. Hablaban a la vez, muy excitados, y la furia del juez Hare era suficiente para producir una sordera temporal. El señor Carlyle al fin cazó una palabra.

—¿Otro candidato? Bueno, que se presente —exclamó con buen humor—. Tendremos la satisfacción de ver quién gana.

—Pero no sabe quién es, señor Archibald —exclamó el señor Dill.

—¡Competir con *él!* —intervino el juez Hare—. Un...

—¡Merece que lo ahorquen! —exclamó el coronel Bethel.

—¿No se le puede expulsar? —sugirió el señor Pinner.

Proferían estas frases a la vez, y sus respectivos dueños no cesaban de hablar hasta que la algarabía se calmó. Barbara los miraba de hito en hito, asombrada.

Hubo una pausa. Ninguno se atrevía a nombrar el opositor del señor Carlyle, por delicadeza. Por fin la información llegó del anciano Dill, que lo dijo en voz baja.

—Señor Archibald, el candidato es Levison.

El señor Carlyle frunció el ceño y Barbara bajó la cabeza, aunque sus

ojos brillaban con ira.

—Benjamin cruzaba el pueblo esta mañana a primera hora, para pasear a sus caballos —dijo el juez Hare, indignado—. Volvió diciendo que en las paredes había carteles a favor de Levison: «Vote por sir Francis Levison». Casi le golpeo, pero insistió en que así era. «Se lo juro, señor —me dijo—, por mi alma de pecador. Y me han dicho que vino a West Lynne ayer por la noche». ¡Menuda noticia para un hombre respetable, y antes del desayuno!

—Llegó con el último tren —dijo el señor Dill—; se aloja en una habitación en la taberna de Buck's Head. Los impresores deben haber trabajado toda la noche para poder sacar los carteles a primera hora. Hay un agente con él, o algo así, y otro hombre, un miembro del Gobierno.

—¡Y alardean de que el cargo es suyo, y las elecciones, una formalidad! —añadió el coronel Bethel, que descargó enojado su bastón—. Está loco: ¡ofrecerse de candidato para West Lynne!

—Es un insulto al señor Carlyle —dijo la tranquila voz del señor Pinner.

—Querrá decir que nos insulta a todos —replicó el coronel Bethel—. No creo que pueda irse tan alegremente como ha venido.

—Por supuesto, Carlyle, ahora más que nunca tiene usted que luchar por el cargo —exclamó el juez Hare.

Carlyle no dijo nada.

—¡No permita que ese animal le intimide! —exclamó el coronel Bethel, que subió la voz.

—Hay una reunión en la taberna de Buck's Head a las diez —dijo el señor Carlyle, sin responder a nadie—. Los veré entonces.

—¿Dicen ustedes que se aloja allí? —preguntó el señor Pinner—. No tenía ni idea.

—Bueno, se alojaba allí —dijo el señor Dill—. Supongo que, a estas horas, ya lo habrán expulsado. Le pregunté al dueño cómo se le ocurría aceptar a un personaje de su calaña, y qué dirían los jueces. Me juró, con lágrimas en los ojos, que el tipo no permanecería en su local una hora más y que, si hubiera sabido quién era, no le habría permitido entrar.

Conversaron un poco más y los visitantes se fueron. El señor Carlyle se sentó, muy tranquilo, a terminar su desayuno. Barbara se le acercó.

—Archibald, espero que no permitas que las insolentes acciones de ese

hombre te desvíen de tu objetivo. ¿No pensarás retirarte? —murmuró.

—No lo creo, Barbara. Ha actuado de manera que se ha interpuesto en mi camino agresivamente. Creo que lo mejor que puedo hacer es no prestarle atención, no más que al barro que piso.

—Muy bien, muy bien —respondió ella, orgullosa.

El señor Carlyle salió hacia West Lynne. Y, efectivamente, al lado de los carteles a su favor había carteles que reclamaban el voto para otro candidato, con el nombre del malvado cobarde que le había infligido la mayor injuria que un hombre puede ocasionar. En verdad debía ser un sinvergüenza sin el menor asomo de honor, para presentarse allí, como su esposa había dicho.

—Archibald, ¿te has enterado de la desgraciada noticia?

Quien así hablaba era la señorita Carlyle, que había ido a ver a su hermano como un barco con las velas desplegadas. Estaba arrebolada, le brillaban los ojos y se estiraba en toda su estatura.

—Lo sé, Cornelia. Y, si no, los carteles me lo hubieran aclarado.

—Está loco, ¿verdad?

—Desde luego no sabe dónde se mete —replicó el señor Carlyle.

—Debes seguir, claro —dijo ella, furiosa—. Antes no estaba a favor de que te presentaras, pero ahora no tengo objeción. Si te retiras, te retiro la palabra.

—No es mi intención retirarme.

—Bien. Sigue adelante con lo previsto, y que se arrastre y lleve a cabo sus deleznable planes, sean cuales sean. No le prestes la menor atención, como a una culebra venenosa. Ahora tendrás que esforzarte para que te voten; deberás visitar a los votantes.

—No —dijo el señor Carlyle—. Me elegirán sin necesidad de hacerlo. Ya verás, Cornelia.

—Si no lo haces, lo hará él, así que no te hagas el flemático. Donaré mil libras para tu campaña; compra cerveza para los electores.

—Cornelia, ni se te ocurra —se rio el señor Carlyle—. Guárdate las mil libras. No tengo la menor intención de ser eliminado de la votación por «soborno y corrupción». Aquí llega sir John Dobede a caballo, con el rostro rojo como una rana al sol.

—Claro, debe haberse enterado. West Lynne está más alterado de lo que

lo he visto en mucho tiempo, te lo aseguro, querido hermano.

La señorita Carlyle tenía razón. La agitación y la indignación se habían apoderado de West Lynne a la par. ¡Y de qué manera la gente apoyaba al señor Carlyle! Toda la comarca estaba de su parte, pero los intereses del Gobierno pesaban en West Lynne, y no importaba el sentimiento privado y público, individual o colectivo: se sabía que sir Francis Levison conseguiría muchos votos.

Barbara acompañó a su marido esa mañana hasta la verja del parque. Al regresar, encontró a madame Vine y los niños. William parecía encontrarse mejor; por la mañana, tenía mejor aspecto.

—Mamá —exclamó Lucy—, ¡pareces acalorada! Estás roja.

—Estoy enfadada —replicó Barbara, que sonrió ante su propia respuesta.

—¿Por qué?

—Porque se ha presentado un candidato para el cargo al que opta tu papá. Un adversario.

—¿No tiene derecho? —preguntó William—. Papá dijo que era posible.

—Es posible para todo el mundo, excepto para el que se ha atrevido a presentarse —dijo Barbara. Su enfado la empujó a la indiscreción—. Es un ser vil y despreciable, a quien la gente decente evitará y negará el saludo. ¡Y ha tenido el descaro de presentarse en unas elecciones a disputar el cargo a vuestro padre!

—¿Cómo se llama, mamá?

Barbara se dio cuenta de que había hablado de más. Pero pensó que, si los niños no se enteraban por ella, lo oirían de otros labios.

—Sir Francis Levison.

¿Fue un gemido de dolor, terror o sorpresa el que emergió de la boca de la institutriz? Parecía una combinación de todo ello. Barbara se volvió hacia ella, pero la encontró inclinada, tosiendo, con el pañuelo contra su cara, mortalmente pálida.

—¿Está bien, madame Vine? ¿Le pasa algo? —preguntó amablemente Barbara.

—¿Bien? Oh, sí, sí, gracias. Debo haber tragado algo de polvo y me ha dado un ataque de tos. La señora Carlyle no dijo nada, pero la miró dubitativa, pues la voz de la institutriz era temblorosa, y sus labios de color

ceniza.

«¿Es posible que conozca a Francis Levison? —pensó Barbara—. ¿Será la mención de su nombre lo que la ha agitado de tal manera?».

Durante las lecciones de ese día, madame Vine parecía distraída.

Uno de los primeros en percatarse del asunto fue lord Mount Severn. Estaba una noche en su club de Londres, leyendo el periódico de la tarde, cuando los nombres «Carlyle» y «West Lynne» llamaron su atención. Sabedor de que el señor Carlyle era el candidato más probable, y deseoso de que saliera elegido, el conde leyó el artículo.

Lo leyó y volvió a leerlo. Se frotó los ojos, se limpió las gafas y se pellizcó para comprobar que estaba despierto. Pues no podía creer lo que decía el periódico: que sir Francis Levison se presentaba a las mismas elecciones que el señor Carlyle, como su opositor, y que se hallaba en West Lynne en campaña.

—¿Sabe algo de estas infames afirmaciones? —le preguntó a un amigo—. Infames, sean ciertas o falsas.

—Son ciertas. Me enteré hace una hora. ¡Qué sinvergüenza es ese Levison! —¡Sinvergüenza! —exclamó el conde, sin dar crédito, como si cada parte de su cuerpo y de su mente se sintiera ultrajada por la noticia—. Eso se queda corto. Ese animal merece ser apaleado y ahorcado.

Dejó el periódico, abandonó el club, regresó a su casa a hacer la maleta y fue de prisa, gruñendo, a West Lynne, con su hijo. O, si no gruñía él, a buen seguro que lo hacía el tren, a toda velocidad. El conde de Mount Severn estaba decidido a dejar claro lo que pensaba del asunto.

En las agradables mañanas de primavera, cuando terminaban de desayunar, lady Isabel solía pasear por el jardín con los niños. Estaban en la pradera, frente a la casa, cuando dos caballeros subían por la avenida, o más bien un caballero y un agradable joven ascendían juntos. Lady Isabel casi se desmayó, pues se dio de bruces con lord Mount Severn. El conde se detuvo a hablar con los niños y levantó su sombrero para saludar a la extraña que tenía delante.

—Es nuestra institutriz, madame Vine —dijo Lucy.

Madame Vine hizo una reverencia sin decir palabra. Giró la cabeza y respiró agitadamente.

—¿Está papá en casa, Lucy? —exclamó el conde.

—Sí, creo que está desayunando. ¡Qué bien que haya venido!

Lord Mount Severn siguió andando hacia la casa, y tomó a William de la mano, que se había ofrecido encantado a acompañarlo hasta su papá. Lord Vane se inclinó sobre Lucy para darle un beso.

—¡Qué mayor eres, Lucy! ¿Te has olvidado de nuestro trato?

—No —se rio la niña.

—¿Y no te olvidarás?

—Nunca —dijo ella mientras sacudía la cabeza—. Ya verás.

—Lucy me ha prometido que se casará conmigo —dijo el joven, que se giró hacia madame Vine—. Es un pacto, y nos hemos comprometido a cumplir nuestra palabra. Esperaré a que sea mayor; no hay nadie en el mundo que me guste más que ella.

—Y a mí me gusta él —dijo la señorita Lucy—. Es verdad.

Lucy era una niña aún, y el vizconde tenía edad suficiente para que esas palabras cobraran importancia; por eso causaron tanta impresión en su oyente. Cuando habló, lo hizo no como madame Vine, sino como la infeliz madre, la desgraciada lady Isabel.

—No debe decirle esas cosas a Lucy. No puede ser.

Lord Vane se rio.

—¿Por qué no?

—Porque su padre y su madre no lo aprobarían.

—Mi padre sí. Sé que lo haría, porque le gusta Lucy. En cuanto a mi madre, bueno, no puede gobernarnos a todos. Vete un rato, Lucy, quiero hablar con madame Vine a solas. —Cuando Lucy se fue, continuó—: ¿Le ha disparado ya Carlyle al tipo ese? Mi padre es tan estirado, especialmente cuando está enfadado, que no ha querido mancharse los labios con su nombre, cuando hemos llegado, o hacer la menor averiguación. Ni me ha dejado que lo hiciera yo, y me quema la lengua de curiosidad.

Debería haber fingido que no sabía de quién hablaba, pero lo sabía muy bien, y las palabras murieron en sus labios reticentes.

—Menudo animal. Si Carlyle llenara el cuerpo de Levison de plomo, y luego le apaleara hasta la muerte, tendría lo que se merece, y el mundo lo aplaudiría. ¡Enfrentarse a Carlyle, *él!* Ojalá hubiera sido un hombre hace unos años; se habría llevado el disparo al corazón que se merecía entonces —dijo

en voz baja—. ¿Conoció usted a lady Isabel?

—Sí. No. Bueno... —No supo qué decir. La respuesta salió, inconsciente.

—Era la madre de Lucy, ¿sabe? Yo la quería mucho. Creo que por eso quiero también a Lucy, porque es la viva imagen de su madre. ¿Dónde la conoció? ¿Aquí?

—Bueno, la conocí de oídas —murmuró lady Isabel.

—Ah, de oídas. En fin, dígame, ¿se ha enfrentado ya Carlyle al animal de Levison, sí o no? ¡Por Jorge! Pensar que se ha atrevido a volver a West Lynne, así, ¡de esta manera!

—Debe preguntarle a otra persona —dijo—. Yo no sé nada de eso.

Se giró con el corazón agitado, tomó la mano de Lucy y se fue. Lord Vane se dirigió a la casa, a toda prisa.

Empezaron las elecciones de verdad, es decir, la campaña. Sir Francis Levison, su agente y su amigo de Londres, que, en lugar de ser un alto cargo del Gobierno, resultó un buen amigo del baronet, llamado Drake, se pasearon por el pueblo como perros con la cola en llamas, conscientes de la reacción que despertaban. Cada vez que daban un mitin asistían unos pocos caballeros jóvenes y damas de dudosa reputación, que se sentaban en las últimas filas. En cambio, el otro candidato reunía una multitud consistente, elegante y digna. Caballeros, gentilhombres, magistrados y lord Mount Severn. A veces el señor Carlyle, en sus paseos por la ciudad, al lado de sus amigos, se cruzaba de lejos con el otro candidato; entonces, si corría el riesgo de cruzarse con él, el valiente sir Francis Levison se escabullía por un callejón, detrás de un seto o donde fuera. A pesar de que era efectivamente un sinvergüenza, no podía mirar a la cara al señor Carlyle ni al jurado que lo acompañaba, que lo miraba acusadoramente.

Una tarde, la señora Carlyle llamó a Lucy y a la institutriz para que la acompañaran a West Lynne. Quería ir de compras. Lady Isabel sentía un terror cerval ante la idea de ir a la ciudad, estando en ella el malvado Levison, pero no podía evitar ir. No pudo aducir que estaba enferma, porque se había encontrado bien todo el día y, para una empleada, la frase «No puedo ir» es imposible. Así que salieron, y habían llegado a la verja de la casa de la señora Hare cuando apareció la señorita Carlyle.

—Tu madre no está bien, Barbara.

—¡Qué dices! —exclamó Barbara, preocupada—. Debo ir a verla, pues.

—Ha tenido uno de sus ridículos sueños —dijo la señorita Carlyle, que ignoró la presencia de la institutriz y de la niña—. Lo sé por su aspecto: temblaba y balbuceaba, y miraba con miedo a su alrededor, como si temiera que una docena de fantasmas fueran a emerger de las paredes. Así que se lo pregunté, y no pudo negarlo. Dice que Richard corre peligro, o que algo va a suceder. Y allí sigue, temblando aún, aunque le dije que la gente que cree en los sueños va camino del manicomio.

Barbara parecía angustiada. No creía en los sueños premonitorios de su madre, igual que la señorita Carlyle; pero no podía olvidar la extraña manera en que Richard había aparecido después de uno de esos sueños.

—Iré a ver cómo está —dijo—. Cornelia, si vas de vuelta a casa, madame Vine puede acompañarte, y allí puedes esperarme.

—Déjame ir contigo, mamá —dijo Lucy.

Barbara aceptó la mano tendida de su hija. La verja se cerró tras ellas, y la señorita Carlyle y lady Isabel se dirigieron al pueblo. No habían avanzado mucho cuando, al girar una esquina, el viento arrancó el velo de lady Isabel; esta, al levantar las manos para tratar de salvarlo, antes de perderlo, dio con tan mala fortuna en sus gafas que cayeron al suelo y se rompieron.

—¿Cómo ha pasado? —preguntó la señorita Carlyle.

En efecto, ¿cómo? Lady Isabel se inclinó al suelo para observar el desastre. ¿Qué podía hacer? Había perdido, de un plumazo, su velo y sus gafas: ¿se atrevería a salir con la cara descubierta? Debido a su agitación, su rostro estaba pintado de color, como antaño, y sus ojos brillaban. La señorita Carlyle la miró, y se quedó asombrada.

—¡Por el amor de Dios! —murmuró—. ¡Qué parecido más extraordinario! El corazón de lady Isabel dio un vuelco.

Para empeorar las cosas, frente a ellas, a unos pasos de distancia, llegaba sir Francis Levison.

¿La reconocería *él*?

Capítulo 46: Un estanque verde

En medio del vendaval, en el cruce del camino, se hallaban la señorita Carlyle y lady Isabel Vane. Esta última, confundida y perpleja, recogía los restos de sus gafas rotas; la otra, menos perpleja, observaba el rostro que le resultaba familiar. Sin embargo, su atención se distrajo ante la aparición de sir Francis Levison.

Estaba muy cerca de ellas, con el señor Drake y el otro amigo, además de algún seguidor, como de costumbre. Era la primera vez que él y la señorita Carlyle se encontraban de nuevo cara a cara. Ella clavó su ceño fruncido, altivo y lleno de amargo desprecio. Sir Francis levantó su sombrero al llegar frente a ella. Si lo hizo por cortesía, por inconsciente confusión o burla, resulta difícil saberlo; la señorita Carlyle supuso que lo hacía para burlarse, y sus labios furiosos se volvieron tan pálidos como los de la pobre mujer que se ocultaba, disimuladamente, detrás de ella.

—¿Trata de insultarme, Francis Levison?

—Depende de cómo quiera tomárselo —dijo él, que recabó su acostumbrada insolencia.

—¿*Usted* se atreve a saludarme? ¿A dirigirse a mí? ¿Olvida que soy la señorita Carlyle?

—Resulta difícil olvidarla, una vez que se la conoce.

Esa respuesta sí que era una burla, y de lo más insolente. Los dos caballeros parecían incómodos y se preguntaban cuál era su intención. Lady Isabel se ocultó lo mejor que pudo, aterrorizada por si Levison se fijaba en ella; mientras, los curiosos que se habían congregado ante el encuentro

escuchaban con interés, especialmente los campesinos que trabajaban para el señor Pinner.

—¡Despreciable gusano! —exclamó la señorita Carlyle—. ¿Cree que puede insultarme impunemente, como insulta a West Lynne al arrastrarse hasta aquí? ¡No le saldrá barata la insolencia! ¡Fuera de aquí! ¡Rata, sabandija!

Desde luego que la señorita Corny, al expresarse así, no pensaba que el caballero fuera a recibir un castigo inmediato, pero la gente la escuchaba, al parecer, sí opinaba así. Empezaron los corpulentos campesinos, animados por la arenga de la señorita Carlyle (la cual, a pesar de sus defectos, contaba con el respeto de la ciudad, y la que apreciaban, aunque menos que a su adorado hermano), y quizá también por el señor Pinner, al que habían oído contar detalles del asunto, o tal vez siguieron sus impulsos. Solo ellos lo sabían; sea como fuere, alguien gritó: «¡Al agua con él!», y la voz pasó a ser el grito de toda la masa.

—¡Al agua con él! ¡Al agua con él! El estanque está cerca, ¡que pruebe su propia medicina! ¿Cómo se atreve una rata como él a presentarse en West Lynne y oponerse al señor Carlyle? ¡Después de lo que hizo con lady Isabel! ¡Tenerlo a *él* de autoridad en West Lynne! West Lynne no quiere traidores, y tiene un hombre mil veces mejor: ¡no acepta villanos! ¡Vamos, vamos, muchachos!

El rostro de Levison se tiñó de blanco y se puso a temblar: los hombres despreciables son cobardes. Lady Isabel también temblaba, y con razón, al escuchar su nombre en boca del gentío. Veinte pares de manos se hicieron con Levison, manos fuertes, rudas y decididas, por no hablar de la gente que prestaba su ayuda con patadas, golpes, burlas y vítores, además de un baile casi demoníaco.

Lo arrastraron por un hueco del seto de arbustos, tan estrecho que ni un bebé podría pasar por él, pero ya sabemos lo que pasa con los ánimos excitados. El seto quedó destrozado, pero su dueño, el juez Hare, sin duda lo perdonaría. El señor Drake y el abogado no pudieron hacer nada. «Si no se quedan quietos, terminarán igual», les dijeron cuando trataron de evitar el desastre, y el abogado, bajito y gordo, que no hubiera podido con uno de los campesinos, aunque tuviera que salvar la vida, se echó a un lado y se alejó del griterío y se contentó con emitir confusas amenazas sobre el peso de la ley. Mientras, la señorita Carlyle permaneció impávida y majestuosa, y lo

contemplaba todo con expresión adusta. Si hubiera tratado de interferir para proteger a Levison, nadie le habría prestado atención, y no estaba claro que quisiera protegerlo, desde luego.

Así que lo arrastraron al borde del estanque lleno de agua verduzca, pestilente, oscura, salada y apestosa. Había perdido su chaqueta y tenía desgarradas las mangas de la camisa y alguna que otra prenda más íntima. Uno tiraba de aquí, otro de allá, un tercero lo agarraba del cuello, media docena le daban cachetes y todos le insultaban.

—¡Al agua patos!

—¡Por favor, por caridad! —se desgañitaba la víctima, arrodillado y con los dientes castañeteándole—, ¡tengan compasión, por el amor de Dios!

Un empujón, un chapoteo, un grito y un gorgoteo: sir Francis Levison flotaba en el agua, en su veneno verde, por no mencionar a las culebras, sapos y ranas que podía tragarse. Una risa brutal y despreciable y un grito de «¡Hip, hip, hurra!» emergió de las gargantas de los culpables mientras la turba de jóvenes aplaudía con salvaje deleite, bailaba alrededor del estanque y ejecutaba la danza del demonio, como se decía de los indios de América. Jamás habían disfrutado de tal espectáculo.

Levison se arrastró fuera de la sopa de guisantes antes de hundirse del todo, aunque lo hizo mareado, a punto de desmayarse. Tenía muy mal aspecto, incluso para ser una rata medio ahogada, y allí se quedó, con el rostro blanco y demudado, con los miembros temblorosos y la ropa destrozada, mientras se sacudían el agua. Los campesinos, cumplido con su deber, se fueron tranquilos; el grupo de jovencuelos se alejó a una distancia prudencial y esperó a ver qué pasaba, y la señorita Carlyle se alejó. Lady Isabel temblaba tanto o más que Levison al lado de la hermana del señor Carlyle. ¡Qué estampa más lamentable del que había sido su Lancelot! ¿Qué pensaba ahora de él y de su apostura? Desde luego, sabemos lo que pensaba de su pasajera locura.

La señorita Carlyle no despegó los labios. Caminaba con la cabeza erguida, aunque de vez en cuando se giraba a mirar a madame Vine y las mejillas arreboladas que sus ojos teñían de un rojo aún más pronunciado. «Qué extraño parecido —pensaba la señorita Corny—. «Especialmente en los ojos, es...».

—¿Dónde va, señora?

Pasaban frente a una tienda de gafas, y madame Vine se había detenido en la puerta, a punto de entrar.

—Si no le importa, me gustaría dejar aquí mis gafas, para que las arreglen.

La señorita Carlyle la siguió. Madame Vine explicó al encargado que quería reparar sus gafas, y que necesitaría otras mientras reparaban las viejas. El hombre le dijo que no tenía gafas de cristales azules ni verdes, solo transparentes. Sin embargo, un viajero le había dejado un viejo par de horrendas gafas de carey, hacía años, para arreglar, con cristales de color verde, y no las había recogido. Lady Isabel eligió ese par. Se las puso, y la señorita Carlyle no dejó de escrutar su rostro el tiempo que pasaron en la tienda.

Tan pronto llegaron a casa de la señorita Corny, esta preguntó abruptamente:

—¿Por qué lleva gafas?

—Tengo la vista estropeada —dijo madame Vine, tras una leve vacilación.

—No lo parece. Pero ¿por qué gafas con cristales de color verde? Las transparentes le servirían igual, imagino.

—Estoy acostumbrada. Ahora ya no me gustarían los cristales transparentes.

La señorita Corny hizo una pausa.

—¿Cuál es su nombre de pila, madame?

—Jane —replicó madame, y se preparó para una retahíla de mentiras, alarmada.

—¡Hola, hola! ¿Qué es esto? ¿Qué pasa aquí?

Había una muchedumbre en la calle bastante ruidosa. La señorita Corny se asomó a la ventana y lady Isabel la siguió. Había más bien dos muchedumbres, pues del otro lado de la calle avanzaba el partido escarlata y púrpura, como el señor Carlyle lo llamaba, en alusión a sus colores. Una notable colección de caballeros, encabezada por el señor Carlyle y lord Mount Severn.

¿Qué sentido tenía aquello? La muchedumbre opuesta era del partido amarillo, menos honorable, sin duda, y en un estado más discutible. ¿Quién

era el personaje que la encabezaba, apoyado entre Drake y el abogado, con aspecto de rata mojada, el pelo aplastado, las piernas temblorosas, las mejillas hundidas y la ropa hecha un desastre? La gente llenaba la calle, y seguía silbando, gritando y burlándose. Los escarlatas y púrpuras se detuvieron, consternados, y lord Mount Severn, cuya vista no era la de hacía veinte años, se puso las lentes sobre el puente de la nariz.

¿Sir *Francis Levison*? ¿Era posible? ¡Así era! ¿Cómo había llegado a ese lamentable estado? Los labios del señor Carlyle se curvaron en una sonrisa y siguió caminando, con el conde a su lado.

—¿Qué demonios pasa ahora? —gritaban los seguidores del señor Carlyle—. ¡Ese es Levison! ¿Acaba de salir de un choque de trenes y se ha empapado con el líquido del motor, o qué?

—¡O qué! —exclamaron los amarillos—. ¡Lo han arrojado al estanque de las tierras del juez Hare! ¡Ánimo, ánimo! —esto último lo dirigían al interfecto, para darle consuelo.

—¿Quién lo hizo? —preguntaron los púrpuras mientras trataban de no reírse.

—Los hombres del señor Pinner.

—¡Hurra! —exclamó Pinner, que se abrió paso hasta la primera fila, con una gran estrella bermeja y púrpura en el abrigo, y se olvidó de sus modales—. ¡Qué espléndida noticia! ¿Mis campesinos, dicen? Les daré una corona por cabeza esta noche, para celebrarlo, vaya que sí.

El desgraciado, que avanzaba totalmente empapado, aceleró tanto como se lo permitía su lamentable estado y sus piernas temblorosas; se habría arrastrado sin piernas antes que permanecer expuesto a la mirada del enemigo en tan ignominioso estado. El gentío siguió adelante, con el mentón erguido, y fingió no prestarle atención; todos, excepto el joven lord Vane. Este permaneció más tiempo observando al pato mareado y parecía dispuesto a lanzarse a un baile de celebración por su cuenta.

—¡Qué idiota he sido, al intentarlo en West Lynne! —profería el desgraciado.

La señorita Carlyle puso la mano sobre el brazo de su pálida acompañante.

—¿Ve usted a mi hermano Archibald?

—Lo veo —dijo lady Isabel.

—¿Y ve al otro, ese lamentable desecho, demasiado despreciable para seguir vivo? Mírelos a los dos, y compárelos. Compárelos bien.

—¿Sí? —fue la vacilante respuesta.

—La mujer que llamaba esposo a ese hombre noble lo abandonó por el otro. ¿Cree que se arrepintió de su locura?

Madame Vine no pudo responder.

Se preguntará el lector por qué el caballero sumergido caminaba por la calle, de regreso a su refugio en la taberna de Raven Inn (pues le habían expulsado de la de Buck's Head); no le quedaba más remedio. Mientras goteaba y juraba fuera del estanque, y se preguntaba cómo llegaría a Raven Inn, una calesa pasó a su lado y el señor Drake la paró. Pero, cuando el conductor vio que el pasajero era sir Francis Levison, se negó a llevarlo. Adujo que su vehículo estaba recién tapizado con terciopelo rojo, y no estaba dispuesto a echarlo a perder. Así que azuzó a su caballo y se alejó, y dejó tirados a los tres hombres, entre la desesperación y la ira. Sir Francis quería que fueran a por otro vehículo; sus amigos le dijeron que, si esperaba tanto, tal vez caería enfermo, y que era mejor acercarse a la posada a pie. Se opuso, pero le castañeteaban los dientes, temblaba y tenía ganas de vomitar, y los dos hombres le ayudaron a erguirse y emprendieron el camino hacia Raven Inn. Pero no se esperaban el encuentro con los seguidores del señor Carlyle y el propio candidato; antes que hacerles frente, Francis Levison habría preferido sumergirse por su propio pie en el estanque.

Ese día la señorita Carlyle fue a cenar a East Lynne, acompañada de la señora Carlyle, madame Vine y Lucy. Lord Vane se las encontró y volvió al mismo tiempo, pues, naturalmente, East Lynne era el cuartel general de su padre y de él mismo. Desde el encuentro con el trío, estaba en el séptimo cielo.

—¡Te habrías muerto de risa, Lucy, si hubieras visto al lamentable tipejo, todo empapado de la cabeza a los pies! Daría mi paga de los próximos seis meses por tener una fotografía del momento.

Lucy se rio, complacida; poco sospechaba lo duramente que el «lamentable tipejo» la había injuriado a través de su desgraciada madre.

Cuando la señorita Carlyle se quitaba el abrigo en su vestidor, el mismo lugar en que una noche durmió Richard Hare, llamó a Joyce. Como visitaba con frecuencia a su hermano y pasaba unos días en East Lynne, conservaban

esas habitaciones listas para ella, y aún las llamaban «las habitaciones de la señorita Carlyle».

—¡Menudo espectáculo hemos tenido esta tarde en el pueblo, Joyce!

—Lo sé, señora. Se lo merece, ¡y merecería que lo hubieran dejado ahogarse! Bill White, el encargado del señor Pinner, ha pasado por aquí y nos lo contó. Creo que se moría de ganas de contarlo y, si no lo hubiera hecho, habría estallado. Jamás vi a un hombre tan contento. Peter se echó a llorar.

—¡A llorar! —exclamó la señorita Carlyle.

—Bueno, señora, ya sabe lo mucho que quería a lady Isabel, y se dejó llevar por sus sentimientos. Dijo que hacía mucho tiempo que no oía algo que lo hiciera tan feliz, se puso a llorar y le dio a Bill White media corona de su bolsillo. Bill White le dijo que él había sido uno de los que levantó al caballero por la pierna y lo arrojó al estanque. Afy lo vio (disculpe que diga su nombre, señora; ya sé que no tiene usted de ella un buen concepto) y, cuando lo contaba, casi pierde los nervios.

—¿Cómo que lo vio? —dijo la señorita Carlyle, su ecuanimidad alterada por el nombre de la muchacha—. No la vi, y, yo estaba allí.

—Venía hacia aquí con un mensaje de la señora Latimer para la institutriz: unas noticias que habían recibido de Alemania, de la joven esposa de un conde alemán. Afy dijo que cruzó el campo y cuando había llegado a los peldaños del estanque, empezó todo.

—¿Y dices que perdió los nervios? ¿Por qué? —preguntó la señorita Carlyle.

—Dijo que se alteró mucho —replicó Joyce.

—Habría sido mejor que la arrojaran al estanque a ella también —fue la respuesta de la enfadada señorita Carlyle.

Joyce guardó silencio. No servía de nada contradecir a la señorita Corny. Era consciente, en su fuero interno, de que Afy merecía una lección, si bien no tanto como terminar empapada en un estanque pestilente.

—Joyce —dijo la señorita Carlyle, que cambió bruscamente de tema—. ¿Te recuerda a alguien la institutriz?

—¿Madame Vine? —dijo Joyce, algo sorprendida—. ¿Se refiere a la institutriz?

—¿Crees que me refiero a ti, o a mí? ¿Acaso somos institutrices? —

replicó irascible la señorita Corny—. Pues claro que me refiero a madame Vine. ¿A quién si no?

Se giró, pues estaba mirándose en el espejo, y escrutó a Joyce mientras esperaba su respuesta. Esta bajó la voz.

—Hay veces en que me recuerda a mi pobre señora, en el rostro y los gestos. No lo he dicho en voz alta, porque el nombre de lady Isabel no se puede pronunciar en esta casa.

—¿La has visto sin gafas?

—No, nunca.

—Yo sí, hoy —respondió la señorita Carlyle—. Y déjame que te diga, Joyce, que me quedé asombrada del parecido. Es extraordinario. Como si el fantasma de lady Isabel Vane hubiera vuelto a caminar entre los vivos.

—¡Oh, señora, no bromea con estas cosas! —exclamó Joyce, implorando.

—¿Bromear? ¿Es que bromeo? —replicó la señorita Carlyle, pero guardó silencio. Al cabo de unos instantes, dijo—: Me han dicho que William se encuentra peor.

—No creo que esté peor, señora. Está débil y tiene mal aspecto, eso sí, sobre todo por la noche. Pero no creo que sea grave, aunque hay quien dice lo contrario.

—Si hay que creer lo que me dicen, está grave —dijo la señorita Corny.

—¿Quién se lo ha dicho, señora?

—La institutriz, esta misma tarde. Dijo que era un caso desesperado, y su tono era tan desesperado como lo que me decía.

—Sé que ella está convencida de que el niño está muy mal. Me lo ha comentado varias veces los últimos días.

—No me sorprendería que tuviera razón —concluyó la señorita Corny, fríamente—. Es digno hijo de su madre, con la misma constitución física, y ella no era una mujer fuerte.

Esa noche, después de cenar, la señorita Carlyle y lord Mount Severn se sentaron en el mismo sofá, con una taza de café. Sir John Dobede y unos caballeros también habían sido invitados. El joven Vane, Lucy y la señora Carlyle se reían mientras conversaban; y la estancia se llenaba de charla y ambiente. Aprovechando el momento, la señorita Carlyle se volvió hacia el conde.

—¿Se comprobó fehacientemente la muerte de lady Isabel Vane?

El conde la miró, atónito. Le pareció la pregunta más extraña del mundo.

—No la entiendo, señorita Carlyle. Claro que está muerta.

—Cuando le comunicaron el accidente, imagino que se aseguró de cerciorarse de los detalles.

—Era mi deber, sí. No podía permitir que lo hiciera nadie más.

—Entonces, ¿comprobó usted, sin el menor género de duda, que había muerto en el accidente de tren?

—Claro que sí. Murió esa misma noche, a causa de las heridas.

Hubo una pausa en la que la señorita Carlyle reflexionó. Luego volvió a la carga, no del todo convencida.

—¿Está seguro de que no hay la menor posibilidad de error? ¿Está seguro de que lady Isabel murió?

—Estoy tan seguro de que murió como de que nosotros estamos vivos — dijo sin vacilar el conde, pues así lo creía—. ¿Por qué me lo pregunta?

—Hoy se me ocurrió la posibilidad de que no hubiera muerto.

—Si se hubiera producido algún error, o el informe de su muerte fuera falso, lo habría descubierto, pues habría tratado de cobrar la pensión que establecí para ella. Pero nadie, nunca, ha intentado retirar un centavo. Además, me habría escrito, tal y como acordamos. ¡No, pobre mujer! Está muerta, estoy seguro, y con ella enterró sus pecados.

Eran pruebas convincentes, y la señorita Carlyle se dejó convencer.

A la mañana siguiente lord Vane, Lucy y William corrían por el prado; el vizconde se había sumado al desayuno de madame Vine y sus pupilos, sin pedir permiso. Las carreras de William eran más bien suaves, porque se cansaba y perdía el aliento. Lord Vane le daba ventaja a Lucy, pero luego procedía a vencerla, y, si la niña perdía, tenía que darle cinco besos. Lucy decía que uno era suficiente, pero Vane insistía en cobrarse los cinco. Lady Isabel había colocado a Archibald sobre sus rodillas, en el saloncito gris, y lo abrazaba con el cariño de una madre cuando entró el señor Carlyle.

—¿Permite usted la entrada de intrusos, madame Vine? —exclamó, con una sonrisa dulce y su agradable actitud.

Lady Isabel dejó al niño en el suelo y se levantó, con el rostro arrebolado y el corazón agitado. Archie salió corriendo hacia los demás niños en el

prado.

—Siéntese, por favor —dijo el señor Carlyle mientras se sentaba frente a ella y admiraba sus gafas de carey—. ¿Cómo está William? Dígame lo que piensa, pues eso he venido a preguntarle.

Trató de controlarse y de hablar en tono tranquilo, pese a estar a solas con el que había sido su marido.

—No hay diferencia. Sigue igual —murmuró; reuniendo valor, preguntó—: Me pareció que la otra noche dijo que buscaría otra opinión, señor.

—Así es. Tenía intención de llevarlo a Lynneborough, a ver al doctor Martin, y el paseo le habría sentado bien, pero he estado tan ocupado que no he tenido tiempo. Tampoco sé si podré, en los próximos meses.

—Déjeme llevarlo, señor —exclamó ella, anhelante—. Creo que no hay tiempo que perder. Podríamos ir en tren, y no creo que ponga reparos —dijo, y añadió rápidamente—: Ya sabe que puede confiar en mí.

El señor Carlyle sonrió.

—Sí, sé que puedo confiarle a mi hijo —dijo—. Y me parece bien la idea, si no le resulta a usted una molestia.

¡Una molestia! Cuando la vida de su hijo corría peligro.

—Podemos ir hoy mismo, señor —dijo ella, con impaciencia.

—Preguntaré si la señora Carlyle necesita el carruaje de los ponis —dijo él—. Sería mejor que fueran con el carruaje, en vez de ir en un vagón de tren.

El corazón de lady Isabel se agitó, rebelde. ¿Acaso eran más importantes los caprichos de la señora Carlyle que la salud de su hijo? Luchó contra su reacción y se obligó a doblar las manos dócilmente sobre el regazo: ¿era ese el espíritu con el que había prometido cargar con su cruz? Últimamente se había tenido que contener más de una vez.

El señor Carlyle regresó.

—Dispone usted del carruaje de los ponis, madame Vine. John los acompañará hasta el Royal, el hotel en el que me alojo en Lynneborough. El doctor Martin vive a unos pasos de allí. Pida lo que necesite en el hotel, y se cargará a mi cuenta. Quizá sea mejor que coman aquí, antes de salir; no sé si es prudente que William espere tanto para alimentarse.

—Muy bien, señor. Gracias. ¿A qué hora podemos irnos?

—Cuando quiera. ¿A las diez? ¿Le parece bien?

—Sí, señor, muy bien. Muchas gracias.

—¿Gracias, por qué? —exclamó sonriente el señor Carlyle—. ¿Por obligarla a emprender un viaje? Veamos, el médico le cobrará una guinea —dijo mientras sacaba el dinero.

—Oh, no, no se preocupe —dijo ella, rápidamente—. Lo pagaré yo misma. Lo prefiero.

El señor Carlyle la miró sorprendido y no dijo nada. Simplemente, depositó el soberano y el chelín encima de la mesa. Madame Vine se maldijo: ¿cómo había podido olvidar su lugar? Solo era la institutriz.

¡Pobre y desgraciada lady Isabel! Recordó aquella mañana, hacía años, cuando lord Mount Severn le había entregado dinero: tres soberanos, y el billete de cien libras que tan generosamente le habían entregado en otra ocasión. Entonces ella era la elegida; así era, aunque no lo había dicho. ¿Y ahora? Un puñal se clavó en su amargo corazón.

—Recuérdle al doctor Martin que la constitución del niño es muy parecida a la de su madre —continuó el señor Carlyle, ligeramente arrebolado al mencionar, por levemente que fuera, a su primera esposa—. Quizá le sirva para su diagnóstico. Cuando lo atendió hace más de un año dijo que era importante.

—Así lo haré, señor.

Carlyle cruzó la estancia y fue a desayunar. Lady Isabel subió arriba y se hundió en una agonía de lágrimas y desesperación. ¡Oh, amarlo como lo amaba ahora! ¡Desear su afecto con tanta pasión, con anhelo celoso a pesar de saber que estaban irremediablemente separados, para siempre! ¡Saber que, para él, no era nada, o peor que nada: no existía!

No era así como había jurado soportar su cruz.

Capítulo 47: Un oso ruso en West Lynne

El señor Carlyle arengó al pueblo desde el balcón de la posada de Buck's Head, un antiguo establecimiento de larga reputación que antaño había sido casa de postas. El balcón conservaba la antigua usanza, ancho y con balaustrada, de color verde. Había mucho sitio para que se congregaran sus amigos. El señor Carlyle era un orador convincente, se ganaba el corazón y la mente de los votantes, pero, si hubiera hablado con ciruelas en la boca, tartamudeado cada dos palabras, interrumpiéndose sin saber qué decir, los aplausos y los vítores habrían sido igual de entusiastas. Pues el señor Carlyle era inmensamente popular en West Lynne, aparte del mérito de su candidatura y su oratoria, y el pueblo hizo causa común a su favor y en contra de sir Francis Levison.

En su posada, Raven Inn, sir Francis también arengaba a las masas, pero de manera menos noble. No contaba con balcón, y tuvo que dejarse caer desde la ventana del primer piso hasta el ventanal del salón, y allí se quedó. La posada de Raven Inn, si bien también era un establecimiento antiguo, cómodo y respetable, solo contaba con ventanas de batientes en el primer piso, que no es lo mejor para pronunciar discursos. Así que tuvo que conformarse con la ventana en forma de bahía, no muy cómoda, bastante estrecha, y no se atrevía a mover los pies ni las manos por si se caía sobre el mar de caras que le escuchaba. El señor Drake bajó para darle apoyo, y el abogado hizo lo mismo el primer día. Solo el primer día, pues el ínclito señor, al no ser tan alto como sir Francis Levison y no llegar al hombro del señor Drake, y más ancho que

los dos, se veía con dificultad a la hora de moverse y salir del hueco. Al fin lo lograron entre los dos, sir Francis tiró de él y el señor Drake empujó por detrás, además de la escalera que trajo el posadero para ayudarlos, entre las risas del público. El abogado se limpió el sudor cuando estuvo a salvo y prometió no volver a hacer piruetas similares en las ventanas ajenas. Después de eso, el candidato y su amigo compartieron la ventana de bahía. El abogado se llamaba Rubiny, y se creía, erróneamente, que derivaba de Reuben.

Allí estaban una tarde, sir Francis hacía gala de su elocuencia (lástima que fuera tan mal orador) y la gente se reía, silbaba, gruñía y aplaudía, y bloqueaba el paso en la calle. Sir Francis no podía quejarse de no tener público. Todo West Lynne se había conjurado para que no le faltase compañía: unos pocos venían a aplaudirlo, cierto, pero muchos más a burlarse y silbarlo. Esa tarde el volumen de asistentes era notablemente alto, pues el señor Carlyle acababa de concluir su discurso en el Buck's Head, y la gente que había ido a escucharlo corrió a incrementar las filas del discurso de sir Francis. Entraban a codazos, se empujaban y pisaban, cuando se abrió paso entre ellos una calesa que los dispersó. Los caballos llevaban enseñas escarlatas y púrpuras y una dama, muy bonita, iba dentro: era la señora Carlyle.

No era tan fácil dispersar a la masa; había mucha gente. El carruaje avanzaba a paso de tortuga y, de vez en cuando, tenía que detenerse. El discurso de sir Francis Levison hizo un alto, hasta que se despejara la confusión. No saludó a Barbara; recordaba lo sucedido al saludar a la señorita Carlyle, y el interludio del estanque le había bajado los humos y la insolencia. Se quedó en la ventana, sin mirar a Barbara ni a nadie en particular, y esperó que pasara la interrupción.

Barbara, protegida por su elegante parasol bordado, lo miró disimuladamente. En ese momento, Levison levantó la mano derecha, echó la cabeza ligeramente hacia atrás y se apartó el flequillo de la frente. Su mano era blanca y delicada como la de una dama y su enorme anillo de brillantes resplandecía al sol. Barbara se quedó boquiabierta, se puso roja como la grana y frunció el ceño como si le doliera la cabeza.

—¡Si es el gesto que Richard describía! ¡El que utilizaba Thorn en East Lynne! Estoy convencida en lo más hondo de mi corazón de que este hombre es el mismísimo Thorn: Richard debió equivocarse al decir que conocía a sir

Francis Levison.

Puso las manos sobre las rodillas, sin importarle el candidato, la gente y lo que la rodeaba, excepto sus pensamientos atribulados. Cien veces la saludaban con respeto y cien veces atendía mecánicamente. Gritaban:

—¡Larga vida a Carlyle! ¡Carlyle para siempre!

Barbara inclinaba su linda cabeza a ambos lados del carruaje, y el vehículo por fin pudo avanzar y se alejó.

Al apartarse la muchedumbre, el señor Dill (que había venido a escuchar el discurso del oponente de su jefe) y el señor Ebenezer James se encontraron. El señor James llevaba doce o quince años tratando de establecerse en diversos negocios, con escasa fortuna. Era, como se suele decir, una piedra que rodaba sin criar hierba. Al principio había sido empleado del señor Carlyle; luego había ingresado en el Teatro Real de Lynneborough; después trabajó de subastero, viajante de aceite y de telas, párroco y pastor de una secta, conductor de ómnibus, recaudador del impuesto del agua, y ahora era administrativo, pero no en la oficina del señor Carlyle, sino en la de Ball y Treadman, abogados de West Lynne. Era un hombre afable, de buen talante, y eso era lo peor que podía decirse de él, excepto que siempre iba justo de dinero. Su padre era un hombre respetable que había ganado dinero como comerciante, casado en segundas nupcias, con una segunda familia, y su hijo primogénito no percibía gran cosa, aunque sí recibía una cuantiosa porción de la ira paterna.

—Vaya, Ebenezer, ¿cómo le van las cosas? —exclamó el señor Dill, a modo de saludo.

—Tirando. Nunca acaban de arreglarse del todo.

—Me pareció verlo en casa de su padre ayer.

—Sí, entré y salí enseguida. Soy como un mono cuando entro en esa casa: recibo más golpes que peniques. Pero, ¡cuidado, no vayamos a interrumpir el discurso!

Por supuesto que con «discurso» se refería a sir Francis Levison, y los dos se dispusieron a escucharlo: el señor Dill, con rostro serio, y el señor Ebenezer sonriente. Pero el movimiento del gentío volvió a apartarlos del centro del público que atendía al orador, fuera de su vista, si bien aún lo oían, parcialmente. Así disfrutaban de la visión de la calle, y vieron que algo avanzaba hacia ellos: les pareció un oso ruso que caminaba sobre sus patas

traseras.

—¡Válgame Dios! —exclamó el señor Ebenezer James, tras una prolongada pausa de contemplación consternada—. Pero ¡si es Bethel!

—¡Bethel! —repitió el anciano Dill mientras observaba a la figura—. Pero ¿qué le ha pasado?

En efecto, era el señor Otway Bethel, que acababa de llegar del extranjero y aún llevaba las ropas de viaje. Era un traje de apariencia descuidada, un sombrero andrajoso y una barba tupida que habría desatado la ira (y las pelucas) del juez Hare. Parecía un salvaje, y el señor Dill dio un paso atrás al tenerlo cerca, como si temiera que se tratara de un animal de verdad y fuera a morderlos.

—¿Quién es usted? —exclamó.

—Me llamaban Bethel —dijo el salvaje mientras tendía la mano al señor Dill—. ¡Vaya, veo que sigue usted por aquí, James, vivo y coleando!

—Y espero seguir vivo mucho más —replicó el señor James—. ¿De dónde viene con esta pinta? ¿De un campamento en el Polo Norte?

—No de tan lejos. ¿Qué pasa aquí?

—¿Cuándo llegó, señor Otway? —preguntó el señor Dill.

—Ahora, en el tren de las cuatro. ¿Qué pasa, qué es todo esto?

—Nada, unas elecciones —dijo el señor James—. Attley estiró la pata.

—No preguntaba por las elecciones, ya me lo contaron en la estación —replicó Otway Bethel, impaciente—. Me refiero a esto —dijo mientras señalaba el gentío.

—Es uno de los candidatos, gastando aliento y palabras. Levison.

—No me diga —exclamó Otway Bethel, y miró al señor Dill—. Pero, a ver... ¿No es algo raro, digo, bastante raro, que sea *él* precisamente el contrincante de Carlyle?

—Es infame y despreciable —fue la respuesta del anciano—. Pero tiene lo que se merece, señor Otway, ya ha empezado a probar el sabor de la hiel. Ayer lo arrojaron al estanque del juez Hare.

—Y tenía un aspecto lamentable cuando salió, arrastrándose como una rana empapada —dijo Ebenezer James mientras Otway Bethel estallaba en una carcajada—. En la posada de Raven Inn le cubrieron con mantas calientes y le dieron *brandy* para que se recuperara. Hoy parece que está mejor.

—¿Creen que ganará?

—¡Ganar contra Carlyle! No tiene la más remota posibilidad, y si el Gobierno es quien lo ha mandado, son un hatajo de idiotas, y desconocen lo mucho que la gente aprecia a Carlyle. Bethel, diga, ¿se viste así la gente de donde ha estado?

—Así se visten los que tienen poco dinero cuando hace mucho frío. Si quiere le vendo el traje, James, a mitad de precio. Vamos a ver qué se cuenta este Levison. Nunca le he visto.

Hubo otra interrupción, causada por la camioneta de reparto del tren, que traía algunas maletas. Entre la confusión, lograron situarse cerca de la primera fila, no muy lejos de sir Francis. Otway Bethel lo miró asombrado.

—Pero... ¿cuándo ha venido? ¿Qué está haciendo?

—¿Quién?

Señaló con el dedo.

—El hombre que tiene el pañuelo blanco en la mano.

—Ese es sir Francis.

—¡No! —exclamó Bethel, con un mundo de significado en su tono—. ¡Por Júpiter! ¿Ese hombre es sir Francis Levison?

En ese momento los ojos de Francis Levison y de Otway Bethel se cruzaron. Bethel levantó su maltrecho sombrero en señal de saludo, y el rostro de sir Francis se transformó en una mueca de horror. Por un instante, perdió su presencia de ánimo. Al siguiente, se puso el monóculo en el ojo y devolvió la mirada al señor Bethel con altivez y desprecio, como si quisiera decir «No sé quién es usted, señor mío, y por qué se toma la libertad de mirarme así». Pero sus labios y sus mejillas estaban blancas como el mármol.

—¿Conoce al señor Levison, señor Otway? —preguntó el señor Dill.

—Un poco, de hace tiempo.

—Cuando no era Levison, sino otro, ¿eh, Bethel? —se rio Ebenezer James.

Bethel se giró y miró al señor James furioso, cuando el baronet le estaba mirando.

—¿Qué quiere decir? Métase en sus asuntos.

Saludó a Dill y desapareció entre la gente, sin dirigir la palabra a James. El anciano Dill le preguntó a este:

—¿Qué ha querido decir con eso, señor James?

—Nada, nada —se rio Ebenezer y añadió, mientras señalando a sir Francis—: Solo que ese de ahí no siempre ha sido un gran señor.

—¡Ah!

—Me he callado mucho tiempo, porque no era asunto mío, pero no me importa decirlo. ¿Sabe que ese gran baronet, que quiere ser diputado por West Lynne, hace años frecuentaba Abbey Wood, porque andaba loco por Afy Hallijohn? Entonces no se hacía llamar Levison.

El señor Dill sintió como si cien agujas se clavaran en su memoria, y enseguida pensó en las dudas y problemas que el señor Carlyle había compartido con él, relativos a la desgraciada situación de Richard Hare y el misterioso señor Thorn. Puso la mano en el brazo del otro.

—Ebenezer James, dígame cómo se hacía llamar.

—Thorn. Era tan relamido entonces como ahora. Galopaba desde Swainson al atardecer, ataba su caballo en el bosque e iba a ver a la señorita Afy.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque los vi, una docena de veces. Yo mismo bebía los vientos por Afy entonces, y solía visitarla. Si no hubiera sido por él, y por ese asesino de Dick Hare, quizá Afy me habría hecho más caso. No es que Dick le importara un comino, pero los dos eran caballeros, comparados conmigo. Ahora doy gracias a la fortuna, tuve suerte de escapar: si me hubiera casado con ella, mis problemas no habrían terminado jamás. Ahora, de vez en cuando, tengo algún respiro.

—¿Sabía entonces que era Francis Levison?

—No. Se hacía llamar Thorn, ya se lo he dicho. Cuando llegó como candidato frente a Carlyle, me quedé sin habla, como Bethel hace un minuto. Ah, me dije, así que Thorn es cosa del pasado, y es la hora de Levison.

—¿De qué lo conocía Otway Bethel?

—De nada, que yo sepa. Pero Bethel también frecuentaba el bosque, iba detrás de otra muchacha, y debió ver a Thorn allí, igual que yo. Ya ha visto que le ha reconocido.

—Thorn, quiero decir Levison, no parecía complacido de que lo hubiera reconocido —dijo el señor Dill.

—¿Y quién lo habría estado en su lugar? —se rio Ebenezer James—. A mí tampoco me gusta que me recuerden mis locuras de juventud, y eso que soy pobre. Imagínese lo embarazoso que sería para Levison que se supiera que en el pasado se hacía llamar Thorn y andaba detrás de las faldas de la señorita Afy Hallijohn.

—¿Por qué se hacía llamar Thorn? ¿Por qué ocultar su verdadero nombre?

—No lo sé. Pero cuál es su verdadero nombre, esa es la cuestión: ¿Levison o Thorn?

—¡No diga tonterías, señor Ebenezer!

El señor Dill trató de abrirse paso entre el gentío para comunicar al señor Carlyle el singular descubrimiento. Sin embargo, había demasiada gente y tuvo que esperar una oportunidad para deslizarse entre ellos, con toda la paciencia que pudo concitar. Por fin alcanzó la oficina, y entró en el despacho del señor Carlyle, que estaba sentado en su escritorio, firmando cartas.

—¡Dill, está usted sin aliento!

—No le extrañe, señor Archibald. Acaban de decirme algo extraordinario sobre Thorn. ¿A que no adivina quién es?

El señor Carlyle depositó la pluma en la mesa, y miró fijamente a su empleado: nunca lo había visto tan agitado.

—Es ese hombre, Levison.

—No le entiendo —dijo el señor Carlyle.

Y así era, como si le hablara en chino.

—El Levison de hoy, su oponente, es el Thorn que visitaba a Afy Hallijohn. Se lo aseguro, señor Archibald.

—¡No puede ser! —exclamó el señor Carlyle, mientras una idea tras otra se abría paso en su cerebro—. ¿Quién le ha dicho eso?

El señor Dill se lo contó todo, que Otway Bethel había reconocido a Levison, la reacción de sir Francis y la revelación de Ebenezer James.

—Más de una vez Bethel me ha negado que conociera a Thorn, o que supiera de la existencia de ese hombre —dijo el señor Carlyle.

—Debió mentirle por alguna razón —replicó el señor Dill—, pues hoy se reconocieron mutuamente. Levison lo reconoció, aunque disimuló.

—Y Bethel lo reconoció como Thorn, no como Levison.

—Así es. No mencionó el nombre, pero evidentemente estaba asombrado

al oír que se hacía llamar Levison. Estoy seguro de que, entre esos dos, hay un secreto, señor Archibald, tan seguro como que me llamo Dill.

—La opinión de la señora Hare era que Bethel tuvo algo que ver con el asesinato —dijo el señor Carlyle, que bajó la voz.

—Si el asesinato es su secreto, tenga por seguro que Bethel estuvo mezclado en ello —fue la respuesta—. Señor Archibald, me parece que ha llegado el momento de limpiar el nombre de Richard Hare. Ahora o nunca.

—Estoy de acuerdo, pero ¿cómo hacerlo? —respondió el señor Carlyle.

Mientras, Barbara se dirigía a su casa en el carruaje mientras reflexionaba tan febrilmente, como el señor Carlyle, y más agitada. Salió rápidamente del vehículo en cuanto se detuvo, y desdenó el brazo que le ofrecía el criado, con los labios apretados y el semblante ausente: estaba decidida a hacer algo. William y madame Vine se cruzaron con ella en el vestíbulo.

—Venimos de ver al doctor Martin, señora Carlyle.

—Sí, mamá, y dice que...

—Ahora no tengo tiempo, William. La veré más tarde, madame Vine.

Subió corriendo a su vestidor y madame Vine la siguió con ojos llenos de reproche. «¿Por qué iba a importarle? —pensó—. No es su hijo».

Barbara arrojó su parasol en una silla y los guantes en el tocador y se sentó en su escritorio. «Le escribiré, le haré venir aquí, aunque solo sea una hora —exclamó apasionadamente—. Así se aclarará todo, y me aseguraré de que se trata de ese hombre. ¡Es el mismo gesto que Richard me describió, y tiene un anillo de diamante! Para bien o para mal le pediré que venga, y, si Dios nos acompaña, todo irá bien.»

Tras escribir la carta, pidió que le trajeran el carruaje; no confiaba en nadie para llevarla a correos.

Querido señor Smith. Lo necesitamos aquí. Ha surgido algo que debe usted saber. ¿Puede venir el sábado? Venga al parque, cerca del camino cubierto, la tarde del sábado.

Suya,

B.

La carta iba dirigida al señor Smith, en Liverpool: la última dirección que Richard les había dejado. Barbara, como se puede ver, era muy cuidadosa, pues escribió «señor Smith» en el interior de la misiva, no solo en la dirección externa.

«¡Espera! —se dijo, mientras doblaba la carta—. Debería mandarle un billete de cinco libras, por si no tiene dinero como para venir. No creo que tenga tanto en casa».

Miró en su secreter. Ni un centavo. Salió de la habitación y se encontró con Joyce, que venía por el pasillo.

—¿Tienes cinco libras, Joyce?

—No, señora.

—Seguro que madame Vine las tiene. Le pagué su salario la semana pasada, y le di dos billetes de cinco libras.

Bajó al salón gris a pedirle el dinero a la institutriz.

—Madame Vine, ¿le importaría dejarme un billete de cinco libras? Tengo que mandar esa cantidad por carta y ahora no llevo suficiente dinero.

Madame Vine fue a su habitación a por el billete. Mientras esperaba, Barbara le preguntó a William qué había dicho el doctor Martin.

—Escuchó mi pecho con... Bueno, he olvidado cómo se llama el aparato. Y me dijo que debía portarme bien, ser valiente y tomarme el aceite de hígado de bacalao. Y también oporto, y todo lo que me gustara. Y dijo que vendría a West Lynne el miércoles por la tarde, y que yo debía estar aquí, porque volvería a visitarme.

—¿Dónde va a examinarte?

—En el despacho de papá, o en casa de la tía Cornelia, lo que nos parezca mejor. Madame se decidió por la oficina de papá, porque pensó que le gustaría ver al doctor Martin. ¿Mamá?

—Dime —dijo Barbara.

—Madame Vine ha venido todo el camino llorando. ¿Por qué será?

—No lo sé. ¿Llorando, dices?

—Sí, pero se limpia los ojos por debajo de las gafas, y cree que no me doy cuenta. Sé que estoy muy enfermo, pero ¿por qué iba a llorar por eso?

—¡No digas tonterías William! ¿Quién te ha dicho que estás muy enfermo?

—Nadie. Supongo que lo estoy, nada más. —Y añadió reflexionando—:

Si Joyce o Lucy lloraran, lo entendería; ellas me conocen desde que soy pequeño.

—¡Tienes mucha imaginación! Siempre la has tenido. No es lógico pensar que madame lllore porque estés enfermo.

Madame regresó con el billete. Barbara le dio las gracias, subió arriba y, en un minuto, volvía a estar en el carruaje, camino de la estafeta de correos.

Cuando los caballeros vinieron a cenar, estaba de vuelta lista para bajar. El señor Carlyle subió al dormitorio. Barbara, como las personas que actúan impulsivamente, ya había tenido tiempo de calmarse, y dudaba si se había precipitado al pedirle a Richard que viniera a East Lynne. Le confesó sus dudas a su marido, que siempre era un refugio ante su perplejidad.

—Archibald, me temo que he cometido un error.

El señor Carlyle se rio.

—Me temo que todos lo hacemos a menudo, Barbara. ¿De qué se trata?

Se había instalado en uno de los sillones favoritos de Barbara, y ella estaba de pie frente a él y se reclinaba contra su hombro y ocultando ligeramente el rostro, de modo que Carlyle no podía verla. Se disponía a confesarle lo que había hecho y prefería hacerlo así.

—Es algo en lo que llevo pensando hace años. Y no me gustaba la idea de contártelo.

—¡Años!

—¿Recuerdas esa noche, hace tiempo, cuando Richard estuvo en casa, disfrazado?

—¿Qué noche, Barbara? Vino más de una vez.

—La noche... La noche en que lady Isabel se fue de East Lynne —respondió ella, sin saber cómo recordárselo, y tomó su mano con amor al decirlo—. Richard volvió de nuevo, después de irse, para decirme que había visto a Thorn. Describió el peculiar gesto de su mano al echarse el pelo atrás, y mencionó una mano blanca y un anillo de diamantes, y cómo resplandecía a la luz de la luna. ¿Lo recuerdas?

—Sí.

—Yo también recuerdo el gesto, porque lo había visto repetidamente en alguien que se alojaba en East Lynne. Me extrañaba que tú no lo reconocieras. Desde esa noche, no tuve duda de que Thorn era el capitán Levison.

Hubo una pausa.

—¿Por qué no me lo dijiste, Barbara?

—¿Cómo podía mencionar su nombre? ¿Con lo que había pasado? Después, cuando Richard vino el día en que nevó tanto, afirmó que conocía a sir Francis Levison, y que lo había visto junto a Thorn, y eso me desconcertó. Pero hoy, al pasar frente a la posada de Raven Inn, lo vi dando un discurso, y repitió el mismo gesto, ese que recuerdo tan bien.

Barbara se calló, pero el señor Carlyle no dijo nada. Su esposa prosiguió:

—Estoy convencida de que son la misma persona y de que Richard, inexplicablemente, se confundió al decir que conocía a Francis Levison. Además, ¿quién, si no él, vestido de traje, pudo cruzar el jardín esa noche? No hay casas por los alrededores, excepto East Lynne, y ese camino convenía a quien quisiera evitar el camino principal, para adentrarse en... Ya sabes que se reunió con..., que el carruaje regresaba de casa de la señora Jeafferson, y que llegó hasta East Lynne. Debió volver directamente a pie hasta West Lynne, para alquilar el otro vehículo, y pasar por allí. Discúlpame, Archibald, que te haga recordar esos detalles, pero estoy segura de que Thorn y Levison son la misma persona.

—Lo sé —dijo él, con voz tranquila.

Barbara, asombrada, se echó hacia atrás y lo miró sin decir nada. El señor Carlyle le devolvió la mirada con severa dignidad.

—¡Oh, Archibald! ¿Lo sabías ya entonces?

—Lo he sabido esta tarde, y jamás lo sospeché.

—Me extrañaba mucho que así fuera.

—Sí, también a mí me parece extraño. Dill, Ebenezer James y Otway Bethel, que ha regresado a West Lynne hoy, estaban frente a la posada de Raven Inn, escuchando el discurso de Levison, y Bethel lo reconoció. Pero no como Levison, y se quedó notablemente sorprendido al descubrir que se hacía llamar así. Según dicen, Levison se asustó al ver a Bethel, y este no dio más explicaciones y se fue. Pero James le contó a Dill que Levison era Thorn, el hombre que solía visitar a Afy Hallijohn.

—¿Cómo lo sabía? —preguntó Barbara, sin aliento.

—Porque Ebenezer James también iba detrás de Afy, y había visto a Thorn en el bosque varias veces. Barbara, estoy convencido de que Levison mató a Hallijohn, pero quizá Bethel también estuvo implicado.

—¡Qué extraño! —exclamó Barbara, agitada—. Mamá me dijo ayer que estaba segura de que iba a producirse algún acontecimiento relativo al asesinato. Tuvo un sueño de lo más inquietante sobre Richard, Bethel y alguien más, a quien reconocía en el sueño, pero al despertar no sabía quién era. Se puso muy nerviosa; ya sabes que atribuye gran importancia a esas pesadillas.

—Cualquiera diría que tú también, Barbara.

—No, no, ya sabes que no soy así. Pero es extraño, debes reconocerlo: en cuanto sucede algo relacionado con el asesinato, que nos aporta nuevos datos, viene antecedido por un sueño de mamá. Pero, espera, Bethel te dijo que no conocía a Thorn.

—Lo sé.

—Y ahora resulta que sí, y él siempre ha estado presente en los sueños de mamá. ¿Crees que...? Pero, Archibald, aún no te he dicho que he pedido a Richard que venga.

—¿Lo has hecho?

—Estoy segura de que Levison era Thorn, y me parecía esencial identificarlo. No sabía que hubiera más gente capaz de reconocerlo, y actué impulsivamente. Le mandé una nota a Richard y le pedí que viniera el sábado por la tarde. Ya está enviada.

—Bueno, deberemos protegerle lo mejor que podamos.

—Archibald, querido Archibald, ¿podremos limpiar su nombre? —preguntó Barbara, con lágrimas en los ojos.

—No puedo hacer nada contra Levison.

—¿Cómo que no? ¿Y Richard?

El señor Carlyle inclinó la cabeza con sus ojos claros y sinceros.

—Querida, no tenemos ninguna prueba.

Barbara lo miró con rebeldía y empezó a llorar.

—Tienes que considerar, además, que, si acuso a Levison, parecería una venganza personal.

—Perdóname —susurró ella—. Tienes razón, no lo había visto así. Pero, entonces, ¿qué podemos hacer?

—Tendremos que esperar a que venga Richard —dijo el señor Carlyle.

—¿Tienes cinco libras, Archibald? Como no tenía dinero, he tenido que

pedírselo a madame Vine.

El señor Carlyle abrió su cartera y le entregó el dinero.

Capítulo 48: Un niño enfermo

A la oscura luz del atardecer de abril, a punto de caer la noche, William Carlyle y lady Isabel pasaban la tarde en el salón gris. Había sido un día soleado, pero las tardes de primavera aún refrescaban, y el fuego estaba encendido. Ya no había llamas y las ascuas se apagaban en el hogar, pero madame Vine no prestaba atención al fuego. William yacía en el sofá, y ella, sentada a su lado, lo observaba. Se había quitado las gafas; no cesaba de llorar y ya no temía que los niños la reconocieran. Su hijo estaba exhausto después del viaje a Lynneborough, con los ojos cerrados; ella creía que dormía, pero los abrió.

—¿Cuánto tardaré en morirme?

Las palabras la tomaron desprevenida, y su corazón dio un terrible vuelco.

—¿Qué quieres decir, William? ¿Quién ha dicho que te vas a morir?

—Oh, lo sé. Lo sé por cómo os portáis. ¿Oíste lo que dijo Hannah la otra noche?

—¿Qué? ¿Cuándo?

—Cuando traje el té y yo estaba echado en la alfombra. No dormía, aunque pareciera que sí. Le dijo usted que debía tener más cuidado, porque igual no estaba dormido.

—No lo recuerdo —dijo lady Isabel para tratar de borrar la impresión que las palabras de Hannah habían producido en el niño, si las había oído de veras—. Hannah dice muchas tonterías.

—Dijo que tenía un pie en la tumba.

—Ah, ¿sí? Por eso nadie le hace caso. Es una tontuela. Pronto te pondrás

bien, cuando haga buen tiempo.

—Madame Vine.

—Dime, querido.

—¿Por qué se esfuerza en ocultarme la verdad? ¿Cree que no me doy cuenta? No soy un bebé; podría engañarme si fuera Archibald. ¿Qué me sucede?

—Nada. Solo que no eres fuerte. Cuando estés fuerte, te encontrarás mejor.

William movió la cabeza, incrédulo. Era precisamente el tipo de niño al que resulta difícil ocultarle la verdad: rápido, reflexivo, observador y adelantado para sus años. Si no hubiera oído las palabras de Hannah, habría sospechado al ver el cuidado excesivo con que le trataban, pero no dejaban de murmurarse palabras a su alrededor. En forma de insinuaciones, que le hacían sospechar, o afirmaciones rotundas como las de Hannah, y el niño, en lo más profundo de su corazón, sabía que le esperaba la muerte, como lo sabía la propia muerte.

—Entonces, si no me pasa nada, ¿por qué no pudo hablar con usted el doctor Martin estando yo delante? ¿Por qué tuvo que mandarme a la habitación de al lado? ¿Ve, madame Vine, que soy tan listo como usted?

—Eres un joven muy listo, pero a veces te equivocas —dijo ella, aunque le dolía el corazón.

—No importa la muerte, si Dios nos ama. Lord Vane lo dice. Él tuvo un hermanito que murió.

—Un niño enfermo, que no iba a sobrevivir; de pequeño ya tenía dolencias y la piel muy pálida —dijo lady Isabel.

—¿Cómo! ¿Lo conoció?

—No... Me lo contaron —replicó ella, disimulando lo mejor que pudo su distraída confesión.

—¿No sabe que voy a morir?

—No.

—Entonces, ¿por qué está tan triste desde que nos fuimos de la consulta del doctor Martin? ¿Y por qué está tan triste por mí? No soy hijo suyo.

Las palabras del niño y la escena pudieron más que ella. Se arrodilló al lado del sofá, y se echó a llorar.

—¡Ve lo que le digo! —exclamó William.

—Oh, William... Tuve un niño, hace mucho tiempo, y cuando te miro pienso en él y por eso lloro.

—Lo sé. Lo ha mencionado antes, alguna vez. Dijo que también se llamaba William.

Lady Isabel se inclinó sobre el niño, y las respiraciones de ambos se mezclaron. Tomó la manita de William entre las suyas.

—William, ¿sabes que Dios se lleva a los que más quiere? Cuando te mueras, irás al Cielo y dejarás todas las preocupaciones y tristezas del mundo a tus espaldas. Para muchos de nosotros, hubiera sido mejor que muriéramos de niños.

—¿Para usted?

—Sí —dijo ella débilmente—. He sufrido mucho. A veces pienso que no podré soportarlo.

—Entonces, ¿sigue sufriendo? ¿Ahora?

—Siempre. Hasta que muera. Si hubiera muerto de niña, William, habría escapado a una terrible carga de pena. ¡Oh, el mundo está lleno de tristeza!

—¿De qué tipo?

—Dolor, enfermedades, preocupaciones, pecado, remordimientos, miedos —gimió ella—. No puedo enumerar ni la mitad de la pena que el mundo descarga sobre nosotros. Cuando estás muy, muy cansado William, ¿no te parece un lujo, una dulce felicidad, poder estirarte de noche en tu camita, y esperar a que llegue el sueño?

—Sí. Y a menudo estoy muy cansado.

—Pues a los mayores nos pasa lo mismo: nos agotan las preocupaciones del mundo, y ansiamos llegar a la tumba para poder descansar. Lo deseamos, incluso, y rezamos por ello. Pero quizá no lo entiendas.

—Pero no nos quedaremos en la tumba, ¿verdad, madame Vine?

—No, no, pequeño. Nuestros cuerpos yacen y volverán a levantarse en su esplendorosa belleza el día del Juicio Final. Iremos a un lugar de paz y bendición, donde el dolor y la tristeza no existen. ¡Solo deseo —añadió con el corazón henchido de dolor— que tú y yo estemos juntos!

—¿Quién dice que el mundo es un lugar triste, madame Vine? Creo que, al contrario, es muy bonito, cuando resplandece el sol en un día de verano y las

mariposas vuelan. Debería ver East Lynne en verano, por la mañana, cuando corro por el prado y los árboles se balancean encima de mi cabeza, y el cielo es azul, y las rosas han florecido. No diría entonces que el mundo es triste.

—Tienes razón, es un mundo agradable, que lamentaríamos abandonar, si no nos cansara el dolor. Pero ¿qué es este mundo, en el mejor de sus días, en comparación con el cielo? Hay gente que teme a la muerte; tienen miedo de no pasar por las puertas del cielo. Pero si Dios se lleva a un niño es porque lo ama. Es un país, como dice la señora Barbauld, donde las rosas no tienen espinas, y no están entre las zarzas...

—He visto las flores —la interrumpió William, que se incorporó, ansioso—. Son diez veces más brillantes y hermosas que las de aquí.

—¡Que has visto las flores, dices! ¡Las flores del cielo! —repitió ella, incrédula.

—He visto imágenes. Fuimos a Lynneborough a ver los cuadros del señor Martin, los del día del Juicio Final. No me refiero al doctor Martin —dijo William, y se interrumpió.

—Lo sé.

—Había tres cuadros muy grandes. Uno se llamaba «Los prados del cielo», y es el que más me gustó. ¡Oh, debería haberlo visto! ¿Llegó a verlos, madame Vine?

—No, pero he oído hablar de ellos.

—Había un río, ¿sabe?, y barcas que parecían preciosas góndolas que llevaban a los que se salvaban a las orillas del cielo. Eran figuras en sombras, enfundadas en túnicas blancas, multitudes, porque llenaban todo el aire hasta la ciudad santa, y parecía que venían de las nubes, que descendían de Dios. Las flores que crecían en las orillas del río eran rosas, azules y violetas, de todos los colores, hermosas y resplandecientes, mucho más que nuestras flores.

—¿Quién te llevó a ver esos cuadros?

—Papá. Nos llevó a Lucy y mí, y la señora Hare vino con nosotros, y Barbara también. Entonces no era nuestra mamá. Pero, madame —dijo, y bajó la voz—, adivine qué le preguntó Lucy a papá.

—¿Qué?

—Le preguntó si mamá estaba entre la gente que vestía de blanco, si había subido al cielo. Nuestra mamá era, ya sabe, lady Isabel. Estábamos delante

del cuadro, y mucha gente oyó lo que preguntaba.

Lady Isabel dejó caer su rostro entre sus manos.

—¿Qué contestó él?

—No lo sé. Creo que nada; se giró a hablar con Barbara. Pero fue una tontería de Lucy; Wilson le había dicho que no debía mencionar a lady Isabel delante de papá, nunca. La señorita Manning también se lo había dicho. Cuando llegamos a casa, y Wilson se enteró, dijo que Lucy se merecía una buena tunda.

—¿Por qué no se le puede mencionar lady Isabel a tu padre? —Cuando la pregunta salió de sus labios, se preguntó por qué la había formulado.

—Se lo diré —susurró William—. Porque se fugó y abandonó a papá. Lucy dice que la secuestraron, pero eso es una tontería; ella es muy pequeña y no lo sabe. Yo sí, aunque piensan que no.

—Quizá sí esté entre los que se salven, William, y tú con ella.

El niño se recostó contra el cojín del sofá con un débil suspiro y permaneció en silencio. Lady Isabel giró la cabeza y también guardó silencio. Pronto se dio cuenta de que William estaba sollozando.

—¡No quiero morir! No quiero morirme. ¿Por qué debo abandonar a papá y a Lucy?

Lady Isabel lo abrazó con fuerza y mezcló sus lágrimas con las del niño. Le susurró con dulzura palabras para tranquilizarlo, y aceptó su congoja al ayudarlo a que se desahogara sobre su pecho. Al cabo de un rato, estaba tranquilo.

—¿Qué es ese ruido? —preguntó William, más calmado.

Se oía rumor de risas y conversaciones en el vestíbulo. Eran el señor Carlyle, lord Mount Severn y su hijo, que abandonaban el comedor. Tenían una cita con el comité esa noche en West Lynne, y allí se dirigían. Cuando la puerta se cerró tras ellos, Barbara entró en el salón gris. Madame Vine se levantó rápidamente, se puso las gafas y se instaló en un sillón.

—¡Estáis a oscuras! ¡Y el fuego casi apagado! —exclamó Barbara, y se acercó a la chimenea para atizarla—. ¿Quién está ahí, en el sofá? ¡William! Deberías estar en la cama.

—Aún no, mamá. No quiero irme a dormir.

—Pero es la hora. —Se volvió y tocó la campana—. Si trasnochas no te

pondrás bien del todo.

Mandó a William a dormir y se volvió para preguntar a madame Vine qué había dicho el doctor Martin.

—Dijo que los pulmones están afectados, sin duda. Pero como todos los médicos no se atrevió a dar un diagnóstico definitivo, si bien me pareció que ya tenía formada una opinión.

La señora Carlyle la miró. El fuego jugaba sobre su rostro, especialmente en los cristales de las gafas, y se movió a un lugar más oscuro.

—El doctor Martin quiere verlo la semana que viene, y vendrá a West Lynne a examinar a William. Estoy segura, por el tono de su voz y sus maneras evasivas, de que se teme lo peor, aunque no se atrevía a decirlo claramente.

—Yo misma llevaré a William a West Lynne —dijo Barbara—. El doctor me dirá la verdad. Vine a devolverle las cinco libras —dijo, y dejó a un lado el tema del niño y le tendió un billete a madame Vine.

Lady Isabel estiró la mano mecánicamente para aceptarlo.

—Ahora que hablamos de dinero —prosiguió Barbara más alegre—, permítame decirle que al señor Carlyle y a mí no nos gusta que haga regalos a los niños. Me puse a calcular cuánto costaban los juguetes que les ha comprado, y constituye buena parte de su salario. Por favor, madame Vine, absténgase de hacerlo.

—Pero es que no tengo nada en que gastar mi dinero, y quiero mucho a los niños —fue la respuesta de madame, si bien no pudo evitar cierta irritación, disgustada por la interferencia entre ella y los niños.

—En usted. Y, si no quiere gastar en caprichos, tendrá unos ahorros. Por favor, madame, acepte mi observación o me verá obligada a prohibirle de manera más tajante su generosidad. Es un detalle muy amable por su parte; si usted no piensa en su bienestar, nosotros sí.

—Les compraré menos cosas —murmuró lady Isabel—, pero le ruego que me autorice a darles alguna fruslería de vez en cuando.

—Por supuesto: un detalle aquí y allá, pero no los costosos juguetes que les ha comprado últimamente —dijo la señora Carlyle, y, cambiando abruptamente de tema, preguntó—: ¿Alguna vez ha tenido contacto con sir Francis Levison?

—No —dijo en un hilo de voz lady Isabel temblaba por dentro, con las mejillas rojas y una puñalada de salvaje remordimiento clavada en el pecho.

—Me imaginé, por su actitud cuando hablé de él el otro día, que lo conocía o lo había conocido. Dirá usted que no es ningún cumplido confesar que conoce a un hombre así. Entonces, ¿es un extraño para usted?

—Sí.

Barbara hizo una pausa.

—¿Cree en la fatalidad, madame Vine?

—Sí —fue la firme respuesta.

—Yo no. —La pregunta demostraba, sin embargo, que no la rechazaba—. No, yo no —repitió Barbara, tozuda, mientras se acercaba al sofá de William y se sentaba en él, frente a madame Vine—. ¿Sabe usted que sir Francis Levison fue quien trajo la desgracia a esta casa?

—La desgracia... —tartamudeó madame Vine.

—Sí, fue él —prosiguió Barbara, que tomó la vacilante respuesta como la admisión de que la institutriz no sabía nada de lo sucedido—. Él se llevó a lady Isabel lejos, aunque ella estuviera tan dispuesta a irse como él a llevársela. No lo sé.

—¡Oh, no, no! —exclamó la imprudente madame Vine—. Al menos, quiero decir... Uno pensaría que no —añadió, confusa.

—Nunca lo sabremos. ¿Y qué importa? Lo cierto es que se fue, y que no lo hizo contra su voluntad. ¿Conoce los detalles?

—No. —Debería haber dicho que sí, pero posiblemente la siguiente pregunta sería cómo lo sabía.

—Se alojaba en East Lynne. Había vivido en el extranjero, por deudas; no se atrevía a pisar suelo inglés, y el señor Carlyle, generosamente, lo invitó a East Lynne mientras intercedía con su tío y sus acreedores. Era amigo de lady Isabel, y se lo pagaron fugándose juntos.

—¿Por qué lo invitó el señor Carlyle? —La frase era un gemido de angustia y remordimientos, pero la señora Carlyle lo interpretó como una pregunta y reaccionó con altivez.

—¿Que por qué lo invitó? ¿La he oído bien, madame Vine? ¿Acaso el señor Carlyle sabía que cobijaba a un sinvergüenza?

Y, si lo hubiera sabido, ¿no era lady Isabel su esposa? ¿Qué podía sospechar de ella? Si al señor Carlyle le complacía la idea de llenar East Lynne de mala gente, si lo hiciera mañana, ¿qué influencia tendría eso sobre

mí, sobre mi seguridad, sobre mi bienestar y mi amor y mi respeto por él? ¿En qué está pensando, señora? ¡Cómo se le ocurre reprobar al señor Carlyle!

¡En qué estaba pensando! Madame Vine puso la cabeza sobre su mano. La señora Carlyle siguió hablando.

—Sentada en el salón hace un rato, reflexionando, me pareció que lo que sucedió es lo que se llama fatalidad. Ese hombre fue el catalizador de la desgracia, sin duda, en la familia del señor Carlyle, y estoy segura de que también trajo la desgracia sobre la mía. ¿Sabía usted —y aquí la señora Carlyle bajó la voz— que tengo un hermano proscrito, cuyo comportamiento nos ha cubierto de vergüenza?

Lady Isabel no se atrevió a demostrar que lo sabía. ¿Quién podría habérselo dicho, a ella, a la anónima institutriz? ¿Quién le habría referido la historia de Richard Hare?

—Eso dice la gente, que sus actos nos avergüenzan —dijo Barbara, con un tono más alterado—. Y es vergonzoso, pero no por los motivos que ellos creen. La vergüenza es de otro, el que ha arrojado a Richard a una sima de sufrimiento y culpa, y ese hombre es sir Francis Levison, no cabe duda. Le contaré lo sucedido, porque vale la pena que lo sepa.

Lady Isabel solo podía escuchar, pero se preguntó qué tendría que ver Francis Levison con Richard Hare.

—Hace mucho tiempo, cuando yo no era más que una niña, Richard estaba enamorado de Afy Hallijohn. Ya ha visto la cabaña en el bosque; allí vivía ella, con su padre y con Joyce. Fue una estupidez de Richard, pero así son los hombres de jóvenes. Afy tenía muchos galanes que la cortejaban o lo intentaban. Entre ellos, el más importante, el favorito de Afy, era un hombre llamado Thorn, un caballero por su posición social. No era de aquí; venía a ver a Afy a caballo desde donde residía. Hubo un asesinato, un terrible asesinato: dispararon a Hallijohn, lo mataron. Richard huyó. Las pruebas circunstanciales le acusaban, y el jurado lo consideró culpable. Jamás imaginamos otra cosa; todos pensamos que era culpable del hecho, no de la intención. Hasta mamá, que lo adoraba, creía que había sido Richard, por accidente, sin premeditación. ¡Cuánto ha sufrido mi pobre madre! —exclamó Barbara, que se aferraba las manos—. No tenía nadie con quien hablar, nadie a quien contarle lo que sufría. Yo no era más que una cría, y mi padre, que debería haberlo hecho, se puso contra Richard. Seguimos desolados tres o

cuatro años, sin la menor esperanza. Al cabo de ese tiempo, Richard vino a West Lynne en secreto, unas horas, y descubrimos que no había sido él. El culpable era Thorn, y Richard nos dijo que él ni siquiera estaba presente cuando se cometió el crimen. Lo siguiente era encontrar a Thorn. Nadie sabía nada de él, ni quién era, a qué se dedicaba, de dónde procedía o adónde había ido. Así pasaron más años. Otro Thorn vino a West Lynne, un oficial del ejército de Su Majestad; su apariencia encajaba con la descripción que Richard nos había dado. Supuse que era el mismo, y el señor Carlyle también. Pero, antes de que pudiéramos hacer nada, el capitán Thorn se fue.

Barbara se detuvo para recuperar el aliento. Madame Vine permanecía sentada, sin moverse. ¿Qué significaba esa historia para ella?

—Pasaron más años. Llegó Francis Levison a East Lynne, acogido por el señor Carlyle. Mientras estuvo aquí, el capitán Thorn volvió para visitar a los Herbert. El señor Carlyle y yo tratamos de descubrir detalles de su pasado y nos convencimos de que era el Thorn que buscábamos. Me vi obligada a venir a menudo a East Lynne para ver al señor Carlyle y cotejar los escasos indicios que descubríamos, pues mamá no se atrevía a hacerlo y papá seguía furioso con Richard. Así que vi a menudo a Francis Levison, pero, como estaba en East Lynne *en cachette*, discretamente, para no despertar las sospechas de sus acreedores, nadie lo veía. Ahora creo que debía ser una excusa para evitar ser visto por los alrededores. Recuerdo que el señor Carlyle dijo una vez que sus acreedores no eran de West Lynne.

—Entonces, ¿cuál era el motivo para no salir, para evitar visitas? — interrumpió lady Isabel. Recordaba ese tiempo demasiado bien; Francis Levison le había dicho lo mismo, que el temor a sus acreedores le empujaba a no salir de East Lynne, aunque una vez dijo que no se encontraban cerca.

—Temía algo peor que los acreedores —replicó la señora Carlyle—. En la visita del capitán Thorn a los Herbert, mi hermano nos dijo que iba a venir unas horas a West Lynne. Se lo dije al señor Carlyle. Tenía que verlo y entrevistarme con él con más frecuencia, porque mi madre estaba cada vez más ansiosa y preocupada. El señor Carlyle quería defender la inocencia de Richard, pues la señorita Carlyle y papá son parientes, y, en cierto modo, la desgracia de los Hare tenía consecuencias sobre la reputación de los Carlyle.

Lady Isabel recordó los celos con los que había visto los encuentros entre el señor Carlyle y Barbara, y la manera en que Levison los había pintado,

maliciosamente, como citas de amor. ¿Por qué había permitido que su mente se pervirtiera tan falsa y fatalmente?

—Vino Richard. Lo arreglamos para que fuera a la oficina del señor Carlyle una vez que los empleados hubieran salido del trabajo, y allí, oculto, pudiera ver al capitán Thorn. Todo fue bien; el capitán le había pedido al señor Carlyle que actuara como intermediario en un asunto de negocios, por lo que no sospechó cuando lo citó a las ocho de la tarde en su despacho. Fue la noche que el señor Carlyle nunca olvidará, pues fue cuando su esposa se fugó.

Lady Isabel levantó la mirada, alarmada.

—Así fue. Lady Isabel y el señor Carlyle debían ir a una cena, pero el señor Carlyle se excusó porque tenía la cita con Richard y el capitán Thorn. Siempre ha sido así, considerado y amable, pensando en el bienestar de los demás, nunca en su propia gratificación. ¡Qué noche más horrible! Papá había salido a cenar. Yo estaba en casa, esperaba con mamá hacía lo que podía para tranquilizarla, pues era peligroso que Richard cruzara West Lynne para ir a la oficina del señor Carlyle. Cuando terminó, vino a casa para ver brevemente a mi madre, que no lo había visto en varios años.

Barbara se detuvo, ensimismada. Madame Vine no dijo una palabra. Aún se preguntaba qué tenía que ver el misterio de Richard Hare y el capitán Thorn con Francis Levison.

—Observé desde la ventana, y los vi entrando por la verja del jardín, al señor Carlyle y a Richard entre las nueve y las diez de la noche debía ser. Lo primero que me dijeron fue que el capitán Thorn no era el hombre al que Richard acusaba de la muerte de Hallijohn. Me sentí tremendamente decepcionada; estaba casi segura de que era el mismo hombre, y, al oír su negativa, nuestras pesquisas no habían servido de nada. El señor Carlyle, por contra, estaba contento; le caía bien el capitán Thorn. Bueno, Richard fue a hablar con mamá, y el señor Carlyle fue tan amable de acceder a su petición y quedarse en el jardín conmigo, mientras tanto. Temíamos que papá regresara a casa y se encontrara con Richard; había jurado que lo entregaría a la justicia. Si lo hubiera visto, lo habría hecho. La misión del señor Carlyle era vigilar su llegada y entretenerlo mientras yo corría a avisar a Richard para que pudiera escapar. Papá no llegaba. Richard se quedó tanto tiempo como pudo y no tengo ni idea de cuánto estuvimos esperando allí. Era una hermosa noche de

luna llena.

La desgraciada oyente se aferró las manos, torturada por el remordimiento. El tono sencillo, la mención inconsciente de los detalles le demostraba que el paseo no había tenido ni un ápice de deslealtad ni de placer. ¿Por qué no había confiado en su marido, en su nobleza? ¿Por qué había prestado oídos a las falsedades de Levison? ¿Por qué había permitido, en el carruaje, dar rienda suelta a las lágrimas apasionadas, a los reproches furiosos que debieron ser música para los oídos del malvado? ¿Por qué se había apresurado a buscar venganza? Si no los hubiera visto juntos, tal vez no habría hecho lo que hizo.

—Por fin salió Richard, y se fue, para no volver, o eso creíamos. El señor Carlyle también se fue y yo permanecí en la verja para esperar a papá. El señor Carlyle volvió, de repente: se había olvidado unos documentos en casa. Richard también regresó, muy alterado, y declaró que había visto a Thorn, el asesino, en el camino. Por un instante dudé, pero pronto corrimos tras el señor Carlyle y lo alcanzamos. Richard describió el aspecto de Thorn: su traje de noche, sus manos blancas y su anillo de diamantes. Describió concretamente el gesto de su mano al echarse atrás el pelo. En ese momento pensé que Thorn debía ser el capitán Levison, pues el gesto encajaba con lo que había visto hacer a Levison. Tiempo después pensé que era extraño que el señor Carlyle no hubiera tenido la misma idea.

Lady Isabel estaba con la boca abierta, como si no pudiera comprender el sentido de las palabras de Barbara Carlyle. Y, cuando al fin su mente las descifró, las rechazó.

—¡Francis Levison, un asesino! ¡Oh, no! Aunque es un malvado, no puede ser.

—Espere —dijo la señora Carlyle—. No se lo dije al señor Carlyle, no le confesé la duda que había arraigado en mi mente. ¿Cómo podía mencionarle el nombre de quien le había arrebatado lo más querido? Y Richard sigue oculto, con la espada de Damocles sobre su cabeza. Hoy, cuando cruzaba en el carruaje West Lynne, Francis Levison arengaba a los votantes. Y vi el mismo gesto, el pelo echado hacia atrás por una mano blanca; vi el anillo de diamantes, y estoy más convencida que nunca de que ese hombre es un asesino.

—Imposible —murmuró lady Isabel.

—Espere, le digo —prosiguió Barbara—. Cuando el señor Carlyle vino a comer hoy, reuní el valor suficiente para decírselo. No era ninguna novedad para él. Esta tarde, durante el discurso, dos testigos reconocieron a Francis Levison como Thorn, el hombre con el que Afy Hallijohn mantenía relaciones. Es horrible.

Lady Isabel permaneció sentada, sin dejar de mirar a la señora Carlyle. Aún no podía creerlo.

—Así es, horrible —continuó la señora Carlyle—. Asesinó a Hallijohn, y mi hermano ha sufrido por ello toda su vida. Cuando Richard se topó con él esa noche, volvía a West Lynne como una alimaña, en busca de la calesa en la que se fugó con lady Isabel. Papá la vio pasar; se quedó cenando hasta tarde, y, a eso de las cuatro, la vio cuando empujaba la verja para volver a casa. ¡Si lady Isabel hubiera sabido con quién se fugaba! ¡Un asesino! Además de otros «logros». Es una bendición para ella que muriera. ¿Qué pensaría si lo supiera?

¿Qué pensaba, en efecto, mientras estaba sentada y sin decir palabra? ¡Un asesino! Y ella se había fugado con él. A pesar de su prudencia, de su lucha por controlarse, no pudo evitar empalidecer y emitir un gutural grito de horror y desesperación.

La señora Carlyle la miró asombrada. ¿Por qué sus palabras producían ese efecto en madame Vine? Volvió a sospechar que sabía más de Francis Levison de lo que admitía.

—Madame Vine, ¿qué significa para usted ese hombre? —preguntó mientras se inclinaba hacia ella.

Madame Vine recuperó su ecuanimidad tras una dura pugna interior y dijo:

—Lo lamento, señora Carlyle. Soy muy impresionable. Como dice usted, es horrible lo que sucedió.

—Entonces, ¿Francis Levison no significa nada para usted? ¿No lo conoce?

—No significa nada para mí, por supuesto. Menos que nada. En cuanto a conocerlo, lo vi ayer cuando lo arrojaron al estanque. ¡Un hombre como el que usted dice! Me estremezco ante la idea de conocerlo personalmente.

—En efecto —dijo Barbara, más tranquila—. Como comprenderá, madame Vine, lo que acabo de contarle es bajo la más estricta confidencia, pues la considero uno más de la familia.

No hubo respuesta. Madame Vine siguió sentada, con el rostro pálido.

—Es una historia truculenta, lo sé, la de ese hombre terrible —dijo la señora Carlyle—. Y tendrá que tener cuidado que no termine en la horca. ¡Imagínese lo que sería si sir Francis Levison fuera ahorcado, acusado de asesinato!

—¡Barbara, querida!

Era el señor Carlyle, y Barbara se levantó para acudir a la llamada de su marido con las alas que da el amor. Al parecer, los caballeros aún no se habían ido y habían optado por tomar un café.

Barbara fue tras su marido y dejó a madame Vine, la que antaño había sido idolatrada por el señor Carlyle, sumida en la soledad. Se hundió en el sofá, se abrazó para espantar el frío y los temblores que la asaltaban; pensó que iba a desmayarse, rezó para morir. Era horrible, como había dicho Barbara. Por ese hombre, que tenía una mancha de sangre en su alma y en sus manos, por ese hombre había dejado a Archibald Carlyle.

Lady Isabel seguía cargando con la cruz de la penitencia, y nunca fue más pesada que en esa hora angustiosa.

Capítulo 49: Invitan al señor Carlyle a paté de foie gras

El viento rodeaba East Lynne y gemía y doblaba los altos álamos, sacudía los viejos castaños del parque; un viento melancólico, caprichoso, que lo abarcaba todo. El tiempo había cambiado, y las nubes amontonadas en el cielo amenazaban lluvia. O eso le parecía a un viajero que avanzaba ese sábado por la noche por el camino solitario.

Iba a pie. Vestía ropa de marinero, tenía el pelo negro y rizado y bigotes también negros: un prodigioso par que le ocultaba el cuello por encima de la solapa azul del abrigo y que le cubría parte de su rostro. Llevaba el sombrero de tela impermeable muy encajado, hasta tocar sus cejas, e iba enfundado en una chaqueta ancha de tela color guisante, y llevaba pantalones de algodón anchos con un cinturón. Avanzaba por el camino secundario, y de ahí, tras deslizarse por una puerta pequeña y poco frecuentada, entró en los terrenos de East Lynne.

—Veamos —reflexionaba mientras cerraba la verja tras él y corría el pestillo—. ¿Voy por el sendero cubierto? Estaba cerca de las acacias, así que debería girar a la derecha. Me pregunto si estarán aquí, esperándome.

Sí estaban. La señora Carlyle paseaba con su sombrero y su chal, como si disfrutara del jardín por la tarde, de lo más verosímil si se hubiera encontrado con alguien, lo que era poco probable, pues era el punto más discreto de todo East Lynne.

—¡Richard! ¡Mi pobre hermano!

Se abrazaron con anhelo y se dejaron llevar por la emoción. Barbara

sollozó como una niña. Pasaron unos instantes, y Richard la alejó para mirarla mejor.

—¡Así que te has casado, Barbara!

—Y soy la mujer más feliz. Richard, a veces me pregunto qué he hecho para merecer tantas bendiciones de Dios. Si no fuera por la pena que siento al pensar en ti, mi vida sería como un día de verano. Tengo un bebé maravilloso, tiene ya un año, y, si Dios quiere, pronto tendré otro. Y Archibald..., ¡oh, soy tan feliz con él!

De repente su voz se quebró al decir «Archibald». Ni siquiera con Richard podía expresar el intenso amor que sentía por su marido.

—¿Cómo están mis padres? —preguntó él.

—Bastante bien; como siempre. La salud de mamá ha mejorado. No sabe que ibas a venir, pero...

—Tengo que verla —interrumpió Richard—. La última vez no pude.

—Tendremos tiempo para eso. ¿Cómo te va en Liverpool? ¿A qué te dedicas?

—No preguntes demasiado, Barbara. No tengo un empleo fijo; de vez en cuando encuentro trabajo en el puerto, y voy tirando. Y me ayuda el dinero que me mandas. ¿O es de Carlyle?

Barbara se rio.

—¿Qué diferencia hay? Su dinero es mío y el mío es suyo. No tenemos cuentas separadas, Richard. Lo que te mandamos viene de los dos.

—A veces pensaba que era mamá quien lo mandaba.

Barbara sacudió la cabeza.

—Nunca le dijimos a mamá que te fuiste de Londres, o que tenemos una dirección a la que escribirte. No habría soportado no ir a verte.

—¿Por qué me has hecho venir, Barbara? ¿Qué ha sucedido?

—Thorn, o eso creo. ¿Volverías a reconocerlo, Richard?

—¡Reconocerlo! —exclamó Richard con pasión.

—¿Sabes que hay elecciones en West Lynne?

—Lo vi en los periódicos. Carlyle contra sir Francis Levison. ¡Qué locura! ¿Cómo se le ocurrió presentarse a este escaño, precisamente para enfrentarse a Carlyle?

—No lo sé —dijo Barbara—. También me extraña que haya venido aquí

por otros motivos. Primero, Richard, dime cómo conociste a sir Francis Levison. Dijiste que lo conocías, ¿recuerdas?, y que lo viste acompañado de Thorn.

—Así es —dijo Richard—; lo vi con Thorn dos veces.

—Imagino que solo lo conoces de vista. Cuéntame cómo fue.

—Me lo señalaron. Vi a Thorn caminando con un caballero al lado, y los señalé al encargado de la parada de carruajes. «¿Conoce a ese hombre?», dije, y señalé a Thorn, pues quería saber su verdadero nombre. «A ese no —dijo el tipo—, pero el que va con él es Levison, el baronet. A menudo se les ve juntos. Los dos son caballeros de clase alta». Y a fe que lo parecían.

—¿Y así conociste a Levison?

—Así fue —dijo Richard Hare.

—Entonces, Richard, hubo una confusión. Te señaló al hombre equivocado, o tú estabas mirando al otro. Thorn es sir Francis Levison.

Richard la miró sin comprender.

—¡No digas tonterías, Barbara!

—Te digo que es así. Lo he sospechado desde la noche en que lo viste en West Lynne. El gesto que describiste, la manera de echarse el pelo hacia atrás, sus manos blancas, su anillo de diamantes: esa descripción encajaba con Francis Levison. El jueves pasé frente a la posada de Raven Inn; estaba dando un discurso para conseguir votos, y vi el mismo gesto. Después de eso te escribí para que vinieras y aclararas el entuerto. Pero no hizo falta; cuando el señor Carlyle volvió a casa esa noche y le conté lo que había visto, me dijo que dos testigos habían reconocido esa tarde a Thorn, y que este y sir Francis Levison son la misma persona. Otway Bethel y Ebenezer James son los testigos.

—Los dos lo conocían, en efecto —exclamó Richard, animado—. James seguro que sí, pues solía frecuentar la casa de Hallijohn, y vio a Thorn una docena de veces. Otway Bethel debió verlo también, aunque lo negó. ¡Barbara!

Richard pronunció el nombre de su hermana aterrado y se deslizó entre los árboles al oír que alguien se acercaba. Era una forma alta y oscura, que apareció en el extremo del sendero, pero Barbara sonrió; era el señor Carlyle, y Richard emergió de nuevo de las sombras.

—¡Cálmate, Richard! —exclamó el señor Carlyle mientras estrechaba la

mano de Richard—. ¡Veo que has cambiado tu ropa de viaje!

—No podía arriesgarme a venir con el viejo, pues, según me dijo Barbara, me habían visto —replicó Richard—. Me hice con este disfraz ayer, de segunda mano. Me costó dos libras, y creo que me tomaron el pelo.

—¿Rizos incluidos? —se rio el señor Carlyle.

—Es la vieja peluca, la teñí y la hice rizar —dijo Dick—. El barbero me cobró un chelín, y me cortó el pelo de propina. Le dije que la engrasara bien, para que los rizos brillaran, porque el pelo de los marineros siempre está sucio. Señor Carlyle, Barbara me dice que Levison y ese criminal de Thorn son la misma persona.

—Así es, Richard, o eso parece. Sin embargo no estará de más que puedas identificar tú mismo a Levison antes de proceder, como lo hicimos la otra vez, cuando nos equivocamos de Thorn. No sería prudente lanzar la acusación y descubrir que nos hemos vuelto a equivocar.

—¿Cuándo puedo verlo? —preguntó Richard con ansiedad.

—Debemos organizarlo, pero hemos de ser prudentes. Si te apostaras cerca de la entrada de la posada de Raven Inn esta noche, seguro que lo verías, porque entra y sale constantemente de allí. Nadie te reconocerá ni pensará en ti; están distraídos con las elecciones.

—Pero repararán en mí; no se ven muchos marineros en West Lynne.

—No creas, ahora tenemos un ruso, y a su lado no llamarás la atención.

—¡Un ruso! —repitió Richard, y Barbara se rio.

—El señor Otway Bethel ha regresado ataviado como tal, y le llaman «el oso ruso». ¿Crees que tuvo algo que ver con el crimen, Richard?

Este movió la cabeza.

—No es posible, señor Carlyle; es lo que siempre he pensado. Pero, si Levison es Thorn, ¿qué podemos hacer cuando lo identifiquemos?

—Es delicado —dijo el señor Carlyle.

—¿Quién lo denunciará? ¿Quién le acusará?

—Debes hacerlo tú, Richard.

—¿Yo? —susurró Richard Hare, consternado—. ¿Denunciarlo yo?

—Sí, tú mismo. ¿Quién, si no? Lo he pensado mucho.

—Pero yo pensaba que lo haría usted, señor Carlyle.

—No puedo, al ser Levison —fue la respuesta.

—¡Maldición! —exclamó impetuosamente Richard—. ¿Por qué esos escrupulos, señor Carlyle? Muchos hombres, engañados como usted, saltarían de alegría ante la oportunidad de vengarse.

—Por el crimen de Hallijohn le perseguiría hasta la horca. Por el crimen que cometió contra mí, no. Pero me cuesta, pues muchas veces, desde que llegó a West Lynne, he tenido que dominarme de manera sobrehumana para no fustigarlo hasta matarlo.

—Si lo hiciera, recibiría su merecido.

—Lo dejo en manos del Altísimo, el que dice: «La venganza será mía». Creo que es culpable del asesinato, pero, si levantar un dedo lo llevara a la horca, me ataría las manos. No puedo separar al hombre del mal que me ha causado, y, aunque lo persiguiera como el asesino de Hallijohn, para mí sería el criminal que destrozó mi hogar, y todo el mundo me felicitaría por mi venganza. No voy a ceder, Richard.

—¿No puede hacerlo Barbara? —suplicó este.

Barbara estaba de pie, con su brazo entrelazado al de su marido, y el señor Carlyle la miró. Ella, por toda respuesta, movió la cabeza.

—Barbara es mi esposa —se limitó a decir el señor Carlyle.

—Entonces, no hay nada que hacer —dijo Richard, lúgubre—, y debo abandonar toda esperanza de limpiar mi nombre.

—En absoluto —exclamó el señor Carlyle—. El que debería llevar el peso de la denuncia es tu padre, Richard, pero sabemos que no lo hará. Tu madre tampoco puede, porque no tiene salud ni energía suficientes, y, si las tuviera, no se atrevería a desafiar a su marido en tu defensa. Tengo las manos atadas, y las de Barbara también lo están, pues forma parte de mi familia. Solo quedas tú.

—¿Qué puedo hacer yo? —se quejó el pobre Dick—. Si sus manos están atadas, ¡juzgue las mías! Todo mi cuerpo: brazos, piernas y, especialmente, cuello, están atados; el cuello que me juego cada hora.

—Tu denuncia no tiene que constituir ningún riesgo. Tendrías que permanecer en el vecindario unos días...

—No me atrevo —intervino Richard, que se estremeció—. ¡Quedarme en West Lynne unos días! No, no puedo. Nunca.

—Escucha, Richard. Tienes que apartar ese miedo timorato o ser un fugitivo de por vida. Y recuerda que la felicidad de tu madre, no solo la tuya,

está en juego; hasta diría que su vida. ¿Crees que te aconsejaría algo que te pusiera en peligro? Decías que contabas con un lugar seguro, a una milla o dos de aquí, donde podías estar a salvo.

—Es cierto. Pero me siento más seguro si me alejo de West Lynne.

—Durante unos días debes refugiarte allí. He reflexionado sobre el mejor curso que seguir, y te diré cuál será nuestro primer paso, al menos para empezar.

—¡Primer paso! Debe haber más de uno, si hemos de lograr nuestro objetivo. Dígame, ¿cuál es?

—Pedirles a Ball y Treadman que se ocupen del caso.

Paseaban lentamente por el sendero cubierto, Barbara del brazo de su marido y Richard al lado del señor Carlyle. Dick se detuvo de improviso al oír la respuesta.

—No lo entiendo, señor Carlyle. Eso equivale a presentarme delante del juez: Ball y Treadman me denunciarán en cuanto aparezca en sus oficinas.

—En absoluto, Richard. No digo que vayas a sus oficinas, como cualquier cliente. Lo que te aconsejo es lo siguiente: gánate al señor Ball; es un hombre honesto y sincero, cuando quiere. Entrevístate con él en privado, discretamente, y cuéntale tu historia. Pídele que se ocupe del caso. Si lo convences de que eres inocente, y el otro culpable, como los hechos indican, lo aceptará. Al principio, no es necesario hablar con Treadman, y, cuando Ball tome las primeras medidas judiciales, no necesitará saber tu paradero.

—Ball me gusta —musitó Richard—, y, si me diera su palabra de que no me traicionaría, me quedaría tranquilo. La dificultad será conseguir esa promesa. ¿Quién lo hará?

—De eso me encargaré yo —dijo el señor Carlyle—. En ese aspecto sí puedo ayudarte, pero, una vez hecho, tendrás que seguir tú.

—¿Qué cree que hará, si acepta el caso?

—Eso es asunto suyo. Yo sé lo que haría.

—¿Qué?

—No esperes que te lo diga, Richard. Sería lo mismo que convertirme en tu abogado, y ya te he dicho que no puedo hacerlo.

—Ya lo sé. Lo haría sin perder un segundo: pediría el arresto de Levison por el asesinato de Hallijohn, y punto.

El señor Carlyle esbozó una sonrisa; Dick no se equivocaba.

De repente una idea cruzó por la mente de Dick y se le erizaron hasta los falsos cabellos.

—¡Señor Carlyle! —exclamó, horrorizado—. Si Ball hace eso, y denuncia a Levison, significa que reabriría mi caso.

—¿Y bien? —preguntó el señor Carlyle.

—¡Eso reactivaría la orden de detención contra mí! Ya sabe que sigo en busca y captura.

—No lo creo, Richard. No sé lo que hará Ball, pero no es necesario activar tu orden de búsqueda para detener a Levison. ¿Para qué iba a avisar a la policía, y decirles: «Caballeros, Richard Hare está cerca de aquí y hay que detenerlo»? Si es tu abogado, no lo hará. Tu miedo te hace decir cosas que el sentido común descartaría, Richard.

—Bueno, si hubiera vivido estos años con la amenaza de una soga al cuello, sin saber si a la hora siguiente colgaría de la horca, usted también perdería el sentido común de vez en cuando —suspiró el pobre Richard—. Entonces, ¿qué debo hacer?

—El primer paso debe ser ocultarte en tu refugio y permanecer allí hasta el lunes. Al anochecer, vuelve aquí. Mientras, yo iré a ver a Ball. Por cierto, antes de eso, querría que me confirmaras que Thorn y Levison son el mismo hombre.

—Iré a la posada de Raven Inn ahora mismo —exclamó Richard, ansioso—. Y volveré aquí, al sendero, en cuanto lo haya visto.

Y ya se apresuraba a irse cuando Barbara lo retuvo.

—Richard, ¡debes estar muy cansado!

—¡Cansado! —repitió Richard—. No me cansaría de andar cien millas si Thorn estuviera al final del camino esperando que lo identificara. Quizá tarde dos o tres horas, pero volveré, y esperaré aquí a que salgas a por mí.

—Pero debes tener hambre, y sed —suplicó Barbara, conmovida—. Me gustaría abrirte la puerta y acogerte en casa; ya, ya sé que no puede ser. Te traeré algo mientras te ocultas. Será un momento, espera.

—No hace falta, Barbara. Me bajé del tren en la estación de antes de West Lynne y paré en una posada. Allí cené. Déjame irme, querida hermana, ardo en deseos de esclarecer mi nombre.

Así, Richard llegó a la posada de Raven Inn. Por suerte, no tuvo que esperar mucho. Apenas se había apostado cerca de la puerta, discretamente, cuando salieron dos caballeros que charlaban amigablemente. Dado que la posada era el cuartel general de uno de los candidatos, los ociosos del lugar se habían acostumbrado a instalarse en las cercanías de la taberna para saciar su curiosidad y hacer circular rumores. Richard Hare, con el sombrero cubriéndole la cara y sus rizos negros ocultando el resto, parecía uno más de los que se pasaban por allí.

Al salir los dos hombres, unos gritaron débilmente: «¡Levison! ¡Viva Levison!». Richard no se unió a los vítores; su corazón latía desbocado y casi le salía por la boca. Uno era Thorn, y el otro, el caballero que había visto con Thorn en Londres, al que habían señalado, equivocadamente al parecer, como sir Francis Levison.

—¿Quién de esos dos es Levison? —preguntó a un hombre que tenía cerca.

—¿No lo sabe? El que no lleva sombrero y nos da las gracias, ese es Levison.

No hizo falta más. Se trataba del Thorn que Richard recordaba perfectamente. Su mano sin guante, con el sombrero levantado, era más blanca que nunca, y su anillo de diamantes resplandecía con fuerza a la luz de la farola. Solo por su mano y su anillo, Richard habría jurado que era el mismo hombre.

—¿Y el otro? —preguntó.

—Un caballero de Londres que lo acompaña. Se llama Drake. ¿Es que acaba de caerse del guindo, marinero? No serás partidario de los púrpuras, ¿verdad?

—No soy partidario de nadie. Solo un viajero que pasa por el pueblo.

—¿Vagabundo?

—¡No! —exclamó Richard mientras se alejaba, y volvió a East Lynne a toda prisa para hablar con el señor Carlyle.

Esa noche de viento, lady Isabel, con su mente alterada y en estado febril, fue a pasear por el jardín después de que los niños se hubieran ido a la cama; como si quisiera que el viento se llevara sus angustias, sin importar la incomodidad o el peligro para su salud. ¡Como si algo en este mundo pudiera apagar el fuego que devoraba su espíritu! Dirigió sus pasos hacia el sendero

cubierto, y llevaba unos pasos cuando vio allí a un hombre ataviado de marinero. Como no quería que la viera, giró hacia los árboles con la intención de volver al sendero en cuanto el hombre hubiera pasado. Se preguntó quién era y qué lo había traído.

Pero el hombre permaneció en el sendero, y ella no pudo avanzar, lo que la obligó a quedarse donde estaba para que no la descubriera. Pasó un minuto y vio a la señora Carlyle reunirse con él. Se dieron un afectuoso abrazo.

¡La señora Carlyle, reuniéndose de noche con un extraño, y abrazándolo de aquella manera! Toda la sangre en las venas de lady Isabel acudió a su cerebro. ¿Acaso la segunda esposa de Archibald Carlyle era tan falsa como la primera? Incluso más, pues ella había abandonado East Lynne y se había ido con otro, como decían las criadas cuando cambian de novio, en lugar de engañarlo bajo su propio techo. Se convenció de que era testigo de un lance de amor prohibido: su mente era un tumulto de ideas, un caos. ¿Y acaso no se alegraba en un pequeño rincón de su corazón? Pero ¿qué podía importarle a ella? No cambiaba un ápice su propia situación, y no podía recuperar el amor perdido.

La pareja siguió caminando mientras intercambiaba muestras de afecto; el marinero pasaba su brazo por la cintura de la señora Carlyle. «¡Qué desvergonzada!», exclamó, con un deje de amargura, pues veía sus actos retratados en la otra.

Cuál no fue su sorpresa cuando vio aparecer al señor Carlyle, y eso no alteró lo más mínimo la actitud de la pareja, pues el marinero no retiró su brazo ni se mostró preocupado. Estuvieron dos o tres minutos hablando los tres, se dieron las buenas noches y el marinero los abandonó. El señor Carlyle abrazó a su esposa con el mismo gesto del otro. La verdad se abrió paso en la mente de lady Isabel: era Richard Hare, el hermano de Barbara.

—¡Qué estúpida he sido! —exclamó para sí, con una risa hueca—. ¡Ella, engañarlo a él! No, ese destino estaba reservado solo para mí.

Los siguió hasta la casa y miró desde fuera las ventanas del salón. La luz y el fuego estaban encendidos, pero aún no se habían corrido las cortinas y los ventanales seguían abiertos. Por allí entraron el señor y la señora Carlyle, y se quedaron en el salón para disfrutar de su felicidad a solas. Lord Mount Severn había regresado a Londres y volvería a principios de la semana siguiente. Había un servicio de té sobre la mesita, pero Barbara no había

empezado a servirlo. Estaba en el sofá, cerca del hogar, y su rostro fijado en el de su marido, con su habitual mirada de luminoso amor. Él también la miraba mientras hablaba animadamente. Pasó un instante y Carlyle sonrió, con la misma dulce sonrisa que tantas veces lady Isabel había recibido en el pasado. Sí, estaban juntos y su felicidad era completa. Lady Isabel se refugió en su solitario salón, con el corazón enfermo.

Ball y Treadman, como rezaba la placa de cobre en la puerta de la oficina, eran abogados y procuradores jurídicos. El señor Treadman se ocupaba de la procuradoría; vivía encima del despacho, con su familia. El señor Ball, soltero, vivía en otro lugar. Al abogado Ball le gustaba West Lynne. No era un soltero joven: tenía entre cuarenta y cincuenta años. Era un hombre bajo y corpulento, de rostro animado y ojos verdes. Aceptaba todos los casos que se presentaban en su bufete, incluso los que el señor Carlyle no habría tocado ni con la punta de su dedo meñique. Pero, como había dicho el señor Carlyle, era un hombre honesto y se podía confiar en él, y no cabía duda de que se comportaría bien con Richard Hare. El señor Carlyle se dirigió a su casa el lunes por la mañana a primera hora para interceptarlo antes de que se fuera a la oficina. El señor Ball sentía gran respeto por el señor Carlyle, como lo había sentido por su padre. Más de una vez los Carlyle le habían ayudado y le habían derivado clientes que no querían asumir. Pero había una gran diferencia entre ambos en cuanto a posición social, aunque su profesión fuera la misma. Ball lo sabía, y no tenía ningún problema en admitirlo. Uno era un caballero, y el otro, un abogado de provincias.

Ball desayunaba cuando su criado anunció al señor Carlyle.

—¡Señor Carlyle! Sí que viene a verme pronto.

—No se moleste, señor Ball, no se preocupe. Ya he desayunado.

—Pruebe, pruebe. Es un paté de *foie gras* de lo más delicioso —le animó Ball, que era un sibarita—. Me lo traen directamente de Estrasburgo.

El señor Carlyle declinó el ofrecimiento con una sonrisa.

—He venido por un asunto de negocios —dijo—, no a comer. Pero, antes de que le cuente los detalles, tiene que darme su palabra de que lo que voy a decir quedará entre usted y yo, si decide no aceptar el caso.

—Por supuesto. ¿De qué se trata? ¿Algo que no encaja con el irreprochable bufete Carlyle? —añadió, con una risa—. ¿Un cliente que quiere derivarme?

—Es un cliente al que no puedo representar, pero no por esos motivos. Tiene relación con aquel asunto de Hallijohn —dijo el señor Carlyle, que se inclinó hacia delante y bajó la voz—. Con el asesinato.

Ball, que acababa de ponerse una buena porción de *foie gras* en la boca, saltó sorprendido.

—Pero ¡si eso pasó hace años! ¡Todo está claro y resuelto! —exclamó.

—No todo —dijo el señor Carlyle—. Algo ha salido a relucir, y podría significar la exculpación de Richard Hare del crimen: otro cometió el asesinato.

—¿En complicidad con Hare? —preguntó el abogado.

—No. Richard Hare no tuvo nada que ver con el crimen. No estaba allí cuando se cometió.

—¿De veras lo cree? —preguntó Ball.

—Hace años que lo creo, sí.

—Entonces, ¿quién lo hizo?

—Richard acusa a un hombre llamado Thorn. Años atrás, me reuní con Richard Hare, y me dijo algunas cosas que, si son ciertas, demostrarán su inocencia sin lugar a dudas. Desde entonces, lo que me contó se ha visto confirmado por pequeños detalles aquí y allá. Ahora, pongo la mano en el fuego por su inocencia. Hace años que habría tomado medidas al respecto, si hubiéramos podido identificar a Thorn. Pero se había desvanecido, y no había manera de rastrear su paradero. Ahora sabemos que Thorn era un nombre falso.

—¿Y han localizado al sospechoso?

—Así es. Se encuentra en West Lynne. Fíjese que no le acuso personalmente ni puedo pronunciarle respecto a su culpabilidad. Solo digo que creo que Richard es inocente, y que el asesino es otro: podría ser Thorn o alguien más. Era mi intención llevar el caso de Richard hasta el final para demostrar su inocencia, pero, ahora que ha llegado el momento, algo me lo impide.

—¿El qué?

—Por eso vengo a verlo —dijo el señor Carlyle, sin responder a la pregunta—. Vengo de parte de Richard Hare. He hablado con él recientemente, y le he dado mis razones para no defenderlo. Le he aconsejado

que acuda a usted, y prometió que vendría aquí y le referiría la situación. ¿Me promete que verá a Richard, y que le escuchará de buena fe y sin prejuicios? Por supuesto, debe ser una entrevista secreta, y tiene que jurarme que no lo denunciará, si decide no aceptar su caso.

—Por supuesto que se lo juro —dijo el abogado—. No quiero causarle el menor daño al pobre Dick Hare. Y, si puede convencerme de su inocencia, haré lo que esté en mi mano por demostrarla frente al mundo.

—Debe juzgar usted mismo según lo que le cuente, y no quiero influir en su juicio. Ya le he dicho que yo creo en su inocencia, pero también quiero refrendar que no me pronuncio respecto a la identidad del culpable. Escúchele, y luego decida, según crea, el camino más correcto. No se atrevía a verlo sin que prometiera no denunciarlo a la policía; a portarse como un amigo, en suma, durante el plazo que dure la entrevista. Cuando le diga que acepta usted verlo, mi misión habrá terminado.

—Tiene usted mi palabra, Carlyle, por mi honor. Dígale a Dick que no tiene nada que temer. Al contrario, me alegraría que fuera mi amigo, si me dice usted que no duda de su inocencia. Pero ¿por qué razón no asume usted su caso? ¿Qué objeción puede tener?

—No tiene que ver con Richard; a él lo defendería de buena gana, pero no puedo actuar contra el hombre al que acusa. Si ese hombre es denunciado y juzgado, no puedo tener parte en ello.

Esas palabras despertaron la curiosidad de Ball, y empezó a repasar mentalmente la lista de nombres, probables e improbables, que granjeaban esa afirmación. Pero no acertó. Al cabo de un rato, dijo:

—No le entiendo, Carlyle.

—Lo entenderá cuando Richard le haya explicado los detalles del caso.

—¿No será que acusa a su propio padre? ¿Al juez Hare?

—No diga tonterías, Ball.

—Bueno, sí, admito que parece una locura —reconoció el abogado que se levantó y arrojó su servilleta al suelo—. Pero no sé de nadie que pudiera explicar su negativa a llevar el caso, quitando el juez. ¿Qué le importa nadie de West Lynne, con la posibilidad de limpiar el nombre de Dick Hare? No lo entiendo, ya le digo.

—Bueno, tengo que irme —dijo el señor Carlyle mientras se levantaba—. En cuanto a la entrevista, ¿cómo quiere que procedamos? ¿Dónde puede

verlo?

—¿Está en West Lynne?

—No, pero puedo hacerle llegar un mensaje, y vendrá a la hora y al lugar convenidos.

—¿Cuándo?

—Esta misma noche, si quiere.

—Entonces dígale que venga aquí. No correrá el menor peligro.

—De acuerdo. Mi tarea ha terminado —concluyó el señor Carlyle. Y, tras una breve conversación, se despidió de Ball. El abogado se quedó pensativo. «Qué raro es este asunto. Quizá Dick acusa a una antigua novia de Carlyle: una damisela o una dama contra quien no quiere actuar».

Capítulo 50: Una petición judicial

El lunes por la tarde tuvo lugar la entrevista entre el abogado Ball y Richard Hare. Al abogado le costó creer la historia de Richard, no por los principales detalles, que eran verosímiles, sino por la acusación contra sir Francis Levison. Richard insistió: mencionó todo lo que recordaba, hasta lo más nimio; cómo se topó con él la noche de la fuga de la pareja de East Lynne; sus encuentros en Londres con el interfecto, y el miedo de sir Francis al verlo, y que lo había reconocido la noche del sábado en la posada de Raven Inn. Tampoco se olvidó de la carta anónima recibida por el juez Hare la mañana en que Richard se ocultaba en casa del señor Carlyle. No le cabía duda de que Francis Levison estaba detrás de esa carta, para asustar al señor Hare y expulsarlo de West Lynne, si Richard se hubiera refugiado en casa de su padre. Pues nadie estaba más interesado en que Dick cayera en las garras de la justicia que Francis Levison.

—Le creo, le creo, señor Richard, en lo que se refiere a Thorn —dijo el abogado—, pero me resulta difícil aceptar que sea sir Francis Levison. Sería asombroso.

—Puede convencerse si pregunta a Otway Bethel, aunque sospecho que será un testigo reticente. También está Ebenezer James, con mejor disposición.

—¿Qué sabe él del asunto? —preguntó el abogado, sorprendido—. Ebenezer James está precisamente trabajando para nosotros.

—En aquella época veía a menudo a Thorn, y públicamente lo ha identificado en la persona de Francis Levison. Vale más que le pregunte a él. ¿Se niega usted a emprender acciones contra Levison por su posición social?

—En absoluto. Solo quiero estar seguro de que se trata del mismo hombre, y luego procederé. Levison ya es una sabandija de tomo y lomo llamándose Levison, y se merece la horca. Enviaré a por James ahora mismo, para ver qué dice —concluyó, tras una pausa reflexiva.

Richard Hare lo miró, aterrado.

—Espere, no mientras yo esté aquí. No debe verme. ¡Por el amor de Dios, piense en el riesgo que corro, señor Ball!

—¡Bah! —se rio el abogado—. ¿Cree que solo hay este salón? No dejamos entrar a los gatos en las jaulas de los canarios.

Ebenezer James llegó con el mensajero que había ido a buscarlo.

—Hágalo pasar al salón del piano —dijo el señor Ball, y allí estaba, en efecto.

—¿Necesita que le copie algún documento con urgencia, señor? —exclamó James, al entrar.

—No —replicó el abogado—. Me gustaría hacerle unas preguntas, nada más. ¿Sabe si Francis Levison ha tenido alguna vez otro nombre?

—Sí, señor. Se hacía llamar Thorn.

Hubo una pausa.

—¿Cuándo?

—En el otoño en que asesinaron a Hallijohn. Thorn solía merodear por allí; quiero decir, por la casa y los bosques.

—¿Por qué?

Ebenezer James se rio.

—Por la misma razón que todos, entre ellos yo. Porque le gustaba Afy Hallijohn.

—¿Dónde vivía entonces? No recuerdo que estuviera en West Lynne.

—No, no vivía allí. Por el contrario, se cuidaba mucho de separar West Lynne y su lugar de residencia. Montaba un caballo espléndido, pura raza, y galopaba al bosque a última hora. Se veía con Afy, montaba, y volvía a irse al galope.

—¿Hacia dónde? ¿De dónde venía?

—De algún lugar cerca de Swainson. Afy decía que tenía que recorrer casi diez millas. Ahora que ha vuelto a asomar por aquí, con su nombre, puedo sumar dos y dos y no me equivocaré mucho.

—¿Qué quiere decir? —preguntó el abogado.

—Pues que vendría de Levison Park —dijo el señor Ebenezer—. No me cabe duda de que debía estar en casa de su tío, y esa propiedad está cerca de Swainson.

El abogado pensó que las cosas se estaban aclarando, o, mejor dicho, que la oscuridad de los tejemanejes de Thorn salían a la luz. Volvió a guardar silencio y por fin hizo una pregunta en tono ominoso.

—James, ¿tiene el menor asomo de duda de que sir Francis Levison sea el mismo hombre que usted conoció como Thorn?

—Ninguna, como no tengo duda de que mi nombre es Ebenezer James y usted es el señor Ball —replicó el señor Ebenezer—. Estoy tan seguro de la identidad de ese hombre como lo estoy de quién es usted.

—¿Está dispuesto a jurarlo frente a un tribunal?

—Lo estoy, absolutamente. Frente a cualquier juez, mañana mismo si lo requiere.

—Muy bien. Puede volver a su sitio, y, por favor, sea discreto sobre nuestra conversación.

—No se preocupe, señor —respondió el señor Ebenezer James.

Ball y Richard Hare se quedaron trabajando hasta bien entrada la noche, el primero tomaba notas de la declaración de Richard. De repente, en mitad de la conversación, este dijo:

—Es un poco rara la negativa de Carlyle a interferir tratándose de Levison, ¿no le parece, señor Ball?

El abogado frunció los labios, pensativo.

—Es un asunto delicado. Carlyle ha sido un hombre de honor, le diría que casi exagerado. Si estuviera en su lugar, yo le atacaría con truenos y relámpagos, pero Carlyle y yo no somos iguales.

Al día siguiente, martes, el señor Ball estuvo ocupado, por usar una expresión de Ebenezer James, sumando dos y dos. Más tarde viajó a Levison Park para recabar más datos, y regresó el mismo día. Por la noche, Richard partió hacia Liverpool, pues su presencia ya no era necesaria. El señor y la señora Carlyle sabían dónde localizarlo si fuera necesario.

El miércoles por la mañana regresó el conde de Mount Severn con lord Vane. Este debía haber vuelto a Eton, pero había suplicado que le dejaran

asistir al «festival», esto es, a las elecciones. «Y ver la facha de ese demonio cuando le den una paliza», añadió subrepticamente a espaldas de su padre, que insistía en la importancia de que su hijo fuera un caballero. Así que el conde había cedido. Llegaron, como antes, hacia la hora del desayuno, después de viajar toda la noche. Después, caminaron con el señor Carlyle hasta West Lynne.

El pueblo estaba agitado por las elecciones, que iban a dirimirse esa semana, y todo el mundo se volcó en ellas, colectiva e individualmente. El comité del señor Carlyle estaba instalado en Buck's Head, y continuamente entraba y salía gente. Los jueces seguían la contienda electoral apasionadamente, casi con negligencia de sus deberes judiciales, y frecuentaban los ventanales de Buck's Head con banderines de colores púrpura y escarlata.

—Estaré con ustedes en diez minutos —dijo el señor Carlyle al acercarse a su oficina—. Debo ir al despacho y revisar la correspondencia.

El conde fue a Buck's Head y lord Vane, a comer a la posada de Raven Inn, para echar un vistazo al campamento enemigo. Disfrutaba mucho al plantarse allí, donde sir Francis Levison podía verlo; este, indefectiblemente, bajaba la vista y el joven caballero lo contemplaba con una mirada audaz e insolente. Como era lord Vane, o, mejor dicho, el hijo del conde de Mount Severn, debía controlarse, y no podía burlarse del candidato amarillo, como hacían los jóvenes menos pudientes, pero sentía las mismas ganas que ellos.

El señor Carlyle se instaló en su despacho, abrió sus cartas, las ordenó y marcó en el reverso lo que se debía contestar, y llamó al señor Dill. El señor Carlyle le entregó las cartas, le dio unas rápidas instrucciones y se levantó.

—Tiene usted prisa, señor Archibald.

—Me necesitan en Buck's Head. ¿Por qué?

—Hubo un incidente curioso la noche pasada, señor. Oí una disputa entre Levison y Otway Bethel.

—No me diga —dijo el señor Carlyle, distraído por la prisa, mientras buscaba algo en un cajón.

—Y lo que oí sería suficiente para condenar a Levison a la horca, y a Bethel también. Tan seguro como que estamos aquí usted y yo, saben la clave del asesinato de Hallijohn. Parece que Levison...

—Deténgase —ordenó el señor Carlyle—. Preferiría no saberlo. Levison

quizá lo mató, pero no es asunto mío, y no voy a entrar en ello.

El viejo Dill se quedó atónito.

—Pero, señor Archibald, el joven Richard Hare sigue falsamente acusado —dijo, reprobadoramente.

—Lo sé.

—¿Le parece justo que sufra un inocente en lugar del culpable?

—No. Me parece muy mal, pero sucede a menudo.

—Si alguien se ocupara de defender a Richard Hare, quizá se demostraría su inocencia —añadió el anciano, que miraba extrañado al señor Carlyle.

Este replicó:

—Y alguien lo va a hacer, Dill.

—Son las mejores noticias que he recibido hoy, señor. Pero, entonces, debo contar lo que sé para contribuir a esclarecer el caso del señor Richard Hare. Levison...

—Yo no llevaré el caso. Debe hablar con el responsable, que no seré yo.

—¿Quién se ocupará? —preguntó el señor Dill, asombrado.

—Ball. Se ha reunido ya con Richard, y es su abogado.

Los ojos de Dill brillaron.

—¿Va a acusar a Levison, señor Archibald?

—Ya le he dicho que yo no sé nada ni sabré nada del asunto.

—¡Lo entiendo! Pues, si me lo permite, iré al bufete del señor Ball y le informaré de lo que sé —dijo el señor Dill, decidido.

—Eso tampoco es asunto mío —se rio el señor Carlyle—, sino suyo. Pero recuerde que, si va al bufete, debe hablar con Ball, no con Treadman.

El señor Dill impartió algunas órdenes al encargado y no perdió tiempo en dirigirse a la oficina de Ball y Treadman. Pasó una hora hablando con el socio principal.

Hasta las tres de la tarde los jueces no ocuparon su lugar en el tribunal. Como díscolos escolares, habían jugado a hacer novillos, y habían conjugado el verbo *divertirse* en lugar del verbo *trabajar*, y se apresuraban a cumplir con su deber a última hora. No estaban todos, ni mucho menos, solo dos, que llegaron uno detrás del otro, con rostros distraídos: el juez Herbert y el señor Pinner.

Se vieron dos casos importantes, fruto de la agitación que recorría West

Lynne. Dos damas declararon, una por los partidarios de los púrpuras y la otra por los amarillos: se habían peleado en una taberna sobre los méritos de sus respectivos candidatos, y la cosa terminó en una pelea de perros y gatos. El segundo caso se refería a un puñado de muchachos que habían paseado una efigie de paja de sir Francis Levison y la habían quemado en un prado, para terror de los dueños del terreno, y la destrucción de las sábanas que allí había tendidas, que se quemaron. Las dos damas fueron condenadas a una semana de prisión, y a los muchachos se les prescribió una tanda de latigazos en privado.

Apenas habían dictado sentencia, y el ujier se llevaba a los muchachos, que gemían anticipadamente por el dolor de su castigo, entró el abogado Ball y pidió una audiencia en privado. Dijo que tenía una petición de la mayor importancia, pero que, para que la justicia se impusiera, era necesario que sus señorías lo escuchasen en secreto, y por ello suplicaba el permiso del tribunal.

El tribunal deliberó y, azuzados por la curiosidad, le concedieron su petición graciosamente. Se retiraron a una sala privada y tardaron media hora en salir. Los rostros de los dos jueces denotaban preocupación y tristeza, pues lo que el abogado Ball había dicho los había dejado sin palabras.

Capítulo 51: El mundo al revés

—Esta tarde vamos a ver al doctor Martin en el despacho de papá — había exclamado William Carlyle ese día a la hora de comer—. ¿Vamos a verlo, madame Vine?

—No lo sé, William. La señora Carlyle irá contigo.

—No, no irá. Vendrá usted.

Ante la mera idea, lady Isabel se puso roja, aunque no lo creía. ¡Ella, en el despacho del señor Carlyle!

—La señora Carlyle me dijo que te llevaría ella —dijo.

—Lo que sé es que mamá dijo esta mañana que iría usted a West Lynne conmigo —insistió William.

La discusión se vio interrumpida por la aparición de la señora Carlyle, que decidió su desenlace.

—Madame Vine —dijo—, tiene que estar lista a las tres de la tarde para acompañar a William a West Lynne.

El corazón de lady Isabel se puso a latir más rápidamente.

—Me pareció entender que tenía intención de ir usted, señora.

—Lo sé, y quería hacerlo. Pero esta mañana he sabido que unos amigos vienen de muy lejos esta tarde para verme, y no puedo salir.

A lady Isabel le habría gustado decir lo mismo: «No puedo salir», pero no podía decirlo. Tenía que ir, como debía doblegarse ante lo que no le gustaba. Era su destino.

William fue a West Lynne en poni, y un criado se ocuparía de devolver al animal. Volvería andando con madame Vine: ella iría a pie y volvería también

a pie.

El señor Carlyle no estaba en el despacho cuando llegaron. El muchacho entró en la oficina de su padre y dejó que madame Vine le siguiera. El señor Dill apareció.

—¡Señor William! ¿Ha venido a darnos instrucciones en un pleito o a presentar una ley en la Cancillería? —bromeó—. Siéntese, por favor, señora.

—Hemos venido a esperar al doctor Martin. Viene a verme. Señor Dill, ¿dónde ha ido papá?

—No lo sé —dijo el agradable señor Dill—. Pero ¿a qué viene el doctor Martin? ¡Si tienes un color excelente y las mejillas sonrosadas!

—Ojalá fuera así —respondió el niño—. No me gusta nada el aceite de hígado de bacalao. Mamá iba a venir, pero no ha podido.

—¿Cómo está tu mamá, William?

—Oh, está muy bien. ¡Qué griterío había cerca de la comisaría de policía! Mi poni se asustó, y tuve que contenerlo, y hasta emplear el látigo. Había un grupo de gente que daba patadas a una condecoración amarilla.

—No habrá paz hasta que terminen las elecciones —respondió el viejo Dill—. Ojalá ya hubieran pasado, y ese tipo se fuera de West Lynne.

—¿Se refiere a Levison? —preguntó William, que, como todo niño, se enteraba de lo que pasaba prestando atención a la conversación de los adultos.

—Así es. Lo más extraordinario es... —continuó, como si hablara para sí mismo y no con sus interlocutores—. No entiendo lo que empujó a ese idiota a venir aquí.

Lady Isabel se puso roja. ¿Por qué ese «idiota» había hecho las cosas que había hecho? Era un idiota, ciertamente, en el sentido más negativo del término.

—Por supuesto, ¡no podía esperar ganar contra mi papá! —declaró William.

—Nunca ganará a ningún hombre bueno —dijo convencido Dill—. Dios no lo permitiría.

—¿Se refiere a las elecciones? —dijo William.

—No, querido. Ahora mismo no pensaba en las elecciones.

Apareció un administrativo con un extraño: un cliente. El empleado

pensaba que el señor Carlyle estaría en su despacho. El señor Dill se llevó al cliente al suyo, pero no antes de que este mirara con curiosidad a la institutriz.

Llevaba, como siempre, seda negra. A veces sus vestidos eran bordados y otras más sencillos y discretos, pero la tela era la misma: seda negra. En la parte superior, seguía confiando en la ancha chaqueta para disimular su figura. La que había elegido ese día era una tela muy bonita con fruncidos y un chal a juego. Y, por supuesto, el extraño sombrero de paja y el velo para ocultar el rostro. Volvía a llevar las viejas gafas de cristales azules. Lady Isabel deseó estar en otra parte, porque no le gustaba que la escudriñasen ojos ajenos.

Llegó el señor Carlyle. Hablaba con el señor Dill, que lo seguía.

—¡Aquí está, madame Vine! Avisé para que fuera usted a casa de la señorita Carlyle. ¿No es cierto, Dill?

—No me lo dijeron, señor.

—Entonces se me olvidó, porque esa era mi intención. ¿Qué hora es? —Miró su reloj. Faltaban diez minutos para las cuatro—. ¿Dijo a qué hora vendría el doctor? —le preguntó el señor Carlyle a madame Vine.

—No lo concretó. Entendí que sería por la tarde, más bien a última hora.

Lady Isabel y William se dirigieron a casa de la señorita Carlyle. Esta había salido, y no esperaban su vuelta hasta la hora de cenar, según dijo el criado. William se instaló cómodamente en el sofá y se quedó dormido.

¡Qué lentamente pasaban los minutos! ¡Qué silenciosa estaba la casa! Suele pasar, cuando uno espera a que suceda algo. Lady Isabel esperaba escuchando el silencio; observaba mecánicamente a los paseantes a través de las persianas venecianas, y de vez en cuando miraba el rostro blanco del niño. ¡Ojalá el médico no tardara! Sonaron las cinco y media.

—¡Ya está aquí! —exclamó. Alguien entraba en el vestíbulo, pasos que se acercaban. No era el médico. Su corazón no habría temblado al oírlos.

—El doctor llega tarde —observó el señor Carlyle al entrar en el salón—. Me temo que tendrá que ser paciente, madame Vine.

—No importa, señor —dijo ella con un tono monocorde, un susurro más allá del cual no se atrevía a elevar la voz.

—¡Qué pálido está! —exclamó involuntariamente el señor Carlyle, que miró al niño—. ¡Y siempre se queda dormido! ¿Cree que es buena señal?

—Pensaba que la señora Carlyle vendría con él —dijo madame, sin saber

cómo llenar el silencio.

—La señora Carlyle tiene amigos de visita. Pero tal vez tampoco habría venido; lleva un par de días sintiéndose mal, y no quería que se cansara, en su actual estado.

Una puñalada más. Antaño era a ella a quien Carlyle cuidaba, de quien se preocupaba. ¡Oh, volver a ser suya! ¡Borrar el pasado!

—¡Aquí está! —exclamó el señor Carlyle con celeridad mientras iba al vestíbulo. Supuso que se refería al médico, que lo había visto pasar frente a la ventana. Entraron juntos y despertaron a William.

—Bueno —dijo el médico, un hombre bajito y calvo—, ¿cómo se encuentra mi joven paciente? *Bonjour, madame.*

—*Bonjour, monsieur* —dijo ella. Deseó que la tomaran por francesa, y le hablaran en francés; así había menos posibilidad de que la reconocieran. Pero, para hablar con el médico, debía hacerlo en inglés; no hablaba el idioma de la bella Francia más allá de unas frases.

—¿Cómo te sienta el aceite de hígado de bacalao? —le preguntó el médico a William mientras lo examinaba a la luz de la ventana—. Sabe mejor ahora, ¿verdad?

—No —dijo William—. Sabe a rayos.

El doctor Martin observó al niño, le tomó el pulso, palpó sus brazos, auscultó su respiración.

—Bien —dijo—, ya puedes sentarte y seguir durmiendo.

—Ojalá pudiera beber algo, porque tengo mucha sed. ¿Puedo pedir agua, papá?

—Ve a buscar a la criada de tu tía y pídele un poco —dijo el señor Carlyle.

—Mejor leche, en lugar de agua —dijo el doctor Martin.

William se fue, y el señor Carlyle se recostó contra la ventana. El doctor Martin se cruzó de brazos y lady Isabel permaneció cerca de él. La luz del día caía sobre los tres, pero el espeso velo de lady Isabel ocultaba su rostro, como de costumbre. Siempre lo llevaba, en todas las estaciones y a todas horas.

—¿Qué opina, doctor? —preguntó el señor Carlyle.

—Bueno —empezó el médico, con un tono muy profesional—, el niño

tiene la salud delicada. Pero...

—Espere, doctor Martin —dijo el señor Carlyle, en voz baja y solemne—. Dígame la verdad, no me oculte nada. Hable libremente.

El doctor Martin lo miró y dijo:

—La verdad no siempre es halagüeña, señor Carlyle.

—Es cierto. Precisamente por esa razón es necesario que me la diga. Estoy preparado para lo peor. Y ese niño no tiene madre que lo llore.

—Me temo que no son buenas noticias.

—¿Muerte?

—Sí. La semilla de la tuberculosis está sembrada en su cuerpo. Los efectos están a la vista.

Lo que el señor Carlyle sentía no lo exteriorizó; controlaba sus sentimientos. No cabía duda de que amaba a sus hijos con ternura y sinceridad. Permaneció quieto, y los párpados ocultaron su expresión. Al cabo de unos minutos, rompió el silencio.

—¿Cómo ha contraído la tuberculosis? No es una enfermedad heredada, ni de mí ni de su madre.

—Discúlpeme —dijo el médico—, pero la abuela del niño murió de eso: la condesa de Mount Severn.

—No dijeron que fuera tuberculosis —dijo el señor Carlyle.

—No me importa cómo lo llamaran. Era la misma enfermedad: lenta, persistente, letal. Suave en su desarrollo, y por ello más difícil de detectar.

—¿No hay esperanza, pues?

El doctor Martin lo miró y dijo:

—Me pidió que le dijera la verdad.

—¡Y nada más! Solo la verdad, y vuelvo a pedírselo —replicó el señor Carlyle, y en su tono se mezclaba la autoridad y el dolor.

—La verdad es que no hay esperanza. Tiene los pulmones demasiado dañados.

—¿Cuánto tiempo...?

—No puedo decirlo —interrumpió el doctor, que adivinó la pregunta—. Quizá meses, un año incluso, o en poco tiempo puede llegar el final. No le atosigue con clases ni lecciones: no le harán falta.

El doctor miró a la institutriz: la sugerencia le concernía tanto a ella como

al señor Carlyle. Se sobresaltó, pues la vio tan pálida como si fuera a desmayarse. Se apreciaba incluso a través del velo.

—¡Señora, usted no está bien! *Trouvez-vous malade?*

Lady Isabel entreabrió los labios, pero el temblor no le permitió hablar. El doctor Martin, preocupado, le quitó las gafas para examinarla, pero lady Isabel lo detuvo, se sentó en el sillón y se ocultó la cara con la mano libre.

El señor Carlyle, sin entender lo que sucedía, se adelantó.

—¿Se encuentra bien, madame Vine?

Lady Isabel volvió a ponerse las gafas bajo el velo.

—¡Por favor, no interrumpen su conversación por mí! Estoy bien, les doy las gracias a los dos. Tengo tendencia a ligeros... espasmos, y durante el ataque parezco más enferma de lo que estoy. Ya me encuentro bien.

El médico dedicó de nuevo su atención al señor Carlyle, y este volvió a colocarse en su posición cerca de la ventana.

—¿Cuál es el tratamiento? —dijo por fin.

—Lo que a usted le parezca y al chico le apetezca. Déjele jugar o descansar, montar a caballo o caminar, que coma o beba, o que no lo haga. No representará ninguna diferencia en el resultado.

—¡Doctor! Cede usted con facilidad.

El doctor Martin sacudió la cabeza.

—Digo lo que sé. Usted insistió en saber mi verdadera opinión.

—¿Y si nos trasladamos a un lugar con un clima más benigno? —sugirió el señor Carlyle, al que se le había ocurrido esa idea de repente.

—Podría prolongar su vida un corto tiempo, unas semanas, quizá. Pero no podrá evitarlo. ¿Y quién lo llevaría? Usted no puede, y no tiene madre. No, mi consejo es que no lo haga.

—Me gustaría que hablara con Wainwright sobre William.

—Ya lo he hecho. Le he visto esta tarde, por curiosidad, y le he dicho lo que pensaba. ¿Cómo está la señora Carlyle?

—Bastante bien. No tiene una salud de hierro, precisamente, en estos momentos, como bien sabe usted.

El doctor Martin sonrió.

—Son cosas que pasan. La señora Carlyle cuenta con una constitución muy buena, mucho más fuerte que... Ejem...

—¿Que quién? —dijo el señor Carlyle, que se preguntaba por qué dudaba.

—Discúlpeme. Ahora que he empezado, más vale terminar la frase, pero confieso que he hablado sin pensar. Me refería a que es más fuerte que lady Isabel. Ahora debo irme, con su permiso. Tengo que coger el tren de las seis.

—Espero que venga de vez en cuando a East Lynne a examinar a William.

—Si lo desea, será un placer. *Bonsjour*, madame.

Lady Isabel inclinó la cabeza mientras él salía de la estancia con el señor Carlyle.

—¡Cuánto quiere al niño esa institutriz francesa! —susurró el médico mientras cruzaba el vestíbulo—. Ya me di cuenta cuando lo acompañó a Lynneborough a mi consulta. ¡Y la ha visto hace un instante! La emoción que la embargaba al oír que William estaba gravemente enfermo. ¡Qué suerte tiene el pobre! En fin, buenos días.

El señor Carlyle se aferró a su mano y dijo, vehemente:

—Doctor, ¡ojalá pudiera usted salvarlo!

—¡Ah, señor Carlyle! Si nosotros, los médicos, que no somos sino motas al lado del verdadero Gran Sanador que todo lo decide, pudiéramos conservar la salud de los que Él decide llevarse, ¡nos lloverían las peticiones! Hasta en la nube más oscura hay una compasión escondida, no lo olvide, amigo mío. Adiós.

El señor Carlyle regresó al salón. Se acercó a lady Isabel, y la contempló mientras se sentaba, aunque el rostro de ella seguía, como de costumbre, oculto por el velo.

—Son malas noticias. Pero me parece que usted estaba más preparada para oírlas que yo.

Ella se sobresaltó y se acercó a la ventana y miró hacia fuera, como si acabara de ver a algún conocido. Estaba agitada: le latían las sienes y tenía la garganta seca; respiraba entrecortadamente. ¿Sería capaz de conversar con él, en privado, acerca del estado de salud de su hijo? Se sacó los guantes porque la piel de las manos le ardía, y se limpió el sudor de su pálida frente, pues buscaba calmarse. ¿Qué excusa podía ofrecerle al señor Carlyle?

—Quiero mucho al niño, señor —dijo mientras se giraba a medias—. Y el dictamen del médico, que ha sido tan claro, es muy doloroso. Por eso estoy tan agitada.

De nuevo, el señor Carlyle se acercó a ella, donde lady Isabel permanecía en pie.

—Es usted muy amable por interesarse tanto por mi hijo.

Lady Isabel guardó silencio.

—No se lo diga a la señora Carlyle —prosiguió él—. Preferiría decírselo yo. No quiero que reciba ninguna noticia triste o preocupante en estos momentos.

—¿Por qué iba a preocuparse o entristecerse? No es la madre del niño. — Lady Isabel habló con pasión y hasta rencor, casi despreciando a Barbara. Se dio cuenta en cuanto las palabras salieron de sus labios, y recuperó el control de sí misma, hasta el punto de que el final de la frase lo dijo con un tono más dulcificado. Sin embargo, el señor Carlyle enarcó las cejas y dijo, altivo:

—Sus palabras son imprudentes, señora.

El reproche fue un latigazo en su corazón y contribuyó a recordarle quién era: con vergüenza y humillación, pues era una institutriz. El señor Carlyle debía pensar que estaba loca, o algo peor, al hablar así de su esposa. Se apartó de ella, en efecto; de repente, lady Isabel se dirigió a él con una súplica en los labios:

—Si no me equivoco, el hecho de enviar a William a un lugar de mejor clima es un problema, pues no hay nadie para acompañarlo. Señor, le pido que me deje ir a mí. Que lo confíe a mis cuidados.

—No puede ir. Ya oyó al doctor Martin: no prolongará su vida en lo esencial.

—Unas semanas, sí —dijo ella—. ¿No tienen valor esas semanas?

—Dijo que *podrían* prolongar su vida, pero no lo aseguró. Sin embargo, ¿de qué serviría? Pasaría esas semanas lejos de su familia. No, madame Vine. Si mi hijo va a morir, al menos sus últimos meses quiero tenerlo a mi lado.

La cabeza de William asomó por la puerta entreabierta, explorando.

—Se ha ido ya, ¿verdad? No quería volver mientras él siguiera aquí, por si me daba una cucharada de aceite de hígado de bacalao.

El señor Carlyle se sentó, se puso a William en las rodillas y la frente con cariño contra el pelo sedoso de su hijo.

—Querido, el aceite de hígado de bacalao es bueno para ti, para que te hagas más fuerte.

—Pero es que no creo que funcione, papá. ¿Ha dicho el doctor Martin si me voy a morir?

—¿Quién ha dicho nada de morirse?

—Oh, hay quien habla de eso.

—Vamos a ver cómo curarte, en lugar de dejarte morir —respondió el señor Carlyle, sin saber qué decirle, y suprimió el dolor que invadía su corazón—. Pero, tanto si morimos o vivimos, debes recordar que estamos en las manos de Dios. Ya lo sabes, William, y la voluntad de Dios es siempre para bien.

—Lo sé, papá.

El señor Carlyle se levantó y entregó al niño a madame Vine.

—Lléveselo, madame —dijo, y se fue hacia el vestíbulo.

—¡Papá, papá! Espera —lo llamó William, que se soltó de la mano de madame Vine y corrió tras su padre—. ¿Puedo acompañarte a casa? ¿Irás caminando?

¿Cómo negarle nada al niño? No estaba en su mano ni en su corazón hacerlo. El señor Carlyle dijo:

—Está bien. Espera aquí, hasta que venga a buscarte.

—¡Vamos a casa con papá! —proclamó William a madame Vine.

A ella no le gustó la noticia, pero no podía evitarlo. Al cabo de un breve rato, apareció el señor Carlyle y partieron hacia East Lynne. Carlyle sostenía la manecita del niño mientras madame Vine caminaba sola, al otro lado de William.

—¿Dónde está Vane, papá? —preguntó el muchacho.

—Se ha ido con lord Mount Severn.

Apenas había respondido cuando alguien llegó a toda velocidad de la oficina de correos y se topó con ellos; se dio de bruces, de hecho, y creó un pequeño altercado. El hombre parecía confundido, y rápidamente se alejó por la calle. No es de extrañar, pues se trataba nada menos que de Francis Levison. William, con la inocencia de los niños, giró la cabeza para observar al intruso.

—No querría ser un hombre malo y feo como ese por nada del mundo —dijo el niño, y se giró y preguntó a su padre—: ¿Y tú, papá?

El señor Carlyle no contestó, y lady Isabel lo miró de reojo. Su rostro era

impasible, excepto por el gesto de inefable desprecio que se pintaba en sus labios.

En la puerta de la casa del juez Hare se encontraron con el dueño de la casa, que estaba paseando, al parecer, para despejarse. William vio a la señora Hare sentada en un banco en el jardín, frente a la ventana, y corrió a darle un beso. Todos los niños querían a la señora Hare. El juez estaba pálido. Los rizos de su mejor peluca caían desvaídos y su pomposidad había desaparecido.

—Carlyle, ¿qué demonios es esto? —exclamó en un tono que, viniendo de él, era notablemente dócil y tranquilo—. No me tocaba a mí formar parte del tribunal esta tarde, pero Pinner me ha hablado de una petición recibida en audiencia privada. No puede ser: es una historia descabellada. ¿Qué sabe usted de este asunto?

—Nada —replicó el señor Carlyle—. No he participado en ninguna petición ni nadie me ha contado nada.

—Sostienen que Dick no mató a Hallijohn —prosiguió el juez, susurrando, y miró a su alrededor para asegurarse de que nadie los oía colgado de un árbol.

—Ah, ¿sí? —dijo el señor Carlyle.

—Afirman que lo hizo Levison. ¡*Levison!*

El señor Carlyle no dijo nada, excepto por un gesto, y su rostro era aún más impassible que antes. No era el caso de la que estaba a su lado, sin embargo.

—Pero no puede ser, ya sabe. No es posible, no lo es.

—Hace tiempo que estoy convencido de que Richard es inocente —dijo el señor Carlyle.

—¿Y de que Levison es culpable? —replicó el juez, que abrió los ojos asombrado.

—Sobre ese punto no puedo emitir ninguna opinión —fue la fría respuesta.

—Es imposible. Dick no puede ser inocente. Sería lo mismo que decirme que el mundo está del revés.

—A veces lo está, o eso pienso. Estoy seguro de que se demostrará que Richard no era el culpable del crimen, y su nombre quedará limpio y podrá

caminar libre a plena luz del día.

—Si... si otro cometió el asesinato, lo lógico sería que fuera usted el responsable de acusarlo, y presentar la petición de que lo detenga la policía, o capturarlo usted mismo, con sus propias manos.

—No le tocaría ni con pinzas —dijo el señor Carlyle, y de nuevo se esbozó el desprecio que sentía por Levison en su tono y su expresión—. Si un hombre debe recibir castigo por sus actos, que así sea, pero yo no voy a actuar.

—*¿Es posible* que Dick sea inocente? —murmuraba el juez mientras le daba vueltas y vueltas a la idea que tanto le perturbaba—. Entonces, ¿por qué huyó? ¿Por qué no volvió a su casa, por qué no se declaró inocente?

—¿Para que usted lo entregara a la justicia? Ya sabe que juró hacerlo.

El juez lo miró, y sus ojos rebosaban humildad y dolor.

—Oh, Carlyle —dijo impulsivamente, cuando la idea cruzó por su mente—, ¡qué terrible venganza habría sido esto para usted, si ella... si aún estuviera viva! ¡Cómo se habría dado cuenta de su craso error!

—Los errores vuelven para atormentarnos a todos —respondió el señor Carlyle mientras tomaba a William de la mano, que se había acercado a ambos. Saludó a la señora Hare con un gesto y siguió caminando.

Lady Isabel también lo siguió, al lado del niño. Con su frágil figura y el corazón enfermo hasta morir. El juez los contempló, con la mente distraída. Estaba atrapado en un laberinto de sorpresas: ¡Richard, inocente! Richard, ¡al que había jurado perseguir hasta su final vergonzoso en la horca! ¿Y qué había del otro, del culpable? El mundo de veras estaba al revés.

Capítulo 52: La señorita Carlyle en todo su esplendor y Afy también

West Lynne despertó alegre el jueves por la mañana; alegres tocaban y vibraban las campanas. La calle palpitaba con ríos de gente, en las ventanas se asomaban racimos de cabezas; algo fuera de lo común iba a suceder. Era el día de la nominación de los candidatos, y todos se lo tomaron de fiesta para asistir a la celebración.

Iba a ser a las diez, pero antes de la hora West Lynne estaba a rebosar. Los vecinos de los alrededores habían venido en masa; ricos y pobres, gente humilde y notables, votantes y no votantes: todos querían participar en los acontecimientos del día. Que sir Francis Levison fuera el candidato enfrentado al señor Carlyle despertaba mayor interés en estas elecciones de lo que es habitual en un entorno rural. Barbara fue en carruaje a West Lynne con los dos niños y la institutriz. Esta habría preferido quedarse en casa, pero Barbara se lo tomó casi como un desprecio. Aun si no sintiera el menor interés por el resultado de las elecciones, debía cuidar de Lucy porque ella estaría demasiado ocupada para estar pendiente de sus hijos. Así que madame Vine se vio obligada a subir al carruaje y sentarse frente a la señora Carlyle, con su espeso velo que le ocultaba el rostro y su palidez que contrastaba con sus gafas azules.

Fueron a la residencia de la señorita Carlyle, donde se había reunido un buen puñado de gente: la señora y la señorita Dobede, los Herbert, la señora Hare y muchos otros, pues la casa era un lugar privilegiado para ver el desarrollo del día, y todos querían presentar sus respetos al señor Carlyle y

expresarle su admiración. La señorita Carlyle se había acicalado como era de recibo: llevaba un vestido de brocado, con un lazo púrpura y escarlata del tamaño de una calabaza. Fue la única ocasión, en toda la vida de la señorita Carlyle, en que le pareció necesario llevar ornamentos y vestirse de gala. Barbara no llevaba lazo alguno, pero sí un espléndido ramo de flores escarlatas y púrpuras que el propio señor Carlyle le había regalado esa mañana.

El señor Carlyle los vio llegar desde las ventanas del gran salón del primer piso y entró. Estaba de camino al ayuntamiento. Se intercambiaron saludos, risas, buenos deseos y estrechó las manos de todos, y volvió a irse. Barbara fue tras él para una despedida más dulce.

—¡Que Dios te bendiga, Archibald, querido!

El día empezó. Sir John Dobede propuso al señor Carlyle como candidato, secundado por el señor Herbert. Lord Mount Severn se había volcado en la campaña del señor Carlyle, y de buena gana lo habría propuesto y secundado, pero no tenía influencia en la localidad. Sir Francis Levison fue propuesto por dos caballeros de cierto rango. Se alzaron las manos, y la diferencia fue de veinte contra uno a favor del señor Carlyle. Ante esto, los amigos del baronet pidieron una votación.

Todo fueron prisas, confusión y movimiento. La gente se desplazaba a las urnas, instaladas en un lugar más amplio, pues en el ayuntamiento no había suficiente espacio. Los candidatos, los caballeros que los habían propuesto, los votantes, los policías y la gente avanzaban y se jaleaban unos a otros. El señor Carlyle caminaba al lado de sir John Dobede, y este tenía a lord Mount Severn a su lado, pero no había orden en la marcha. Para llegar al lugar designado, había que pasar frente a la casa de la señorita Carlyle. El joven Vane, que estaba, por supuesto, en el grueso del desfile, levantó la vista hacia las ventanas, se quitó el sombrero y saludó.

—¡Carlyle, honor para siempre! —gritó.

Las damas se rieron, le saludaron y agitaron sus pañuelos, de colores púrpura y escarlata. La gente se sumó al grito, hasta que el aire temblaba con los vítores. Barbara lloraba, emocionada, pero sonreía al encontrar la mirada amorosa de su marido, que buscaba sus ojos.

—¡Una galaxia de belleza! —susurró el señor Drake a sir Francis—. ¡De qué manera le apoyan las mujeres! Ya le digo, Levison, que usted y el

Gobierno fueron estúpidos al enfrentarse a Carlyle, ya se lo dije hace días. No tiene ninguna oportunidad, no más que una brizna de paja contra una galera. Debería haberse retirado hace tiempo.

—¡Como un cobarde! —replicó enfadado sir Francis—. No, llegaré hasta el final.

—¡Qué linda es su mujer! —prosiguió el señor Drake, que observaba con admiración a Barbara—. Diga, Levison, ¿la primera era tan bonita?

La expresión de sir Francis era de una furia salvaje; la mención a lady Isabel no le gustó nada. Pero, antes de que pudiera responder, un policía, tras abrirse paso entre la multitud, puso la mano en el baronet.

—Sir Francis Levison, queda usted detenido.

Lo que se le ocurrió a sir Francis en ese momento era que sus acreedores le habían denunciado. Pero fue suficiente para teñir su rostro de rabia púrpura.

—¡Quíteme sus sucias manos de encima! ¿Cómo se atreve?

Un movimiento rápido, un clic metálico, un murmullo de la masa asombrada a su alrededor: el policía había puesto las esposas a sir Francis. Solo el puro asombro evitó que el señor Drake intentara golpear al policía. Una docena de lenguas vituperantes le asaltó.

—Siento tener que detenerlo en público y de esta manera —dijo el policía, en parte a sir Francis y en parte a los caballeros que le rodeaban—, pero no le encontré la noche anterior, por mucho que lo busqué. Y tengo una orden de detención contra sir Francis Levison desde ayer por la tarde a las cinco. Levison, queda arrestado por el asesinato de George Hallijohn.

La masa se echó atrás, en un movimiento de mudo asombro. Todos estaban paralizados y consternados: la acusación recorrió todas las filas de la multitud, de principio a fin, y volvió a recorrerla, y los ánimos se agitaron. Las damas que miraban desde las ventanas de la casa de la señorita Carlyle vieron que algo sucedía, aunque no podían adivinar la causa. Algunas empalidecieron al ver las esposas. Mary Pinner, una muchacha muy impresionable, gritó.

Pero ¿qué era su palidez en comparación con el tono lívido que teñía los rasgos de Francis Levison? Daba pena ver su estado de ánimo y daba miedo contemplar su rostro deformado; trató de hablar una o dos veces, agónicamente, y sus ojos se dirigieron a Otway Bethel, que estaba cerca. Esta

fue la frase (sin los ornatos que la acompañaron, que eran pocos) que brotó de sus labios:

—¡Perro! ¡Esto es obra tuya!

—¡No! ¡Se lo juro por...! —Si Otway Bethel iba a jurar por Júpiter o por Juno, no se llegó a saber, pues la frase quedó ignominiosamente cortada por otro policía que repitió la operación ejecutada con sir Francis Levison.

—Señor Otway Bethel, queda detenido como cómplice del asesinato de George Hallijohn.

El resto de los asistentes se quedaron de piedra, con los ojos abiertos y los oídos aguzados. El coronel Bethel abandonó los rangos púrpura y escarlata y se abalanzó sobre los amarillos. Sabía que su sobrino era un desgraciado, pero ¡verlo esposado y detenido como un criminal!

—¿Qué significa esto? —exigió a los policías.

—No es culpa nuestra, coronel. Cumplimos órdenes del juez —contestó uno de ellos—. El tribunal emitió ayer una orden de detención contra estos caballeros bajo la sospecha de que están implicados en el asesinato de Hallijohn.

—¿Les acusan de ser cómplices de Richard Hare? —exclamó el asombrado coronel, que miraba de hito en hito a los prisioneros y a los policías, sin dar crédito a lo que escuchaba.

—El tribunal sospecha que Richard Hare no tuvo nada que ver con el crimen —respondió el hombre—. Podría ser inocente. Y no sé nada más.

—Juro que soy inocente —gritó Otway Bethel.

—Bueno, señor, en ese caso tiene que demostrarlo —le dijo el policía, amablemente.

La señorita Carlyle y lady Dobede abrieron la ventana y se inclinaron para escuchar. Su curiosidad era demasiada para permanecer ajenas a lo que se desarrollaba bajo sus pies. La señora Hare estaba a su lado.

—¿Qué sucede? —preguntaron a los rostros que las miraban en el gentío.

—El candidato y el joven Bethel han sido arrestados por asesinato —contestó un hombre—. Dicen que asesinaron a Hallijohn, y le colgaron el muerto al joven Dick Hare, que, después de todo, parece que no lo hizo.

Se oyó un gemido de dolor, y Barbara corrió hacia la señora Hare, que era quien así había gritado.

—¡Oh, mamá, mamá! ¿Lo ves? Cálmate, no sufras, no puedes, ¡recuerda tus nervios! Richard es inocente, y se demostrará. ¡Archibald! —llamó a su marido, alarmada—. Ven, si puedes, y tranquiliza a mi madre.

Era imposible que el señor Carlyle pudiera distinguir las palabras que su esposa le dirigía por encima del terrible griterío de la gente, pero se dio cuenta de que su esposa estaba agitada y que le pedía que fuera.

—Regresaré enseguida —dijo a sus amigos, y empezó a abrirse paso por el gentío, que, al ver de quien se trataba, le dejaban pasar.

Llevaron a una habitación más tranquila a la señora Hare, lejos del ajetreo de los visitantes y del ruido de la calle. El señor Carlyle cerró la puerta y, sin querer, se guardó la llave. Estaban allí él y su esposa, y madame Vine con unas sales para la enferma. Barbara se arrodilló a los pies de su madre y el señor Carlyle se inclinó sobre ella y sostuvo sus manos afectuosamente. Madame Vine habría querido irse, pero la puerta estaba cerrada.

—¡Oh, Archibald! Dime la verdad. Tú no me mentirás —dijo la pobre mujer en una súplica. Estaba alterada, el sudor cubría su pálido y dulce rostro—. ¿Al fin se demostrará la inocencia de mi hijo?

—Así es.

—¿Es posible que sea ese hombre, falso y vil, el culpable del crimen?

—En lo más hondo de mi alma, así lo creo —replicó el señor Carlyle, y miró a su alrededor para asegurarse de que nadie le oía, exceptuando los presentes—. Pero lo que acabo de decir no lo repetiré en público. Sea cual sea el pecado de ese hombre, yo no soy su némesis. Señora Hare, ¡tenga valor! ¡Cálmese! Vienen días más felices, se lo aseguro.

La señora Hare lloraba en silencio. Barbara se levantó y la abrazó.

—Cuida de ella, querida —le susurró el señor Carlyle a su mujer—. No la dejes sola un momento y no permitas que entre nadie a atosigarla. Disculpe, madame.

Sin querer, su mano había rozado el cuello de madame Vine al girarse; es decir, había rozado la chaqueta que lo cubría. Abrió la puerta y salió a la calle. Madame Vine se sentó mientras su corazón rebelde latía desbocado.

Entre gritos y burlas, la masa escoltó a sir Francis Levison y a Otway Bethel hasta la comisaría, donde debían ser interrogados por el juez. Nunca se había producido una interrupción más mortificante, así lo pensaba el partido de sir Francis. Tras conferenciar brevemente, retiraron su nombre como

candidato a diputado. La mayoría sabía que antes de la ignominiosa detención no tenía la menor posibilidad.

Aún sucedió algo más el día de las elecciones. La señorita Carlyle, en toda su gloria y esplendor, envuelta en seda y brocado, contemplaba satisfecha a su noble hermano jaleado por todos mientras exhibía sus magníficos colores y su riqueza. Si hubiera adivinado quién se encontraba en el piso de arriba, mirando desde una ventana, las consecuencias habrían sido terribles.

¡Nada menos que la «desvergonzada» Afy Hallijohn! Los criados de la señorita Carlyle la habían dejado pasar, y allí estaba ella, emperifollada. Una tela de cuadros verdes y blancos fruncida en la cintura cubría un miriñaque que se extendía hasta el mar de China; llevaba un sombrero de lo más coqueto, fijado en la trenza por detrás, y por añadidura con velo y corona; guantes blancos y delicados, y un pañuelo de encaje que agitaba constantemente y que olía a almizcle. Fue una suerte para la señorita Corny, para su paz de espíritu, ignorar la presencia de Afy en su propia casa. Y allí estuvo, como un girasol, exhibiendo su esplendor frente a los ojos hambrientos de la multitud.

—Es un hombre guapo, a pesar de todo —decía a las criadas de la señorita Carlyle cuando sir Francis Levison se detenía frente a la casa.

—Pero ¡un ser horrible! —respondía una—. Y pensar que vino a enfrentarse con el señor Archibald.

—Espera, ¿qué pasa? —exclamó Afy—. ¿Por qué se paran? Hay policías... ¡Oh! —chilló Afy—. Pero ¡si acaban de detenerlo! ¡Le han puesto esposas! ¿Qué habrá hecho? ¿De qué va todo esto?

—¿Dónde? ¿Quién? ¿Cómo? —exclamaron los criados, tan sorprendidos como la masa—. ¿A quién le han puesto esposas?

—A sir Francis Levison. ¡Callad, callad!

Escuchando denodadamente, pasando del blanco al rojo y del rojo al blanco, Afy trataba de averiguar qué sucedía, pero no había manera. No podían saber la causa de la conmoción. Lo que la señorita Carlyle y lady Dobede escucharon no llegó a sus oídos.

—¿Qué ha dicho? —exclamó.

—¡Madre de Dios! —dijo una de las criadas, que había captado lo que decía el hombre—. Dicen que los han arrestado por el asesinato de Hall..., de

su padre, señorita Afy, a sir Francis Levison y a Otway Bethel.

—¿Cómo? —gritó Afy, con los ojos muy abiertos.

—Dicen que Levison fue el asesino —continuó la criada, que se inclinó para escuchar mejor—. Y que el joven Richard Hare es inocente.

Afy comprendió lentamente el significado de lo que decía la criada; tragó saliva dos veces, como si le faltara aliento, y luego, tras estremecerse, cayó al suelo. Afy Hallijohn se había desmayado.

Capítulo 53: El señor Jiffin

Afy Hallijohn se recobró del desmayo y la sacaron a la chita callando de casa de la señorita Carlyle, igual que había entrado. Pero Afy era una muchacha de naturaleza elástica, y, pasado el asombro, la indignación o lo que fuera, volvió a ser ella misma. Desplegó su vanidad al regresar con la señora Latimer y le contó con profusión de detalles cómo se había sentido. Su pañuelo de encaje iba de una mano a otra y sus contoneos no cesaban mientras exhibía con gracia su chaqueta bordada y sus botas prístinas, con tacones altísimos. No importaba si la moda era una locura: Afy la seguía ciegamente.

No lejos de la residencia de la señorita Carlyle había una tienda que vendía quesos, jamón y mantequilla. Una tienda respetable, y su dueño también. Se trataba de un joven de rostro tranquilo; había comprado el negocio y con él los clientes, y se había puesto al frente, y desde Londres se había mudado a West Lynne. Su predecesor había reunido dinero suficiente para retirarse, y la gente decía que el señor Jiffin haría lo mismo. Baste decir que la señorita Carlyle compraba allí, y eso debe ser garantía de la calidad de los artículos que allí se vendían.

Cuando Afy llegó a la tienda, el señor Jiffin estaba en la puerta; dentro, su asistente preparaba una caja de mantequilla. Afy se detuvo. El señor Jiffin la contempló admirativamente, y ella, siempre dispuesta a flirtear, pasó varias veces frente a la tienda para dejarse admirar.

—Buenos días, señorita Hallijohn —exclamó él amablemente mientras se quitaba el delantal blanco y le tendía la mano. Pues recordaba que Afy había hecho comentarios desdeñosos sobre el delantal.

—Oh, ¿cómo está, Jiffin? —dijo Afy altiva, que fingió que no lo había

visto en la entrada de la tienda. Condescendió en tocar con la punta de sus guantes blancos la mano que le ofrecía el tendero mientras coqueteaba con su pañuelo, su velo y sus rizos—. Pensaba que hoy habría cerrado la tienda, señor Jiffin, y se habría tomado un día festivo.

—Hay que atender el negocio —respondió el señor Jiffin, distraído por la contemplación de los conspicuos atractivos de Afy—. Si hubiera sabido que venía usted, señorita Hallijohn, y que disfrutaría de un día de asueto, quizá lo habría hecho, esperando cruzarme con usted.

Sus palabras eran tan sinceras como su admiración, y Afy se dio cuenta. «Es más tonto que un cencerro», pensó.

—El mayor placer de mi vida, señorita Hallijohn, es verla cada día pasar delante del escaparate —continuó el señor Jiffin—. Es como si pasara el sol.

—¡Madre mía! —exclamó Afy—. No sé si eso le hará ningún bien. Podría haberme visto hace un par de horas, si hubiera prestado atención. Iba a casa de la señorita Carlyle —continuó, con el aire de quien proclama que ha tomado el té con una duquesa.

—¿Dónde debía estar yo, que me la he perdido? —dijo el señor Jiffin, en un lamento agónico—. Estaría metido en los barriles de mantequilla. Nos ha llegado una partida en mal estado, señorita Hallijohn, y voy a devolverla.

—Oh —dijo Afy, con un mohín, pues no le había gustado el comentario—. No sé nada de mantequilla ni de barriles. Está muy por debajo de mí.

—Por supuesto, por supuesto, señorita Hallijohn —se lamentó el pobre Jiffin—. Sin embargo, para los que sabemos del negocio, le diré que son muy provechosos económicamente.

—¿Qué es ese griterío? —exclamó Afy, que aludía a un tremendo ruido que se oía a lo lejos, y que se prolongaba.

—Son los votantes lanzando vítores al señor Carlyle. Supongo que ya sabe que lo han elegido diputado, ¿verdad, señorita Hallijohn?

—Pues no.

—Al otro candidato lo retiraron sus amigos, así que fue muy rápido, y ahora el señor Carlyle es nuestro diputado. ¡Que Dios le bendiga! No hay muchos hombres como él.

—¿Son todos clientes? Vaya, será mejor que vaya a atenderlos, porque su asistente no puede con todo. No le robo más tiempo.

Y, con un grácil movimiento de caderas y tras saludarlo con el pañuelo, Afy se fue. El señor Jiffin, que no podía apartar sus ojos fascinados de la figura de la joven, se giró y se metió en su tienda para servir a las cuatro o cinco criadas que esperaban.

«No sería un mal partido en absoluto —se dijo Afy mientras su miriñaque se balanceaba por la calle—. Por supuesto que ni loca metería un pie en la tienda, a menos que fuera para llevarme cosas, como cualquier cliente. ¡Gracias a Dios que hay una entrada privada! Y dicen que en el piso de arriba tiene una salita preciosa, decorada como un salón, con un *chiffonier* de cristal y alfombras de Bruselas y una mesa y sillas de madera de sándalo, y un sofá y todo. La salita que hay detrás de la tienda es muy cómoda, y ya me ocuparía yo de amueblarla, si no lo está ya; le haría comprar un piano para el salón, que queda muy bien, aunque nadie lo toque. Y tendría dos criadas: una cocinera y una doncella. No voy a casarme para que se ocupe de mí solo una criada. Jiffin es tan blando que seguro que me lo permite. Si quisiera, me dejaría convertir la casa en un teatro, mientras le deje tranquilo en la tienda. Eso puede hacerlo, si quiere: la tienda será su reino, y el resto de la casa el mío. ¿De qué sirve un marido, si no es para trabajar para una? Son una carga, bien mirado. Me pregunto cuántas habitaciones tendrá la casa. Si no hay ninguna de buen tamaño, tendré que fundir dos y convertirlas en una sala. Nunca he podido dormir en una habitación pequeña. Y tendré una cama preciosa, con colgaduras de damasco moruno, como en *Las mil y una noches*, y un armario grande de caoba, y un tocador bonito de cristal, y un espejo de cuerpo entero, además del mobiliario que haga falta. No estoy segura de si no le pondré una camita de hierro para él: las camas separadas para el matrimonio están de moda entre la nobleza. Veremos. Sí, teniéndolo en cuenta, no sería un mal partido en absoluto. Lo peor es el nombre. ¡Joe Jiffin! ¿Cómo voy a soportar que me llamen señora Jiffin? No, no. ¡Madre mía!».

—¿Qué quiere? —exclamó Afy.

El responsable de la interrupción de los castillos en el aire de Afy era el señor Ebenezer James. Ese caballero, que llevaba un buen rato tratando de alcanzarla, tiró de su falda para avisarla de que iba tras ella.

—¿Cómo estás, Afy? Iba a verte a casa de la señora Latimer, pero no sabía que habías vuelto. Te vi esta mañana en la ventana de la casa de la señorita Corny.

—No me tomes el pelo, Ebenezer James. ¡Y cuida tu lengua! El otro día ya te dije que te mantuvieras lejos de mí. Le dijiste al señor Jiffin que habíamos sido novios. ¡Me he enterado!

—Lo fuimos —se rio el señor Ebenezer.

—No, nunca lo fuimos —exclamó Afy—. Siempre salía con gente de más nivel que tú, y de no tenerlos no te habría puesto un dedo encima. Pero ¡tú vas de flor en flor!

—¿Y tú no? —replicó el señor Ebenezer, con doble sentido tras su buen humor y sus risas.

Las mejillas de Afy se colorearon y levantó la mano con un gesto amenazador. Si no hubieran estado en plena calle, el señor Ebenezer habría recibido un sonoro bofetón. Afy bajó la mano y lo miró con fiereza.

—Si piensas que tus viles y falsas insinuaciones van a ofenderme, te equivocas de medio a medio, Ebenezer James. Aquí me respetan. Así que ni lo intentes.

—Pero, Afy, ¿qué te pasa? No quiero perjudicarte, ni soñarlo. Como dices, no podría, aunque lo intente —añadió, con otra risa—. Me he metido en más de un lío, y no soy de los que meten a los demás en complicaciones.

—Venga, basta. Vete. No quiero que nos vean juntos en público. Mi reputación...

—Está bien, me iré, pero tengo que darte un recado. Y dejaré pasar lo de tu reputación... En fin. Tienes que ir donde el jurado a las tres esta tarde. Y, por favor, no se te ocurra no ir.

—¡Al tribunal! —replicó Afy—. ¡Yo! ¿Para qué?

—Ya te he dicho que no se te ocurra no ir —repitió el señor Ebenezer—. Ya viste que han detenido a Levison, tu antiguo novio...

Afy descargó el pie en el suelo, indignada.

—¡Vigila tu lengua, Ebenezer James! ¿Novio, él? Voy a denunciarte por difamación.

—No seas tonta, Afy. No te hagas la señoritinga conmigo. Ya sabes que te vi, y le vi a él contigo. La gente decía que ibas de novia con Dick Hare; yo sabía que no era así, pero me callé. No era asunto mío, y tampoco lo es ahora. Levison, *alias* Thorn, está detenido por el asesinato de tu padre, y tienes que acudir al tribunal para responder a las preguntas de los jueces.

La expresión de la señorita Afy cambió. Su mirada altiva se transformó en un semblante humilde y dócil, por no decir aterrorizado.

—¡No sé nada del asesinato! —tartamudeó mientras trataba de zafarse—. No pienso ir.

—Tienes que ir, Afy —dijo él, poniendo un pedazo de papel en sus manos—. Aquí está tu citación. Ball pensó que no vendrías si no era por orden expresa del tribunal.

—Nunca declararé contra Levison —dijo ella; rompió la citación en pedazos y los tiró al suelo—. Lo juro. ¡Toma, aquí tienes tu papelito! ¿Por qué voy a ayudar a que ahorquen a un hombre inocente, si fue Dick Hare quien lo hizo? ¡No, no! Antes me voy lejos de aquí, y no vuelvo hasta que todo haya terminado. Y no me olvidaré de los que me han traicionado, como tú, Ebenezer James.

—¡Que yo te he traicionado! Pero ¿crees que he tenido algo que ver con todo esto? Ni se te ocurra, Afy. El señor Ball me dio esa citación, y me dijo que te la entregara. Se la podría haber dado a otro, pero me ha tocado a mí. Ha sido casualidad. Y no te olvides de que, si puedo hacerte un favor, lo haré, y no te la jugaré.

Afy se fue a toda velocidad y apenas se despidió.

—¡No se te olvide ir al tribunal, Afy! —exclamó él mientras preparaba para volver al bufete.

—¡Al tribunal! ¡Podéis esperarme sentados! No pienso abrir la boca, y no van a arrastrarme frente a ningún juez, ni por la fuerza ni con trucos.

Ebenezer James la observó mientras se alejaba.

«¡Qué temperamento tiene Afy cuando se enfada! —se dijo—. A menos que se lo impidan, desaparecerá y no volverán a verla. ¡Qué tonta! No debería salir nada que la implicase con Thorn, a menos que se le escape a ella, en un ataque de ira. ¡Vaya, aquí está Ball! Voy a avisarlo».

Afy fue a casa de la señora Latimer. La señora, que sufría de una indisposición, estaba confinada en su casa. Afy se desprendió de los elementos más coquetos de su vestimenta y se presentó delante de la señora de la casa.

—Oh, señora, ¡qué noticias tengo! —empezó—. Un pariente mío se está muriendo, y quiere verme. Debo salir en el próximo tren.

—¡Por Dios! —exclamó la señora Latimer tras una pausa de sorpresa—.

Pero ¿qué haré si te vas, Afy?

—Es la petición de un hombre moribundo, señora —dijo Afy mientras se cubría los ojos con su pañuelo seco (no el de encaje), como si estuviera poseída por la tristeza—. Por supuesto que, de no ser así, ni se me ocurriría irme, señora, estando usted como está.

—¿Dónde vive su pariente? —preguntó la señora Latimer—. ¿Cuánto tiempo estarás fuera?

Afy mencionó el primer pueblo que se le ocurrió y dijo que «esperaba» volver al día siguiente.

—¿Qué parentesco os une? —dijo la señora Latimer—. Creía que no tenías familia, excepto Joyce y tu tía, la señora Kane.

—Es otra tía —dijo Afy, dulcemente—. Nunca la he mencionado porque no teníamos buenas relaciones. Hubo diferencias que... Por supuesto, eso hace que tenga más prisa por obedecer su petición.

Afy era muy buena improvisando historias, y la señora Latimer le dio permiso. Afy subió arriba, volvió a acicalarse, puso dos o tres pertenencias en una bolsa de piel, se guardó el dinero ahorrado y se fue de la casa.

Por la calle, paseando tranquilamente por el lado soleado, había un policía. Se cruzó con Afy, a quien conocía.

—Buenos días, señorita Hallijohn. Hace buen tiempo, ¿verdad?

—Muy bueno —dijo Afy, preocupada porque retrasaba su partida—. Perdome, pero no puedo detenerme. Tengo prisa.

Y echó a andar. Pero, cuanto más rápido andaba, él incrementaba su paso para mantenerse a su lado. Afy echó a correr y él la imitó.

—¿Por qué tanta prisa? —preguntó el policía.

—No es asunto suyo. Y no quiero que me acompañe. Hay tiempo para cada cosa, y ya lo habrá de charlar otro día.

—Se podría pensar que tiene prisa porque va a coger un tren.

—Así es: satisfecha su curiosidad. Me voy a una excursión de placer, señor Cotilla.

—¿Por mucho tiempo?

—No. Volveré mañana. ¿Es verdad que han elegido diputado al señor Carlyle?

—Oh, sí. No, no vaya por ahí, por favor.

—¿Cómo que no vaya por ahí? —repitió Afy—. Es el camino más directo a la estación, el que da menos vueltas.

El policía le puso la mano en el hombro, suavemente. Afy pensó que intentaba acariciarla, como si la encontrara demasiado atractiva para separarse de ella.

—¡Eh! ¿Qué confianzas son esas? Ya le he dicho que no tengo tiempo para eso. Quíteme las manos de encima —añadió, enfadada, pues la mano la cogía con más fuerza.

—Siento herir su vanidad, señorita, pero no puedo soltarla ni dejarla ir. Tengo instrucciones de llevarla al tribunal; se la reclama como testigo. Tiene que testificar esta tarde.

Si ha habido un ser humano más lívido que un fantasma, fue Afy Hallijohn en ese momento. No se desmayó, como había hecho ya ese día, pero parecía a punto de hacerlo. Quiso gritar, pero tuvo la presencia de ánimo de ahogar el gemido al recordar que estaba en plena calle; trató de zafarse una vez más, y, al ver que no tenía manera de evitarlo, se resignó a su destino.

—No tengo nada que decir —dijo, calmada—. No sé nada de lo que sucedió.

—El que no sabe nada soy yo —replicó el otro—. No tengo ni idea de por qué necesitan su testimonio, señorita. Cuando nos dan las instrucciones, no preguntamos. Me ordenaron que la vigilara porque había riesgo de que se fugara del pueblo, y mi obligación era llevarla al tribunal si lo intentaba, de la manera más educada posible.

—No creerá que voy a cruzar West Lynne con un policía a mi lado, cogiéndome del brazo.

—La soltaré, señorita Hallijohn, si promete no echar a correr. Además, no serviría de nada, porque la alcanzaría en un par de metros. Y atraería la atención de la gente de mala manera. No puede correr más que yo, soy más fuerte.

—Iré con usted sin escándalo —dijo Afy—, pero suélteme.

Mantuvo su palabra. Afy no era ninguna tonta, y sabía que no podía escapar del policía. Había caído en manos de los filisteos y tendría que apechugar. Así que caminaron por la calle como si dieran un paseo. El policía le llevó la bolsa de piel galantemente. Los ojos asombrados de la señorita Carlyle se posaron en ella al pasar bajo su ventana; se preguntó qué demonios

estaba haciendo el policía.

Llevaron a Afy a la sala de los testigos, una pequeña estancia con una claraboya en el techo. Allí pasó el rato agradablemente, teniendo en cuenta la situación. En parte, se preparaba para soltarle una nueva patraña a la señora Latimer que justificara su ausencia, y, por otra, reflexionaba sobre cuánto debía admitir frente a los jueces sin comprometerse. No se refería al asesinato, pues de eso Afy era inocente; estaba convencida de la inocencia de Levison y de la culpabilidad de Richard Hare. Pero era consciente de que sus amoríos durante la época en que se cometió el crimen no la dejarían bien parada, y su reputación en West Lynne corría peligro si salían a relucir.

Capítulo 54: El tribunal

Los magistrados ocuparon su lugar en el tribunal. Habían sido convocados todos los jueces asignados al distrito y no cabían. Si hubiera sido otro día no habrían estado en West Lynne. En cuanto a la sala, era asombroso que pudiera vaciarse, pues no cabía un alfiler. Habían venido los amigos de sir Francis Levison, que no creían una palabra de la acusación. Decían que era una manipulación escandalosa, probablemente pergeñada por el partido escarlata y púrpura. Lord Mount Severn había optado por asistir, y tenía un lugar destacado. Lord Vane se peleó por un buen puesto contra todos los que, como él, querían ver de cerca los interrogatorios. El juez Hare presidía, con rostro adusto, severo y serio. No mostraría debilidad ni favor por nadie, pero no sería injusto; aunque eso salvara a su hijo de la horca, no le adjudicaría ninguna culpa a Francis Levison si iba contra su conciencia. El coronel Bethel formaba parte del tribunal, y también estaba muy serio.

En ese lugar primitivo (en lo que se refiere a la sala del tribunal y los jueces) las cosas no se desarrollaban con la regularidad de la ley. A veces, no era más que letra muerta. En ese tribunal no se dirimían casos graves: se celebraban en Lynneborough. Se castigaba a los presos a un mes de trabajos forzados en el molino o a unos cuantos latigazos: eran las sentencias más duras. En esta encuesta, pues, como en otras, se ofrecieron pruebas que no habrían sido admitidas en una corte de justicia más ortodoxa: testimonios de oídas y otras irregularidades. El señor Rubiny era el abogado defensor de sir Francis Levison.

El señor Ball abrió fuego y relató lo que Richard Hare le había contado, pero sin mencionar que era su informador. Le preguntaron de dónde había

obtenido sus datos, pero replicó que de momento no era conveniente revelar su fuente. Los magistrados parecieron darse de bruces con la dificultad de identificar a Levison como Thorn. En ese punto, Ebenezer James ofreció su testimonio.

—¿Qué sabe del reo, sir Francis Levison? —preguntó el juez Herbert.

—No mucho —dijo el señor Ebenezer—. Lo conocía como capitán Thorn.

—¿Capitán Thorn?

—Afy Hallijohn lo llamaba capitán, pero creo que era teniente.

—¿Cómo lo sabe?

—Por Afy. Es la única persona a la que oí hablar de él.

—¿Y dice que solía verlo? ¿Por los bosques de Abbey, como nos ha referido?

—Le vi allí varias veces, y en la casa de Hallijohn.

—¿Habló con él cuando se hacía llamar Thorn, como usted dice?

—Dos o tres veces. Me dirigí a él como Thorn, y respondió a ese nombre. No sospechaba que no lo fuera. Otway Bethel —dijo, y posó la mirada en el señor Otway, allí presente con sus lamentables ropas— también lo conocía como Thorn, y Locksley, que estaba siempre por el bosque.

—¿Alguien más?

—El pobre Hallijohn también lo conocía como Thorn. Una vez, en mi presencia, le dijo a Afy que no toleraría que ese *dandy* de Thorn siguiera viniendo a su casa.

—¿Fueron esas las palabras exactas?

—Así es: «Ese maldito *dandy* de Thorn». Y recuerdo la respuesta de Afy, que fue bastante insolente. Dijo que Thorn podía ir y venir como le viniera en gana, igual que cualquiera, y que ella no tenía culpa de nada y sabía cuidarse sola.

—Eso no tiene nada que ver con la pregunta. ¿Había más gente que conociera a ese Thorn?

—Supongo que la hermana mayor, Joyce, también lo conocería. Y el que lo conocía mejor era el joven Richard Hare.

El *viejo* Richard Hare, desde el tribunal, frunció amenazadoramente el ceño al pensar en el Richard que no se encontraba en la sala.

—¿Por qué Thorn frecuentaba los bosques?

—Porque estaba viéndose con Afy.

—¿Tenía intención de casarse con ella?

—Pues no —dijo el señor Ebenezer, con una sonrisa sardónica—, no creo que lo pensara ni un momento. Solía venir desde Swainson, o cerca de allí, montando un caballo espléndido.

—¿Quién creía que era?

—Supuse que un noble o un caballero de buena posición. No me cabía duda. Por cómo vestía, por sus modales y su manera de hablar. Todo lo indicaba. Además, parecía que quería evitar que lo reconocieran. Rara vez llegaba antes del atardecer.

—¿Lo vio allí la noche del asesinato de Hallijohn?

—No. Yo no estaba allí esa noche, así que difícilmente lo habría visto.

—¿Sospechó entonces que podría ser el asesino?

—Nunca. Acusaron a Richard, y no se me ocurrió que fuera inocente.

—Dígame, ¿cuántos años hace? —interrumpió el señor Rubiny, cuando el otro terminó con el interrogatorio.

—A ver... —dijo el señor Ebenezer—. No estoy ahora seguro del año. Una docena o más, seguro.

—¿Y dice que puede jurar que sir Francis Levison era el mismo hombre, con el tiempo que ha pasado desde entonces?

—Le juro que es así. Estoy tan seguro de su identidad como de mi nombre.

—¿Sin haberlo visto en estos años! —repitió desdeñosamente el abogado—. ¡Eso es imposible, señor mío!

—No he dicho eso —replicó el señor Ebenezer.

El tribunal aguzó el oído.

—¿Le ha visto más veces desde entonces? —preguntó uno de los jueces.

—Una vez.

—¿Dónde y cuándo?

—En Londres. Unos dieciocho meses después del asesinato.

—¿Qué relación tuvo con el acusado?

—Ninguna. Solo lo vi de casualidad.

—¿Y quién supuso que era entonces? ¿Thorn o Levison?

—Thorn, claro. Nunca pensé que se llamara Levison, hasta que apareció en West Lynne para el cargo de diputado al que también optaba el señor

Carlyle.

Una maldición salvaje y sorda recorrió el corazón de sir Francis al oír estas palabras. ¿Por qué demonios se había aventurado a jugarse el cuello entrar en la madriguera del león? Un poder oculto le había advertido que no debía hacerlo, independientemente de lo desagradable que le resultaba enfrentarse al señor Carlyle. ¿Por qué había desoído sus instintos? ¡Qué estúpido había sido!

—Tal vez el testigo se equivocó al ver al hombre de Londres. Quizá no era el mismo Thorn que había conocido en West Lynne.

El señor Ebenezer James esbozó una sonrisa peculiar.

—No me equivoqué —dijo, en tono notablemente significativo—. Estoy bajo juramento.

—Llamen a Afrodita Hallijohn.

La dama apareció, acompañada de su amigo el policía. El señor Ball le pidió a Ebenezer James que abandonara la sala mientras ella testificaba; tenía sus razones.

—¿Cómo se llama?

—Afy —respondió ella mientras miraba furibunda en todas direcciones y evitaba poner la vista en Francis Levison y Otway Bethel.

—Su nombre completo, por favor. ¿O la bautizaron con el nombre de «Afy»?

—Afrodita Hallijohn. Todos ustedes saben cómo me llamo. ¿De qué sirve hacerme preguntas inútiles?

—Hagan jurar a la testigo —dijo el juez Hare. Eran las primeras palabras que salían de su boca.

—No quiero —dijo Afy.

—Es necesario —decretó el juez Herbert.

—Pero no quiero —repitió Afy.

—Entonces la detendremos e irá a prisión por desacato al tribunal.

No había ni un ápice de compasión en su voz, y Afy palideció. Sir John Dobede intervino.

—Joven, ¿tuvo usted algo que ver en el asesinato de su padre?

—¡Yo! —replicó Afy, alterada, y de qué manera—. ¿Cómo se atreve a hacerme una pregunta tan... antinatural, señor mío? ¡Era el mejor padre del

mundo! —añadió mientras luchaba contra las lágrimas—. Le quería muchísimo. Habría dado mi vida por salvar la suya.

—Y, sin embargo, se niega a testificar y a contribuir a que se haga justicia y sus asesinos sean condenados.

—No me niego por eso. Quiero que el asesino de mi padre sea ahorcado, e iría a verlo colgando de la horca. Pero ¿quién sabe qué más me preguntará? ¿Qué cosas querrá saber, le importen o no a usted o a los demás? Por eso no quiero declarar.

—Aquí solo nos incumbe lo que tenga que ver con el asesinato. Todas las preguntas que se le formulen tendrán relación con esto.

Afy reflexionó y dijo por fin:

—Bueno, puede tomarme juramento.

Poco imaginaba el amplio campo de las preguntas que podían hacerle. Le tomaron juramento, aunque lo hizo con reticencias. Pues Afy, capaz de mentir por los codos, consideraba que el juramento de decir la verdad era una cosa muy seria, y se sentía obligada a atenerse a él.

—¿Cómo conoció al caballero con el que se veía a menudo en ese entonces, el capitán Thorn?

—¿Ve? —exclamó escandalizada Afy—. Ya empiezan. Él no tuvo nada que ver. No es el asesino.

—Ha jurado contestar a las preguntas que le formulen —fue la amonestación del tribunal. Se repitió la pregunta—: ¿Cómo conoció al capitán Thorn?

—Le conocí en Swainson —respondió dócilmente Afy—. Fui allí un día, de casualidad, y le conocí en una pastelería.

—¿Y él se enamoró de su bonito rostro? —preguntó Ball.

Enloquecida por su vanidad, Afy se olvidó de sus escrúpulos:

—Así es —dijo, y ofreció una sonrisa que fascinó a todos los hombres del público.

—¿Y se enteró de dónde vivía usted y procedió a cortejarla? ¿Venía a verla cada noche a caballo?

—Bueno —reconoció Afy—, no hacíamos daño a nadie.

—Por supuesto que no —convino el abogado, en tono agradable y jovial, para tranquilizar a la testigo—. Más bien ojalá tuviera yo la misma suerte.

¿En ese entonces le conocía por el nombre de Levison?

—No. Me dijo que se llamaba Thorn, y le creí.

—¿Sabía dónde vivía?

—No, nunca me lo dijo. Yo creía que estaba destinado temporalmente en Swainson.

—Vaya, acabo de fijarme: ¡qué lindo sombrero lleva usted, señorita!

Afy, cuya egregia vanidad era su pecado original, y tenía suficiente para dar y vender vanidad a diez mujeres, ladeó la mirada hacia su admirada prenda y se puso en manos del abogado Ball.

—¿Y cuánto tardó desde que lo conoció en descubrir su verdadero nombre?

—No mucho. Varios meses.

—Después del crimen, supongo.

—Oh, sí.

Los ojos del señor Ball brillaron y la inconsciente Afy subrepticamente se alisó con un dedo su brillante melena.

—Además del capitán Thorn, ¿qué otros caballeros estaban en el bosque la noche del asesinato?

—Richard Hare. Otway Bethel y Locksley. Fueron a los que vi, hasta que vino la gente.

—¿Y Locksley y el señor Otway Bethel también eran esclavos de sus encantos?

—No, para nada —dijo la testigo, que movió indignada la cabeza—. ¡Menudo par de aprovechados! Venían a cazar y robar. Ni siquiera lo intentaron, ¡y más les valía!

—¿Cuál de los dos, Hare o Thorn, estaba en la casa con usted esa noche?

Afy se olvidó momentáneamente de su vanidad y vaciló. Empezaba a dudar de la verdadera intención de las preguntas.

—¡La testigo está bajo juramento! —tronó el juez Hare—. Si era mi..., si era Richard Hare el que estaba con usted, dígallo. Pero diga la verdad.

Afy se sobresaltó.

—Era Thorn —respondió a Ball.

—¿Y dónde estaba Richard Hare?

—No lo sé. Vino, pero le dije que se fuera porque no quería verlo esa

noche. Creo que se quedó merodeando por el bosque.

—¿Fue él quien le dejó la escopeta?

—Sí. Se la había prometido a mi padre. La dejé dentro, justo al lado de la puerta. Me dijo que estaba cargada.

—¿Cuánto tiempo transcurrió hasta que su padre los interrumpió?

—No nos interrumpió —dijo Afy—. Vi a mi padre ya muerto.

—¿Estuvo todo el tiempo en la casa?

—No. Salimos a dar un paseo por la parte de atrás. El capitán Thorn se despidió allí y yo me quedé fuera.

—¿Oyó el disparo de la escopeta?

—Oí un tiro mientras estaba sentada encima del tronco de un árbol, pensando. Pero no le di importancia; no me imaginé que hubiera sido dentro de la casa.

—¿Qué fue a buscar el capitán Thorn a la casa, después de despedirse de usted? ¿Qué había olvidado?

Era un palo de ciego. El abogado Ball, un hombre astuto, había sopesado los detalles de la versión de Richard Hare, además de otros indicios, y hecho sus propias deducciones. De ahí su pregunta, que sorprendió a Afy.

—Dijo que se había dejado el sombrero. Esa noche hacía calor, y se lo había olvidado.

—Supongo que le dijo lo suficiente para convencerla de que Richard Hare era culpable. —Otro palo de ciego.

—No necesitaba que me convenciera. Lo sabía. Todo el mundo lo sabía.

—Claro —replicó Ball—. ¿Fue testigo el capitán Thorn? ¿Le dijo que lo había visto?

—Dijo que había ido a buscar su sombrero y había recorrido cierta distancia cuando oyó unas voces discutiendo en la casa, y reconoció la de mi padre. Poco después oyó el disparo, y creyó que había pasado algo grave, aunque no sospechaba hasta qué punto.

—¿Thorn le dijo esto! ¿Cuándo fue?

—Esa misma noche, mucho después.

—¿Cuándo lo vio?

Afy dudó, pero el tribunal volvió a conminarla severamente a responder a la pregunta.

—Un chico vino a la casa y dijo que un caballero desconocido quería verme en el bosque y que le había dado seis peniques para que fuera a buscarme. Era el capitán Thorn. Le pregunté qué pasaba, y le dije que Richard Hare había matado a mi padre. Confesó que la otra voz que discutía con mi padre era la de Richard Hare.

—¿Qué chico la vino a buscar?

—El hijo pequeño de la señora Whiteman.

—¿Y el capitán Thorn procedió a darle su versión de la tragedia?

—Era la versión correcta —dijo Afy, resentida.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque estoy segura. ¿Quién más, si no, lo habría matado? Es una vergüenza y un escándalo que quieran colgárselo a Thorn.

—Mire al prisionero, sir Francis Levison. ¿Es el hombre que usted conocía como Thorn?

—Así es. Pero eso no significa que sea culpable de asesinato.

—Por supuesto que no —asintió plácidamente Ball—. ¿Cuánto tiempo permaneció usted con el capitán Thorn en Londres? Durante esa breve visita, ya sabe.

Afy se lo quedó mirando, boquiabierta.

—Cuando se fue de West Lynne, después de la tragedia, para reunirse con el capitán Thorn en Londres. ¿Cuánto tiempo, dígame, permaneció con él?

Era otro palo de ciego.

—¿Quién dice que estaba con él? ¿Quién dice que fui tras él? —dijo Afy, con las mejillas rojas.

—Lo digo yo—replicó Ball mientras tomaba notas durante la confusión de la joven—. Vamos, no se moleste en negarlo. Es bien sabido. Todos vamos de visita de vez en cuando, a ver a los amigos.

—¿Jamás oí tanta desvergüenza! —exclamó Afy—. ¿Y dónde se supone que fui después?

—¿Está usted bajo juramento, joven! —intervino de nuevo el juez Hare, con un temblor de agitación en la voz, a pesar de su firme severidad—. ¿Estuvo con el prisionero Levison o estuvo con Richard Hare?

—¿Yo, con Richard Hare? —exclamó Afy, indignada; temblando como una hoja, en parte de disgusto y en parte por un miedo desconocido—. ¿Cómo

se atreve a sacar a colación esa cruel falsedad, y en mi cara? Jamás vi a Richard Hare después de la noche del crimen. Se lo juro, y le juro que jamás lo he vuelto a ver desde entonces. ¡Írme con él a Londres! Antes visitaría al verdugo Calcraft.

Había algo de verdad en sus palabras, al menos en el tono. El presidente del tribunal dejó caer la mano que se había llevado a la cara, que sostenía sus gafas, y una especie de terror confundió su cerebro y le causó un remordimiento cervical. ¿Era posible que su hijo fuera inocente? ¿Cómo mirar atrás y revisar su conducta? West Lynne y el juez habían profesado más odio contra Richard acerca de su supuesta conducta posterior hacia la muchacha que sobre el propio asesinato.

—Vamos a hacer un esfuerzo por llevarnos bien —dijo Ball, en tono convincente—. Por supuesto que no estaba usted con Richard Hare; en West Lynne siempre se piensa mal. Usted solo visitaba al capitán Thorn como cualquier dama, ¿no es cierto?

Afy tenía la cabeza baja, en actitud dócil.

—Responda a la pregunta. —Volvió a oírse la voz del presidente del tribunal—. ¿Estuvo usted con Thorn?

—Así es —dijo Afy con voz débil.

El señor Ball emitió una tos insinuante.

—¿Estuvo con él dos o tres años?

—No llegó a tres.

—Un poco más de dos, entonces.

—No hacíamos ningún daño —chilló Afy, con un sollozo furioso—. Si yo opté por vivir en Londres, y él venía a verme, como un viejo amigo, ¿a quién le importa eso? ¿Qué hay de mal en ello?

—Nada de nada, por supuesto. Ni soñaría en insinuarlo —dijo Ball, que le guiñó el ojo a la testigo—. Y durante el tiempo en que venía a visitarla, dígame, ¿le conocía como Levison?

—Sí. Entonces se hacía llamar capitán Levison.

—¿Alguna vez le dijo por qué se había hecho llamar Thorn?

—Me dijo que había sido un capricho —respondió Afy—. El día en que me conoció en la pastelería de Swainson, dijo que algo se había apoderado de él, y espontáneamente decidió no revelar su verdadero nombre, sino el

primero que se le cruzó por la cabeza. No pensó en repetirlo y que otra gente lo oiría y se acordaría.

—Ya me imagino que no —dijo el abogado Ball, secamente—. Bueno, señorita Afy, creo que es todo por el momento. Querría volver a llamar a Ebenezer James —dijo al policía cuando la testigo se retiraba.

Ebenezer James reapareció y ocupó el asiento de Afy.

—Acaba de informar a los jueces de este tribunal de que se encontró con Thorn en Londres, unos dieciocho meses después del crimen —empezó Ball, que se lanzó a otro de sus discursos—. Debió ser durante el tiempo en que Afy Hallijohn estuvo con él en Londres. ¿La vio a ella también?

El señor Ebenezer abrió los ojos. No sabía nada de lo que había dicho Afy en su testimonio, y se preguntó cómo demonios se habían enterado de que había estado con Thorn durante su ausencia. Él no se lo había dicho a nadie.

—¿Afy? —preguntó, nervioso.

—Sí, Afy —replicó el abogado duramente—. Sus señorías saben que dejó West Lynne para verse con Thorn y no con Richard Hare, aunque se dijo lo contrario. Mi pregunta es si la vio usted, pues entonces mantenía relaciones con Levison.

—Bueno, pues sí —respondió el señor Ebenezer, que ya no tenía escrúpulos, aunque se preguntaba cómo habrían descubierto lo de Afy y Thorn en Londres; a menos que Afy lo hubiera contado en uno de sus arrebatos temperamentales—. De hecho, vi primero a Afy.

—Por favor, indíquenos las circunstancias.

—Estaba en la calle de Paddington una tarde, y vi a una dama entrar en una casa. Era Afy Hallijohn. Vivía allí, según descubrí, en los apartamentos con salón. Me invitó a tomar el té con ella.

—¿Vio allí al capitán Levison?

—Vi a Thorn, como pensaba que se llamaba. Afy me dijo que debía irme antes de las ocho de la tarde, pues esperaba a un amigo que venía para quedarse con ella una hora charlar. Pero el tiempo pasó deprisa hablando del pasado, aunque yo no podía contar mucho de West Lynne, porque me había ido más o menos por la época en que ella se fue; apenas había salido por la puerta, se detuvo un taxi y Thorn bajó y abrió la puerta con llave. Es todo lo que sé.

—Cuando se enteró de que se decía que Afy se había fugado con Richard

Hare, ¿por qué no declaró lo que sabía y limpió el buen nombre de Richard, al volver a West Lynne?

—No era asunto mío ni tenía por qué hacerlo público. Afy me pidió que no contara a nadie que la había visto, y yo se lo prometí. En cuanto a Richard Hare, tras el escándalo del crimen, una pizca más no le haría ningún daño.

—Un momento —dijo el señor Rubiny cuando el testigo iba a retirarse—. Dice que eran las ocho de la tarde. ¿Estaba oscuro?

—Sí.

—Entonces, ¿cómo pudo ver que se trataba de Thorn, y que era el hombre que bajaba del carruaje y entraba en la casa?

—Estoy seguro; había una farola en ese rincón, y le vi tan claramente como si lo hubiera visto a la luz del día. También conocía su voz, y juraría que la reconocería en cualquier parte del mundo. Puedo jurar que era él; llevaba un elegante anillo de diamantes que brilló bajo la luna.

—¡Su voz! ¿Quiere decir que habló con usted?

—No, pero sí con el conductor del taxi. Casi se pelearon; el hombre dijo que Thorn no le había pagado lo suficiente, que no había contado el lapso de tiempo en que había montado guardia cerca de la carretera. Thorn profirió algunos juramentos y le arrojó un chelín más.

El siguiente testigo era un hombre que había cuidado de sir Peter Levison. Testificó que el reo, Francis Levison, había visitado a su dueño a finales del verano y parte del otoño durante el año en que Hallijohn fue asesinado. También dijo que montaba a caballo en dirección a West Lynne, especialmente al atardecer, que pasaba tres o cuatro horas fuera y regresaba con el caballo agotado. Testificó que había recogido dos cartas en momentos distintos, que al señor Levison se le habían caído del bolsillo por descuido, y se las había devuelto. Ambas misivas estaban dirigidas a un tal «Capitán Thorn». Pero no habían llegado por correo, pues no llevaban dirección, y la letra parecía de mujer. El testigo añadió que recordaba bien el escándalo que causó la muerte de Hallijohn, pues corrió como la pólvora por la comarca. Fue entonces cuando el señor Levison puso fin a su visita y volvió a Londres.

—¡Qué memoria más *extraordinaria!* —comentó sarcástico el señor Rubiny.

El testigo, un hombre respetable y tranquilo, dijo que era cierto que *tenía* buena memoria, pero que las circunstancias le habían hecho recordar con

mayor precisión que la partida del señor Levison tuvo lugar poco después del asesinato de Hallijohn.

—¿Qué circunstancias? —preguntó el tribunal.

—Un día, mientras sir Peter estaba en los establos, le decía a su sobrino que quería que se quedase más tiempo. Le preguntó por qué se iba con tanta premura. El señor Levison le respondió que tenía negocios urgentes. Mientras así hablaban, llegó el conductor de los carruajes, acalorado, y contó que Hallijohn, de West Lynne, había sido asesinado por el joven señor Hare. Recuerdo que sir Peter dijo que no podía creerlo, y que debía ser un accidente y no un asesinato.

—¿Eso es todo?

—No. El señor Levison, con el semblante avergonzado, le preguntó a su tío si podía dejarle cinco o diez libras. Sir Peter se enfadó y le preguntó qué había hecho con las cincuenta libras que le había dado el día anterior. El señor Levison dijo que había tenido que mandárselas a un oficial, compañero suyo, con quien estaba endeudado. Sir Peter se negó a creerlo y dijo que lo más probable era que lo hubiera despilfarrado en alguna tontería o en el juego. El señor Levison lo negó, pero parecía confuso y esa mañana su actitud fue de lo más peculiar.

—¿Obtuvo el dinero que le había pedido a su tío?

—No lo sé, señores. Imagino que sí, porque mi amo era dócil como una mujer, aunque a veces fuera temperamental. El señor Levison se fue a Londres esa misma noche.

El último testigo fue el señor Dill. La noche anterior al martes, regresaba a su casa tras pasar una hora en la del señor Beauchamp cuando, en el campo, frente a la casa del juez Hare, oyó unos ruidos. Eran sir Francis Levison y Otway Bethel. Al parecer, el primero disfrutaba de un paseo bajo la luz de la luna, a solas, y el segundo se encontró con él, inesperadamente. Mantuvieron una discusión. Bethel acusó a sir Francis de darle esquinazo, y sir Francis replicó enfadado que no sabía nada y que no quería saber nada.

—Pues te fue bien que te conociera la noche del asesinato de Hallijohn —replicó Bethel—. ¿Recuerdas que, si no fuera por mí, ya estarías ahorcado? Una palabra, y estarías en lugar del desgraciado Dick Hare.

—¡Idiota! —exclamó sir Francis—. Si a mí me cuelgan, también a ti te cuelgan. ¿No tienes suficiente con tu dinero, chantajista? ¿Quieres más?

—¡Unas míseras cincuenta libras! —gritó Otway Bethel—. ¡Cuántas veces he deseado que, en lugar de aceptarlas, se desvanecieran! Estaba alterado, si no, jamás las habría aceptado. No he podido mirar a la cara de la señora Hare desde... Lo que sé podría salvar a su hijo de la horca.

—Y tú ocuparías su lugar —se burló sir Francis.

—No, tú.

—Tal vez sí. Pero, si a mí me ahorcan, me aseguraré de que vengas conmigo. No habría excusa ni escapatoria, y lo sabes.

La discusión continuó un rato más, pero eso fue lo esencial. El señor Dill la oyó por completo, y la repitió a los magistrados. El señor Rubiny protestó aduciendo que era «inadmisible» un «testigo de oídas» y que «no se ajustaba a la ley». Pero el tribunal desestimó su protesta, y le dijeron que no iban a permitir que un extraño viniera a West Lynne a enseñarles derecho.

El coronel Bethel se había inclinado hacia adelante para escuchar atentamente la conclusión del testimonio del señor Dill, con el rostro desencajado. Dijo, con voz temblorosa:

—¿Está seguro de no equivocarse? ¿Que el interlocutor de sir Francis Levison era Otway Bethel?

El señor Dill movió la cabeza, entristecido.

—Coronel, ¿cree que me subiría a este estrado a testificar sobre un hombre equivocado? Ojalá no lo hubiera oído, excepto por el hecho de que quizá así se limpie el nombre de Richard Hare.

Sir Francis Levison había escuchado los testimonios con expresión altiva y aire de superioridad. Sus delicadas manos y su anillo de diamantes eran notablemente conspicuos. ¿Era un diamante verdadero o falso? Como llevaba tiempo apurado de dinero, la duda era legítima. Una sonrisa desdeñosa se había pintado en su rostro en las declaraciones de los testigos, como si dijera: «Quizá podéis colgarme lo de la señorita Afy, pero no habéis demostrado que yo sea el asesino». ¡Cómo se transformó su expresión al escuchar las palabras del señor Dill! Su talante altivo se convirtió en un terror abyecto.

El señor Rubiny, en su declaración final, dijo:

—Asumo que sus señorías aceptarán liberar a sir Francis bajo fianza.

¡Fianza! Los jueces se miraron entre sí. Se produjo un silencio.

—¡Señorías! ¡No se negarán a ofrecerle fianza a un caballero de la

posición de sir Francis!

El tribunal probablemente pensó que jamás habían recibido una petición de fianza tan insolente como aquella. ¡Fianza para un acusado de asesinato! No, ni si viniera el lord canciller en persona a solicitarla.

El señor Otway Bethel, probablemente consciente de que nadie iba a pagar su fianza, ni siquiera el coronel, no la pidió. Así que los dos fueron trasladados a espera del juicio por el asesinato de George Hallijohn.

¿Y qué sucedió con la vanidosa Afy, cuya suerte se había truncado cuando parecía que iba a alzarse con la gloria del apellido Jiffin? Bueno, Afy se retiró a la salita de los testigos después de su declaración y allí permaneció hasta que terminaron las deliberaciones, agradablemente ocupada en un debate interior. ¿Qué pensarían de lo que había admitido sobre su estancia en Londres y las visitas de sir Francis? ¿Qué dirían las comadres de West Lynne? No le importaba demasiado. Sobreviviría, y respondería con una indignación torrencial si alguien se atrevía a arrojar la primera piedra.

Esa fue su decisión, a la que llegó cuando los preliminares del juicio terminaron. Y se quedó discretamente atrás, hasta que la gente se fue.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó al señor Ball, que, al ser soltero, gozaba de la mayor consideración por parte de Afy, pues no estaba de más mantener las opciones abiertas, por si pasaba algo; aunque contando con el señor Joe Jiffin en la reserva.

—Ambos siguen detenidos y acusados de asesinato. Los llevarán a Lynneborough en una hora.

Afy se encolerizó:

—¡Qué vergüenza! ¡Acusar a dos inocentes!

—Déjeme advertirle, señorita Afy, que, cuanto antes abandone esa idea, mejor para usted. Hoy se ha demostrado la culpabilidad de Levison, y, si hicieran falta más pruebas, él y Bethel se han incriminado mutuamente. «Cuando los canallas caen, los hombres honrados reciben su recompensa». No es que entienda bien qué parte jugó Bethel en el crimen, pero lo imagino. Y, al demostrarse la culpabilidad de ambos, queda demostrada la inocencia de Richard Hare.

Afy se quedó pálida como un lienzo, y su aire confiado se trocó en horror; su vanidad, en humillación.

—¡No puede ser! —tartamudeó.

—Lo es. Lo que Thorn contaba es lo que le sucedió a Richard Hare. Fue él quien oyó el tiro desde el bosque, y vio a Thorn huyendo, horrorizado y lleno de temor ante el abyecto acto que acababa de cometer. Créame, fue Thorn quien mató a su padre.

Afy se quedó helada. Ese momento horrible, la convicción de que lo que decía el abogado era cierto, se grabó en su interior y fue suficiente para transformarla. ¡Thorn! Le falló la vista, la cabeza le dio vueltas y su corazón se avergonzó. Emitió un grito de dolor y, por segunda vez ese día, Afy Hallijohn se desmayó.

¡Gritos, silbidos, insultos! Trasladaban a los prisioneros a Lynneborough. Fue necesaria una patrulla de condestables para protegerlos contra la indignación de la masa, que no estaba dirigida contra Otway Bethel, sino contra sir Francis Levison. Este, cobarde como el asesino que era, temblaba y se tapaba el rostro, se preguntaba si lo que iba a suceder sería una repetición del desafortunado chapuzón en el estanque verde del juez Hare o si el gentío iba a desmembrarle, y se lamentó de que la tierra no se abriera y se lo tragara de una vez por todas.

Capítulo 55: Fuego

Miss Lucy estaba castigada. En casa de su tía Cornelia había cometido una falta propia de una criatura, y, al ser informada la señora Carlyle, ordenó que la jovencita pasara el día en la guardería, y tomara solo pan y agua.

Barbara estaba en su salón privado. Iban a celebrar esa noche una fiesta en East Lynne y acababa de vestirse. Estaba preciosa, enfundada en su vestido de gala, con flores púrpuras y escarlatas en el pelo recién cortadas del invernadero; llevaba también un pequeño ramo de flores en el pecho. Miró la hora preocupada, pues los caballeros no habían llegado. ¡Las seis y media! Tenían previsto cenar a las siete.

Madame Vine llamó a la puerta. Quería compasión para Lucy, a la que habían prometido media hora en la salita de estar cuando las damas regresaran de los postres, y la niña estaba tristísima ante la idea de perderselo. ¿Sería tan amable la señora Carlyle de dejarla asistir?

—Es usted demasiado indulgente con esa niña, madame —dijo Barbara—. Creo que usted nunca la castigaría. Pero, si hace algo malo, es el momento de corregirla.

—Lamenta mucho su error, señora, y promete no volver a hacerlo. Lloro sin parar.

—Pero no porque se haya portado mal, sino porque teme perderse la reunión de las damas en el salón —exclamó Barbara.

—Le pido por favor que se lo permita —suplicó madame.

—Veremos. Mire, madame Vine. Hace un par de minutos, precisamente, se me ha roto esto. ¿No es una pena?

Barbara le mostró un precioso ornamento para el pelo; uno de los pétalos de oro se había partido.

Madame Vine lo examinó.

—Tengo cola en mi habitación, y con eso lo arreglaríamos —dijo—. Podría hacerlo en un par de minutos.

—Oh, sí, hágalo —fue la respuesta aliviada de Barbara—. Tráigala y arréglole. ¡Tendré que recompensarla! —añadió, riendo—. Si arregla el pétalo, Lucy podrá bajar al salón. Presiento que es lo que más querría usted.

Madame Vine subió y regresó con la cola. Barbara observó cómo tomaba los pedazos con cuidado para ver cómo encajaban.

—Por lo visto se ha roto antes; eso me dijo Joyce —dijo Barbara—. Pero debió arreglarse impecablemente; por mucho que he mirado, no he visto la grieta. El señor Carlyle se lo compró a su primera esposa cuando fueron a Londres, después de la boda. A ella se le rompió. Madame Vine, si le tiembla tanto la mano no podrá arreglarlo bien. ¿Qué le pasa?

Pasaban muchas cosas. Primero, las terribles palabras que tenía en la punta de la lengua: «Esto se rompió por aquí, donde el tallo se une con la flor», pero se contuvo a tiempo. Luego se acordó del lugar y la hora del accidente. Con la manga, lo había tirado al suelo. El señor Carlyle estaba en la habitación, en esta misma habitación, y había calmado su tristeza casi infantil con dulces besos. ¡Pobre mujer! Sus manos temblaban, y no era de extrañar. Ahora, el objeto y los besos pertenecían a Barbara.

—Es que subí corriendo las escaleras —dijo por toda explicación.

En ese momento se oyó la llegada del señor Carlyle y sus invitados, que subían a sus respectivos apartamentos. La alegre voz de lord Vane resonó por toda la casa. El señor Carlyle entró en el salón de su esposa, y madame Vine intentó retirarse precipitadamente.

—No, no —dijo Barbara—. Termine de arreglarlo, por favor. El señor Carlyle se irá a su habitación. Mira qué desastre, Archibald. Lo he roto sin querer.

El señor Carlyle miró sin ver la bagatela y los dedos blancos de madame Vine. Sin decir nada, fue hacia su vestidor y tendió la mano en silencio para llamar a Barbara, que entró en su recámara. Madame Vine siguió con su labor.

Al cabo de un rato Barbara regresó y se acercó a la mesa donde estaba madame Vine, que se estaba poniendo los guantes. Tenía los ojos llorosos.

Al percibir la mirada de madame Vine, Barbara explicó:

—No pude evitar unas lágrimas de alegría. El señor Carlyle me ha dicho que la inocencia de mi hermano se ha hecho pública. Lord Mount Severn estaba presente en el juicio, y dice que los dos acusados se han incriminado mutuamente. Papá estaba en el tribunal. ¡Me pregunto qué habrá pensado!

Madame Vine bajó la cabeza aún más, absorta en su labor.

—¿Se ha demostrado realmente su culpabilidad? —preguntó en su tono habitual, casi susurrando.

—No cabe la menor duda de que Levison es culpable, pero aún es un misterio el papel que jugó Otway Bethel en el asesinato —dijo la señora Carlyle—. Ambos van a ser juzgados. ¡Qué hombre! ¡Cómo salen a relucir sus pecados! —continuó, indignada.

Madame Vine levantó la vista desde sus gafas.

—Imagínese —dijo Barbara, que bajó la voz— que todo West Lynne, nosotros incluidos, pensábamos que esa miserable de Afy se había fugado con Richard Hare, y mantuvo una relación con Levison todo ese tiempo. El abogado la empujó a confesarlo, aunque no sé los detalles concretos. El señor Carlyle no quiso contármelos, dijo que el mero hecho es bastante sórdido.

El señor Carlyle tenía razón.

—¡Todo se está revelando! Poco a poco, una maldad tras otra —prosiguió Barbara—. No me gusta que el señor Carlyle se entere, aunque no hay remedio, pero sé que le duele, al igual que a lord Mount Severn. Después de todo, ella *era* su esposa, y los hijos son de ella, y pensar que... Quiero decir que le duele *por ella* —dijo Barbara tras una breve pausa y con algo de desdén en su voz, para que no hubiera ningún malentendido—. El señor Carlyle, tan noble, es de los pocos hombres al que este tipo de desgracia, fruto de la conducta de lady Isabel, no puede afectar.

Llegó el carruaje del primer invitado. Barbara corrió a la otra habitación y llamó a la puerta del señor Carlyle.

—¡Archibald! ¿Oyes?

—No tardaré —dijo desde el otro lado el señor Carlyle—. Pídeles por favor que sean pacientes con un hombre que acaba de ser elegido diputado.

Barbara bajó al salón. Dejó a la infeliz dama con la cola y los pedazos rotos, recomponiendo de la mejor manera su corazón roto. ¡Puñalada tras puñalada se clavaba en él! ¿Es que no iba nunca a terminar su castigo? No. Al

regresar a East Lynne, había decidido su destino.

Los invitados fueron llegando. Todos, menos el señor y la señora Hare. Barbara recibió una nota de su madre: el juez no se sentía con fuerzas para ir.

Era natural: si la penitencia de lady Isabel no tenía fin, la del juez había empezado. Richard, su hijo, era inocente en todos los sentidos de la palabra (excepto en el fugaz enamoramiento que había sentido por Afy), y lo había tratado con despiadada dureza. West Lynne y sus habitantes no lo olvidarían, y el juez tampoco. El amor que sentía por su hijo, y que durante esos años había tenido que asfixiar y contener para convertirlo en odio y venganza, ahora volvía a su corazón como un torrente de fuerza infinita.

—Habría podido mandarlo a la horca, Anne —decía el juez, sentado en su sillón, mientras se limpiaba las lágrimas y se sentía humillado quizá por primera vez en su vida.

—Pero ya ha terminado todo, querido —dijo dulcemente la señora Hare, con lágrimas en las mejillas de felicidad.

—Pero yo habría podido... Si hubiera venido aquí, lo habría hecho.

—No te tortures, Richard. No sirve de nada recordar el pasado, porque nada lo cambiará. Dentro de poco volverá a casa, con nosotros, y podremos compensarlo.

—¿Y cómo volverá? Podría estar muerto. ¿Quién sabe dónde está? ¡Muerto, te digo!

—No, no está muerto. Le tendremos aquí en su momento. El señor Carlyle sabe dónde está, y se ha mantenido en contacto con él. Me lo ha dicho hoy mismo; hasta le ha visto de vez en cuando. Archibald Carlyle ha sido un verdadero amigo para nuestra familia, Richard.

—¡Ah! Barbara ha tenido mucha suerte. No me sorprendería que lo sepa. Es una buena chica, muy buena, aunque, a veces, terca como ella sola.

La señora Hare apenas daba crédito a la transformación operada en su marido y en su malhumorado carácter.

—Pero aún no puedo creerlo, Anne. No puedo. Si es inocente, ¿por qué no se ha sabido antes? ¿Por qué nadie lo investigó? ¿Han pasado tantos años! ¿De veras crees que es inocente?

—Querido Richard, sé que lo es —respondió, con una sonrisa feliz—. Tengo esa seguridad hace mucho mucho tiempo. Y el señor Carlyle también.

—Bueno, me fío del juicio del señor Carlyle. ¿Está lista su habitación?

—¿Qué habitación? —preguntó la señora Hare.

—La del pobre Dick.

—Querido, piensa que aún no puede volver —dijo ella, asombrada porque no recordara, como juez, la lentitud del proceso—. Hay que esperar a que se dicte sentencia. Hay que demostrar en el juicio la culpabilidad de los otros dos antes de que pueda volver a casa.

—Cierto, cierto —dijo el juez Hare.

En East Lynne tenía lugar una agradable fiesta, y dieron las doce cuando el último carruaje se alejaba. Quizá una o dos horas después, con la casa sumida en la calma y bañada por la luz de la luna, cuando todos dormían, se oyeron las campanas del vestíbulo tocando la alarma, rompiendo el silencio.

La primera en sacar la cabeza por la ventana fue Wilson.

—¿Hay un fuego? —gritó, en el estado de terror más terrible que pueda concebirse. Wilson tenía un miedo cerval al fuego; a algunos les pasa más que a otros. Más de una vez había levantado a toda la casa al declarar que olía a quemado—. ¿Es un fuego? —volvió a chillar.

—¡Sí! —gritó un hombre con todas sus fuerzas mientras entraba por los pilares del vestíbulo.

Wilson no perdió el tiempo. Con una mano agarró al bebé, que ya tenía casi un año y prometía ser una fuente de preocupaciones para Wilson como su hermano Archibald, al que se parecía mucho, y con la otra a Archie, y salió al pasillo mientras gritaba: «¡Fuego, fuego, fuego!» con voz horrorizada. Fue a la habitación de William y lo sacó de la cama, y a la de Lucy, donde hizo lo mismo. Aporreó la puerta de madame Vine, sin dejar de gritar y dar la alarma. Con los cuatro niños, Wilson entró bruscamente en el dormitorio del señor y la señora Carlyle. A esas alturas, los niños también chillaban desafortadamente, no tanto por la alarma de Wilson como por la manera en que los arrastraba al piso de abajo. Madame Vine, convencida de que la mitad de la casa ardía, fue la siguiente en aparecer, cubierta con un chal, y luego Joyce.

—¡Fuego, fuego, fuego! —chillaba Wilson—. ¡Vamos a morir quemados!

La pobre señora Carlyle, tan inicuaamente arrancada de su sueño, saltó de la cama y salió al pasillo con su camisón. Todo el mundo estaba igual: cuando la gente huye para salvar la vida, no se detienen a ponerse el abrigo de los domingos ni su mejor sombrero. También el señor Carlyle salió, después de

haberse ataviado lo mínimo necesario.

Echó una rápida mirada al vestíbulo y vio que las escaleras estaban despejadas, y que, por tanto, no había tanta prisa. Todo el mundo a su alrededor sollozaba o gritaba, alternativamente, lo que creaba una terrible confusión. La brillante luz de la luna entraba por las ventanas del pasillo, pero no había otra luz.

—¿Dónde está el fuego? —exclamó—. No hay olor a quemado. ¿Quién ha dado la señal de alarma?

La campana respondió. Era la del vestíbulo, que sonaba diez veces más alta y más prolongadamente que al principio. Abrió una de las ventanas y se asomó.

—¿Quién está ahí?

Madame Vine tomó a Archie entre sus brazos.

—Soy yo, señor —respondió la voz de uno de los criados del señor Hare—. El señor ha tenido un ataque y la señora me ha mandado avisarles a usted y a la señorita Barbara. Deben venir lo antes posible si quieren verlo vivo.

¡Señorita Barbara! El pobre Jasper, atribulado ante la noticia, le había dado su antiguo nombre, en lugar del nuevo.

—¡Jasper! ¿Hay fuego en la casa? ¿Aquí?

—No lo sé, señor. Se oyen muchos gritos.

El señor Carlyle cerró la ventana. Empezaba a sospechar que el único peligro era el pánico.

—¿Quién te ha dicho que había fuego? —preguntó a Wilson.

—El hombre que llamaba a la puerta —sollozó Wilson—. A Dios gracias, he podido salvar a los niños.

El señor Carlyle sintió una ligera exasperación ante el equívoco. Su esposa estaba temblando de pies a cabeza, y sabía que en su estado los sobresaltos, necesarios o no, no eran aconsejables. La señora Carlyle se aferró a él y le preguntó si podrían escapar.

—¡Querida, cálmate! No hay ningún fuego. Es un estúpido error. Podéis volver a la cama y descansar tranquilos —añadió, dirigiéndose al resto—. Y la próxima vez que dé la voz de alarma, Wilson, tenga la bondad de asegurarse de que realmente hay motivo para ello.

Barbara, aún asustada e incrédula, fue a la ventana y la abrió. Pero el

señor Carlyle fue más rápido que ella, pues la tomó con una mano y la atrajo hacia sí y con la otra cerró la ventana. Lo peor había sido la manera tan brusca en que la habían despertado, y las noticias de abajo no eran mejores. Para entonces, varios criados habían bajado por la escalera con una vela (y no del todo vestidos); abrieron la puerta y Jasper entró. Lo más seguro era que el pobre hombre hubiera esperado para ayudar a apagar el «fuego». Barbara lo vio antes que el señor Carlyle pudiera impedirlo, y se preocupó mucho al pensar que algo le había sucedido a su madre.

Carlyle la acompañó a su dormitorio y allí le dijo la verdad mientras trataba de calmarla, y con su voz más dulce. De todos modos, se echó a llorar y ella dijo:

—¿No me engañas, Archibald? ¿Mi padre no ha muerto?

—¡Muerto! —exclamó alegremente el señor Carlyle, en el mismo tono que habría empleado si Barbara hubiera preguntado si el juez había salido de noche en un globo—. Wilson te ha asustado innecesariamente, querida. Vístete y vamos a verlo.

En ese momento, Barbara se acordó de William. Era extraño que fuera ella la que pensara en el niño antes que lady Isabel y el señor Carlyle. Salió corriendo al pasillo, donde la criatura se había quedado en pie, temblando.

—¡Este niño está helado! ¡Puede costarle la vida! —exclamó mientras lo tomaba en sus brazos—. ¡Oh, Wilson! ¿Qué has hecho? Su camisón está húmedo y frío.

A pesar de que estaba débil, lo llevó hasta la cama. Wilson no podía atender sus reproches. Estaba, precisamente, discutiendo con Jasper, inclinada sobre las balaustradas.

—¡Nunca dije que había fuego! —negaba indignado Jasper.

—¡Sí que lo hiciste! Abrí la puerta de la guardería y pregunté: «¿Es un fuego?», y respondiste que sí.

—Dijiste: «¿Hay alguien ahí fuera?», ¿y qué iba a decir yo sino «sí»? ¡Fuego! ¿Dónde iba a haber fuego, en el jardín?

—Wilson, acueste a los niños —dijo el señor Carlyle con autoridad mientras avanzaba y echaba una mirada al vestíbulo—. John, ¿estás ahí? Por favor, prepara el carruaje cerrado de inmediato. Rápido, por favor. Madame Vine, le ruego que no siga con ese niño al cuello o se cansará. Joyce, ¿puedes ayudarla?

Al regresar a su habitación, el señor Carlyle se había cruzado con madame, y se dio cuenta de que temblaba, como si el peso de Archibald fuera demasiado para ella. En realidad, aún estaba alarmada, porque no comprendía la causa de la alarma. Joyce, que tampoco lo tenía claro, y se había quedado con Lucy en los brazos, avanzó para quedarse con Archibald; el señor Carlyle desapareció. Barbara se había quitado la bata para envolver a William y había encendido la luz; se estaba vistiendo apresuradamente.

—Mira, mira, Archibald, ¡sigue empapado! Wilson...

De repente, un agudo chillido de terror interrumpió sus palabras y el señor Carlyle volvió a salir de la habitación. Barbara lo siguió: temía que a Wilson se le hubiera caído el bebé al piso de abajo, por lo menos.

No era eso. Wilson, con el bebé y Lucy, ya había subido arriba a acostarlos, y madame Vine también se había ido. Archibald yacía en la suave alfombra del pasillo, donde había estado madame. Lo que había pasado era que Joyce, al cogerlo en brazos, lo había dejado caer, de puro terror. Se había agarrado a las balaustradas y tenía la cara de color ceniza, con la boca muy abierta y la mirada clavada en una dirección. Archie se levantó sobre sus piernecitas y se quedó mirando.

—¡Joyce! ¿Qué te pasa? —exclamó el señor Carlyle—. Parece que hubieras visto un fantasma.

—¡Oh, señor! —gimió—. He visto un fantasma, sí, eso mismo.

—¿Estáis todos locos? —replicó él, que se preguntaba qué extraño sortilegio había asaltado la casa esa noche—. ¿Ver un fantasma? ¡Joyce!

Joyce cayó de rodillas, como si no pudiera tenerse en pie, y se llevó las manos al pecho. Si hubiera visto diez fantasmas, no se habría asustado tanto. Era una criada sensata y fiel, que no se dejaba llevar por los nervios, y el señor Carlyle observó su comportamiento sin entender qué sucedía.

—Joyce, ¿qué te pasa? —preguntó mientras se inclinaba y le hablaba con voz tranquilizadora.

—¡Oh, señor, señor! ¡Que Dios tenga piedad de nosotros! —fue su inexplicable respuesta.

—Joyce, dime qué te pasa.

La criada no dijo nada. Se levantó, temblando, y tras tomar la mano de Archie, se dirigió al piso de arriba mientras seguía sollozando y el ruido de los piececitos del niño acompañaba su marcha.

—¿Qué le habrá pasado? —susurró Barbara mientras seguía a Joyce con la mirada—. ¿Qué ha querido decir con eso del fantasma?

—Debía estar leyendo una novela gótica —dijo el señor Carlyle—. La locura de Wilson nos ha alterado a todos esta noche. Vamos, Barbara, démonos prisa.

Capítulo 56: Tres meses más

La primavera terminó y llegó el verano, y su fin estaba próximo, pues eran los calurosos días de julio. ¿Qué habían traído esos meses, desde la elección del señor Carlyle en abril? Un buen número de acontecimientos había sacudido West Lynne.

Del fulminante ataque al juez Hare había resultado una parálisis. El ser humano no puede revolverse con dureza contra un hijo y descubrir con consternación en que ha cometido un error sin pagar un alto precio. Eso le sucedió al juez Hare. Se recuperaba, pero no volvería a ser el mismo. La noche que Jasper había ido a avisar del ataque del juez a East Lynne, cuando se había confundido su alarma con un incendio, no había causado más contratiempos, excepto un resfriado en William, que aún había perjudicado más sus pulmones, y a Joyce le había insuflado un miedo permanente. Caminaba como en un sueño, se ensimismaba en un silencio profundo y, si alguien la interpelaba, se echaba a temblar, sobresaltada.

El señor Carlyle y su esposa se trasladaron a Londres en cuanto el juez Hare estuvo fuera de peligro, una semana después del ataque. William los acompañó, en parte por los beneficios que la ciudad podría ejercer en su salud y en parte porque el señor Carlyle no quería separarse de él. Joyce fue con ellos, junto con algunos criados.

Londres hervía con la noticia de la detención de sir Francis Levison, aunque Londres no entendía nada; circulaban los rumores más extravagantes e improbables. Era el clímax de la temporada y, por tanto, la excitación alrededor de la noticia estaba en la misma proporción: no fue flor de un día. La misma noche de su llegada, una joven y hermosa dama se presentó en casa

del señor y la señora Carlyle. No había querido dar su nombre; al verla, el señor Carlyle creyó que le recordaba a alguien que había conocido hacía tiempo, una amiga de su primera esposa: Blanche Challoner. Pero no era Blanche.

La extraña miró con intensidad al señor Carlyle, que estaba de pie con el sombrero en la mano, pues se disponía a salir.

—¿Me perdonará la intrusión, por favor? —dijo—. He venido a verlo como un ser humano que necesita ayuda. Soy lady Levison.

Barbara frunció el ceño. El señor Carlyle la invitó cortésmente a sentarse, y él se quedó de pie. La mujer se sentó un instante, pero volvió a levantarse, evidentemente demasiado agitada para permanecer inmóvil.

—Sí. Soy lady Levison. Me veo obligada a llamar marido a ese hombre. Hace tiempo que sé que es un malvado, y ahora descubro que también es un criminal. Lo he oído, pero nadie me dice la verdad. Fui a ver a lord Mount Severn y declinó darme detalles. Supe que el señor Carlyle estaría en Londres hoy, y decidí venir a pedirselos.

Hablaba a trompicones, en un tono abrupto, lo que traicionaba su agitación. El señor Carlyle guardó silencio.

—Él nos ha hecho mucho daño a usted y a mí, señor Carlyle. Pero yo fui voluntariamente a mi destino, y usted no. Mi hermana Blanche, a quien él trató cruelmente, y digo lo que todo el mundo sabe, me advirtió acerca de él. Su abuela, la señora Levison, una dama que ahora tiene noventa años, hizo lo mismo. La noche antes de mi boda, vino a propósito a decirme que, si me casaba con Francis Levison, lo lamentaría para siempre. Dijo que tenía tiempo de arrepentirme. Y era verdad, tiempo había, pero no voluntad. No escuché a nadie: me dejé llevar por la vanidad, por la locura, por algo peor: quería triunfar por encima de mi hermana. ¡Pobre Blanche! Y ahora tengo un hijo —dijo bajando la voz— que hereda su apellido. Señor Carlyle —dijo, suplicando, con su rostro tallado en piedra—, dígame, ¿van a condenarlo?

—De momento, no se ha demostrado nada contra él —replicó el señor Carlyle, compasivo.

—¡Si al menos pudiera divorciarme! —exclamó apasionadamente—. Desde que nos casamos, tenía motivos para el divorcio..., pero habría sido un escándalo. ¡Si pudiera cambiar el nombre de mi hijo! Dígame, ¿tengo alguna oportunidad de rectificar mi situación?

No había ninguna, y el señor Carlyle no se atrevió a engañarla. Le expresó su simpatía, le dijo que lamentaba su situación y se preparó para salir. Ella se movió para interponerse.

—¡No se irá sin haberme dicho la verdad! ¡Se lo ruego, se lo suplico! Vine aquí con el corazón en la mano, le he hablado con franqueza, para saber.

—Tengo una cita importante a la que no puedo faltar —dijo él—, y, aunque no fuera así, me veo obligado a declinar su petición. Por mí, además de por usted: no me crea descortés, lady Levison, pero, si hablara de esa persona, su nombre me quemaría los labios.

—En cada palabra de odio que usted pronuncie, yo le apoyo; cada expresión de desdén que su corazón le reserve, yo la repito.

Barbara la miró, asombrada.

—Pero ¡si es su marido, después de todo! —dijo.

—¡Mi marido! —exclamó lady Levison—. Sí, ¡ese es el daño que me ha hecho! ¿Por qué, sabiendo lo que era y lo que había hecho, me engañó para convertirme en su mujer? Debería sentir pena por mí, señora Carlyle, y sé que así es, pues es usted madre y esposa. ¡Cómo se atreven a casarse los hombres así! —exclamó, incoherentemente—. Si sus otros pecados no fueran suficiente, vino a cortejarme con mentiras, a cara descubierta y con un crimen sobre su conciencia. ¡Me ha causado un daño inmenso e irreparable, y ha condenado a mi hijo a una herencia de vergüenza que no podré borrar!

Barbara se asustó al ver su vehemencia, pero podía dar gracias porque no la comprendía. Lady Levison había perdido su amabilidad innata, su repugnancia frente al exceso de sentimentalismo, como esposa y como dama. Era un proceso que se había producido a lo largo del tiempo, y la última revelación había sido la gota que colmaba el vaso. Alice, lady Levison, se volvió contra el mundo en su impotente resentimiento con la misma vehemencia que hubiera exhibido una verdulera. Hay desgracias que sacan a relucir lo más elevado del ser humano, y otras que muestran las bajezas.

—Pero sigue siendo su marido —pudo decir Barbara, casi suplicando.

—Se convirtió en mi marido mintiéndome, y yo pienso rechazarlo públicamente —replicó lady Levison—. No tengo ninguna obligación moral de no hacerlo. Ha traído la desgracia y la ruina sobre mí y sobre mi hijo, y no pienso dejar que el mundo crea que era su cómplice. Yo también he sufrido, he sido su víctima. ¿Cómo no lo mató, cuando reapareció en West Lynne? —

dijo, en un tono distinto, dirigiéndose al señor Carlyle.

—No lo sé. A veces me maravillo de ello.

Y al decir eso se fue, añadió unas palabras de despedida y dejó a la mujer con la señora Carlyle. Al quedarse a solas, Barbara cedió a la petición de lady Levison, y le resumió rápidamente la oscura historia de su marido. Pero solo por encima, pues generosamente ocultó el nombre de Afy, más allá de la noche del crimen. Lady Levison la escuchó sin interrumpirla.

—¿Usted y el señor Carlyle le creen culpable del crimen?

—Sí.

—¿Estaba loca la primera esposa, Isabel Vane? —preguntó de repente.

—¿Loca? —repitió Barbara, sorprendida.

—Cuando lo dejó por otro. No puede haber sido otra cosa que locura. Entendería a una mujer que abandonara a sir Francis Levison por el amor del señor Carlyle, pero, ahora que he visto a su marido, no entiendo el camino inverso.

Y, sin decir otra palabra, Alice Levison se fue tan abruptamente como había venido.

Barbara se quedó en Londres poco más de tres semanas, pues debía volver a casa por su estado de salud.

El señor Carlyle se quedó en la ciudad hasta que las sesiones del Parlamento terminaron, aunque fue a East Lynne durante ese tiempo. En julio regresó a casa definitivamente. Había otro bebé en East Lynne: una niña, tan bonita como Barbara lo había sido con un mes.

Pero William estaba cada vez peor. El médico de Londres había confirmado la opinión del doctor Martin, y era evidente que el final no tardaría en llegar.

Alguien más estaba cerca del final: lady Isabel. La cruz era demasiado pesada, y se hundía bajo la carga terrible. No era de extrañar. Habría sido distinto si lady Isabel fuera capaz de ceder bajo el peso de la penitencia, si la hubiera soportado con paciencia, en silencio, como había pensado hacerlo. Pero no fue así: se rebelaba constantemente, y eso le costaba la salud. La agitación diaria que representaba su presencia en East Lynne se calmó con la partida del señor y la señora Carlyle a Londres. Pero luego llegó la reacción. La incesante irritación de su mente, sus sentimientos y nervios se habían calmado, pero en su lugar se había instalado la no menos peligrosa apatía, la

sorda calma de la desesperación. La excitación la había mantenido activa y, al desaparecer, empezó a hundirse con alarmante rapidez. No había ninguna enfermedad destacable, pero se consumía cada día. Nadie se dio cuenta, y cumplía con sus obligaciones como institutriz de Lucy, aunque le robaba tiempo para pasarlo con William. ¿Era consciente de su decadencia? En parte, y si alguien le hubiera preguntado qué tenía, habría contestado: un corazón roto.

Era un día de calor intenso, bajo el implacable sol de julio. Afy Hallijohn paseaba por la calle emperifollada, más vanidosa y elegante que nunca. Tras su declaración, Afy no había quedado bien parada a ojos de West Lynne. Además del episodio relativo a las visitas a Londres, Afy era culpable, no de perjurio, de algo parecido. Es cierto que, cuando se investigó la muerte pero sí de su padre, ella no juró su declaración, y Richard Hare se había equivocado al creer que sí. Entonces había afirmado que no había nadie en la casa, excepto Richard Hare, pues quería evitar mencionar el nombre de Thorn. No porque tuviera la más remota sospecha de que tenía que ver con la tragedia, hay que aclararlo; estaba convencida de que Richard Hare era culpable. Sobre ese punto, Afy dijo lo que creía. Pero, cuando tuvo que declarar bajo juramento al tribunal, terminó confesando cosas, y no pocas mentiras, en lo relativo a otros asuntos.

West Lynne lo vio con malos ojos y la opinión pública tenía mala idea de Afy. Ella se defendió con energía: al escucharla, se pensaría en una heroína inmaculada, y algunos la creyeron y acogieron su causa. La señora Latimer no pertenecía a estas filas. Su fe se vio defraudada y despidió a Afy; eso sí, le dio un mes de antelación, lo que evitó el principal estigma de la desgracia. Entre sus defensores más ardientes se encontraba el señor Joe Jiffin. Aunque dudó cuando supo la noticia, Afy se dedicó en cuerpo y alma a convencerlo. Le contó tan bien la historia que, en el ardor del momento, el señor Jiffin se puso a los pies de Afy, y también su mano y la tienda de quesos. Si un santo hubiera bajado del cielo a testificar contra Afy, el señor Jiffin le habría negado el pan y la sal.

¿Quién más orgullosa, pues, que Afy, que paseaba desdeñosa, como si hubiera ganado su particular partida con West Lynne? Alquiló un lugar respetable y empezó a prepararse con bonitos sombreros y vestidos aún más bonitos. Era una casa de lo más elegante que, además, daba a las ventanas de

la señorita Carlyle. Allí Afy era toda una dama, y le permitía al señor Joe Jiffin que la visitara en presencia de alguna amiga de Afy, para respetar la decencia. Uno pensaría que acababa de salir de un convento de monjas, de tan escrupulosa que era. «¡Malvados! —exclamaba el señor Jiffin, furioso con West Lynne y sus maliciosas comadres—, pero si es pura e inocente como un ángel».

Afy caminaba por la calle bajo el sol de julio. Observaba la casa del señor Joe Jiffin con satisfacción al pasar por delante, pues la estaban arreglando, por dentro y por fuera, para recibirla. Enormes cajas y paquetes con mobiliario llegaban en el tren. Ella sugería sutilmente, y el enamorado novio-electo seguía sus instrucciones. La vio desde la tienda y salió a toda prisa.

—¡Va muy bien, señorita Afy! Todo estará acabado esta semana. El papel de pared ya está listo y queda precioso. El reborde dorado es exquisito. ¿Le gustaría subir a verlo?

—¡Dios mío! —exclamó escandalizada Afy—. ¡Subir arriba con usted, señor Jiffin! ¿Es que no ha cedido lo bastante West Lynne a su naturaleza malintencionada? Usted no entiende estas cosas.

—Me temo que no —repuso dócilmente el pobre hombre—. Le pido disculpas, señorita Afy. No quería ofenderla.

—Ay, ojalá dejara de llevar esos delantales, señor Jiffin —suspiró Afy, enfática.

El señor Jiffin tosió, perplejo. Era un punto delicado.

—Haría lo que me pidiera, señorita Afy, ya lo sabe. Pero, si me quito el delantal, me pondré perdidos los... los pantalones.

Afy emitió un gritito y apartó la mirada, con modestia.

—Por no hablar de mi chaleco —prosiguió el señor Jiffin, más confundido—, porque seguro que se rozaría de grasa. Nos pasamos el día trabajando con los barriles de mantequilla, y cortando panceta y jamón y limpiando la suciedad que dejan los quesos, y los barriles de cerdo en vinagreta: todo es grasa. Por no hablar de los huevos, porque no se puede remediar. Le aseguro, señorita Afy, que, si no usara delantal, tendría que comprar... ropa cada semana, ¡y andaría perdido de suciedad todo el tiempo!

Afy gruñó. El señor Jiffin no entendió si era por lo delicado del tema o por la destrucción total de guardarropa que acababa de describir.

—Va a Lynneborough en el primer tren de la mañana, ¿verdad, señorita Afy? —dijo él para cambiar de tema.

—Todo el mundo lo sabe —repuso Afy—. Vamos muchos. El juicio empieza a las nueve, así que tenemos que estar allí antes. ¿Ha oído el rumor sobre Richard Hare?

—No —dijo el señor Jiffin—. ¿Qué rumor?

—Todo West Lynne dice que a él también lo van a juzgar.

—¿Lo han encontrado? —exclamó sorprendido el señor Jiffin.

—No lo sé. Se decía que estaba muerto, ya lo sabe. En cuanto a cuál de los dos es culpable, si él o Levison, no creo que importe mucho —dijo Afy, y movió la cabeza con expresión severa—. Siempre pensé que eran un par de pájaros a los que no habría tocado ni con un palo.

Y se alejó, con su miriñaque barriendo el pavimento. Si pensaba llevarlo al abarrotado juicio del día siguiente, se echaría a perder. Más adelante se encontró con el señor Carlyle.

—¿Y bien, Afy? ¡Vas a casarte, por fin!

—Eso dice Jiffin, pero yo no estoy segura de no cambiar de idea. Jiffin piensa que no hay nadie como yo; si comiera oro y plata, me los pondría en las tres comidas, y me quiere mucho. Pero bueno, señor, ya sabe que es un poco tonto.

—Digamos que bebe los vientos por usted, Afy, y eso hace que cualquiera parezca tonto —se rio el señor Carlyle—. A mí me parece un hombre muy amable y educado.

—Nunca pensé que me casaría con un tendero —dijo Afy, algo descontenta—. Tenía las miras puestas en algo mejor. ¡Piense, señor, que mi marido llevará un delantal todo el día!

—¡Eso es terrible! —dijo el señor Carlyle con el semblante muy serio.

—Pero sí, será un acuerdo de lo más agradable —dijo Afy, reflexionando—. Está redecorando su casa para hacerla más elegante, y tendré dos criados, y yo no haré nada excepto vestirme y suscribirme al club de lectura. Gana mucho dinero.

—Me parece un trato muy tolerable —dijo el señor Carlyle, y Afy se puso muy seria al ver la mirada grave del señor Carlyle—: No te gastes todo su dinero, Afy.

—Me ocuparé de eso —dijo Afy, significativamente. De repente, dijo—: Señor, ¿qué le pasa a Joyce?

—No lo sé —dijo el señor Carlyle, preocupado—. Parece que tiene algún problema, porque ha cambiado mucho.

—Jamás vi un cambio tan radical —exclamó Afy—. El otro día le dije que era como si tuviera un terrible secreto.

—Pues sí, eso parece —convino el señor Carlyle.

—Pero Joyce es muy discreta —continuó Afy—. No le dará una pista si no quiere. Me dijo, por toda respuesta, que me metiera en mis asuntos y que no fuera a pensar cosas raras. En fin. ¿Cómo está el bebé, señor Carlyle? ¿Y la señora Carlyle?

—Están todos bien, gracias, Afy. Buenos días.

Capítulo 57: El juicio

Las dependencias judiciales de Lynneborough eran espaciosas, y una suerte que fuera así; de otro modo, muchos no habrían podido entrar; los asistentes al famoso juicio de sir Francis Levison por el asesinato de George Hallijohn fueron ingentes.

Las circunstancias que rodearon el caso despertaron en el público un interés sin precedentes. La categoría social del acusado y sus antecedentes, y en especial su idilio con lady Isabel Carlyle, el veredicto aún pendiente contra Richard Hare, el tiempo transcurrido; el papel que había jugado Afy, la intensa curiosidad acerca de la responsabilidad de Otway Bethel, la especulación sobre los detalles exactos, y la duda de que hubiera una condena; en suma, todo contribuía a exacerbar la curiosidad del público. La gente venía de todas partes para asistir al juicio. Los amigos del señor Carlyle, de los Hare, de la familia Challoner y del prisionero, contaban con asientos reservados. El coronel Bethel y el juez Hare, claro está, también.

Minutos después de las nueve, el juez ocupó su silla. Antes había circulado un rumor por el tribunal que lo sacudió hasta su mismísimo centro, y la gente estiraba el cuello para escuchar mejor. Otway Bethel había firmado una confesión e iba ser testigo de la acusación.

Francis Levison, en el estrado de los acusados, tenía mal aspecto: demacrado, con la mirada perdida, pálido. Su encarcelamiento no había contribuido a mejorarlo, una expresión permanente de pavor se había instalado en su rostro y no resultaba agradable de ver. Vestía de negro. Su anillo de diamantes brillaba visiblemente en su mano blanca, más blanca que nunca. Cada parte contaba con un eminente abogado para su defensa.

No fue necesario repetir el testimonio de los testigos que ya habían declarado. La identificación del prisionero como Thorn había quedado establecida gracias a Ebenezer James. Afy también demostró que Thorn estaba en la casa esa noche. El criado de sir Peter Levison había aportado su testimonio. Pero faltaba una voz más. Afy había afirmado que Thorn le dijo que fue a la casa a coger su sombrero después de dejarla; eso no demostraba nada. La conversación, o la disputa, que el señor Dill había oído no volvió a plantearse. La gente opinaba que, si esas eran las pruebas con las que se contaba, la acusación no tenía nada que hacer.

—Llamamos a Richard Hare —dijo el fiscal encargado de la acusación.

Todos los que conocían al juez Hare lo miraron y se preguntaron por qué no se movía, si habían pronunciado su nombre; y extrañaron al ver la palidez de su rostro. No fue *él*, sino otro el que avanzó: un hombre de pelo claro, ojos azules y expresión plácida y agradable. Era el joven Richard Hare. Había recuperado su posición, al menos en cuanto al atuendo, y en ese aspecto volvía a ser un caballero; también en sus modales y manera de hablar. Al abandonar el blusón de obrero y el disfraz de marinero, Richard había dejado atrás sus modales de trabajador.

Un rumor recorrió la sala. ¡Richard Hare, el prófugo! ¡El que se creía muerto! ¡El hombre cuya vida aún colgaba de un hilo! Los espectadores se levantaron para verlo mejor: de puntillas, se estiraban, aguzaban la vista; entre el ruidoso zumbido de voces, el gemido que emitió el juez Hare pasó desapercibido. Mientras llamaban al orden, y el juez amenazaba con vaciar la sala si no se hacía el silencio, dos oficiales se situaron discretamente detrás del testigo. Richard Hare estaba detenido, lo supiera o no. Le tomaron juramento como testigo.

—¿Nombre?

—Richard Hare.

—¿Es usted el hijo del juez Hare, de West Lynne?

—Su único hijo.

—¿El mismo sobre quien pesa una detención por asesinato? —intervino el juez.

—El mismo, señoría —replicó Richard Hare, quien, por extraño que parezca, parecía haber olvidado sus antiguos temores.

—Debo advertir al testigo que no está obligado a responder ninguna

pregunta que lo incrimine.

—Señoría —dijo Richard Hare, con un temblor en la voz—. Deseo responder todas y cada una de las preguntas que me formulen. Solo tengo una esperanza: que la verdad de esa noche fatal salga a relucir hoy.

—Mire al prisionero —dijo el fiscal—. ¿Lo conoce?

—Lo conozco como sir Francis Levison. Hasta el pasado mes de abril, creía que su nombre era Thorn.

—Cuéntenos lo sucedido la noche del crimen, hasta donde sepa.

—Tenía una cita esa noche con Afy Hallijohn, y fui a su casa a verla...

—Un momento —interrumpió el fiscal—. ¿Era una visita secreta?

—En parte. A mi padre y mi madre no les gustaba que me viera con Afy, y por eso no quería que se enteraran de que iba a visitarla. Me avergüenza confesar que le dije una mentira a mi padre esa misma noche. Vio que me levantaba de la mesa y que salía con mi escopeta, y me preguntó adónde iba. Le dije que con el joven Beauchamp, un amigo mío.

—Pero no era así.

—No. Tomé el arma porque le había prometido a Hallijohn que se la prestaría mientras arreglaban la suya. Cuando llegué a la casa, Afy se negó a dejarme pasar. Dijo que estaba ocupada. Pensé que Thorn estaba con ella. Más de una vez había pasado lo mismo: Afy no me abría la puerta, pese a que habíamos acordado la cita, y descubría que era Thorn quien estaba dentro, y por eso no me dejaba entrar.

—Supongo que usted y Thorn sentían celos el uno del otro.

—Admito que yo estaba celoso de él. No sé si él también lo estaba de mí.

—¿Puedo preguntarle cuál era la naturaleza de su amistad con la señorita Afy Hallijohn?

—La quería, con un amor honorable, como habría amado a cualquier dama de mi nivel social. No me habría casado con ella si mi padre y mi madre se hubieran seguido oponiendo a nuestra relación, pero le dije a Afy que, si me esperaba hasta que dispusiera de ingresos propios, me casaría con ella.

—¿No tenía otras intenciones hacia ella?

—No. La quería demasiado para eso. Y respetaba a su padre. La madre de Afy había sido una dama, aunque se hubiera casado con Hallijohn, un empleado del señor Carlyle. No, jamás pensé en Afy de manera inapropiada.

—Cuéntenos lo que sucedió esa noche.

—Afy no me dejó entrar y discutimos. Al final me fui, no sin antes darle la escopeta y decirle que tuviera cuidado con ella, pues estaba cargada. La dejó contra la pared, justo al lado de la puerta. Me fui al bosque y esperé, decidido a ver si era Thorn quien estaba con ella, puesto que me lo había negado. Locksley me vio allí y me preguntó por qué me escondía. No le contesté, solo me alejé de modo que no me vieran desde la casa. Un rato después, menos de media hora, oí un tiro en la dirección de la casa. Pensé que alguien debía estar cazando perdices. Entonces vi que Otway Bethel emergía de los árboles que tenía cerca y corría hacia la casa. Señoría —añadió Richard Hare mientras miraba al juez—, ese disparo mató a Hallijohn.

—¿Es posible que Otway Bethel fuera el responsable de dicho disparo? —preguntó el fiscal.

—No. Estaba mucho más lejos. Bethel desapareció y, al cabo de un minuto, salió otra persona, corriendo por el sendero que partía de la casa. Era Thorn, aterrorizado. Su rostro estaba lívido, tenía los ojos muy abiertos y respiraba y temblaba como si acabara de ver un fantasma. Me dejó atrás sin verme, se internó en el bosque y al cabo de un rato oí el galope, que se alejaba. Su caballo lo esperaba en el bosque.

—¿Lo siguió?

—No. Me pregunté qué habría sucedido para salir corriendo como si lo llevara el diablo. Fui hacia la casa, con intención de reprocharle a Afy su engaño. Entré y, al dar un paso, tropecé con el cuerpo inerte de Hallijohn. Estaba muerto en el umbral. Mi escopeta, recién disparada, yacía en el suelo; la herida de Hallijohn era en el costado.

Se podía oír un alfiler caer al suelo, de tan interesado que estaba el público.

—No parecía que hubiera nadie en la casa, ni arriba ni abajo. Llamé a Afy, pero no obtuve respuesta. Tomé la escopeta y me disponía a huir de allí cuando Locksley salió del bosque y me vio. Me azoré, tuve miedo, arrojé el arma al suelo y escapé.

—¿Por qué lo hizo?

—Sentí un enorme pánico que me hizo perder la razón. De otro modo, jamás habría huido. El miedo se apoderó de mí con asombrosa velocidad y temí que me acusaran del crimen. Por miedo tomé el arma del suelo, para que

no la encontraran al lado del cuerpo, por miedo la arrojé cuando apareció Locksley; un miedo que me había privado de razón y juicio. De no ser por mi conducta, no me habrían acusado del crimen.

—Siga.

—Al huir, me topé con Bethel. Sabía que, si se había dirigido a la casa después de oír el tiro, tenía que haber visto a Thorn huyendo, como yo lo había visto. Lo negó: dijo que había avanzado unos pasos por el sendero y luego había vuelto al bosque. Le creí y me fui.

—¿Se fue de West Lynne?

—Esa misma noche. Fue un error fatal, fruto de la cobardía. Pensé que iban a acusarme y me figuré que sería mejor desaparecer uno o dos días para ver qué pasaba. Luego llegó la investigación y el veredicto, y me fui definitivamente.

—¿Esta es la verdad y toda la verdad hasta donde le consta?

—Lo juro. La verdad y nada más que la verdad, hasta donde me consta —respondió Richard Hare, emocionado—. No podría afirmarlo con más solemnidad ni frente al mismísimo Dios.

El abogado de la defensa le interrogó minuciosamente, pero su testimonio permaneció igual de sólido. No hubo nadie que no quedara impresionado por lo que contaba y cómo lo contaba.

Volvieron a llamar a declarar a Afy Hallijohn, y le preguntaron por la presencia de Richard en la casa de su padre esa noche. Encajaba con lo que Richard había dicho, pero Afy se resistió un poco a confesarlo.

—¿Por qué se negó a abrirle la puerta a Richard Hare, después de haberlo citado usted misma?

—Porque se me antojó no verlo —dijo Afy.

—Dígale al tribunal por qué razón.

—Bueno, pues... Estaba con un amigo. Era el capitán Thorn —añadió, pues pensaba que, si iban a interrogarla sobre eso, no había ningún mal en admitirlo—. No dejé entrar a Richard Hare porque pensé que se pelearían.

—¿Para qué trajo Richard Hare su escopeta? ¿Lo sabe?

—Iba a prestársela a mi padre, porque la suya la tenía el herrero en reparación. El día anterior le había oído pedírsela al señor Richard Hare, y este le dijo que le traería una, y así lo hizo.

—Dejó la escopeta contra la pared usted misma. ¿Estaba segura el arma allí?

—Bastante segura.

—¿La tocó después de colocarla allí? ¿Sabe si el prisionero la tocó?

—Yo no la toqué, y tampoco vi que él lo hiciera. Era el arma que se encontró cerca del cuerpo de mi padre, con la que habían disparado.

El próximo testigo era Otway Bethel. Él también despertaba el interés del público, pero no en el grado que Afy, y menos que Richard Hare. Abrió su testimonio declarando:

—La noche en que mataron a Hallijohn me encontraba en los bosques de Abbey, y vi a Richard Hare por el camino con un arma, como si viniera de su propia casa.

—¿Richard Hare lo vio a usted?

—No, no podía verme: estaba oculto entre los matorrales. Se fue a la puerta de la casa; llamó, pero Afy Hallijohn salió deprisa y cerró la puerta tras de sí, como si tuviera miedo de que Hare entrara. Hablaron, pero estaban demasiado lejos para entender qué decían. Ella tomó el arma y la guardó dentro. Al cabo de un rato, vi a Richard Hare escondido entre los árboles, más lejos de la casa que yo; parecía que estuviera vigilando el sendero. Me preguntaba qué hacía allí cuando oí un disparo, bastante cerca, *prácticamente* en la casa y...

—Espere un momento. ¿Es posible que Richard Hare fuera el que disparó el tiro que usted oyó?

—No. Estaba a cuatrocientos metros de la casa. Yo estaba más cerca que él.

—Prosiga.

—No me imaginaba quién podía haber disparado ni a qué. No sospechaba nada, pero lo cierto es que los cazadores furtivos no cazaban tan cerca de la casa de Hallijohn. Fui a ver y, al girar por el sendero, cuando la casa apareció delante de mí, vi al capitán Thorn, como se llamaba entonces, saliendo de ella. Estaba blanco y tenía la mirada desorbitada por el terror, y sin aliento; jamás había visto a un hombre tan agitado. Le cogí del brazo cuando se cruzó conmigo. «¿Qué ha pasado? —pregunté—. ¿Ha disparado usted?».

—Espere: ¿por qué sospechó de él?

—Por su nerviosismo, y por la expresión de terror de su rostro. Estaba claro que había pasado algo malo; también usted lo habría deducido, si lo hubiera visto. Al detenerlo, se puso más nervioso, y supongo que pensó que lo mejor era contemporalizar. «Ni una palabra, Bethel —me dijo—. Le compensaré. La cosa no fue premeditada, sino producto de un acto de pasión. ¿Por qué le dio por acosarme? No he hecho nada malo a la chica». Y mientras así hablaba, sacó la cartera de su bolsillo, con la mano que le quedaba libre. Yo tenía la otra...

—¿Mientras el prisionero le decía eso?

—Así es. Sacó un billete de su cartera y me lo puso en la mano. Era de cincuenta libras. «Lo que está hecho hecho está, Bethel —dijo—, y si va diciendo por ahí que me ha visto en el bosque, no servirá de nada. ¿Entendido?». Acepté el dinero y asentí. No tenía ni idea de que se trataba de un asesinato.

—¿Qué pensaba que había sucedido, pues?

—No lo sé. No podía pensar, todo sucedió muy deprisa y no se me ocurrió nada en concreto. Thorn se fue a toda velocidad, y me quedé mirándolo. Al cabo de unos instantes oí unos pasos y me deslicé entre los árboles. Vi a Richard Hare, que avanzaba por el sendero hacia la casa. Al volverse, tenía la misma mirada de terror que Thorn. Yo me encontraba ya en un claro, y Hare se me acercó y me preguntó si había visto a «ese animal» huir de la casa. «¿Qué animal?», le pregunté. «El tipo ese, Thorn, el que va detrás de Afy», respondió. Negué haberlo visto. Richard Hare siguió su camino y después descubrí que Hallijohn había sido asesinado.

—Así que aceptó dinero para ocultar un crimen abyecto, señor Bethel.

—Acepté el dinero, y me avergüenza confesarlo. Pero lo hice sin reflexionar. Juro que, si hubiera sabido de qué crimen se trataba, no lo habría tocado. Iba corto de dinero, y la cantidad me tentó. Cuando descubrí lo que había pasado y que Richard Hare estaba acusado del crimen, me quedé anonadado ante mi papel en el asunto; cien veces desde entonces he maldecido ese momento, y la desgracia de Richard Hare ha sido una carga en mi conciencia.

—Carga que habría podido aliviar al confesar.

—¿Para qué? Era demasiado tarde. Thorn se había esfumado. Jamás supe de él hasta que regresó a West Lynne la primavera pasada como sir Francis

Levison, para presentarse a las elecciones y enfrentarse al señor Carlyle. Richard Hare había desaparecido, y nada se sabía de él; mucha gente le suponía muerto. Entonces, ¿para qué confesar? Lo único que conseguiría era atraer sospechas contra mí mismo. Había aceptado el dinero, después de todo, y era justo que mantuviera mi parte del trato.

Si a Richard Hare lo interrogaron severamente, a Otway Bethel le sometieron a un interrogatorio más duro. El juez habló solo una vez, con reproche en su voz:

—Según lo que ha dicho usted, ¿tenía conocimiento de que Richard Hare era inocente todos estos años?

—Solo me cabe admitirlo con la máxima contricción, señoría.

—¿Qué sabía de Thorn en esa época? —preguntó el abogado.

—Nada, excepto que frecuentaba el bosque de Abbey para ver a Afy Hallijohn. No había intercambiado una palabra con él hasta esa noche. Sabía su nombre, o al menos el de Thorn, que era el que utilizaba. Y, al dirigirse a mí como Bethel, supuse que sabía quién era yo.

El fiscal no trajo más testigos. La defensa formuló un discurso notable e ingenioso, en el que sostuvo que no había la menor prueba de que sir Francis Levison fuera el culpable. Ni que la tragedia no fuera fruto de un accidente desgraciado. Una escopeta cargada, depositada contra la pared de una pequeña sala, no es un arma segura; le pidió al jurado que no condenara al reo, sino que le concediera el beneficio de la duda. No era necesario llamar a ningún testigo para declarar sobre el carácter y la persona de sir Francis Levison, añadió. ¡Sir Francis Levison! El tribunal esbozó una sonrisa irónica, pero el juez fue el único que no se rio.

Cuando el juez elaboró el resumen del caso, lo hizo desfavorablemente para el acusado; más bien, incluso, a muerte contra él. Otway Bethel recibió una o dos estocadas del juez, y Richard Hare obtuvo su conmiseración. El jurado se retiró a las cuatro, y el juez abandonó su silla.

Tardaron poco en regresar: apenas quince minutos. Su señoría regresó a su lugar, y el prisionero volvió a subir al estrado. Su piel era del color del mármol, y, en su agitación nerviosa, se apartaba el pelo de la frente incesantemente: el gesto que lo había delatado a ojos de Barbara Hare. Se pidió silencio.

—¿Cuál es el veredicto del jurado? ¿Culpable o no culpable?

—Culpable.

El silencio pesó como una losa. El prisionero se quedó sin aliento.

El portavoz del jurado añadió:

—Pero recomendamos clemencia.

—¿Por qué razón? —preguntó el juez.

—Porque creemos que el crimen no fue planeado, sino resultado de las bajas pasiones del momento, y así fue cometido.

El juez hizo una pausa y extrajo algo negro de su bolsillo.

—¡Acusado! ¿Tiene algo que decir para evitar que no se le aplique la sentencia de muerte?

El reo se agarró a la tribuna del acusado y echó la cabeza hacia atrás, como si quisiera ahuyentar el terror que le oprimía. El mármol de su piel se trocó en escarlata.

—Solo esto, señoría. El jurado, al recomendar clemencia, ha entendido lo que sucedió en realidad. No voy a negar que maté a Hallijohn, a la luz de la evidencia que hoy se ha visto en este tribunal. Pero no lo hice con malicia ni premeditación. Cuando dejé a la chica y fui a la casa a coger mi sombrero, no tenía intención de hacer daño a nadie, no más que pueda tenerla ahora. El padre estaba allí, y mantuvimos una discusión; a raíz de eso, tuvo lugar la tragedia. Señoría, no fue intencionado.

El prisionero se calló. El juez, con el retal negro sobre su peluca, cruzó las manos.

—¡Acusado! Está usted condenado, con pruebas claras e incontestables, por asesinato. El jurado le considera culpable, y yo coincido plenamente con su veredicto. Segó usted la vida de un hombre decente y desafortunado: usted mismo acaba de confesarlo. Fue un crimen malvado y retorcido. No me importan las circunstancias concretas que lo desencadenaron. Tal vez le provocó con sus palabras, pero ninguna provocación de esa naturaleza justifica que le disparase. Su abogado afirma que es usted un caballero y miembro de la aristocracia británica y, por tanto, merece especial consideración. Confieso que me sorprendió escuchar esas palabras en sus labios. En mi opinión, precisamente su posición social hace que este crimen sea cien veces peor; y siempre he sostenido que, si un hombre nace en una situación ventajosa y cae en el pecado, merece menos consideración que el pobre, sencillo y sin educación. Algunas partes de la evidencia que hemos

visto (y no me refiero al crimen en sí) hablan muy mal de usted. Su relación con la hija del asesinado era deshonrosa, y en este punto su conducta contrasta sobremanera con la de Richard Hare, que es tan caballero como usted. En su obsesión por la muchacha, mató a su padre y, no contento con esto, siguió viéndola después del crimen, hasta causarle la ruina. Le mintió desvergonzadamente y añadió un crimen más al ya cometido. No puedo seguir hablando sobre este punto, y tampoco me parece necesario, pues no es el motivo por el que comparece usted frente a este tribunal. El hombre al que mató usted se adentró en la otra vida sin estar preparado, antes de su hora, y sin la menor piedad de su parte: y debe expiar ese crimen con su vida. El jurado ha recomendado que la sentencia sea clemente, y la recomendación se transmitirá por los cauces adecuados. Pero tenga presente que ese comentario que acompaña al veredicto rara vez se atiende, cuando no hay causa justa para ello. Solo puedo conminarle a que pase el breve tiempo que le queda en esta tierra buscando el perdón y el arrepentimiento. Usted sabe mejor que nadie cuál ha sido su vida y cuáles sus pecados: el mundo conoce algunos. Hasta para el más pecador hay perdón en el cielo cuando se busca de veras. Solo me queda dictar el veredicto que la ley establece. Francis Levison, le llevarán al lugar de donde vino, y de allí al lugar de su ejecución, para ser ahorcado hasta la muerte. ¡Que Dios todopoderoso se apiade de su alma!

Los asistentes respondieron:

—¡Amén!

La sala se vació. La excitación del día había terminado, y había más casos que juzgar. Pero no era así: la gente volvió a sentarse en los banquillos, pues el siguiente caso era la detención de Richard Hare, el hijo del juez. Era una mera formalidad, para resolver el veredicto de la antigua investigación, que había quedado obsoleta a raíz del juicio. No hubo pruebas contra él, y el juez ordenó que lo soltaran. El pobre Richard, el torturado y perseguido Richard, volvía a ser un hombre libre.

Entonces tuvo lugar la escena de todas las escenas. La mitad de los presentes eran habitantes de West Lynne, o vivían cerca de allí. Conocían a Richard Hare desde que era un niño y lo habían admirado de pequeño, les había gustado durante su juventud tranquila, pero, cuando se le acusó del más abominable crimen, no dudaron un instante. Su arrepentimiento era proporcional a la dureza de su antiguo desprecio: Richard era inocente y, por

tanto, ellos culpables por haberlo creído un asesino.

La masa inglesa, ya sea noble o sencilla, no se vuelca a medias en su jaleo, ya sea para bien o para mal. Como en la máquina, se alcanza el punto de ebullición y se supera. Con un grito universal, como un solo hombre, todos rodearon a Richard y lo felicitaron, lo abrumaron con sus buenos deseos y le expresaron su vergüenza y arrepentimiento; le dijeron que el futuro compensaría su triste pasado. Si hubiera poseído cien manos, cien manos habría estrechado. Y cuando Richard logró zafarse del gentío y, con su naturaleza afable y compasiva, se volvió hacia su padre, el adusto juez olvidó su pomposidad y orgullo y se echó a llorar como un niño mientras murmuraba que lo perdonara.

—¡Querido padre! —exclamó Richard, también lloroso—. ¡Está todo perdonado y olvidado! Piense en lo felices que volveremos a ser los tres, usted, mamá y yo.

Las manos del juez, que habían abrazado a su hijo, se relajaron. Temblaba furiosamente, y su rostro se contorsionó; el cuerpo también. Cayó sobre el coronel Bethel. Era su segundo ataque.

Capítulo 58: La habitación de la muerte

A l lado de la cama en la que agonizaba William Carlyle se arrodilló lady Isabel. Había llegado el momento, y el niño estaba resignado a su destino. ¡Que esa sea la merced de Dios para los pequeños que mueren antes de su hora! Que contemplen con agrado, y no con miedo, el viaje desconocido.

La enfermedad ya no pintaba sus mejillas de rojo; su piel era blanquecina, había perdido peso y sus ojos brillaban enormes en su carita. Tenía el pelo hacia atrás, mojado por el sudor, y sus manitas ardientes colgaban de la cama.

—No falta mucho, ¿verdad, madame Vine?

—¿Para qué, cariño?

—Para que vengan todos. Papá, mamá, Lucy, todos.

Los celos asaltaron su corazón cansado. ¿Es que ella no contaba?

—¿No te importa si estoy yo, William?

—Claro que sí. Pero ¿cree que conoceré a todo el mundo que está en el cielo? ¿O solo a los parientes?

—¡Criatura! Debemos dejar eso en manos de Dios, pase lo que pase.

William estaba echado mirando el cielo reflexionando. Brillaba un cálido sol de julio en el cielo sereno y azul. Habían movido su cama hacia la ventana; le gustaba quedarse incorporado y mirar el paisaje. Ahora estaba abierta, y las mariposas y las abejas surcaban el aire de verano.

—Me pregunto cómo será —dijo, reflexionando en voz alta—. ¿Habrà una hermosa ciudad con puertas de perlas y piedras preciosas y calles de oro?

¿Un río de agua cristalina, y árboles llenos de frutas y de hojas verdes y hermosas flores? ¿Arpas y música e himnos? ¿Qué más habrá?

—Todo lo que es bello y deseable, William.

Hubo otra pausa.

—Madame Vine, ¿vendrá Jesús a por mí o enviará a un ángel? ¿Qué cree?

—Jesús prometió venir a por los suyos, a por los que le quieren y le esperan.

—Sí, sí. Y seré feliz para siempre. ¡Será tan hermoso! No volveré a estar cansado o a sentirme enfermo.

—¿Hermoso? ¡Oh, William, ojalá llegara ese momento! —pensaba en ella, y en que así se liberaría de la terrible carga de ver morir a su hijo. Pero el niño no lo sabía. Lady Isabel hundió su rostro entre sus manos y siguió hablando. William tuvo que inclinarse para oír su débil susurro.

—«Y no habrá más muerte ni tristeza ni llanto; no habrá más dolor, pues el pasado quedará enterrado».

—Madame Vine, ¿cree que mi mamá estará allí? —preguntó—. Quiero decir mi antigua mamá.

—Sí. No tardará.

—Pero ¿cómo la reconoceré? Es que casi he olvidado cómo era.

Lady Isabel abrazó al niño, puso su cabeza sobre sus bracitos y estalló en lágrimas.

—La reconocerás, querido, no te preocupes: ella no te ha olvidado.

—¿Cómo está tan segura de que la veré? —insistió William, tras una pausa—. Es que —dijo, y bajó la voz, dubitativo— no era tan buena. Quiero decir que no se portó bien con papá o con nosotros. ¿Y si no le pidió perdón a Dios? ¿Y si nunca se arrepintió?

—¡Oh, William! —sollozaba la infeliz—. En cuanto se fue, toda su vida ha sido un largo arrepentimiento, y pidió perdón, ¡oh, sí! Sus remordimientos y su dolor eran más de lo que podía soportar, y...

—¿Y qué? —preguntó William, pues madame Vine había callado.

—Y su corazón se rompió, pues te añoraba a ti y a tu padre.

—¿Lo cree de veras?

—Lo sé, querido mío.

William se quedó pensativo. Si hubiera sido lo bastante fuerte, se habría

sobresaltado. Exclamó:

—¡Madame Vine! Solo puede saber eso si mamá se lo ha dicho. ¿La vio alguna vez? ¿La conoció cuando estuvo en el extranjero?

Los pensamientos de lady Isabel estaban muy lejos, quizá en las nubes. No reflexionó sobre las posibles consecuencias de su respuesta o no la habría dado.

—Así es. La conocí en el extranjero.

—¡Oh! —exclamó el muchacho—. ¿Por qué no nos lo dijo nunca? ¿Qué le dijo ella? ¿Cómo era?

—Me dijo —lady Isabel lloraba salvajemente— que se había separado de sus hijos en la Tierra, pero que se reuniría con ellos en el cielo y allí estarían juntos para siempre. ¡Querido William! Todo el dolor y la tristeza y la culpa de este mundo serán perdonados, y Dios limpiará nuestras lágrimas.

—¿Cómo era su rostro? —preguntó el niño dulcemente.

—Como el tuyo. Y muy parecido al de Lucy.

—¿Era bonita?

Madame Vine hizo una pausa.

—Sí.

—¡Oh! ¡Me duele, me duele! ¡Abráceme, por favor, madame Vine! —lloró William, hundió la cabeza en el cojín mientras enormes perlas de sudor caían de su frente. Era uno de los ataques que le consumían, y lady Isabel tocó la campana con urgencia.

Wilson apareció. Joyce solía cuidar del niño enfermo, pero la señora Carlyle y su bebé estaban en casa del juez Hare, ignorante del estado crítico de William, y se había llevado a Joyce con ella. Era el día después del juicio. Después del segundo ataque, habían trasladado al juez Hare a su casa, y Barbara había ido a verlo para consolar a su madre y dar la bienvenida a Richard a su hogar. Más de cincuenta carruajes visitaron la residencia de los Hare ese día y dejaron mensajes de felicitación y notas y tarjetas y ramos de flores, por no hablar de los visitantes que se presentaban en la puerta. «Es para demostrarte su afecto, Richard», decía la dulce señora Hare, que sonría a través de las lágrimas mientras contemplaba al hijo recuperado. Lucy y Archie comían en casa de la señorita Carlyle, y Sarah cuidaba del pequeño Arthur, lo que dejaba a Wilson libre. Entró para atender la llamada de madame Vine.

—¿Ha vuelto a desmayarse? —preguntó sin ambages la criada mientras se acercaba a la cama.

—Creo que sí. Ayúdeme a incorporarlo.

William no se había desmayado: el ataque era distinto de los anteriores. En lugar de perder la conciencia y debilitarse, como de costumbre, se puso a temblar como si tuviera fiebre, y se agarró a madame Vine y a Wilson en una larga convulsión.

—¡No dejen que me caiga! —gritaba.

—Querido, no puedes caerte —respondió madame Vine—. Estás en tu cama.

Siguió aferrándose a las dos, y temblaba, como de miedo. Repetía sin cesar:

«¡No dejen que me caiga, no dejen que me caiga!».

El paroxismo pasó. Le limpiaron la frente y lo observaron; Wilson con los labios apretados y una expresión peculiar. Le introdujo una cucharada de jalea fortificante, y él se la tragó, pero no quiso más. Giró la cabeza sobre el cojín y al cabo de unos minutos dormitaba.

—¿Qué le habrá pasado? —exclamó lady Isabel en voz baja, dirigiéndose a Wilson.

—Yo lo sé —fue la respuesta oracular—. He visto el mismo ataque otra vez, señora.

—¿Y cuál es la causa?

—No en un niño, señora —dijo Wilson—, sino en un adulto. Pero no importa. Pasa cuando no queda más remedio. Creo que lo tomaron por muerto.

—¿A quién? —susurró lady Isabel, aterrada.

Wilson no dijo nada, solo señaló a la camita.

—¡Oh, Wilson! No está tan grave. El señor Wainwright dijo esta mañana que le quedaban una o dos semanas.

Wilson se sentó en la silla más cómoda. No era propio de ella incomodarse en beneficio de la institutriz y, en cierto sentido, esta le tenía demasiado miedo para ponerla en su lugar.

—Wainwright no sabe nada —dijo—. Y, si viera cómo el niño se queda sin aliento, y supiera que el siguiente instante es el último, aún nos diría que le quedan doce horas de vida. No conoce a Wainwright como yo, madame.

Era el médico en casa de mi madre, y ha atendido a todas las familias a las que he servido desde que me hice criada. Durante cinco años fui la enfermera principal en la casa del señor Pinner; luego, cuatro de doncella en la casa de la señora Hare, y vine aquí cuando la señorita Lucy era pequeña. En todos los sitios donde he trabajado, él ha ejercido de médico, como si fuera mi sombra. Mi señora Isabel le tenía mucho respeto al viejo Wainwright, me acuerdo bien. Más del que yo le tenía.

Lady Isabel no dijo nada. Se sentó y observó a William. Era verdad que respiraba más trabajosamente que de costumbre.

—La idiota de Sarah me preguntó hoy que en qué mausoleo le enterrarán: si con el viejo señor Carlyle o con lord Mount Severn. «No seas idiota —le he dicho—. ¿Crees que van a meterlo en un rincón con el viejo conde? Irá en el mausoleo de los Carlyle, por supuesto». Habría sido distinto, madame Vine, si mi señora hubiera muerto en casa, como debe ser, como la señora Carlyle que era. Entonces a ella la habrían enterrado con su padre, y al niño con ella. Pero no fue así.

Madame Vine no dijo nada y se produjo un largo silencio. No se oía nada, excepto la frágil respiración del niño.

—¿Cómo debe sentirse ese pájaro? —preguntó de repente Wilson, con hiriente ironía.

Lady Isabel, que estaba absorta en William, pensó que Wilson se refería al niño. Se giró hacia ella, sorprendida.

—Quiero decir esa joya que está entre rejas en Lynneborough —explicó Wilson—. ¡Espero que lo pase de fábula desde que dictaron sentencia! Me pregunto cuántos trenes llenos de gente desde West Lynne irán a verlo colgar de la horca.

El rostro de lady Isabel se tiñó de grana y sintió deseos de vomitar. No se había atrevido a preguntar cuál había sido la sentencia, pues el tema le resultaba demasiado doloroso, y nadie lo había mencionado en su presencia ni por casualidad.

—¿Lo han condenado? —preguntó en voz baja.

—Condenado y bien condenado. Y el señor Otway Bethel está suelto, ¡menuda suerte la suya! Vaya par de ratas están hechos. Nadie de East Lynne asistió al juicio, porque quizá no habría sido agradable para el señor Carlyle, pero vino gente ayer noche a contarlo. El testimonio del joven Richard Hare

fue decisivo para condenarlo. Ahora ha vuelto, y dicen que está muy guapo, diez veces más de lo que era de joven. Debería haber oído los vítores con los que recibieron al joven Richard cuando el tribunal lo exoneró de toda culpa: casi revientan la audiencia de tanto ruido, y no había manera de hacerlos callar.

Wilson se detuvo, pero, como madame Vine no dijo nada, prosiguió.

—Cuando el señor Carlyle vino ayer por la noche y le contó a su esposa cómo habían recibido al señor Richard con vivas y aclamaciones, casi se desmayó; aún está débil. El señor Carlyle me llamó para que les llevara una jarra de agua; yo estaba en la habitación de al lado, con el bebé, y la vi, lloraba a lágrima viva mientras él la abrazaba. Siempre dije que había un mundo de amor entre esos dos, aunque se casara con otra. El señor Carlyle me dijo que dejara la jarra y me mandó salir. Pero creo que no le contó lo del ataque del viejo Hare hasta esta mañana.

Lady Isabel levantó la cabeza.

—¿Qué ataque?

—Pero, madame, ¿no lo sabe? No sale usted de esta casa, se pasa todo el tiempo sola y así no se entera de nada. Podría estar viviendo en el fondo de una mina, ¡y se enteraría lo mismo! El viejo Hare tuvo otro ataque en el tribunal de Lynneborough, y por eso la señora ha ido a su casa a verlo.

—¿Richard Hare ha vuelto a casa, Wilson?

La pregunta, débil y apenas audible, procedía de labios del niño. Wilson levantó las manos en el aire y fue hacia la cama.

—¡Qué cosas! —le dijo a madame Vine—. Una nunca sabe cuándo están despiertos y cuándo no. Señor William, quédese tranquilo y siga durmiendo. Su papá llegará pronto de Lynneborough y, si no hace más que hablar y cansarse, dirá que es culpa mía. Vamos, duérmase. ¿Quiere un poco más de jalea?

William no contestó al ofrecimiento y volvió a hundir la mejilla en el cojín, pero seguía intranquilo y nervioso. Su espíritu agotado se movía como una marea.

El señor Carlyle, efectivamente, estaba en Lynneborough. Siempre tenía mucho trabajo en las audiencias civiles, pero el día anterior no había ido en persona; había sido el señor Dill el encargado de representarlo.

Entre las siete y las ocho volvió a su casa y subió a la habitación de

William. El niño se animó al notar la presencia de su padre.

—¡Papá!

El señor Carlyle se sentó en la cama y lo besó. Los rayos del sol poniente que se hundía en el horizonte inundaban la habitación y vio con claridad las señales de agotamiento del rostro del muchacho. La sombra gris de la muerte ya se sentía en él.

—¿Está peor? —preguntó rápidamente a madame Vine.

—Parece mucho peor esta tarde, señor. Está más débil.

—Papá —jadeó William—, ¿ha terminado el juicio?

—¿Qué juicio, querido?

—El de sir Francis Levison.

—Terminó ayer. No te preocupes por eso, hijo mío. No vale la pena.

—Pero es que quiero saberlo. ¿Van a colgarlo?

—La sentencia es de muerte, sí.

—¿Mató él a Hallijohn?

—Sí. ¿Quién le ha hablado de esto? —preguntó el señor Carlyle a madame Vine, descontento.

—Wilson lo mencionó, señor —dijo ella.

—Oh, papá, ¿qué hará? ¿Crees que Jesús le perdonará?

—Es lo que debemos esperar.

—¿Tú lo esperas, papá?

—Sí. Deseo que todo el mundo sea perdonado, William, sin importar sus pecados. Hijo mío, ¡pareces nervioso!

—No estoy cómodo de ninguna manera. Cada vez que me muevo, me duele. Póngame un cojín, más, por favor, madame Vine.

El señor Carlyle levantó él mismo a su hijo con cariño.

—Madame Vine te ha cuidado como una enfermera incansable, William —dijo, y miró agradecido a la institutriz, que se mantenía en un segundo plano, oculta por las sombras de la cortina.

William no dijo nada. Parecía que trataba de recordar algo.

—¡Se me olvida, se me olvida!

—¿El qué, hijo?

—Era algo que quería preguntarte, o decirte. ¿Va a volver a casa Lucy?

—Esta noche no creo.

—Papá, quiero ver a Joyce.

—Le pediré que vuelva esta noche. Voy a buscar a tu mamá después de comer.

—¿A mi mamá? Oh, ahora me acuerdo. Papá, ¿cómo reconoceré a mamá en el cielo? A mi antigua mamá, quiero decir.

El señor Carlyle no dijo nada. La pregunta quizá le sorprendió, y William siguió hablando apresuradamente, quizá confundiendo el motivo de su silencio.

—Porque estará en el cielo, seguro.

—Claro que sí, hijo —fue la respuesta.

—Madame Vine dice que está segura. La vio en el extranjero, y mamá se lo dijo. ¿Verdad, madame Vine? ¿Qué fue lo que le dijo?

Madame Vine miró al señor Carlyle, alarmada. Este posó sus ojos en su rostro escarlata, o al menos en la superficie que quedaba descubierta. Si hubiera podido, habría salido corriendo de la habitación.

—Mamá lo sentía mucho, muchísimo —prosiguió William, al ver que la institutriz guardaba silencio—. Te quería, papá, nos quería a todos, y su corazón se rompió y entonces se murió.

El señor Carlyle frunció el ceño y enarcó una ceja mientras miraba a madame Vine, en una muda pregunta.

—Lo siento mucho, señor —murmuró ella, con energía desesperada—. No debería haber dicho nada; no debería haber interferido con un asunto familiar. Es solo que el niño parecía tan angustiado por su madre que le dije lo que pensaba que sería mejor.

El señor Carlyle miraba a lo lejos.

—No lo entiendo. ¿Conoció o no a su madre en el extranjero?

Lady Isabel se cubrió el rostro, ruborizada.

—No, señor.

¡Seguramente el ángel que todo lo registra borró sus palabras! Si alguna vez se elevó una plegaria de perdón desde un corazón herido, debió ser aquella, por la mentira proferida en el lecho de muerte de un inocente.

El señor Carlyle se acercó a ella.

—¿Ha notado el cambio en su rostro? —susurró.

—Sí, señor, sí. Está así desde que ha tenido un extraño ataque con temblores, por la tarde. Wilson pensó que había llegado la hora. Me temo que tenga razón y que no queden más de veinticuatro horas, a lo sumo.

El señor Carlyle descansó el codo en el alféizar y se llevó una mano a la frente. Cerró los ojos.

—Es duro perderlo.

—Oh, señor, estará mejor donde va —dijo ella mientras contenía el llanto y la emoción que asomaban a sus ojos y su garganta—. La muerte se puede soportar: no es la peor separación que la Tierra conoce. Así él quedará libre de este mundo cruel, y protegido en el cielo. ¡Ojalá todos estuviéramos allí!

Entró una criada a decir que la comida del señor Carlyle estaba lista, y él bajó, sin apetito. Cuando volvió a la habitación, la luz del día se había desvanecido y una única vela brillaba, en un lugar donde su luz no molestara a los ojos del muchacho. El señor Carlyle tomó la vela para examinar el rostro de William. Estaba estirado sobre el cojín y su febril aliento se oía por toda la habitación. La luz hizo que abriera los ojos.

—No la acerques más, papá. Prefiero la oscuridad.

—Solo un instante, querido.

Y así fue; en un instante el señor Carlyle comprobó que el color azulado y mortecino de la piel de su hijo anunciaba que la muerte no tardaría en llegar.

En ese momento entraron Lucy y Archibald, que habían vuelto de la visita a la señorita Carlyle. El moribundo los miró, ansioso.

—Adiós, Lucy —dijo mientras tendía su manecita húmeda.

—No me voy aún —dijo Lucy—. Acabamos de volver.

—Adiós, Lucy —repitió él.

Entonces ella aceptó su manita, se inclinó y lo besó.

—Adiós, William. De verdad, no voy a ninguna parte.

—Yo sí —dijo él—. Me voy al cielo. ¿Dónde está Archie?

El señor Carlyle levantó a Archie a la cama. Lucy parecía asustada y Archie, sorprendido.

—Adiós, Archie, querido. Me voy al cielo, al cielo azul y brillante. Allí veré a mamá, y le diré que tú y Lucy vendréis a buscarnos.

Lucy era una niña sensible, y rompió a llorar con suficiente ruido como para alterar la tranquilidad de la estancia del moribundo. Wilson se dio prisa

en ir a buscarla, y el señor Carlyle mandó que los dos niños salieran y les prometió que verían a William al día siguiente si se sentía con fuerzas.

Lady Isabel estaba arrodillada y con el rostro pegado a la madera de la pared para contener sus gemidos de dolor. La emoción del momento era más de lo que podía soportar su frágil ánimo. Su propio hijo, su querido hijito: los dos solos con él, y no podía pedir ni recibir una palabra de consuelo o de amor.

El señor Carlyle la miró al ver sus sollozos silenciosos, como habría mirado a cualquier otra institutriz entregada a sus pupilos. Agradecía su cariño hacia sus hijos, sin duda, pero nada más; no la consideraba parte de la despedida, del adiós entre él y su hijo. Se inclinó más y más sobre el cuerpecito del niño y las lágrimas llenaron sus ojos, a su pesar.

—No llores, papá —murmuró William, y levantó su débil mano para acariciar la mejilla de su padre—. No tengo miedo. Jesús viene a por mí.

—¡Miedo! Espero que no, querido. Vas a estar cerca de Dios: vas hacia la felicidad. No sabemos cuántos años pasarán, muchos o quizá pocos, pero iremos a buscarte y nos reencontraremos.

—Sí, sí, lo sé. Sé que vendrás, y se lo diré a mamá. Seguro que ella ya me está esperando. Quizá en la orilla del río, observando las barcas.

Recordaba la pintura de Martin. El señor Carlyle se volvió hacia la mesita. Vio un poco de zumo de fresa, y con él humedeció los labios resecaos del niño.

—Papá, ¿cómo está Jesús pendiente de todas las barcas? Quizá no llegan al mismo tiempo. Debe ser así, porque, si quiere buscarnos a todos, tendrá que organizarse bien.

—Seguro que viene a por ti, querido —fue la respuesta ferviente.

—Sí, me llevará hasta Dios y dirá: «¡Aquí hay un pobre niño que tienes que perdonar y dejarlo pasar porque yo me he sacrificado por él!». Papá, ¿sabías que a mamá se le rompió el corazón?

Por toda respuesta, el señor Carlyle lo acarició. La inquietud física de William parecía haberse traducido en una angustia mental. No había manera de calmarlo.

—¡Papá! ¿Sabías que el corazón de mamá se rompió cuando se fue?

—William, estoy seguro de que así fue, antes de que muriera. Pero hablemos de ti, no de ella. ¿Te duele mucho?

—No puedo respirar ni tragar. Me gustaría ver a Joyce.

—No tardará.

El niño se arrebujó en los brazos de su padre, y en unos minutos parecía que dormía. Al cabo de un rato el señor Carlyle lo depositó suavemente sobre su cama y lo contempló. Se giró para irse.

—¡Papá, papá! —gritó el niño, que abrió los ojos y suplicó—. ¡Dime adiós! ¡Despídete de mí!

Las lágrimas del señor Carlyle cayeron sobre la carita que lo miraba, y lo abrazó con todas sus fuerzas.

—Querido, voy a volver enseguida. Papá no va a dejarte solo, solo va a buscar a mamá para que te vea.

—¿Y al bebé, a Anna?

—Y a Anna también, si quieres verla. No voy a tardar, no te preocupes. No volveré a dejarte esta noche, William, cuando vuelva.

—Entonces ve, papá.

Se abrazaron lentamente, con ternura y lágrimas, y el señor Carlyle lo aferraba contra su corazón. Luego volvió a dejarlo en la posición más cómoda, le dio una cucharada de zumo de fresas y se alejó.

—Adiós, papá —dijo el pequeño, con un gemido débil.

El señor Carlyle no le oyó. Se fue y salió de la vida de su hijo para siempre. Lady Isabel se levantó y abrazó al niño sollozando.

—¡Oh, William! ¡Querido hijo mío! Déjame que lo sea, déjame que sea tu madre en este momento final.

El niño entrecerró los ojos, agotado. Probablemente no la había entendido.

—Papá ha ido a buscar a mamá.

—¡No! ¡Ella no! —Lady Isabel se controló y cayó sobre la cama, llorando. Ni siquiera en esa hora de terrible dolor, cuando el mundo se cerraba para William, se atrevió a decirle que era su madre.

Wilson regresó.

—Parece que va a dormirse.

—Sí —dijo lady Isabel—. No hace falta que te quedes, Wilson. Yo te avisaré si necesita algo.

Wilson, que no tenía mal fondo, no era de las que cuidan de un moribundo

si le dan permiso para irse. Lady Isabel se quedó sola. Se arrodilló, esta vez para rezar. Por el espíritu que se iba, al que Dios asignaría un lugar de descanso en el cielo.

El pasado se dibujó frente a sus ojos: desde que había entrado en East Lynne por primera vez como la esposa del señor Carlyle hasta su actual estancia. Las antiguas escenas desfilaron por su mente como las imágenes cambiantes de un fantasmagórico truco de cámaras. ¿Por qué ahora, por qué en ese momento? No lo sabía.

William seguía durmiendo en silencio y ella pensaba en el pasado. La terrible reflexión, el arrepentimiento incesante: «Si yo no hubiera... Si no hubiera hecho lo que hice, ¡qué distinto sería todo ahora!» no dejaba de resonar en su corazón, con tanto ímpetu que casi había dejado de temblar al sentirlo. Se clavó las uñas en las palmas de la mano para notar el dolor nuevo y fresco que le causaba. Recordó su primera enfermedad, especialmente ahora que su frente descansaba sobre la colcha de la camita de William. Cómo había yacido débil y agotada, y en sus celos infundados, imaginaba que Barbara era la dueña de East Lynne. Ella moría, Barbara ocupaba su lugar, ¡y se convertía en la esposa del señor Carlyle en la madrastra de sus hijos! Recordaba el día en que su mente, alimentada por un rumor que Wilson le había contado, y enfebrecida por el delirio, había rogado a su marido, angustiada y aterrorizada, que no se casase con Barbara. «¿Cómo iba a hacerlo?», había dicho él, con piedad tranquilizadora. «Isabel era su esposa, ¿quién era Barbara? No significaba nada para ellos». Pero al final todo había sucedido así. Ella había atraído ese destino; ni el señor Carlyle, ni Barbara. Solo Isabel era responsable de lo que le había sucedido. ¡Qué tristes recuerdos!

Pasaba el tiempo perdida en sus pensamientos, en angustias pasadas y presentes, en el arrepentimiento y la condena. Debió transcurrir casi una hora desde la partida del señor Carlyle, y William no se movía. Joyce entró en la habitación.

Madame Vine se levantó rápidamente mientras Joyce, tras acercarse con brío, apartó las sábanas para mirar a William.

—El señor Carlyle dice que preguntas por mí... ¡Oh!

Fue un grito momentáneo, contenido, que apenas salió de la garganta de la criada. Madame Vine se abalanzó al lado de Joyce. El rostro pálido del niño estaba en la calma eterna; su agitado corazón había dejado de latir. Jesús

había venido y se había llevado su espíritu.

Fue entonces cuando lady Isabel perdió el control. Estaba convencida de que se había resignado a la muerte del pequeño y de que podría separarse de él sin demasiadas emociones. Pero no había pensado que fuera tan pronto; creía que tendría unas horas para despedirse de él, y la tormenta se apoderó de ella. El llanto se hizo gemido y gritos mientras se abalanzaba sobre el cuerpecito y lo abrazaba. Se quitó las gafas para besarlo mejor, para aferrarse al rostro que ya nunca volvería a abrir los ojos. Le rogaba que volviera, para despedirse de él, de su madre, su querido hijo, su pequeño William.

Joyce estaba aterrorizada por las consecuencias. Con todas sus fuerzas, la apartó del niño y le rogó que reflexionara, que se calmara.

—¡No, no, por el amor de Dios! ¡Señora, señora Isabel!

Fue su antiguo nombre lo que la calmó de repente. Se quedó mirando a Joyce y dio un paso hacia atrás, como si se apartara de una visión repugnante.

—Señora, déjeme que la acompañe a su habitación. El señor Carlyle subirá, porque ha ido a buscar a su esposa. ¡Piense en lo que sucedería si vuelve a perder el control así, delante de él! Por favor, venga conmigo.

—¿Cómo has sabido quién era? —preguntó, con voz hueca.

—Señora, la noche de la falsa alarma de incendio. Me acerqué a usted para tomar al señorito Archibald en mis brazos y, tan segura como que estoy aquí de pie, creo que en ese momento mis sentidos me abandonaron. Creí haber visto un fantasma, el de mi señora muerta. Me olvidé del presente y de todos los que me rodeaban. Lo único que estaba vivo para mí era usted, madame Vine. Su rostro no estaba cubierto, la luz de luna brillaba sobre usted y, después de los primeros instantes de terror, supe la terrible verdad: que usted era lady Isabel, que estaba viva. ¡Vamos, señora, vayámonos! El señor Carlyle subirá enseguida.

Pobre mujer: se arrodilló, humillada y asustada.

—¡Joyce, ten piedad de mí! No me traiciones. Me iré de aquí, te lo juro. Pero no les digas quién soy mientras estoy aquí.

—Señora, no tiene nada que temer de mí. He conservado el secreto desde entonces y no se lo he dicho a un alma. ¡Fue el pasado mes de abril! Casi me mata: no tenía paz ni de día ni de noche, pues temía lo que pudiera pasar. Pensaba en la terrible confusión y en las consecuencias si el señor y la señora Carlyle lo descubrían. Señora, discúlpeme que se lo diga, pero no debería

haber venido.

—Joyce —dijo Isabel mientras levantaba su rostro demacrado— no podía estar lejos de mis hijos, mis pobres hijos. ¿No crees que es suficiente castigo estar en esta casa? —añadió, vehemente—. Verlo a él, ¡a mi marido!, casado con otra. Me está matando.

—¡Oh, señora, vamos! Oigo que llegan, ¡vamos, vamos!

En parte tirando de ella y en parte convenciéndola, Joyce la llevó a su propia habitación y allí la dejó. El señor Carlyle estaba en ese momento en la puerta del que ya no estaba. Joyce corrió hacia él. Su rostro estaba lívido y blanco y temblaba igual que el pobre William, por la tarde, en su último ataque. A la luz clara del pasillo, era presa de la agitación.

—¡Joyce! —exclamó el señor Carlyle—. ¿Qué tienes?

—¡Señor, señor! —jadeó—. Tiene que prepararse. El señor William... El señor William...

—¡Joyce! ¿No querrás decir...?

—Sí, señor. Ha muerto.

El señor Carlyle entró en la habitación, deprisa. Puso el pestillo. En la cama yacía la carita delgada y blanca, en reposo eterno.

—¡Hijo mío! ¡Hijo mío! ¡Oh, Dios! —murmuró, con reverencia—. Ojalá que hayas recibido a este niño en tu pecho, ¡igual que espero que hayas perdonado a su desgraciada madre!

Capítulo 59: El cortejo de lord Vane

Lord Mount Severn y su hijo asistieron al funeral de William Carlyle. Wilson tenía razón respecto a sus especulaciones sobre dónde lo enterrarían: abrieron el mausoleo de los Carlyle y se encargó al escultor añadir una inscripción en la lápida de la iglesia: «William Vane Carlyle, hijo mayor de Archibald Carlyle, de East Lynne». Entre los que asistieron al funeral uno atrajo el mayor número de miradas: el joven Richard Hare.

Lady Isabel estaba enferma, en cuerpo y alma, sobre todo físicamente. Encerrada en su habitación, Joyce cuidaba de ella. Los criados decidieron que la enfermedad de madame se debía a la extenuación de haber atendido al señorito William; nadie pensó que fuera seria, especialmente porque rechazó que la examinara un médico. Ahora sus energías se concentraban en abandonar East Lynne; no quería morir allí, y sabía que la muerte no tardaría en llegar y que no había poder humano ni sabiduría para evitarla. Ya no temía que la descubrieran; esto es, no temía las consecuencias de que lo hicieran si el momento llegaba. Al acercarse la hora de la tumba, los miedos y esperanzas de no importa qué naturaleza, si se refieren a este mundo, pierden fuerza, y los miedos y las esperanzas del otro ocupan su lugar.

Al regresar a East Lynne, lady Isabel se había embarcado en un acto de valentía, pero con el tiempo se dio cuenta de que ni sus fuerzas ni su espíritu estaban a la altura. Supuso que el extraordinario cambio que había afectado a su físico, gracias al disfraz y la astucia, hacía imposible la detección, pero eso había cegado su juicio y la había conducido por un camino que podía terminar mal. La gente puede decir lo que quiera, pero es imposible expulsar las pasiones humanas del corazón. Se pueden reprimir, aplastar, contener,

pero no se pueden arrancar sus raíces. Hasta el hombre más santo necesita esforzarse y rezar, mantener el mal alejado de sus pensamientos y pasiones. Debe pasar la vida bajo vigilancia, «rezar a todas horas», mañana, mediodía y noche, o fracasará. En un sermón memorable en la catedral de Worcester, uno de los mayores sabios de la cristiandad, ahora con canas y enfermo, dijo en el cénit de su fama que la vida, incluso la de un buen hombre, está hecha de pecados y arrepentimientos diarios. Y así es. La pasión y el temperamento vienen con nosotros al mundo y nos abandonan cuando nos despedimos de él para entrar en la inmortalidad de otro mundo.

Cuando era la esposa del señor Carlyle, lady Isabel no lo había amado completamente. Lo estimaba, lo admiraba y le tenía afecto, pero no le había entregado la misteriosa pasión que designamos con el nombre de amor (y que, en su forma más refinada y etérea, es desconocida para la mayoría de los seres humanos). Ahora, sí. En capítulos anteriores hemos visto que el mundo se rige por la regla de los contrarios, y esa es la verdad. Despreciamos lo que poseemos y anhelamos lo que no podemos tener. Desde la primera noche en que había vuelto a East Lynne, el amor por el señor Carlyle había brotado en su pecho con una intensidad que no había sentido antes. «¡Inmoral!», gruñirán los moralistas. Mucho. Todo el mundo lo sabe, como diría Afy. Pero su corazón no había terminado con las pasiones humanas, y estas se abren paso a placer, y la regla de la contrariedad (que el crítico permita la palabra, por favor) se instala, y lo que no debe ser es.

Me temo que quien emprenda la tarea de defenderla recibirá una lluvia de críticas. No sería igual si, por ejemplo, se hubiera enamorado del marido de otra mujer. Nadie podría defender eso. Aún no nos hemos vuelto mormones, y el mundo no va al revés. Cuando la reina Leonor le tendió el veneno a la bella Rosamond, desafió a la posteridad, que tanto la ha criticado. La reina es la culpable y nuestras simpatías se reservan para la dama. Prescindiendo del veneno, el juicio podría invertirse, a mi parecer. Si lady Isabel, pongamos por caso, se hubiera enamorado del señor Crosby, se habría merecido una reprimenda. Quizá una hora o dos de agradable picota habría sido eficaz. Pero la pobre mujer consideraba al señor Carlyle prácticamente como su marido. Sus pensamientos la empujaban a ello (¡de nuevo el cruel corazón humano!). Más de una vez despertó de sus ensimismamientos, y trataba de luchar contra esa equivocada manera de ver las cosas, y se culpaba de ello. Pero, diez

minutos después, su cerebro volvía a caer en la misma visión rebelde. El amor del señor Carlyle no era suyo, sino de Barbara. El señor Carlyle ya no le pertenecía, pertenecía a su esposa. No era solo que él no le perteneciera, es que pertenecía a su esposa. Así que, si algún lector ha experimentado una situación parecida, puede adivinar en qué consistía su vida interior. Si Barbara no hubiera existido, quizá habría podido vivir y soportarlo; así las cosas, la pena la consumía antes de tiempo. Eso, y los remordimientos.

Había habido otras cosas: la reaparición de sir Francis Levison en West Lynne, en contacto casi directo, podría decirse, con ella, había clavado un puñal de terror en su corazón. La terrible acusación de la cual le habían declarado culpable no había hecho sino aumentar su vergüenza. Las afiladas lanzas se clavaban perpetuamente en su memoria desde todos los lados, llenas de crueles heridas, por muy inadvertidamente que se lanzaran.

Y luego estaba el peligro constante de ser descubierta, y la batalla interminable con su conciencia por el hecho de haberse presentado en East Lynne. No era de extrañar que las fibras de su vida estuvieran quebrándose: lo extraño habría sido que su salud no se resintiera.

«¡Se lo merece! ¡No debería haber vuelto a East Lynne!», clama nuestro moralista. Pues claro que no. Tampoco debería haber permitido que su mente dedicara tanto tiempo a pensar en el señor Carlyle. No debería haber sido así, pero así fue. Si todos hiciéramos lo que «debemos», este mundo sería ideal. Así que cálmese el moralista, siéntese y critique a lady Isabel, si es menester, hasta agotarse. Convengo en que no debería haber vuelto a East Lynne, y que fue una decisión que rozó la locura, pero ¿quién puede afirmar que no habría hecho lo mismo, en sus circunstancias y cediendo a la tentación? Si ha de satisfacer a alguien, me ofrezco a ser blanco de críticas, como la pobre lady Isabel.

Esta se encontraba más cerca de la muerte de lo que imaginaba. Sabía, por el declive de sus fuerzas y sentimientos, que no podía estar lejos, pero no pensaba que llegaría tan pronto. Su madre había muerto de manera similar. Algunos, como el doctor Martin, hablaron de fiebre y tuberculosis; otros, de «agotamiento»; el conde, su marido, decía que había muerto de un corazón roto. Así se lo dijo al señor Carlyle, al principio de esta historia.

Y si alguien lo sabía a ciencia cierta debía ser su marido. Sea como fuere, la enfermedad que aquejó a lady Mount Severn, por utilizar una expresión

habitual en esa época, «apagó su vida como se apaga una vela por la noche». Ahora era el turno de lady Isabel. No sufría ninguna enfermedad en concreto, pero la muerte ya la había elegido. Así lo sentía ella, y, ante la cercanía de esa muerte ya no temía, como antes, las consecuencias de ser descubierta. Lo cual nos lleva al punto de partida de esta larga digresión; el lector está deseando que termine, pero debe admitir que, en esta narración, ha habido pocas.

Sin embargo, lady Isabel no permitía, voluntariamente, que llegara la hora de la verdad; tampoco tenía la menor intención de quedarse en East Lynne hasta su muerte. No le importaba dónde refugiarse; era una consideración secundaria. Solo quería irse de una manera verosímil y sin problemas. Joyce, terriblemente preocupada, no cesaba de alentarla a ello. Por supuesto que el primer paso era hablar con la señora Carlyle, y la tarde del día después del funeral lady Isabel se dirigió a la salita privada de la dueña de East Lynne y le pidió una entrevista.

El señor Carlyle se fue en cuanto ella entró para ir a la oficina. Barbara, cansada tras los últimos días, estaba echada en el sofá.

—¡Lamentamos mucho perderla, madame Vine! Es usted la mejor institutriz para Lucy, y el señor Carlyle está muy agradecido por sus cuidados, su amor y su atención hacia el pobre William.

—También para mí será doloroso irme —dijo madame Vine, en tono cortés. ¿Doloroso? Ah, la señora Carlyle no sospechaba hasta qué punto. Todo lo que le importaba en este mundo a lady Isabel estaba en East Lynne, y se disponía a dejarlo.

—Entonces, no se vaya —dijo Barbara—. ¡Sería injusto permitirselo! Diría que ha enfermado después del esfuerzo que ha hecho al cuidar de William. Quédese aquí y tómese unas vacaciones hasta que se encuentre mejor. Pronto se recuperará, si deja que los demás la cuiden y se ocupen de usted.

—Es usted muy amable. No piense que no se lo agradezco, pero debo declinar su oferta. Creo que mis fuerzas no volverán a ser las que eran, y que no podré volver a enseñar.

—¡Oh, tonterías! —replicó Barbara rápidamente—. Todos pensamos en el peor desenlace cuando estamos enfermos. Apenas unos minutos atrás me sentía muy débil, y le decía más o menos lo mismo que usted acaba de

decirme a Archibald. Pero me ha tranquilizado, y al final me ha convencido de que mejoraré pronto. Ojalá su esposo viviera, madame Vine, para ayudarla y quererla; como yo tengo a Archibald.

El pálido rostro de madame Vine se tiñó de rubor, y se puso la mano en el corazón, que latía agitado.

—¿Cómo se le ocurre dejarnos? En todo caso, déjenos que la ayudemos a reponerse: es lo más justo. Estaba segura, por lo que me decían durante mi estado, que sus atenciones para William estaban agotando sus fuerzas.

—No es solo eso lo que me ha hecho enfermar —dijo lady Isabel—. Tengo que irme, y créame que no es una decisión a la ligera.

—¿Por qué no se toma unos días de descanso y va a un balneario, quizá cerca del mar? —exclamó Barbara, con energía repentina—. Yo voy a ir el lunes que viene, porque el señor Carlyle insiste en que cambie de aires. Iba a llevarme al bebé, pero podemos organizarnos para que usted y Lucy vengan también. Quizá le sentaría bien, madame Vine.

La institutriz movió la cabeza negativamente.

—No, sería peor. Necesito tranquilidad absoluta. Le ruego que entienda que debo irme. Y le agradecería infinitamente que me permita hacerlo sin aviso previo, para poder partir en unos días.

Tras una pausa, Barbara dijo:

—Veamos: ¿qué le parece si se queda en East Lynne hasta que yo regrese? No serán más de dos semanas. El señor Carlyle no puede viajar conmigo, así que me cansaré de estar sola mucho antes. Su negocio le tiene muy ocupado, especialmente después del tiempo que ha tenido que pasar en Londres, en el Parlamento. Yo no quería ir hasta agosto o septiembre, cuando puede tomarse una pausa, pero dijo que de ninguna manera, y que podemos volver otra vez. No solo deseo que se quede para enseñar a Lucy, madame Vine; es decir, no quiero que se quede para hacer nada en concreto. Lucy tendrá vacaciones, y el señor Kane puede darle las lecciones de música. Pero no me quedo tranquila dejándola sola si no es bajo su vigilancia. Ya sabe que se hace mayor, y no puedo dejarla a cargo de los criados, ni siquiera de Joyce. A mi regreso, si aún desea marcharse, podrá hacerlo. ¿Qué le parece?

Madame Vine aceptó:

—Está bien.

Lo dijo de prisa, porque significaba que podría pasar otras dos semanas

con sus hijos, Lucy y Archibald: era una tregua, y se aferró a ella. Aunque sabía que la Parca estaba en camino, no pensaba que la tuviera tan cerca. Rememoró la época en que era ella la que tenía que viajar y tomar las aguas después de una enfermedad: habría sido un milagro que no lo pensara. Recordó que su marido se había preocupado mucho y la había instado a cambiar de aires. Recordó que la había acompañado, que había viajado con ella, y cómo se había preocupado de su comodidad en todo momento, al instalarla en los apartamentos alquilados. Recordó que, al volver a verla, la había abrazado con cariño apasionado y había agradecido a Dios la notable mejoría de su aspecto. La frase con la que le había suplicado, el día en que se iba en barco, que «No hiciera el amor con Barbara Hare» era ahora un amargo recuerdo. Todo su amor, sus cuidados y su ternura pertenecían ahora a Barbara, y a ella se los entregaba.

A pesar de que Barbara le había pedido a madame Vine que se quedara en East Lynne, y se habría alegrado si hubiera cedido, en el fondo su negativa no le preocupó demasiado. Barbara se daba cuenta de que la institutriz era una dama refinada, de modales y formación superior a la gran mayoría de las que se ganaban la vida enseñando. También estaba claro que le tenía cariño a Lucy, y que se preocupaba de su bienestar. Por el bien de Lucy, pues, no le gustaba la idea de que madame Vine dejara East Lynne, y estaba dispuesta a aumentar su salario, si eso servía para que se quedara. Pero en realidad a Barbara no le habría importado que madame Vine se fuera, si solo contara su opinión, pues, en el fondo de su corazón, la institutriz nunca le había gustado. No sabía por qué. ¿Era algo instintivo? Probablemente. Los pájaros que vuelan, las bestias que campan por el bosque y los peces en el mar tienen instintos, y el ser humano también. Quizá era el inexplicable parecido entre madame Vine y lady Isabel. Un parecido extraño, pensaba a menudo Barbara, pero era difícil decir si procedía de su rostro, su voz o su actitud. Jamás sospechó la verdad. ¿Cómo iba a hacerlo? Y nunca habló de ello; si madame Vine se hubiera parecido a cualquier otra persona que no fuera lady Isabel, seguramente lo habría comentado a su marido, tranquilamente. Puede ser que, de vez en cuando, en la voz de madame Vine hubiera algo, un tono especial, que la molestaba: algo que exigía respeto, que denotaba altivez y que Barbara no entendía y que no le gustaba. Sea como fuere, lo que estaba claro era que la señora Carlyle no lloraría la partida de la institutriz. Solo había intentado que

se quedara por el bien de Lucy.

Las dos damas reflexionaban así cuando, por fin, madame Vine se levantó de su silla y se dispuso a irse.

—¿Le importaría sostener al bebé un momento? —pidió Barbara.

Madame Vine se sobresaltó.

—¿El bebé está aquí?

Barbara se rio.

—Está a mi lado, bajo el chal, y duerme tranquilamente. Es muy buena.

Madame Vine avanzó y tomó al bebé en brazos. ¿Cómo podía negarse? Jamás la había sostenido ni tocado; de hecho, apenas la había visto. Uno o dos días después del nacimiento de la niña había ido a visitar, por cortesía, a la señora Carlyle, y le habían mostrado una carita envuelta en encaje, metida en una cunita.

—Gracias. Ahora ya puedo levantarme. Si lo hubiera intentado antes, la habría aplastado —dijo Barbara, aún risueña—. Ya he descansado bastante. Hablando de niños, ¿no es escandaloso lo que cuenta *The Times* sobre los niños muertos «accidentalmente» en la cama, o «asfixiados durante la noche»? La semana pasada hubo casi veinte fallecimientos, y es habitual entre ocho y diez. El señor Carlyle dice que le consta que los matan a propósito.

—¡Señora Carlyle!

—También yo exclamé así, como acaba de hacer usted, y me llevé la mano a la garganta, escandalizada. Se rio y me dijo que no sabía la maldad que había en el mundo. Gracias —dijo la señora Carlyle, recuperando el bebé—. ¿No es una niña preciosa? ¿Le gusta su nombre, Anna?

—Es un nombre sencillo —dijo lady Isabel—, y los nombres sencillos son los más bonitos.

—Es lo que Archibald piensa. Él quería que se llamara Barbara, pero yo no. Una vez me dijo, hace mucho mucho tiempo, que no le gustaban los nombres alambicados, que era una lata pronunciarlos, y puso como ejemplo el mío, el de su hermana y el suyo propio. Le recordé lo que me había dicho, y respondió que entonces quizá no le gustaba el nombre de Barbara, pero que ahora sí. Así que hicimos un trato: la niña se llamaría Anna Barbara, pero siempre utilizaremos su primer nombre en la familia, y el nombre completo para los documentos oficiales.

—¿No está bautizada aún? —dijo lady Isabel.

—Hemos elegido el nombre, pero no hemos celebrado el bautizo. Debería haber tenido ya lugar, pero con la muerte de William no ha podido ser. Y no quería hacer ninguna fiesta, sino esperar a que concluyera el juicio de Lynneborough, para que mi querido hermano Richard pudiera asistir al bautizo de su sobrina.

—Al señor Carlyle no le gustan los bautizos festivos —dijo lady Isabel distraídamente, al pensar en el pasado.

—¿Cómo lo sabe? —exclamó Barbara, que miró a la institutriz sorprendida.

La pobre madame Vine, ruborizada, tartamudeó que «lo había oído decir».

—Es cierto —dijo Barbara—. No celebró ninguna fiesta de bautizo para ninguno de sus hijos. No entiende que un rito religioso solemne vaya seguido de una fiesta con comida y bebida, como suele hacerse.

Cuando lady Isabel abandonaba la estancia, el joven Vane corría por el pasillo mientras gritaba por doquier:

—¡Lucy, Lucy! ¿Dónde está? La estoy buscando.

—¿Qué desea, lord Vane? —preguntó madame Vine.

—*Il m'est impossible de vous le dire, madame** —replicó él. Como un buen muchacho de Eton, su francés era impecable, y tenía tendencia a exhibirlo. Sin embargo, no era en Eton donde lo había aprendido: lady Mount Severn se había ocupado de ello. Y es que en Eton había un profesor de francés (¡que era inglés!) para atender a ochocientos muchachos. ¡No era muy razonable que la dama criticara esa amplia proporción!

—Lucy no puede venir. Está practicando.

—*Mais il le faut. J'ai le droit de demander après elle. Elle m'appartient, vous comprenez, madame, cette demoiselle-là.*

Madame no pudo evitar una sonrisa.

—Ojalá hablara con buenas y sensatas frases ingleses, en lugar de tonterías en francés.

—Entonces en inglés le diré que quiero ver a Lucy, que tengo que verla. Voy a llevarla a pasear en el carruaje de los ponis. Dijo que vendría a pasear conmigo, y John ya tiene el carruaje listo.

—No puedo permitirlo —dijo madame Vine—. Se portará usted mal y la

pondrá nerviosa.

—¡Qué idea más injusta! —exclamó él, indignado—. ¡Poner yo nerviosa a Lucy! Pero si soy uno de los mejores conductores de carruajes de Eton. Y Lucy me importa demasiado para no conducir con prudencia. Ya sabe que voy a casarme con ella, *ma bonne dame*.

En ese momento dos cabezas emergieron de la biblioteca; eran del conde Mount Severn y del señor Carlyle. Barbara salió de su habitación, atraída por la conversación.

—¿Qué es eso de una esposa? —preguntó lord Mount Severn a su hijo.

El joven caballero se ruborizó al girarse y ver quién hablaba. Pero poseía el valor de un muchacho y el honor de una mente buena, y optó por decir la verdad.

—Mi intención es casarme con Lucy Carlyle, papá. Lo digo en serio, cuando seamos mayores. Si usted lo aprueba, y el señor Carlyle me concede su mano.

El conde lo miró muy serio; el señor Carlyle, divertido.

—¿Qué le parece —dijo este último— si tenemos esta conversación dentro de diez años?

—Si no fuera porque Lucy es una niña, le reprobaría seriamente, joven —le dijo el conde a su hijo—. No tiene derecho a pronunciar su nombre y mezclarla en esa absurda idea.

—Pero es que lo digo en serio, papá. Ya veréis. Y procuraré no meterme en líos, es decir, en cosas deshonorosas, precisamente para que el señor Carlyle no pueda negarse. Seré como él, un hombre de honor. Me alegro de que lo sepa, y no tardaré en decírselo a mi madre.

La última frase dibujó una sonrisa triste en labios del conde, que dijo:

—Será una guerra a muerte, lo sabes.

—Sí —se rio el vizconde—. Pero me he convertido en un adversario más duro para las batallas de mamá de lo que era antes.

No siguieron hablando del asunto. Barbara vetó el uso del carruaje de ponis a menos que John condujera, lo que lord Vane se tomó como un insulto para su habilidad. Madame Vine, cuando todo el mundo hubo desaparecido, puso su mano en el brazo del joven, que se disponía a irse, y lo atrajo a la ventana.

—Cuando habla así de Lucy Carlyle, ¿olvida la desgraciada mancha que representa la conducta de su madre?

—Lucy no es su madre.

—No. Pero quizá el pasado de su madre sea un obstáculo para lord y lady Mount Severn.

—No para lord Mount Severn. Y, como he dicho, me las arreglaré para aplacar a mi madre. Será una batalla conciliadora, madame; haré entrar al enemigo en razón.

Madame Vine se emocionó. Se llevó un pañuelo a los labios y la frente, y el muchacho notó que le temblaban las manos.

—He aprendido a amar a Lucy —dijo—. Y me parece que, en los pasados meses, me he ganado su afecto como si... como si fuera una madre para ella. William Vane —añadió solemne mientras aferrando su brazo—, pronto estaré en un lugar donde las diferencias terrenales no tienen sentido, y donde el pecado y el dolor desaparecen. Si Lucy Carlyle se convierte en su esposa, prométame que nunca nunca la acusará ni le reprochará los pecados de lady Isabel.

Lord Vane se irguió, y en sus ojos honestos resplandeció la indignación:

—¿Por quién me toma?

—Sería una crueldad para Lucy y no la merece. El pecado de la infeliz lady Isabel fue solo suyo; deje que muera con ella. No hable nunca a Lucy de su madre.

El muchacho se limpió los ojos, pues se habían llenado de lágrimas.

—Sí que lo haré. Pienso hablarle a menudo de su madre cuando Lucy sea mi esposa. Le diré lo mucho que quería a lady Isabel, y que no he querido a nadie tanto, excepto a la propia Lucy. ¡Reprocharle yo nada a Lucy por culpa de su madre! —añadió, indignado—. Es por su madre que la amo. No lo entiende, madame.

—Ámela y cuídela siempre, si se convierte en su esposa —dijo lady Isabel, angustiada—. Se lo pido a las puertas de la muerte.

—Así lo haré, madame. Pero, dígame —añadió él, y bajó la voz—, ¿está peor? ¿A qué se refiere cuando dice...?

Madame Vine no respondió y se alejó, lentamente.

Cuando se encontraba en el salón gris, al atardecer, helada y temblando,

envuelta en un chal, aunque era una cálida tarde de verano, alguien llamó a la puerta.

—Pase —dijo, apática.

Era el señor Carlyle. Se levantó; su corazón latió con más fuerza y su pulso se aceleró. En su confusión, acercó una silla para que él se sentara. El señor Carlyle la detuvo y le rogó que se sentara de nuevo y que no se molestara en acomodarlo.

—La señora Carlyle me ha dicho que quiere usted irse. Que su salud está demasiado dañada para seguir con nosotros.

—Así es, señor —dijo ella, débilmente, sin saber qué respondía.

—¿Qué le pasa, exactamente?

—Creo... Principalmente, debilidad —tartamudeó.

Su tez era tan gris como el color apagado de la pared; no muy distinto del tono que había pintado el rostro del pequeño William en sus últimas horas. Su voz sonaba extrañamente hueca. Al oírla, el señor Carlyle tuvo miedo.

—No es posible... ¿Se ha contagiado de la enfermedad de William, después de cuidarlo día y noche? —exclamó, impulsivamente—. Sé que es posible.

—¡Contagiado! —replicó ella, sin pensar—. No, no, es más probable que...

Iba a decir «que lo heredara de mí», y se contuvo a tiempo. Prosiguió, sin darle importancia:

—No es de extrañar que esté enferma, pues mi familia tiene mala salud.

—En cualquier caso, se ha puesto usted enferma en East Lynne mientras cuidaba de mis hijos —dijo el señor Carlyle decidido cuando lady Isabel guardó silencio—. Así que debe usted permitirme que East Lynne se ocupe de su salud, hasta que se reponga. ¿Por qué no quiere que la examine un médico?

—No podrá hacer nada —respondió en voz baja.

—Claro que no, si no permite que la vea.

—Le aseguro, señor, que los médicos no pueden curarme. Ni prolongar mi vida.

El señor Carlyle se detuvo.

—¿Cree que su vida corre peligro? ¿Tan grave es su estado?

—No es un peligro inmediato, señor. Sé que no voy a vivir mucho tiempo.

—¡Y se niega a que la vea un médico! Madame Vine, no voy a permitir que eso suceda en mi casa. ¡Una enfermedad grave, y sin consejo médico!

No podía decirle la verdad. No podía decirle: «Mi enfermedad está en la mente, no en el cuerpo: es un corazón herido, y ningún médico podrá curarlo». Era imposible. Se quedó en silencio, oculta tras sus gafas, envuelta en su chal. Si el señor Carlyle hubiera tenido los ojos de Argos, no habría visto su rostro a plena luz del día. Pero lady Isabel no se sentía segura, tenía presente el terror de ser descubierta, de que se diera cuenta de quién era. Deseaba que la entrevista llegara a su fin. Dijo:

—Si lo desea, veré al señor Wainwright.

—Madame Vine, lamento haber interrumpido su descanso, pero me alegro de que me haga caso. Sí, creo que es imperativo que lo vea. Y si el señor Wainwright lo considera necesario, también al doctor Martin.

—Oh, señor —dijo ella con una sonrisa peculiar—. El señor Wainwright será suficiente, estoy segura. No necesitaré más médicos. Le escribiré una nota mañana mismo.

—No se preocupe. Voy a West Lynne ahora, y pasaré a pedirle que suba a verla. Me perdonará si le pido que se someta a cualquier tratamiento que él establezca y deje que mis criados cuiden de su salud. Tienen instrucciones en ese sentido. La señora Carlyle me dice que la cuestión de su partida queda pendiente hasta su regreso...

—Discúlpeme, señor Carlyle. Lo que he acordado con la señora Carlyle es que permaneceré aquí hasta la vuelta de ella, y entonces podré irme.

—Exacto, es lo que me ha dicho la señora Carlyle. Pero yo tengo la esperanza de que, llegado el momento, se encuentre usted mejor y reconsidere su decisión, y siga en East Lynne con nosotros. Por el bien de mi hija, madame Vine, así lo deseo.

Se levantó mientras así hablaba y le tendió la mano. ¿Qué podía hacer sino levantarse y aceptarla? El señor Carlyle la retuvo entre las suyas y la estrechó afectuosamente.

—¿Cómo compensarla? ¿Cómo agradecerle el amor que ha demostrado a mi hijo?

Sus ojos tiernos y sinceros se dirigieron a las gafas azules de madame Vine. Una triste sonrisa se mezcló con la dulce expresión de sus labios mientras la miraba. ¡Labios que habían sido suyos! Madame Vine no pudo

evitar un leve gemido de desesperación, y se ruborizó. Tomó su delantal de seda negra y ocultó las lágrimas tras él. El señor Carlyle malinterpretó el motivo de su gesto y de su tristeza y dijo:

—No llore por él. Ya descansa, por fin. Gracias. Gracias, de corazón, por su afecto.

Volvió a apretar su mano y abandonó la estancia. Lady Isabel hundió la cabeza sobre su mentón y pensó en la misericordia de la muerte, en cuándo llegaría.

Capítulo 60: No, Afy, no

El señor Jiffin estaba en la gloria. La casa del señor Jiffin, también. Primorosamente listos para recibir a la señorita Afy Hallijohn que, en un breve periodo de tiempo, iba a convertirse en la señora Jiffin.

Hacía varios días que el señor Jiffin no veía a Afy; no se había cruzado con ella desde el juicio de Lynneborough. Había ido a su casa cada noche, pero la joven no estaba. «No está, no está» era la invariable respuesta, aunque Afy estuviera arriba mirándolo desde la ventana. El señor Jiffin, prescindiendo lo mejor que podía de la decepción, estaba en un éxtasis de admiración, pues achacaba la discreta modestia de Afy a la inminencia del día de la boda. «¡Cómo la han calumniado!», se decía indignado.

Una tarde, cuando el señor Jiffin, su encargado, la tienda y los productos se exponían de la mejor manera, y el conjunto parecía muy tentador (especialmente el beicon especiado), el señor Jiffin contempló el otro lado de la calle y vio paseando a su amada. Iba acicalada con un vestido de seda malva de dieciocho fruncidos, con numerosos colgantes de metal; a ello se sumaba una chaqueta al estilo zuavo, bordada de oro; un sombrero de paja negra sin borde, lo que las sombrereras de la corte llaman una *plume de coq*, esto es, una pluma de gallo; tan grande en tamaño y altura que parecía un *coq* entero; en la parte posterior, una pluma de avestruz blanca cumplía su función, y llevaba una redecilla de estrellas en la cintura. Afy tenía ese día un aspecto glorioso, y, si hubiera sido posible fotografiarla, habría valido la pena. Joyce sin duda se habría puesto como una furia, si se hubiera topado con ella. El señor Jiffin, tras arrojar su delantal, se acercó a ella.

—¡Oh, señor Jiffin! ¿Es usted? —exclamó Afy con frialdad, obligada a

saludarlo; sin embargo, repudió la mano que le ofrecía—. De verdad, señor Jiffin, le agradecería que no se dirigiera a mí de esa manera tan obvia y ofensiva.

El señor Jiffin se quedó helado.

—¡Ofensiva! ¡Dirigirme a usted! —jadeó—. ¡No creo que haya sido tan desgraciado como para ofenderla, señorita Afy!

—Bueno, pues aprovecho para decírselo —dijo Afy, que reunió toda su insolencia para decir lo que quería decirle—. He considerado su ofrecimiento, señor Jiffin, y creo que el enlace no me traerá... no nos traerá ninguna felicidad. Tenía la intención de escribirle para informarle de ese extremo pero, como se ha dirigido a mí en plena calle, así me ahorro la gestión.

Un sudor frío cubrió la frente del señor Jiffin en su agonía y horror. Podría haberle uno noqueado con un golpecito del dedo meñique.

—Señorita Afy... No querrá decir... que me abandona —tartamudeó.

—Bueno, dicho así... Pero sí —dijo Afy—. Es mejor ser sincero, y así no hay ningún malentendido. Le estrecharé la mano, señor Jiffin, por última vez. Lamento mucho que hayamos cometido este error.

Jiffin la miró. Su mirada habría derretido un corazón de piedra.

—¡Señorita Afy, no puede decirlo en serio! Usted no le rompería el corazón a un hombre de esta manera, y menos a alguien cuya alma le pertenece, que confía en usted ciegamente. No hay nada que no haría para agradarla y hacerla feliz. ¡Es usted la luz de mi existencia!

—Por supuesto —dijo Afy distraída e indiferente, como si ser «la luz de la existencia» de alguien fuera lo más normal—. Pero ya está decidido y hemos terminado. Veamos, señor Jiffin, es que no me conviene. Una tienda de mantequilla y de manteca de cerdo y de panceta es... ¡no es a lo que estoy acostumbrada! Y los delantales, ¡los dichosos delantales! Nunca me han gustado.

—Dejaremos de utilizarlos —prometió él, enfebrecido—. Contrataré a un segundo encargado, y una calesa, y no haremos nada, excepto pasear. Haré lo que usted quiera, siempre que me acepte, señorita Afy. ¡Ya he comprado el anillo!

—Sus intenciones son muy amables —fue la distante respuesta—. Pero es imposible; ya me he decidido. Así que adiós para siempre, señor Jiffin. Le

deseo mejor suerte en el futuro.

Y Afy se levantó delicadamente el borde de la falda, porque acababan de regar la calle, y partió. Y el señor Joe Jiffin se limpió el sudor de la frente y la miró, deseaba quedar clavado en un barril de cerdo en vinagre para poner fin a su desgracia.

«¡Una cosa menos, a Dios gracias! —se decía Afy—. Casarme con él, ¡seguro! Después de lo que dijo Richard Hare en el juicio. Como si ahora fuera a conformarme con alguien de menos categoría que Dick. A por él tengo que ir. Le dije al juez que solo deseaba convertirme en su esposa. Siempre supe que Dick Hare me amaba por encima de todo, y aún me ama, o no habría dicho lo que dijo en el tribunal. Mejor nacer con suerte que rica. ¡Cómo me envidiará todo West Lynne! “La señora de Richard Hare”, suena muy bien. Al viejo Hare le queda poco tiempo, y Dick lo heredará todo. La señora Hare se irá a vivir a otra parte, y nosotros nos instalaremos en la mansión. Me pregunto si la señora Barbara se dignará a reconocerme. ¿Y la señorita Corny? Seré su prima, entonces. ¿Cuánto dinero le tocará a Dick? Tres o cuatro mil al año, por lo menos, eso seguro. ¡Y pensar que casi me lo pierdo, al casarme con el mono de Jiffin! Qué peligros nos esperan en los recodos, ¡qué mundo más caprichoso!».

Afy siguió andando por West Lynne hasta llegar a casa del juez Hare. Entonces aminoró la marcha. Mientras pasaba frente a la verja, Richard Hare venía de East Lynne. Era la primera vez que Afy tenía ocasión de hablar con él.

—Buenos días, señor Richard. ¡Vaya! ¿No iba a saludar a una vieja amiga?

—Tengo muchos amigos —dijo Richard—. No puedo dedicarme a saludarlos uno a uno.

—Pero sí puede saludarme a mí. ¿O se ha olvidado de los buenos viejos tiempos? —dijo ella, y sonrió y flirteó, y mostró su bonita figura.

—No, no los he olvidado —dijo Richard, y añadió, con ironía—, y no es probable que me olvide.

—Estaba segura, ¡me lo decía el corazón! Cuando se fue esa horrible noche, y me dejó angustiada y sin saber qué hacer, pensé que me moría. No he tenido un momento de felicidad hasta que nos reencontramos de nuevo.

—¡No sea tontuela, Afy! —dijo Richard galantemente, que tomó prestado

el reproche favorito de la señorita Carlyle—. Entonces era joven y no sabía nada, pero no se imagine que sigo siéndolo. Dejemos el pasado, si no le importa. ¿Cómo está el señor Jiffin?

—¡Oh, maldito! —chilló Afy—. No me diga que se ha tragado el rumor de que tengo que ver con ese. Ya debería saber que nunca me rebajaría de esa manera. ¡Y lo dice todo West Lynne! Solo mentiras, mentiras de lunes a viernes. ¡Un hombre que vende queso y corta panceta! Vaya, menuda sorpresa me ha dado, señor Richard.

—Yo pensaba que tenía usted mucha suerte al casarse con él —dijo Richard sin perder la compostura—. Pero es asunto suyo, claro. Nada tengo que ver.

—¿Podría soportar verme casada con él? —dijo Afy mientras bajaba la voz y lanzaba su mirada más insinuante.

—Vamos a ver, Afy. No sé qué ridícula tontería pasa por su cabeza de chorlito, pero no me importa. Eso sí, cuanto antes se olvide de ella, mejor para usted. Fui un idiota en el pasado y no lo niego, pero me curó usted bien de esa afección, y para siempre. Discúlpeme, pero a partir de ahora usted y yo somos extraños, y así de claro se lo digo. En la calle y en todas partes, no se moleste en dirigirse a mí. Vuelvo a ser quien era, y he recuperado lo que perdí cuando iba detrás de usted.

Afy se puso pálida.

—¿Cómo puede ser tan cruel? —exclamó.

—Si lo he sido, es porque lo merece. Ayer me dijeron que Afy Hallijohn, emperifollada hasta las cejas, volvía a rondarme. No, Afy, no. Ya le digo yo que eso no irá a ninguna parte.

—¡Ooohhh! —sollozó Afy, repentinamente histérica—. ¿Y así me paga los años que he pasado suspirando por usted? ¡Preservando mi virtud para usted!

—¡Ah, si quiere algún pago, no se preocupe, que ya le diré a mi madre que le encargue un par de quesos al señor Jiffin! —Y con una sonora carcajada, que, sin embargo, no tenía nada de malicia, Richard demostró a Afy que se tomaba su reproche en lo que valía, y se metió en su casa.

Fue un golpe muy duro para la vanidad de Afy, posiblemente el peor que había recibido. Tardó unos minutos en recomponerse y en recuperar la serenidad. Entonces, se giró y fue donde el señor Jiffin, con el turbante hacia el cielo y la *plume de coq* balanceándose, para admiración de los que la

observaban, especialmente la señorita Carlyle, que la vigilaba desde la ventana. Afy llegó a la puerta de la tienda del señor Jiffin, y justamente allí hizo amago de desmayarse.

El señor Jiffin rodeó el mostrador y dejó al encargado boquiabierto a sus espaldas. ¿Qué le sucedía? ¿Qué podía hacer por ella?

—Es el calor... He caminado demasiado rápido... ¿Me permite sentarme aquí cinco minutos? —jadeó Afy, en frases entrecortadas.

El señor Jiffin la condujo con ternura a la parte de atrás de la tienda. Afy miró a su alrededor, vio lo cómoda que era la estancia y la decoración, y los síntomas de su desvanecimiento se hicieron más agudos. Empezó a sollozar ruidosamente mientras el señor Jiffin la miraba como si le estuvieran clavando en un lecho de picas.

—Se sentirá mejor aquí que en la tienda, si no le importa que la acompañe y acepta quedarse unos minutos, señorita Afy. Le juro que no le pasará nada, y West Lynne no podrá criticarla por ello. Me quedaré en el extremo opuesto de la habitación, señorita Afy, y abriré las dos puertas y la ventana para que todo el mundo nos vea. Llamaré a la criada, señorita Afy, lo que a usted le parezca mejor. ¿Quiere una copita de vino, para recuperarse?

Afy declinó el vino con un gesto y se quedó sentada mientras se abanicaba. El señor Jiffin la observaba desde una distancia respetuosa. Gradualmente, Afy se calmó y volvió a ser ella. Al verla recuperada, el señor Jiffin perdió el control de su lengua y aventuró unas palabras de reproche acerca de la última vez que habían hablado y de cómo Afy lo había tratado.

La joven se echó a reír.

—¿Verdad que se lo creyó? —dijo—. Se me ocurrió gastarle una broma. ¿Qué le parece? ¿Tengo madera de actriz o no?

El señor Jiffin entrelazó las manos, como si rezara.

—¿Fue una broma? —respondió; temblaba de agitación, aún sin saber si estaba en el paraíso o en el infierno—. ¿Quiere decir que puedo llamarla mi prometida?

—Pues claro que era una broma —replicó Afy—. ¡Qué tontuelo es usted, señor Jiffin, si no se ha dado cuenta! Cuando las damas se comprometen en matrimonio, no rompen el compromiso tan cerca del día de la boda.

—¡Oh, señorita Afy! —exclamó el pobre hombrecillo, y se echó a llorar de felicidad, mientras tomaba la mano de Afy y la besaba.

«¡Menudo burro está hecho!», pensó Afy mientras le ofrecía su sonrisa más dulce.

En su descargo, hay que decir que el señor Jiffin no era el único burro inocente de este mundo.

Mientras, Richard Hare había ido a ver a su madre. Estaba sentada cerca del ventanal, con el juez frente a ella en su silla de inválido, y ambos disfrutaban del aire y del sol. El último ataque que había sufrido el juez había afectado más a su mente que a su cuerpo. Lo habían bajado al salón ese día por primera vez, pero tenían pocas esperanzas de recuperación, pues había perdido parte de las funciones cerebrales. La mejor parte de la situación era que su tozudez y su malhumor habían desaparecido; el juez Hare se había convertido en una dócil criatura.

Richard se acercó a su madre y la besó. Había ido a East Lynne. La señora Hare le tomó la mano y lo acarició con cariño. El cambio que se había operado en ella era maravilloso: volvía a tener el espíritu alegre y joven de siempre.

—Barbara se ha ido a la costa, madre. El señor Carlyle la acompañará el lunes.

—Me alegro, querido. Seguro que le hará bien. Richard —dijo, y se inclinó hacia su marido, aún con la mano de su hijo entre las suyas—. Barbara se ha ido al mar, querido. Se va a poner mejor.

—Sí, sí —asintió el juez—. Mejor. ¿El mar? ¿Podemos ir?

—Claro que sí, querido, si quieres. Cuando estés un poco mejor.

—Sí, sí —dijo el juez de nuevo. Ahora respondía así casi siempre—. Un poco mejor. ¿Dónde está Barbara?

—Se va el lunes, padre —dijo Richard mientras se inclinaba hacia él—. Dos semanas. Pero volverán a irse en otoño.

—¿Puedo ir yo? —repitió el juez, que imploró a Richard.

—Claro que sí, padre. En un mes o dos, que estará más fuerte. Podremos ir todos juntos, con los Carlyle. Anne vendrá la próxima semana, y cuando vaya iremos con ella.

—Sí, sí, todos juntos. ¿Anne?

—¿No te acuerdas, querido? —dijo la señora Hare—. Viene para estar un mes, junto con el señor Clitheroe y los niños. Me alegra que te vea mejor —

dijo, aunque sus ojos se humedecieron—. El señor Wainwright dice que mañana puedes salir a pasear en el carruaje.

—Yo conduciré —añadió Richard—. Como en los viejos tiempos. ¿Recuerdas, padre, cuando rompí la fusta y no me dejaste conducir durante seis meses?

El juez se rio al ver a su hijo risueño; las lágrimas caían por sus mejillas y no sabía por qué reía.

—Richard —le dijo la señora Hare a su hijo en voz baja, y casi preocupada, mientras apretaba su mano nerviosa—. ¿No era Afy Hallijohn la que hablaba contigo frente a la verja del jardín?

—¿La has visto? ¡Qué espectáculo está dando! Me extraña que no le dé vergüenza pasearse así por la calle. Bueno, lo extraño es que se atreva a salir de casa, incluso.

—Richard... ¿No pensarás en...? En volver a verla —susurró la madre.

—¡Madre! —exclamó Richard, sorprendido y hasta dolido. Sus hermosos ojos azules miraron a su madre, y con la mirada fue suficiente. Sin embargo, añadió—: Querida madre, en el futuro voy a dedicarme a cuidar de ti y de nadie más. Sé que West Lynne está atareado especulando sobre mi futuro. Uno se pregunta si volveré a perder la chaveta por la señorita Afy, y otro dice que voy a cortejar a Louisa Dobede. Todos se equivocan, porque mi lugar está a tu lado, al menos en los próximos años.

La señora Hare sonrió, aliviada.

—Quiero que la felicidad nos permita superar el pasado, madre, pues nadie ha sufrido tanto como tú y como yo. Y encontraremos esa felicidad, en nuestra casa, mientras tratamos de alegrar los últimos años de mi padre.

—Sí, sí —asintió el juez Hare.

Y así debía ser. Richard había regresado a su hogar y se había convertido en el dueño de la casa, a todos los efectos, pues el juez no volvería a ser la autoridad debido a su situación. Richard había recuperado el favor de West Lynne, que ahora, después de querer verlo muerto, quería matarlo a halagos. La casa de los Hare sería una casa de felicidad de ahora en adelante, y la señora Hare elevó una plegaria de agradecimiento a Dios. Y quizá Richard también.

Una última palabra sobre el desgraciado reo que esperaba en su celda de Lynneborough. Como el lector quizá adivine, la sentencia de ejecución no se

llevó a cabo. A pesar de que sir Francis sin duda no concita nuestras simpatías, hay que admitir que la justicia no exigía que así fuera. No cabía duda de que había matado a George Hallijohn, pero también era sabido que el crimen había sido pasional y no premeditado. Así pues, le conmutaron la sentencia a cadena perpetua y trabajos forzados de por vida. Fue un resultado mucho más lamentable a ojos de sir Francis, y no digamos de su esposa. Esa es la verdad: el único alivio para lady Levison a lo largo del penoso juicio había sido la esperanza de liberarse de la carga de su marido, ella y su pobre hijo, para ocultarse en algún rincón desconocido una vez que él hubiera pagado su crimen y se olvidara el asunto. Pero, dado que no iban a ejecutar a su marido, ella y el niño seguían atados a su nombre, y el destino de Alice Challoner era perecer llena de amargura y horror.

Al contemplar su futuro, Levison envidiaba a Hallijohn. ¡Qué alegría habría sido morir! El despreocupado sir Francis Levison, ¡condenado a trabajar en una cadena de presos, humillados como él! ¿Dónde quedaban sus diamantes, sus pañuelos perfumados y sus blancas manos? Al cabo de un tiempo, podía aspirar al indulto. ¡Cuando el carcelero se lo sugirió, gimió agónicamente! Un indulto, para él: impensable. ¿Por qué no le habían colgado? De eso se lamentaba mientras cerraba los ojos en la penumbra; para dejar de ver la celda que lo encerraba, pues su futuro no podía ocultarse cerrando los ojos. No, jamás. Estaba claro, dibujado con llamas de fuego en su cerebro.

Capítulo 61: Hasta la eternidad

Barbara estaba en la costa, y lady Isabel en su cama, moribunda. El proverbio dice: «El hombre propone y Dios dispone», y no cabía mejor ejemplo.

Lady Isabel había aceptado permanecer en East Lynne durante la ausencia de la señora Carlyle, para acompañar a los niños. Pero el objeto de su estancia se vio frustrado, pues Lucy y Archibald se fueron con la señorita Carlyle por decisión del señor Carlyle. Pensó que la institutriz debía prescindir de sus obligaciones, y la pobre mujer no se atrevió a pedir que los dejaran con ella. Lady Isabel se había propuesto alejarse de East Lynne antes de que llegara su hora, pero la Parca había avanzado a pasos agigantados a su encuentro, y ya era demasiado tarde. Moría igual que su madre, de manera rápida e inesperada, «como una vela que se apaga». Wilson estaba con su señora y Joyce se había quedado en la casa.

Barbara había elegido un pueblecito costero cercano, a treinta millas de distancia. Así, el señor Carlyle podía visitarla cada noche y regresar a su oficina por la mañana. Por eso, pasaba poco tiempo en East Lynne: a lo sumo, dos o tres veces a la semana. Del sábado al miércoles de la segunda semana no puso pie en casa, y fue entonces cuando la salud de lady Isabel empeoró gravemente. El miércoles debía regresar, para cenar y dormir.

Joyce estaba nerviosísima. Lady Isabel se moría, ¿y qué sería de su ominoso secreto? La criada se había convencido de que, con la muerte de la institutriz, todo se sabría, y pensaba que el señor y la señora Carlyle la acusarían de no haberles revelado la verdad. ¡Hasta podrían creer que había sido cómplice del engaño desde el principio! Cincuenta veces pensó en avisar

a la señorita Carlyle para confesárselo todo.

El sol se ponía y el espíritu de lady Isabel parecía apagarse con el día. Joyce estaba de guardia en su habitación y cuidaba de ella. Se había desmayado ese día varias veces; ahora estaba consciente, parcialmente incorporada sobre unos cojines. Llevaba un chal de cachemira blanca sobre los hombros, un gorrito de dormir; en la habitación las ventanas estaban abiertas para que entrara el fresco.

Se oyeron pasos en el camino de grava, en el silencio de la noche de verano. Incluso lady Isabel los oyó, pues tenía las facultades intactas. Joyce, que estaba cerca de la ventana, miró fuera. Era el señor Carlyle.

—¡Joyce! —exclamó la enferma desde la cama, con voz angustiada y clara.

Joyce se giró.

—Diga, señora.

—Moriría más feliz si pudiera verlo.

—¡Verlo! —dijo Joyce, pues dudaba de lo que oía—. ¡Pero, señora! ¿Verlo? ¿Al señor Carlyle?

—¿Qué importa ahora? Ya estoy muerta. ¿Crees que lo pediría o lo desearía si fuera a vivir? Llevo anhelándolo durante días, Joyce; creo que por eso aún no me he muerto.

—No puede ser, señora —fue la respuesta decidida—. No debe. Es imposible.

Lady Isabel se echó a llorar.

—No puedo más —dijo—. Primero apartáis a mis hijos de mí, para que no me traicione. Y ahora me impides ver a mi marido. ¡Joyce, Joyce! ¡Déjame verlo!

¡Su marido! ¡Pobre infeliz! Joyce estaba angustiada, aunque seguía firme en su negativa. Lloraba como la enferma, pero creía que, si traía al señor Carlyle al lado de la moribunda, sería desleal con su actual señora, y todo para nada, pues de ahí solo nacería un terrible sinsabor.

Llamaron a la puerta. Joyce dijo:

—¿Sí?

Eran las dos criadas, Hannah y Sarah, las únicas a las que permitía ver a madame Vine, pues no habían conocido a lady Isabel. Sarah asomó la cabeza.

—El señor quiere verte, Joyce.

—Ahora bajo.

—Está en el comedor. Acabo de bajarle al señor Arthur.

El señor Carlyle tenía al «señor Arthur» en brazos cuando Joyce entró. El señor Arthur tenía tendencia al ruido y a la rebelión, y ya era «una buena pieza», como decía Wilson.

—¿Cómo está madame Vine, Joyce?

Joyce no sabía qué decir, pero no se atrevió a mentir respecto a su delicado estado. ¿Y para qué, cuando apenas le quedaban unas horas?

—Está muy mal, señor.

—¿Ha empeorado?

—Me temo que va a morir hoy, señor.

El señor Carlyle, consternado, dejó a Arthur en el suelo.

—¡Morir!

—No creo que llegue a mañana.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó, asombrado por la repentina gravedad del estado de madame Vine.

Joyce no respondió. Estaba pálida e indecisa.

—¿Ha venido el doctor Martin?

—Oh, no, señor. No serviría de nada.

—¡Que no serviría de nada! —exclamó el señor Carlyle, enfadado—. ¿Así tratamos a los moribundos? Pensamos que no servirá de nada, así que los dejamos morir en silencio, ¿verdad? Si madame Vine está tan enferma como dices, debemos mandar un telegrama cuanto antes y traer a un médico. Voy a verla —dijo, y fue hacia la puerta.

Joyce, en su confusión, se atrevió a interponerse en su camino para impedirle el paso.

—¡Señor! ¡Le ruego que me perdone, pero no estaría bien! Por favor, señor, ¡no vaya a verla!

El señor Carlyle pensó que Joyce era presa de un ataque de pudor.

—¿Por qué no puedo verla? —preguntó, severo.

—A la señora Carlyle no le gustaría, señor —dijo Joyce, con las mejillas arboladas.

El señor Carlyle la miró con frialdad.

—¡Qué estupidez! —exclamó—. Si la señora Carlyle no está, ¡alguien de la familia debe verla! No vamos a permitir que muera una dama en esta casa, que se ha portado como se ha portado madame Vine, ¡sin que nadie se preocupe por ella! No digas sandeces, Joyce. Iré después de comer, así que avisa a madame Vine.

Le trajeron entonces la comida. Joyce, presa de los nervios, tomó a Arthur y se lo llevó a Sarah, en la guardería. No sabía qué hacer.

Poco después de que el señor Carlyle empezara a comer, llegó su hermana. Entre ella y algunos arrendatarios suyos habían surgido desavenencias, y quería consultarle los detalles de la disputa. Antes de que pudiera explicarlos, el señor Carlyle le rogó que subiera a ver a madame Vine tras contarle lo que Joyce le había referido acerca de su salud.

—¡Muriéndose! —exclamó la señorita Corny, incrédula y desdeñosa—. Joyce siempre ha sido una tonta, pero últimamente se supera. No entiendo qué le pasa.

Se sacó el sombrero y el abrigo y los dejó en un sillón después de sacudir enérgicamente ambas prendas. Se miró en el espejo y subió arriba. Joyce abrió la puerta cuando llamó a la habitación de la enferma y, al ver quién era, la criada se puso blanca como una sábana.

—¡Señora! ¡No puede entrar! —exclamó, asustada y confundida, mientras trataba de cerrar la puerta.

—¿Y quién va a impedírmelo? —exigió la señorita Carlyle, tras una pausa de incredulidad, y con su tono más autoritario—. Apártate, Joyce. Con la edad, el cerebro se te ha reblandecido. ¿Qué será lo siguiente?

Joyce no podía hacer nada, ni por la fuerza ni por la razón, y lo sabía. No había más remedio que dejar pasar a la señorita Carlyle, y se hizo a un lado, temblando. La señorita Carlyle entró y salió de la habitación como una tromba.

Había llegado el momento de la verdad. ¡No más secretos! Allí estaba, con el rostro blanco contra los cojines, sin disfraz. Fuera la banda de terciopelo gris que ocultaba su frente, fuera las gafas, los pañuelos y los chales que le ocultaban el cuello y el mentón, fuera el sombrero y el velo, todo fuera. Allí estaba el rostro de lady Isabel Vane: el rostro cambiado, sin duda, hasta hacerlo casi irreconocible. Casi, pues era ella, sin duda. El cabello plateado caía y enmarcaba su rostro, donde una vez hubo rizos, pero

los ojos dulces y tristes eran los de antaño.

—¡Virgen santísima! ¡Que Dios se apiade de nosotros! —murmuró la señorita Carlyle.

Se miraron, ambas jadeaban de emoción; sí, incluso la señorita Carlyle. Aunque la breve sospecha de que madame Vine podría ser lady Isabel había cruzado su mente, había muerto con tanta velocidad como se lo había planteado, por la pura inverosimilitud; también por la fuerte convicción que lord Mount Severn había exhibido al afirmar que su hija había muerto. La señorita Carlyle había reparado en el parecido, y la sospecha se había sembrado en su mente.

—¿Cómo se ha atrevido a volver aquí? —preguntó, no con reproche, sino más bien con tristeza y suavidad.

Lady Isabel se cruzó las manos sobre el pecho humildemente.

—Mis hijos —susurró—. ¿Cómo podía permanecer lejos de ellos? ¡Tenga piedad, señorita Carlyle! ¡No me lo reproche! Voy camino de Dios, y frente a él tendré que dar cuenta de mis pecados y mis penas.

—No se lo reprocho —dijo la señorita Carlyle.

—Me alegra morir —continuó la otra, con los ojos llenos de lágrimas—. Jesús no vino a salvar a los bondadosos como usted, sino a los pecadores como yo. Traté de llevar mi cruz, como Él quería, y de ser valiente, pero el peso de la carga me ha matado.

¡Los bondadosos como usted! Lo dijo con humildad, con deferencia, con docilidad, con buena fe y confianza, como si la señorita Corny fuera un ángel superior. Quizá por eso las palabras sacudieron la conciencia de la dama. Se le ocurrió que la dura religión que había profesado su vida no era la mejor manera de traer paz a la cama de una moribunda.

—Criatura —dijo mientras se acercaba a lady Isabel—, ¿tuve algo que ver con su partida de East Lynne?

Lady Isabel movió la cabeza y bajó la mirada, y susurró:

—No fue usted quien hizo que me fuera. No me hacía feliz lo que me decía, pero no fue por eso por lo que... me fui. ¡Perdóneme, señorita Carlyle, perdóneme!

«¡Gracias a Dios!», pensó la señorita Carlyle.

—No, perdóneme usted a mí —le dijo, y apretó su mano agitadamente—.

Podría haber hecho su hogar un lugar más feliz, y desearía haberlo hecho. Desde que se fue, no ha pasado un día sin que lo pensara.

Lady Isabel se aferró a la mano de la otra y dijo:

—Quiero ver a Archibald —murmuró, volviendo al antiguo nombre y al pasado—. Le he suplicado a Joyce que lo traiga, pero se niega. ¡Solo por un instante! ¡Solo para que me diga que me perdona! ¿Qué importa, si ya tengo medio espíritu en el otro mundo? Así moriría más tranquila.

¿Por qué impulso o razón accedió la señorita Carlyle a su petición? Es imposible saberlo. Posiblemente no quiso negar el último deseo de una moribunda, o quizá pensó, como lady Isabel, que poco importaba ya. Fue a la puerta. Joyce estaba en el pasillo, recostada contra la pared, y lloraba. La señorita Carlyle le hizo señas de que se acercara.

—¿Desde cuándo lo has sabido?

—Desde esa noche de primavera, cuando la falsa alarma del incendio. La vi entonces con la cara descubierta, y la reconocí; aunque en el primer momento pensé que era un fantasma. Señora, llevo desde entonces sufriendo por ese secreto, como un fantasma yo misma, muerta de miedo.

—Ve y dile al señor que suba.

—¡Oh, señora! ¿Cree que debemos decírselo? —dijo Joyce—. ¿Le parece bien que la vea?

—Ve y dile al señor que suba a verme —repitió inequívocamente la señorita Carlyle—. ¿Quién manda aquí, Joyce, tú o yo?

Joyce bajó y trajo al señor Carlyle.

—¿Cómo está madame Vine, Cornelia? ¿De veras está peor?

—Quiere verte.

La señorita Carlyle abrió la puerta al hablar. El señor Carlyle le dijo que entrara primero, pero su hermana dijo:

—No, es mejor que entres solo.

Iba a hacerlo cuando Joyce le agarró del brazo.

—¡Señor, señor! Debe estar preparado. Señora, ¿no se lo va a decir?

Las miró a las dos y pensó que estaban locas, pues su conducta le parecía inexplicable. Ambas estaban obviamente agitadas, y eso no era propio de la señorita Carlyle. Su rostro y sus labios estaban alterados, pero guardó silencio. El señor Carlyle frunció el ceño, extrañado, y entró en la habitación.

Cerraron la puerta tras él.

Caminó lentamente hasta la cama, con su actitud de siempre.

—Madame Vine, lo siento mucho...

Las palabras murieron en su boca. ¿Pensó, como Joyce, que veía un fantasma? También su cara se pintó del color mortecino de la enferma, y se apartó de la cama, tambaleándose, aunque no solía dejarse llevar por las emociones. El pelo, los dulces y melancólicos ojos, el rubor que su presencia causaba en sus mejillas: todo indicaba que era lady Isabel.

—¡Archibald!

Tendió su mano temblorosa y, antes de que pudiera apartarse, se había aferrado a él. El señor Carlyle la miró y miró a su alrededor, como si estuviera despertando de un sueño.

—No podía morir sin pedirte perdón —murmuró, sin atreverse a mirarlo al mencionar su pecado—. ¡No te apartes de mí, te lo ruego! Aguanta un poco más. Solo di que me perdonas y moriré en paz.

—¿Isabel? ¿Eres tú? ¿Eres... madame Vine? —exclamó, apenas consciente de lo que decía.

—¡Oh, perdóname, perdóname! No morí en el accidente de tren. Salí con vida, pero irreparablemente cambiada. Nadie me conocía, y llegué aquí bajo el nombre de madame Vine. No podía permanecer alejada de mis hijos. Archibald, ¡perdóname, te lo suplico!

La mente del señor Carlyle era un torbellino, y no sabía qué pensar. Lo primero que se abrió paso en su cerebro era que estaba casado con dos mujeres a la vez.

—No podía estar lejos de mis hijos ni de ti. Te echaba tanto de menos, tantísimo: ¡moría sin ti y sin ellos! —repitió con frenesí salvaje, como en un delirio—. Después de la locura que cometí al dejarte, jamás conocí un instante de paz. No había pasado ni una hora desde mi fuga cuando me arrepentí; habría querido regresar, pero no sabía cómo pedirte perdón, no me atrevía a presentarme frente a ti. ¡Mira, mira mi destino! —exclamó mientras le mostraba los mechones grises, las cicatrices de su rostro, sus muñecas debilitadas—. ¡Perdóname, perdóname! Mi pecado fue grande, pero mi castigo fue aún más grande. He vivido una larga vida de agonía mortal.

—¿Por qué te fuiste? —preguntó el señor Carlyle.

—¿No lo sabes?

—No. Siempre ha sido un misterio para mí.

—Me fui porque te amaba demasiado.

Una sombra de desdén cruzó su rostro. ¿Se burlaba de él, aun en el lecho de muerte?

—No me mires así —jadeó ella—. No me quedan apenas fuerzas, debes ver que no miento, y quizá no me expreso bien. Te amaba muchísimo, y sentía celos terribles. Pensaba que me engañabas, que me mentías, que tu amor era de otra; sumida en unos celos que me consumían, presté oídos a las mentiras y las tentaciones de ese demonio, que me susurraba promesas de venganza. No era así, ¿verdad?

El señor Carlyle había recobrado la calma, al menos externamente. Permaneció al lado de la cama y la miró con los brazos cruzados.

—No era así, ¿verdad? —repitió febrilmente.

—¿Y me lo preguntas? ¿Conociéndome como me conocías? Como debes haberme conocido, al menos, desde entonces. Nunca te falté, ni de palabra ni de acto ni de pensamiento.

—¡Oh, Archibald! Estaba loca, loca de celos. Hice lo que hice porque perdí la razón. ¡Perdóname, olvídalo! Te lo suplico.

—No puedo olvidarlo, pero ya está perdonado.

—Trata de olvidar el tiempo terrible que ha transcurrido desde esa noche —continuó ella, llorando, mientras le tendía una mano ardiente de fiebre—. Deja que tus pensamientos vuelvan a los días felices en que me conociste; cuando llegué aquí como Isabel Vane y era una joven feliz al lado de mi padre. A veces he logrado recuperar algo de esa felicidad al pensar en ese entonces. ¿Recuerdas cómo empezaste a quererme, aunque decías que tal vez no llegarías a confesármelo? ¿Y lo amable que fuiste conmigo cuando papá murió? ¿Y el billete de cien libras? ¿Recuerdas que viniste a Castle Marling, y que te prometí que me casaría contigo? ¿Y aquel primer beso que me diste? ¡Oh, Archibald! ¿Recuerdas los días en que me amabas, justo después de casarnos? ¡Qué felices éramos! Y cuando Lucy nació, y creímos que yo iba a morir, ¡y tu alegría y tu agradecimiento cuando Dios me devolvió la salud! ¿Lo recuerdas, amor mío?

Claro que lo recordaba. Tomó la mano de la enferma entre las suyas.

—¿Tienes algo que reprocharme? —dijo él suavemente mientras inclinaba la cabeza.

—¡Algo que reprocharte, yo a ti! Tú, que llegarás a las puertas del cielo sin cargas ni pecados. ¡Tú, que siempre me amaste y me cuidaste! Cuando pienso en lo que fuiste y en lo que eres hoy, y cómo te he pagado, podría hundirme en las simas de la tierra, de vergüenza y remordimiento. Mi pecado ya lo he expiado, o eso creo, pero jamás expiaré la mancha que mi conducta ha dejado en ti y en nuestros hijos.

Jamás. Así lo pensaba él, como ella lo pensaba ahora.

—¡Piensa en cómo ha sido mi vida! —prosiguió ella, y su voz era cada vez más débil, tanto que el señor Carlyle debía inclinarse para oírla—. Vivir en esta casa con tu actual esposa, ver cómo la amas, contemplar con envidia las caricias que una vez fueron mías. Jamás te he amado tan apasionadamente como desde que te perdí. Piensa en lo que he sufrido al ver a nuestro hijito cada vez más débil, y pasar contigo sus últimas horas sin poder decirte la verdad ni buscar tu consuelo. Cuando él murió, y toda la casa supo que habíamos perdido a nuestro hijo, ¡fuiste a consolarla a ella, y no a mí, que era su madre! Dios sabe cómo lo he soportado, y por eso he probado la amargura de la muerte antes de la propia muerte.

—¿Por qué volviste? —preguntó el señor Carlyle.

—Te lo he dicho. No podía vivir lejos de ti y de mis hijos.

—No estuvo bien. Fue un error.

—Lo sé, lo sé. No puedes pensar peor de mí que yo misma. Pero las consecuencias y el castigo los he arrostrado yo, y solo yo. Siempre que nadie me descubriera, y no iba a quedarme para siempre, ni mucho menos: hasta educar a mis hijos. Pero la muerte me ha atrapado más deprisa de lo que esperaba, igual que le pasó a mi madre.

Respiró trabajosamente. El señor Carlyle no la interrumpió.

—Fue un error, un terrible error —continuó—. Y también pedir que subieras a verme, en esta mi última hora. Pero... no lo sé. Soy yo la que está muerta, con un pie en el otro mundo, y los lazos de amor que tienes no cambiarán por esta despedida. Tú *eras* mi marido, Archibald; durante los últimos días, he ansiado tanto tu perdón, con una necesidad febril y obsesiva. ¡Ojalá pudiera borrar el pasado! Despertar y descubrir que ha sido un sueño horrendo, y que sigo aquí como antaño, con salud y felicidad, y que sigo siendo tu esposa amada. ¿No lo deseas *tú*? ¿Que el pasado oscuro jamás hubiera sucedido?

Le hizo la pregunta mirándole fijamente, ansiosa, como si la respuesta fuera de vida o de muerte.

—Por tu bien, lo deseo —dijo con calma, y los ojos de lady Isabel se cerraron, y exhaló un largo suspiro de paz.

—Me voy con William. Pero quedan Lucy y Archibald. ¡Sé bueno con ellos! Te ruego que no los acuses del pecado de su madre. Que el amor por los hijos más recientes no te aleje de los primeros.

—¿Has visto en mi conducta alguna diferencia de cariño respecto a ellos? —le preguntó Carlyle, en parte triste y en parte en tono de reproche—. Amo a los niños tanto como una vez te amé a ti.

—Como me amaste, ¡ah! Y como podrías aún amarme.

—Sí, como podría aún amarte —respondió él emocionado.

—Archibald, estoy en el umbral del otro mundo. ¿No me darás tu bendición? ¿No me dirás una palabra de amor antes de que lo cruce? Olvida lo que soy, por un momento; piensa solo en mí, si puedes: en la joven tímida e inocente a la que convertiste en tu esposa. ¡Solo una palabra de amor, te lo suplico! ¡Se me rompe el corazón!

Carlyle se inclinó sobre ella y le apartó los cabellos de la frente con un gesto de ternura. Lloraba.

—Casi rompiste el mío al dejarme, Isabel —susurró—. Que Dios te bendiga y te acoja en su seno. Te perdono de todo corazón.

Bajó su frente hasta tocar la de ella, y sus dos alientos se mezclaron. De repente, las mejillas de él se tiñeron de rojo y se alzó de nuevo. ¿Había recordado al felón encerrado en una celda en Lynneborough? ¿O la figura de su ausente e inocente esposa actual?

—Que me acoja en su seno —murmuró ella, con el tono vacío del moribundo—. Sí, sí. Sé que Dios me ha perdonado. ¡Qué lucha, qué terrible lucha he librado! Nada, excepto amargura, rebelión, tristeza y remordimientos, después de venir aquí. Pero Jesús ha rezado por mí y me ha ayudado, y ya sabes de su misericordia para los cansados y los que acarrear dolor. Nos encontraremos de nuevo, Archibald, y viviremos juntos para siempre. Si no fuera por esa esperanza, no podría morir. William dijo que su mamá estaría en la orilla del río, esperándole, pero será William quien esté esperándome a mí.

El señor Carlyle soltó una de sus manos, pues ella tenía las dos aferradas,

y con su pañuelo le limpió el rostro de sudor y lágrimas.

—No es ningún pecado pensar en ello, Archibald. En el cielo no hay matrimonio, lo dice Cristo. No sabemos cómo será, pero allí mi pecado nadie lo recordará, y entonces estaremos juntos con nuestros hijos hasta la eternidad. Guarda un rincón de tu corazón para tu pobre Isabel, por favor.

—Sí —susurró él.

—¿Vas a dejarme? —dijo ella, apenada y delirante.

—Estás muy débil. Debo pedir ayuda.

—Adiós, entonces. Adiós, hasta la eternidad —susurró ella, llorando—. No es debilidad, es la muerte, amor mío. ¡Qué difícil es la despedida! ¡Adiós, adiós, mi querido esposo!

Alzó la cabeza con la fuerza que dan los últimos estertores, se aferró a sus brazos y le ofreció sus labios. El señor Carlyle hizo que reposara sobre los cojines y le dio un beso.

—Hasta la eternidad —murmuró.

Lady Isabel lo siguió con la vista mientras se retiraba y hasta que salió de la habitación. Luego se volvió hacia la pared.

—Es el final. Solo Dios, ahora.

El señor Carlyle se detuvo un instante para recuperarse en lo alto del rellano. Joyce, a una señal suya, había entrado en la habitación; su hermana permanecía al lado de la puerta.

—Cornelia.

Lo siguió hasta el comedor.

—¿Te quedarás esta noche aquí? ¿Con ella?

—¿Crees que no iba a hacerlo? —respondió la señorita Corny—. ¿Dónde vas?

—A poner un telegrama. Voy a avisar a lord Mount Severn.

—¿Para qué?

—Para nada, pues no llegará a tiempo. Pero lo avisaré de todos modos.

—¿No puedes mandar a un criado? Apenas has cenado.

El señor Carlyle giró la vista hacia la mesa del comedor, mecánicamente. Su mente no estaba allí. Dijo una nadería y salió.

A su regreso, su hermana le esperaba en el vestíbulo. Lo llevó a la habitación más cercana y cerró la puerta. Lady Isabel había muerto hacía unos

diez minutos.

—No dijo nada más después de que te fueras, Archibald. Hubo una pugna en los últimos momentos, como si luchase por respirar, y luego se fue en paz. Cuando la vi esta tarde, supe que no llegaría viva a medianoche.

Capítulo 62: I. M. V.

Lord Mount Severn se preguntó qué significaba el misterioso telegrama que el señor Carlyle le había enviado. Sin embargo, no perdió un segundo y se presentó en East Lynne a primera hora de la mañana siguiente. El señor Carlyle estaba en su carruaje, y lo esperaba en la estación. Le comunicó la verdad de camino a East Lynne.

El conde apenas podía dar crédito. Jamás se había sentido tan asombrado; tanto que al principio no comprendía lo que el otro le decía.

—¿Volvió... para morir en East Lynne? —exclamó—. ¿Usted no sabía quién era? ¡No lo entiendo!

El señor Carlyle se lo explicó pacientemente, hasta que lo comprendió. Sin embargo, seguía atónito ante lo sucedido.

—¡Qué locura! ¡Volver aquí, con un nombre falso! ¿Y cómo nadie se dio cuenta?

—Nadie la descubrió, en efecto —dijo el señor Carlyle—. El extraño parecido entre madame Vine y mi primera esposa no me pasó desapercibido, pero jamás sospeché la verdad. Se parecían y no se parecían, pues su rostro y su forma eran distintos. Excepto los ojos, y no se los vi, porque llevaba esas gafas que le cubrían la mitad de la cara.

El conde se limpió el sudor. La noticia le había alterado mucho. Se sentía furioso con Isabel, a pesar de que había muerto, y agradecido porque la señora Carlyle no estuviera en la casa.

—¿Querrá verla? —susurró el señor Carlyle cuando entraron.

—Sí.

Subieron a la habitación de la muerta. El señor Carlyle abrió la puerta. Las facciones de lady Isabel estaban por fin en paz, su rostro blanco seráfico bajo una gorrita blanca. La señorita Carlyle y Joyce se habían ocupado de lavarla y vestirla; nadie más la había visto. Lord Mount Severn se inclinó sobre ella y acarició el rostro de la antaño hermosa Isabel; el parecido se hizo manifiesto.

—¿De qué murió? —preguntó.

—Decía que se le había roto el corazón.

—¡Ah! —exclamó el conde—. Lo extraño era que no se le hubiera roto antes. ¡Pobre infeliz! ¡Pobre Isabel! —añadió mientras le rozaba la mano—. ¡Cómo destrozó su propia felicidad! Carlyle, supongo que ese es su anillo de casada.

El señor Carlyle miró la joya que Mount Severn señalaba.

—Sí, lo es.

—¡No se lo quitó jamás! —comentó el conde mientras dejaba la fría mano—. Sigue pareciéndome imposible.

Abandonó la estancia. El señor Carlyle contempló fijamente el rostro durante un minuto o dos y acarició su frente con las yemas de los dedos, pero se guardó lo que pensaba y sentía para sí. Luego la cubrió con una sábana y siguió al conde.

Bajaron en silencio hasta el comedor. La señorita Carlyle estaba sentada y los esperaba.

—¿Cómo no se dieron ustedes cuenta? ¿Dónde tenían los ojos? —seguía preguntándose el conde, al cabo de un rato, refiriéndose a lo sucedido.

—En el mismo sitio que usted —replicó la señorita Corny, con un deje de su antiguo temperamento—. Vio a madame Vine igual que nosotros.

—No la vi a menudo, solo dos o tres veces en total. Y no recuerdo haberla visto sin su velo y sus gafas. Resulta casi increíble que Carlyle no la reconociera.

—Lo parece, sí —dijo la señorita Corny—, pero los hechos son los hechos. Lady Isabel era alegre, joven y activa, y, cuando se fue de aquí, era alta como una torre y tenía el pelo oscuro y largo, y las mejillas rojas; era una belleza. Madame Vine llegó como una mujer pálida y encorvada que cojeaba, más baja que lady Isabel, y se cubría con chaquetas largas como sacos. No se le veía la cara, con la banda de terciopelo que le sujetaba el flequillo y la

cubría la frente, y el pelo que veíamos era gris; siempre llevaba sombrero, o velos impenetrables, y gafas de colores que le ocultaban los ojos, y pañuelos atados al cuello que le tapaban el mentón, para no asustar a los niños con la cicatriz. Su boca era completamente distinta a causa de la cicatriz, y estaba deformada por la herida. Había perdido algún diente y ceceaba al hablar. En suma —terminó la señorita Carlyle—, se parecía tanto a la Isabel que se fue como yo a Adán en el paraíso. Si su mejor amigo sufriera las heridas que desfiguraron a lady Isabel, y se disfrazara como ella, tampoco usted lo reconocería.

Lord Mount Severn convino en que eso tenía sentido. Un caballero al que conocía bien había sufrido un terrible accidente y apenas se parecía a su antiguo yo. De hecho, ni su propia familia podía reconocerlo, y él no se disfrazaba. ¡Un ejemplo perfecto!

—Fue el disfraz lo que debió hacernos sospechar —dijo el señor Carlyle—. El parecido no era lo suficientemente notable para causar alarma.

—Pero, en cuanto llegó, se preocupó de disipar toda sospecha en ese sentido —intervino la señorita Corny—. Los «dolores neurálgicos» que afectaban su rostro y su cabeza, y que la obligaban a protegerse del sol. Recuerde, lord Mount Severn, que los Ducie la habían conocido en Alemania, y no sospecharon de ella. Y recuerde que, por mucho que a cada uno nos llamara la atención el parecido, no lo comentamos entre nosotros. El nombre de lady Isabel no se pronunciaba en voz alta en esta casa.

—Es cierto, muy cierto —dijo el conde.

El viernes, el señor Carlyle mandó la siguiente nota a su esposa:

Querida:

Finalmente, no podré ir a verte el sábado por la tarde, como te prometí, sino que iré en el tren de última hora. No me esperes despierta. Lord Mount Severn ha venido unos días y te manda recuerdos.

Y ahora, Barbara, prepárate para una noticia inesperada. Madame Vine ha muerto. Empeoró mucho, muy rápidamente, después de nuestra partida y murió el pasado miércoles por la noche. Me alegro de que no estuvieras para verlo.

Dales besos de mi parte a los niños. Lucy y Archie están aún en casa de Cornelia, y Arthur agota a Sarah en la guardería.

Te quiere,

ARCHIBALD CARLYLE

Por supuesto, como madame Vine, la institutriz, murió en la casa del señor Carlyle, no pudo menos que acompañarla en el funeral. West Lynne le imitó cuando descubrió la cortesía que le hacían a la dama, y también lord Mount Severn, que estaba de visita, para que no fuera solo. ¡Qué educado por parte del conde! ¡Y qué magnánimo! West Lynne recordaba otro funeral al que ambos habían asistido: el del padre de la primera esposa del señor Carlyle. Por una curiosa coincidencia, la institutriz francesa fue enterrada cerca de la tumba de este. West Lynne decidió que era tan buen lugar como cualquier otro, y, al fin y al cabo, era un espacio libre de tierra en el camposanto.

El funeral tuvo lugar el sábado por la mañana. Fue sencillo y respetable. Dos coches fúnebres, uno para la muerta y otro para los dos caballeros, sendos pares de caballos y un carruaje para el reverendo Little. Nadie sostuvo el féretro, ni misas ni nada de plumas en los caballos; solo el desfile fúnebre. West Lynne fue testigo del funeral con aprobación, y dedujo que la institutriz había dejado dinero para pagar su entierro, pero, en cualquier caso, era asunto del señor Carlyle y no de West Lynne. Por fin descansaba en su lugar de reposo eterno.

Allí la dejaron lord Mount Severn y el señor Carlyle, y se subieron al coche fúnebre que los llevaría de vuelta a East Lynne.

—Una lápida sencilla de mármol blanco, de sesenta centímetros de alto y cuarenta y cinco de ancho —comentó el conde sobre el asunto que él y el señor Carlyle habían hablado—. Con las iniciales I. V. y la fecha. Nada más. ¿Qué le parece?

—I. M. V. —corrigió el señor Carlyle—. * Me parece bien.

En ese momento tocaron las campanas de otra iglesia, no la de Saint Jude, en una alegre sinfonía, y el conde prestó atención.

—¿Por qué tocan así?

Era la boda de Afy Hallijohn, que, acompañada de dos clérigos y seis damas de honor (de las cuales Joyce no formaba parte), acababa de convertirse en la señora de Joe Jiffin. Cuando Afy decidía algo, siempre lo lograba de un modo u otro, y había conseguido domeñar a los clérigos y a las damas de honor a su voluntad. El señor Jiffin por fin tocaría el cielo.

Por la tarde, el conde se fue de East Lynne; algo más tarde llegó Barbara. Wilson apenas le dio tiempo a entrar en la casa antes que ella, pues su ama dejó al niño en brazos del primer recién llegado, tanta era su prisa por averiguar los detalles de la muerte de la institutriz. Al señor Carlyle le sorprendió la llegada de su mujer.

—¿Cómo crees que iba a quedarme hasta el lunes, Archibald, después de la nota que me mandaste? —dijo Barbara—. ¿De qué murió? Debió ser terriblemente repentino.

—Supongo que sí —fue la vaga respuesta. Debatía la cuestión a la que llevaba dándole vueltas desde el miércoles por la noche. ¿Debía o no debía decirle la verdad a su esposa? Habría preferido no hacerlo y, si el secreto estuviera confinado a su propio pecho, no lo habría hecho. Pero había tres que lo sabían: la señorita Carlyle, lord Mount Severn y Joyce. Todos eran de confianza y contaba con su buena intención, pero era imposible garantizar que, por desliz o por accidente, no fueran a revelar la verdad a su esposa. Eso no podía ser: si tenía que conocer la verdad, debía ser por su boca, y lo antes posible. Así pues, se dispuso a decírselo.

—¿Estás bien, Archibald? —preguntó ella, pues notó su seriedad.

—Debo contarte algo, Barbara —respondió, tomando su mano y la acercaba hacia él. Se encontraban en el vestidor, donde se estaba cambiando—. El miércoles por la noche, cuando llegué aquí, Joyce me dijo que temía que madame Vine estaba muriéndose, y pensé que debía verla.

—Claro que sí —convino Barbara—. Hiciste bien.

—Fui a su habitación, y comprobé que, en efecto, estaba moribunda. Pero también descubrí otra cosa, Barbara. No era madame Vine.

—¿Que no era madame Vine! —exclamó Barbara.

—Era mi primera esposa: lady Isabel Vane.

Barbara se puso roja, y luego blanca como el mármol. Apartó la mano del señor Carlyle. Él no pareció darse cuenta del gesto, y se quedó con el codo apoyado en la repisa, mientras le daba un breve resumen de lo sucedido, sin entrar en detalles.

—No fue capaz de permanecer lejos de los niños —dijo Carlyle—, y volvió bajo el nombre de madame Vine. El accidente de tren en Francia la había desfigurado bastante, y con las gafas, la vestimenta con la que se cubría y el pelo gris, pensó que nadie la descubriría, y así fue. Por supuesto que sentí

un enorme asombro al comprender que nadie la había reconocido. Si alguien me lo dice, me hubiera negado a creerlo.

El corazón de Barbara dio un vuelco y se apartó de la vista de su marido. Lo primero que había pensado era que había vivido bajo el mismo techo que la primera esposa de su marido.

—¿Lo sospechabas tú? —preguntó, sin aliento.

—¡Barbara! Si lo hubiera sospechado, no habría permitido que se quedase ni una noche en esta casa. Me pidió perdón, por el pasado y por haber vuelto con artimañas, y yo la perdoné. Fui a West Lynne para enviarle un telegrama a lord Mount Severn, y cuando volví ya estaba muerta. Dijo que había muerto porque se le había roto el corazón. Y no me sorprende, la verdad.

Hubo una pausa. El señor Carlyle se dio cuenta de que su esposa no lo miraba.

No hubo respuesta. El señor Carlyle se acercó para ver el rostro de Barbara: estaba contorsionado por el dolor. Puso su mano en el hombro de ella y la obligó a mirarlo.

—Querida, ¿qué te pasa?

—¡Oh, Archibald! —gimió ella, mientras las lágrimas acudían a sus ojos y sus sentimientos contenidos estallaban—. ¿Sigues queriéndome? ¿Te ha hecho cambiar de opinión su presencia aquí?

El señor Carlyle tomó su rostro entre sus manos, abrazó a Barbara y la consoló mientras la miraba y la cubría de besos. ¿Quién podía mirar su expresión de pura sinceridad y dudar de él?

—Creí que mi esposa confiaba plenamente en mí —dijo por fin.

—¡Y así es! Sabes que así es. Perdóname, Archibald —dijo ella suavemente.

—Pensé que era mejor decírtelo, Barbara. Te lo he dicho porque confío en ti, para que tú confíes en mí y para que sepas que te amo.

Descansaba ella en su pecho, mientras lo sollozaba suavemente, mirándolo arrepentida. Allí la sostuvo, con su ternura infinita y sus fuertes brazos.

—¡Esposa mía! Querida, querida siempre.

—Perdóname, Archibald. Fue una tontería. Ya ha pasado.

—No lo fue, pero no te permitas volver a dudar, Barbara. No hace falta

que volvamos a mencionar su nombre. Hasta ahora, no lo hacíamos; dejemos que siga siendo así.

—Lo que tú digas, amor mío. Deseo complacerte y ser digna de tu estima y tu amor. Archibald —añadió tímidamente, y bajó la vista, al confesar ruborizada—: quiero que sepas que he sentido celos de tus hijos; eran tuyos, pero de otra mujer, tu primera esposa. Sabía que era un error, y me he esforzado por superarlo. Creo que ya lo he logrado —bajó la voz—, porque constantemente rezo por ellos, para amarlos y cuidarlos como si fueran míos. Y te juro que así será, querido.

—Si nos esforzamos, llegarán cosas buenas —dijo el señor Carlyle—. Barbara, nunca nunca olvides que la única manera de alcanzar la paz es hacer lo correcto, con la ayuda de Dios, sin egoísmo, con amor.

Notas

Todas las notas son del traductor.

Capítulo 1

Antes de que un estudiante de derecho pueda ejercer en Inglaterra o Gales, debe pasar por lo que en inglés se denomina *keep terms*, es decir, participar en doce sesiones preparatorias, que incluyen cenar en el salón de uno de los cuatro *Inns of Court*, como se denominan las asociaciones profesionales de abogados de esos países.

Gretna Green, pueblo del sur de Escocia, famoso porque allí se casaban las parejas inglesas que huían de sus familias al no contar con la aprobación para su matrimonio. Estas bodas a la fuga empezaron en 1754, tras la aprobación en Inglaterra de una ley que concedía al padre de un menor (entonces la mayoría de edad se alcanzaba a los veintiún años) el derecho legal a vetar un matrimonio. Esta ley se aplicaba en Inglaterra, pero no en Escocia, con una ley sobre el matrimonio más permisiva, y Gretna Green (sobre todo con la construcción de una carretera en la década de 1770) era el pueblo escocés más accesible al otro lado de la frontera. La ley de 1754 ya no está en vigor en Inglaterra, pero Gretna Green continúa hoy siendo un destino popular para bodas.

Capítulo 2

A Ellen Wood se la criticaba por su jactancia del dominio del francés.

Jorge III, que reinó entre 1760 y 1820, era conocido como «Jorge el Granjero» por sus costumbres y gustos sencillos.

Capítulo 3

Se trataba de personas no profesionales de la justicia, sin conocimiento legal antes de hacerse cargo de mantener la paz en la ciudad. En 1856, durante el debate sobre la creación de una fuerza policial que cubría todo el país, se puso de manifiesto el celo y la ineficiencia con que se gestionaban las fuerzas de la ley locales. Los jueces de paz podían conceder licencias, resolver casos menores y celebrar audiencias preliminares de casos más graves.

Un cargo del condado, cuya responsabilidad legal era nominal, pero que se honraba con toda la pompa y los atuendos formales que acompañaban a un puesto otorgado por la corona.

Un tejido de lana fabricado tanto en Francia como en Inglaterra imitando los costosos chales de lana de cabra del Himalaya.

Capítulo 5

En el original, *summer assizes*, sesiones presididas por jueces itinerantes que se celebraban periódicamente en los condados de Inglaterra para dirimir casos civiles y criminales. Fueron abolidas en 1971.

Un comentario de la autora aparecía aquí en la edición que se difundió con el periódico, eliminado en la edición en libro: «¿Actuaba contra sus intereses?, se mofará el lector. No: puede estar seguro de que, si se conduce un negocio con principios honestos y sinceros, debe prosperar y prospera».

Capítulo 7

Los siete durmientes de Éfeso es una antigua leyenda de la tradición cristiana. El emperador Decio (249-251 d. C.), en una visita a la ciudad de Éfeso, exigió la celebración de sacrificios a los dioses. Siete nobles se negaron. Decio les dio tiempo para reflexionar y se marchó, advirtiéndoles de que, si no rectificaban, serían ejecutados. Los nobles donaron cuanto tenían a los pobres y se ocultaron en una gruta en las montañas. Allí los encontraron dormidos los hombres de Decio y sepultaron la cueva con grandes losas. Muchos años después, durante el reinado de Teodosio (408-450) se abrió la cueva con intención de usarla como establo y, para sorpresa de todos, los siete durmientes se despertaron, como si solo hubieran dormido una noche.

Ofrecer el brazo a la vez a dos damas estaba considerado de malos modales.

Himno de Zacarías (Lucas I:68-79), incluido en las oraciones de la mañana en el *Libro de oración común*. El verso del *Benedictus* que se cita es relevante irónicamente en el papel de Carlyle en la «restauración de la casa de Vane», aunque no podrá salvar a Isabel de sus «enemigos y de la mano de todos los que nos aborrecieron». La música de Isabel es del conde de Mornington (1735-1781), niño prodigio que trabaaría amistad con el escritor de himnos metodistas Charles Wesley.

Otra decisión irónica, según se verá. Parece que la plegaría de Isabel fue en vano: «Señor todopoderoso, autor y fuente de todas las cosas, permite que nuestros corazones te amen, mantennos fieles a la religión verdadera, nútrenos de todas las cosas buenas y danos Tu misericordia a través de Jesucristo nuestro Señor. Amén».

Capítulo 8

Persona indigna, crápula.

Los guardabosques a menudo vestían ropa hecha de terciopelo de algodón.

Capítulo 9

Eclesiastés, 11:10.

Capítulo 10

Es decir, apoderarse del cuerpo del conde como prenda de lo que se les debía.

El padre de Wood había sido amigo del obispo de Worcester, Robert Carr (1774-1841), cuya amistad con el príncipe regente le salió muy cara. Su funeral fue interrumpido por sus acreedores, que se apoderaron del ataúd como garantía de las deudas, que ascendían a unas cien mil libras.

Conmocionada.

Capítulo 11

La Ley de Reforma de la Ley de Pobres de 1834 transfirió la autoridad de socorrer a los pobres de los jueces de paz a las «uniones», formadas por grupos de parroquias y administradas por una «junta de custodios». Solo los que habían nacido o habían sido aprendices en una determinada parroquia tenían derecho a recibir ayuda en la casa de caridad (*workhouse*) local. A los lectores victorianos de clase media a los que esta novela iba dirigida, para los que la casa de caridad representaba la máxima degradación a la que se podía llegar, no habría pasado desapercibida la yuxtaposición de esta conversación con la de la pobreza de lady Isabel. Al final del capítulo, lord Mount Severn reforzará el mensaje.

El monarca podía conceder libremente una pensión, que solía destinarse a personas que habían tenido una carrera destacada o realizado algún servicio a la corona, y su cantidad se votaba en el parlamento y se extraía de los impuestos de la corona y de los gastos personales del monarca. La lista de pensionistas se conocía como *Civil List* (Lista civil), y era habitual que se recomendaran para formar parte de ella a los novelistas victorianos.

Capítulo 13

Cuando se publicó *Los misterios de East Lynne* se estaba debatiendo en el Parlamento británico el sistema existente, según el cual los pacientes podían ser internados en un asilo psiquiátrico privado sin que mediara certificación médica. En 1861, el caso de W. F. Windham, en el que una familia trataba de proteger el patrimonio de un heredero excéntrico y despilfarrador, llegó a juicio. Fue un proceso largo en el que declararon ciento cuarenta testigos, de modo que la incapacitación por locura estaba presente en las conversaciones cotidianas, así como su tratamiento médico.

Tejido fino y poco tupido, poco adecuado para criadas que realizan tareas domésticas.

Capítulo 15

Tras el primer año de luto completo, también llamado luto profundo, el medio luto era una segunda fase en la que el riguroso negro podía sustituirse por blanco o por colores suaves como el gris, lavanda o púrpura, y permitía lucir adornos o joyas.

Capítulo 16

Estas instituciones tienen su origen en la fundación de los Institutos Mecánicos en la década de 1820. Auspiciadas por universidades o círculos ilustrados, tuvieron en principio la intención de difundir el conocimiento científico entre la clase trabajadora, pero acabaron teniendo un programa cultural más general. Muchas se convirtieron en bibliotecas públicas. Se extendieron por todos los dominios británicos. A mediados del siglo XIX había solo en Gran Bretaña unas setecientas de estas instituciones.

Estrenada en Londres en 1843, con música de William Balfe y libreto de Alfred Bunn, inspirada en *La gitanilla* de Cervantes. Actualmente escasamente representada.

Es decir, permanecerá soltera, pues no adoptará el apellido de su marido, como era —y es— la costumbre en el Reino Unido.

Capítulo 24

Los pantalones a los que se refiere el autor no son modernos: se trataba de una prenda ya pasada de moda, incluso para la época del juez Hare, que consistía en unos pantalones ceñidos y abrochados debajo de la altura de la pantorrilla con cintas que se introducían en las botas.

Capítulo 31

Según la ley de Pleitos matrimoniales de 1857, la parte afrentada tenía derecho a recibir una compensación económica.

Capítulo 44

Referencia a la balada cómica «La desgraciada señorita Bailey», de alrededor de 1803, que narra la leyenda de un capitán de Halifax que sedujo a

una doncella que se ahorcó a resultas del romance. Se atribuye la autoría a George Colman el Joven (1762-1836).

Capítulo 59

«No puedo decírselo», y más adelante: «Pero así debe ser. Tengo derecho a saber dónde está. Me pertenece, madame. ¿Lo entiende?».

Capítulo 62

El nombre de pila de lady Isabel Vane era Isabel Mary, de ahí I. M. V.

Sobre la autora



Ellen Wood nació en Worcester en 1814. Vivió con sus abuelos hasta los siete años, cuando regresó a casa de sus padres. De adolescente, recibió la misma educación que sus hermanos varones de parte de su padre, un fabricante de guantes con inquietudes intelectuales. En 1836 se casó con Henry Wood y durante los siguientes veinte años vivió en Francia, donde su marido tenía intereses profesionales. Dio a luz a tres hijos y dos hijas.

En febrero de 1851 hizo su primera contribución a una revista y a lo largo de la siguiente década publicó cerca de ciento cincuenta relatos cortos. Mientras tanto, el fracaso profesional de su marido obligó a la familia a regresar a Inglaterra en 1856. Su primera novela, *Danesbury House* (1860) ganó un premio de 100 libras de la Scottish Temperance League y la segunda, *Los misterios de East Lynne* (1861), obtuvo un éxito inmediato. Durante la época victoriana y principios del siglo XX, la novela fue llevada en innumerables ocasiones al teatro y al cine. Wood disfrutó de un gran éxito en vida. Su popularidad rivalizó con la de Charles Dickens y su obra fue

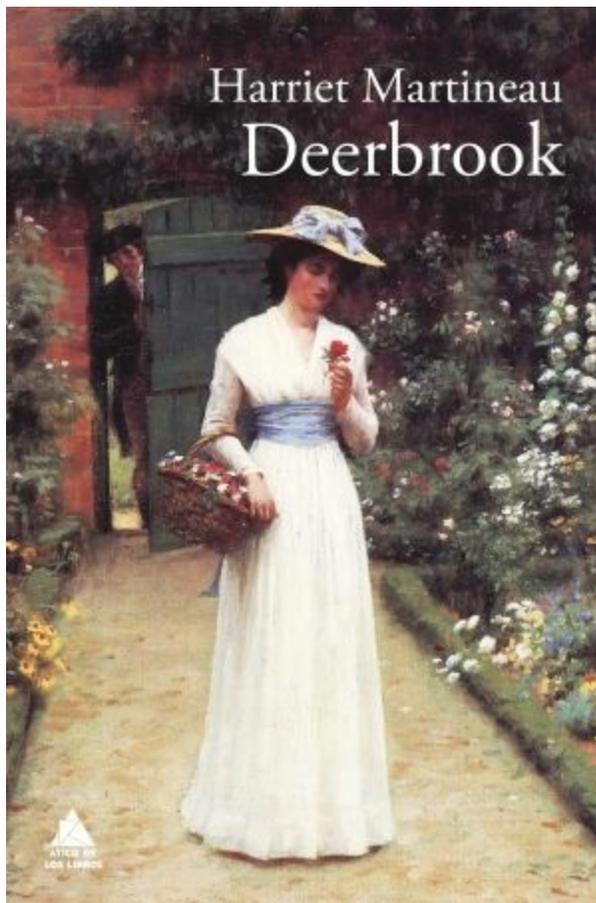
traducida a distintas lenguas, recibiendo elogios de autores como Lev Tolstói.

Tras la muerte de su marido en 1866, Wood se convirtió en la propietaria y editora de la revista *Argosy*, a través de la cual publicó otras once novelas. A pesar de la débil salud que la acosó durante toda su vida, fue una escritora muy prolífica. Un importante número de sus textos quedaron inéditos tras su muerte en 1887 y fueron publicados póstumamente.

Sobre el traductor

Joan Eloi Roca es traductor y editor. Es licenciado en Derecho y Humanidades, con posgrados en Edición en el IDEC y en la Universidad de Stanford. En su trayectoria profesional ha trabajado para Tusquets Editores, Círculo de Lectores, Plaza y Janés, Random House Mondadori, Dom Quixote, Ediciones del Bronce y Editorial Planeta, donde fue director editorial de Planeta No Ficción. Además, es autor de la novela *El primer templo*, publicada por Editorial Viceversa (2009) y colabora con la revista *National Geographic Historia*.

Desde 2002, ha traducido más de cuarenta obras al castellano, entre las que se encuentran *¿Por qué manda Occidente... por ahora?*, de Ian Morris; *Constantinopla 1453*, de Roger Crowley; *El mar interior* y *Leviatán o la ballena*, de Philip Hoare; *Dinastía*, de Tom Holland; *Cuatro príncipes*, de John Julius Norwich; y *Los 13 relojes*, de James Thurber, entre otros.



Deerbrook

Martineau, Harriet

9788417743109

536 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Un excelente retrato de la sociedad victoriana de la pionera de la novela feminista Tras perder a sus padres, las hermanas Margaret y Hester Ibbotson llegan al apacible pueblecito de Deerbrook para

alojarse con el señor Grey y su esposa. Pero la llegada de las refinadas damas altera la aparente tranquilidad del lugar y, enseguida, corre el rumor de que una de ellas se casará con el farmacéutico del pueblo, el señor Edward Hope. El destino de Margaret, Hester y Edward se verá marcado para siempre por la noticia. Con una prosa deliciosa que ha sido comparada a la de las hermanas Brontë, Elizabeth Gaskell, Jane Austen o George Eliot, Martineau, considerada la primera mujer socióloga y pionera de la novela feminista, nos ofrece un retrato sublime de la vida y la sociedad victorianas en un pueblo de provincias."Un clásico de la literatura inglesa." The Times"Probablemente, la primera novela victoriana que explora la naturaleza de la ignorancia y el prejuicio."The Daily Telegraph"Una mujer adelantada a su tiempo; Harriet Martineau fue una feminista, abolicionista, socióloga y escritora célebre que vendió más ejemplares de su obra que Dickens." The Guardian"Deerbrook nos ofrece un análisis fidedigno de la anatomía de las pasiones humanas y se caracteriza por unos personajes principales creados con destreza y meticulosidad."The Edinburgh Review

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Gabriele
Romagnoli

Viajar ligero

La vida con equipaje de mano



Un manifiesto
para que pierdas
el miedo a perder

Viajar ligero

Romagnoli, Gabriele

9788416222292

96 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Un manifiesto para que pierdas el miedo a perder En la vida pasarás 23 años durmiendo, 20 años trabajando, 6 años comiendo, 5 años esperando, 4 años pensando, 228 días lavándote la cara y los dientes

y tendrás 46 horas de felicidad. Esto es lo que Gabriele Romagnoli aprendió encerrado en un ataúd en Corea del Sur al simular su propio funeral. En cualquier momento, en cualquier lugar, los amores acaban, el dinero se pierde, las condiciones de vida cambian; pero si viajas ligero y pierdes el miedo a perder, nacerán otras pasiones, nuevas fortunas y maneras espléndidas de seguir viviendo. Este es un libro para todos aquellos que recorren ese viaje que es la vida y desean añadir algunos minutos más a esas 46 horas de felicidad.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



El arte de vivir sin miedo

Romagnoli, Gabriele

9788416222513

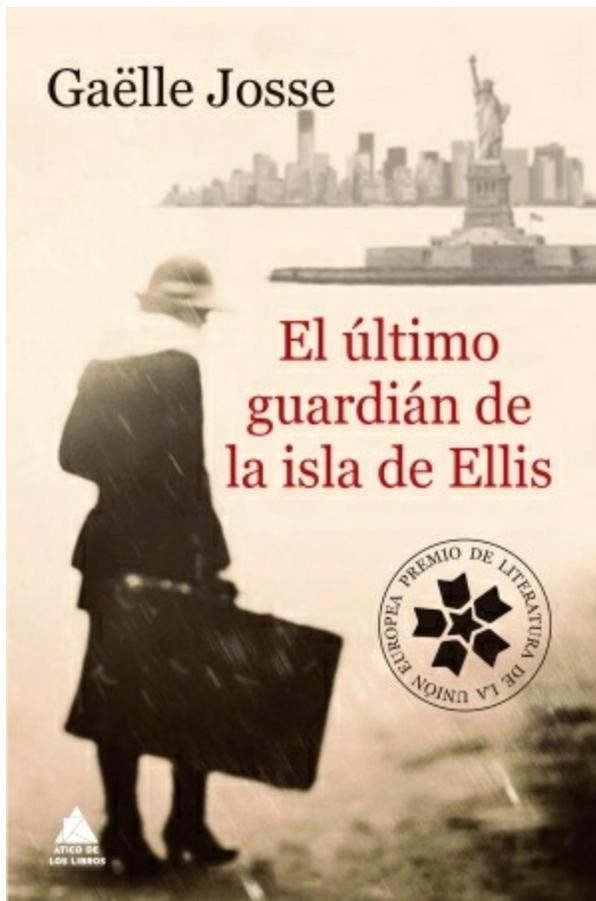
128 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Un llamamiento a descubrir tu coraje Todos tenemos la capacidad de ser valientes, desde el niño que se lanza a caminar hasta el adulto que se niega a agachar la cabeza. En El arte de vivir sin miedo,

Gabriele Romagnoli nos anima a no considerar el coraje como una idea, sino como un acto, como algo que podemos mostrar en nuestra vida. En una época en que a muchos les interesa que vivamos con miedo, Romagnoli quiere abrirnos los ojos a una existencia más plena mediante ejemplos de hombres y mujeres, algunos conocidos y otros no, que demostraron un coraje extraordinario. Y nos dice que, si queremos, nosotros podemos ser como ellos. Este libro es un pasaporte para la vida, para no malbaratarla a cambio de nada, para no ceder a ningún chantaje, para no conformarnos. "Sin caer nunca en el moralismo, Romagnoli nos muestra que somos más extraordinarios cuando somos más humanos." *La Repubblica* "Romagnoli es un periodista y viajero de amplia mirada y escritura brillante, que ahora acepta el reto de componer una pequeña "oración civil" al sentido cívico. Un libro para armarse de coraje y ser valiente." *Panorama* "Un manual de dignidad existencial." *Stefano Massini* "Con sabiduría y habilidad, Romagnoli aborda uno de los temas decisivos de la sociedad y escribe una obra deliciosa." *Ulisse*

[Cómpralo y empieza a leer](#)



El último guardián de la isla de Ellis

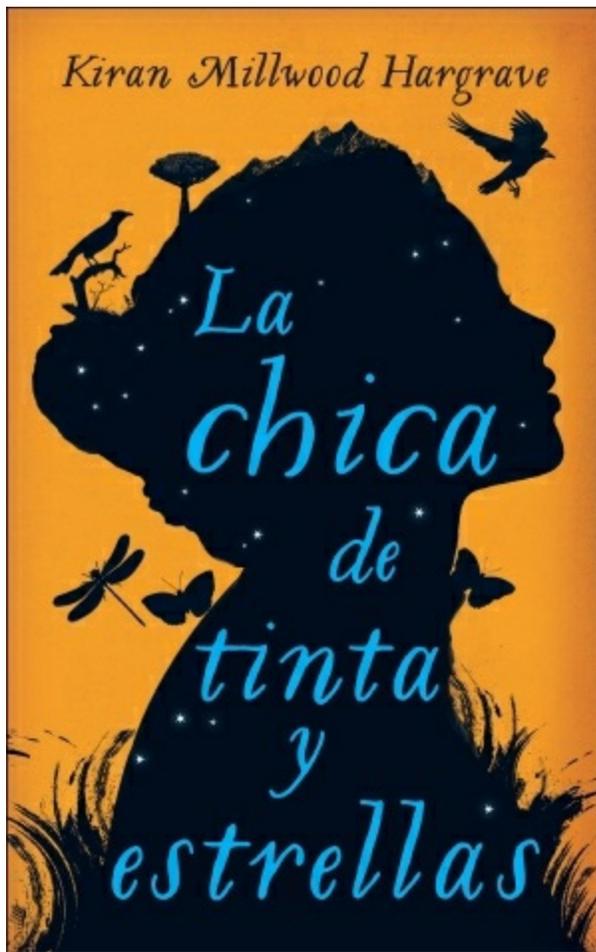
Josse, Gaëlle
9788416222896
152 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Premio de Literatura de la Unión Europea Nueva York, 3 de noviembre de 1954. En unos días, el centro de inmigrantes de la isla de Ellis, un lugar de desembarco para millones de personas de toda Europa,

cerrará sus puertas. John Mitchell, su director, se ha quedado a solas en este lugar desierto y escribe en un diario los recuerdos que lo persiguen desde hace años: no solo el de miles de hombres, mujeres y niños llenos de miedo y esperanza, sino también el de Liz, su amada esposa, y el de Nella, una inmigrante de Cerdeña con un pasado misterioso. Su relato recoge una historia de exilio y transgresión, y la pasión amorosa de un hombre que debe enfrentarse a la elección más terrible de su vida. El sueño americano cobra vida a través de los recuerdos y los remordimientos de un alma solitaria presa de sus fantasmas. John Mitchell no solo es el último guardián de la isla de Ellis, sino también su último prisionero."A través de un alma presa de sus demonios, la autora nos hace sentir un fragmento de la historia estadounidense. Magistral y urgente."Page des Libraires"Gaëlle Josse pinta una geografía íntima y colectiva, la historia de un hombre que se entrelaza con la de miles de personas."Transfuge"El último guardián de la isla de Ellis es el texto más hermoso de Gaëlle Josse."La Croix

[Cómpralo y empieza a leer](#)



La chica de tinta y estrellas

Millwood Hargrave, Kiran

9788416222605

264 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Un maravilloso viaje a un mundo de fantasía, magia y grandes aventuras. La joven Isabella sueña con escapar a las tierras lejanas que su padre, un célebre cartógrafo, dibujó en mapas, pero no puede

porque el Gobernador Adori oprime a todos los habitantes de la isla de Joya. Cuando su mejor amiga desaparece, se presenta como voluntaria para participar en la búsqueda. El mundo que queda más allá de su pueblo es una tierra baldía habitada por monstruos, y bajo los ríos secos y las montañas humeantes, un demonio de fuego vuelve a despertar. Isabella seguirá su mapa, su corazón y una antigua leyenda para dar con su amiga y, pronto, descubrirá el verdadero fin de su viaje: salvar a toda la isla de un horrible destino.

"Kiran Millwood Hargrave me recuerda a la mejor narrativa de fantasía clásica, como Philip Pullman. Es un libro que la gente seguirá leyendo a lo largo de muchos años." James Daunt, librero de Daunt Books y director de Waterstones

"Una novela mágica con una hermosa y fascinante historia de mapas, mitos y amistad. Una lectura deliciosa." The Guardian

"Hargrave posee el envidiable don de contar aventuras con un estilo narrativo lírico y cautivador." The Bookseller

Ganadora del premio Waterstones Children's Prize Ganadora del premio British Book of the Year de Literatura Juvenil

[Cómpralo y empieza a leer](#)